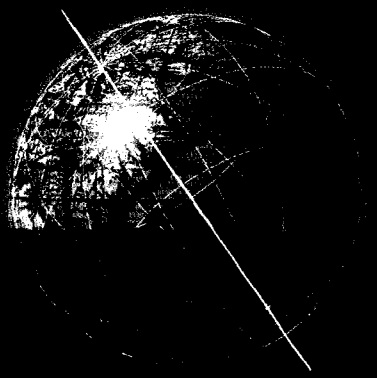
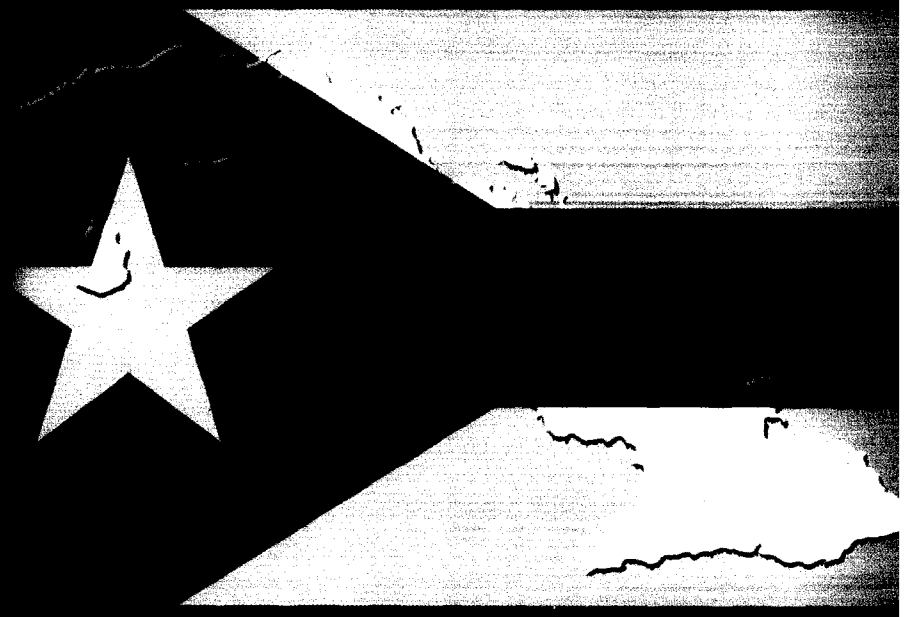
AKAL

CUBA

Una nueva historia



Richard Gott



Diseño de colección: David G. Vega

Título original: *Cuba. A new history*

Publicado originalmente por Yale University Press

© Richard Gott, 2004

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2432-3

Depósito legal: M. 14.542-2007
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

Cuba
Una nueva historia

RICHARD GOTT

★

Traducción de Juan María López de Sá y de Madariaga

-akal-

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el generoso apoyo de José Fernández de Cossío Rodríguez, embajador de Cuba en Londres, y de René Monzote, su agregado de prensa, que se interesaron amistosamente por el proyecto y me abrieron muchas puertas, además de facilitarme entrevistas con destacados miembros del gobierno cubano. Viajé por primera vez a La Habana en 1963 con cartas de presentación de Hugh Thomas, y volví años más tarde con una lista parecida de su hija Bella. Gracias a todos ellos por su ayuda.

En Cuba estoy en deuda con mi viejo amigo Pablo Armando Fernández y su mujer Maruja por muchas conversaciones y mucha camaradería a lo largo de los años, y con Phil Agee, «agente de la CIA convertido en agente de viajes», optimista infatigable, promotor de intercambios entre Cuba y Estados Unidos. Ningún investigador del pasado cubano podría dejar de tener en cuenta las indagaciones llevadas a cabo por la entusiasta comunidad de historiadores cubanos, que con frecuencia trabajan en condiciones monásticas. En este sentido, Jorge Ibarra, Fe Iglesias, Guillermo Jiménez, Fernando Martínez, Olga Portuondo y Eduardo Torres-Cuevas me guiaron en diversos temas.

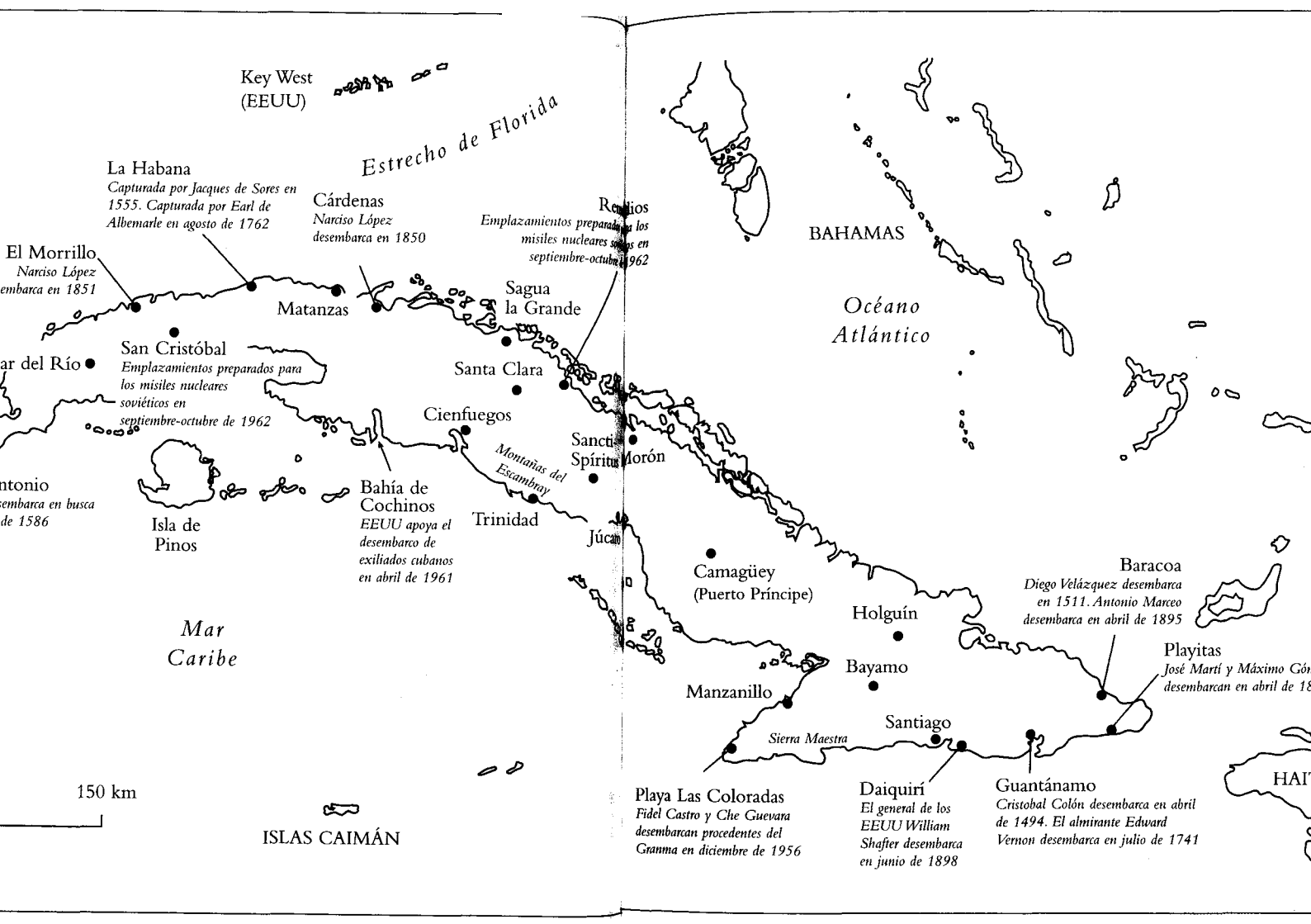
En Londres me han ayudado: Mary Turner, con sugerencias siempre útiles; Emily Morris con sus orientaciones por los vericuetos de la economía cubana; Victoria Brittain, con su experiencia sobre África; y Robin Blackburn, con quien he discutido sobre Cuba a lo largo de toda una vida. Otros tantos, como Alistair Hennessy, Fred Halliday, Tony Kapcia, Hal Klepak y Jean Stubbs, me han proporcionado consciente o inconscientemente ánimo e inspiración, mientras que Maximilien Arvelaiz es responsable en gran medida de haber vuelto a despertar mi interés por la historia actual de Latinoamérica.

Adam Freudenheim, de Yale University Press (ahora de Penguin), concibió la idea de este libro y ha sido un editor excepcionalmente

constructivo. Tuve la suerte de contar con el apoyo y los ojos de lince de Sandy Chapman como editor en el último tramo. James Dunkerley, benévolo jefe del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, comentó sagazmente un primer borrador, por lo que le estoy más que agradecido.

Mi mujer, Vivien Ashley, ha sido una compañera infinitamente estimulante en nuestros viajes a Cuba y, por ello, tengo que darle particularmente las gracias, así como a Jeremy Thompson, de la unidad de endoscopia del hospital Chelsea & Westminster, por mantenerme a flote durante un periodo largo y difícil.

Richard Gott
Londres y La Habana, 2004


Key West
(EEUU)
Estrecho de Florida
La Habana
Capturada por Jacques de Sores en 1555. Capturada por Earl de Albemarle en agosto de 1762
Cárdenas
Narciso López desembarca en 1850
Remios
Emplazamientos preparados para los misiles nucleares soviéticos en septiembre-octubre de 1962
BAHAMAS
El Morrillo
Narciso López embarca en 1851
Matanzas
Sagua la Grande
Océano Atlántico
San Cristóbal
Emplazamientos preparados para los misiles nucleares soviéticos en septiembre-octubre de 1962
Santa Clara
Cienfuegos
Sancti-Spíritus
Morón
Montañas del Escambray
Bahía de Cochinos
EEUU apoya el desembarco de exiliados cubanos en abril de 1961
Trinidad
Isla de Pinos
Júcaro
Camagüey
(Puerto Príncipe)
Baracoa
Diego Velázquez desembarca en 1511. Antonio Marceo desembarca en abril de 1895
Holguín
Playitas
José Martí y Máximo Gó desembarcan en abril de 18
Mar Caribe
Bayamo
Manzanillo
Santiago
Sierra Maestra
Playa Las Coloradas
Fidel Castro y Che Guevara desembarcan procedentes del Granma en diciembre de 1956
Daiquirí
El general de los EEUU William Shafter desembarca en junio de 1898
Guantánamo
Cristobal Colón desembarca en abril de 1494. El almirante Edward Vernon desembarca en julio de 1741
150 km
ISLAS CAIMÁN

Prólogo

Viajé por primera vez a Cuba en octubre de 1963, coincidiendo con uno de esos fuertes huracanes que azotan periódicamente el Caribe. El huracán Flora devastó el centro y este de la isla arrasando las plantaciones de café, destruyendo hogares e instalaciones y cobrándose muchas vidas. Carreteras, ferrocarriles y puentes quedaron destruidos. Fidel Castro, como un auténtico líder revolucionario pero también como un típico capitán general de la época colonial española, se hizo cargo personalmente de las operaciones de socorro. Cada noche aparecía en televisión batallando incansablemente contra las inundaciones y animando a su afligido pueblo con la idea de que «una revolución es una fuerza más poderosa que la naturaleza». Otro acontecimiento desdichado de aquel mismo mes fue el funeral en Santa Isabel de las Lajas de Beny Moré, «el bárbaro del ritmo», reconocido universalmente como uno de los grandes cantantes cubanos. Su ataúd fue llevado a hombros por un pelotón de soldados, mientras miles de sollozantes admiradores se agolpaban en las calles del pueblo.

En aquellos días La Habana era todavía una capital rica y próspera. Sus edificios coloniales se estaban viniendo abajo, pero su inmensa periferia –con palacetes llenos de escolares venidos del campo– no era tan diferente de las ostentosas ciudades del sur de Estados Unidos. Los coloridos e imaginativos carteles políticos por los que la Revolución era ya famosa eran supuestamente producidos por diseñadores gráficos de la firma publicitaria estadounidense J. Walter Thompson, cuya sucursal en La Habana se había pasado en su totalidad a la Revolución. Para un visitante de la decadente Europa, todavía convaleciente de la guerra, el atractivo de la Cuba «comunista» tenía mucho que ver con su barniz capitalista todavía patente. Publiqué mis primeras impresiones cautelosas en *Tribune,* un semanario izquierdista de Londres:

> En cada faceta de la Revolución, ahora a punto de entrar en su sexto año, se refleja una sorprendente confianza. Muchas son las cosas que le pueden entristecer a uno en Cuba, pero sigue predominando un hecho capital de la Revolución, y es su abrumadora popularidad. Cinco años de gobierno centralizado, más entusiasta que competente; cinco años de errores reconocidos; cinco años de creciente hostilidad de Estados Unidos, que han culminado en el actual bloqueo; cinco años de creciente escasez; nada de eso ha enfriado al parecer el ardor ni ha empañado el encanto de la Revolución cubana.

El vuelo desde Europa hasta Cuba duraba veinticuatro horas en aquellos días, ya que el Viscount turbopropulsado de fabricación británica de la línea aérea española Iberia hacía escala en varias islas en mitad del Atlántico. Yo llevaba conmigo dos volúmenes de las obras escogidas de Thomas Balogh –economista británico de origen húngaro que un año después sería nombrado Asesor Económico del gabinete laborista–, una lectura obligada en aquel momento para cualquier economista latinoamericano de orientación progresista, así como un pequeño queso Stilton en un tarro de porcelana.

El queso, comprado en Paxton & Whitfield, la famosa quesería londinense de Jeremy Street, me lo había dado Claudio Véliz, colega chileno en el Royal Institute of International Affairs, donde dirigía el programa latinoamericano. Véliz, que acababa de regresar de una visita a La Habana, pensó que un Stilton curado sería un buen regalo para Carlos Rafael Rodríguez, el cerebro del Partido Comunista cubano. Los comunistas latinoamericanos de aquella generación (Rodríguez había formado parte del gobierno de Batista en 1942) compartían los gustos de la burguesía, como descubrí más tarde con el caso del poeta chileno Pablo Neruda, a quien le gustaba a recibir el homenaje de sus admiradores en forma de cajas de whisky y latas de caviar.

Los funcionarios del aeropuerto de La Habana examinaron el Stilton nerviosamente, perforándolo con agujas de tejer por miedo a que pudiera ser una bomba. La «Operación Mangosta» –la campaña estadounidense para desestabilizar Cuba a raíz del fracaso de la invasión de bahía de Cochinos–, acababa de ser abandonada, pero los ataques terroristas contra la isla por parte de grupos exiliados en Miami eran todavía frecuentes. En noviembre, un mes después de mi visita, según un informe de la CIA que se hizo público más tarde, un agente le dio una

estilográfica-jeringuilla a un contacto cubano en París con el fin de que la utilizara para asesinar a Castro, el mismo día que mataron al presidente Kennedy. Los cubanos eran comprensiblemente minuciosos con los visitantes imprevistos que llegaban con supuestos regalos.

Durante su estancia en La Habana Véliz le había pedido a Guevara, entonces ministro de Industria, que escribiera un artículo para *International Affairs*, la revista trimestral de Chatham House, y una de mis tareas era recoger el manuscrito. Llevaba cartas de presentación para varios funcionarios del ministerio y con su ayuda pude viajar por la isla y observar la Revolución de primera mano, mientras esperaba una oportunidad para encontrarme con Guevara.

Conduje hasta Pinar del Río, volé a Santiago y subí a Sierra Maestra para inspeccionar el campamento guerrillero de Castro. La carretera desde La Habana hasta Santiago estaba bloqueada por la inundación y sólo se podía salir de la ciudad en un jeep con tracción en las cuatro ruedas, regalo de la Unión Soviética. Al regresar a La Habana vi a Castro saltando de su coche a la puerta de mi hotel y pasé toda la noche oyéndole hablar en un mitin en la Plaza de la Revolución. Entrevisté a Antonio Núñez Jiménez, el profesor guerrillero que había explicado a Guevara los problemas de la peculiar geografía de Cuba. Vi al poeta radical afrocubano Nicolás Guillén y, por fin, pude entregar a Carlos Rafael Rodríguez el queso, ahora bastante sudoroso, antes de empezar a discutir sobre la última reforma agraria, el vibrante tema del momento. Incluso pronuncié una conferencia sobre el Mercado Común Europeo ante los desconcertados funcionarios del ministerio de Guevara.

Hasta la última noche no recibí ninguna señal del hombre que había ido a ver. Me llevaron a una recepción en los jardines de la embajada soviética, una de esas ceremonias diplomáticas de rutina con las que se celebraba cada año el aniversario de la Revolución de Octubre, excitante por su novedad, sin embargo, para los invitados cubanos. Guevara llegó después de medianoche, acompañado por una pequeña corte de amigos, guardaespaldas y parásitos, con su boina negra y la camisa abierta hasta la cintura. Era increíblemente apuesto. Antes de la era de la obsesiva adulación a los músicos, tenía el aura inconfundible de una estrella del rock. La gente interrumpía cualquier cosa que estuviera haciendo y dirigía la mirada a la Revolución hecha carne. Julia Costenla, una periodista argentina que había pasado por una experiencia similar,

le dijo a Jon Lee Anderson cuando éste iba reuniendo datos para su biografía de Guevara: «Cuando entraba a un lugar, todo comenzaba a girar en torno a él [...] Estaba dotado de un atractivo único [...] Tenía un encanto indecible que parecía del todo natural». Así es cómo era.

Guevara ejercía una atracción carismática en la vida real, antes de convertirse en el icono muerto y la imagen hipnótica de un póster *pop art* en la era de Andy Warhol. Como Elena de Troya, tenía una belleza por la que la gente estaría dispuesta a morir. Aquella cálida noche de otoño se hallaba sentado en un sillón en una esquina del jardín de la embajada y todo el mundo daba vueltas alrededor. Nos presentaron y comenzamos a hablar. No recuerdo bien de qué discutimos; yo era simplemente un joven neófito con poco conocimiento y menos español, atraído como una polilla –como tantos cientos de rebeldes y aventureros de Europa y América– por la llama incandescente de la Revolución. Guevara me dijo, un poco malhumorado, que no había terminado el artículo que yo debía recoger. El texto llegaría por correo a Londres pocas semanas después.

La Revolución no pasaba por un momento fácil. Los *fidelistas* llevaban cinco años en el poder, pero muchas de las personas con las que hablé, gente que trabajaba en los ministerios y en la Universidad de La Habana, estaban desesperadas. El viejo orden se estaba derrumbando a ojos vistas, pero el nuevo todavía no acababa de nacer. En Santiago, hablé con un joven profesor de la RDA, concretamente de Leipzig, que daba un curso de filosofía marxista a las siete de la mañana. Se sentía deprimido al comprobar que ningún estudiante cubano se levantaba a tiempo para ir a clase a aquella hora. Pero para un turista revolucionario, el estado movedizo del país era de por sí atractivo y esperanzador. Los cubanos vestían su nueva indumentaria marxista-leninista con un abandono casi procaz. Un conocido cubano de vuelta de un viaje a Praga me contó su sorpresa al comprobar que Kafka no era un héroe nacional. Todavía predominaba en Cuba el librepensamiento revolucionario. «El arte abstracto florece de una forma que haría retorcerse de dolor a Jruschev –escribí– y *La Dolce Vita* llena los cines de La Habana». Después de cinco años de agitación espectacular, el curso futuro de la Revolución parecía todavía en gran medida imprevisible, como una página en blanco todavía por escribir.

No volví a ver vivo a Guevara, pero otro día de octubre, cuatro años después, tuve un encuentro casi accidental con su cuerpo muerto. A las

cinco de la tarde del lunes 9 de octubre de 1967 me hallaba presente en el aeródromo de la ciudad boliviana de Vallegrande cuando aterrizó un helicóptero con una camilla atada al tren de aterrizaje. El Che había sido asesinado pocas horas antes por orden del alto mando del ejército boliviano. Informado de su captura la noche anterior por un oficial estadounidense de un equipo de entrenamiento militar cerca de Santa Cruz, conduje durante muchas horas en la oscuridad hasta llegar a Vallegrande, la base avanzada del ejército boliviano. Allí me dijo un alterado oficial que no se me permitiría llegar hasta La Higuera, el pueblo donde tenían detenido a Guevara. Aquel año era imposible salir de cualquier ciudad boliviana sin un permiso militar.

A última hora de la tarde toda la población de Vallegrande se reunió en el aeródromo; cuando llegó el helicóptero introdujeron el cuerpo muerto del guerrillero en una pequeña camioneta Chevrolet y lo llevaron en ella hasta el patio del minúsculo hospital local, donde lo depositaron en la pila plana de una lavandería abierta a los elementos. La operación estaba bajo el control de un agente cubano-estadounidense de la CIA* a quien conocíamos entonces como «Eduardo González», uno de los dos agentes que operaban en la zona guerrillera en aquel momento. Cuando le pregunté de dónde era, su enigmática respuesta fue: «de ninguna parte». Él y yo éramos las dos únicas personas presentes que lo habíamos visto vivo y pudimos testificar que era efectivamente el Che.

Una multitud de lugareños querían entrar en el patio de la lavandería para echar una mirada al guerrillero muerto, y durante media hora o así estuve con ellos, fascinado por sus ojos abiertos. Luego emprendí el largo viaje de regreso –ocho horas en la oscuridad– hasta Santa Cruz, buscando un medio de comunicar la noticia al mundo exterior.

La muerte de Guevara en 1967 puso fin a la adhesión romántica de mucha gente a la Revolución cubana, algo que se acentuó un año después cuando Castro se manifestó en contra de la Primavera de Praga de Alexander Dubček e insertó formalmente la Revolución en las filas de los seguidores incondicionales de la Unión Soviética. Como periodista, seguí visitando La Habana y proseguí mis propias investigaciones sobre la historia y las batallas de los movimientos guerrilleros

---

* Félix Ismael Rodríguez Mendigutía, conocido como Félix Ramos Medina, Félix El Gato o Max Gómez. *[N. del T.]*

latinoamericanos. Como muchos otros, mantuve el recuerdo de mi temprano entusiasmo por la Revolución así como un afecto perdurable hacia el pueblo cubano y su desigual lucha y un prolongado interés por la larga historia de su isla. Treinta años más tarde regresé a La Habana para escribirla.

Introducción: el pueblo cubano

La amena terraza del hotel Casa Granda de Santiago de Cuba, abierta a la calle, da al frondoso Parque Céspedes, la antigua Plaza de Armas de la época colonial. Al otro lado del parque se alza una antigua casa de madera construida a principios del siglo XVI para el adelantado Diego de Velázquez, conquistador español de la isla; aún conserva algunos elementos originales como los techos de alfarjes y las celosías moriscas. A la izquierda hay una modesta catedral, construida entre 1810 y 1818 sobre los cimientos de la antigua, destruida varias veces por incendios y terremotos. A la derecha, el edificio del ayuntamiento, desde cuya balconada se dirigió Fidel Castro a la multitud el 2 de enero de 1959 para anunciarle el triunfo de la Revolución.

Los sábados la terraza se llena con los emocionados parientes y amigos de una serie de quinceañeras vestidas con trajes blancos con volantes almidonados, que celebran tímidamente su cumpleaños y el rito de paso al mundo adulto. Las chicas y sus familias son de toda condición y color: negros, blancos y mulatos. La escena parece la reproducción de un ritual con una larga tradición, pero, como muchas otras cosas en Cuba, no podría haber sucedido hace cien años. La mezcla social de las razas, exhibida en el corazón de la ciudad, no habría sido posible.

El pueblo cubano es de reciente creación. Hasta la Revolución no comenzó a unificarse como nación común para todos. La población cubana, sometida durante siglos al dominio imperial español, estaba dividida hasta 1898 según su clase, raza y origen étnico, y la historia del país se caracterizaba por la violencia endémica y por el racismo blanco contra los negros y todas las tonalidades intermedias. La gente de las ciudades y gran parte del campo vivía con notable temor e incertidumbre. Conquista, resistencia, piratería, rebeliones de esclavos, invasiones de filibusteros, guerras de independencia frustradas y revoluciones abortadas se sucedían apenas sin interrupción. Hasta 1959 la política

cubana se decidía mediante las armas. Los viajeros que la visitaban en el siglo XIX solían señalar que en ninguna parte se veían mujeres. Permanecían encerradas en casa, y con razón[1].

Hoy día la mayoría de los cubanos son blancos o mulatos, pero durante una buena parte de la historia de la isla más de la mitad eran negros, en su gran mayoría esclavos. La proporción negros/blancos no cambió mucho hasta mediados del siglo XIX, cuando los esfuerzos de las autoridades coloniales españolas por «blanquear» la población alentando la inmigración blanca, junto a la dificultad de importar esclavos durante las décadas en que la esclavitud estaba permitida pero la trata era ilegal, inclinó la balanza en su favor. La esclavitud no se abolió formalmente hasta octubre de 1886[2].

Los negros de Cuba tampoco constituían un grupo homogéneo. Provenían de muchas tribus y naciones a lo largo de la costa occidental africana, desde Senegal en el norte hasta Angola en el sur, e incluso de Mozambique, en la costa sudoriental de África. Llevaron consigo a Cuba diferentes lenguas, creencias, costumbres y músicas, y hasta bien avanzado el siglo XIX preservaron esas diferencias en la nueva tierra cubana a la que habían sido trasplantados. Los *cabildos* de ayuda mutua que se les permitía constituir mantenían esas particularidades.

La primera generación de esclavos negros llegó casi a la par con los conquistadores españoles a principios del siglo XVI para servir como mano de obra en las minas de oro y de cobre y, más tarde, en las plantaciones de tabaco. Durante los siglos XVIII y XIX la mayoría de ellos vivían y trabajaban en las plantaciones de azúcar, aunque también había esclavos domésticos. Aun así, un gran número de negros –variando con los siglos pero siempre más que en otros lugares del Caribe– no eran esclavos. Categorizados como «personas de color libres», solían trabajar en las ciudades como obreros o artesanos, o a veces incluso como pequeños comerciantes independientes. Durante el siglo XX llegaron nuevos inmigrantes negros de Jamaica y Haití; aunque en principio sólo eran contratados por un tiempo limitado, muchos de ellos se quedaron en Cuba. Esos negros libres no estaban solos en la clase

[1] Véase L. Martínez-Fernández, «Life in a "Male City": Native and Foreign Elite Women in Nineteenth Century Havana», *Cuban Studies* 25 (1995).

[2] En el resto del Caribe se puso fin a la esclavitud bastante antes, entre 1834 y 1848. En Estados Unidos no se abolió hasta 1863 y en Brasil hasta 1888.

ínfima de la sociedad cubana. Muchos matrimonios interraciales en ese escalón social más bajo dieron lugar a la fracción mulata de la población, a menudo considerada por los visitantes, sin mucha razón, como predominante en el país. En la práctica, la mezcla racial cubana ha permanecido notablemente estratificada y dividida.

La parte blanca de la población también permaneció dividida en diferentes grupos a lo largo de los siglos. Aunque la mayoría provenían de la España continental, también había entre ellos muchos canarios. Otros muchos procedían del resto de Europa, de hecho de todos los países del antiguo imperio de los Habsburgo –España, Italia, Francia, Austria, Polonia y Flandes–, así como de Escandinavia. Durante el siglo XX se añadió un pequeño contingente de colonos estadounidenses a raíz de la ocupación de la isla por Estados Unidos en 1898-1902.

Al igual que los afrocubanos, los inmigrantes españoles mantuvieron sus diferencias regionales, reivindicando orgullosamente sus orígenes gallegos, asturianos, andaluces, leoneses, catalanes y vascos. Durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX mantuvieron vivas sus tradiciones en los «centros» y «casinos» de ayuda mutua, asegurando que sus hijos tuvieran una buena educación y que sus hijas se casaran dentro de la propia comunidad regional.

Muchos de los blancos cubanos llegaron como colonos y granjeros, pero la mayoría se dedicaron pronto a actividades urbanas, dominando la burocracia del país así como su comercio e industria. Como componente principal de la política del país, tanto en el gobierno colonial como en los movimientos de oposición y a la cabeza de las guerras insurreccionales, los colonos españoles y sus descendientes siempre han ocupado de forma casi exclusiva los libros de historia del país, hasta que estudios más recientes comenzaron a nivelar la balanza atendiendo a la historia de otros grupos menos favorecidos.

Los blancos, siempre temerosos de la mayoría negra en el país, trataron de mantener su posición dominante alentando incesantemente la inmigración desde Europa. Las elites racistas gobernantes prestaron mucha atención a este problema, tanto antes como después del desmantelamiento de la dominación colonial española en 1898. Su deseo manifiesto de «blanquear» la población y de mantener el predominio de los colonos blancos, tuvo éxito en parte. Hasta principios de los años treinta siguieron llegando a Cuba desde España oleadas de inmigrantes (entre ellos Ángel Castro, el padre de Fidel). A mediados del

siglo XX la proporción de negros entre la población había disminuido –según las estadísticas oficiales– de más del 50 por 100 a menos del 30 por 100.

El tercer elemento de la mezcla étnica cubana, los restos de sangre indígena que corren por las venas de la mayoría de la población, exceptuando a los inmigrantes más recientes, ha sido habitualmente negado y sigue siendo muy minusvalorado por la mayoría de los historiadores cubanos actuales, aunque en Santiago lo vean de otra forma. La línea oficial, mantenida tenazmente durante años a pesar de las recientes pruebas en contra, es que los taínos, pueblos indígenas que ocupaban la isla desde muchos siglos antes de la llegada de Colón, desaparecieron durante los primeros años de la conquista.

Es evidente que no fue así. Muchos de los habitantes originales de la isla sobrevivieron en reservas y en las tierras altas, al menos hasta el siglo XIX, y también se mezclaron con inmigrantes más recientes, especialmente con los negros. Sus topónimos siguen ahí como prueba y muchas de las palabras de su vocabulario sazonan el castellano que se habla hoy en Cuba. El propio término «Cuba» es una palabra india. Colón oyó a los habitantes de las Bahamas referirse a «Cuba» y a «Cubanacá» como una gran isla hacia el sur. Los oreados bohíos de los indios –chozas construidas con hojas de palma– fueron adoptados por los colonos españoles y todavía se pueden ver en áreas recónditas del campo o resucitados en la arquitectura vernácula de los hoteles playeros para turistas.

Otro grupo minoritario de la población es el de los chinos que llegaron para sustituir a los esclavos africanos a mediados del siglo XIX. Cuando la campaña internacional contra la trata de esclavos se impuso, los propietarios de las plantaciones se vieron obligados a buscar nuevas fuentes de trabajo.

Las diversas gentes que pueblan Cuba –indios, españoles, africanos y chinos– han vivido juntos una larga historia, siempre violenta, dominada en gran medida por dos temas siempre presentes: la búsqueda de seguridad interna y la amenaza de un ataque desde el exterior. Tratándose como se trata de una gran isla en un mar hostil, frente a las costas de dos grandes continentes, difícilmente podría haber sido de otro modo. Como ahora sabemos, la violencia en Cuba precedió al dominio colonial: en los siglos anteriores al asentamiento permanente de los españoles, los habitantes originarios de la isla habían sido desplazados por su-

cesivas generaciones de pueblos selváticos que llegaban en canoas desde el delta del Orinoco, siguiendo la cadena de las Antillas hasta Cuba. La continua sensación de peligro exterior e incertidumbre interna que padecían los pueblos anteriores a la conquista se agravó con la llegada de Diego Velázquez y sus conquistadores españoles en 1511.

Entre los problemas que siempre han tenido que afrontar los habitantes de la isla de Cuba, tanto los primeros pobladores como los inmigrantes posteriores, la violencia de su entorno físico no es el menor. La frecuencia de las tormentas tropicales, ciclones y huracanes ha sido un fenómeno presente durante toda su historia y sigue siéndolo hoy día. El impacto histórico de la estación anual de huracanes, que arrastra consigo muerte y destrucción, ha sido puesto de relieve en un llamativo estudio de Louis Pérez sobre cómo han afectado las fuerzas naturales al desarrollo de Cuba. Cuenta cómo pasó al castellano desde su uso indio la palabra «huracán». «Los indios taínos utilizaban la palabra «huracán» para referirse a las fuerzas malignas que tomaban la forma de vientos de terribles proporciones y poder destructivo que soplaban desde los cuatro puntos cardinales»[3].

A ese entorno perennemente violento y hostil llegaron los primeros aventureros cristianos en el siglo XVI, acompañados de soldados y marineros, colonos y comerciantes, artesanos y sacerdotes, y una cantidad cada vez mayor de esclavos negros. La primera generación de recién llegados abandonó pronto la isla, yéndose a conquistar México y Perú en la década de 1520 y Florida en la de 1530. Dejaron tras de sí un resto patético de colonos permanentes, hombres y mujeres tan aterrorizados e inseguros sobre su situación como lo estaban los pueblos indígenas con los que ahora guerreaban.

Durante los primeros años de la conquista los colonos construyeron para sí mismos un puñado de pequeñas ciudades en diversos puntos de la isla, pero durante muchos años su autoridad no iba mucho más allá de la defensa periférica de éstas. La población indígena superviviente, a menudo mezclada con españoles proscritos y con esclavos negros huidos, permaneció durante siglos en las montañas, una presencia sigilosa que de vez en cuando daba paso a oleadas de resistencia o rebelión. La mayor parte de la isla, durante gran parte de su historia, fue un territo-

[3] L. Pérez, *Winds of Change: Hurricanes and the Transformation of Nineteenth-century Cuba*, Gainesville, University Press of Florida, 2000, p. 17.

rio virgen al que no llegaban las leyes españolas, su gobierno ni los derechos de propiedad. En esas tierras literalmente fuera del mapa, grupos olvidados de indios y esclavos negros fugitivos vivían en *palenques*, esto es, terrenos vallados totalmente independientes del Estado. De esa tradición brotó el bandidaje que asoló el campo cubano desde mediados del siglo XVIII y dio lugar a la ruda soldadesca rebelde de las guerras de independencia durante el siglo XIX y de los levantamientos del XX.

Los conflictos esporádicos entre colonos e indios se prolongaron durante el primer siglo de presencia española. Además, a ese peligro interno siempre presente se sumó pronto la violencia que llegaba de fuera, otro rasgo característico de la historia de Cuba. A los españoles les siguieron en el Caribe los marineros y colonos de otros países europeos: franceses, británicos y holandeses. Esos recién llegados reprodujeron en su nuevo marco tropical las guerras intestinas de Europa, combatiendo en él intermitentemente durante más de dos siglos. Ocuparon las islas cercanas a Cuba y sus corsarios, filibusteros y piratas acecharon permanentemente la costa a la espera de una oportunidad para lograr un sustancioso botín, para causar estragos o simplemente para comerciar.

Si durante los primeros siglos la vida era corta y dura para los colonos blancos, lo era mucho más para los esclavos negros. Los que sobrevivían a la terrible travesía del Atlántico eran marcados con un hierro al rojo, enviados a trabajar en las minas y plantaciones y azotados o mutilados al menor indicio de rebeldía o de desidia. Había muchos más esclavos que esclavas, llegándose en algunos lugares, en particular en los gestionados por órdenes religiosas, a emplear sólo varones para ahorrar gastos y evitar tentaciones, lo que evidentemente generaba resentimiento y frustración sexual[4].

Durante el siglo XIX a los buitres europeos que habían ampliado sus fronteras al Caribe y Centroamérica se les sumó como depredador potencial Estados Unidos. Mientras en otros lugares de Latinoamérica los virreinatos del Imperio español caían frente a las fuerzas de los ejérci-

[4] Un jamaicano (presumiblemente protestante) que visitó Cuba en 1795 explicaba que «muchas de las mejores y mayores plantaciones de azúcar en la isla de Cuba pertenecen a diversas ordenes eclesiásticas, que suelen ser los plantadores más codiciosos. Con el pretexto de desalentar una relación pecaminosa entre los sexos, algunas de ellas resolvieron religiosamente comprar únicamente negros varones [...] Los infelices negros, privados de las relaciones derivadas de una de las principales leyes de la naturaleza y empujados a la desesperación, suelen hacer como los primeros romanos, dirigiéndose a alguna hacienda próxima para apoderarse de una mujer y llevársela consigo a las montañas» R. C. Dallas, *The History of the Maroons*, Londres, 1803, p. 60.

tos criollos locales, Cuba permaneció leal a la Corona. Paradójicamente, la intensa rivalidad entre Europa y Estados Unidos contribuyó a mantener Cuba en manos españolas hasta finales del siglo XIX. La vida del Imperio español en el Caribe se prolongó así más allá de su plazo natural, como en otro rincón del mundo el Imperio turco se mantenía en pie hasta el siglo XX sostenido por las grandes potencias europeas por miedo a lo que podía conllevar su desmantelamiento.

El Estado español se vio obligado finalmente a ceder Cuba en 1898, tres años después del estallido de la última guerra de independencia en 1895. Pero el golpe de gracia que culminó los esfuerzos cubanos provino entonces de Estados Unidos, que invadió y ocupó la isla en 1898 y obligó al Imperio español a capitular. Las tropas estadounidenses, mandadas entre otros por Theodore Roosevelt, desembarcaron cerca de la bahía de Guantánamo y una semana después los buques estadounidenses destruían la flota española al abandonar Santiago.

El mutis final español en Cuba aquel año y la posterior retirada estadounidense en 1902 no acabaron con la violencia para los habitantes de la isla. Las rebeliones internas y las intervenciones externas siguieron caracterizando la historia del país durante las seis primeras décadas del siglo XX, hasta la revolución castrista en 1959. La tradición glorificada pero ruinosa, establecida durante la larga Guerra de Independencia, de alzarse en armas y retirarse con un puñado de hombres a la *manigua* (bosque tropical pantanoso e impenetrable, propio no sólo de Cuba sino de toda la región), resucitaba intermitentemente cuando las elecciones, correctas o corrompidas, producían un resultado no deseado. Tras el golpe de Estado de Batista en 1952 los jóvenes (hombres y mujeres) consideraban totalmente normal y aceptable alzarse en armas y echarse al monte, causando estragos en el campo, mientras sus cómplices en las ciudades almacenaban armas procedentes del extranjero, ponían bombas y se dedicaban en general a lo que más tarde se denominaría «terrorismo».

Uno de los logros innegables de la Revolución ha sido aportar tranquilidad y seguridad interna a la isla por primera vez en su historia, aunque se tuviera que pagar un alto precio. Los peligros externos no han desaparecido; de hecho, apenas se han modificado. Estados Unidos pretendía restaurar su hegemonía sobre Cuba y envió una fuerza invasora en 1961. En 1962 otro gran imperio europeo, la Unión Soviética, entró tardíamente y por un breve periodo en la historia de Cuba, provocando un sobresalto mundial con su decisión de estacio-

nar misiles nucleares en la isla[5]. Como otros imperios europeos habían hecho antes, la Unión Soviética amplió sus fronteras al Caribe y trató de dejar su impronta en la isla. Los soviéticos aseguraban que lo hacían para ayudar a la Revolución contra sus enemigos, pero como todos los grandes imperios tenían su propia agenda.

En respuesta a esa intervención exterior, y siguiendo una pauta bien establecida desde los días de la Doctrina Monroe en la década de 1820, Estados Unidos decretó un embargo económico sobre el comercio exterior de la isla y patrocinó ataques piratas que recordaban los del siglo XVII. Más tarde, hacia finales del siglo XX, cuando los cubanos trataban desesperadamente de mantenerse a flote, los mares en torno a la isla se llenaron de nuevo de contrabandistas. Muchos barcos piratas que en otro tiempo navegaban cargados de tabaco, rapé, azúcar y ron, ahora transportaban marihuana y cocaína.

A esas pequeñas lanchas dedicadas al contrabando se sumaban los frágiles botes que llevaban emigrantes ilegales de Cuba y otras islas del Caribe a Florida. La migración no regulada, excepto en momentos ocasionales en 1980 y 1994, no estaba permitida ni por Cuba ni por Estados Unidos; pero a medida que la riqueza estadounidense se hacía cada vez mayor, mientras crecía la pobreza en las Antillas y en los pequeños países de Centroamérica, el poderoso imán económico de Estados Unidos se hacía prácticamente irresistible.

El pueblo cubano, como este libro trata de explicar, ha tenido un pasado conflictivo y violento, y esa tradición tan arraigada no ha desaparecido del todo al iniciarse el siglo XXI. La Revolución puede haber traído la paz social a la isla al cabo de 500 años, pero no ha sido sin costes. Cuando Castro invoca la disyuntiva garibaldiana «patria o muerte» al final de sus discursos, no está empleando esas palabras como retórica romántica. Para él y para su pueblo tienen una relevancia profundamente sentida que resuena a lo largo de los siglos.

---

[5] España, Francia, Portugal, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia e incluso Alemania tuvieron algo que ver con la historia de Cuba. En agosto de 1942 piratas alemanes –submarinos– atacaron y hundieron dos mercantes cubanos, lo que impulsó al presidente Batista a permitir a Estados Unidos el establecimiento de bases militares en Pinar del Río para entrenar a los aviadores estadounidenses y británicos. Ernest Hemingway pasó gran parte de la guerra rastreando submarinos alemanes en los alrededores de lo que más tarde se convertiría en el centro turístico de Cayo Coco y escribió sobre esa experiencia en su novela *Islands in the Stream*.

1
La colonia insegura: matanzas, esclavitud y piratería, 1511-1740

Hatuey y Diego Velázquez: El cacique indio frente al conquistador español, 1511

El pequeño puerto de Baracoa en el extremo oriental de Cuba, caluroso y húmedo durante todo el año, no muestra apenas el aura histórica que acaso le correspondería. Viejas casas de madera se alinean en unas pocas calles apretadas entre las montañas y el océano, junto a un par de antiguas fortificaciones de piedra, restos del poder imperial español, y un hotel de estilo soviético junto al aeródromo, un recuerdo de hormigón, desvaído por la lluvia, de otro imperio desvanecido. En los jardines del pequeño museo dentro de uno de los fuertes se puede ver un busto de Hatuey, jefe de las fuerzas de la resistencia indígena en la época de los primeros desembarcos españoles en 1511. Como muchos otros protagonistas de la historia cubana, también él era un refugiado del pequeño país al este que ahora se llama Haití. Cuba es una isla, pero también forma parte del gran archipiélago de las Antillas, y su historia refleja esa realidad geográfica inmutable.

Baracoa, accesible hoy por tierra mediante una serpenteante carretera cortada en las montañas, se mantuvo durante siglos aislada del resto del país. Sus contactos con el exterior tenían que hacerse por mar, hacia Haití, al este, cruzando el Paso de los Vientos, y hacia Estados Unidos, al norte, atravesando el estrecho de la Florida, adonde se solían enviar cocos y bananas desde su minúsculo puerto durante la década de 1930.

En la década de 1960, después de la revolución y cuando todavía había dinero para gastar en proyectos colosales, se construyó la carretera de acceso que había prometido el viejo dictador Batista en los años cincuenta sin que llegara a concluirse, lo que permitió un breve florecimiento económico cuando dos de los héroes de la revolución, el Che Guevara y Raúl Castro, llegaron en 1963 para inaugurar una fábrica de

cacao financiada por un Estado benevolente. En los lugares donde los automóviles tienen que frenar para tomar las pronunciadas curvas de la carretera de montaña se venden todavía barras de chocolate en una muestra más de desesperación individual que de un comercio estable.

Otra señal de que se viven tiempos difíciles es el hecho de que más de la mitad de la población local se ha apartado de la Iglesia católica y ahora reza en capillas evangélicas protestantes, un gran cambio sistémico en la Latinoamérica de hoy día al que Cuba no es en absoluto inmune. Resulta una curiosa paradoja que Baracoa fuera el primer lugar de Cuba donde desembarcaron aquellos guerreros católicos españoles, soldados de un imperio europeo que pronto se iba a lanzar a una lucha a vida o muerte contra los seguidores de las doctrinas protestantes de Martín Lutero.

Baracoa era un lugar insensato para que los primeros conquistadores lo eligieran como punto de desembarco, pero quizá no estaban familiarizados con la costa y se dejaron guiar por el azar o por las vehementes palabras al respecto pronunciadas por Colón, quien en realidad sólo echó un vistazo a la bahía durante su primer viaje al Caribe en 1492. Baracoa es el puerto cubano más próximo a Haití; desde allí inició Diego Velázquez su conquista de Cuba en 1511[1].

Los habitantes de Baracoa de la época, como los de la mayor parte de Cuba, se llamaban a sí mismos taínos, y eran vistos por los primeros visitantes españoles como gentes «sumisas, humildes, obedientes y muy hospitalarios, poco inclinados a los placeres sexuales u otras actividades físicas que requirieran esfuerzo»[2]. Cultivaban yuca, cuya raíz cosechaban y secaban al fuego o al sol y después molían para obtener harina [tapioca] con la que elaboraban una especie de pan o *cazabe*. También cultivaban algodón y tabaco y comían maíz y patatas. «Estaban, como dixe, abundantísimos de comida –escribió Bartolomé de las Casas– y de todas las cosas necesarias a la vida. Tenían sus labranzas, munchas y muy ordenadas; de lo cual todo, tener de sobra y habernos con ello matado la hambre, somos oculares testigos»[3].

---

[1] La isla compartida actualmente por Haití y la República Dominicana fue llamada La Española por los españoles.

[2] Citado en J. Suchlicki, *Cuba from Columbus to Castro and Beyond*, Londres, 1997, p. 8.

[3] Bartolomé de las Casas ofrecía una extensa descripción de la población de Cuba, así como de su flora y fauna, en su *Historia de las Indias*, vol. 3, Caracas, Biblioteca

Los taínos no eran los habitantes originales de Cuba. Un pueblo más antiguo todavía eran los guanahatabeyes, emigrados desde los bosques de Venezuela y Colombia. Es en el extremo opuesto de la isla, principalmente en la península occidental de Guanahacabibes, donde se han hallado más restos de sus artefactos. Estos indios vivían, según el conquistador Velázquez, «como salvajes, sin casas o ciudades, comiendo únicamente la carne que pueden encontrar en los bosques, así como tortugas y pescado».

Las pruebas arqueológicas sugieren que los guanahatabeyes habían sido empujados hacia el oeste como resultado de la llegada de dos oleadas sucesivas de inmigrantes, los taínos y los siboneyes, que también se habían desplazado hacia el norte desde el delta del Orinoco y las Antillas menores. Unos y otros pertenecían al grupo étnico conocido en Sudamérica como arawak o araucos y entre ellos existía una relación que podría llamarse de servidumbre. Según Las Casas, los siboneyes eran «gente simplicísima, bonísima, careciente de todos vicios [...] Ésta era la natural y nativa de aquella isla, y llamábanse en su lengua *ciboneyes* (la penúltima sílaba luenga); y los désta [Haití], por grado o por fuerza, se apoderaron de aquella isla [Cuba] y gente della y los tenían como sirvientes suyos, no como esclavos, porque nunca en todas estas Indias se halló que hiciesen diferencia, o muy poca, de los libres».

La historia precolombina de Cuba, con la excepción de unas pocas obras pioneras de etnología y arqueología, se mantiene todavía en gran medida en el campo de la conjetura y la imaginación creadora, y aun la historia de la conquista y colonización es un tema poco familiar, desatendido hasta por los propios historiadores de la isla. Pero durante los dos primeros siglos de dominio colonial tuvieron lugar una serie de acontecimientos, en la propia isla y en sus alrededores, que dejaron una marca permanente sobre su pueblo y su economía: la fusión entre los indios aborígenes y los colonizadores españoles; la llegada de una inmensa población negra desde las costas de África; la fundación y construcción de una de las grandes ciudades españolas en Latinoamérica; y la formación de una economía agrícola y ganadera que iba a florecer finalmente con la esclavitud, convirtiéndose en la máquina creadora de riqueza que fue la exportación de azúcar duran-

---

Ayacucho, 1986, pp. 81-101 [vol. 3, pp. 1845-1861 de la edición de Alianza, Madrid, 1994. Véase en particular la p. 1852].

te el siglo XIX. Todos éstos fueron acontecimientos importantes en la temprana historia de la colonia.

También lo fue la participación de Cuba en las querellas de la Europa continental poco después de la conquista. Como colonia del Imperio español, Cuba se encontraba en la línea del frente de las guerras europeas, al ampliarse las fronteras del Viejo Continente al otro lado del Atlántico. Las autoridades imperiales trataron de mantener a Cuba aislada de la economía global de la época y de que dependiera únicamente de España, pero era imposible. Mucho antes de la llegada de los soviéticos a finales del siglo XX, Cuba era considerada presa legítima por las flotas oficiales (y las piratas) francesa, inglesa y holandesa, como lo fue más tarde para los norteamericanos. También se desarrolló una estrecha relación comercial con los vecinos más próximos, como había sucedido en tiempos precolombinos: con Haití, Jamaica, Florida, Centroamérica y México. De hecho, la riqueza de la isla durante sus tres primeros siglos bajo dominación española se debió tanto al contrabando y comercio ilícito como al comercio legítimo con la madre patria y sus colonias[4].

Los taínos vieron pasar a Colón navegando cerca de la costa el 28 de octubre de 1492, probablemente en Baracoa, y también pasó a lo largo de la costa meridional durante su segundo viaje desde Europa en 1494, desembarcando en varias calas –como la que más tarde se iba a convertir en la gran base naval estadounidense de Guantánamo–. Colón ofreció un informe cordial de Cuba en su diario, describiendo pueblos de grandes casas «muy más hermosas, de la forma que se dixo de alfaneques muy grandes, que parecían tiendas en real (o exército), sin concierto de calles, cubiertas de hojas grandes de palmas muy hermosas [...] de dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos, maravillosos aparejos de redes y anzuelos, y para pescar muy aptos instrumentos»[5].

El primer asentamiento español en el Caribe se estableció al este de Cuba, en el puerto de Santo Domingo de la isla a la que llamaron La Española, cuyo primer gobernador, desde 1501 hasta 1509, fue Nicolás de Ovando. Ovando puso en vigor el sistema de trabajo forzado para

---

[4] R. Ely, *La economía cubana entre dos dos Isabeles, 1492-1832*, La Habana, 1960, p. 21.

[5] B. de las Casas, *Historia de las Indias*, Libro I, cap. 45 [p. 576 de la edición de Alianza]. Citado en W. F. Johnson, *The History of Cuba*, vol. I, Nueva York, 1920, p. 28.

los indios que pronto iba a servir de modelo para Cuba; también animó a los nuevos colonos que llegaban regularmente de España a criar ganado y cultivar caña de azúcar.

Hasta 1511 no se envió una expedición desde La Española a Cuba. Velázquez tenía órdenes de conquistar y colonizar la isla, pero sus hombres encontraron una fuerte resistencia indígena que iba a durar varias décadas. El primer jefe al mando de las fuerzas indígenas del que hablan las crónicas fue Hatuey, un cacique taíno originario de La Española. Durante siglos Hatuey fue el representante por antonomasia de la población aborigen de Cuba, evocado a intervalos regulares por todos los que pretendieron dar un giro a alternativo a la historia de la isla, pero su nombre acabó –como última afrenta– convertido en el de una marca popular de cerveza que sobrevivió a la nacionalización, durante la Revolución, de la empresa que la fabricaba.

Hatuey fue testigo de una gran matanza de indios en La Española, ordenada por Ovando en 1503, y al no ver futuro en aquella isla atravesó el Paso de los Vientos hasta Cuba con muchos de sus súbditos. Se establecieron en las montañas por encima de Baracoa y cuando los españoles siguieron la ruta de sus canoas hasta Cuba en 1511, Hatuey se encargó de organizar la resistencia local. Sabía por propia experiencia lo que cabía esperar.

Velázquez, el enemigo de Hatuey, había viajado por primera vez a las Indias en la segunda expedición de Colón en 1494, a la edad de veintinueve años. Ha sido poco estudiado por los historiadores, pero fue uno de los grandes conquistadores españoles de Latinoamérica, primer gobernador de Cuba e impulsor de las expediciones al Yucatán y México, país que habría conquistado de no interponerse en sus ambiciones Hernán Cortés.

Diego de Velázquez, el primero de una larga estirpe de figuras autocráticas y carismáticas que dejaron su marca sobre la historia de Cuba durante siglos, nació en Cuéllar, entre Segovia y Valladolid, en 1465. Se le ha descrito como «un hombre de gran habilidad, singularmente apuesto, de modales seductores, de mucha popularidad y gran fuerza de carácter para dirigir y mandar hombres»[6]. Considerado por sus contemporáneos como un administrador eficiente, en su época era el hombre más rico de las Américas. En una esquina del Parque Cés-

[6] W. F. Johnson, *op. cit.*, vol. I, p. 59.

pedes, en el centro de Santiago de Cuba, sigue todavía en pie su hogar y oficina, un maravilloso y bien proporcionado edificio de estilo mudéjar con ventanas enrejadas y un fresco patio que hoy alberga el Museo de Historia colonial y que recuerda las construcciones árabes desde Damasco a Sevilla y la inmediatez con que la conquista de las Américas siguió a la reconquista de Al-Andalus.

En las campañas genocidas contra los indios de La Española Velázquez había sido un jefe militar eficaz, participando en 1503 en la matanza de Xaraguá, la que impulsó a Hatuey a huir a Cuba. Velázquez, de un talante diferente al de Ovando, planeaba tratar a los indios cubanos de una forma menos brutal. Entendió desde sus primeras experiencias en La Española que era un error exterminar a la población local, ya que los colonos necesitaban a los indios, y no sólo su tierra, para que les proporcionaran alimentos y trabajo.

Velázquez se dirigió a Cuba en los últimos días de 1510 desde la costa noroeste de La Española, con tres buques y un ejército de 300 hombres. Tras cruzar los 100 kilómetros del Paso de los Vientos desembarcó en Baracoa bautizándola como Nuestra Señora de la Asunción. Recibido desde el primer día con hostilidad por los indios, buscó a su jefe en las montañas por encima de Baracoa. Finalmente, Hatuey fue capturado y quemado vivo.

Una famosa historia recuerda la indignación de Hatuey ante el intento de los invasores de convertirlo al cristianismo. La escena de su muerte en la hoguera fue recogida en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, el influyente libro escrito poco después por fray Bartolomé de las Casas, sacerdote y terrateniente que acompañó a los invasores de Velázquez. Hatuey, ya atado a la estaca, se vio obligado a oír un breve resumen de los mitos cristianos de boca de un fraile franciscano:

> Atado a un palo decíale un religioso de san Francisco, sancto varón que allí estaba, algunas cosas de Dios y de nuestra fee, (el cual nunca las había jamás oído), lo que podía bastar aquel poquillo tiempo que los verdugos le daban, y que si quería creer aquello que le decía iría al cielo, donde había gloria y eterno descanso, e si no, que había de ir al infierno a padecer perpetuos tormentos y penas. Él, pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al cielo. El religioso le respondió que sí, pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el ca-

> cique, sin más pensar, que no quería él ir allá, sino al infierno, por no estar donde estuviesen y por no ver tan cruel gente[7].

Aun después de la muerte de su líder los indios siguieron combatiendo a los españoles. La jefatura pasó a manos de Caguax, aliado de Hatuey y también refugiado de La Española. Velázquez pidió ayuda y el virrey Diego Colón envió a Pánfilo de Narváez desde Jamaica, isla al sur de Cuba conquistada y ocupada por los españoles dos años antes, en 1509. Narváez, un aventurero vallisoletano que rondaba la cuarentena, fue el auténtico conquistador de Cuba. Pronto iba a dejar su sello brutal sobre la isla, y más tarde dirigió expediciones a México y la Florida. Al llegar de Jamaica con una tropa de treinta hombres con ballestas se puso al frente de una fuerza invasora que se desplazó hacia el interior; cerca de Bayamo, un asentamiento indio en las laderas de Sierra Maestra que ha desempeñado un importante papel en diversos momentos de la historia de Cuba, derrotó a las fuerzas indias y mató a Caguax.

Al cabo de tres años la columna militar de Narváez –engrosada hasta quinientos hombres y una veintena de caballos– había recorrido toda la isla. En su camino hacia el oeste masacraron a los habitantes de Caonao, cerca de Manzanillo, otro acontecimiento estremecedor fielmente observado y registrado por Las Casas:

> Una vez, saliéndonos a recebir con mantenimientos y regalos a diez leguas de un gran pueblo, y llegados allá, nos dieron gran cantidad de pescado y pan y comida con todo lo que más pudieron; súbitamente se les revistió el diablo a los cristianos e meten a cuchillo en mi presencia (sin motivo ni causa que tuviesen) más de tres mil ánimas que estaban sentados delante de nosotros, hombres y mujeres e niños. Allí vide tan grandes crueldades que nunca los vivos tal vieron ni pensaron ver[8].

A medida que los españoles avanzaban atravesando la isla, los indios supervivientes huían a las montañas o cruzaban a las pequeñas islas o cayos cercanos a la costa. Desde esos puntos relativamente seguros,

---

[7] B. de las Casas, *A Short Account of the Destruction of the Indies*, Londres, 1992, p. 28 [ed. cast.: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Barcelona, 2004. Véase también en http://www.ciudadseva.com/textos/otros/brevisi.htm].

[8] *Ibidem*, p. 29.

que en el siglo XXI se han convertido en instalaciones para turistas, lanzaban ataques contra los asentamientos españoles, olvidando sus primeros intentos de mostrarse amistosos. En 1527 los indios mataron a varios colonos en Bayamo, algo que se repitió en los alrededores de Santiago en 1529. Esas violentas acometidas se hicieron tan alarmantes para los colonos que en 1532 se organizó una expedición para aplastar a los «indios de los cayos», si bien la resistencia se prolongó durante varios años más.

Los indios de las montañas, llamados cimarrones, también atacaron diversos asentamientos en la década de 1520. Su líder Guama se mantuvo durante años en los alrededores de Baracoa, donde, tras una guerra que duró más de una década, fue derrotado y matado en 1532. Durante todo el siglo XVI siguieron produciéndose estallidos esporádicos de resistencia, pero los indios acabaron retrocediendo frente a los perros y las matanzas, viéndose además diezmados por las enfermedades europeas.

Al cabo de unos pocos años desde la conquista inicial los conquistadores habían establecido un control eficaz de varios puntos estratégicos distribuidos por toda la isla. Velázquez presidió la formación de media docena de pequeños asentamientos españoles, cuyos nombres expresan los sentimientos cristianos de la fuerza invasora: San Salvador de Bayamo, La Santísima Trinidad, San Cristóbal de La Habana, Sancti Spíritus, Santa María del Puerto del Príncipe (Camagüey) y Santiago de Cuba. Esos asentamientos se establecieron en áreas en las que ya existía una abundante población india, por ser los mejores lugares para reclutar la mano de obra local[9].

Los españoles habían llegado con la esperanza de encontrar oro y les satisfizo hallarlo en los ríos y los montes de la zona oriental, pero los yacimientos eran pequeños y los depósitos se agotaron pronto, en poco más de veinticinco años. Cuba envió un total de 84.000 onzas de oro a España durante los primeros treinta años de colonización, pero en 1539 la producción había disminuido notablemente llegando sólo a 650 onzas[10]. También se encontró cobre en unos cerros cerca de Santiago, y

---

[9] I. Rouse, *The Tainos: The Rise and Decline of the People who Greeted Columbus*, New Haven y Londres, 1992, p. 157.

[10] R. Ely, *op. cit.*, p. 17. Ely calculaba que 84.000 onzas de oro equivalían aproximadamente a 1.500.000 dólares de 1960.

aunque su producción se ha mantenido intermitentemente desde entonces hasta hoy, no tenía el atractivo inmediato ni el valor del oro.

Los gobernantes españoles entendieron pronto que la vida de los colonos en Cuba no podía depender únicamente de la explotación de la riqueza mineral de la isla. El perspicaz Velázquez vio claramente que su futuro desarrollo dependería de la agricultura, y ya en 1514 pidió que se le enviara ganado vacuno y caballar desde La Española, así como semillas y aperos agrícolas. Con ello se pretendía empezar la colonización en serio. Alejándose de Baracoa, Velázquez situó su cuartel general permanente en la costa meridional, a la orilla del excelente puerto natural de Santiago.

Para los españoles, conquista y colonización eran procesos paralelos. La pauta que se iba a seguir en Cuba se había establecido en la propia España en los siglos anteriores, cuando los cristianos de Castilla habían ido expulsando lentamente a la población musulmana del campo y finalmente de la propia España. Allí, las tierras arrebatadas a los musulmanes se conocían como realengos, lo que indicaba que eran propiedad del Rey, y eran distribuidas a los soldados y labradores cristianos, encargados de su cultivo y de su defensa frente a un eventual contraataque musulmán.

Ese original sistema de colonización de la tierra, típico de la España reconquistada, fue transferido tal cual a las Américas, primero a La Española y luego a Cuba. La tierra de la isla fue declarada propiedad del Rey de España y, así, en 1513 Fernando de Aragón promulgó un decreto estableciendo los derechos y deberes de sus futuros colonos:

> A fin de que nuestros súbditos cobren ánimo para ir allí y asentarse en las Indias, y que puedan vivir allí con toda la comodidad que deseamos para ellos [...] es nuestra voluntad que se distribuyan casas, parcelas y tierras a todos cuantos vayan a colonizar nuevas regiones en aquellos lugares [...] y en habiendo trabajado y construido sus viviendas en aquellas tierras, y habiendo residido cuatro años en aquellos lugares, les otorgamos el derecho, desde este momento, a vender o hacer con esas propiedades lo que les plazca, libremente y sin limitación alguna[11].

[11] Citado en R. Guerra y Sánchez, *Sugar and Society in the Caribbean: An Economic History of Cuban Agriculture*, New Haven, 1964, p. 32 [ed. cast.: *Azúcar y población en las Antillas* (1935), La Habana, 1976].

Se nombraron vecinos, lo que en el contexto colonial se refería a representantes locales del Rey, encargados de dividir los realengos en porciones más pequeñas, o encomiendas, entre los colonos que debían cultivarlas, los encomenderos. Ésta era la teoría en que se sustentaba el sistema de la encomienda, y sin duda funcionó bastante bien en las tierras españolas de la Reconquista, gracias a la superabundancia de individuos empobrecidos disponibles en cada lugar para hacerse cargo de las alquerías musulmanas abandonadas. Pero en Cuba el decreto de Fernando el Católico carecía prácticamente de significado, dada la absoluta escasez de colonos blancos. Los encomenderos no habían cruzado el Atlántico con la intención de trabajar. Querían «vivir con toda la comodidad que deseamos para ellos», como había dicho tan gráficamente su monarca. El trabajo real de labrar, sembrar y cosechar tendrían que hacerlo los indios, la única mano de obra disponible.

Cuando Las Casas llegó a Santo Domingo en 1502 le dijeron: «Has llegado en un buen momento, vamos a guerrear contra los indios y podremos obtener muchos esclavos». Aquella noticia, según informaba, «produjo una gran alegría en el barco». Escenas similares se iban a repetir pronto en Cuba; puesto que toda la tierra de la isla pertenecía supuestamente al Rey, a todos los indios sobre ella se les se consideraba siervos, y ellos iban servir como fuerza de trabajo para los colonos.

Velázquez también tenía el título de «repartidor de indios», puesto que le autorizaba a repartir la población india entre los colonos, proporcionando a cada *vecino* un grupo de indios para ser utilizados como esclavos; ese sistema se conocía como repartimiento. A cada vecino se le concedía un grupo de entre cuarenta y trescientos indios que luego serían directamente empleados por los encomenderos. Velázquez gozaba de buena reputación entre los cronistas y, a pesar de la injusticia intrínseca del sistema, trató de que los indios no fueran maltratados. Según sus edictos, se suponía que se debían dedicar principalmente a la agricultura y que tan sólo trabajarían para su encomendero un mes al año. En la práctica, el sistema no funcionó e iba a resultar desastroso para los indios.

Los planes aparentemente benéficos de Velázquez fueron finalmente abandonados. La historia de todos y cada uno de los imperios ha demostrado que es muy difícil esclavizar a la población local en beneficio de los invasores extranjeros. Los indígenas se niegan a trabajar, se mueren o escapan a otra parte y hay que traer esclavos de fuera. El

caso cubano no fue una excepción: durante las expediciones punitivas de Narváez murieron muchos indios, pero otros simplemente abandonaron sus campos y desaparecieron en los montes.

Pronto fue necesario conseguir fuerza de trabajo fuera de Cuba y los colonos organizaron expediciones de caza de esclavos en las islas próximas del Caribe. Desesperados por obtener mano de obra navegaron más lejos, buscando nuevos suministros en Centroamérica y Sudamérica, e incluso en Norteamérica. Los informes sobre el trato a esos indios capturados se parecen a los escritos más tarde sobre la trata de esclavos en el Atlántico. Un viajero italiano describía lo que había visto en las costas de Venezuela a mediados del siglo XVI:

> Los esclavos [indios] son marcados en el rostro y en los brazos con un hierro al rojo; la marca es una C [por el rey Carlos]. Luego los gobernadores y capitanes hacen lo que quieren con ellos: algunos son repartidos entre los soldados de forma que éstos puedan venderlos o jugárselos. Cuando llegan barcos de España intercambian esos indios por vino, harina, bizcochos y otras cosas necesarias. Y aunque algunas de las mujeres indias hayan quedado embarazadas de esos mismos españoles, las venden a todas ellas sin ningún remordimiento.
>
> Luego los mercaderes los llevan a otro lugar y los venden de nuevo. Otros son vendidos en la isla Spagnuola [La Española], llenando con ellos grandes buques parecidos a carabelas. Los introducen bajo el puente y, al ser casi todos ellos de tierra adentro, sufren horriblemente en el mar, y como no se les permite salir de esos sollados a pesar de los mareos y otras necesidades, tienen que permanecer entre la porquería como animales; y como que la mar a menudo está en calma, les faltan el agua y otras provisiones, de forma que los pobres, abrumados por el calor, el hedor, la sed y el hacinamiento, acaban expirando miserablemente allí abajo[12].

Con semejante trato, los esclavos indios transportados a Cuba seguían pronto el camino recorrido por la población indígena, falleciendo o

[12] Girolami Benzoni era un milanés que viajó por las Américas entre 1541 y 1556 y escribió un informe sobre lo que había visto en Cubagua, un asentamiento español en la costa de Venezuela. No vio que llevaran esclavos indios a Cuba, pero describió la suerte de los que acabaron en Santo Domingo. G. Benzoni, *History of the New World, shewing his travels in America from 1541 to 1556*. Londres, 1857.

uniéndose a las bandas de anteriores fugitivos en las inaccesibles ciénagas o en los montes de la isla. Viendo lo difícil que resultaba someter a la esclavitud a los indios importados, los colonos tuvieron que buscar una nueva reserva de mano de obra y se volcaron desesperados en la compra de esclavos africanos.

No les ayudaba nada la actividad de Las Casas, tan estremecido por la matanza de indios que resolvió llamar la atención del monarca español sobre sus sufrimientos. Abandonó las tierras que se le habían concedido en la isla y dedicó los siguientes cincuenta años de su vida a la causa india. Hizo campaña en México y en la corte, cruzó una y otra vez el Atlántico, sobresaltando al monarca español y a sus consejeros con sus arremetidas, y mantuvo durante años una abrumadora correspondencia. La historia de la conquista escrita por Las Casas y sus informes sobre el trato a los indios acabaron haciéndose imprescindibles para entender la historia del siglo XVI, y en ellos se basó en gran medida la «leyenda negra» sobre las atrocidades españolas, divulgada sobre todo por holandeses e ingleses, que iba a mantener durante siglos un estatus casi bíblico en la Europa protestante. Puede que sus estadísticas fueran exageradas, pero sin duda representa una fuente seria y de primera mano[13].

Sus cabildeos en España hicieron ver a la corona que no se podía dejar indefinidamente a los indios a merced de los colonos. En 1529, tras unos veinte años de conquista y tras la muerte de Velázquez en 1524, la corona instituyó el cargo de «protector de los indios»* y encargó esa tarea en Cuba a dos frailes; pero ese admirable gesto real tuvo poco éxito. En las sociedades coloniales suele suceder que los enviados a representar las intenciones reformistas del gobierno metropolitano sucumben pronto a las presiones sociales ejercidas por los colonos locales. En el caso cubano ambos clérigos se pusieron de parte de los colonos y pronto comenzaron a reprimir los indios por su cuenta.

---

[13] «En tres o cuatro meses, estando yo presente, murieron de hambre, por llevarles los padres y las madres a las minas, más de siete mil niños. Otras cosas vide espantables. Después acordaron de ir a montear los indios que estaban por los montes, donde hicieron estragos admirables, e así asolaron e despoblaron toda aquella isla, la cual vimos agora poco ha y es una gran lástima e compasión verla yermada y hecha toda una soledad (Las Casas, *A Short Account*, cit., p. 30). [Véase http://www.ciudadseva.com/textos/otros/brevisi.htm]

* El cardenal Cisneros le había concedido ese título a Bartolomé de las Casas en 1516, sin que ello supusiera todavía ninguna responsabilidad administrativa. *[N. del T.]*

Trece años después, en 1542, la corona abolió el sistema de la encomienda y promulgó nuevas leyes que reconocían a los indios como vasallos más que como esclavos; pero no sirvió de nada. La mayoría de los indios habían desaparecido ya y también lo habían hecho, con gran alarma de las autoridades, los propios colonos. Muchos de los primeros emigrantes españoles –marineros, comerciantes, artesanos y agricultores– habían abandonado las inseguras e inciertas perspectivas del sur de España para buscar en América una nueva vida; pero algunos de los que llegaron a Cuba con intención de establecerse como agricultores y pequeños propietarios nunca recibieron un título en firme de propiedad de la tierra, o no se les concedió un número suficiente de indios con los que trabajarla. El favoritismo y la ineptitud burocrática también hacían estragos en aquella época.

Había otros que no habían llegado precisamente como agricultores. Su ambición era encontrar oro; cuando descubrieron que en Cuba era tan escaso, cientos de ellos se apresuraron a incorporarse a la explotación de los ricos depósitos hallados en el continente sudamericano. Velázquez, que se había desplazado de Baracoa a Santiago, sentó con ello las bases del papel de Cuba como plataforma de lanzamiento para nuevas conquistas españolas al sur y al oeste: Jamaica, Darién (Panamá), México y Perú.

Muchos de aquellos aventureros españoles, hombres como Narváez, utilizaron Cuba como etapa intermedia hacia el continente. Cada año se organizaban nuevas expediciones. La primera, encabezada por Francisco Hernández de Córdoba, partió de La Habana hacia Yucatán en 1517. A su regreso los exploradores le hablaron a Velázquez de la existencia de territorios infinitamente más atractivos que Cuba, perorando en tonos líricos sobre «grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas traían vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas, y tenían oro y labranzas de maizales...»[14].

Esas regiones parecían ofrecer una perspectiva más tentadora que Cuba y los cuentos de los viajeros despertaron la codicia del propio

---

[14] B. Díaz del Castillo, *The Conquest of New Spain*, Londres, 1963, p. 26 [ed. cast.: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona, 2005]. «[...] y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores. Y como vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró [*sic*] Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que los echó por la mar adelante en ciertos navíos barcos que habían aportado en aquella tierra».

Velázquez y de muchos otros. Uno de ellos fue Hernán Cortés, alcalde del lúgubre asentamiento de Baracoa y más tarde de Santiago, quien, al parecer, mantenía: «Vine aquí para hacerme rico y no para cultivar la tierra como un campesino». Cortés, nacido en 1485, provenía de la ciudad extremeña de Medellín y había viajado a Santo Domingo en 1504, uniéndose a la expedición de Velázquez a Cuba en 1511. Ocho años después, en febrero de 1519, organizó una gran fuerza expedicionaria que partió de la Villa de la Santíssima Trinidad para iniciar lo que se iba convertir en la conquista de México. «Mis compañeros y yo padecemos una enfermedad del corazón –escribió un cronista de la época– que sólo se puede curar con oro». Cortés iba acompañado de una fuerza armada de 380 jóvenes, los colonos más bizarros de Cuba, procedentes de Castilla, Andalucía y Extremadura.

La partida de Cortés y las subsiguientes expediciones desde Cuba a México y La Florida (una de ellas dirigida por Pánfilo de Narváez) marcaron el inicio de un nuevo capítulo en la historia del Imperio español en las Américas, cuyo centro se desplazó del Caribe a los vastos territorios de los aztecas y los incas. Cuba fue la plataforma de lanzamiento para ese nuevo desarrollo, pero no su inmediato beneficiario. El descubrimiento de nuevas civilizaciones en el continente y las subsiguientes expediciones organizadas para reforzar la cabeza de puente inicial establecida por Cortés iban a tener un impacto importante sobre la sociedad que se iba creando en Cuba. La isla no sólo se vio desprovista de algunos de sus talentos más brillantes, sino que se potenció su papel esencialmente insignificante y periférico como mera estación de paso (tanto a la ida como a la vuelta) entre la metrópoli y el continente americano.

El entusiasmo despertado por la exploración y colonización de otros lugares dejó los inhóspitos asentamientos españoles en Cuba mermados y decaídos durante varias décadas. La población de la isla en 1544, según una estimación de la época, era de menos de 7.000 personas, compuesta por 5.000 indios, 800 esclavos negros y sólo 660 colonos españoles[15]. Después de treinta años de colonización, los españoles apenas habían puesto el pie en la isla. Hasta muy avanzado el siglo XVI, cuando las flotas cargadas de plata de Perú y México se veían obligadas a reunirse en La Habana antes de afrontar los peligros de

[15] J. Suchlicki, *op. cit.*, p. 28.

la travesía del Atlántico, no comenzó a florecer económicamente Cuba, convirtiéndose en un importante eslabón de la cadena dorada del Imperio español.

¿Qué les sucedió a los indios de Cuba?

En la mayoría de las versiones de la temprana historia de Cuba, los indios desaparecen rápidamente de escena. Aunque Fernando de Aragón dio al cabo de un tiempo órdenes estrictas de proteger a los indios y Velázquez trató de evitar su exterminio, la realidad de la conquista condujo a una pronta desaparición de la mayor parte de la población india. Murieron en matanzas gratuitas, como las perpetradas por Narváez, y a causa de las enfermedades europeas traídas por los conquistadores. También morían, cada vez más, matándose entre sí o suicidándose. El impacto cultural sobre sus sociedades fue inmenso. Fernando Ortiz, antropólogo cubano del siglo XX, escribió en torno al efecto pernicioso sobre la población local de una civilización extranjera y totalmente distinta:

> Con él [Colón] llegaron el hierro, la pólvora, el caballo, la rueda, la vela, la brújula, la moneda, el capital, el salario, la escritura, la imprenta, el libro, el amo, el rey, la iglesia, el banquero [...] y un vértigo revolucionario sacudió a los pueblos de Cuba, arrancando de cuajo sus instituciones y destrozando sus vidas[16].

La violenta represión infligida por los conquistadores era no sólo censurable sino también contraproducente, ya que, aunque hubo que vencer cierta resistencia, en particular de quienes como Hatuey y Caguax habían sufrido las arremetidas españolas en La Española, se conservan muchos informes según los cuales los indios locales recibieron a los invasores de una forma amistosa. Sus gestos de bienvenida fueron a menudo mal interpretados o simplemente ignorados. En la historia de todos los imperios los primeros conquistadores son invariablemente los más brutales, y los españoles en Cuba no fueron una excepción. Ningún caudillo español podía controlar los excesos de sus tropas; sólo podía hacerlo, hasta cierto punto, con sus perros.

---

[16] F. Ortiz, *Cuban Counterpoint, Tobacco and Sugar*, Durham (N. C.), 1995, p. 99.

Los sabuesos, dogos y mastines fueron una de las armas más temibles utilizadas por los españoles desde los primeros días. Se introdujeron en la isla podencos irlandeses para buscar y cazar a los indios. Según el informe de Las Casas: «echábanlos a perros bravos que los despedazaban e comían, e cuando algún señor topaban, por honra quemábanlo en vivas llamas»[17]. También se utilizaron perros siglos más tarde para perseguir a los esclavos negros huidos y las noticias de esa infame actividad se difundieron por todo el Caribe y llegaron a Norteamérica[18]. En aquellas condiciones muchos indios prefirieron suicidarse, inmolando asimismo a sus familias. «Viéndose morir y perecer sin remedio –escribía Las Casas–, todos comenzaron a huir a los montes; otros, a ahorcarse de desesperados, y ahorcábanse maridos e mujeres, e consigo ahorcaban los hijos»[19].

Las historias tradicionales de Cuba han ignorado o minusvalorado el papel de los indios en el desarrollo de la isla en los siglos posteriores, argumentando que desaparecieron a finales del siglo XVI como consecuencia de las matanzas, enfermedades y suicidios. La insigne historiadora estadounidense Irene Wright escribía en 1910: «No me parece probable que los cubanos actuales mantengan siquiera una ínfima parte de la sangre aborigen»[20].

Esa eliminación de los indios del pasado cubano tiene una larga historia, pero parece más que probable que siguieron constituyendo una parte significativa y prolongada de la población de Cuba durante varios siglos. Aunque los colonos españoles crearon sólidos asenta-

---

[17] B. de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, cit.

[18] Rodrigo Rangel, el secretario de Hernando de Soto que capitaneó una expedición desde La Habana a La Florida en 1539, explicaba que los conquistadores iban siempre acompañados por «podencos irlandeses y otros perros muy bravos y salvajes». El lector debía entender, escribía, «que *aperrear* es hacer que los perros se los coman o los maten, haciendo pedazos a los indios». Véase E. G. Bourne (ed.), *Narrative of the career of Hernando de Soto*, Nueva York, 1904, vol. II, p. 60. El coronel Henry Bouquet, dedicado a guerrear contra los indios norteamericanos en 1763, decía: «Me gustaría que pudiéramos emplear el método español, cazarlos con perros ingleses, apoyados por guardias forestales y algunos caballos ligeros, lo que a mi juicio permitiría extirpar o eliminar a esa chusma». Más adelante, los británicos tuvieron noticia de que los españoles de Cuba habían enviado 36 perros y 12 perreros para expulsar a los indios misquitos de la zona costera de Nicaragua y, en 1795, las autoridades españolas también enviaron perros y perreros de Cuba a Jamaica para ayudar a aplastar una rebelión de cimarrones.

[19] B. de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, cit.

[20] I. Wright, *Cuba*, Nueva York, 1910.

mientos para sí mismos y sus familias en media docena de pequeñas ciudades, la mayor parte de la isla quedaba de hecho fuera de su control. En grandes áreas de pantanos y montañas, y en las pequeñas islas junto a la costa, miles de indios debieron de sobrevivir varias décadas y acaso siglos. Durante los siglos XVI y XVII a esos supervivientes indios olvidados se les unieron los esclavos negros huidos, formando conjuntamente *palenques*, las aldeas independientes que prestaron apoyo a los movimientos de resistencia más generales de los siglos XIX y XX. Los *palenques* –semejantes a los asentamientos de los fugitivos que se desarrollaron en otras islas del Caribe– son a menudo considerados por los historiadores como centros de resistencia negra, pero originalmente sus pobladores debieron de ser una combinación de indios y negros.

La primera mitad del siglo XVI también fue testigo de la creación de una gran población mestiza, ya que los colonos españoles solían ayuntarse con mujeres indias. Esto ocurrió también en otros lugares del continente latinoamericano hasta bien avanzado el siglo XVII. Los soldados y colonos que llegaron durante los primeros años de conquista y colonización cruzaban el Atlántico con pocas mujeres. Un censo de 1514 en La Española mostraba que el 40 por 100 de las mujeres oficialmente reconocidas de los españoles eran indias. De hecho, una autoridad en la materia concluye que «una gran proporción de la población actual de la República Dominicana, Puerto Rico y Cuba desciende al menos en parte de los taínos»[21].

En la mayoría de los casos las sucesivas generaciones de mestizos utilizaron el nombre y la lengua de sus padres españoles, pero indudablemente incorporaban también la cultura y los genes de sus madres indias. El elemento indio de la población cubana, engendrado durante el primer siglo de conquista, quedó ciertamente diluido con los años por las nuevas oleadas de colonos y esclavos, pero nunca desapareció del todo. El periodista estadounidense Grover Flint, presente en Cuba durante la Guerra de Independencia de 1895-1898, describía su encuentro con «el comandante Miguelín, conocido como "el Indio Bravo", veterano de la Guerra de los Diez Años. Era un hombre de mirada aguda y tez bronceada, que proclamaba su sangre india [...]»[22].

---

[21] I. Rouse, *op. cit.*, p. 161.

[22] G. Flint, *Marching with Gómez: a war correspondent's field note-book kept during four months with the Cuban army*, Londres, 1898, p. 28.

Stewart Culin, un antropólogo de la Universidad de Pensilvania, informado en 1901 sobre la presencia de «una tribu de indios salvajes» en las montañas del este de Cuba, viajó a Baracoa y halló allí aldeas con indios y mestizos, a los que pudo fotografiar[23]. Más avanzado el siglo XX, Antonio Núñez Jiménez, geógrafo y revolucionario cubano, encontró indios puros en las laderas de Sierra Maestra en 1945, y también publicó la fotografía de uno de ellos[24].

Aunque la población india fue obviamente destruida como civilización y cultura, los datos sugieren que ciertos grupos de indios supervivientes pudieron «desaparecer» porque a las autoridades cubanas, en ciertos momentos de la historia de la isla, les convenía decir que habían desaparecido. Su «eliminación» tuvo lugar en primera instancia como consecuencia de las querellas sobre la tierra entre los colonos y la Corona española. En el transcurso del siglo XVI, y en gran medida como consecuencia de los esfuerzos de Las Casas, los indios quedaron bajo la protección de la Corona española. Sus tierras y personas no podían ser vendidas (legalmente) por los colonos. Como consecuencia de esa política en defensa de los indios, a los colonos, siempre ansiosos de tierra, les convenía sugerir que todos los indios habían muerto. Si no había indios, si se aceptaba que todos habían muerto, entonces quienes vivían en aquellas tierras, aunque creyeran ser indios, no podían pedir protección real. Así, determinadas áreas específicas donde los indios habían vivido en otro tiempo –y donde quizá seguían viviendo– podían pasar a formar parte del mercado del suelo rústico o urbano.

Más tarde, en los siglos XIX y XX, a los cubanos progresistas no les importó cerrar los ojos a la supervivencia de los indios, ya que quienes promovían el «indigenismo» y decían defender la herencia india de Cuba solían ser racistas conservadores que querían glorificar el pasado indio para minimizar la contribución de los africanos a la población. Los novelistas del siglo XIX, deseosos de preservar la cultura hispánica, a menudo buscaban imágenes indias para sus ficciones históricas como contrapeso a los argumentos de quienes exaltaban la herencia africana de Cuba[25].

---

[23] S. Culin, «The Indians of Cuba», *Bulletin of the Free Museum of Science and Art* 4, vol. III (mayo de 1902), Filadelfia.

[24] A. Núñez Jiménez, *Geografía de Cuba* [1954], La Habana, ²1960, p. 652.

[25] Según Robin Moore, este movimiento tenía sus raíces en las obras literarias de Ramón de Palma (1812-1860), Cristóbal Nápoles Fajardo, conocido como «El Cuca-

Esa idea fue también defendida por algunos músicos. Antonio Bachiller y Morales, un musicólogo cubano del siglo XIX, argumentó que las cualidades únicas de la música cubana provenían más de fuentes indígenas que afrocubanas. En su libro *Cuba primitiva*, publicado en 1880, analizaba las canciones y danzas de los indios siboneyes y concluía que «la música de nuestros indios se ha incorporado [a las canciones folclóricas cubanas] en mayor medida de lo que habíamos imaginado hasta ahora»[26]. La finalidad de estos intentos y otros posteriores de privilegiar las tradiciones indias sobre las contribuciones negras era tratar de liberar a la cultura cubana de la «contaminación» por «el factor africano»[27]. La mayoría de los historiadores cubanos en el periodo posterior a la Revolución se han negado a admitir, e incluso a discutir, la posible supervivencia de los indios. En otros países del Caribe existe un muro de silencio semejante.

La importación de una población esclava negra

No existen reticencias parecidas en cuanto a la investigación contemporánea de la población africana en Cuba. La esclavitud negra y la necesidad de mantener a los esclavos bajo un estrecho control formaron parte de la herencia de Cuba desde los primeros años de la colonia, y así se ha reconocido desde hace mucho. La pereza de los blancos y la escasez de trabajadores indios, tras el fracaso del plan para llevarlos desde otras islas o del continente, obligaron a las autoridades españolas a buscar una nueva solución, ya adoptada por otros imperios en otras épocas. Se iban a llevar esclavos desde países tan distantes que no tuvieran posibilidad ni esperanza de escapar, y de un color tan diferente que fueran inmediatamente reconocidos si trataban de hacerlo.

La presencia en la propia España de esclavos negros procedentes de África era un aspecto social asentado desde bastante antes de la conquista del Caribe. En el siglo XV trabajaban en la Península más de

---

lambé» (*ca.* 1829-1862) y José Fornaris (1827-1890). Véase R. D. Moore, *Nationalising Blackness, Afrocubanismo and Artistic revolution in Havana, 1920-1940*, Pittsburgh, 1997, p. 127.

[26] Citado en R. D. Moore, *op. cit.*, p. 128.

[27] *Ibidem*, pp. 129-130.

100.000 esclavos negros, la mayoría de ellos en Andalucía[28]. Como consecuencia, los esclavos formaban parte del complemento normal de cualquier expedición colonizadora, la mayoría de ellos como sirvientes personales, y, por ello, estuvieron presentes en Cuba desde 1511. Las peticiones de trabajo esclavo para los proyectos de construcción emprendidos por el Estado empezaron a hacerse ya desde 1516. Velázquez pidió al rey español que le fueran enviados desde Santo Domingo «una docena de negros» para construir fortificaciones que permitieran defender Santiago frente a un eventual ataque. Los colonos más ricos, entretanto, ya se habían ido procurando esclavos negros por su cuenta, aunque el coste de importarlos resultaba siempre una carga pesada. La pauta de comercio legal e ilegal establecida desde los primeros años se iba a mantener durante siglos.

Hasta la década de 1520 no contemplaron las autoridades de Santiago la posibilidad de importar esclavos a gran escala para trabajar en las minas y en los campos. En 1527 la Corona, preocupada por la despoblación de la isla –ya que los indios desaparecían y muchos de los colonos más jóvenes se trasladaban a México–, tomó una decisión que iba a afectar a la pauta de inmigración de la isla durante los siguientes trescientos cincuenta años. Se dieron órdenes para llevar a Cuba «un millar de esclavos negros [...] para disminuir la carga de trabajo de los indios», aunque en ese caso particular los datos sugieren que los negros pedidos no llegaron nunca; el menguante grupo de colonos no contaba con fondos suficientes para comprarlos[29]. De hecho, después del entusiasmo inicial no hubo ninguna presión inmediata para adquirir nuevos esclavos. El número de éstos que desembarcaban cada año durante la década de 1530 raramente llegaba a las tres cifras, otra indición de que la colonización iba procediendo lentamente porque los colonos se trasladaban a México[30].

Fuera cual fuese el número exacto de esclavos que llegaron durante las primeras décadas, el monarca había tomado ya una decisión. El futuro de Cuba como país negro y mulato estaba asegurado. La emigración forzada de esclavos negros desde África –junto con el desembar-

---

[28] L. Marrero, *Cuba. Economía y sociedad*, Madrid, 1978, vol. I, p. 211.

[29] H. Aimes, *A History of Slavery in Cuba, 1511-1868*, Nueva York, 1907, p. 8.

[30] El obispo Diego Sarmiento informó que en 1544 habían llegado 744 esclavos, pero la cifra parece referirse a «negros e indios extranjeros». E. Torres Cuevas y O. Loyola Vega, *Historia de Cuba, 1492-1898*, La Habana, 2001, p. 60.

co y asentamiento de españoles durante el siglo XVI y la subsiguiente desposesión y gradual eliminación de la mayor parte de los pueblos indígenas– iba a tener un efecto profundo y duradero sobre la historia de la isla. La sociedad cubana, su cultura y su economía, así como el aspecto físico de sus gentes, iban a verse irreversiblemente afectados por esa transferencia histórica de población.

La trata de esclavos con destino a Cuba iba a durar otros tres siglos, periodo durante el cual cerca de un millón de africanos fueron trasladados a la fuerza a la isla. La gran mayoría (quizá el 85 por 100 del total) llegaron durante el siglo XIX para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, producto que ya entonces era la principal fuente de prosperidad de la isla. Los desembarcos de esclavos, aunque criticados e ilegales durante los últimos años de la trata, no se interrumpieron definitivamente hasta que la esclavitud quedó formalmente abolida en 1886. Otros países de las Américas habían abandonado desde hacía tiempo esa práctica, pero Cuba (junto con Brasil y Estados Unidos) fue de los últimos en abandonarla. La fastuosa riqueza de los plantadores de caña dependía de ella.

Durante la década de 1520, y de nuevo en la de 1540, la atención del monarca español se vio atraída, en gran medida debido a los escritos y la actividad política de críticos radicales como Bartolomé de las Casas, por las condiciones de vida y trabajo de los indios en las minas. La Corona estaba sometida a presiones para prohibir su empleo, pero no podía evitar oír los desesperados gritos de los colonos pidiendo más mano de obra. Los colonos querían esclavos negros y querían su importación libre de impuestos. Incluso le dijeron al obispo de Bayamo que la isla se estaba arruinando «por falta de indios y negros», y en 1542 obligaron las autoridades de Santiago, Puerto Príncipe y Sancti Spíritus a enviar una petición urgente de más esclavos: «Aquí lo más necesario son negros [...] Pedimos licencia para que cada ciudadano traiga cuatro negros y negras, libres de todo impuesto»[31].

Para que los colonos pudieran eludir las tasas aduaneras, las autoridades cubanas aprobaron o cerraron los ojos a la llegada no autorizada de esclavos baratos desde la costa marroquí de Berbería, así como desde las islas mediterráneas de Cerdeña, Mallorca y Menorca. Esto planteaba una amenaza para la ambición real de convertir al catolicismo a

[31] H. Aimes, *op. cit.*, p. 11.

la población de las Américas, porque esos esclavos no sólo eran baratos, sino también musulmanes. Un decreto real de 1543 ordenaba la expulsión de Cuba de todos los esclavos norteafricanos, «por entender que algunos dellos eran de costa de moros o que tratavan con ellos, y que en una tierra nueva donde se plantaba la Santa Fe Católica, no convenía que pasase gente de esta calidad, aunque fuesen de casta de negros de Guinea»[32].

A partir de 1540 la mayoría de los esclavos negros llegaban directamente desde la costa de África occidental. Como consecuencia de los disturbios en otras colonias españolas, un pequeño número llegaron más tarde, con sus propietarios, desde otros lugares del nuevo mundo: desde Jamaica en 1565, desde Saint-Domingue en los años posteriores a 1791, desde Luisiana en 1808 y, más tarde, durante el siglo XIX, desde Florida, México y las repúblicas independizadas de Sudamérica.

En el primer periodo de las plantaciones los esclavos eran en su mayoría varones, y dado que no se reproducían, la trata de esclavos se mantuvo sin interrupción ni trabas, aunque algunos plantadores «ilustrados» comenzaron a importar una cantidad mayor de esclavas a finales del siglo XVIII. El prolongado desequilibrio de sexos fue utilizado como argumento por algunos plantadores del siglo XIX para justificar la trata.

La presencia de negros se incrementó durante el siglo XVI, de manera que al finalizar éste había en la isla unos 12.000 esclavos negros, que constituían probablemente el mayor grupo de población alógena[33]. Después de que las coronas de España y Portugal se unieran en 1581 comenzaron a llegar cargamentos más regulares. Cuba tenía ahora acceso al comercio portugués de esclavos procedentes de África, y éstos siguieron llegando tanto legal como ilegalmente, unos en los navíos portugueses que atracaban en La Habana y otros de contrabando a pequeños puertos a lo largo de la costa. Grandes mercaderes y pequeños comerciantes, así como los funcionarios y el clero, participaban alegremente en aquel comercio prohibido.

En un primer momento esa afluencia de africanos tuvo lugar a una escala relativamente pequeña, pero a principios del siglo XVII constituían ya la mitad de la población, provocando espasmos perió-

---

[32] L. Marrero, *op. cit.*, vol. I, p. 220.

[33] J. Castellanos e I. Castellanos, *Cultura afrocubana: el negro en Cuba, 1492-1844*, Miami, 1988, vol. I, p. 20-25.

dicos de alarma entre los colonos blancos. Los inmigrantes africanos nunca aceptaron su condición de esclavos. Desde la primera generación de esclavos negros éstos eran tan proclives a la rebelión como sus predecesores indios. Un informe gubernamental de 1532, que se refiere a un total de 500 esclavos negros en la isla (con una población india de entre 4.500 y 5.000 personas), también informaba de la primera rebelión de esclavos negros en una mina de oro en Jobabó, cerca de Bayamo. Esa rebelión fue pronto aplastada y las cabezas de sus dirigentes quedaron expuestas, clavadas en estacas, a las puertas de la ciudad[34]. En 1538 se produjo una nueva rebelión negra, en coalición con indios locales, y las autoridades enviaron rancheadores para aplastarla. «Se ha hecho justicia, y ya está la isla segura», informó a continuación el gobernador[35].

Los temores de los colonos blancos de ver superado su número por el de los negros comenzaron a manifestarse ya desde los primeros años, y tanto negros como indios eran mantenidos bajo un enérgico control. Los negros liberados no podían viajar ni ganarse la vida independientemente sin temor al castigo, una ampliación de las leyes que se habían aplicado antes a los indios. Para los negros era ilegal ganarse la vida como vendedores ambulantes de carne o fruta, señalaba un informe de la década de 1550. Los atrapados en plena infracción serían castigados con 300 latigazos (mientras que los indios encontrados en canoas o a lomos de caballo recibirían 200 latigazos y 300 después de una segunda contravención de la norma, cortándoles además una oreja)[36].

En 1606 los ciudadanos blancos de La Habana presentaron un memorial al gobernador, alertando de su estimación de unos 20.000 negros en la colonia. Si se rebelaban y unían sus fuerzas con los piratas que acechaban a poca distancia de la costa, escribían aquellos alarmados ciudadanos, España podía perder con facilidad la isla[37]. El temor a una rebelión de los esclavos coincidente con una intervención exterior iba a estar presente en la conciencia de los colonos blancos durante los tres siglos siguientes.

---

[34] L. Marrero, *op. cit.*, vol. I, p. 211.

[35] *Ibidem*, vol. I, p. 219.

[36] *Ibidem*, vol. I, p. 221.

[37] I. Wright, «Rescates with special reference to Cuba, 1599-1610», *Hispanic American Historical Review*, vol. III, núm. 3, agosto de 1920, p. 358.

El redoble de tambor de Drake, 1586

Casi a la entrada de la bocana del puerto de La Habana se encuentra el antiguo Castillo de la Real Fuerza, una diminuta fortaleza española del siglo XVI a orillas del Caribe. Construida como un cuadrado central de dos pisos con cuatro torres cilíndricas en las esquinas, sus muros de piedra gris están ahora rodeados por viejos cañones de una era posterior. Ese encantador castillo urbano, al costado de la Plaza de Armas, suele estar lleno de turistas y el bar situado en la azotea ofrece una hermosa vista de la ciudad y el puerto. Construido en la década de 1560, era más un símbolo del poder español que un instrumento defensivo, al estar en exceso tierra adentro como para suponer una amenaza directa para los barcos piratas que llegaban hasta la costa en el siglo XVI. Durante doscientos años fue la oficina y residencia del gobernador español de la isla.

El castillo fue construido por orden de Felipe II para combatir la amenaza de la piratería europea, ya que desde la primera generación de colonos españoles en Cuba, ésta se convirtió en foco de los ataques de las naciones que desafiaban la preeminencia española en el Nuevo Mundo. Durante el siglo XVI el Caribe se convirtió en uno de los principales escenarios donde los imperios católicos del sur de Europa se vieron las caras con las potencias protestantes del norte. Aquel enfrentamiento, principalmente militar y naval, se caracterizó por el fanatismo religioso y el conflicto ideológico, pero lo que lo alimentaba eran las demandas intransigentes del comercio[38].

Durante la década de 1520 la principal amenaza para las ciudades portuarias de Cuba eran los buques de guerra franceses. Uno de ellos se apoderó, ya en 1523, de un rico cargamento enviado por Cortés desde México a España. Los franceses fueron seguidos en rápida sucesión por portugueses, ingleses y holandeses, cuyos barcos piratas acechaban sin cesar la costa cubana. Los navíos extranjeros iban a permanecer allí durante más de doscientos años, apresando los barcos españoles cargados de tesoros que llegaban o salían de La Habana con valiosos cargamentos de México y Perú. Representaban una amenaza permanente para la producción y comercio de la isla.

---

[38] L. Martínez-Fernández, *Torn Between Empires: Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*, Athens (GA), 1994, p. 11.

El efecto de esa amenaza sobre la minúscula población española de la joven colonia, apenas asentada, era considerable. En 1550 los colonos de la isla suponían únicamente 322 hogares, y en la propia Habana sólo había 60 en 1570[39]. Pocos soldados guardaban la isla y muchos jóvenes se habían ido a hacer fortuna al continente. La resistencia que se podía ofrecer a los ataques desde el mar era escasa y los buques extranjeros podían ir y venir como les pareciera.

Las primeras incursiones piratas en Cuba fueron alimentadas por las rivalidades en Europa entre Francia y España. En 1519 el antaño reino ibérico de Fernando II se convirtió en el Sacro Imperio Romano de Carlos V. Este vasto Estado imperial, que abarcaba gran parte de Europa, iba a estar casi continuamente en guerra con Francia durante cuarenta años, hasta 1559. El conflicto entre Carlos V y Francisco I, el monarca francés, se extendió pronto a las aguas del Caribe, y los corsarios franceses provocaron allí un creciente caos desde la década de 1520, saqueando buques y puertos[40].

Los puertos de Baracoa, Santiago y La Habana eran atacados periódicamente por buques franceses. Una flota francesa ocupó La Habana en 1537, en vísperas de la expedición de Hernando de Soto a la Florida. Los corsarios franceses bloquearon Santiago entre 1538 y 1540. Baracoa fue saqueada en 1546 y Santiago de nuevo en 1554 y 1558. La campaña francesa contra los españoles en el Caribe culminó con el saqueo de La Habana en 1555 por Jacques de Sores, descrito en los documentos de la época como «un luterano» y «uno de los mejores corsarios de Francia o Inglaterra»[41].

El asalto de Jacques de Sores fue un importante hito en la historia cubana, siendo recibido –insólitamente– con cierto grado de resistencia, que mostraba los primeros signos de un nacionalismo embrionario. Indios libres y esclavos negros unieron sus fuerzas a las de los colonos (vecinos) para luchar contra el invasor extranjero, conceptuado como una horda de «herejes» franceses. Un grupo de indios establecidos en una reserva en Guanabacoa, en el extremo oriental del puerto, hicieron causa común con sus nuevos gobernantes.

---

[39] H. Kamen, *Spain's Road to Empire, the Making of a World Power, 1492-1763*, Londres, 2002, p. 121.

[40] K. Andrews, *Trade, Plunder and Settlement: Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire, 1480-1630*, Cambridge, 1984, p. 118.

[41] l. Wright, *Historia documentada de San Cristóbal de la Habana*, La Habana, 1927.

La resistencia fue ineficaz, en gran medida debido a la falta de liderazgo del gobernador español, y Jacques de Sores ganó la batalla. La Habana fue ocupada y quemada hasta los cimientos[42]. La victoria francesa no tuvo repercusiones más amplias porque los corsarios franceses no contaban con la capacidad suficiente como para apoderarse de toda la isla. Se contentaron con saquear la ciudad y se hicieron de nuevo a la mar. En cualquier caso, se aproximaba un acuerdo de paz europeo y los acontecimientos en el Caribe, como de costumbre, dependían de decisiones tomadas muy lejos. Al cabo de cuatro años, en 1559, Francia y España dejaron de estar en guerra, firmando un tratado de paz en Cateau-Cambrésis, al sur de Calais.

La paz en Europa era un logro muy significativo, pero detener las operaciones semiindependientes de piratas y corsarios en las Américas no iba a ser tan fácil. Otro capitán francés, Jean Ribault, levantó en 1562 un pequeño fuerte en la desembocadura del río Santa Cruz en la Florida. En 1564 llegó otro refuerzo hugonote* que se estableció a orillas del río San Juan construyendo un fuerte llamado La Caroline, en honor del rey francés Carlos IX. Con ello planteaba una amenaza para el control católico sobre el estrecho de La Florida, una vía marítima de importancia estratégica al norte de La Habana. Pedro Menéndez de Avilés, el capitán general de la Flota de las Indias –los galeones que transportaban metales preciosos desde México hasta España–, fue enviado para destruir aquella colonia de herejes, masacrando a los colonos franceses el 28 de agosto de 1565 «no como franceses, sino como luteranos». Según su propio informe, «degollamos a ciento treinta y dos»**. Su ferocidad –de la que se informó abundantemente en Europa– iba a disuadir durante años a otros europeos de intentar asentarse en el Nuevo Mundo español[43].

Menéndez fue nombrado, como recompensa, gobernador de Cuba, pero como tantos otros cubanos se sentía más atraído por las posibilidades de La Florida y construyó una fortaleza en la costa atlántica [justo al sur de Jacksonville] a la que denominó San Agustín, en recuerdo del día de la masacre de hugonotes. Aquel pequeño asentamiento, cercado

---

[42] L. Marrero, *op. cit.*, vol. I, p. 271.

* Enviado por el Almirante Coligny y mandado por René Goulaine de Laudonniére. *[N. del T.]*

** El rey Felipe II aprobó la matanza como un acto de «sabia prudencia». *[N. del T.]*

[43] Citado en H. Kamen, *op. cit.*, p. 249.

frente al mar por indios hostiles, nunca llegó a florecer y, además, Felipe II se negó a permitir a que Menéndez hiciera «una guerra a sangre y fuego» contra sus adversarios. Doscientos años después, La Florida era todavía poco más que un puesto avanzado de La Habana.

Felipe II recibió de su padre las coronas de Castilla y Aragón en 1556, y con ellas las posesiones españolas en América; inmediatamente intentó poner orden en el imperio trasatlántico español y en particular en su portal cubano. Su largo reinado de más de cuarenta años, hasta 1598, dejó una marca indeleble sobre la ciudad de La Habana. Si su padre el emperador Carlos V se había preocupado más por Europa y sus conflictos, Felipe había sido educado como príncipe castellano y sentía menos interés por el legado de los Habsburgo. Los territorios tradicionalmente austríacos de la familia habían sido traspasados por Carlos a su hermano Fernando, quien se convirtió en nuevo emperador del Sacro Imperio. Felipe se quedó con la parte más interesante de la herencia, España y las Américas –incluida Cuba– así como la Italia española y los Países Bajos. Veinticinco años después, en 1581, y como una especie de compensación por la pérdida de Austria, pudo añadir Portugal y su imperio a sus intereses globales[44]. El vínculo con Portugal le aportó los rentables territorios de Brasil y Angola –y la trata de esclavos africanos–, así como los servicios de la armada portuguesa.

La primera tarea de Felipe II en el Caribe, tras la captura de La Habana por Sores, fue hacer frente a la amenaza de un ataque europeo. Ordenó la construcción de grandes fortificaciones en los principales puertos y organizó [en 1561] un sistema más adecuado de defensa para la Flota de las Indias que llevaba la plata mexicana y peruana a Sevilla haciendo escala en La Habana.

Cuba había perdido su importancia imperial de los primeros años cuando gran parte de su población española embrionaria abandonó la isla en busca de mayor riqueza y gloria en el continente. Ahora iba a adquirir una nueva importancia cuando los geógrafos y navegantes comenzaron a entender sus peculiaridades específicas. Los buques que navegaban hacia el oeste atravesando el Atlántico desde la costa noroccidental de África llegaban con facilidad a Santiago, en la costa meridional de Cuba, por la fuerza de los vientos prevalecientes. Y los

[44] Portugal se unió a España tras la muerte del rey Sebastião I, sobrino de Felipe II, en la batalla de Alcazarquivir en Marruecos en 1578.

que partían de La Habana, en la costa norte de la isla, eran impulsados hacia el este con igual facilidad a través de las Bahamas, empujados por los vientos del oeste que predominan en el Atlántico norte. La Habana se convirtió así en el eje en torno al cual iba a girar durante los tres siglos siguientes el comercio español con las Américas. Su futuro estatus como reducto español vital estaba ahora asegurado, pero primero era necesario fortalecer sus defensas frente a eventuales depredadores europeos.

En 1561, seis años después de la incursión francesa contra La Habana, Felipe II ordenó que se construyeran grandes fortificaciones en su puerto. El Castillo de la Real Fuerza fue la primera gran construcción simbólica que proyectó el poder español en el Caribe. Luego se construyeron fortalezas semejantes y bastante más sólidas en San Juan de Puerto Rico y en Cartagena, en la costa colombiana. Felipe II también diseñó un nuevo sistema de convoyes para que todos los buques cargados de tesoros que navegaban desde La Habana hasta Sevilla contaran con una escolta armada.

La flota española que transportaba mercancías para las colonias partía de Sevilla (más tarde de Cádiz) y navegaba bordeando la costa africana hasta las islas Canarias, y a veces hasta Cabo Verde. Desde allí navegaba hacia el oeste con el viento dominante hasta llegar a La Habana, donde se dividía en dos flotas distintas, la de Nueva España, que se dirigía al puerto mexicano de Veracruz, y la de Tierra Firme, hacia el continente sudamericano, con destino en Cartagena (actual Colombia) y Nombre de Dios (más tarde a Puerto Bello) en Panamá.

En su viaje de regreso, llevando a bordo plata, oro y esmeraldas, las dos flotas se encontraban en La Habana antes de iniciar el viaje a través del Atlántico. Ese complicado método para trasladar los tesoros de las Américas a España se había mostrado muy vulnerable a la piratería. Desde 1524 las naves partían juntas para darse mutua protección, defendidas por cuatro naos armadas, pero aun así resultaba un convoy irregular e informal. Felipe II aportó ahora los medios necesarios para aumentar su protección.

Con el nuevo sistema, los barcos que constituían la flota del tesoro viajaban primero hasta La Habana desde el continente americano. Se reunían en el puerto, a finales del siglo XVI era frecuente que su número superara las 100 naves, y sus tripulaciones esperaban, a veces durante varios meses, hasta que estaba dispuesto el convoy con su escolta.

Por fin viajaban hasta España, vigilados estrechamente por buques de guerra, cruzando el Atlántico con escala en las Azores hasta Sevilla. Ese viaje de regreso se solía hacer una sola vez al año, al principio del otoño, antes de la estación de los huracanes.

La presencia en La Habana de tantos marineros extranjeros –ya que la tripulación de los buques españoles provenía de toda la Europa de los Habsburgo y aun de más allá– dio a la ciudad de La Habana un talante cosmopolita que ha mantenido a lo largo de los siglos. Para servir a esa población transeúnte, La Habana se convirtió en una ciudad de carpinteros, albañiles, tenderos, prostitutas, banqueros y hombres de negocios. La reparación de los buques se convirtió en una actividad central y, más tarde, en una importante industria que fabricaba todo tipo de barcos para la armada española a partir de la resistente madera tropical fácilmente obtenible.

Cuba, empobrecida y poco poblada, pero rica en La Habana cuando llegaban las flotas y galeones, siguió expuesta a la intervención exterior durante las últimas décadas del siglo XVI. En 1559 se había firmado la paz con el Estado francés y en 1565 se habían destruido sus asentamientos en Florida, y ahora la principal amenaza para el Caribe español, que se iba a mantener durante los doscientos años siguientes, provenía de piratas independientes. Éstos podían amenazar las ciudades cubanas o simplemente operar como contrabandistas a lo largo de la costa, comerciando con mercancías europeas a cambio de carne y cueros de vaca de los ranchos ganaderos de los colonos. La mayoría de esos operadores independientes, en los primeros años, eran franceses y portugueses; más tarde iban a ser ingleses y holandeses.

Durante los dos primeros siglos de ocupación española había en Cuba muchos ranchos de ganado; el azúcar y el tabaco llegaron después. Los cubanos de aquellos años eran bastante pobres y toscos y vivían muy aislados del mundo exterior[45]. Debido a las estrictas leyes que prohibían el comercio con extranjeros, la mayoría de ellos criaban ganado y cultivaban pequeñas parcelas de subsistencia, comerciando a veces con los cueros y carne salada, ya fuera oficialmente en La Habana o ilegal –y más lucrativamente– en las provincias, con los contrabandistas y piratas.

La nueva generación de piratas europeos en el Caribe contaba con muchos disfraces y diferentes nombres: bucaneros, corsarios, filibuste-

[45] R. Guerra y Sánchez, *Sugar and Society in the Caribbean*, cit., p. 35.

ros [del neerlandés *vrijbuiter* o el inglés *free booter*, «el que se procura botín por su cuenta»] [...] Los «bucaneros» llegaban a la costa en busca de tocino ahumado [bacón]. Los indios de Cuba habían aprendido (de los nativos de Haití) un proceso para conservar la carne secándola y ahumándola sobre un fuego de ramas y hojas verdes. Los indios llamaban *bucan* a la parrilla sobre la que se disponía la carne, de ahí el nombre de *bucaneros* para los que la preparaban y vendían[46]. Los cerdos habían llegado a Cuba desde Europa con los primeros colonos españoles, que soltaron sus camadas para que corrieran libremente por la isla, convirtiéndose en una fuente vital de alimento, no sólo para los colonos, sino también para los piratas que llegaban a calas escondidas para reponer agua y provisiones. Aprendieron a apreciar la carne de cerdo ahumada en el *bucan* y la palabra quedó asociada con los propios piratas, los hombres que se alimentaban de bacón. Los «corsarios» diferían de los bucaneros o filibusteros en que sus operaciones contaban con una licencia oficial [la patente de corso] del Estado del que provenían. Los barcos eran de su propiedad y las patentes eran emitidas por el monarca francés o inglés (y más tarde, en el caso de los *Zeerovers* holandeses, por la Compañía de las Indias Occidentales) para operar contra los buques enemigos en tiempo de guerra[47]. Unos y otros se dedicaban al contrabando a lo largo de la costa, o a lo que los españoles llamaban *rescates*, término utilizado para designar trueques bajo coacción o engaño[48]. Los piratas ofrecían esclavos y artículos de lujo procedentes de Europa, y los colonos les proporcionaban a cambio carne y cueros. Los primeros colonos habían llevado consigo ganado vacuno además de los cerdos y los grandes ranchos ganaderos de Cuba, propiedad de los descendientes cada vez más ricos y privilegiados de los primeros colonos, satisfacían la inagotable demanda europea de cuero barato. En la década de 1570 se exportaban (legalmente) 20.000 pieles al año, con lo que la producción de cuero excedía con mucho la demanda local de carne.

Los piratas y comerciantes ilegales europeos atracaban en muchos puntos de la costa cubana. Dado que se trataba esencialmente de co-

---

[46] H. Strode, *The Pageant of Cuba,* Londres, 1935, p. 66.

[47] K. Andrews, *The Spanish Caribbean: Trade and Plunder, 1530-1630,* Nueva York, 1958, p. 245.

[48] K. Andrews, *Elizabethan Privateering: English privateering during the Spanish War, 1585-1603,* Cambridge, 1964, p. 120.

merciantes, las oportunidades para el trueque e intercambio eran bien recibidas por los rancheros cubanos más ricos. Felipe II, en su preocupación por defender La Habana y la flota del tesoro, descuidó el resto de la isla. La construcción de fortificaciones en La Habana suponía una escasa protección frente a los piratas, ya que éstos podían fondear a capricho en las miles de pequeñas ensenadas de la costa cubana. El extremo oriental de la isla estaba en gran medida indefenso, permanente expuesto a invasiones y ataques. El tesorero del vecino Santo Domingo informaba en octubre de 1595 que los corsarios habían frecuentado durante los cuatro años anteriores los puertos locales,

> tan numerosos y activos como si fueran puertos de sus propios países [...] Realizan sin peligro sus incursiones y siempre encuentran alguien con quien trapichear, ya que la tierra está escasamente poblada y llena de ganado, de manera que en cualquier lugar encuentran oportunidades que les brinda la presencia de negros y otros delincuentes que viven fuera de la ley en los bosques [...][49].

Esas actividades piráticas a lo largo de las costas de las islas del Caribe corrían a cargo sobre todo de los corsarios ingleses que pululaban a sus anchas durante las dos últimas décadas del siglo XVI. Inglaterra había sustituido a Francia como principal enemigo de España, manteniéndose en guerra durante dieciocho años, desde 1585 hasta la muerte de la reina Isabel en 1603. Aquella guerra afectó considerablemente a Cuba; aunque los corsarios no estaban todavía en condiciones de atacar las ciudades, asaltaban los ranchos ganaderos, los ingenios azucareros y los asentamientos desprotegidos a lo largo de la costa. En cuanto a los colonos aislados, por regla general aprovechaban la oportunidad para comerciar con los piratas ingleses[50].

Felipe II se apercibió en 1586 de que sus posesiones en el Caribe, portal hacia Nueva España y Sudamérica, se hallaban bajo una seria amenaza. Francis Drake, que con poco más de cuarenta años era ya el más famoso corsario inglés de la época, había bordeado las costas de Cuba aquel mismo año. Estaba ya muy familiarizado con las Antillas,

---

[49] Citado en K. Andrews, *Elizabethan Privateering*, cit., p. 37.

[50] K. Andrews (ed.), *English Privateering Voyages to the West Indies, 1588-1598*, Cambridge, 1959, p. 30.

en las que era una figura muy conocida; a sus veintitrés años realizó su primer viaje al Caribe con un cargamento de esclavos africanos. Su aventura más celebrada allí, provisto de la «patente de corso» otorgada por la reina Isabel, fue la captura en marzo de 1573 del tesoro transportado a lomos de mula desde Perú y el saqueo de la ciudad de Nombre de Dios, el puerto panameño de donde partía la flota que lo debía transportar a España (sustituido en 1597 por Puerto Bello).

Al comenzar la guerra entre España e Inglaterra en 1585, Drake fue enviado de nuevo a las Indias Occidentales. Esta vez no se trataba de piratería, ya que navegaba al mando de una gran flota inglesa: 22 barcos con 2.000 hombres y doce compañías de soldados. Tenía órdenes de atacar los principales puertos españoles en el Caribe, saqueando, en enero de 1586, la gran ciudad de Santo Domingo.

Las autoridades españolas pensaron que Cuba sería su siguiente objetivo y se prepararon para un inminente ataque del legendario pirata inglés. Se ordenaron levas en cada pueblo y ciudad, desde México llegaron trescientos soldados y provisiones para seis meses y en La Habana se consiguió reunir una fuerza de cerca de mil hombres armados, dispuestos a repeler al enemigo inglés. Se situaron cañones en el Castillo de la Real Fuerza y en los fuertes de La Punta y El Morro a la entrada del puerto, en la que se dispuso una cadena de hierro sobre pilotes con la que poder cerrar su entrada.

Pero se trataba de una falsa alarma. Drake navegó desde Santo Domingo en dirección sur, hacia el continente, e incendió Cartagena de Indias. Las autoridades de La Habana tuvieron que aprestarse de nuevo cuando supieron que Drake había abandonado Cartagena y que ahora se dirigía hacia Cuba. Llegaron noticias de que su flota había tocado el extremo occidental de la isla, desembarcando brevemente para reponer agua en el Cabo San Antonio, y se pudo ver toda su flota desde La Habana a finales de mayo; pero el ataque no llegó. Quizá el gran capitán inglés cambió de opinión, quizá sus tropas estaban demasiado agotadas y enfermas o quizá le disuadieron los preparativos españoles para recibirlo. El caso es que se dirigió hacia el norte, costeó La Florida y atacó el asentamiento más vulnerable de San Agustín de la Florida*.

---

* Drake llegó de regreso a Plymouth el 28 de julio de 1586, «después de una campaña de diez meses en la que causó a los españoles pérdidas evaluadas en unas 600.000 libras esterlinas». *[N. del T.]*

Drake había renunciado a atacar Cuba, pero el sobresalto que le causó a Felipe II iba a tener unas consecuencias muy notables sobre la política española hacia la isla. La amenaza de 1586 se suele señalar como final de la primera época de la historia colonial de Cuba. Todo lo que los colonos españoles habían solicitado –buques, cañones, fortificaciones, soldados– empezó a llegar de repente cuando, como dice tan gráficamente Irene Wright, «Felipe II oyó sonar entre sus islas, a lo largo de sus propias costas, el tambor de Drake y los cañones de la armada Tudor. Había que adaptarse a una nueva época»[51].

España había contado con su propia fuerza naval para proteger sus posesiones en el Caribe durante cerca de un siglo, pero Drake había hecho patente la vulnerabilidad de aquellos asentamientos tan distantes. Aunque La Habana había eludido con éxito su ataque, otros puertos de Cuba, en particular Santiago, habían quedado indefensos. Cuando la minúscula fuerza de defensa de la isla se concentraba en la capital, Santiago se convertía en un blanco fácil. Tras ser invadida y saqueada por piratas franceses, en 1589 dejó de ser la capital de la isla.

Las autoridades aprendieron pronto las lecciones de la visita de Drake. La protección española era insuficiente; había que fortificar adecuadamente las colonias y organizar su protección[52]. Un gran ingeniero militar romano, Gianbattista Antonelli, fue enviado a La Habana en 1586 para informar sobre las defensas de la isla. Comenzó a trabajar en dos fuertes a la entrada del puerto: el Fuerte de San Salvador de la Punta en la parte occidental y el Castillo de los Tres Reyes del Morro en el promontorio oriental. Esas obras, realizadas por esclavos con ayuda de soldados y prisioneros, no concluyeron hasta pasados cuarenta años, en 1630. Antonelli pasó muchos años en el Caribe, diseñando fuertes para San Juan y Santo Domingo y construyendo carreteras en Cuba y un acueducto que proporcionaba a La Habana un suministro permanente de agua dulce.

Aquellas medidas fueron suficientes. Pasaron cerca de dos siglos antes de que los ingleses pudieran prevalecer sobre los españoles en el Caribe. Drake había conseguido un efecto espectacular, pero los ingleses no contaban a finales del siglo XVI con una organización o fuerza económica suficiente como para operar permanentemente a escala

[51] I. Wright, *The Early History of Cuba, 1492-1586,* Nueva York, 1916, pp. 370-371.
[52] *Ibidem,* p. 369.

global. Después de todo, Inglaterra era un país pequeño y operaba muy lejos de casa[53]. El propio Drake, al regresar a Inglaterra tras su gran expedición de 1586, tuvo que dedicar sus esfuerzos a derrotar a la Armada Invencible española, enviada a conquistar Inglaterra en 1588. Cuando regresó a las Indias Occidentales para realizar nuevos ataques contra los asentamientos españoles, comprobó que sus defensas eran ahora mucho más eficaces. Sus últimos años de piratería ilustraron la relativa debilidad de Inglaterra con sus múltiples fracasos. Murió de disentería frente a la costa de Nombre de Dios en enero de 1596 tras atacar infructuosamente San Juan de Puerto Rico.

El producto del saqueo de los piratas ingleses era casi insignificante comparado con los tesoros americanos que llegaban a España. Las campañas inglesas, tanto antes como después de la muerte de Drake, tuvieron cierto efecto sobre los viajes de la flota desde La Habana, y al menos en tres ocasiones, en 1590-1591, 1594-1595 y 1601-1602, la flota se vio obligada a permanecer más de seis meses en el puerto de La Habana antes poder emprender el viaje sin peligro[54]. El retraso de la travesía podía tener un efecto desalentador sobre el tesoro español y probablemente bloqueaba temporalmente las operaciones de la máquina de guerra española, pero el equilibrio del poder en el Caribe había vuelto a ser globalmente favorable a España.

Los ingleses se mantuvieron alejados de Cuba durante más de medio siglo mientras otras naciones europeas se convertían en la principal amenaza para el poderío español en la región. Pese a los esfuerzos realizados para proteger la isla mediante la construcción de grandes fortificaciones, Cuba siguió sufriendo ataques navales que afectaban a su comercio, a su desarrollo económico y al bienestar general de sus ha-

---

[53] K. Andrews, *Trade, Plunder and Settlement,* cit., p. 243. «Fueron derrotados una y otra vez por el viento y el tiempo, la distancia y la enfermedad, las intratables fuerzas de la naturaleza y los inevitables límites de sus propios recursos, tecnología y habilidades. La potencia naval a su disposición era pequeña; el ejército disponible era apenas adecuado para la conquista de un puerto importante, por no hablar de mantenerlo como base en el corazón del territorio enemigo; la experiencia en la organización de operaciones anfibias a gran escala tardó muchas décadas en madurar, como iban a mostrar algunas expediciones desastrosas durante el siglo siguiente; los hombres tenían todavía que aprender la estrategia y la táctica de la guerra en el océano y tendían a subestimar las dificultades de un bloqueo, por ejemplo, o la conquista de una isla en el Atlántico o una base en las Indias Occidentales.»

[54] *Ibidem,* p. 248.

bitantes. La amenaza externa siguió siendo tan real como en los días de Drake, como subproducto de las distantes contiendas en Europa. Franceses, portugueses e ingleses habían quedado apartados –por un tiempo– pero los holandeses, furiosamente protestantes, ocuparon pronto su lugar, convirtiéndose en las primeras décadas del siglo XVII en la potencia dominante en el Caribe.

España estaba en guerra con la República de las Provincias Unidas en Europa, pero el conflicto pronto se hizo global. En 1624 una flota holandesa se apoderó de bahía, la principal ciudad de Brasil, y, más tarde, en 1628, su objetivo fue La Habana, o más concretamente la Flota de la Indias. El almirante de la Compañía de las Indias Occidentales Piet Heyn, el más famoso *kaper* holandés, estuvo al mando en ambas ocasiones. Con una escuadra de 32 barcos, 700 cañones y 3.500 soldados se situó en los alrededores de La Habana, a la espera de la llegada de la flota desde México. Al amanecer del 8 de septiembre los 15 buques de la flota española se vieron rodeados por la escuadra holandesa frente a la bahía de Matanzas. Piet Heyn siguió a los galeones españoles al interior de la bahía y capturó ocho barcos, hundiendo un noveno. «Fabulosos de hecho fueron los tesoros capturados de plata, oro, perlas, índigo, azúcar, madera de Campeche [caoba] y costosas pieles, vendidos en los Países Bajos por no menos de 15 millones de coronas»[55]. Los escolares holandeses cantaban así para celebrar la hazaña del famoso corsario: «El nombre de Piet Heyn es breve, pero sus hechos son grandes; ha capturado la flota de la plata».

Otro pirata holandés célebre fue Cornelius Gol, más conocido como «Pata de Palo», quien pocos años después, en 1635, partió de Curaçao y saqueó Santiago, aunque tuvo menos éxito cuando al año siguiente trató de repetir la operación*. Santiago fue repetidamente atacada, tanto por holandeses como por franceses, que codiciaban el cobre de sus minas y la caña de azúcar cultivada en la provincia oriental. Los santiaguinos pronto se convirtieron a su vez en excelentes corsarios. Cuando en 1634 llegó a Cuba un nuevo gobernador, Francisco de Riaño y Gamboa, dio instrucciones para reforzar las defensas de la isla y para construir en los astilleros de La Habana pequeños guardacostas con los que patrullar el litoral. Por primera vez se dispuso de

[55] P. Blok, *History of the Peoples of the Netherlands*, Nueva York, 1900, vol. IV, p. 37.

* Finalmente, murió de unas fiebres en 1641, en la isla de São Tomé. *[N. del T.]*

una flotilla de corsarios cubanos capaces de atacar los navíos de países enemigos asentados en otras islas del Caribe. Los marineros cubanos, entre ellos Thomé Rodríguez, Felipe Giraldino y Francisco Miguel Vázquez, comenzaron a acosar a los británicos en Jamaica y La Florida, y a los franceses y holandeses en el resto del Caribe[56].

Los extranjeros no eran la única amenaza. Los españoles también estaban a merced de las inclemencias meteorológicas. Atravesar el Atlántico en aquellos endebles barcos constituía siempre un riesgo y la Flota de Indias era particularmente vulnerable a los elementos. Los galeones solían reunirse en La Habana en junio o julio, antes de partir junto con su escolta hacia España. En 1622 se produjo un terrible desastre, los galeones se habían reunido bastante tarde aquel año y la flota no estuvo en condiciones de hacerse a la mar hasta septiembre; en total eran unos veintisiete buques bajo el mando del marqués de Caldereyta. Aquel retraso tuvo consecuencias trágicas, ya que justo un día después de salir de La Habana se desató un huracán otoñal. Se perdieron ocho navíos, entre ellos tres galeones del tesoro y se ahogaron quinientas personas[57]. La flota volvió a retrasarse al año siguiente y aunque se hicieron dos cautos intentos de dejar el puerto, la mayoría de los buques decidieron pasar los meses de invierno en La Habana, algo que perjudicó notablemente a la Hacienda española, que privada de ingresos durante dos años quedó prácticamente sin fondos.

La población de Cuba permaneció estable durante aquellos años de relativo aislamiento; a mediados del siglo XVII alcanzaba poco más de 30.000 habitantes. Seguían llegando esclavos negros, pero apenas colonos blancos. En 1649 una desastrosa epidemia mató a una tercera parte de los habitantes de la isla. Hasta 1655 no empezaron a mejorar esas cifras con la repentina llegada de 10.000 colonos españoles procedentes de Jamaica, anticipando la inmigración francesa desde Haití siglo y medio después[58]. Esos colonos habían sido expulsados de Jamaica por los británicos cuando Oliver Cromwell envió una flota para atacar las posesiones españolas en el Caribe. Cromwell pretendía conquistar Cuba y Santo Domingo y con ese fin envió 55 buques de guerra y

---

[56] R. Fermoselle, *The Evolution of the Cuban Military, 1492-1986,* Miami, 1987, p. 23. Véase también S. Ulibarri, *Piratas y Corsarios de Cuba,* La Habana, 1931.

[57] I. Wright, «The Dutch and Cuba, 1609-1643», *Hispanic American Historical Review* IV, 4, noviembre de 1921.

[58] W. F. Johnson, *op. cit.,* vol. I, p. 295.

otros de transporte con 9.000 soldados a bordo. La resistencia española hizo inexpugnable Santo Domingo y la flota inglesa abandonó sus planes de apoderarse de Cuba, dirigiendo su atención a Jamaica, un blanco más pobremente defendido. Las escasas fuerzas españolas en Jamaica fueron fácilmente vencidas por la armada inglesa y los defensores de la isla se vieron obligados a rendirse. Miles de colonos españoles, que no deseaban someterse a la dominación británica, optaron por trasladarse a Cuba, esperando –vanamente– poder regresar algún día.

La ocupación inglesa de la isla vecina y la vulnerabilidad de la propia Cuba frente a los ataques enemigos indujeron a los gobernantes españoles a tratar de recuperar Jamaica en 1657 y de nuevo en 1658. Otra flota inglesa, más pequeña, capitaneada por Christopher Myngs, fue enviada en 1662 para hostigar a los españoles. Atracó en la playa de Aguadores con una escuadra de sólo doce navíos y 2.000 hombres y capturó Santiago con facilidad[59]. Pedro de Morales, el gobernador español de la isla, no se atrevió a convocar a la milicia criolla local, y sus fuerzas regulares no pudieron hacer frente a los ingleses. Se retiró a Bayamo, mientras que gran parte de la población civil de Santiago lo hacía a la ciudad india de San Luis del Caney, a unos 20 kilómetros hacia el interior.

Myngs saqueó la ciudad y destruyó la fortaleza del Morro a la entrada del puerto, haciendo saltar por los aires su arsenal. Dado que no tenía capacidad para establecer una base permanente en Cuba, se retiró al cabo de unos días. Su propósito, más limitado y en el que sí tuvo éxito, era abrir el comercio entre Santiago y Jamaica y hacer entender a los españoles que Jamaica nunca volvería a ser suya. Pronto se estableció entre ambas islas un próspero comercio en cobre, azúcar y esclavos, mutuamente conveniente y que España era incapaz de impedir[60].

Pocos años después, en 1668, el famoso pirata galés Henry Morgan recibió de sir Thomas Modyford, gobernador de Jamaica, la orden de dirigirse a Cuba y capturar algunos prisioneros para verificar los detalles de un presumible ataque español. Morgan reunió diez barcos y trescientos hombres y desembarcó en la costa meridional de Cuba,

---

[59] El capitán Myngs (1625-1666) estuvo al mando del *Elizabeth* y más tarde, en 1655, del *Marston Moor,* con el que navegó hasta las Indias Occidentales, permaneciendo allí varios años.

[60] O. Portuondo, *Santiago de Cuba: desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Días,* Santiago, 1996.

avanzando a continuación unos 80 kilómetros hacia el interior hasta Santa María del Puerto del Príncipe (Camagüey):

> Tan pronto como los piratas se hubieron apoderado de la ciudad, encerraron a todos los españoles –hombres, mujeres y niños– y esclavos en sus muchas iglesias, y saquearon todos los bienes que pudieron encontrar a su alcance. Luego inspeccionaron la región circundante, trayendo diariamente muchos artículos y prisioneros y muchas provisiones. Con los licores que habían robado se pusieron a hacer grandes brindis según su costumbre, sin recordar a los pobres prisioneros que pasaban hambre en las iglesias[61].

El continuo peligro para los puertos cubanos de ataques piratas desde Jamaica se redujo después de que España firmara un tratado con Inglaterra dos años después, en 1670, en el que reconocía oficialmente la existencia de colonias inglesas en el Caribe. En 1697 se firmó en Rijswijk un tratado parecido con Francia: a cambio del reconocimiento de su autoridad sobre Saint-Domingue, la parte occidental de La Española, Francia aceptó poner fin a las incursiones de sus bucaneros. Para los cubanos, esos tratados firmados a finales del siglo XVII despertaron la esperanza de que hubiera concluido su largo periodo de inseguridad y de que la isla pudiera a partir de entonces desarrollarse en paz.

AZÚCAR Y TABACO: EL DESARROLLO DE LA RIQUEZA DE LA ISLA DURANTE EL SIGLO XVII

El siglo XVII fue el segundo de dominio colonial en Cuba, pero fue precisamente durante ese periodo cuando los colonos pudieron establecer las bases de una economía que iba finalmente a aportarles prosperidad. Los herederos de la primera generación de conquistadores habían fundado grandes ranchos de ganado en toda la isla durante el

[61] Citado en H. Strode, *op. cit.*, p. 69. Morgan (*ca.* 1635-1688), se dirigió a continuación a Panamá y se apoderó del bien fortificado Porto Bello, exigiendo para devolverlo el pago de un gran rescate. En 1669 atacó Maracaibo y regresó a Panamá en 1670, tomando el castillo de Chagres y remontando el río del mismo nombre, para apoderarse finalmente de la ciudad de Panamá en enero de 1671.

siglo XVI, y ahora esperaban que la naturaleza hiciera su trabajo, ayudada de la mano de obra negra e india. La carne y el cuero, vendidos oficialmente o mediante contrabandistas, les proporcionaba unos útiles ingresos, como lo hacían los cerdos y el tocino, pero aquello no iba mucho más allá de una economía de subsistencia. A las ciudades de los colonos, en particular a La Habana y Santiago, les iba bastante mejor, asumiendo gradualmente un papel esencial como portal español de las Américas, facilitando el comercio de paso, reparando los buques, almacenando vituallas y entreteniendo a las tripulaciones de los buques de guerra, los navíos comerciales y la Flota de Indias.

Durante el siglo XVII, no obstante, el ritmo económico de la isla comenzó a cambiar con la recogida y producción comercial de azúcar y tabaco. Estos dos productos comenzaron a igualarse con el ganado como fuente principal de ingresos y en el siglo XVIII ya suponían contribuciones sustanciales a la riqueza de la isla.

La caña de azúcar no era propia del Caribe; provenía originalmente del sudeste de Asia. Cultivada en España por los árabes durante varios siglos, los españoles la llevaron al otro lado del Atlántico en sus primeros viajes, e iniciaron su cultivo comercial en La Española poco después. Las primeras cajas de azúcar producido allí fueron presentadas por Nicolás de Ovando al rey Fernando en su lecho de muerte en 1516[62]. El emperador Carlos V, su sucesor, alentó la producción en Cuba desde 1523, autorizando la entrega de 4.000 pesos de oro a colonos «responsables» para que construyeran ingenios azucareros. El apoyo estatal a la industria azucarera les llegó desde un principio a los empresarios privados desde la Casa de Contratación de Sevilla, institución financiera fundada dos décadas antes, en 1503.

Las primeras plantaciones a gran escala en Cuba –con tres ingenios en construcción en el área de Matanzas– se establecieron en 1576. Esos ingenios primitivos, con rulos de madera, eran movidos por mulas o bueyes, y el jugo se recogía en vasijas de barro. Tras hervirlo en grandes cacerolas abiertas al resultado final era un azúcar moreno y tosco, suficiente para su consumo en la isla pero que difícilmente podía constituir una exportación de lujo[63]. Esos métodos simples de producción se mantuvieron durante el siglo XVII.

---

[62] H. Kamen, *op. cit.*, p. 85.

[63] W. F. Johnson, *op. cit.*, vol. I, p. 225.

Cuba, La Española y Puerto Rico fueron las primeras colonias españolas en América en las que se cultivó la caña y las primeras en emplear esclavos. También fueron las primeras en dedicarse a la agricultura para la exportación; pero ninguna de ellas hizo grandes progresos en los dos primeros siglos de colonización, lo que permitió que otras colonias europeas en el Caribe las adelantaran.

Si el azúcar provenía del sur de Asia, el tabaco –el segundo producto vinculado siempre con Cuba– sí que era originario de Sudamérica y el Caribe. Los taínos cultivaban y fumaban tabaco, pero los colonos españoles tardaron algunos años en apreciar sus deliciosos efectos. Los negros venidos de África fueron los primeros en adoptarlo con entusiasmo, cultivándolo, fumándolo y vendiéndolo en La Habana a la tripulación de las flotas del tesoro. Los españoles lo llamaban despectivamente «cosa de negros» hasta que apreciaron en él una oportunidad comercial a principios del siglo XVII. Se prohibió a los negros comerciar con el tabaco que cultivaban en sus *vegas,* aunque en siglos posteriores también participaron en su producción. El oligarca criollo Francisco Arango decía en 1826: «Es cierto que hay algunas vegas de tabaco cultivadas sólo por blancos, pero la mayoría de ellas son cultivadas por negros bajo el mando de un blanco»[64].

La producción de tabaco a mayor escala comenzó en el siglo XVII en las ricas tierras entre La Habana y Trinidad y en la parte occidental de la isla, cerca de Pinar del Río. El Estado español apreció pronto en él una fuente de rentas que podía ayudar a compensar el coste de las guarniciones en la isla frente a eventuales ataques navales de sus enemigos europeos y, en 1717, se estableció un monopolio oficial sobre la venta de tabaco. Los productores locales estaban obligados a vender su tabaco a los agentes de la Corona. Los disturbios causados por los productores condujeron a una relajación del monopolio, pero tuvo que pasar todavía otro siglo antes de que la industria tabaquera despegara, incitada por la llegada al oeste de Cuba de comerciantes franceses de Saint-Domingue conscientes de su mercado potencial[65]. Así se sentaron las bases de una nueva economía, pero el progreso siguió siendo lento.

---

[64] Citado en J. Casanovas, *Bread or Bullets: Urban Labour and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898*, Pittsburgh, 1998, p. 22.

[65] H. Aimes, *op. cit.*, p. 21.

2
Desafíos al Imperio español, 1741-1868

Guantánamo cae en manos del almirante Vernon, 1741

El ejército estadounidense la conoce como GTMO o «Gitmo», el municipio cubano donde se halla lleva por nombre Caimanera, los británicos la llamaron en otro tiempo Cumberland Bay y Cristóbal Colón, al desembarcar en 1494, la llamó Puerto Grande. La bahía de Guantánamo es el mayor puerto natural de la costa meridional de Cuba, mayor aún que la espléndida ensenada de Cienfuegos o la soberbia rada junto a la que los españoles fundaron Santiago de Cuba. Objeto de disputa entre Cuba y Estados Unidos durante todo el siglo XX, ha alcanzado amplia notoriedad en los primeros años del XXI al decidir el gobierno estadounidenses utilizar la base militar situada a su orilla como campo de prisioneros para los sospechosos detenidos en el distante Afganistán.

La vasta bahía de Guantánamo, rodeada casi enteramente por elevados cerros, es un enclave separado de su entorno inmediato. Los colonizadores españoles la evitaron al encontrar el clima insalubre y excesivamente caluroso; toda el área está permanentemente plagada de enjambres de mosquitos. Los marineros de Colón encontraron algunos indios asando pescado en la costa cuando desembarcaron y el navegante les dio permiso para servirse. Le dijeron que estaban preparando una fiesta para su jefe y que estaban asando el pescado en la misma playa para que no se echara a perder con el achicharrante calor de aquel día. Admitiendo que podían pescar más la noche siguiente, compartieron el pescado con sus inesperados visitantes.

Guantánamo se convirtió en una zona favorable para la intervención exterior. Los colonizadores españoles se hicieron cargo del lugar pocos años después de la primera inspección de Colón, mientras que los soldados estadounidenses desembarcaron cuatrocientos años después, manteniéndose en él desde entonces. Los británicos también llevaron a cabo un desembarco más de un siglo y medio antes que los estadounidenses, en 1741, con una flota capitaneada por el almirante

Edward Vernon que transportaba un contingente de 600 colonos potenciales procedentes de las Trece Colonias[1].

Los barcos ingleses cruzaban por delante de Cuba desde los días de Drake, dedicándose a menudo a la piratería comercial. Durante el siglo XVIII, cuando su imperio embrionario se fortaleció y el español se debilitó, los británicos se mostraron más agresivos, apoderándose de Guantánamo en 1741 y de La Habana veinte años después. Su interés imperial por la isla era limitado, pero su ambición comercial no conocía límites. Los ataques navales fueron el preámbulo a la invasión financiera británica del siglo XIX. El desembarco del almirante Vernon preparó el camino para una nueva era en la historia de Cuba, en la que la hegemonía sobre la isla iba a verse sometida a disputa, primero entre británicos y españoles y, más tarde, entre Gran Bretaña y Estados Unidos.

Vernon fue enviado al Caribe en 1739 con órdenes de desestabilizar cuanto pudiera el Imperio español, como había hecho Drake siglo y medio antes. Aquel año había estallado de nuevo la guerra con España a raíz de la eficiencia de los guardacostas, pequeños navíos construidos y tripulados por cubanos que trataban de evitar el contrabando y tenían derecho a abordar los buques mercantes británicos*. El capitán Robert Jenkins fue al parecer víctima del castigo habitual en casos de contrabando y a su regreso a Londres presentó en el Parlamento su oreja conservada en alcohol, reclamando venganza por la agresión. Sir William Pulteney, líder de la oposición, escribió a Vernon en agosto de 1740: «Hay que hacer algo para evitar que los españoles nos insulten de nuevo [...] "Tomar y mantener" es la consigna, que apunta directamente a Cuba, y si el pueblo de Inglaterra acabara dándole instrucciones, apostaría diez contra uno que serán de atacar esa isla»[2].

Vernon, como Drake antes que él, habría preferido apoderarse de La Habana, pero en 1739, como en 1586, se pensaba que estaba demasiado bien defendida. Santiago, con sus grandes fortificaciones en la boca del

---

[1] El 6 junio de 1898 un centenar de marines estadounidenses desembarcaron en Guantánamo y se establecieron en Camp McCalla a orillas de la bahía. El comandante estadounidense, general William Shafter, había leído el informe del almirante Vernon sobre la expedición de 1741 mientras navegaba hacia Cuba. F. Freidel, *The Splendid Little War,* Nueva York, 1958, pp. 56 y 77.

* Según el Tratado de Sevilla de 1729. *[N. del T.]*

[2] *The Vernon Papers,* Navy Records Society, Londres, 1858.

puerto, era difícil de atacar directamente, por ello Vernon miró hacia otro lado, navegando en dirección sur hacia Panamá. Contaba con apoderarse del istmo y bloquear así la vía comercial española con sus territorios del Pacífico. Los dos fuertes españoles en Puerto Bello (más tarde llamado Portobelo) fueron destruidos el 21 de noviembre, haciéndole, merced a aquella victoria, muy famoso en Inglaterra, pero como contaba con escasos soldados para establecer una base permanente se retiró a Jamaica[3].

Con sus fuerzas muy reducidas tras su derrota en Cartagena de Indias en marzo de 1741, Vernon dirigió su atención a Cuba, dirigiéndose hacia Guantánamo en julio con una escuadra de ocho navíos de guerra y cuarenta de transporte, 4.000 soldados, 1.000 negros de Jamaica y 600 candidatos a colonos procedentes de las colonias de Norteamérica[4]. Su plan inmediato era desembarcar en la bahía y avanzar hacia Santiago por tierra. Esperaba dirigirse más tarde a La Habana para conquistar toda la isla y prepararla para la colonización británica, como había sucedido con Jamaica un siglo antes.

Al desembarcar en la bahía de Guantánamo la rebautizó como Cumberland, por el título del segundo hijo del rey Jorge II. «Creo que este lugar es el mejor que cabe elegir para una colonización británica en esta isla –escribió– y me complace comprobar que los americanos comienzan a considerarla ya como la Tierra Prometida»[5]. Sobre el papel, el plan estratégico de Vernon parecía prometedor, pero el general Thomas Wentworth, comandante del ejército de tierra británico, era reacio a avanzar y los españoles estaban más que preparados para hacerle frente. Wentworth contaba con más soldados, pero los españoles estaban más familiarizados con el terreno. Un pequeño grupo guerrillero cubano, constituido por blancos, negros, indios y mulatos, impidió a los británicos avanzar hacia Santiago.

Confinado en la inhóspita bahía, incapaz de obtener comida y con cada vez más hombres víctimas de la fiebre amarilla, Vernon se vio

---

[3] Se puede encontrar un informe novelado de esta expedición en el relato *Roderick Random* de Tobias Smollett.

[4] O. Portuondo, «La consolidación de la sociedad criolla (1700-1765)», *Historia de Cuba*, vol. I, *La Colonia*, La Habana, 1994, pp. 205-207.

[5] E. Vernon, *Original Papers relating to the Expedition to the island of Cuba*, Londres, 1744, p. 44. Vernon disponía de la excelente información de primera mano sobre el camino desde Guantánamo hasta Santiago que le había proporcionado John Drake, un marinero inglés que vivió en Cuba durante muchos años ganándose la vida como pescador y vaquero.

obligado a retirarse al finalizar el año y regresó con sus barcos a Jamaica. Más tarde, en 1748, los británicos intentaron un asalto frontal contra las fortificaciones portuarias de Santiago, con un fracaso parecido. La guerra europea entre Gran Bretaña, España y Francia concluyó aquel mismo año y durante un breve periodo Cuba pareció a salvo de nuevos ataques británicos.

La Habana cae en manos del conde de Albemarle, 1762

La paz en Europa duró menos de un decenio. Francia y Gran Bretaña entraron de nuevo en guerra en 1754. Aquel enfrentamiento desde 1754 hasta 1763, conocido en Estados Unidos como «Guerra con los franceses y los indios» y por los europeos como «Guerra de los Siete Años», fue la primera «guerra mundial» de los tiempos modernos, al extenderse desde Europa hasta el Índico y el Caribe, incluyendo a la India y Norteamérica. Cuba se vio inevitablemente afectada, aunque no en los primeros años de la guerra. España permaneció neutral en un primer momento, permitiendo a Francia y Gran Bretaña arreglar sus diferencias en continentes distantes de Europa.

Cuando la guerra llegó a las Antillas el resultado fue desastroso para Cuba, que sufrió su derrota más humillante desde el saqueo de La Habana dos siglos antes. España unió equivocadamente sus fuerzas con Francia en 1761, después de que ésta hubiera perdido sus posesiones en Canadá y la India. La inclusión de España, arrojada en la balanza para intentar contrapesar el poderío británico, fue un último intento francés, desesperado y condenado al fracaso. Cuba se vio arrastrada a un conflicto europeo en el que tenía poco que ganar y mucho que perder. Los británicos ambicionaban la isla desde la expedición de Vernon y enviaron una nueva escuadra a La Habana bajo el mando del almirante sir George Pocock. El comandante en jefe era George Keppel, tercer conde de Albemarle. Unos 50 navíos, con 4.000 soldados, partieron de Portsmouth en 1762, embarcando vituallas en Barbados e importantes refuerzos en Jamaica.

La Habana estaba bien defendida frente a los ataques por mar. Los ingenieros de Felipe II y sus sucesores habían hecho bien su trabajo. Albemarle siguió el ejemplo de Vernon y decidió atacar por tierra; dejó algunos de los buques de Pocock en torno a La Habana para dar

la impresión de un ataque inminente, mientras desembarcaba con una fuerza sustancial a principios de junio en Cojímar, unos kilómetros al este de la capital[6]. Aquel pequeño ejército avanzó hacia La Habana por tierra, venciendo las resistencias de los negros e indios liderados por el cacique local de Guanabacoa. A mediados de agosto, tras un asedio de cuarenta días, La Habana se rindió. El capitán general español huyó en un barco y Albemarle asumió su puesto. En el ataque británico, la mayor operación militar lanzada hasta entonces contra Cuba por una potencia extranjera, participaron unos 14.000 soldados británicos, de los que murieron cerca de 300[7].

La ocupación británica de La Habana y de una pequeña franja de la costa cubana desde Marele hasta Matanzas duró sólo diez meses. El Tratado de París, firmado en febrero de 1763, marcó la conclusión formal de la Guerra de los Siete Años reconociendo la derrota francesa y española. En el Nuevo Mundo se tomaron nuevas disposiciones. Los británicos aceptaron retirarse de Cuba quedándose a cambio el territorio de Florida, lo que les permitió consolidar su imperio en tierra firme. El conde de Albemarle devolvió La Habana a un nuevo capitán general español.

Los historiadores suelen considerar la ocupación británica como el momento en que Cuba entró en la era moderna, abriendo el puerto de La Habana al comercio exterior de una forma espectacular y sin precedentes: aquel mismo año un millar de barcos descargaron su cargamento, del que hay que mencionar en particular unos 10.000 esclavos. Más significativa que el breve dominio británico fue la apertura de Cuba a sus colonias en Norteamérica. Comerciantes angloamericanos se establecieron legalmente en La Habana y comerciantes cubanos se dirigieron a puertos norteamericanos. Esos contactos sobrevivieron a la partida británica y se reavivaron y reforzaron con el estallido de la Revolución americana en 1776. La Habana se convirtió en un importante punto de encuentro para las flotas que se dirigían al continente.

De todas maneras, de esa relación oportunista entre la isla y Norteamérica no surgió nada estable. Cuando las colonias se liberaron finalmen-

---

[6] Cojímar iba a ser el puerto de pesca favorito de Ernest Hemingway.

[7] R. Fermoselle, *The Evolution of the Cuban Military, 1492-1986*, cit., p. 13. Más de 650 soldados británicos resultaron heridos y varios miles morirían más tarde de diversas enfermedades, en particular de fiebre amarilla. Las bajas españolas y cubanas fueron de 380 muertos y 1.500 heridos.

te del dominio británico en la década de 1780, España volvió a imponer muchos de sus controles anteriores sobre el comercio exterior cubano. Los incipientes Estados Unidos dirigieron entonces su atención a otros lugares, comenzando a comerciar con la rica colonia francesa de Saint-Domingue. El azúcar, la melaza, el cacao y el café que los americanos habían comprado durante un corto periodo en Cuba se lo compraban ahora a los franceses. Sólo cuando estalló la revolución en Saint-Domingue en 1791 volvió a convertirse Cuba en un socio comercial preferente de Estados Unidos.

Los nuevos intereses españoles en Cuba, 1763-1791

Aunque la ocupación británica de La Habana pudo proporcionar un rápido inicio al desarrollo económico cubano, el auténtico cambio se produjo tras la devolución de la isla a España. Cuba comenzó a beneficiarse del «despotismo ilustrado» de Carlos III, quien gobernó el reino español desde 1759 hasta 1788. La breve pérdida de Cuba y la potencial amenaza a otras colonias y posesiones españolas en las Américas aportó una nueva seriedad a la política metropolitana. Bajo Carlos III y su ministro el conde de Campomanes la reforma se puso a la orden del día, afectando a la Iglesia, la educación, los impuestos y el régimen de tenencia de la tierra. Se confeccionaron nuevos mapas, se construyeron nuevas carreteras y se alentaron las mejoras agrícolas. Se aplaudían las iniciativas locales, lo que siglos después se llamaría «descentralización». En diferentes ciudades españolas se crearon más de setenta sociedades de amigos del país, instituciones apoyadas por el gobierno y los notables locales que tenían como fin la promoción de la investigación económica y social, iniciativas educativas locales e innovaciones tecnológicas.

Las noticias de esas reformas metropolitanas llegaron a las colonias españolas y por primera vez en varios siglos Madrid comenzó a interesarse de forma inteligente y renovada por su imperio colonial. Se enviaron expediciones científicas para explorar las regiones menos conocidas y tomar nota de futuras posibilidades económicas. Esos vientos de cambio soplaron pronto sobre Cuba y en La Habana se estructuró una nueva generación de terratenientes, plantadores y empresarios ilustrados para debatir sobre el desarrollo económico y promocionar las nuevas ideas que llegaban de Europa.

El principal promotor de ese debate fue Luis de las Casas y Aragorri, capitán general de la isla desde 1790 hasta 1796. De las Casas, con estrechas relaciones con los barones azucareros de la isla, reunió en torno suyo a un grupo de terratenientes y abogados reformistas, entre los cuales el más destacado era Francisco de Arango y Parreño. En octubre de 1790 comenzó a publicarse en La Habana su primer diario, *Papel Periódico,* y en 1793 se constituyó en una Sociedad Económica de Amigos del País a imagen y semejanza de las metropolitanas [se añadió la palabra «económica» para desmentir cualquier propósito político], entre cuyos miembros estaban los 27 magnates del azúcar más acaudalados; al cabo de menos de un año generó un Consulado Real de Agricultura, Industria y Comercio. En ausencia de algo que se pareciera a un parlamento colonial, esas instituciones permitieron a la elite cubana ejercer cierta influencia sobre la forma en que se gobernaba el país y proporcionaron a Las Casas algunas informaciones útiles acerca de la embrionaria opinión pública (aunque sólo la de la elite blanca).

La Sociedad Económica cubana se preocupaba principalmente por la cría de ganado, el azúcar y el tabaco, las principales fuentes de ingresos de sus miembros, pero también reunió la investigación existente sobre minería, comercio e industria y la puso a disposición de los interesados. Mostró un particular interés por los avances tecnológicos en la producción de azúcar y tabaco, pero también promovió la investigación química, botánica y matemática (traduciendo al castellano algunos libros que se ocupaban de esas cuestiones). Sus intereses más amplios incluían la educación y el transporte terrestre[8]. Para una pequeña isla del Caribe, esa amplia actividad intelectual no era un logro menor. La Sociedad Económica fue, de hecho, el vehículo que llevó la Ilustración europea a Cuba.

Arango, un rico y joven hacendado cubano, fue la principal figura en esas iniciativas. Aplicó nuevas técnicas científicas a la industria azucarera e hizo llegar de Inglaterra la máquina de vapor. También creó la Junta de Fomento, una rama de la Sociedad Económica que actuaba de hecho como un ministerio de desarrollo, precursor de las instituciones de planificación patrocinadas por el Estado en Latinoamérica durante el siglo XX. Arango hizo amistad con el barón Alexander von

[8] L. Pérez, *Cuba, Between Reform and Revolution,* Oxford, 1995, p. 66.

Humboldt, el economista y naturalista alemán que visitó Cuba en 1800 y 1804 y escribió un texto seminal sobre la economía de la isla que ilustró a los europeos (y más tarde a los estadounidenses) sobre su potencial económico. Gran parte de esa obra provenía de sus conversaciones con Arango[9].

Arango era un gran defensor de libre comercio [y del esclavismo] y dedicó muchos esfuerzos durante su dilatada vida a tratar de convencer al monarca español de los beneficios que aportaría la isla. Protonacionalista con un entusiasmo modernista equilibrado por un fuerte sentimiento conservador de la jerarquía, fue un precursor de posteriores prohombres cubanos, con intereses y preocupaciones similares, a quienes la isla siempre les ha parecido demasiado pequeña.

La rebelión de los esclavos en Saint-Domingue, 1791

Las alarmas y desbandadas provocadas durante el siglo XVIII por la ampliación de las guerras europeas al Caribe tuvieron su impacto acostumbrado sobre Cuba, pero la historia de la isla se iba a ver afectada más profundamente a partir de 1791 por la exitosa rebelión de los esclavos en Saint-Domingue (más tarde rebautizada como Haití), la colonia europea más rica del Caribe en aquel momento, que provocó la llegada a Cuba de miles de refugiados franceses. Éstos dieron un nuevo impulso a la revolución agrícola que iba a proporcionar a la isla un siglo de expansión y riqueza.

La isla de Santo Domingo (conocida originalmente como La Española) está a sólo 100 kilómetros de Cuba. Los pueblos de ambas islas estaban estrechamente emparentados por sus antepasados comunes, indios y españoles, pero mientras que la porción oriental de La Española (y la ciudad de Santo Domingo) permanecía en manos españolas desde la época de Colón, la parte occidental les fue arrebatada por bucaneros franceses a mediados del siglo XVII. La soberanía francesa sobre el tercio occidental de la isla, al que los franceses llamaban también, para mayor confusión, «Saint-Domingue», fue formalmente reconocida por el Tratado de Rijswijk en 1697.

---

[9] A. von Humboldt, *The Island of Cuba, a political essay*, Princeton, 2001 [ed. cast.: *Ensayo político sobre la isla de Cuba* [1826], Alicante, Universidad de Alicante, 2003].

La rebelión de 1791, en la que 500.000 esclavos negros se alzaron en armas contra sus propietarios blancos, hizo planear sobre Cuba la amenaza de la «revolución», el mensaje subversivo que llegaba de París desde 1789. Saint-Domingue se había transformado durante el siglo XVIII en un tesoro para los colonos franceses, que importaban esclavos para trabajar en sus plantaciones de azúcar, café, algodón e índigo, generándose una inmensa riqueza tanto para Francia como para los terratenientes. Unas 800 plantaciones producían una media de 71.000 toneladas de azúcar al año y alrededor de 3.000 plantaciones de café producían más de 30.000 toneladas anuales, lo que suponía más del 60 por 100 de la oferta mundial de la época[10]. La parte oriental de la isla, española, permaneció prácticamente sin desarrollo durante ese periodo, con una población que apenas llegaba a los 125.000 habitantes.

Pero la economía y la sociedad de Saint-Domingue estaban muy desequilibradas. La colonia francesa tenía una población de más de medio millón de habitantes en la década de 1780, de los que el 90 por 100 eran esclavos; había únicamente unos 40.000 blancos y 20.000 mulatos libres. Dado que el equilibrio de fuerzas se inclinaba de forma tan espectacular en favor de los negros, el eventual éxito de una rebelión de los esclavos era, desde hacía tiempo, una posibilidad real, que cobró fuerza con el aliento de la Revolución francesa en 1789. El levantamiento de los esclavos fue breve y brutal. Las historias de violaciones y matanzas reverberaron en todo el Caribe durante más de un siglo. Aquel levantamiento fue seguido por la revolución, la guerra civil y la intervención extranjera, que trajeron aún más muerte y destrucción. Incluso así, comparada con sucesos posteriores, el número de muertos no fue especialmente alto, rondando los 10.000 esclavos negros y 2.000 blancos. Las muertes de esclavos no habrían atraído el interés de nadie, pero la inesperada matanza de un par de millares de blancos llamó mucho la atención en aquel momento. El éxito de la rebelión se atribuyó a la gran desproporción entre las razas en Saint-Domingue, y eso mismo creó un temor inmediato y muy extendido entre los blancos de Cuba y otros lugares del Caribe de que les podía suceder algo parecido a ellos y a las minúsculas poblaciones blancas de otras islas.

---

[10] L. Pérez, *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*, Athens (GA), 1997, p. 9.

Los primeros refugiados llegaron a Cuba en 1793, congregándose principalmente en La Habana con la esperanza de regresar pronto a casa. Cuando toda la isla de La Española cayó en manos de los rebeldes negros en 1795, incluida la parte española y la ciudad de Santo Domingo, la migración de los colonos se aceleró. En 1798, cuando una fuerza de intervención británica trató de aplastar la revolución negra sin conseguirlo y se vio obligada a retirarse, la marea de refugiados se convirtió en inundación. Muchos de ellos se establecieron en Santiago y en los campos de los alrededores en el este de Cuba. En 1803 se produjo una nueva migración cuando el intento de Napoleón de restablecer el dominio francés (y blanco) en Saint-Domingue concluyó en un desastre para Francia. En total, en la década posterior a 1791 llegaron a Cuba unos 30.000 refugiados franceses –los «balseros» de aquella época–, como presagio de las migraciones masivas que tendrían lugar en siglos posteriores.

Los inmigrantes franceses, agradeciendo al cielo seguir con vida, se pusieron al frente de los aletargados colonos españoles y pronto aparecieron plantaciones de café de estilo francés en las faldas de Sierra Maestra y en torno a Guantánamo. Llegaron con su capital, su experiencia agrícola, su familiaridad con el comercio exterior y los mercados metropolitanos y su capacidad para el trabajo duro. Un visitante francés explicaba que los nuevos colonos traían «los restos de su riqueza, algunos esclavos, pero sobre todo su conocimiento, su experiencia y su actividad. Desde aquel momento se invirtieron los papeles entre las dos grandes Antillas: Santo Domingo cayó en la barbarie y Cuba asentó su pie en el carro de la fortuna»[11]. A principios del siglo XIX llegaron nuevos inmigrantes: miles de colonos españoles empobrecidos procedentes de la parte oriental de La Española y del vasto territorio de la Luisiana (anteriormente española), que Napoleón vendió a Estados Unidos[12].

---

[11] G. d'Hespel d'Harponville, *La Reine des Antilles,* París, 1850.

[12] La llegada en masa de esos inmigrantes era tan perturbadora que Madrid dio órdenes en 1807 de que todos los extranjeros fueran expulsados de la isla, decreto que se reiteró dos años después, al producirse disturbios entre colonos franceses y cubanos en La Habana en marzo de 1809. A las autoridades de La Habana les resultó imposible aplicar esos decretos. Muchos refugiados se negaron simplemente a obedecer la orden, y otros se las arreglaron para obtener pronto los papeles de naturalización. D. Cubitt, «Immigration in Cuba», *Hispanic American Historical Review,* vol. XXII, mayo de 1942, pp. 280-288, citando a A. Portuondo, *Proceso de la cultura cubana,* La Habana, 1938, en un apéndice titulado «La inmigración francesa».

Con esa inyección de energía inmigrante, Cuba se transformó, de una colonia subdesarrollada de pequeñas ciudades, ranchos de ganado y plantaciones de tabaco, en lo que se denominaría más tarde *agrobusiness* grandes plantaciones semiindustriales de azúcar y tabaco, caracterizadas por el uso de mano de obra esclava en una escala hasta entonces inimaginable. Los nuevos colonos contribuyeron a sacar «la agricultura cubana del siglo XVI y a introducirla en el XIX», en palabras de un historiador, y lo hicieron en unas pocas décadas[13].

El XIX fue el siglo más próspero de toda la historia de la isla. En la década de 1820 Cuba era todavía una tierra de ganado y tabaco, pero el azúcar y el café se fueron convirtiendo en un sector sustancial –y pronto dominante– de la economía de la isla. En 1827 todavía florecían 3.000 ranchos de ganado y 5.000 plantaciones de tabaco, pero a ellas se unieron 1.000 ingenios azucareros y 2.000 cafetales. A esa lista se añadían 76 granjas productoras de algodón y 66 plantaciones de cacao. Sin embargo, aún sobrevivía algo de la vieja Cuba. Mientras que los plantadores y trabajadores dedicados a esos nuevos cultivos agrícolas producían para el mercado, sobre todo exterior, una parte sustancial de la población permanecía dedicada a la agricultura de subsistencia, una forma de vida que no había cambiado desde los días de Diego Velázquez[14].

El desarrollo de la industria azucarera iba a tener un impacto significativo sobre la política y la cultura de la isla, ya que dio lugar a un enorme incremento de la población esclava. Esto contribuyó a su vez a alimentar el racismo blanco en la isla, reforzado por los inmigrantes de Santo Domingo y Luisiana. La imagen de la revolución haitiana y el recuerdo acrecentado de sus excesos –que tuvieron eco no sólo en Cuba, sino también en Estados Unidos y toda Latinoamérica– iban a cernirse sobre Cuba durante todo el siglo XIX y más allá, como una advertencia permanente de lo que le podía suceder a la población blanca si se tomaban decisiones políticas o administrativas equivocadas. Muchos blancos sentían que vivían permanentemente amenazados por una rebelión esclava al estilo haitiano. No estaban del todo equivocados, ya que muchos negros cubanos también buscaban inspiración en el ejemplo haitiano.

---

[13] R. Ely, *op. cit.*, p. 80.

[14] R. Guerra y Sánchez, *Sugar and Society in the Caribbean: An Economic History of Cuban Agriculture*, cit., p. 49.

El brusco incremento de la población esclava, 1763-1841

Los negros cubanos eran muy capaces de enarbolar la bandera haitiana y la perspectiva de establecer una república negra atraía a muchos de ellos. La aritmética iba en su favor[15]: en los treinta años posteriores a 1762 llegaron a la colonia casi 100.000 esclavos africanos, más que durante los tres siglos anteriores. En los doscientos cincuenta años transcurridos entre 1511 y 1762 habían desembarcado en la isla unos 80.000 esclavos africanos, con una tasa media de sólo 240 al año. Con la expansión de la industria azucarera a finales del siglo XVIII esas cifras aumentaron espectacularmente y el desembarco de esclavos alcanzó un promedio de 3.300 al año.

La población esclava llegó a 85.000 personas en 1791 y se duplicó durante los siguientes veinticinco años, para llegar a 199.000 en 1817. Diez años después, en 1827, se había incrementado en casi un 50 por 100, hasta 287.000. Durante la década de 1830 se produjeron más importaciones de esclavos que en cualquier otra década anterior y en 1841 vivían en la isla 427.000 esclavos, casi el 45 por 100 de la población total que rondaba el millón que habitantes.

El número total de negros era por supuesto mucho mayor, ya que no todos los negros de la isla eran esclavos. En la propia España las autoridades habían permitido a los propietarios conceder la libertad a sus esclavos y esa política se había extendido a Cuba. Comparada con otras islas del Caribe (o con los Estados norteamericanos) en Cuba había muchos más negros libres. Durante la primera mitad del siglo XIX el número de antiguos esclavos y su progenie –las «personas de color libres»– se había casi triplicado (pasando de 54.000 en 1792 a 153.000 en 1841). El censo de 1841 reveló lo que se sospechaba desde hacía tiempo, que los esclavos y «personas de color libres» constituían una mayoría sustancial y apreciable (el 58 por 100)[16].

---

[15] En 1827, de una población total de 704.487 personas, los blancos sólo eran 311.051. El total de negros era de 393.436, formado por 286.942 esclavos y 106.494 «personas de color libres». P. Howard, *Changing History: Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century,* Baton Rouge (LA), 1998, pp. 82-83. Howard asegura que en el momento del censo de 1841 los blancos eran superados en número no sólo por los esclavos negros, sino también por las «personas de color libres», pero las cifras disponibles no parecen corroborar esa afirmación.

[16] L. Pérez, *Cuba and the United States,* cit., p. 12.

La población de colonos blancos no ocultó su sensación de alarma por esa noticia, si bien los negros habían superado probablemente a los blancos desde principios del siglo XVII, y quizá desde antes, y su predominio se iba a mantener hasta bien avanzado el siglo XIX. El censo de 1841 sólo proporcionó un sello oficial a las cifras. Lo que aterrorizó a los blancos fue la capacidad de los negros para organizarse por su cuenta.

Aunque el trato a los esclavos negros recalcitrantes siempre había sido severo, el sistema colonial español (y portugués) tenía ciertas peculiaridades, tanto en Cuba como en Brasil, poco habituales en el resto de las Américas. En cierto sentido beneficiaban a los negros, ya que éstos no eran caracterizados simplemente como «negros» o «africanos», sino que se les permitía recordar a sus antepasados y su origen particular. Siempre supieron de qué parte de África provenían unos u otros. Los colonos blancos, adoptando una tradición española, se asociaban en cabildos (más tarde conocidos como «sociedades fraternales») organizados sobre la base de la región española de origen. A los negros, al menos desde finales del siglo XVI, se les permitió hacer lo mismo, agrupándose, tanto esclavos como libres, en cabildos que tenían como modelo los de los blancos.

Los españoles consideraban esto como una forma benevolente de organización social que ayudaría a las diferentes tribus africanas a ajustarse a las circunstancias especiales de Cuba, manteniendo parte de sus costumbres locales. Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, obispo de La Habana a mediados del siglo XVIII, estaba tan admirado por la adhesión de los negros a sus cabildos africanos que les concedió el reconocimiento oficial de la Iglesia en 1755, esperando de esa forma facilitar y acelerar su instrucción religiosa[17].

Los cabildos de los esclavos y «mestizos libres» se formaban siguiendo líneas tribales o étnicas. Los propietarios blancos distinguían a sus esclavos según su lugar de origen, con una variedad de nombres que identificaban distintas etnias a lo largo de la costa africana: mandinga, gangá, mina, lucumí, carabalí, congo, macua y muchos otros; en su mayoría derivados de los nombres tribales africanos originales; aunque esas denominaciones eran las utilizadas originalmen-

[17] R. Paquette, *Sugar is Made with Blood: the Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba,* Middletown (Conn), 1988 p. 125.

te por los propietarios de esclavos, pronto lo fueron también por ellos mismos[18].

Los mandingas y los gangás provenían de la región del África occidental en torno a Sierra Leona, donde eran conocidos como malinkés; los minas venían de Costa de Oro (hoy Ghana) y formaban parte de la etnia akan. Dos grupos provenían de lo que es hoy Nigeria: los lucumíes, gente de habla yoruba presente también en Benín, y los carabalíes, de los grupos étnicos igbo y efik asentados en la zona más próxima a Camerún. Los macuas procedían del este de África, más concretamente de Mozambique[19]. Los esclavos de Angola que llegaron a finales del siglo XVI recibían la denominación de «congos» por el río que atraviesa el territorio donde habían sido comprados o apresados por los tratantes de esclavos portugueses. Cerca de cuatrocientos años después algunos de sus descendientes iban a combatir en defensa de su antigua patria en el ejército de Fidel Castro.

Los colonos blancos atribuían a cada grupo étnico determinadas características, a menudo de forma incoherente. Según Robert Paquette:

> Los prejuicios prevalecientes en torno a 1840 aseguraban que los mandingas y los gangás eran los «más tratables y dignos de confianza»; los lucumíes eran «temperamentales, astutos y pendencieros», pero «buenos trabajadores»; los minas y carabalíes se parecían a los lucumíes; los congos eran «estúpidos, grandes borrachines y lascivos»; y los macuas eran «brutales como los congos»[20].

Aunque los negros estaban estrechamente controlados, sus vidas en los primeros años de dominio colonial no se vieron afectadas por el tipo de discriminación social que se hizo habitual en siglos posterio-

---

[18] L. Marrero, *op. cit.*, vol. III, p. 23. Los esclavos desembarcados en Cuba por traficantes portugueses a finales del siglo XVI provenían de puertos distribuidos por toda la costa occidental de África, desde Senegal hasta Angola. Un censo elaborado en 1608 en el yacimiento de El Cobre, cerca de Santiago, señalaba los diversos orígenes étnicos de los esclavos que trabajaban en la mina: angolas (la mayoría), congas, enchicos, minas, mohongos, biohos, brans, banones, manicongos, nalúes, carabalíes, terranovas y criollos. Muchos de esos esclavos y sus descendientes mantuvieron su identidad étnica específica durante más de dos siglos.

[19] R. Paquette, *op. cit.*, p. 37.

[20] *Ibidem*, p. 37.

res. Había pocos prejuicios personales o sociales contra ellos y los negros libres iban a la iglesia o paseaban por la ciudad con la misma facilidad que los blancos. También se les permitía llevar armas y se enrolaban en el Batallón de Pardos y Morenos, la milicia negra de La Habana[21]. Hasta el siglo XIX no se hizo más discriminatorio ese trato, en particular desde que los blancos incrementaron su temor a una repetición de lo sucedido en Saint-Domingue.

Los primeros vientos de independencia, 1795-1824

La nueva sociedad cubana en formación a principios del siglo XIX no era impermeable a las ideas que llegaban de la Ilustración europea ni al independentismo frente al dominio español que pronto iba a triunfar en el continente. Cuba experimentó varias rebeliones contra España. Los primeros en organizarse, imitando conscientemente el ejemplo de Haití, fueron los rebeldes negros entre las «personas de color libres», más que la elite aristocrática blanca que iba a encabezar la lucha de liberación en el continente.

Nicolás Morales, un liberto de cincuenta y seis años de Bayamo, «negro como el tizón», emprendió esa labor de organización ya en 1795. Su grupo pretendía unir a blancos y negros, y entre sus seguidores había efectivamente un puñado de blancos. Su programa consistía en abolir los impuestos «que oprimían a los pobres», distribuir la tierra entre los pobres, «ya que los ricos la poseían por entero», y enviar a los curas «a sus conventos». Morales y sus seguidores rebeldes, pronto traicionados, fueron enviados a prisión aunque no suponían una amenaza seria para el Estado. El miliciano mulato que lo había traicionado fue recompensado con 80 hectáreas de tierra[22].

Un intento independentista más serio fue el iniciado en 1810, en un momento en que el Estado español se veía debilitado por la invasión napoleónica de la Península. Varias «personas de color libres» enroladas en la milicia negra se unieron a un movimiento independentista blanco encabezado por dos aristócratas conservadores y un rico

[21] W. F. Johnson, *op. cit.*, vol. I, pp. 230-231.

[22] R. Guerra y Sánchez (ed.), *A History of the Cuban Nation*, La Habana, 1958, vol. III, pp. 118-122.

oficial blanco, todos ellos masones[23]. Aspiraban a la independencia pero no pretendían cambiar la estructura social de la isla. Según la constitución que propugnaban, los esclavos seguirían siendo esclavos y los blancos seguirían mandando. Fue el primer movimiento político cubano que evocó el pasado indio, diseñando una bandera con la figura de una mujer india envuelta en una hoja de tabaco. Se consideraban a sí mismos indios o *yukuinos*, entendiendo a Cuba como una prolongación del Yucatán. Recobraron de la memoria oral la figura de Hatuey, el cacique del siglo XVI, al que exaltaban como «primera víctima de los españoles»[24].

La participación en la rebelión de miembros de la milicia negra sirvió para movilizar contra ella a la población blanca de La Habana, dando lugar por primera vez a un fenómeno que se repetiría durante todo el siglo y que se convirtió en un elemento clave del control español de la isla: se creó una milicia de voluntarios blancos formada por jóvenes de las familias de reciente emigración para ayudar a las autoridades coloniales. Un visitante francés describió a esa milicia como «hombres honrados de La Habana» que se habían organizado en batallones «de la misma provincia española»[25]. La lealtad hacia las regiones particulares de España de las que provenían los colonos fue alentada por los cabildos blancos desde el primer siglo de colonización y el tirón emocional así fomentado inspiró a los voluntarios y reforzó su apoyo apasionado a la madre patria. Conservadores en sus inclinaciones políticas y con inclinaciones racistas, se convirtieron en un bastión esencial del dominio español.

La rebelión de 1810 fue aplastada por esos «leales al imperio», ayudados por algunos de los nuevos inmigrantes franceses de Saint-Domingue y con la dirección activa del capitán general, Salvador José de Muro Salazar, marqués de Someruelos. Gobernante eficaz, descrito como «un buen político y un buen organizador», salió en persona a las calles de La Habana para derrotar a los rebeldes. Los dirigentes blancos fueron condenados a diez años de prisión, con la subsiguiente pros-

---

[23] Los conspiradores eran Román de la Luz Silveira, un destacado terrateniente, y Joaquín Infante, un jurista de Bayamo. Ambos pertenecían a logias masónicas y habían abrazado las últimas ideas radicales que llegaban de Europa. El cabecilla militar era el general Luis Francisco Bassave y Cárdenas.

[24] *Historia de Cuba, La Colonia*, La Habana, 1994, p. 337.

[25] E-M. Masse, *L'isle de Cuba et La Havane*, París, 1825, p. 249.

cripción de las Américas, mientras que dos esclavos negros que participaron en la rebelión recibieron doscientos latigazos y una pena de prisión de ocho años, encadenados con grilletes.

En 1812 una nueva rebelión evocó el ejemplo de Haití. No fue una simple rebelión de esclavos sino el primer movimiento político organizado por «personas de color libres», a escala de toda la isla, que tenía como finalidad la independencia. Su líder, José Antonio Aponte, era un hábil carpintero negro de La Habana, de origen étnico lucumí, de lengua yoruba y procedente de la bahía de Benín[26]. Antiguo jefe de la milicia negra de La Habana y hombre de bastante prestigio en su comunidad, presidía el cabildo yoruba local. Se ganaba la vida tallando imágenes religiosas que incorporaban elementos cristianos y africanos.

Como muchos de los negros libres de Cuba, Aponde estaba bien informado de la política del mundo exterior, en particular de los acontecimientos en Saint-Domingue. Sus héroes personales –a juzgar por las pinturas encontradas en las paredes de su casa– eran los líderes haitianos Toussaint l'Ouverture y Henri Christophe (también poseía un retrato de George Washington). En su casa se hallaron copias de la declaración de independencia haitiana de 1804, así como cartas escritas por Christophe[27].

Los pueblos oprimidos siempre han tenido su propio servicio de inteligencia y redes de comunicación y, según sugiere Robert Paquette, los negros cubanos del siglo XIX no eran una excepción:

> Los esclavos y hombres libres de color caminaban por los muelles de las ciudades portuarias de Cuba; intercambiaban noticias y bienes con vendedores ambulantes y contrabandistas extranjeros; escuchaban las conversaciones de los blancos y transmitían esa información a camaradas más mundanos los domingos y días de fiesta y en los cabildos afrocubanos; se mezclaban con los miles de esclavos que habían emigrado de Saint-Domingue con sus amos franceses; y atendían a los mensajes de los tambores[28].

Aponte era uno de los receptores de los informes de inteligencia que llegaban del extranjero. Los negros cubanos habían tenido noticia

[26] R. Paquette, *op. cit.*, p. 123.
[27] P. Howard, *op. cit.*, pp. 76-77.
[28] R. Paquette, *op. cit.*, p. 76.

de la reunión de las cortes españolas en Cádiz en 1812, una asamblea casi revolucionaria a la que asistieron representantes de las colonias y en la que se habló de poner fin al tráfico de esclavos y hasta de la abolición de la propia esclavitud. Las noticias de esos debates llegaron pronto a La Habana y algunos esclavos llegaron a creer que las autoridades españolas habían decretado el fin de la esclavitud[29].

Parecía haber llegado el momento para una insurrección antiespañola del tipo que estaba teniendo lugar en el resto de Latinoamérica. Si los esclavos cubanos se unían a ella, la rebelión de Aponte tenía grandes probabilidades de éxito. Se movilizaron varios cabildos negros y se celebraron reuniones secretas en La Habana y otras capitales de provincia. La finalidad de la rebelión era «abolir la esclavitud y la trata de esclavos, derrocar la tiranía colonial y sustituir el régimen corrupto y feudal por otro, propiamente cubano y sin discriminaciones odiosas»[30]. También tenía una dimensión internacional: grupos amigos de abolicionistas estadounidenses y brasileños, así como el gobierno haitiano, fueron informados de la inminente rebelión[31].

Los rebeldes, tanto personas de color libres como esclavos y blancos, estaban dispuestos a la acción en Puerto Príncipe (Camagüey) y en el oriente. La conspiración contaba con el apoyo de hombres de diferentes profesiones: zapateros, carpinteros, curtidores, carboneros, campaneros y boyeros[32]. El plan de Aponte consistía en tomar el poder en La Habana cuando las tropas españolas salieran de la capital para enfrentarse a esas revueltas locales.

Los historiadores liberales tienden a presentar a Aponte como un precursor de la lucha por la independencia que se iba a desarrollar más avanzado el siglo, pero probablemente se trataba más bien de un nacionalista negro del tipo haitiano. Hilario Herrera, el principal lugarteniente de Aponte en Oriente, había participado en la revolución en Saint-Domingue y era otra de las figuras de esa galería de héroes cuba-

---

[29] Malentendidos parecidos se dieron en las Antillas británicas, donde muchos esclavos llegaron a creer que el éxito de la campaña contra la trata de esclavos supondría la abolición de la propia esclavitud.

[30] Las pruebas fueron publicadas más tarde por las autoridades. P. Howard, *op. cit.*, p. 75.

[31] *Ibidem*, p. 76.

[32] E. Entralgo, *La liberación étnica cubana*, La Habana, 1953, citado en P. Howard, *op. cit.*, pp. 74-75.

nos –desde Hatuey y Caguax hasta Máximo González– provenientes de la isla vecina.

Como de costumbre, era difícil mantener en secreto los planes de la rebelión. La conspiración de Puerto Príncipe fue denunciada a las autoridades y, aunque en algunas haciendas azucareras en torno a La Habana se produjeron las revueltas previstas, los servicios de seguridad del marqués de Someruelos entraron pronto en acción en toda la isla. Herrera escapó a Haití, pero Aponte fue detenido en La Habana y condenado a la horca con otros cinco «hombres de color libres» y tres esclavos. Someruelos dio órdenes para que se exhibieran sus cabezas «en los lugares públicos más concurridos como advertencia para otros», y la de Aponte fue mostrada en un jaula de hierro a la entrada de la capital. La feroz represión impidió eficazmente nuevas rebeliones durante más de una década, pero la memoria de la conspiración de Aponte fue celebrada en la comunidad negra durante muchos años.

La lucha por la independencia se reanudó en la década de 1820 a cargo de disidentes blancos influidos por el éxito de Simón Bolívar en el continente. El gran libertador venezolano había recorrido las actuales Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia obligando a los ejércitos españoles a retirarse. José Francisco Lemus, antiguo oficial del ejército de Bolívar en Colombia, dirigía la sección cubana del movimiento bolivariano, denominada «Soles y Rayos de Bolívar»[33]. Como en la conspiración anterior de 1810, los émulos de Bolívar en Cuba también invocaban su pasado precolombino, reivindicando la creación de un nuevo Estado independiente que se denominaría Cubanacán, uno de los nombres indios de la isla. Su conspiración cobró un nuevo ímpetu debido a los acontecimientos que tenían lugar en España, ya que se temía que el éxito de la contrarrevolución en abril de 1823 condujera a una intensificación de la represión. Los conspiradores planeaban una invasión de una fuerza «bolivariana» de 3.000 hombres, dispuestos y a la espera en Puerto Cabello (Venezuela), que coincidiría con un levantamiento en la propia Cuba[34]. Las autoridades españolas fueron más rápidas que los conspiradores y el complot fue descubierto antes de

[33] De esta conspiración internacionalista formaban parte el ex presidente de Colombia (José Fernández de la Madrid) y un futuro presidente de Ecuador (Vicente Rocafuerte), así como un escritor peruano (Manuel Lorenzo Vidaurre) y un aventurero argentino (José Antonio Miralla).

[34] *Historia de Cuba*, vol. I, *La Colonia*, La Habana, 1994, p. 339.

llegar a su culminación. La invasión desde Venezuela nunca se materializó[35] y Lemus y sus colegas fueron detenidos y desterrados.

Entre las víctimas de la subsiguiente represión estaba Félix Varela, profesor de filosofía en el seminario de San Carlos. Varela, clérigo influyente y un hombre adelantado a su época, defendía la independencia latinoamericana y la abolición de la esclavitud. Había adoptado ya esas actitudes impopulares cuando formó parte de la delegación cubana a las Cortes de Madrid en 1820. Se vio obligado a exiliarse tras la conspiración de Soles y Rayos, primero a España y luego a Estados Unidos, donde colaboró con frecuencia en publicaciones del exilio. Desde allí contribuyó a educar a la siguiente generación de intelectuales cubanos, no todos ellos tan ilustrados como él. Su recuerdo se ha evocado con frecuencia por todo el espectro político cubano como modelo de ciudadano responsable y progresista.

Así pues, ¿qué es lo que hacía a Cuba tan diferente del resto de la América española? Las muestras de descontento político no eran escasas. Las ideas de la Ilustración, la difusión de la masonería, el recuerdo de la Revolución americana, el impacto de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas y la conmoción de la revolución negra en Saint-Domingue fueron todos ellos fenómenos con un notable impacto en Cuba. Muchos cubanos instruidos, blancos y negros, se sentían parte de un mundo más amplio en evolución y comenzaron a diseñar nuevas vías para el futuro de la isla, pero sus esfuerzos fueron en vano. Hubo rebeliones ocasionales de esclavos y revueltas de «hombres de color libres», pero ninguna de ellas alcanzó la masa crítica necesaria que habían logrado los rebeldes negros en Haití.

El apoyo a la independencia cubana podría haber procedido en teoría de los pequeños ejércitos de criollos que proclamaron la independencia en el continente latinoamericano, pero el propio Bolívar puso poco interés en extender sus campañas militares hacia el norte, esto es, hacia Cuba. Hasta después de la derrota final del ejército continental español en Ayacucho (Perú), en diciembre de 1824, no hizo planes para enviar tropas a La Habana. Reflexionó varias veces sobre su renuencia a extender la lucha al Caribe y escribió en una de sus muchas cartas que era «más importante mantener la paz que liberar esas islas. Una Cuba independiente nos llevaría

[35] El general Manrique, cabecilla de la fuerza invasora, murió cuando estaba a punto de partir hacia Cuba.

demasiado trabajo». Ni siquiera Bolívar era inmune a la creencia de que una Cuba liberada podía convertirse en «otra República de Haití»[36].

La ubicuidad de los servicios de seguridad era también un factor que facilitaba que las conspiraciones se descubrieran a las pocas semanas y fueran aplastadas normalmente antes de producirse. Al no conseguir movilizar a una porción sustancial o influyente de la población, ninguna de ellas supuso una seria amenaza para la prolongación del control español.

Aunque un puñado de individuos progresistas defendió la independencia con respecto a España, la elite económica cubana era conservadora y temía las eventuales consecuencias económicas y sociales de una ruptura con la metrópoli colonial. Sin el apoyo español los plantadores no podrían mantener el sistema esclavista sobre el que se basaba su prosperidad, ni serían lo bastante fuertes como para aplastar las rebeliones de los esclavos. Su renuencia a rebelarse era también consecuencia de la nueva política económica impulsada por las autoridades españolas. España liberalizó finalmente el comercio de la isla, abolió el controvertido monopolio sobre el tabaco y permitió a destacados cubanos mantener posiciones influyentes en relación con los asuntos económicos de la isla. Esto, unido a la riqueza generada a raíz del colapso haitiano, aseguró que pocos se vieran tentados a emprender la ruta sudamericana hacia la liberación.

Voces influyentes propugnan la inmigración blanca

Las autoridades españolas creían que su arma secreta para domeñar las ambiciones separatistas de los colonos blancos era la preponderancia de la población negra. «El temor a los negros –dijo un ministro español en la década de 1830– vale por un ejército de 100.000 hombres». Ésa era la baza española que «impediría a los blancos cualquier intento de revolución»[37]. Era una evaluación correcta, ya que ni siquiera los intelectuales blancos deseosos de la independencia que surgieron en la década de 1830 eran inmunes al virus racista.

Durante todo el siglo XIX el debate sobre la raza ocupó un lugar central en la escena cubana. La elite criolla entendía como una ame-

---

[36] Citado en H. Thomas, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971, pp. 103-105.

[37] Citado en T. Chaffin, *Fatal Glory: Narciso López and the First Clandestine US War against Cuba*, Charlottesville (VA), 1996, p. 33. El ministro era José María Calatrava.

naza para la idea que se hacían del futuro de la isla la preponderancia de negros entre la población; pero al mismo tiempo la prosperidad de Cuba dependía de la aportación constante de mano de obra negra para trabajar en las plantaciones de azúcar. ¿Cómo podía mantener la isla su rentable industria azucarera sin poner en peligro la seguridad de los blancos? Ésta fue la preocupación obsesiva de la elite criolla durante muchas décadas, y se estudiaron muchas posibilidades. Quizá se podía interrumpir el tráfico de esclavos. Quizá habría que tratar mejor a los negros. Quizá habría que importar más mujeres esclavas. Quizá habría que mejorar la vigilancia policial. Quizá habría que expulsar a los negros libres para evitar que hicieran causa común con los esclavos. Quizá habría que alentar la inmigración blanca, para hacer más favorable a los blancos el equilibrio entre razas.

Los propios negros nunca pudieron expresar libremente sus opiniones en público, aunque hombres como Aponte se inspiraron en la revolución haitiana. La visión de una república negra se hizo menos amenazadora en años posteriores, cuando la mayoría de los negros se contentaron con considerar una sociedad en la que simplemente tuvieran los mismos derechos que los blancos. Ya no pretendían un gobierno exclusivamente negro ni esto habría sido posible, ya que para la década de 1860 la proporción entre razas había mejorado mucho para los blancos. Los desembarcos de esclavos eran menos frecuentes, mientras que la inmigración blanca mantenía un ritmo elevado.

El desarrollo de Saint-Domingue les había parecido en otro tiempo ejemplar tanto a Madrid como a La Habana. Su economía esclavista se consideraba la clave de su éxito económico, y así lo señaló la Sociedad Económica cubana en 1794:

> Antes de la calamitosa ruina de la Colonia Saint-Domingue y de que se conocieran su horrible destrucción y los crímenes inconfesables cometidos allí por los negros, lo primero que venía a la mente cuando se discutía el desarrollo de nuestra isla era la introducción libre y sin límite de negros. Ésta era la conclusión que se derivaba de la gran prosperidad disfrutada por aquella desventurada Colonia, prosperidad que se debía íntegramente a la multitud de esclavos que cultivaban su suelo[38].

[38] Citado en D. Corbitt, «Immigration in Cuba», *Hispanic American Historical Review* XXII (mayo de 1942), p. 284.

Confrontado a la rebelión de 1791, el sueño de una prosperidad impulsada por los esclavos parecía más bien una pesadilla. Madrid creía que sería sólo cuestión de tiempo que la población esclava de Cuba estallara de una forma similar y su reacción inicial fue interrumpir el tráfico de esclavos a todas sus islas del Caribe; pero la elite cubana de la Sociedad Económica veía las cosas de otra forma. Los poderosos plantadores, en una desesperada búsqueda de mano de obra, trataban de imponer su propio ritmo. Su riqueza azucarera y la posibilidad de apoderarse del mercado mundial hasta entonces en manos de Saint-Domingue, dependían de un flujo ininterrumpido de esclavos africanos.

Francisco Arango, su elocuente portavoz, argumentaba en favor de la importación sin límites. Cuba no era como Saint-Domingue, escribía; los blancos no constituían una minúscula minoría en la isla, sino que había en ella casi tantos como negros. No había pues por qué alarmarse, al menos de inmediato. Si el Estado alentaba la inmigración blanca se podría mantener a los negros a raya. Arango dio a conocer un plan de inmigración destinado a contrarrestar las grandes concentraciones de negros en el campo mediante la construcción de pueblos para inmigrantes blancos. Si éstos –escribía–, «se situaban en lugares adecuados, sería fácil hacer frente a las ideas sediciosas de los esclavos rurales»[39].

Arango buscó aliados en la Sociedad Económica para llevar adelante sus propuestas. La Sociedad insistió en mantener la trata de esclavos. Su propuesta era el control en lugar de la abolición: «Es necesario proceder cuidadosamente –con las cifras del censo en la mano– a fin de evitar no sólo que el número de negros pueda exceder al de los blancos, sino que ni siquiera se equipare a él»[40]. Ésa era la aritmética racista que dominaría la isla durante todo el siglo XIX y parte del XX.

La idea de Arango de fundar pueblos rurales para nuevos colonos blancos fue bien recibida por Luis de las Casas, capitán general durante la década de 1790. La importación de esclavos y la inmigración blanca irían de la mano, de manera que las Casas hizo planes para crear nuevas ciudades en regiones poco pobladas[41].

---

[39] Arango propuso su plan el 14 de enero de 1792, apenas cinco meses después de la rebelión de Saint-Domingue. Véase F. de Arango y Parreño, *Obras*, La Habana, 1888, vol. I. pp. 97-100, citado en Corbitt, «Immigration in Cuba», p. 282.

[40] Citado en D. Corbitt, *op. cit.*, p. 284.

[41] D. Corbitt, *op. cit.*, p. 286. El Consulado Real de Agricultura y Comercio, agencia recién creada por el gobierno, juzgaba adecuado el plan de Arango, infor-

Durante el caótico periodo de las guerras napoleónicas se produjeron escasos avances y la causa de la inmigración blanca no fue retomada hasta 1815. Un nuevo capitán general, José Cienfuegos, y su entusiasta tesorero, Alejandro Ramírez, establecieron en 1817 un nuevo organismo, la Junta de Población Blanca. El gobierno de Madrid concedió a los emigrantes de la Península a Cuba tierras y reducciones de impuestos y el programa se hizo financieramente posible mediante un impuesto especial de seis pesos sobre la importación de cada esclavo varón, que se debía pagar a la Junta de Población Blanca[42]. Dado que entre 1818 y 1821 llegaron a La Habana unos 56.000 esclavos, el dinero para financiar la inmigración blanca no escaseaba.

El sueño de Arango de estimular la inmigración blanca se puso así pronto en marcha. Junto a la gran bahía de Jaragua se estableció un nuevo asentamiento, al que se llamó Cienfuegos en honor del capitán general[43]. Se concedió un contrato para reclutar colonos al coronel Louis de Clouet, un refugiado monárquico de Luisiana y, en 1823, habían llegado a Cienfuegos 845 colonos procedentes de Filadelfia, Baltimore y Nueva Orleans. Se establecieron otras colonias blancas, con diversa fortuna, en Santo Domingo, al oeste de Santa Clara; en Mariel, al oeste de La Habana; en Guantánamo; y en Nuevitas en la región de Camagüey. Aunque esos proyectos de colonización estaban destinados a combatir el desequilibrio étnico en la población, el gobierno tenía motivos adicionales en tiempos inseguros. La colonización de áreas hasta entonces semidesérticas, situando en ellas inmigrantes españoles de lealtad incuestionable, ayudaría a evitar movimientos independentistas subversivos[44].

La labor de los que esperaban ver una «Cuba blanca» correspondió en la década de 1830 a un grupo de intelectuales asociados con José

---

mando en 1796 que «la primera precaución a tomar es sin duda la promoción con prudencia y discernimiento de la colonización blanca en los distritos rurales [...]».

[42] D. Corbitt, *op. cit.*, p. 288.

[43] Los intentos anteriores de establecer una colonia en la bahía habían fracasado, aunque el puerto era muy conocido entre los contrabandistas: En la década de 1740 se construyó un pequeño fuerte, el Castillo de Nuestra Señora de los Angeles de Jagua, para reprimir sus actividades y proteger la ciudad frente a las incursiones británicas.

[44] L. Bergad, *The Cuban Slave Market*, 1790-1880, Cambridge, 1995, p. 106. La campaña en pro de la inmigración blanca subvencionada por el Estado perdió fuerza tras la muerte de Ramírez en 1821 y años después hubo quejas en Cienfuegos de que los negros estaban superando en número a los blancos. «En lugar de un aumento de la población blanca –se lamentaba un informe de 1859–, lo que ha crecido en el distrito ha sido el número de negros [...]». La inmigración blanca prosiguió, pero ahora más

Antonio Saco, un prolífico periodista, polemista y agitador. Saco era el director de la *Revista Bimestre,* una publicación de la Sociedad Económica cuyos principales redactores[45], tras los pasos de Arango, se interesaban por la educación, por la autonomía política y por las ideas de los fisiócratas franceses. Llegaron algo más lejos que él en cuanto al desapego con respecto a España, pero sin llegar a propugnar la independencia. Constituyeron la primera generación de intelectuales cubanos con una visión utópica y romántica de «Cuba» como una entidad con características propias, lo que los situaba en permanente conflicto con los «peninsulares» –así se llamaba a los inmigrantes más recientes, aunque procedieran de las islas Canarias o de la Latinoamérica continental–, más apegados a la herencia hispánica de Cuba.

Saco escribió ampliamente sobre diferentes diversos de la sociedad cubana y criticó severamente los errores y estupideces del gobierno colonial. Lo menos simpático de su visión y de la de sus amigos era su repulsión hacia el hecho de que Cuba estuviera en gran medida poblada por negros. Uno de los miembros del grupo, Gaspar Betancourt Cisneros, un plantador de Puerto Príncipe que escribía con el seudónimo de «El Lugareño», argumentaba en favor de poblar Cuba con «seres superiores», que para él eran los alemanes y anglosajones[46].

Saco expresó sin rodeos sus opiniones racistas. Su protonacionalismo no veía futuro para los negros de la isla. «La nacionalidad cubana de la que he hablado, y la única que puede preocupar a la gente sensata, es la formada por la raza blanca»[47]. Prosiguió la campaña de Arango, argumentando que «de la inmigración blanca dependen el desarrollo agrícola, el perfeccionamiento de las artes, en una palabra, la prosperidad de Cuba en cualquier esfera, así como la firme esperanza de que el edificio en ruinas que ahora nos amenaza sea restaurado convenientemente sobre una base sólida e indestructible».

---

como consecuencia de un flujo natural que debido al aliento oficial. La Junta de Población Blanca se disolvió en 1842. A medida que se aproximaba el inevitable fin de la esclavitud aumentaba la demanda de labradores blancos, más que de granjeros blancos. Al comprobar que no llegaba la cantidad deseada, los propietarios de las plantaciones se vieron obligados a mirar más lejos, esto es, a China.

[45] Otros contribuyentes fueron José de la Luz Caballero; Domingo del Monte, un pedagogo innovador, y José María Heredia, un poeta exiliado.

[46] Citado en R. Guerra y Sánchez (ed.), *A History of the Cuban Nation,* cit., p. 183.

[47] Citado en L. Pérez, *On Becoming Cuban: Identity, Nationality, and Culture,* Nueva York, 1999, p. 90.

Saco advirtió de una nueva amenaza cuando los esclavos obtuvieron la libertad en las Antillas británicas en la década de 1830. Si no llegaban pronto colonos blancos, los negros de Jamaica y Haití podrían hacer causa común con los de Cuba:

> La colonización de Cuba es necesaria y urgente para dar a la población blanca de Cuba una preponderancia moral imprescindible sobre sus habitantes negros [...] Es necesario contrarrestar las ambiciones de 1.200.000 haitianos y jamaicanos que buscan sus amorosas playas y tierras vírgenes; hay que neutralizar en tanto sea posible la terrible influencia de los tres millones de negros que nos rodean –y de los que vendrán por el incremento natural– y que nos arrastran hacia el próximo futuro a un amargo y sangriento holocausto[48].

Cabían dos soluciones para afrontar la supuesta amenaza de la población negra. La primera, defendida por sucesivos capitanes generales, era la represión. La otra, la preferida por Saco y sus amigos, era la anexión por la vecina república esclavista de los Estados Unidos.

A raíz de la conspiración de Soles y Rayos se había iniciado una nueva era de represión en la isla. Se envió a La Habana como capitán general a Francisco Dionisio Vives, con órdenes de mantener el orden a cualquier precio. Permaneció en ese puesto durante casi diez años, estableciendo uno de los regímenes más largos y represivos impuestos desde España. En la atmósfera de crisis acaecida tras el colapso del Imperio español en Latinoamérica, en 1824 se creó en Cuba un tribunal militar especial con el fin de excluir a «quienes promuevan disturbios que alteren la paz pública». La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente que mantuvo la isla bajo la ley marcial durante los siguientes cincuenta años estaba destinada a reprimir la actividad política de los blancos y a mantener estrechamente controlada a la población negra libre, cuyas actividades sociales y recreativas –que con frecuencia servían como amparo para camuflar movimientos subversivos– estaban bajo constante vigilancia. Los festivales y bailes, así como las reuniones sociales y religiosas, tenían que anunciarse por adelantado y eran a menudo prohibidos, tanto unos como otras.

---

[48] Citado en F. W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, 1970, p. 99.

Vives estaba particularmente preocupado por la posibilidad de que los negros libres hicieran causa común con los esclavos y manifestó esos recelos poco antes de finalizar su largo reinado en 1832:

> La existencia de negros libres y mulatos mientras se mantiene en la esclavitud a sus camaradas es un ejemplo que algún día resultará muy perjudicial, si no se toman medidas eficaces a fin de evitar su tendencia constante y natural [de los esclavos] a la emancipación, que puede llevarles a intentar por sí mismos o con ayuda del exterior prevalecer sobre la población blanca.

La solución que sugería era expulsar a toda la población de color de la isla, una idea a menudo reexaminada por otros capitanes generales posteriores[49].

El sucesor de Vives, el general Miguel Tacón Rosique, había participado como soldado en la campaña española que intentó mantener sus colonias en Latinoamérica y mantuvo la tradición represiva de su antecesor, gobernando la isla con bastante autonomía con respecto a la metrópoli: aun cuando Madrid ordenó la abolición de la Comisión Militar, él la mantuvo en vigor. Cuando en 1836 Madrid convocó elecciones generales en España, Tacón se negó a permitir que tuvieran lugar también en Cuba. Asimismo, cuando el general Manuel Lorenzo, gobernador de Oriente, apoyó los decretos progresistas del gobierno español y proclamó la constitución radical de 1812, en un intento de establecer un gobierno esclavista pero «democrático» bajo control español, Tacón envió tropas a Santiago para aplastarlo. Mantuvo, en definitiva, la isla bajo candado y cerrojo.

Esa represión volvió contra España a los intelectuales cubanos, y muchos comenzaron a pensar seriamente en diversas alternativas, entre ellas la independencia o la anexión por Estados Unidos. Uno los primeros en sufrir bajo Tacón fue Saco, condenado al exilio interno en 1824 por la «gran influencia que ha ejercido sobre la juventud de La Habana». Vivió en París durante muchos años, escribiendo una historia de la esclavitud. Siempre temeroso de que una Cuba independiente fuera dominada por los negros, se convirtió en un temprano defensor de la anexión por Estados Unidos.

---

[49] Citado en R. Paquette, *op. cit.*, p. 105.

Gran parte del debate político en Cuba durante el siglo XIX se iba a centrar en esa posible anexión. Saco la defendía a su pesar, escribiendo en enero de 1837 que su «principal deseo» había sido siempre «que Cuba fuera para los cubanos», pero creía que «quizá no pueda ser así, ya que este gobierno nos empuja a una revolución». No habría –pensaba– «otra solución que arrojarnos en brazos de Estados Unidos. Ésa es la idea que debemos ahora propagar y sembrar en las mentes de todos»[50]. Si Cuba tenía que caer en manos extranjeras –escribió–, «en ningunas podía caer con mayor honor o gloria que en las de la gran Confederación Norteamericana. En ellas encontraría paz y consuelo, fuerza y protección, justicia y libertad»[51]. Esa opinión elocuentemente expresada por Saco, más fuerte en Estados Unidos que en Cuba, no ha desaparecido nunca del todo del debate político cubano.

Las semillas de la intervención estadounidense, 1823-1851

La idea de que Cuba pudiera llegar a ser anexionada por Estados Unidos no surgió de la nada. Esa posibilidad se venía discutiendo desde hacía mucho tiempo en los propios Estados Unidos. Sucesivas administraciones estadounidenses estaban alarmadas por la idea de que pudiera surgir en Cuba otra república negra, sobre todo por las posibles repercusiones en los Estados esclavistas del sur de Estados Unidos. «Otras consideraciones relacionadas con cierta clase de nuestra población –advertía el presidente Martin Van Buren en 1829– hacen que para la parte meridional de la Unión no resulte conveniente ningún intento en la isla de desembarazarse del yugo español, cuyo primer efecto sería la repentina emancipación de una numerosa población esclava, con el consiguiente impacto sobre las costas adyacentes de Estados Unidos»[52].

Durante la década de 1820, cuando España fue expulsada del continente latinoamericano, Estados Unidos actuó concienzudamente para

---

[50] A. Elorza, *La Guerra de Cuba 1895-1898*, Madrid, 1998, p. 59. Véase también E. Torres Cuevas, *José Antonio Saco: acerca de la esclavitud y su historia*, La Habana, 1982, y J. Opatrny, «José Antonio Saco's path toward the idea of Cubanidad», *Cuban Studies* 24 (1994).

[51] J. A. Saco, *Parallels betwern Cuba and some English Colonies*, La Habana, 1837.

[52] Citado en L. Pérez, *Cuba and the United States*, cit., p. 109.

convertirse en un actor fundamental en la escena cubana. Los estadounidenses estaban interesados en Cuba desde 1776 y habían discutido ocasionalmente su futuro con otras partes interesadas, pero no se habían implicado directamente en las guerras de independencia latinoamericanas. Luego, de forma bastante repentina, tras su adquisición formal de La Florida española en 1821, se dieron cuenta de que Cuba quedaba ahora mucho más cerca de su territorio. Las anteriores discusiones frívolas sobre el futuro de la isla se hicieron con ello más serias[53].

La cuestión de quién poseería Cuba era ahora percibida como un asunto de seguridad nacional para Estados Unidos. Los navíos estadounidenses dedicados al tráfico costero que navegaban desde el Misisipí pasaban inevitablemente por el estrecho de La Florida entre Miami y La Habana. Mientras el control español sobre Latinoamérica se iba apagando, Cuba quedaba potencialmente bajo la amenaza de las fuerzas de Bolívar, así como de las de los británicos, siempre depredadores, sucesores de Drake, Vernon y Albemarle.

Las preocupaciones estadounidenses fueron expresadas primero por John Quincy Adams cuando era Secretario de Estado, manifestando que para Estados Unidos era esencial que Cuba (y Puerto Rico) no cayeran bajo el control de ningún otro país que no fuera España. Redactó el proyecto de una nueva estrategia estadounidense en una carta del 23 de abril de 1823 dirigida a Hugh Nelson, el embajador estadounidense en Madrid (véase el apéndice A):

> Esas islas son apéndices naturales del continente norteamericano, y una de ellas –casi a la vista desde nuestras costas– se ha convertido por una multitud de consideraciones en un objeto de importancia trascendental para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión.

[53] La Florida española era un motivo constante de irritación para Estados Unidos, un refugio para los esclavos fugitivos de los Estados del sur y una fuente de infinitos problemas causados por su población de indios semínolas. Las fuerzas estadounidenses mandadas por el general Andrew Jackson ya habían acosado a los indios en 1818, cruzando la frontera con Florida y capturando dos fuertes españoles. John Adams exigió a los españoles que controlaran su territorio o se lo vendieran. Los españoles acordaron abandonar Florida a cambio de que Estados Unidos renunciara a sus reclamaciones sobre Texas, que entonces todavía formaba parte de Nueva España (México). El tratado de Estados Unidos con España se firmó en 1819.

Adams expresó su creencia personal de que si el dominio español en Cuba llegaba a su fin, debería ser inevitablemente sustituido por el de Estados Unidos, profecía que se iba a cumplir al concluir el siglo:

> Hay leyes de la política como las hay de la gravitación física; y si una manzana, arrancada por la tormenta de su árbol originario, no puede hacer otra cosa que caer al suelo, Cuba, separada por la fuerza de su conexión antinatural con España e incapaz de sobrevivir por sí misma, sólo puede gravitar hacia la Unión norteamericana, que por la misma ley de la naturaleza no puede arrojarla de su seno[54].

Aquel mismo año, más tarde, Thomas Jefferson, que todavía era una voz influyente en los asuntos estadounidenses, escribió al presidente James Monroe para debatir la posible adquisición de «alguna o algunas de las provincias españolas». Su carta de octubre de 1823 refleja la prolongada ambigüedad de Estados Unidos sobre si Cuba debía ser anexionada y conquistada, o si se le debía permitir llegar a ser independiente:

> Confieso sin recato que siempre he considerado a Cuba como la adición más interesante que se podría hacer a nuestro sistema de Estados. El control que esa isla, junto con Florida, nos daría sobre el golfo de México y los países e istmo que lo bordean –así como aquellos cuyas aguas fluyen hacia él– colmaría la medida de nuestro bienestar político. Aun así, sabiendo muy bien que eso no se podría conseguir, ni siquiera con su propio consentimiento, de otro modo que mediante la guerra, y que su independencia, que es nuestra segunda opción (especialmente su independencia con respecto a Inglaterra), puede obtenerse sin ella, no vacilo en posponer mi primer deseo a la espera de futuras oportunidades y en aceptar su independencia –en paz y amistad con Inglaterra– mas que su asociación, para evitar la guerra y su enemistad.

Esa actitud quedó consagrada en la llamada Doctrina Monroe, anunciada por el presidente Monroe en un discurso en el Congreso del 2 de diciembre de 1823 y que surgió como producto colateral de las

---

[54] Citado en W. F. Johnson, *op. cit.*, vol. 2, pp. 261-262.

negociaciones estadounidenses con el gobierno ruso en San Petersburgo sobre la costa noroeste del continente americano. Los americanos habían comunicado a los rusos –declaró Monroe– que las potencias europeas deberían permanecer fuera de las Américas. «Ha llegado la ocasión adecuada para asegurar, como principio en el que están comprometidos los derechos e intereses de Estados Unidos, que el continente americano, por la libre e independiente situación que han adquirido y mantienen, no deben considerarse a partir de ahora sujetos a una eventual colonización por ninguna potencia europea.» Monroe advirtió a esas potencias que Estados Unidos consideraría «cualquier intento por su parte de extender sus dominios a cualquier porción de este hemisferio como una amenaza para nuestra paz y seguridad».

Estados Unidos dejó claros, desde la década de 1820, sus intereses en el futuro de Cuba, pero el tema no volvió a aparecer hasta veinte años después. La invasión estadounidense de México en la década de 1840 y la anexión de la mitad de su territorio en 1847 iban a despertar un entusiasmo sin precedentes por la expansión imperial. Gran Bretaña, ahora furiosamente comprometida en una campaña, no sólo contra la trata de esclavos, sino contra la propia esclavitud, pretendía por el contrario frustrar esa posibilidad en el Caribe, y Cuba era uno de sus principales objetivos.

La esclavitud en Cuba bajo acoso británico, 1817–1842

Durante gran parte del siglo XIX las autoridades cubanas –gobierno, comerciantes y plantadores– se mostraron reacios a abandonar el comercio de esclavos. La propia esclavitud era algo sacrosanto, convicción compartida por los plantadores de Estados Unidos y de Brasil. Los propietarios de esclavos estaban convencidos de que el alto nivel de vida cubano dependía de la trata y de que no se podría mantener sin el trabajo barato que realizaban los esclavos, reemplazados indefinidamente por los negreros del Atlántico. Cuba se convirtió en la colonia con mayor importación de esclavos de toda la historia del Imperio español, más de 780.000 entre 1790 y 1867. Desde la retirada británica de la trata a partir de 1807 era el principal centro en el Caribe de aquel «odioso comercio»[55].

[55] L. Bergad, *The Cuban Slave Market*, cit., p. 38.

A medida que avanzaba el siglo XIX, Cuba iba quedando progresivamente aislada en su defensa de la trata. Los británicos la abolieron en su imperio colonial en 1807 (sin liberar empero a los esclavos existentes) y se embarcaron en una cruzada para atajarla en todas partes. Estados Unidos abandonó el comercio de esclavos en 1808, mientras que el gobierno español, bajo la presión de Londres, decidió en 1817 abolir su propio comercio de esclavos con las colonias en 1820. Ahora había una firma española en un tratado, pero los españoles, aunque lo hubieran querido (que no querían), no estaban en condiciones de llevar a la práctica lo que se les pedía que hicieran. La armada española no controló eficazmente la larga costa cubana hasta por lo menos 1868, quedando los famosos guardacostas de siglos anteriores como un lejano recuerdo en la memoria. Los esclavos africanos seguían llegando a Cuba a una escala cada vez mayor, para desaliento e irritación de los moralizadores británicos.

El tratado anglo-español de Madrid 1817 creó un temprano ejemplo de un régimen de inspección internacional. Según sus cláusulas, la armada británica tenía derecho a registrar los barcos españoles sospechosos de transportar esclavos. Si se encontraban efectivamente a bordo se podían incautar, junto con el propio navío. Su destino era luego decidido por tribunales angloespañoles establecidos a ambos lados del Atlántico, en La Habana y en Freetown, la capital de la colonia británica de Sierra Leona.

Los esclavos liberados por la armada británica podían ser entregados, si los tribunales así lo decretaban, a las autoridades de cualquiera de esas dos ciudades. En Cuba, los esclavos liberados, conocidos como «emancipados», serían «preparados» para la libertad, proceso que podía durar hasta cinco años o, en muchos casos, para siempre. Entretanto recibirían supuestamente salarios e instrucción religiosa. Pocos de ellos fueron puestos efectivamente en libertad; de los 9.000 emancipados capturados en el mar entre 1824 y 1836, oficialmente registrados en Cuba en 1841, sólo el 2 por 100 había obtenido la libertad[56].

Los tratantes de esclavos podían eludir fácilmente el tratado de 1817 cambiando la bandera bajo la que navegaban, ya que la armada británica sólo tenía permiso para abordar los buques registrados en España. La mayoría de los negreros que comerciaban con La Habana en

[56] R. Paquette, *op. cit.*, p. 135.

la década de 1820 estaban registrados como portugueses. También era fácil para los importadores cubanos de esclavos sobornar a los funcionarios españoles para que cerraran los ojos. Se acusó a Tacón de haberse retirado en 1838 con 450.000 dólares de «recompensas» por la captura de esclavos huidos, gran parte de ellas tramitadas clandestinamente con el cónsul estadounidense en La Habana[57]. Las innumerables calas y ensenadas de Cuba daban la bienvenida a los tratantes de esclavos como en siglos pasados habían albergado a los piratas y bucaneros. Se estima que entre 1821 y 1836 llegaron a Cuba unos 11.000 esclavos al año (que no se deben confundir con los emancipados)[58].

La trata se mantuvo pues sin muchas restricciones. Los buques registrados en Estados Unidos, que tampoco estaban incluidos en los acuerdos de inspección, siguieron haciendo su ruta habitual a Cuba. El famoso motín a bordo de la goleta *Amistad* de Baltimore en 1839, en el que 53 esclavos se apoderaron del barco mientras navegaban a lo largo de la costa desde La Habana, atrajo la atención hacia ese vacío legal[59]. La trata llevada a cabo por buques registrados en Estados Unidos no se interrumpió hasta dos décadas más tarde, después de que el capitán Nathaniel Gordon del buque negrero *Erie* fuera públicamente ahorcado en Nueva York en febrero de 1862; fue el único norteamericano ejecutado por comerciar con esclavos. Acusado de transportar esclavos a Cuba, fue interceptado por un buque de la armada estadounidense frente a la costa africana de Cabinda en agosto de 1860, después de recoger un cargamento de 900 esclavos del río Congo[60].

Más amenazadora para la prosperidad de Cuba era la campaña internacional encabezada por los británicos para acabar con la propia esclavitud, abolida en los territorios británicos del Caribe en la década de 1830. A partir de esa fecha Cuba se vio sometida a presiones para que

---

[57] *Ibidem*, p. 135, y H. Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, Londres, ²2001, p. 124.

[58] D. Eltis, «The Nineteenth Century Transatlantic Slave Trade», *Hispanic American Historical Review* (febrero de 1987).

[59] Los esclavos deseaban trasladarse a África, pero la tripulación tenía una idea diferente y el buque atracó finalmente en Long Island. Los esclavos, detenidos por los guardacostas estadounidenses y sometidos a juicio, fueron finalmente puestos en libertad en 1841.

[60] H. Thomas, *The Slave Trade: The History of the Atlantic Slave Trade 1440-1870*, Londres, 1997, p. 774 [ed. cast.: *La trata de esclavos: historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, 1998].

hiciera lo propio. El bloqueo británico contra los negreros se reforzó en 1835, después de establecer acuerdos mutuos de inspección con otras potencias marítimas (no con Estados Unidos). Un nuevo tratado anglo-español, la Convención Clarendon, firmada ese año, permitió que fueran funcionarios británicos y no cubanos los que asumieran el control de los emancipados, y dio a Gran Bretaña el derecho a trasladarlos a las colonias británicas vecinas. El doctor Richard Madden, un ardiente abolicionista, fue enviado como cónsul británico a La Habana con el título de «superintendente de los africanos liberados». Una de sus tareas era investigar el destino de los emancipados mantenidos en la isla desde el tratado de 1817. Madden era un médico irlandés que había trabajado como magistrado en Jamaica, donde sus opiniones acusadamente antirracistas le granjearon la antipatía de los blancos locales cuando la esclavitud quedó abolida en 1834. Su reputación lo precedió en La Habana y Tacón escribió alarmado a Madrid describiéndolo como un hombre peligroso. «Viviendo en esta isla tendrá demasiadas oportunidades para difundir directa o indirectamente ideas sediciosas, sin que ni siquiera mi constante vigilancia lo pueda evitar»[61].

Madden estaba autorizado por el tratado a recibir a los emancipados que desembarcaran en La Habana y a enviarlos a los territorios británicos de Jamaica, Trinidad o Belice, en los que se había abolido la esclavitud. Cuando Tacón se negó a permitir el traslado, Madden contrató un buque británico, el *Romney*, para proporcionar cobijo a los esclavos. El *Romney* permaneció anclado en el puerto de La Haban, causando considerable preocupación en 1838 al sucesor de Tacón, Joaquín de Ezpeleta, ya que su tripulación estaba compuesta por negros del regimiento de las Indias Occidentales británicas. La proximidad de los negros libres británicos podía obviamente incitar a la rebelión a la población esclava de Cuba, como explicaba el nuevo capitán general a Madrid: «Sólo por sus palabras y uniformes [los soldados negros británicos] despertarán en los [cubanos] de su raza un fuerte deseo de libertad a cualquier precio aunque para alcanzarla tengan que arrostrar grandes peligros»[62].

---

[61] D. Murray, *Odious Commerce: Britain, Spain, and the Abolition of the Cuban Slave Trade*, Cambridge, 1980, p. 122.

[62] *Ibidem*, p. 125.

La firme posición británica, junto con la breve formación de un gobierno progresista en España y una franca declaración del papa Gregorio XVI, tuvieron cierto efecto sobre la actitud cubana. El papa promulgó en 1839 una bula en la que condenaba a los negreros por tratar a los esclavos «como si fueran animales impuros» y prohibía a los católicos participar en la trata. Quienes lo hicieran serían excomulgados[63]. Ezpeleta se negó a permitir que la bula fuera publicada en Cuba, pero el estado de opinión estaba empezando a cambiar. Gerónimo Valdés, capitán general entre 1841 y 1843 (y también veterano de la campaña del Perú en 1824), actuó vigorosamente contra la trata, cerró el mercado de esclavos de La Habana a nuevas importaciones[64] y en 1841 ordenó que más de un millar de emancipados fueran liberados[65]. Pero a pesar de esa aparente firmeza del gobierno, durante otros veinte años siguieron llegando esclavos a gran escala. Entre 1840 y 1860 pudieron llegar a Cuba hasta 200.000 nuevos esclavos[66].

Madden fue sustituido en 1840 por David Turnbull, otro ardiente luchador contra el comercio de esclavos; prototipo de los «periodistas por los derechos humanos» de una época posterior, había trabajado previamente como corresponsal para el *Times* de Londres en París y España y había publicado un influyente libro, *Travels in the West*, en el que describía un viaje por las plantaciones esclavistas de Cuba[67]. En 1840 afirmó ante la Convención Mundial contra la Esclavitud celebrada en Londres que la trata de esclavos era «el mayor mal en la práctica que había afectado nunca a la humanidad». El secretario de Asuntos Exteriores británico le había dado instrucciones para que tratara de convencer a las autoridades cubanas de que obedecieran los tratados de 1817 y 1835 e investigara las condiciones de vida de los emancipados.

Turnbull se reunió con muchos amigos de Saco, quien aunque ahora vivía en el exilio seguía ejerciendo una influencia considerable. Viajó por toda la isla para comprobar la suerte de los emancipados que trabajaban en plantaciones distantes. Cuando trató de lograr la libertad de uno de ellos, mantenido en la esclavitud durante dieciséis años, despertó la cólera del capitán general. Se le dijo que su intervención

[63] H. Thomas, *The Slave Trade*, cit., p. 665.
[64] L. Bergad, *The Cuban Slave Market*, cit., pp. 65-66.
[65] P. Howard, *op. cit.*, p. 86.
[66] H. Thomas, *The Slave Trade*, cit., p. 746.
[67] R. Paquette, *op. cit.*, p. 133.

podría tener «consecuencias muy serias sobre la administración política de los asuntos de la isla, porque daría a entender que estaba cualificado para escuchar quejas y ofrecer protección a la gente de color, apoyando sus pretensiones». El capitán general temía que «tal estado de cosas pudiera debilitar los lazos de subordinación y obediencia»[68].

También se encontró con muchos hombres libres de color, algunos de ellos líderes de sus comunidades que buscaban noticias sobre el desarrollo de los acontecimientos tras la abolición de la esclavitud en Jamaica. Aunque no formaba parte de su tarea alentar las conspiraciones de afrocubanos y blancos para poner fin a la esclavitud, ni promover la causa de la independencia, el capitán general sospechaba, con razón, de sus actividades[69], en las que colaboraba también Francis Ross Cocking, su ayudante en el consulado y corresponsal en La Habana del periódico de la Sociedad Antiesclavista Británica y Extranjera *The Anti-Slavery Reporter.* Cocking, que era contable de profesión, había llegado a La Habana en 1839 y trabajaba allí llevando las cuentas de un comerciante. Hablaba bien el español, ya que había vivido anteriormente diez años en Venezuela, donde había conocido a su mujer. Según su informe posterior, se unió en 1841 a un grupo de «cubanos ricos, instruidos e influyentes» para discutir sobre la independencia y el fin de la esclavitud[70]. Ese grupo, en el que participaban blancos y negros libres, elaboró un manifiesto en seis puntos, redactado por Pedro María Morilla, del que apareció un resumen en el *Anti-Slavery Reporter:*

1. Blancos y negros libres cooperarán para promover un movimiento independentista.
2. Se redactará una declaración de independencia para dar publicidad y justificación al movimiento.
3. Los esclavos que luchen por la independencia serán puestos en libertad y sus propietarios serán compensados después de la independencia.
4. Los esclavos que se lancen por su cuenta a la rebelión contra sus amos serán considerados culpables de traición.

---

[68] R. Paquette, *op. cit.*, p. 141. El capitán general era Pedro de Alcántara Téllez Girón y Pimentel, príncipe de Anglona.

[69] R. Sarracino, *Los que volvieron a África,* La Habana, 1988, pp. 99-100.

[70] R. Paquette, *op. cit.*, pp. 163-164.

5. Los planes para la libertad de los esclavos serán redactados de forma que garanticen la seguridad de sus propietarios.
6. Se enviará un delegado al gobierno británico para buscar ayuda en la creación de una nueva sociedad «para todas las clases y colores de hombres».

Turnbull fue declarado *persona non grata* por el capitán general antes de que se secara la tinta del manifiesto y se retiró a Jamaica, mientras que Cocking quedó a cargo del consulado durante unos meses[71], permaneciendo en La Habana hasta que llegó el sustituto de Turnbull en agosto de 1842. Sus actividades generaron en muchos cubanos la creencia de que los británicos podrían llegar a invadir la isla si proseguía la trata de esclavos[72]. En su informe de 1846 Cocking escribió:

> En aquel momento, si hubiera tenido bajo mi mando un bergantín con diez cañones, unos pocos miles de armas y un puñado de hombres para efectuar un desembarco con esas armas en el lugar que yo hubiera señalado, habría podido establecer la independencia de la isla y la consiguiente libertad de los esclavos, ya que había miles y decenas de miles de hombres dispuestos a acudir armados al lugar de desembarco[73].

El sustituto de Turnbull como cónsul, Joseph Crawford, fue nombrado por un nuevo gobierno británico menos preocupado por la campaña contra la esclavitud, que canceló el puesto de Cocking. Turnbull le animó desde Jamaica a unirse a él, ofreciéndole aparentemente un empleo en la nueva tarea de buscar trabajadores inmigrantes para sustituir a los esclavos de las plantaciones jamaicanas, entre otros la gente de color de Cuba. En realidad pretendía que Cocking le ayudara a fortalecer el embrionario movimiento rebelde cubano que había estado fomentando. Cocking regresó a Cuba en septiembre, visitando los puer-

[71] Turnbull regresó a Cuba desde las Bahamas en 1842 con varios negros británicos, esperando liberar a algunos bahamianos que creía que eran mantenidos como esclavos. Tras desembarcar cerca de Gibara, en la costa septentrional de la isla, fue detenido y acusado de tratar de organizar una rebelión. Muchos españoles exigieron su ejecución, pero fue deportado con la advertencia de que no debía volver a poner el pie en Cuba. H. Thomas, *The Slave Trade*, *cit.*, p. 668.

[72] R. Paquette, *op. cit.*, p. 159.

[73] *Ibidem*, p. 164.

tos meridionales de Santiago, Manzanillo, Trinidad y Cienfuegos para comprobar el estado de los preparativos revolucionarios.

Los ánimos estaban más caldeados allí que en La Habana, pero Cocking pudo comprobar que la mayoría de los blancos estaban todavía muy preocupados por el impacto que podría tener el fin de la esclavitud sobre la prosperidad de la isla. Descubrió que Estados Unidos, rival de Gran Bretaña en el Caribe, también había enviado agentes para promover la idea de la independencia cubana, pero sin dar la libertad a los esclavos; esa idea había ganado terreno entre algunos de los blancos con los que en otro tiempo había tenido tratos.

Los negros estaban de mejor ánimo y le satisfizo comprobar que algunos miembros de su viejo grupo de La Habana tenían «agentes trabajando por toda la isla». Habían «despertado un espíritu de rebelión que no era fácil evitar que estallara»[74]. Advirtiendo que un levantamiento negro estaría condenado al desastre sin el apoyo de parte de los blancos, hizo «todo lo que un hombre puede hacer» para persuadir a los negros de que un levantamiento «sin el apoyo de la riqueza y el poder de los nativos blancos» sería prematuro.

Cocking abandonó Cuba en mayo de 1843 y partió para Inglaterra, donde participó en Londres en la Segunda Convención Mundial contra la Esclavitud como experto cubano de la Sociedad Antiesclavista, antes de retirarse a Caracas para vivir con los parientes de su mujer. Fue allí donde escribió su informe sobre su participación en la conspiración cubana. Siempre han existido algunas dudas sobre la veracidad de ese informe, pero como señala Robert Paquette, los últimos despachos a Londres de Joseph Crawford «prueban más allá de toda duda que criollos y afrocubanos estaban estudiando planes para acabar con la dominación española y que Cocking estaba de algún modo implicado en ellos»[75]. Crawford le habló a Londres en agosto de 1842 de la existencia de «varias» conspiraciones revolucionarias en La Habana, «cuyos detalles eran conocidos desde hacía tiempo por Mr. Turnbull», y de su sospecha de que Cocking había estado «metido hasta el cuello en los planes revolucionarios de los criollos».

A principios de la década de 1840 había en marcha varias conspiraciones de cubanos blancos insatisfechos. Podían optar por la emanci-

[74] *Ibidem*, p. 167.
[75] *Ibidem*, p. 168.

pación y esperar la ayuda británica, o por mantener sus esclavos y unirse a los planes estadounidenses, como hicieron algunos de ellos diez años después con las expediciones desde Nueva Orleans de Narciso López. Pero antes de que esto pudiera suceder, la isla se vio sorprendida por una explosión negra y la subsiguiente y feroz represión.

Rebelión negra: la Conspiración de la Escalera, 1843-1844

En la madrugada de un día de marzo de 1843, mientras los vigilantes hacían el cambio de guardia en una fábrica de azúcar cerca de Cárdenas, los tambores comenzaron a marcar el ritmo de la rebelión. Los esclavos de la plantación de azúcar aneja al Ingenio Alcancía se lanzaron a una revuelta bien planeada, matando al ingeniero del molino y otros dos empleados y destruyendo muchos de sus edificios. A continuación se dirigieron a las haciendas próximas para reclutar a otros esclavos y conseguir el apoyo de los trabajadores de la línea férrea recién construida, marchando, según un informe de la época, «en orden militar, vestidos con su ropa de los días de fiesta, banderas al viento y escudos de cuero»[76].

Así dio comienzo una rebelión, la «Conspiración de la Escalera», en la que participaron tanto esclavos como «gente libre de color». Cocking aseguraba en su propio informe, escrito en Caracas en 1846, que la revuelta de Cárdenas fue obra de un «obstinado» cacique de color[77]. Aunque no hay pruebas de ninguna relación entre esta rebelión y las actividades subversivas del consulado británico, los viajes de Turnbull y Cocking por toda la isla sirvieron para alentar la creencia negra de que Gran Bretaña no se mantendría al margen.

Ésta fue la insurrección más importante entre la rebelión de Aponte en 1812 y el estallido de la Primera Guerra de la Independencia en 1868, y se recuerda más por la ferocidad con la que fue aplastada que por el propio levantamiento. La escalera que dio su nombre a la rebelión y la represión era una simple escala de madera a la que los detenidos eran atados y luego azotados o torturados[78]; no era sino uno de los

[76] Citado en *ibidem*, p. 177.

[77] *Ibidem*, p. 167.

[78] Ramón Gonzalez era uno de los ejecutores más sádicos de la escalera. «Ordenaba que sus víctimas fueran introducidas en una sala encalada, con las paredes mancha-

muchos castigos empleados en las haciendas azucareras para quebrar el ánimo de los esclavos potencialmente rebeldes.

En el Ingenio Alcancía las autoridades no se lo pensaron dos veces y llamaron inmediatamente a las tropas así como a los «rancheadores» –hombres con perros de caza– y monteros, o blancos pobres. Los rebeldes fueron empujados a los montes por encima de Jovellanos, provocando considerables daños en su huida. Cuatro blancos fueron asesinados y otros dos gravemente heridos, pero fueron los esclavos los que sufrieron más bajas en la represión subsiguiente. El gobernador de Matanzas escribió: «Han muerto a tiros muchos negros y muchos más han sido colgados por los habitantes blancos y los soldados»[79].

La rebelión se extendió por todo el oeste de Cuba como un incendio, afectando a lugares diferentes e inesperados. Los rumores de un levantamiento planeado para el día de Navidad recorrieron toda la isla. Una revuelta en la plantación de azúcar Triunvirato de Matanzas en noviembre fue encabezada (según la leyenda) por una esclava conocida como «La negra Carlota», que murió machete en mano. Más tarde, se dio su nombre a la «Operación Carlota», la intervención militar cubana en Angola un siglo después.

Leopoldo O'Donnell, capitán general desde 1843 hasta 1848, ordenó la detención de miles de negros en el núcleo azucarero en torno a Matanzas, tanto esclavos como libres. Su propósito, según declaró en febrero de 1844, era «devolver a los esclavos a su estado habitual de disciplina y servidumbre sin graves daños para los propietarios y, al mismo tiempo, castigar de forma severa y ejemplar a los jefes [de los esclavos] y a los blancos y personas de color libres que han sembrado esta semilla de revuelta e insubordinación»[80].

Desde enero hasta finales de marzo de 1844 O'Donnell y la Comisión Militar establecieron un régimen de terror sobre la población de

---

das de sangre y pequeños jirones de carne de los desdichados que los habían precedido [...] Allí tenían una escalera ensangrentada, a la que ataban a los acusados cabeza abajo y, ya fueran esclavos o libres, si no confesaban lo que deseaba el fiscal eran azotados hasta la muerte [...] Los azotaban con tiras de cuero que tenían al final un pequeño botón destructivo hecho de fino alambre [...] Disponían de certificados médicos en los que decía que habían muerto a causa de una diarrea». Citado en R. Paquette, *op. cit.*, p. 220.

[79] R. Paquette, *op. cit.*, p. 178.

[80] Citado en R. Paquette, *op. cit.*, p. 236. Los antepasados de O'Donnell procedían del condado de Donegal.

color en torno a Matanzas, un «intenso periodo de búsqueda, detenciones, tortura, confesiones, juicios y castigos»[81]. Richard Burleigh Kimball, un abogado de Nueva York que visitó Cuba en 1844, describía a los agentes de la Comisión Militar como «sórdidos, brutales y sanguinarios». Sus interrogatorios eran «acompañados por los castigos más violentos, a menudo infligidos de tal forma que más pronto o más tarde causaban la muerte»[82].

Otro visitante estadounidense, del doctor John Wurdemann, describía los «centros de tortura» establecidos en Matanzas y en Cárdenas, e informaba de que los acusados «eran sometidos al látigo para extraerles confesiones [...] En muchos casos se dieron un millar de latigazos a un solo negro; muchos de ellos murieron bajo esa tortura continuada y, más aún, como consecuencia de los espasmos y la gangrena de las heridas»[83]. Un corresponsal británico señalaba en agosto de 1844 que «aquí todo está aparentemente tranquilo, pero es la tranquilidad del terror»[84].

Todos los historiadores están de acuerdo en la amplitud e intensidad de la represión gubernamental, pero durante muchos años nadie pudo decidir si había existido realmente una conspiración para impulsar una rebelión. La Comisión Militar describió aquellos sucesos como la «Conspiración de la gente de color contra los blancos», pero la mayoría de los historiadores cubanos se han mostrado reacios a aceptar que las rebeliones fueran dirigidas por los negros contra los blancos. Las investigaciones más recientes sugieren que las autoridades españolas estaban probablemente en lo cierto y que en distintos puntos se estaban organizando varias conspiraciones, tanto de esclavos que pretendían la libertad como de hombres de color, que aspiraban a mejorar su situación, y algunos blancos titubeantes. Las actividades del consulado británico en La Habana contribuyeron seguramente a crear una atmósfera en la que tales rebeliones parecían prometer cierto éxito; pero no existió ninguna conspiración general que justificara la severidad de la represión gubernamental.

La Conspiración de la Escalera fue precisamente el tipo de rebelión cuya posibilidad había mantenido a la minúscula población blanca de

[81] R. Paquette, *op. cit.*, pp. 219-220.
[82] *Ibidem*, p. 220.
[83] *Ibidem*, p. 227.
[84] *Ibidem*, p. 232.

Cuba en un estado de permanente tensión durante más de medio siglo. Sus temores se habían visto aún más exacerbados por los resultados del censo de 1841, que mostraba que los esclavos superaban en número a los blancos por primera vez en la historia cubana. La población total de Cuba, de un poco más de un millón de habitantes, estaba formada por 418.000 blancos, 466.000 esclavos y 153.000 personas de color libres[85].

El doctor Wurdemann señaló los temores muy explícitos de los criollos cubanos en la época de la conspiración:

> Todos los horrores de las matanzas de Santo Domingo podrían repetirse aquí. Muchos de los blancos habrían sido despellejados y asados a la parrilla, y con la excepción de las mujeres jóvenes, reservadas para un destino peor, todos ellos, sin distinción de edad o de sexo, habrían sido masacrados[86].

Las autoridades españolas llevaban mucho tiempo preocupadas por la población negra libre de Cuba, una proporción considerablemente mayor que en otras islas del Caribe o en Estados Unidos (pero similar a la de Brasil). O'Donnell no se pudo librar de ellos como Vives deseaba, pero utilizó como excusa la Conspiración de la Escalera para expulsar a todos los negros libres que no habían nacido en Cuba. En marzo de 1844 se les dieron dos semanas para dejar la isla a todos los adultos varones en esa situación; según Pedro Deschamps Chapeaux, desde entonces hasta junio de 1845,

> más de 739 personas de color libres huyeron; 426 de ellas a México; 92 a África, 40 a Estados Unidos y el resto a Jamaica, Brasil y Europa. La vigilancia de los agentes españoles se extendió a México y otros lugares para evitar su regreso a Cuba. Finalmente, una orden real prohibió a cualquier persona libre de color, o emancipada, la entrada en Cuba[87].

La ferocidad de O'Donnell fue muy apreciada por la elite blanca de Cuba. Cuando acabó y algunos comenzaron a cuestionarse su acierto,

---

[85] T. Chaffin, *op. cit.*, p. 33.
[86] J. G. F. Wurdemann, *Notes from Cuba*, Boston, 1844.
[87] Citado en R. Paquette, *op. cit.*, p. 228.

varios comerciantes y barones del azúcar se reunieron en la Junta de Fomento para enviar a la reina Isabel II en Madrid un mensaje de apoyo a su capitán general. Los esclavos del campo, decía, habían respondido a la agitación de «los libres y emancipados de las ciudades» que habían planeado «un vasto y horrible levantamiento». Su conspiración tenía ramificaciones en «países extranjeros» y había «contado con auxilios exteriores de su mismo color». Las «vidas y fortunas» de los habitantes de Cuba no se habrían salvado de no haber «inspirado el dedo de la Providencia [...] a Su Majestad el feliz pensamiento de poner el mando de esta isla en las manos expertas y diligentes del distinguido individuo que la gobierna»[88].

El drama de principios de la década de 1840 reveló una importante verdad sobre la opinión pública cubana. Se podía movilizar a los blancos por la independencia y a los negros para poner fin a la esclavitud, pero no parecía posible verlos trabajar juntos. Los blancos temían el fin de la esclavitud y a los negros no les preocupaba la independencia. Los negros atendían a los británicos, que habían liberado a los esclavos de la vecina Jamaica en 1824; los blancos miraban ahora en dirección opuesta, hacia Estados Unidos, cuyos propietarios de esclavos seguían dominando en el sur.

Narciso López y la amenaza de la anexión estadounidense, 1850-1851

Los espantosos acontecimientos de 1843-1844, que aterrorizaron a la población negra y alarmaron a los siempre timoratos blancos, provocaron una intensificación de las demandas de que el control de la isla pasara a manos de Estados Unidos. Los sentimientos en favor de la anexión se reforzaron en los sectores pudientes de la sociedad durante la década de 1840 y siguieron siendo un elemento importante de la política cubana durante las siguientes. Un influyente defensor de esa opción fue Cristóbal Madán, un rico plantador cubano exiliado en Nueva York. Era cuñado de John O'Sullivan, el periodista que acuñó en 1845, para justificar la expansión estadounidense, la expresión «destino manifiesto» *[Manifest Destiny]* que acabó teniendo tanto éxito

[88] Citado en R. Paquette, *op. cit.*, p. 231.

como eslogan político. El destino de Estados Unidos, escribía O'Sullivan, era «extenderse por todo el continente otorgado por la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de almas, que se multiplican anualmente». No se mencionaba explícitamente a Cuba, pero para muchos políticos y militares estadounidenses inspirados por el «destino manifiesto» era la siguiente territorio en la lista, después de Luisiana, Florida y el antiguo territorio mexicano de Texas. Los políticos pensaban comprarle la isla a España y los militares soñaban con una expedición «filibustera» que reprodujera la exitosa conquista de gran parte de México.

Tanto O'Sullivan como Madán defendían la anexión de Cuba a Estados Unidos y argumentaban que la creciente relación comercial entre la isla y el continente debía tener como complemento un vínculo político. Estados Unidos se había convertido en el mayor socio comercial de Cuba a mediados de siglo; compraba la mayor parte del azúcar producido en la isla y le suministraba bienes manufacturados. España y Gran Bretaña quedaban muy lejos. Los barcos estadounidenses llegaban a La Habana desde todos los puertos de la costa este –desde Boston a Nueva York y desde Filadelfia hasta Nueva Orleans–, para surtir a los cubanos de todos los artículos propios de la vida moderna: «embalajes, duelas, baúles, toneles, flejes, clavos, pez, textiles, pescado salado, grano, tocino, harina y arroz»[89]. Los barcos regresaban a los puertos estadounidenses cargados de azúcar, cacao, tabaco y café. Anthony Trollope, un novelista británico que hizo una gira por el Caribe en 1859, pormenorizaba cómo iba cayendo el comercio cubano en manos estadounidenses, apreciando que La Habana parecía ya casi «tan estadounidense como Nueva Orleans»[90].

El incremento del comercio iba a la par con el asentamiento de colonos. La presencia de colonos estadounidenses al este de La Habana había sido ya señalada por Richard Madden en la década de 1830. Escribió que «algunos distritos de la costa norte de la isla, especialmente cerca de Cárdenas y de Matanzas, tienen un aspecto más estadounidense que español»[91]. Richard Davey, que visitó la isla en 1898, observó que «durante los últimos setenta años» el país había sido invadido por

[89] L. Pérez, *Cuba and the United States,* cit., p. 13.
[90] A. Trollope, *The West Indies and the Spanish Main,* Londres, 1862.
[91] Citado en L. Pérez, *Cuba and the United States,* cit., p. 20.

los estadounidenses, que habían introducido en él «todo tipo de protestantismos», incluidas las variantes episcopaliana y cuáquera[92].

Los propios cubanos se interesaban más por Estados Unidos que por Europa, como ejemplifica el destino final de un exiliado como Madán. Mientras que antes los exiliados solían optar por Madrid o París, ahora una proporción cada vez mayor acababa estableciéndose en ciudades estadounidenses. En ese nuevo ambiente la anexión de Cuba se convirtió en un tema de discusión natural, tanto en La Habana como en Washington, estorbado únicamente por la conjetura de que pudiera provocar una guerra con Gran Bretaña, que todavía era la principal potencia en el Caribe.

Pero desde mediados de siglo el equilibrio de poder iba cambiando. Estados Unidos ejercía una influencia comercial y política cada vez mayor y menos condicionada por el temor a la intervención europea[93]. Sucesivos gobiernos estadounidenses hicieron al español ofertas de comprarle Cuba, aunque todas ellas fueron invariablemente rechazadas por Madrid. El presidente James Polk ofreció 100 millones de dólares en 1848 y el presidente Franklin Pierce aumentó la oferta a 130 millones en 1854. Sus embajadores en Europa compartían la opinión de que si España se negaba a vender, «entonces, según todas las leyes humanas y divinas, estaremos justificados para arrebatársela si poseemos capacidad para hacerlo»[94].

El gobierno estadounidense, muy dispuesto a llevar adelante la compra, consideraba más problemática la acción militar; pero aunque no le apetecía meterse en una guerra, las aventuras autónomas eran otra cuestión. Los defensores de la anexión, tanto cubanos como estadounidenses, pronto tomaron el asunto en sus manos, organizando expediciones «filibusteras» a la costa de Cuba. Esos desembarcos a pequeña escala, en los que participaban unos pocos cientos de aventureros estadounidenses, pretendían vincularse con lo que esperaban que sería la resistencia cubana en la isla. Entre esos aventureros destacó Narciso López, un antiguo oficial español que dirigió dos expediciones a Cuba. La primera desembarcó en Cárdenas en 1849 y la segunda en la playa de El Morrillo, al este de La Habana, en 1851.

---

[92] *Ibidem*, p. 25.

[93] L. Martínez-Fernández, *Torn Between Empires*, cit., p. 2.

[94] Citado en L. Pérez, *Cuba and the United States*, cit., p. 44.

López, nacido en Venezuela en 1797, combatió en las guerras de la independencia en el bando español. Tras cuatro años en Cuba se retiró a España en 1827, donde combatió en la Primera Guerra carlista, siendo ascendido a brigadier en 1836. En 1839 fue nombrado gobernador de Valencia y en 1840 regresó a Cuba con el nuevo capitán general, Gerónimo Valdés, quien le confió la tenencia de Matanzas y Trinidad y la presidencia de la Comisión Militar. Contrajo matrimonio con la hija de un gran terrateniente cubano, lo que lo convirtió en cuñado del reformador educado en Estados Unidos Francisco de Frías (conde de Pozos Dulces) y lo puso en relación con otras ricas familias cubanas partidarias de la anexión[95].

Tras el nombramiento como capitán general de O'Donnell, quien lo destituyó en 1843 de sus cargos, López se distanció de las autoridades españolas y se inclinó por la idea de la independencia cubana, asegurando que se inspiraba en la conspiración de los Soles y Rayos de su juventud al pretender reproducir el plan de Bolívar para liberar la isla. Su primera expedición, que partió de Nueva Orleans en mayo de 1850, conquistó por unas horas la ciudad de Cárdenas, pero cuando sus compañeros oyeron rumores de que se acercaba un ejército español se retiraron rápidamente al barco del que habían desembarcado.

Una segunda expedición, que desembarcó en la playa de El Morrillo en 1851, también terminó en un desastre y López fue capturado. El 1 de septiembre fue ejecutado en la plaza junto a la fortaleza de la Punta, a la entrada del puerto de La Habana, mediante garrote vil, el método de estrangulamiento vigente en el Estado español para los civiles. A la gran multitud que se reunió para observar el acontecimiento, le dijo: «No era mi deseo dañar a nadie; mi único objetivo era vuestra libertad y felicidad»[96].

El fin de la esclavitud en Estados Unidos en 1863 y los cambios políticos en España desataron un viento reformista sobre Cuba animado por dos militares relativamente progresistas que la gobernaron desde 1859 hasta 1866: Francisco Serrano y Domingo Dulce. Serrano concedió cierto espacio político a la elite criolla, autorizando el flore-

---

[95] Después de la muerte de López su viuda, Dolores Frías y Jacott, de la que se había separado hacía tiempo, se casó con José Antonio Saco, quien se había opuesto a las expediciones de López.

[96] Citado en T. Chaffin, *op. cit.*, p. 216.

cimiento de revistas y sociedades culturales y permitiendo cierto grado de debate político. En ese periodo se creó el Casino Español, un club e institución recreativa donde se reunían burócratas del Estado, militares y ricos plantadores[97]. Los clubes criollos que surgieron a su imagen y semejanza en las ciudades de toda la isla fueron muy influyentes hasta final de siglo, proporcionando una sólida base organizativa a quienes defendían el vínculo con España.

Bajo la continua presión de los abolicionistas británicos y ahora de Estados Unidos, España acordó finalmente suprimir la trata de esclavos en 1867, promesa que llevaba haciendo desde medio siglo antes. El temor a que esa medida animara las ambiciones de la población negra hizo que se viera acompañada por la intensificación de la segregación racial. Se instruyó a los gobernadores locales para que «reforzaran los lazos de obediencia y respeto que la raza de color debe a la raza blanca, ya que la emancipación de los esclavos en Estados Unidos podría provocar la difusión de noticias y doctrinas que incitaran a esa raza a hacerse ingobernable»[98]. Pero los blancos comenzaban ahora a respirar aliviados. Un censo realizado en 1860-1861 indicaba que la isla contaba ahora, por primera vez, con una mayoría blanca. El aumento de la inmigración blanca durante la década de 1850 había ampliado silenciosamente su presencia en la isla y los blancos eran ya 716.000 frente a 643.000 negros.

La principal preocupación de los plantadores, ahora que había finalizado la trata de esclavos, era la búsqueda de nuevas fuentes de mano de obra. Miraron primero hacia el Yucatán, siguiendo las huellas de los primeros colonizadores españoles durante el siglo XVI. Miles de yucatecas, la mayoría de ellos puros indios mayas, fueron llevados a Cuba entre 1848 y 1861 para trabajar bajo contrato en las haciendas azucareras[99]. Luego miraron a China y el «comercio de culis» llevó a la isla a unos 130.000 trabajadores chinos entre 1853 y 1874. Alrededor de 95.000 provenían del continente chino, siendo cargados en buques en la colonia portuguesa de Macao[100]. Otros provenían de diversos lugares se Asia, como la colonia española de las Filipinas, la colonia bri-

---

[97] J. Casanovas, *op. cit.*, pp. 72-73.

[98] Citado en J. Casanovas, *op. cit.*, p. 79.

[99] J. Rodríguez Piña, *Guerra de Castas: la venta de indios mayas a Cuba, 1846-1861*, Ciudad de México, 1990.

[100] H. Blutstein, *Area Handbook for Cuba*, Washington, 1971, p. 80, y F. W. Knight, *op. cit.*, p. 119.

tánica de Hong Kong o la colonia francesa de Indochina[101]. Viajaban en condiciones espantosas, similares a las sufridas por los esclavos africanos, y muchos de ellos morían durante el viaje. Las viejas empresas negreras se ocupaban de su transporte y de sus contratos de trabajo. A finales de siglo XIX vivían en Cuba alrededor de 14.823 chinos, esto es, el 1 por 100 de la población[102]. El Imperio chino canceló el tráfico de «culis» en 1873, dejando de nuevo a los hacendados cubanos sin mano de obra barata[103].

Los «culis» trabajaban en las plantaciones de caña, en los ingenios azucareros y en la construcción de vías ferroviarias que conectaban esos ingenios con los puertos. Muchos permanecieron en Cuba después de que su contrato hubiera finalizado y se asentaron en las ciudades, trabajando como sirvientes domésticos, en el comercio o abriendo restaurantes y lavanderías. Todos ellos habían llegado solteros, sin mujeres, y muchos se casaron pronto con cubanas, tanto blancas como negras.

Los inmigrantes chinos se integraron también por otras vías en la sociedad cubana. Cuando en 1868 se alzó el Grito de Yara por la independencia cubana, muchos de ellos se unieron a la lucha, haciendo causa común con los rebeldes negros más que con los ricos criollos blancos que habían tratado de utilizarlos como alternativa a la mano de obra esclava[104]. Junto con otros miembros de las clases más bajas y despreciadas, se arrojaron a la caldera en la que se fundió la nación cubana durante los treinta años de rebelión y guerra civil que iba a vivir la isla.

---

[101] Lord Elgin, antiguo gobernador de Jamaica enviado a China en 1857 como «plenipotenciario especial» británico, explicaba que la ciudad de Swatow estaba dominada por los agentes de dos grandes comerciantes de opio, Dent y Jardine, quienes también «hacían grandes negocios con el tráfico de culis, que consistía en secuestrarlos, introducirlos en barcos en los que se reproducían todos los horrores de la trata de esclavos y enviarlos con engañosas promesas a lugares como Cuba». Véase F. Wood, *No Dogs and Not Many Chinese,* Londres, 2000, p. 85.

[102] H. Blutstein, *op. cit.*, p. 80.

[103] La inmigración china fue prohibida por la administración estadounidense en Cuba en 1902, pero siguieron llegando ilegalmente a miles siempre que subía el precio del azúcar, especialmente durante el *boom* del azúcar provocado por la Primera Guerra Mundial.

[104] J. Jiménez Pastrana, *Los chinos en la lucha por la liberación cubana, 1847-1930,* La Habana, 1963, pp. 71-75, citado en H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 256.

3
Guerras de independencia y ocupación, 1868-1902

El Grito de Yara y el estallido de la Guerra de los Diez Años, 1868

La deliciosa y próspera ciudad de Bayamo se encuentra a la sombra de Sierra Maestra, a la entrada de la provincia de Oriente. Se trata de una ciudad colonial de casas de un solo piso y calles perpendiculares, que se curvan un tanto junto a la garganta del río con el mismo nombre. Tiene como centro una frondosa plaza donde los niños juegan al atardecer montando en carritos de colores chillones tirados por cabras, y desde la que preside los acontecimientos municipales una gran estatua de bronce de Carlos Manuel de Céspedes, abogado y terrateniente local que se apoderó de la ciudad en octubre de 1868 en nombre de un movimiento que reivindicaba la independencia de Cuba de España. Anunció que la ciudad se convertía en capital provisional de la isla y él mismo en «capitán general» de la Cuba independiente, con la misma autoridad legal que un gobernador colonial. Esas declaraciones fueron más tarde recordadas por sus rivales en el movimiento independentista como prueba de que albergaba ambiciones dictatoriales, lo que probablemente era cierto.

A primeros de aquel mismo mes Céspedes había reunido a sus amigos y esclavos en su pequeña propiedad de La Demajagua, cerca de Manzanillo, para dar a conocer una declaración formal del movimiento independentista, acontecimiento que se recordaría más tarde como «El Grito de Yara», evocando los lanzados por otros movimientos independentistas en Latinoamérica medio siglo antes; Yara era el nombre de un pueblecito cercano donde las fuerzas independentistas fueron dispersadas por una columna española procedente de Bayamo. Céspedes, a quien más tarde se conocería como «padre de la patria», tenía entonces 49 años y había adquirido cierta experiencia revolucionaria durante sus viajes por Europa.

En noviembre, la rebelión se extendió hacia el oeste, teniendo como principales organizadores en Puerto Príncipe (Camagüey) a Salvador Cisneros Betancourt e Ignacio Agramonte, ambos familiares de ricos plantadores. Se les unió un soldado experimentado, Manuel de Quesada, que había combatido en la guerra mejicano-estadounidense. Las autoridades españolas de Cuba se veían así ante una guerra que pretendía romper las cadenas de la administración colonial. Fue un prolongado conflicto que acumuló un horror sobre otro durante diez años, sin que los independentistas que lo habían iniciado alcanzaran sus objetivos.

Desde la insurrección de los esclavos en Saint-Domingue en 1791, España había aplastado toda oposición a su largo dominio en Cuba. La ley marcial mantenía a los esclavos en sus barracones, una feroz represión diezmaba a los negros libres y la amenaza del exilio pendía sobre los disidentes blancos de clase media o alta. La posibilidad de que la mayoría negra gobernara la isla si ésta se independizaba, junto a las ventajas de una prosperidad sin precedentes creada por la industria del azúcar, hizo que la mayoría de los colonos blancos apoyaran firmemente a la madre patria española. Sólo en los márgenes intelectuales de la sociedad (y también, claro está, en el exilio) se discutía la posibilidad de una Cuba liberada del yugo español, aunque se planteara normalmente en el contexto de una eventual unión con Estados Unidos.

Repentinamente, en 1868, unos pocos hombres decididos se apoderaron de Bayamo y Camagüey y enarbolaron la bandera de la rebelión. Lo hicieron en un momento en que en la propia España se respiraba la amenaza de la guerra civil tras el fallecimiento del jefe del gobierno Narváez y el destronamiento de Isabel II. Pero a pesar de sus propios conflictos, España nunca aflojó la garra imperial sobre su preciada isla del Caribe. Sucesivos capitanes generales dirigieron la guerra en Cuba con singular ferocidad. La primera fase duró diez años, pero el conflicto en sentido amplio se mantuvo, con altas y bajas, durante treinta, hasta que la intervención estadounidense obligó finalmente a los españoles a retirarse de la isla en 1898. En opinión de algunos, esa lucha se prolongó durante noventa años, hasta la revolución de 1959.

La Guerra de los Diez Años fue a la vez una guerra civil y una guerra de razas. Por un lado había un puñado de resueltos terratenientes blancos, junto a los que se situaban sus esclavos y los negros libres. Por el otro estaba el ejército español junto con grupos de colonos racistas,

muchos de ellos recién inmigrados desde España, cuyos hijos se agrupaban en los escuadrones de la muerte de los llamados voluntarios. La tradición de resistencia violenta frente a la autoridad establecida que arraigó durante la Guerra de la Independencia iba a reafirmarse una y otra vez durante las décadas subsiguientes, reapareciendo de una forma u otra en 1878, 1879, 1895, 1906, 1912, 1933 y 1956.

El momento elegido por Céspedes parecía propicio, ya que la integridad de la propia España estaba amenazada. En Madrid había estallado el mes antes de la revolución cubana la Gloriosa Revolución que el 18 de septiembre de 1868 envió al exilio a la reina Isabel II. A raíz de varias derrotas humillantes en América durante la década de 1860, dos importantes generales –Juan Prim y Francisco Serrano, antiguo capitán general en Cuba– organizaron un levantamiento para derrocar el largo e inmovilista régimen liberal-conservador presidido, directamente o desde bastidores, por Leopoldo O'Donnell. El efecto de aquel levantamiento metropolitano en Cuba no fue muy distinto al de la Revolución francesa de 1789 en Saint-Domingue. Ambas revoluciones debilitaron los lazos entre la metrópoli y la colonia y provocaron incertidumbres sobre los motivos y planes de las nuevas autoridades revolucionarias. En ambos casos la revolución en la metrópoli provocó la rebelión en la colonia.

España llevaba bastante tiempo al borde de una catástrofe interna, ya que una serie de desastres externos la habían dejado sin dirigentes y exhausta. Las fuerzas españolas fueron derrotadas en Santo Domingo en 1865 y, al año siguiente, la escuadra mandada por Méndez Núñez fue desarbolada por las defensas peruanas del puerto de El Callao en la Primera Guerra del Pacífico[1]. Los cubanos que vieron lo destrozados que regresaban a Santiago los buques españoles quedaron sobrecogidos por la impresión de que España era una potencia débil y atrofiada, que había perdido su lustre imperial. Los decepcionantes resultados del ejército de Napoleón III en México en 1867 (y la subsiguiente ejecución de Maximiliano I) acrecentaron la impresión de que las decadentes potencias europeas no eran capaces de controlar o influir sobre los acontecimientos en las Américas. En octubre de 1865 estalló en la Jamaica británica la re-

[1] El 2 de mayo de 1866 el coronel Mariano Ignacio Prado defendió con éxito el puerto peruano de El Callao frente a la flota española, tras una corta guerra provocada por el maltrato en Perú a un grupo de inmigrantes vascos.

belión de Morant Bay. En septiembre de 1868 se produjo en Puerto Rico un levantamiento independentista (el Grito de Lares). Rara vez se había encontrado el Imperio español en una situación tan dramática.

La derrota española en Santo Domingo fue de particular importancia para Cuba, ya que muchos dominicanos con experiencia militar se trasladaron a la isla vecina. Entre ellos estaba Máximo Gómez, el más cabal general rebelde de las guerras de la independencia. Varios cientos de antiguos soldados, muchos de ellos negros, buscaron trabajo en el oriente cubano, y algunos siguieron el llamamiento de Céspedes en 1868. Éstos fueron los primeros *mambíes* o *mambises,* denominación peyorativa que dieron las tropas españolas a los rebeldes negros en Santo Domingo a partir de la voz bantú *mbi,* pretendiendo sugerir que todos ellos eran bandidos y criminales. La palabra *mambí* fue utilizada de nuevo por los españoles, con el mismo fin, en la Guerra de Cuba, en la que pronto ganó aceptación y fue asumida por los propios negros como timbre de honor[2].

La insurrección de Céspedes en octubre de 1868 no cayó del cielo. El terreno de las ideas había sido bien roturado y sembrado. En todo el país, y en particular en Oriente, se habían desarrollado durante varios años movimientos políticos y conspiraciones masónicas hostiles a la metrópoli. Los terratenientes cubanos estaban desacostumbradamente inquietos, molestos por los impuestos que se veían obligados a pagar a los españoles. Las subvenciones derivadas de la plata mexicana, que habían propiciado el desarrollo económico cubano durante el siglo XVIII, habían desaparecido hacía tiempo. El azúcar cubano había sustituido a la plata mexicana como gallina de los huevos de oro con los que el Estado español esperaba financiar el mantenimiento de los últimos restos de su imperio. Los contribuyentes cubanos pagaron las expediciones españolas a México en 1862 y a Santo Domingo entre 1863 y 1865, así como la guerra naval contra Perú y Chile en 1866 y toda una serie de campañas militares en el norte de África. Añádase a todo esto que los cubanos tenían que pagar los salarios del cuerpo diplomático español en Latinoamérica[3].

---

[2] Introducción de Fernando Ortiz al libro de J. O'Kelly, *La Tierra del Mambí,* La Habana, 1930, citado en A. Elorza, *La Guerra de Cuba, 1895-1898,* Madrid, 1998, p. 477.

[3] L. Aguilar, «Cuba, *ca.* 1860-1930», en L. Bethel (ed.), *Cuba: A Short History,* Cambridge, 1993.

El gobierno de la Unión Liberal en Madrid, humillado por las derrotas en las guerras coloniales, se vino abajo en 1867 para ser sustituido por otro más conservador presidido por Ramón María Narváez. La ola de la reacción llegó pronto a Cuba, dando lugar a que se reafirmara la ley marcial, se silenciara a la prensa y se prohibieran todo tipo de asambleas políticas. Muchos cubanos, al ver agotadas las opciones reformistas, parecían dispuestos a rebelarse. Cuando los españoles se sacudieron su gobierno reaccionario y proclamaron su propia revolución en septiembre de 1868, aquello debió de parecer un momento venturoso e irrepetible para los que deseaban la independencia.

Las tropas de Céspedes conquistaron Bayamo y obtuvieron la rendición de la guarnición española diez días después del Grito de Yara, el 20 de octubre. Uno de los lugartenientes de Céspedes, Pedro Figueredo, escribió los triunfantes versos que se convirtieron en himno nacional de Cuba:

> Al combate corred bayameses
> que la patria os contempla orgullosa,
> no temáis una muerte gloriosa
> que morir por la patria es vivir.

Los liberales radicales, que habían promovido durante largo tiempo la causa de la independencia, ahora recurrieron a la violencia para obtener sus fines políticos. «Morir por la patria» se convirtió en una tradición que perturbó el país durante casi un siglo. Los rebeldes entendían lo que estaban haciendo, aunque no se hacían una idea muy precisa de lo profundas que eran las diferencias en sus propias filas. Quizá tampoco preveían que su lucha iba a durar tanto tiempo, ni que sería tan feroz y despiadada. España estaba dispuesta a pagar cualquier precio para mantener su dominio sobre Cuba.

El general Lersundi y los voluntarios se apoderan de La Habana, 1868-1869

El general Francisco Lersundi, capitán general de Cuba en el momento de la rebelión de Céspedes, era una figura conservadora y ferozmente procolonial que organizó una respuesta inmediata contra los

rebeldes. Nombrado tras el giro conservador en España en 1867, era tan hostil a la revolución en Madrid como a la rebelión en Cuba y estaba muy dispuesto a hacer frente por su cuenta a los rebeldes. «La isla de Cuba es de España, mande quien mande en la Península –declaró en un famoso telegrama enviado a Madrid– y para España es preciso defenderla y conservarla, cueste lo que cueste».

La primera decisión de Lersundi fue tan atrevida como la de Céspedes. Se declaró independiente del nuevo régimen establecido en Madrid y se negó a reconocerlo. Tras recibir un telegrama de Isabel II desde su exilio en París pidiéndole que no obedeciera al gobierno de Madrid, Lersundi celebró aquel mismo mes de octubre el cumpleaños de la antigua reina con la recepción tradicional en su honor. Temiendo que el nuevo gobierno tratara de negociar con los rebeldes y apreciando que el dominio español en el Caribe se hallaba bajo una auténtica amenaza, envió a su lugarteniente, el general Blas de Villate, conde de Balmaseda, a recuperar Bayamo por la fuerza.

Si algunos liberales cubanos esperaban que la revolución en España impulsara un programa colonial reformista, Lersundi no era su hombre. Cuando un grupo de importantes plantadores reformistas de la zona azucarera de Matanzas, entre ellos Julián Zulueta y Miguel Aldama, le pidieron una reunión, esperando evitar una guerra que les perjudicaría, Lersundi los despachó con desprecio; la reforma estaba fuera de su agenda. Zulueta siguió leal a España y permaneció en Cuba para defender sus plantaciones, pero Aldama huyó con su familia a Nueva York y se convirtió en portavoz de los rebeldes. Sus muchos ingenios azucareros fueron confiscados por el Estado[4].

Durante los primeros meses de guerra Lersundi se aprestó a hacer frente a la amenaza rebelde. Es la isla sólo había 22.000 soldados españoles regulares y muchos de ellos estaban continuamente de permiso, dedicándose a trabajos propios para compensar su escasa paga[5]. Antonio Gallenga, corresponsal de *The Times,* señaló que Lersundi no podía confiar en sus tropas españolas, ya que la mayoría de los soldados estaban «consumidos y devorados por varias enfermedades inherentes al clima»[6]. El gobierno español, abrumado por la revolución, tampoco

[4] L. Bergad, *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century,* Princeton, 1990, p. 187.
[5] J. Casanovas, *op. cit.*, pp. 97-106.
[6] A. Gallenga, *The Pearl of the Antilles,* Londres, 1873, p. 20.

estaba en condiciones de enviar refuerzos; necesitaba las tropas para hacer frente a las amenazas a las que estaba sometido por parte de sus propios enemigos en el país[7].

Durante el otoño de 1868 Lersundi se dedicó a reunir fuerzas locales para enfrentarse tanto a Madrid como a Céspedes, descubriendo que podía contar con abundantes voluntarios. La mayoría de los colonos blancos de la isla apoyaban la causa española. Los inmigrantes recientes y sus hijos, los llamados peninsulares, estaban deseosos de combatir para reafirmar la soberanía española en una Cuba que entendían como parte integral de la España metropolitana[8]. Muchos de ellos sucumbieron al sentimiento racista prevaleciente, fomentado por la elite de la isla, compartiendo el temor generalizado de que la independencia convirtiera a Cuba en «otro Haití», una dictadura gobernada por los negros. Hasta la autonomía y el libre comercio, pilares del programa de los reformistas de Aldama, eran considerados una amenaza para su situación privilegiada como españoles.

Los peninsulares compartían las características típicas de los colonos europeos exhibidas en otros lugares y otros momentos. Como los colonos franceses en Argelia y los británicos en el sur de África, combinaban una firme lealtad a su patria de origen con una profunda hostilidad a la población negra nativa con la que se veían obligados a coexistir. Gallenga describió a «las clases bajas» de inmigrantes peninsulares como «intolerantes y llenas de prejuicios reaccionarios»[9].

Lersundi movilizó a esa base racista blanca en La Habana y la utilizó para reformar y rearmar a la vieja milicia de voluntarios. Ésta, organizada desde hacía siglos, se había estructurado más formalmente como rama auxiliar de las fuerzas armadas en 1825, cuando se puso en vigor la ley marcial permanente por orden de la Comisión Militar Ejecutiva. Resucitada durante los disturbios de la década de 1840 y reformada en 1855, cobró gran relevancia desde 1868 y durante toda la Guerra de los Diez Años. Lersundi la financiaba con dinero recaudado

---

[7] El gobierno español se vio finalmente obligado a enviar a Cuba más soldados, que totalizaron alrededor de un cuarto de millón entre 1868 y 1880. En mayo de 1878, después de diez años de guerra, el gobierno reveló que habían muerto más de 100.000 soldados y la cifra final debió de ser más elevada.

[8] R. Carr, *Spain, 1808-1975,* Oxford, [2]1982, p. 308 [ed. Cast.: *España ,1808-1975,* Barcelona, [10]2003].

[9] A. Gallenga, *op. cit.,* p. 41.

a los comerciantes, terratenientes y negreros españoles, el poderoso grupo que dominaba desde hacía mucho las instituciones de la isla. Los voluntarios se extendieron pronto a las ciudades de todo el país, pasando de 10.000 a 35.000 hombres. Gallenga estimaba que eran alrededor de 11.000 en La Habana y quizá 60.000 en el resto de la isla. Como él mismo escribió, imponían por su cuenta la ley y el orden. «Se convirtieron en los únicos amos, si no del país, sí al menos de sus principales ciudades y especialmente de La Habana. Se reorganizaron y armaron según su propio criterio»[10].

Gallenga señaló que se utilizaban tanto para ejercer la represión interna como para combatir a los rebeldes. Conocidos disidentes antiespañoles de Santiago y La Habana fueron detenidos y ejecutados sin juicio:

> Su objetivo no es ir a combatir a los insurgentes en los distritos rebeldes –tarea que dejan a las tropas regulares– sino aterrorizar a los simpatizantes y seguidores del partido rebelde, localizar a sus cómplices y cumplir las tareas de una fuerza de policía, patrullando las ciudades. Estos batallones y el consejo de sus coroneles, junto con el Casino Español –institución de La Habana que se ha copiado en las principales ciudades– constituyen un Estado dentro del Estado.

Gallenga comparó más tarde la situación en La Habana con la de París durante la Comuna.

El general Serrano, presidente del gobierno provisional de Madrid, era consciente de las actividades de Lersundi y ordenó su destitución, nombrando en su lugar al benévolo general Domingo Dulce Guerrero Garay y Sáez, marqués de Castell Florit. Dulce había sido ya antes gobernador de Cuba, de 1862 a 1866, y fue enviado con un mandato para ofrecer una amnistía a los rebeldes y asumir la causa de la reforma, precisamente lo que temía Lersundi. Éste se retiró a su pesar de la isla a finales de 1868, con calurosas palabras de alabanza para los voluntarios, que permanecieron tras su partida como defensores armados de la idea «rendición, jamás» e iban a dictar el futuro de la isla durante los años siguientes frustrando la sustitución de Lersundi.

---

[10] *Ibidem*, p. 17.

Dulce llegó a La Habana en enero de 1869 como representante del autodenominado gobierno revolucionario de Madrid, llevando bajo el brazo un programa de reformas moderadas, que incluía el perdón a los rebeldes, así como la libertad de prensa y de reunión, e incluso un plan para celebrar elecciones; también ofreció la posibilidad de que Cuba estuviera representada en las Cortes de Madrid. Envió a Céspedes una comisión de portavoces para discutir los términos de la paz y ofreció una amnistía a cualquier rebelde dispuesto a rendirse en el plazo de cuarenta días.

Dulce descubrió pronto que tenía que librar la guerra en dos frentes. Por un lado, en el campo predominaban los defensores republicanos de la independencia. Por otro, las ciudades estaban en manos del partido proespañol, que todavía defendía apasionadamente la causa de la reina derrocada. Madrid prefería un acuerdo negociado y Dulce, con pocas tropas bajo su mando, no tenía ninguna posibilidad inmediata de desencadenar una ofensiva contra los rebeldes; pero la reforma resultó imposible debido a las actividades de los voluntarios que controlaban La Habana. Según escribió Gallenga, «ocuparon los fuertes que defendían las ciudades y expulsaron de sus muros a las tropas regulares». Tenían «a su merced al capitán general y a todas las autoridades, militares, navales y civiles»[11]. Pronto comenzaron a preparar un golpe de Estado por su cuenta.

Dulce trató de contrarrestar su poder, pero sin éxito. El mismo mes de su llegada los voluntarios atacaron en La Habana el teatro Villanueva y el café Louvre, centros donde acostumbraban a reunirse los cubanos reformistas, matando a varios de ellos. En marzo, cuando el ejército trasladó a un grupo de doscientos cincuenta prisioneros políticos al Malecón de La Habana para ser enviados a prisión en la colonia africana de Fernando Poo, los voluntarios organizaron manifestaciones hostiles en la Plaza de Armas. El exilio para los prisioneros era entendido como un acto de clemencia de Dulce; los voluntarios habrían preferido que fueran ejecutados. Dulce acudió personalmente para calmar las pasiones de la multitud y se permitió la partida de los prisioneros, pero hubo que pagar un precio: Dulce se vio obligado a realizar una declaración de pleno apoyo a los voluntarios.

Aquello no fue suficiente. La noche del 1 de junio una gran multitud se congregó en el exterior de su palacio gritando «¡Muerte a Dulce!».

---

[11] *Ibidem*, p. 17.

El golpe de Estado estaba en pleno desarrollo. Los comandantes de los diversos batallones de voluntarios acudieron a exigirle la dimisión. Detenido y trasladado a un buque de guerra, Dulce partió para España el 5 de junio, como final humillante e innoble de su breve mandato en La Habana. Fue sustituido por el general Antonio Caballero Fernández de Rodas, que aceptó de buena gana las demandas de los voluntarios. Desde su base en el Casino Español esos grupos armados de colonos y la elite peninsular iban a permanecer como gobierno colonial *de facto* durante el resto de la guerra, si dejamos a un lado el pequeño contratiempo que les supuso la proclamación –por poco tiempo– de la República en España en febrero de 1873[12].

Argumentos rebeldes sobre el esclavismo y la anexión

El éxito inicial de las fuerzas rebeldes de Céspedes, que se apoderaron de Bayamo y Holguín, duró poco tiempo. Sufrieron una grave derrota en enero de 1869 a manos del conde de Balmaseda, cuyas tropas pudieron así volver a entrar en Bayamo, aunque el triunfo español se vio notablemente mitigado porque los ciudadanos patriotas de la ciudad prefirieron quemarla antes que rendirla. La iniciativa pasó así al grupo rebelde de Agramonte en Camagüey, viéndose reforzado el apoyo a la rebelión por un incidente en el que su negociador, convocado a encontrarse con el enviado de Dulce, fue asesinado por los voluntarios. Pero en el campo rebelde ya habían surgido serias diferencias entre Céspedes y Agramonte, y en abril de 1869 se celebró una asamblea rebelde para discutirlas con el pretexto de redactar una nueva Constitución. Esa asamblea tuvo lugar en Guáimaro, en la carretera entre Camagüey y Las Tunas.

La cuestión urgente del liderazgo se resolvió rápidamente: Céspedes fue elegido presidente y se nombró comandante militar a Manuel Quesada. Más espinosa resultó la cuestión de la esclavitud. Céspedes había liberado a sus propios esclavos al comienzo de la guerra, como habían hecho los terratenientes locales que se le unieron, y esos esclavos liberados formaban una parte importante del ejército rebelde; pero no se realizó ningún llamamiento en favor de la abolición total de la

[12] J. Casanovas, *op. cit.*, p. 106.

esclavitud. La ambivalencia inscrita en el núcleo de todos los movimientos reformistas cubanos no había desaparecido. El primer manifiesto de Céspedes, dado a conocer en diciembre de 1868, perfilaba un programa para el futuro del país, pero sólo se refería a una abolición «gradual» y pedía compensación para los propietarios de esclavos. Las plantaciones de caña de azúcar permanecerían indemnes y los que las atacaran serían castigados con la pena de muerte. Aunque ese manifiesto se hacía eco de la Declaración de Independencia de Estados Unidos («Creemos que todos los hombres fueron creados libres e iguales»), rápidamente matizaba su aplicación en lo que se refería a los esclavos («Deseamos la emancipación gradual, con indemnización, de los esclavos»).

Los rebeldes adeptos a Agramonte en Camagüey eran más radicales. Procedentes de zonas ganaderas, con menos esclavos, tenían menos que perder y abolieron la esclavitud en toda la zona que controlaban. Céspedes fue más prudente. Aunque él mismo era partidario de la abolición –y la reivindicación de acabar con la esclavitud tenía pocos opositores en Oriente–, temía el impacto político que ésta pudiera tener sobre los propietarios de plantaciones en las áreas ricas de Matanzas y otras regiones más al oeste. La Asamblea de Guáimaro alcanzó un compromiso poco satisfactorio. La nueva Constitución declaraba que «todos los habitantes de la República» eran absolutamente libres, pero también establecía que los esclavos liberados debían permanecer como trabajadores asalariados de sus amos. Ese programa no fue bien recibido ni por los propietarios de esclavos ni por los esclavos y negros libres.

Paradójicamente, el gobierno español en Madrid iba pronto a superar el programa rebelde en ese aspecto. En mayo de 1870 decidió apartar de las manos del capitán general de la colonia la cuestión de la esclavitud en Cuba y hacer concesiones a los rebeldes. Segismundo Moret, ministro español de Ultramar, decretó el fin condicional de la esclavitud y bajo la llamada «Ley de Vientres Libres» se concedió la libertad a todos los niños nacidos de padres esclavos, así como a los esclavos de más de sesenta años y a los que ayudaran a las tropas españolas en su defensa de la isla.

El compromiso alcanzado en Guáimaro chocó con la oposición de Antonio Maceo, un capitán mulato de veinte años convertido en líder de los rebeldes negros que apoyaban a Céspedes. Maceo y Máximo

Gómez, ambos destacados jefes militares, tenían un proyecto estratégico muy simple: organizar una rebelión de los esclavos a gran escala, incendiar las plantaciones de caña de azúcar y liberar a los esclavos que trabajaban en ellas. Eso aportaría nuevos reclutas y destruiría al mismo tiempo la base económica del dominio español.

En una guerra en la que los rebeldes tenían más machetes que fusiles, esa estrategia tenía mucho en su favor. Aunque el equilibrio racial se iba desplazando hacia los blancos, los negros de Oriente constituían todavía una gran mayoría, casi el 80 por 100 de la población. Su apoyo a la rebelión era esencial. Los negros libres que habían sobrevivido a la represión de la «Escalera» reconocían que su interés estaba con los rebeldes, pero los esclavos, a los que en un primer momento no se les prometía nada, eran comprensiblemente lentos en decidirse. La estrategia de Maceo contribuyó a atraerlos hacia el bando rebelde.

Pronto se incendiaron muchas plantaciones. En 1869, una ofensiva de los *mambíes* en los valles al norte de Santiago destruyó 23 ingenios de azúcar y 15 plantaciones de café, mientras que del centenar de ingenios azucareros que operaban en el área de Camagüey en 1868, diez años después sólo permanecía uno en funcionamiento[13]. Céspedes optó pronto por esa estrategia, afirmando que para Cuba sería mejor ser libre «aunque tuviéramos que quemar cualquier vestigio de civilización», pero los plantadores de Camagüey se espantaron. Maceo y Gómez sabían que el éxito de su estrategia dependía de que pudieran sacar la guerra fuera de Oriente hacia las ricas tierras del oeste de Cuba y planeaban hacerlo a fuego y machete, pero nunca pudieron conseguir el apoyo de todo el movimiento.

Gómez no era tan radical como Maceo y normalmente se ponía de parte de los moderados en los consejos rebeldes. Era un soldado con considerable habilidad organizativa y política, que provenía de una próspera familia de Santo Domingo donde había sido comandante del ejército español. Cuando lo que se iba a convertir en República Dominicana se desintegró en la guerra civil de 1865, Gómez perdió sus tierras y propiedades y huyó a Cuba, estableciéndose como agricultor cerca de Bayamo. En 1868, a la edad de treinta y dos años, se enroló como sargento en el ejército de Céspedes. Considerado a menudo

[13] O. Zanetti y A. García, *Sugar and Railroads: A Cuban History 1837-1959*, Chapel Hill, N. C., 1998, p. 131.

como un caudillo en ciernes, Gómez nunca se postuló como presidente, ni durante las guerras rebeldes ni durante la paz subsiguiente, y murió en 1905 con sesenta y nueve años.

La esclavitud no fue el único tema que dividió a los rebeldes en la Asamblea de Guáimaro. Céspedes había iniciado la rebelión con un llamamiento en favor de la independencia, pero el sentimiento en pro de la anexión a Estados Unidos era todavía fuerte dentro del campo rebelde y la asamblea votó a favor de esa salida. El gobierno estadounidense estaba preocupado por la rebelión cubana y seguía interesándose por el futuro de la isla, pero cuando el general Ulysses Grant fue informado de la petición rebelde de la anexión decidió tomarse su tiempo. En Cuba reinaba todavía el esclavismo y el compromiso de los rebeldes para acabar con la esclavitud no acababa de estar claro. Algunos funcionarios estadounidenses seguían prefiriendo comprar la isla a España, recordando propuestas anteriores.

El deseo de la anexión era muy fuerte en varios sectores de la sociedad cubana y muchos miles de cubanos pusieron pies en polvorosa, escapando de los horrores y privaciones de la guerra y emigrando a Estados Unidos. Una cifra a menudo citada de un historiador español de la época sugiere que durante el primer año de guerra huyeron de la isla más de 100.000 cubanos[14]. Como muchas cifras globales de aquella época está basada en datos inverificables, pero aunque se rebajara a la mitad representaría un impresionante 5 por 100 de la población.

Después de la primera batalla en los alrededores de Bayamo en 1869 las fuerzas rebeldes evitaron enfrentamientos frontales con el ejército español. Operaban como una fuerza guerrillera con pequeños grupos que vivían en campamentos improvisados en las montañas, dispuestos a descender sobre los fuertes españoles o a quemar plantaciones de caña y liberar a sus esclavos. Las depredaciones de los rebeldes tenían como contrapartida la política de tierra quemada de los españoles, que detenían y ejecutaban a los jóvenes que hallaban vagabundeando y agrupaban a las familias de las áreas rurales en las ciudades, en una actuación precursora de la política de «campos de concentración» que caracterizaría las guerras posteriores.

Gallenga escribió que en las ciudades del centro de Cuba –Santa Clara, Sagua la Grande, Remedios y Cienfuegos– eran habituales «las ejecuciones más terribles». Las fuerzas españolas,

---

[14] J. Zaragoza, *Las insurrecciones en Cuba*, Madrid, 1872, vol. 2, p. 374.

> daban por hecha la simpatía hacia la rebelión y decidieron que no debía madurar hasta convertirse en participación directa en ella. No sólo fusilaban a todos los insurgentes que capturaban con armas, sino también a muchos de los fugitivos desarmados a los que el terror de su proximidad empujaba a esconderse en los bosques, e incluso a los que habían permanecido tranquilamente en su hogar pero de los que se sospechaba que podían colaborar de algún modo con la causa rebelde[15].

La guerra prosiguió año tras año sin que ninguno de los dos bandos fuera capaz de cobrar ventaja. El ejército español mantuvo a los rebeldes confinados en el este y centro de la isla sin que llegara a prender ninguna llama insurreccional en el oeste, y las plantaciones de Matanzas siguieron produciendo normalmente. Se construyó una línea defensiva de cincuenta kilómetros que atravesaba la isla por su centro –la «trocha»–, una gruesa empalizada de madera desde Morón en el norte hasta Júcaro en el sur, con 43 pequeños fuertes. Durante varios años ésta fue una barrera eficaz que mantuvo a los rebeldes en la parte oriental, aunque esto se debía también en parte a la renuencia de los dirigentes rebeldes a avanzar hacia el oeste. Cuando el consejo rebelde permitió finalmente (y por breve tiempo) a Gómez iniciar una marcha hacia el oeste, en enero de 1875, la trocha resultó ineficaz para impedírselo.

Los rebeldes se vieron debilitados por sus propias divisiones internas, que afectaban no sólo a su capacidad de combate sino a sus relaciones con sus apoyos en Estados Unidos, los responsables de enviarles armas y dinero para mantener la guerra. A medida que la perspectiva de los combatientes se hacía más radical y milenarista, los exiliados en Nueva York y Washington se sentían cada vez más desencantados con los excesos de la guerra y menos dispuestos a financiarla.

En 1873, sin que se vislumbrara un fin cercano de la guerra ni la posibilidad de un arreglo diplomático, los desacuerdos latentes en las filas rebeldes surgieron a la superficie. La asamblea rebelde destituyó a Céspedes de la presidencia y lo sustituyó por Cisneros Betancourt, quien dos años después dejó paso a Juan Bautista Spotorno y éste a Tomás Estrada Palma, un maestro de escuela de Bayamo. Céspedes re-

[15] A. Gallenga, *op. cit.*, pp. 164-165.

sultó muerto en una emboscada en 1874. Los rebeldes se dividieron según las líneas raciales y nacionales de cada uno. Muchos se oponían a Gómez porque era dominicano y a Maceo porque era negro. Ambos renunciaron enfurecidos a sus puestos de mando; Maceo escribió a Estrada para quejarse del «pequeño círculo» que no deseaba servir bajo sus órdenes «porque pertenezco a la raza de color»[16].

El temor a que se produjera «otro Haití» era todavía fuerte, incluso entre las filas rebeldes; pero Maceo estaba indignado: «Dado que formo una parte no despreciable de esta república democrática, que tiene como base los principios fundamentales de libertad, igualdad y fraternidad, debo protestar enérgicamente con todas mis fuerzas que ni ahora ni en ningún momento debo ser considerado como defensor de una república negra ni nada de ese tipo [...]». Los rebeldes no podían permitirse perder los servicios del más carismático de sus jefes.

El Pacto del Zanjón y la protesta de Baragua, 1878

La Guerra de los Diez Años tuvo como trasfondo la revolución y la guerra civil en la propia España. El general Prim fue asesinado en 1870, su candidato para sustituir la reina Isabel II como monarca –Amadeo de Saboya– fue obligado a abdicar en 1873 y la breve República Española fue derrocada por un golpe de Estado militar en 1874. Con palabras consideradas honorables en su tiempo, el capitán Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, capitán general de Madrid, declaró que era el deber de sus oficiales, «como soldados y ciudadanos, salvar a la sociedad y al país»[17]. Su golpe de Estado fue seguido por una oleada de represión, tanto en España como en Cuba, que puso fin al proceso revolucionario en curso.

La monarquía fue restaurada al final de aquel mismo año en la persona de Alfonso XII, un jovencito de diecisiete años educado en la academia militar británica de Sandhurst. El agente de la llegada del nuevo rey fue el brigadier Arsenio Martínez Campos, un joven oficial que había combatido con el general Balmaseda en Cuba, como lo ha-

[16] H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 265. La cuestión de la raza en la Guerra de los Diez Años está bien estudiada en A. Ferrer, *Insurgent Cuba, Race, Nation, and Revolution, 1868-1898,* Chapel Hill, N. C., 1999.

[17] R. Carr, *op. cit.,* p. 336.

bía hecho Antonio Cánovas del Castillo, el nuevo primer ministro del gobierno español. Tanto Martínez Campos como Cánovas iban a desempeñar papeles muy importantes e influyentes en los asuntos cubanos y españoles hasta el final del siglo[18].

Martínez Campos fue nombrado capitán general de Cuba y llegó a La Habana a principios de 1877 decidido a conseguir la paz, con refuerzos y promesas de reforma. Se revitalizó así el esfuerzo contrainsurgente, mientras se iniciaban negociaciones con los exhaustos rebeldes. Gómez, la única figura importante que quedaba ahora en el bando rebelde, declaró un alto el fuego en diciembre. Las negociaciones tuvieron lugar en febrero de 1878 en la quinta del Zanjón, cerca de Sibanicú, al oeste de Puerto Príncipe (Camagüey)[19]. A cambio de que los rebeldes entregaran sus armas, Martínez Campos ofreció una amnistía, la promesa de reformas políticas y la libertad para los esclavos que hubieran combatido en el bando rebelde. Aunque no se hacía ninguna mención de la independencia ni del fin de la esclavitud, la dirección rebelde aceptó lo que se les ofrecía.

No se abandonó empero todo por lo que se había luchado. Los esclavos que habían combatido en el ejército mambí quedaron libres, y lo mismo sucedió con los trabajadores chinos bajo contrato. La «Ley de abolición de la esclavitud» de 1880 concedía la libertad a todos los esclavos, aunque les obligaba a seguir trabajando bajo el «patronato» de sus antiguos propietarios durante un periodo de ocho años (más tarde reducido a seis). El gobierno se esforzó por promover la integración después del Pacto del Zanjón, prohibiendo la discriminación contra los negros en teatros, cafés y bares y ordenando que en las escuelas estatales se admitiera a los niños negros sobre las mismas bases que a los blancos. Nadie podía ser excluido del empleo público por razones de

---

[18] El rey Alfonso XII murió diez años después, en noviembre de 1885, y le sucedió su esposa encinta, María Cristina de Habsburgo, quien gobernó como regente hasta 1902, especialmente durante el gran desastre de 1898, cuando España perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas a manos de Estados Unidos. Su hijo, Alfonso XIII, reinó hasta su derrocamiento en las elecciones municipales de 1931, que cerraron un periodo muy agitado de la monarquía española.

[19] El Pacto del Zanjón se ha considerado tradicionalmente en Cuba como una humillación nacional, hasta el punto de que la propia quinta del Zanjón ha desaparecido del mapa. Se encuentra al sur de la Carretera Central, entre Sibanicú y San Agustín del Brazo. Agradezco a Hal Klepak que me proporcionara ese detalle geográfico.

origen étnico[20]. En octubre de 1886 la reina regente María Cristina firmó una Real Orden poniendo fin a los patronatos, con lo que concluyó verdaderamente la esclavitud en Cuba.

Aun así, muchos rebeldes se sentían insatisfechos con el Pacto del Zanjón. Maceo siguió argumentando que no podía haber paz sin la independencia y la total abolición de la esclavitud. Siempre había desconfiado de los ricos plantadores de Camagüey que habían dirigido los aspectos políticos de la Guerra de la Independencia y ahora le parecía que habían abandonado la lucha, obteniendo pocas cosas importantes a cambio de la paz.

Con más de un millar de hombres bajo su mando en Oriente, muchos de ellos negros o mulatos como él, pidió una entrevista con Martínez Campos. El encuentro entre el general español y el jefe mambí tuvo lugar el 15 de marzo de 1878 en Mangos de Baraguá, al norte de Santiago, donde ambos hombres se tumbaron en unas hamacas bajo los árboles. Tras saludar calurosamente a Maceo, Martínez Campos le expresó su orgullo «por encontrarse personalmente con uno de los más celebrados guerreros de las fuerzas cubanas». Los halagos no le sirvieron de nada y Maceo le planteó sus objeciones: no era posible la paz sin independencia y el fin de la esclavitud; y ambas demandas eran inseparables.

«No más sacrificio y sangre –dijo Martínez Campos–. Ha llegado el momento de que Cuba se incorpore a la vida de los pueblos avanzados. Cuba debe marchar por la senda de la civilización y del progreso, disfrutando de todos sus derechos y unida a España». Le explicó que él estaba personalmente a favor del fin de la esclavitud, pero que la decisión dependía de las Cortes en Madrid. En cuanto a la independencia, eso no era posible. No habría acudido a la reunión si hubiera sabido que se trataba de discutir sobre eso.

Maceo dejó claro que la guerra proseguiría y cuando Martínez Campos le preguntó en qué plazo se reanudarían las hostilidades, la respuesta de Maceo fue: «ocho días». Permaneció como comandante de las fuerzas rebeldes en Oriente y sus soldados mambises reafirmaron su compromiso con la guerra. Establecieron un nuevo gobierno provisional y aprobaron una nueva constitución para una Cuba independiente.

La «Protesta de Baraguá», que simbolizaba el prolongado deseo de Cuba de resistir, iba a entrar en la historia y la leyenda cubanas, siendo

[20] R. Segal, *Black Diaspora*, Londres, 1999, p. 225.

repetidamente evocada más adelante. Cobró nueva vida más de un siglo después, cuando Fidel Castro la repitió como un eslogan revolucionario perenne en la década de 1990 para afrontar la realidad postsoviética de un país exhausto. El gesto de Maceo en 1878 fue valiente y apoyado por sus hombres; pero la mayoría de ellos estaban agotados y no deseaban más guerra. Martínez Campos se abstuvo sabiamente de atacarlos y el nuevo gobierno provisional prevaleció sobre Maceo decidiendo posponer la resistencia para una fecha futura. La guerra llegó a su fin en todos los frentes en mayo de 1878 y Maceo partió para el exilio desde Santiago en un crucero español. Pero aunque aquella retirada era necesaria e inevitable, Maceo no tenía planes de abandonar la lucha y la preparación para otra guerra continuó, tanto dentro de Cuba como fuera.

En agosto de 1879 estalló una nueva rebelión, recordada como la Guerra Chiquita, con levantamientos en el este –en Gibara, Holguín y Santiago– así como en varios lugares del centro de Cuba. La conspiración fue descubierta prematuramente, cuando los principales líderes todavía se hallaban fuera del país y las autoridades españolas estaban bien preparadas. Los intentos de enviar hombres y armas desde el exterior –desde Santo Domingo y Haití– se vieron frustrados. Los rebeldes seguían, como siempre, divididos sobre la cuestión de las razas. Un dirigente blanco, el general Calixto García, evitó que el negro Maceo participara, temiendo que la rebelión fuera caracterizada por las autoridades españolas como una «guerra entre razas». No le faltaba razón; el gobernador de Oriente, general Camilo García de Polavieja, iba pronto a esgrimir la acostumbrada amenaza de «otro Haití».

Con Maceo privado del mando y García, el principal impulsor de la rebelión, fuera del país, la Guerra Chiquita murió antes de nacer. Cuando García pudo desembarcar finalmente, viajó por el país durante semanas buscando rebeldes que no pudo encontrar. La rebelión se desinfló al cabo de nueve meses y los supervivientes se rindieron. Polavieja, carente de la magnanimidad que había caracterizado a Martínez Campos, organizó una feroz represión en todo Oriente que afectó particularmente a la población negra. A finales de 1880 ordenó la detención de 265 «conspiradores», la mayoría de ellos negros, y los envió a la prisión de Fernando Poo, en el golfo de Guinea[21].

[21] A. Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill, N. C., 1995, p. 50.

La Guerra Chiquita no supuso ninguna amenaza militar seria para el gobierno español. La represión de Polavieja fue eficaz en cuanto a someter a los negros, mientras que la posición de los blancos rebeldes se vio socavada por la creciente fuerza de un movimiento autonomista que se benefició de la atmósfera política relativamente relajada a raíz del Pacto del Zanjón. El partido liberal, ahora legalizado como organización política, pudo celebrar asambleas, presentar candidatos a las elecciones, imprimir su propio periódico y enviar delegados a las Cortes de Madrid[22]. Se aprovechó del estado de ánimo creado por el movimiento independentista, pero avanzó bien poco por sí mismo. El Partido Constitucional Unido, un partido conservador proespañol que rechazaba el autonomismo, siempre obtenía muchos más votos.

Polavieja, entretanto, tras ser nombrado capitán general de la isla en 1890, prosiguió su propaganda racista, tratando de persuadir a la población blanca, con cierto éxito, de que los rebeldes planeaban establecer una república negra. Aseguraba que Maceo pretendía imponer «un gobierno de su raza y la creación de una república similar a la de Haití». Tal resultado, advertía, provocaría una invasión yanqui.

Entre los cubanos blancos, alarmados por la libertad de los esclavos, esos infundios caían en tierra fértil. Así, los líderes de la lucha por la independencia, en su mayoría exiliados, se vieron obligados a afrontar la cuestión, procurando que en sus propias filas negros y blancos presentaran un frente unido. Los prejuicios raciales tan difundidos en la sociedad cubana eran ahora el principal obstáculo para obtener la independencia. Maceo, a quien los suyos consideraban «un nuevo mesías» se vio obligado a ocupar un lugar más discreto. La figura sobre la que recayó la tarea de demostrar que una Cuba independiente sería una nación blanca y negra, a gusto consigo misma, fue José Martí, héroe de la historia cubana y latinoamericana en general.

José Martí y los nuevos sueños de independencia

Un pequeño edificio pintado de azul en la parte menos elegante de la vieja Habana, cerca del puerto, aloja un museo en memoria de José

[22] El viejo Partido Reformista de principios de la década de 1860 se reconvirtió en Partido Liberal y Autonomista.

Martí. Aquí es donde nació, pero su recuerdo se evoca en toda la isla. En cada ciudad existe un museo dedicado a él y en cada centro de enseñanza hay un busto de escayola con su efigie. Las fotografías que nos han llegado muestran una figura diminuta –sólo medía un metro y medio– con un gran bigote y noble semblante, vestida invariablemente con una levita negra y corbata blanca. Dedicó gran parte de su vida a la lucha por la independencia de Cuba, lo cual le costó la vida en mayo de 1895, cuando sólo contaba cuarenta y dos años. Para todos los latinoamericanos, y sobre todo para los cubanos, Martí permanece en el panteón que alberga a los líderes de la lucha independentista en Latinoamérica.

Martí no era belicoso por naturaleza y pasó gran parte de su vida exiliado en Estados Unidos, pero anhelaba apasionadamente la independencia oponiéndose decididamente a los influyentes cubanos que propugnaban la separación de España para integrarse en Estados Unidos. «Las manos de cada nación deben estar libres –decía en mayo de 1891– para desenvolver sin trabas al país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios». Por eso se tenía que evitar a cualquier precio la anexión por Estados Unidos[23]. Dirigió sus últimas palabras, y la cita por la que es más recordado, contra el peligro planteado por Estados Unidos: «Conozco al monstruo, porque he vivido en su cubil, y mi única arma es la honda de David».

Martí fue un activista revolucionario y un teórico político, pero también un escritor, poeta y periodista prolífico y un convincente orador. Escribió regularmente sobre los acontecimientos de su época y mantuvo varias opiniones contradictorias, pero lo que más le preocupaban eran los sempiternos problemas que caracterizaban entonces a Latinoamérica y la siguen caracterizando: democracia y dictadura, reforma y revolución, y el enfrentamiento entre colonos blancos y pueblos indígenas. Intelectual típico del siglo XIX, también escribió sobre la finalidad de la educación, la importancia de la agricultura como base para el desarrollo de la industria y la aplicación de leyes económicas generales a las circunstancias especiales del continente. En el caso concreto cubano, fue un decidido defensor de la igualdad racial; su mensaje de independencia y libertad se dirigía tanto a los blancos como los negros[24].

---

[23] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 301.

[24] Una útil compilación en inglés de algunos de los escritos de Martí es la editada por P. Foner, *Inside the Monster: Writings on the United States and American Imperialism by José Martí*, Nueva York, 1975 [en español véase http://www.josemarti.org/jose_marti/obras/obrasintro.htm].

Nacido en La Habana en 1853, era hijo de inmigrantes españoles, producto del programa para «blanquear» la población cubana mediante la inmigración. Su padre era un sargento de artillería valenciano que se convirtió en policía en La Habana; su madre, Leonor Pérez, provenía de Tenerife. Entró pronto en la política, porque iba todavía a la escuela cuando estalló la Primera Guerra de la Independencia en 1868. En enero de 1869, mientras la libertad florecía durante unas pocas semanas en La Habana, contribuyó a la publicación de un periódico, *Patria Libre*, en el que dio a conocer sus románticos comentarios sobre la causa rebelde. Inmediatamente identificado como subversivo por los voluntarios, fue detenido, acusado de criticar a un amigo que se les había unido y condenado a seis años de prisión, aunque sólo tenía dieciséis. Fue enviado a cumplir la condena a la cantera de San Lázaro en La Habana y trasladado al cabo de seis meses a la isla de Pinos. En febrero de 1871 optó por el exilio en España.

España se hallaba alborotada por la revolución cuando llegó Martí y pronto se vio atrapado en el fermento intelectual de la época. Mientras estudiaba Filosofía y Derecho en la Universidad de Madrid (y más tarde en la de Zaragoza), cayeron en sus manos los escritos del recién fallecido Julián Sanz del Río, que iban a tener un gran impacto en el pensamiento español y latinoamericano, en particular en el campo de educación. Sanz del Río tradujo y difundió las obras de Karl Krause, intelectual humanista alemán contemporáneo de Hegel y amigo del gran pedagogo Friedrich Fröbel. La gran preocupación de Martí por la educación –heredada por la intelectualidad y toda la sociedad cubana y que constituye uno de sus rasgos distintivos– provenía de sus tempranos contactos con esa importante escuela de pensamiento[25].

En 1875, tras concluir sus estudios universitarios, viajó por Europa antes de regresar a Latinoamérica y establecerse en México, donde sus padres ya vivían en el exilio. Ésta fue su primera experiencia de la Latinoamérica continental y se sintió particularmente impresionado, como la mayoría de los visitantes de México, por el permanente choque cultural entre los colonos blancos y los pueblos indígenas, un tema destacado de sus escritos. Tanto en México como en Guatemala, donde tra-

[25] Véase más adelante R. Gott, «Karl Krause and the Ideological Origins of the Cuban Revolution», *Occasional Papers* 28 (2002), Institute of Latin American Studies, Londres.

bajó durante un breve periodo en la universidad, pudo conocer de cerca la generación más reciente de caudillos latinoamericanos –Porfirio Díaz en México y Justo Rufino Barrios en Guatemala–, lo que sin duda reafirmó su patente aversión a los gobiernos militares. Más tarde pensó que Máximo Gómez, el héroe de la Guerra de los Diez Años, compartía algunas de las tendencias de esos dictadores del continente y se esforzó ostensiblemente por asegurar que la futura revolución cubana permaneciera bajo el mando de demócratas civiles.

El Pacto del Zanjón de 1878 incluía una amnistía para los exiliados políticos que le permitió a Martí regresar a La Habana. Se introdujo de nuevo en grupos independentistas y se unió al Comité Revolucionario Cubano, creado por Calixto García desde Nueva York. Durante aquella estancia en La Habana hizo amistad con Juan Gualberto Gómez, un abogado mulato que colaboró estrechamente con él en la planificación de la guerra de 1895. Encargado de tareas conspirativas durante los preparativos para la Guerra Chiquita de 1879, Martí fue de nuevo condenado al exilio en España, pero pronto regresó al otro lado del Atlántico para incorporarse al movimiento independentista ahora establecido en Nueva York. Allí vivió diez años, preparando con otros exiliados cubanos los planes para reiniciar la guerra por la independencia. Para ganarse la vida escribía en varios periódicos latinoamericanos y actuaba como representante consular de Uruguay, Argentina y Paraguay.

Antes de establecerse definitivamente en Nueva York pasó varios meses en Venezuela, donde desarrolló algunas de las ideas bolivarianas que se iban a integrar en su propia filosofía internacionalista. Se interesó por la suerte de los pueblos indígenas, censurando a los gobiernos que sólo se preocupaban por los colonos blancos. Haciéndose eco de las propuestas del pedagogo venezolano Simón Rodríguez, argumentó que Latinoamérica necesitaba instituciones autóctonas en lugar de copiarlas o importarlas de Europa. También hizo suyo el sueño internacionalista de Bolívar, propugnando una «gran confederación de los pueblos latinoamericanos»[26].

Martí sufrió en Venezuela una desilusión, como antes le había sucedido en México y Guatemala, al constatar los frutos de la independencia, en particular la creación de una triple alianza entre el ejército, los terratenientes y la Iglesia católica, ejemplificada en Venezuela por

[26] P. Turton, *José Martí: Architect of Cuba's Freedom*, Londres, 1986, p. 77.

el gobierno despótico de Antonio Guzmán Blanco. Le horrorizó el abismo que se había creado entre la riqueza de Caracas y la pobreza de las áreas rurales que la rodeaban. «En la ciudad, París; en el campo, Persia», escribió irritado. La Cuba independiente con la que soñaba tendría que emprender una vía diferente.

Al regresar a Nueva York Martí comprobó que la lucha política en el seno de la gran comunidad de cubanos exiliados la dividía cada vez más, lo que se veía agravado por el agotamiento y la depresión tras el fracaso de la Guerra de los Diez Años. Martí se convirtió en un destacado líder en el exilio y durante la ausencia de Calixto García ejerció interinamente la presidencia del Comité Revolucionario Cubano. Comenzó a preparar el terreno para retomar la guerra contra los españoles y en 1882 envió un bosquejo de sus posiciones políticas a Gómez y Maceo, los dos líderes militares supervivientes, ahora exiliados en Honduras. No tenía planes inmediatos para reanudar la lucha, pero deseaba unir a la comunidad de exiliados cubanos en torno la idea de la independencia, en un momento en que mucha gente prefería la anexión por Estados Unidos. Martí se oponía firmemente a tales planes, como explicó en una ácida carta a Gómez:

> En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas y su miedo de serlo verdaderamente[27].

Martí desarrolló otros temas centrales –como la necesidad de armonía racial– en una carta a Maceo:

> Ni tengo tiempo de decirle, general, cómo a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y cómo ésta

[27] Citado en P. Turton, *op. cit.*, p. 12.

> no puede lograrse alcanzar sino con aquel amor y perdón mutuo de una y otra raza [...] Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal es el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada.

El acuerdo acerca de la independencia y la necesidad de igualdad racial eran relativamente fáciles de alcanzar. Más difícil era el viejo problema de quiénes debían controlar el movimiento político independentista y el gobierno, si los militares o los civiles. El instinto político de Martí lo llevaba a propugnar una dirección civil, mientras que Gómez y Maceo, que tenían muy presentes los desacuerdos políticos durante la guerra anterior, preferían una junta de gobierno controlada por jefes militares. Ése, después de todo, era el modelo que les había legado el sistema imperial español.

Los dos jefes militares llegaron a Nueva York en 1884 para pulsar la opinión de los exiliados. Martí se mostró inicialmente de acuerdo con su propuesta, pero cuando comprobó que había perdido la discusión y que se esperaba que se subordinara a la jefatura militar, se retiró del movimiento independentista durante varios años.

> Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento militar» [...] –escribió a Gómez– ¿Qué somos, general? ¿Los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?

Martí se dedicó a sus varios empleos, principalmente como cónsul de Uruguay y comentarista regular de los asuntos estadounidenses en el diario *La Nación* de Buenos Aires. Siempre había sido un observador agudo y crítico, con una actitud en general positiva hacia el desarrollo de la sociedad estadounidense, pero los acontecimientos asociados con los disturbios de Haymarket en Chicago en 1886 y la subsiguiente ejecución de cuatro anarquistas le hicieron adoptar una actitud más crítica. Aunque era ferozmente anticapitalista y le atraía el incipiente movimiento obrero, también era muy crítico hacia Carlos Marx y los filósofos anarquistas que habían alcanzado cierta populari-

dad en Estados Unidos en aquella época. El duro trato infligido a los anarquistas de Chicago le hizo rechazar la sociedad estadounidense como modelo para la cubana y reforzó su hostilidad a la anexión[28]. No se hacía ilusiones sobre el interés manifestado por Estados Unidos hacia el bienestar cubano:

> Nunca, excepto como idea oculta en las profundidades de algunas almas generosas, fue Cuba nada más que una posesión deseable para Estados Unidos, con el único inconveniente de su población, a la que considera indisciplinada, perezosa y digna de burla[29].

Más avanzado 1887, en una asamblea que tuvo lugar en Nueva York para celebrar el decimonoveno aniversario del Grito de Yara, Martí regresó a la política del exilio cubano, cuando las pasiones –la suya y la de los demás– se habían sosegado. Las organizaciones del exilio en Nueva York, Filadelfia y Cayo Hueso habían aceptado su opinión –que los jefes militares debían estar subordinados a los dirigentes civiles– y asumió su posición natural como el líder más carismático de la comunidad de exiliados. Animado por su apoyo, en diciembre de 1887 escribió de nuevo a Máximo Gómez pidiéndole que se uniera a la lucha pero aceptando una posición subordinada. «Cuba no es ya el pueblo niño e ignorante que se echó a los campos en la revolución de Yara [de 1868]», escribió. El pueblo había cambiado y pedía más de sus líderes.

Gómez sólo sentía un entusiasmo limitado por las ideas y propuestas de Martí, pero ni uno ni otro creían que una nueva guerra fuera una posibilidad inmediata. Los cubanos estaban todavía tan divididos como durante la Guerra de los Diez Años y la perspectiva preferida de Estados Unidos hacia Cuba era todavía la anexión. Martí tenía mucho que hacer. En 1890 promovió una nueva organización. Con su énfasis «krausista» en la importancia de la educación, creó la Liga de Instrucción, una escuela de formación para los cuadros revolucionarios del futuro. El propio Martí era uno de los profesores y sus alumnos constituían una audiencia enteramente nueva, los miles de exiliados negros que ahora trabajaban en

---

[28] Turton dedica todo un capítulo de su *Martí* a analizar el efecto que tuvieron sobre él los sucesos de Haymarket, pp. 115-144.

[29] Carta a Ricardo Rodríguez Otero de mayo de 1886, citada en P. Turton, *op. cit.*, p. 17.

Nueva York. El único futuro para Cuba, les dijo, era la independencia total. La lucha que tenían por delante no sería dirigida por los prósperos plantadores que habían encabezado y organizado la Guerra de los Diez Años; estaría en manos de la gran masa del pueblo[30].

Martí viajó el año siguiente a Florida para promover la organización de los trabajadores cubanos del tabaco en Tampa y en enero de 1892 creó formalmente el Partido Revolucionario Cubano, un movimiento independentista de amplia base que debía ser financiado por sus propios seguidores, contribuyendo cada uno de ellos con una décima parte de sus ingresos; con ello pretendía aminorar la antigua dependencia de un pequeño número de patronos ricos que solían exigir miramientos hacia sus intereses a cambio de sus aportaciones. El partido propugnaba «una guerra breve y generosa» y en agosto Martí acudió a Gómez y Maceo para pedirles su apoyo.

Maceo se encontraba en Costa Rica, donde se había establecido como cultivador de bananas, mientras que Gómez había regresado a Santo Domingo. Ambos acordaron unirse a las fuerzas independentistas, con Gómez como jefe militar supremo. Martí abandonó su trabajo como periodista, dejó de escribir sus columnas y renunció a sus puestos consulares. Se dedicó por completo a la organización clandestina de una guerra revolucionaria que él mismo iba a liderar.

La muerte del apóstol, mayo de 1895

El pueblo de Playitas se halla en el extremo sudoriental de Cuba, al este de la bahía de Guantánamo; de allí parte una carretera de montaña que lleva hasta Baracoa atravesando la sierra del Purial. Martí y Gómez desembarcaron allí con una pequeña lancha el 11 de abril de 1895 y se dirigieron a los montes cercanos. Su minúscula banda de revolucionarios había cruzado el Paso de los Vientos que separa Cuba de Haití. «Rumbo al abra –escribió Martí en su diario–. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras. La Playita (al pie de Cajobabo). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande».

Los jefes militares negros de la rebelión, Maceo y su hermano José, junto con Flor Crombet, habían desembarcado el 29 de marzo en la

[30] H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 300.

costa septentrional de Oriente, cerca de Baracoa, procedentes de Costa Rica. Dos comandantes mambises en Oriente, Bartolomé Masó, partícipe en la rebelión inicial de Céspedes en 1868, y Guillermón Moncada, un líder negro de Santiago, habían enarbolado ya en la provincia la bandera de la rebelión en febrero. Así se puso en marcha un nuevo episodio de la larga lucha por la liberación de la dominación colonial[31].

Para la nación española este último episodio de la Guerra de Independencia cubana iba a conducir al «desastre» sin paliativos de 1898, con la intervención militar de Estados Unidos, la derrota del ejército y la armada española en el Caribe y en el Pacífico y el colapso final, en Filipinas, Puerto Rico y la propia Cuba, del gran imperio forjado cuatro siglos antes. España iba a tardar más de medio siglo en recuperarse de aquel humillante golpe.

Para los revolucionarios cubanos el resultado final de aquella guerra tampoco fue demasiado bueno: el país quedó arrasado, la economía en ruinas y aunque el nuevo siglo iba a ser testigo del inicio de la independencia tan anhelada, la intervención y ocupación estadounidense iban a lastrar el desarrollo político de la isla y a distorsionar su historia durante gran parte del siglo XX.

Para un observador distante como Winston Churchill, que pasó un mes en Cuba a finales de 1895 y se sentía orgulloso de la intervención británica de 1762, era fácil dejarse llevar por las posibilidades que se abrirían al concluir la guerra. «Simpatizo con la rebelión, pero no con los rebeldes», decía:

> Puede suceder que, al pasar la página de la historia, le esperen a Cuba un futuro más luminoso y tiempos mejores. Puede que los años futuros vean la isla tal como sería ahora si Inglaterra no la hubiera perdido, una Cuba libre y próspera bajo leyes justas y una administración patriótica, con sus puertos abiertos al comercio del mundo entero, enviando sus equipos a jugar al polo en Hurlingham y al cricket en Lord's, intercambiando los cigarros de La Habana por los algodones de Lancashire y el azúcar de Matanzas por cuberterías de Sheffield. Al menos podemos esperar que así sea[32].

---

[31] Martí contaba con iniciar la rebelión un año antes, pero las exigencias de la industria azucarera se lo impidieron. Los plantadores favorables a sus planes querían recoger una cosecha más antes de que comenzaran las hostilidades y pidieron que la guerra se pospusiera hasta 1895.

[32] R. Churchill (ed.), *Winston Churchill, Companion*, vol. I, 1874-1895, Londres, 1967, pp. 617-618.

Los británicos nunca alcanzaron en Cuba el peso cultural con el que Churchill fantaseaba románticamente, pero ya antes de que la guerra acabara el capital británico estaba comprando prosaicamente el sistema ferroviario cubano[33].

Martí era por naturaleza un organizador político y no un combatiente guerrillero, pero sus notas de campaña suenan como un presagio de las de Che Guevara:

> Voy bien cargado, mi María –escribió en una cariñosa carta a su hija–, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicinas, y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato[34].

Martí había viajado desde Nueva York en enero, reuniéndose con Gómez en la República Dominicana. Los dos líderes se encontraron en [San Fernando de] Montecristi, un pequeño puerto norteño cercano a la frontera con Haití, y desde allí dieron a conocer el primer manifiesto político del Partido Revolucionario Cubano, que propugnaba una futura república cubana distinta de las «repúblicas feudales o teóricas de Hispanoamérica», ya que Cuba estaba destinada, por su pueblo y su historia, a ser diferente. La guerra de la independencia se llevaría cabo de una forma civilizada, se invitaría a participar a los negros y se respetaría la propiedad privada y a los no combatientes. Tras la victoria, un nuevo sistema económico proporcionaría trabajo a todo el mundo. El manifiesto plantea la disyuntiva «la victoria o el sepulcro», recordando el grito de Garibaldi «Roma o muerte» que más tarde daría lugar al de Castro: «¡Patria o muerte!».

La opción fúnebre de la disyuntiva se cumplió para muchos antes de lo que esperaba cualquiera de los firmantes del manifiesto. Al cabo de seis semanas de desembarcar en Playitas murió Martí, a la edad de cuarenta y dos años. Gómez y él se habían unido al grupo de Maceo no lejos de Bayamo y poco después, el 19 de mayo, cuando pretendían confluir con una banda local mandada por Bartolomé Masó, cayeron

---

[33] O. Zanetti y A. García, *op. cit.*, pp. 235-255.

[34] D. Schnookal (ed.), *José Martí Reader: Writings on the Americas,* Nueva York, 1999, p. 222.

en una emboscada española en Dos Ríos. Los informes de la época sobre la muerte de Martí lo presentan montado sobre un caballo blanco, ofreciendo así un objetivo difícil de fallar. Algunos creen que estaba deseoso de demostrar su fuerza física, de compartir los peligros que corrían los soldados rebeldes ordinarios; otros sugieren que buscaba el martirio a raíz de los continuos enfrentamientos políticos con los jefes militares de la rebelión. Aunque había resuelto sus anteriores desacuerdos con Gómez, sabía que Maceo todavía pretendía el predominio militar en los consejos de la revolución.

No existe un registro adecuado de esas desavenencias durante los primeros meses de 1895 que permita deducir su efecto sobre la moral de Martí. Carecía de experiencia como combatiente guerrillero y era probablemente más incompetente que suicida. Por la razón que fuera, la temprana y negligente pérdida de su líder político fue un serio inconveniente para la rebelión y para el futuro de Cuba.

España y Cuba de nuevo en guerra, 1895-1896

En la política y la economía de la isla habían cambiado muchas cosas desde el último intento de alcanzar la independencia mediante una guerra, y a principios de la década de 1890 ya se habían empezado a discutir planes para su transformación, no sólo por los exiliados rebeldes en Nueva York, sino también por el gobierno colonial en Madrid. En Nueva York los clubes políticos organizados por Martí habían previsto «una guerra breve y generosa» por la independencia. En Madrid el gobierno planeaba reformas destinadas a evitar tal resultado.

A finales de 1893 asumió el papel de primer ministro reformista en Madrid Práxedes Mateo Sagasta y Escolar[35]. Su ministro encargado de los territorios de Ultramar, Antonio Maura Muntaner, propuso una autonomía «regulada» para todos ellos. A Cuba, así como a Puerto Rico y a Filipinas, se les permitiría el control de las obras públicas, comunicaciones, sanidad y educación[36]. Para Cuba, Maura propuso un cambio de la ley electoral, duplicando el número de votantes y dando

[35] Véase J. Cepeda Adán, *Sagasta, el político de las horas difíciles,* Madrid, 1995.
[36] Véase J. Tusell, *Antonio Maura, una biografía política,* Madrid, 1994.

alas al Partido Liberal y Autonomista, con gran irritación de Martí, ya que era el principal rival de los revolucionarios que aspiraban a la independencia.

Pero a los gobernantes españoles no les acababan de convencer las reformas del régimen colonial y Sagasta no apoyó con demasiado entusiasmo el plan de Maura, quien dimitió en marzo de 1894. El gobierno de Sagasta cayó un año después, en marzo de 1895, cuando la noticia de la rebelión cubana llegó a Madrid. Los difíciles tiempos que se acercaban exigían un gobierno duro en España, y Antonio Cánovas, el político conservador que había salvado la monarquía española veinte años antes, reapareció de nuevo, con sus 67 años, para tratar de salvar lo que quedaba del imperio[37].

Cuba también vio regresar un rostro familiar: Arsenio Martínez Campos, el autor del Pacto del Zanjón con el que había concluido satisfactoriamente la Guerra de los Diez Años. Al enviarlo de nuevo a La Habana como capitán general, Cánovas esperaba que pudiera hallar una solución política a la rebelión, como había hecho anteriormente. Martínez Campos desembarcó en la bahía de Guantánamo en abril de 1895 con 7.000 soldados, que se sumaban a los 9.000 enviados a toda prisa un mes antes. La guarnición presente en la isla era sólo de 16.000 hombres. Martínez Campos inspeccionó las defensas en Oriente y rápidamente percibió los problemas que tendría que afrontar. Aunque la rebelión se limitaba todavía a la parte oriental de la isla, los insurrectos contaban con amplio apoyo. Escribió a Cánovas desde La Habana en junio, contándole que «al pasar por los bohíos del país [...] no se ven hombres, y las mujeres, cuando se les pregunta dónde están sus maridos e hijos, responden con terrible franqueza: «En las montañas, con éste y éste».

Martínez Campos dedujo de su anterior experiencia que sólo se podía alcanzar la victoria sometiendo a la población civil a cierto grado de compulsión que él mismo no estaba dispuesto a ejercer. Bosquejó a Cánovas lo que podía suceder:

> Podríamos concentrar las familias *guajiras* en las ciudades, pero se necesitaría mucha fuerza para obligarlas, ya que en el interior son muy

[37] Véase J. L. Comellas, *Cánovas del Castillo,* Barcelona, 1997. Véase también M. Fernández Almagro, *Cánovas: su vida, su política,* Madrid, 1951.

> pocos los que quieren ser voluntarios [españoles] [...] La miseria y el hambre serían terribles: tendría que darles raciones, que llegaron a 40.000 diarias durante la última guerra. Esto aislaría al campo de las ciudades pero no evitaría el espionaje, que quedaría a cargo de las mujeres y los niños. Quizá habría que llegar a eso, pero sólo como último recurso, y que creo que me faltan las cualidades necesarias para llevar a la práctica esa política[38].

Martínez Campos creía que la guerra no se podía ganar, y estaba acertado al reconocer sus limitaciones: «Aun si ganamos sobre el terreno y suprimimos a los rebeldes –informaba a Madrid en su carta de junio– mi sincera y leal opinión es que, con reformas o sin ellas, antes de doce años tendremos de nuevo otra guerra». En realidad, el Imperio español se hundió en sólo tres años.

El análisis de Martínez Campos era esencialmente correcto. Bajo el mando de Gómez y Maceo, el ejército rebelde se había extendido por las montañas de Oriente en el transcurso de 1895. El estado de ánimo del pueblo había cambiado desde la guerra anterior y los rebeldes recibieron ahora el apoyo de casi todo el mundo, muy especialmente de los negros. Los defensores blancos de mantener el vínculo con España habían profetizado desde hacía mucho que la independencia significaría una república negra; y precisamente como temían, la nueva guerra cobró la forma de una rebelión negra. El fantasma de Haití volvía a cernirse sobre la isla. De los 30.000 rebeldes movilizados a finales del primer año, alrededor del 80 por 100 eran negros. El ejército rebelde, escribió Winston Churchill en una revista estadounidense, es «una chusma indisciplinada» que consiste «en gran medida en hombres de color». Si llegara a triunfar la revolución, añadía, «Cuba se convertiría en una república negra»[39]. Grover Flint, un corresponsal estadounidense que estaba con Gómez cerca de Matanzas, también se mostraba sorprendido por la proporción de negros en el ejército rebelde. «La

---

[38] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 320.

[39] M. Gilbert, *Churchill: A Life*, Londres, 1993, p. 36, y H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 185. Churchill, por aquel entonces un joven oficial y periodista aficionado, había sido enviado por la inteligencia militar británica para investigar la eficacia de un tipo de proyectil que el ejército español estaba utilizando en sus nuevos fusiles alemanes Mauser. Con ese fin acompañó brevemente a las fuerzas españolas en la región entre Sancti Spíritus y Camagüey en noviembre de 1895.

mitad de los reclutados eran negros», escribió. También señaló la presencia de dos «chinos (supervivientes del tráfico de culis de Macao), furtivos, con ojos rasgados, muy lejos del aspecto plácido que uno acostumbra a apreciar en las lavanderías»[40].

Aunque la muerte de Martí supuso un tremendo golpe político para los rebeldes, su ausencia no tuvo un impacto perceptible en el desarrollo de la guerra. Fue sustituido como presidente provisional de la embrionaria República Cubana por Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía, un septuagenario veterano del grupo rebelde de Camagüey que se unió a Céspedes en 1868. Se nombró vicepresidente a Masó, y Gómez y Maceo siguieron como comandante en jefe y lugarteniente. Tomás Estrada Palma, el antiguo «presidente» rebelde, no había participado apenas en la política del exilio en los años transcurridos desde 1878 y se había dedicado durante muchos años a su trabajo como maestro de escuela en Estados Unidos. En el fondo de su corazón prefería la anexión por Estados Unidos. Martí le había encargado asesorar a los que quedaban al frente de la dirección del Partido Revolucionario Cubano y así siguió haciéndolo como «agente en el exterior del gobierno de la república en armas». Se trataba en general de veteranos de la guerra anterior, hombres con una larga hoja de servicios a la causa de la independencia, pero con opiniones muy diversas sobre estrategia y táctica política, y al movimiento le faltaba un líder carismático que pudiera incitarlos a trabajar juntos dejando a un lado sus diferencias.

Gómez era ahora la figura predominante y estaba decidido a no repetir la experiencia de la guerra anterior, cuando las evasivas u obstrucciones de los plantadores habían impedido a sus mambises desplazarse por las ricas tierras azucareras del centro y el oeste de Cuba. Junto con Maceo se dirigió inmediatamente hacia Camagüey, cruzando en octubre la vieja trocha entre Júcar y Morón, y con un millar de hombres a caballo cabalgaron hacía Sancti Spíritus y Santa Clara. A finales de año amenazaban Matanzas. No se produjeron grandes batallas en campo abierto, pero sí abundantes incendios, quemando los campos de caña, los ingenios y las casas de las plantaciones. Un empleado de una plantación escribía en diciembre: «Era como un infierno rugiente

[40] G. Flint, *op. cit.*, p. 25. Véase también R. Schwarz, *Lawless Liberators, Political Banditry and Cuban Independence*, Durham, 1989.

de incendios por todo el camino hasta los cerros de Trinidad y el mar, y no podíamos ver otra cosa que humo y ruinas calcinadas, grupos de indigentes a pie [...] casas quemadas y enseres robados»[41]. Esa estrategia se llegó a conocer en Cuba como «la tea», la antorcha con la que se prendía fuego a los campos.

A primeros de enero de 1896 Gómez llegó a los alrededores de La Habana, mientras que Maceo, dando un rodeo, avanzaba hacia Pinar del Río. Aquella marcha vertiginosa a lo largo de la isla, que consiguió en siete meses lo que en la guerra anterior había costado siete años, situaba a los españoles frente a la derrota. Sólo una represión radical podía ayudarles a frenar la ofensiva rebelde y el experimentado y apacible Martínez Campos ya le había dicho al gobierno de Madrid que no se sentía en condiciones de aplicar esa estrategia. En enero de 1896, tras sólo nueve meses de mando, dimitió y regresó a Madrid.

El establecimiento de campos de concentración por el general Weyler, 1896-1897

El nuevo capitán general enviado a La Habana en 1896, Valeriano Weyler (1838-1930), marqués de Tenerife y antiguo capitán general de Barcelona, era un auténtico experto en tierra quemada. Cánovas eligió a aquel general, también veterano de la anterior Guerra de Cuba, por sus cualidades marciales y despiadadas. Weyler, puritano y sentimental, prefería los animales a los humanos y llegó a costear personalmente unas caballerizas en Madrid para salvar del matadero a los caballos viejos[42]. Había sido agregado militar en Washington durante la guerra civil americana y admiraba las feroces tácticas del general Sherman, quien en 1864 había arrasado una larga franja de Georgia dejando tras de sí un rastro de casas quemadas, campos devastados, líneas férreas levantadas y civiles desesperados[43]. Weyler planeaba algo similar para Cuba.

Al llegar el 11 de febrero a La Habana encontró al ejército mambí a las puertas de la ciudad. «El día después de mi llegada –le dijo a Cáno-

[41] E. Atkins, *Sixty Years in Cuba,* Cambridge, Mass., 1926, citado en H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 323.

[42] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 190, y véase también L. de Armiñán Pérez, *Weyler. el Gran Capitán,* Madrid, 1946.

[43] H. Brogan, *The Penguin History of the USA,* Londres, 2001, p. 342.

vas– impidieron la entrada de leche». Gómez estaba a sólo unos kilómetros de la ciudad y los comestibles que llegaban del campo sólo podían entrar en ésta después de pagar a los rebeldes el impuesto de tránsito que les exigían. Martínez Campos, antes de partir, había aprestado La Habana para un eventual ataque. Weyler se sintió muy animado por la presencia en la capital de «equipos de voluntarios», todavía activos en el bando español, custodiando «la oficina de correos y los principales edificios públicos». Escribió a Madrid explicando que «ese admirable cuerpo vigila el perímetro de la ciudad para impedir cualquier ataque»[44].

Weyler revelaba la amplitud de sus problemas en su primera comunicación al gobierno. «Ha desaparecido todo respeto a la autoridad. En todas partes se murmura contra España, todo son críticas y quejas.» En la propia Habana había «gérmenes de separatismo» y conspiraciones para ayudar a los rebeldes. Le preocupaban especialmente las fábricas de tabaco, «ya que en ellas se leen libros y artículos separatistas, así como noticias, falsas o exageradas, sobre la guerra y la revolución, fomentando así entre los trabajadores el odio a España».

Weyler había sido enviado para impedir la independencia de Cuba, y su primera tarea fue alejar a Gómez de las proximidades de La Habana y expulsar a Maceo de Pinar del Río. Su plan consistía en obligar a los rebeldes a retroceder al este de la vieja trocha desde Júcar hasta Morón, la cual comenzó a restaurar y reforzar. También construyó una nueva trocha al oeste de La Habana, desde Mariel hasta Majana. El ejército mambí se vio obligado por primera vez a luchar en campo abierto y las fuerzas de Maceo, cuando regresaban de su incursión en Pinar del Río para unirse a Gómez, se vieron acorraladas sufriendo muchas bajas. Weyler envió 60.000 soldados a la provincia y ordenó construir una compleja red de torres y heliógrafos para detectar la presencia de grupos guerrilleros y comunicarla rápidamente a los mandos[45].

Estas medidas supusieron sin duda un serio contratiempo para la causa rebelde, aunque los dos comandantes pudieron concentrar sus fuerzas en los alrededores de Matanzas y estudiar allí su siguiente maniobra. Maceo regresó a la región de Pinar del Río, al oeste de La Habana,

---

[44] H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 328.

[45] *Historia de Cuba*, vol. II, «Las luchas por la independencia nacional, 1868-1898», La Habana, 1996, p. 489.

mientras que Gómez se desplazó hacia el este hasta Santa Clara. Sus pequeños ejércitos se vieron reforzados en marzo por la llegada a Oriente de Calixto García con un gran cargamento de armas. García asumió el mando de toda la región oriental y permaneció allí hasta el final de la guerra.

Weyler emprendió entonces la estrategia contrainsurgente por la que se hizo famosa la Guerra de Cuba, creando los «campos de concentración» y las «aldeas estratégicas» tan característicos de las guerras irregulares del siglo XX. La posibilidad de la «reconcentración» –desplazar a las familias campesinas a las ciudades– había sido estudiada por Martínez Campos en 1895 y el propio Weyler la había ensayado ya a escala experimental durante la Guerra de los Diez Años. Ahora iba a poner en práctica con gran ferocidad aquellas ideas precursoras. Su plan era «concentrar» en áreas militarmente bien defendidas a toda la población de ciudades y pueblos, privando a los rebeldes de su apoyo natural. La comida para los «reconcentrados» se obtendría, allí donde fuera posible, de zonas especiales de cultivo en la misma zona, pero a Weyler no le importaba que se murieran de hambre donde no hubiera alimento. La población de las provincias occidentales se vio obligada a registrarse y los que desobedecían las órdenes militares eran acusados de traición y ejecutados[46]. Weyler promulgó la primera orden de concentración en octubre, en Pinar del Río, donde Maceo estaba todavía activo.

La construcción de los campos de concentración cubanos iba a ser pronto muy conocida en Estados Unidos, gracias a los periodistas estadounidenses y los exiliados cubanos; fue denunciada especialmente en la prensa de Nueva York, en particular en el *New York Journal*, adquirido por William Randolph Hearst en 1895. Ese periódico, entonces a la vanguardia del periodismo en favor de los derechos humanos, había advertido ya a sus lectores sobre el general Weyler, describiéndolo en febrero de 1896 como una «déspota desalmado [...] un animal, devastador de haciendas [...] despiadado, frío, un exterminador [...] En su cerebro embrutecido no hay nada que le frene en la invención de torturas e infames orgías sangrientas». Grover Flint, al describir la «concentración» de medio millón de campesinos en campos atestados e insalubres en los alrededores de las ciudades, señaló cómo los periodistas

[46] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 191.

lo calificaban como «una política de exterminio»[47]. La cruel estrategia de Weyler afectó considerablemente al curso de la guerra. Anticipándose a los pensamientos de Mao Tse-Tung, para quien los combatientes guerrilleros debían ser como un pez que nada en el «mar» de la población rural, Weyler consiguió en gran medida secar ese mar, dejando a los rebeldes poca agua en la que nadar.

A finales de 1896 Gómez y Maceo se hallaban en una situación difícil. Las fuerzas de Weyler dominaban militarmente el oeste de la isla, esto es, Pinar del Río, La Habana y Matanzas. En el este Gómez tenía dificultades políticas con los dirigentes civiles. Aunque era el jefe militar supremo, sus métodos y estrategia se veían cada vez más cuestionados por éstos, tanto en Cuba como en Nueva York. Influidos por los plantadores, se mostraban cada vez más hostiles a «la tea», la estrategia de prender fuego a las plantaciones y cortar las comunicaciones comerciales entre las áreas rurales y las ciudades en poder de los españoles. Pero Gómez permanecía imperturbable ante las críticas. Cuando un grupo de cultivadores extranjeros de café le pidieron que respetara sus propiedades, les dijo: «Mejor se llevan sus negocios a su propio país»[48].

Una segunda discrepancia era la que se refería a los nombramientos militares. Gómez ascendía a los que más se distinguían en la batalla, procedimiento normal en la guerra de guerrillas. Muchos provenían de las clases bajas o eran negros. Los civiles pretendían promover a los miembros de las clases profesionales blancas –abogados y médicos, sobre todo– que se habían unido al movimiento revolucionario; pero éstos carecían de experiencia militar[49]. Las disputas sobre decisiones en la esfera militar repercutían inevitablemente en la política.

El octubre Maceo recibió un mensaje urgente de Gómez pidiéndole que avanzara hacia el este para unirse con él. Necesitaba su apoyo político, más que el militar. Tras enfrentarse con los políticos civiles, amenazaba dimitir. Necesitaba a Maceo a su lado. El grupo de éste se había reforzado en septiembre con un nuevo desembarco de exiliados –entre ellos Francisco Gómez, hijo de Máximo– y un cargamento de armas y municiones enviado desde Estados Unidos por Estrada Palma.

---

[47] G. Flint, *op. cit.*, p. 28. Véase también J. Wisan, *The Cuban Crisis as reflected in the New York Press (1895-1898)*, Nueva York, 1965.

[48] *Historia de Cuba*, vol. II, «Las luchas por la independencia nacional, 1868-1898», La Habana, 1996, p. 502.

[49] «Las luchas por la independencia nacional», cit., p. 503.

Maceo intentó unirse a Gómez para ayudarle en sus disputas con los dirigentes civiles. Evitando la nueva trocha de Weyler desde Mariel hasta Majano, cruzó la bahía de Mariel en una lancha y estableció su campamento cerca de La Habana. Allí, en diciembre de 1896, se vio sorprendido por una hueste española bastante mayor que la suya y murió en una escaramuza insignificante, junto con el joven Gómez. La muerte de Maceo fue un golpe terrible para el ejército de liberación. El «Titán de Bronce», su líder más carismático, más audaz y más aventurero había muerto. Un oficial escribió: «Todos estábamos tristes», mientras que otro recordaba que nunca había visto una pena tan profunda en nombres habituados al peligro y la muerte[50].

Weyler dirigió ahora su atención al comandante mambí superviviente. Miles de soldados de refresco se desplegaron en el centro de Cuba con la esperanza de destruir la cúpula de la dirección rebelde. Con Maceo desaparecido, Gómez se vio obligado a retirar su renuncia y contraatacó con vigor; pero a mediados de 1897 su guerrilla seguía a la defensiva. La guerra parecía favorecer a España. Sólo Calixto García obtuvo cierto éxito en Oriente, haciéndose con la ciudad de Las Tunas en agosto.

En Madrid Cánovas decidió que había llegado el momento de enarbolar de nuevo la bandera de la reforma. En febrero de 1897 se introdujeron cambios constitucionales en Cuba, proporcionando mayores poderes a los alcaldes locales y dando al país cierto grado independencia fiscal y presupuestaria. Las nuevas medidas estaban destinadas no tanto a la opinión pública en Cuba como a persuadir a Estados Unidos de que se estaban haciendo esfuerzos por poner fin a la guerra. La opinión pública estadounidense seguía preocupada por las noticias de la represión de Weyler y Washington observaba atentamente los acontecimientos que tenían lugar en Cuba, cada vez más inclinado a la acción.

En aquel momento tuvo lugar un acontecimiento inesperado en el País Vasco que alteró la dirección de la guerra y aceleró su progresión hacia una conclusión inesperada. El 21 de junio de 1897 Cánovas, que pasaba unos días en el balneario de Santa Águeda de Arrasate, no lejos de San Sebastián, fue asesinado por el anarquista italiano Michele Angiolillo, que en principio había decidido matar a algún miembro de la fa-

[50] A. Helg, *op. cit.*, p. 76.

milia real española en venganza por la reciente ejecución de media docena de anarquistas en Barcelona. A su paso por París se reunió con el doctor Ramón Emeterio Betances, un activista puertorriqueño mulato muy relacionado con exiliados cubanos, quien al parecer le convenció de que el primer ministro sería un blanco más significativo y le dio quinientos francos para ayudarle en la empresa.

Las tres balas de Angiolillo hicieron tanto por el movimiento independentista cubano como tres años de guerra. Los periódicos de Nueva York saludaron el atentado con excitación, declarando que los cubanos lograrían ahora seguramente su libertad. En Madrid la repentina muerte de Cánovas provocó un cambio político inmediato, con el regreso de Práxedes Mateo Sagasta, el viejo dirigente liberal, como primer ministro, ahora convencido de la conveniencia de conceder cierta autonomía a Cuba y otras colonias. Sagasta nombró a Segismundo Moret, quien unos años antes había ayudado a poner fin a la esclavitud, como nuevo ministro de Ultramar. Moret defendía para Cuba, siguiendo el ejemplo canadiense, el estatus de dominio, una idea popular entre muchos cubanos influyentes. Se prometió una nueva Constitución, lo que incluía el sufragio universal para los varones y un parlamento con dos cámaras. La oferta era atractiva, aunque se mantuviera la dependencia de España.

Weyler dimitió en cuanto tuvo noticia del proyecto, lo que le vino muy bien a Sagasta, consciente de que la impopularidad del general en Estados Unidos ayudaba allí a los partidarios de la guerra. El costo de ésta para España había sido inmenso, tanto en dinero como en hombres. Desde 1895 se habían enviado unos 200.000 soldados a Cuba y no quedaban reservas para otras guerras. Cuba no era la única preocupación de España. Desde agosto de 1896 afrontaba otra insurrección colonial, ésta en Filipinas. Las guerras en Cuba y Filipinas se desarrollaron paralelamente, con muchas características idénticas[51]. El general

[51] El nuevo capitán general de Filipinas era el general Camilo García Polavieja, un viejo conocido en Cuba de la escuela de Weyler, que en otro tiempo había enarbolado la bandera racista contra Maceo. Su primera decisión al llegar a Manila en diciembre de 1896 fue ordenar la ejecución del líder nacionalista filipino José Rizal, considerado como el José Martí de las Filipinas. Rizal había sido encarcelado tras una breve estancia en Londres y Polavieja pensó que su muerte desanimaría a los rebeldes que apoyaban el movimiento independentista. Quizá lamentaba haber ordenado unos años antes el exilio de Maceo en lugar de su ejecución. Matar a Rizal fue un error, ya que su muerte incitó a la rebelión y la situación militar de los españoles en Filipinas se

Ramón Blanco, capitán general en Manila desde 1893, regresó a Madrid de 1896 y fue destinado a La Habana en noviembre de 1897.

En las Filipinas, sin tropas adicionales disponibles, España se había visto obligada a negociar. Ramón Blanco tenía un proyecto similar para Cuba. Habría gobierno autónomo y negociaciones. Los éxitos de Weyler habían exigido un precio que España ya no podía permitirse. No se iban a producir nuevas ofensivas militares. Se decretó una amnistía para todos los prisioneros políticos cubanos encerrados en cárceles españolas y se estableció finalmente un gobierno «autónomo» encabezado por José María Gálvez, un viejo líder autonomista de la década de 1870.

España había conseguido la paz en las Filipinas para concentrarse más en Cuba, pero el programa reformista de Sagasta no convenció a Máximo Gómez, quien con su experiencia del Pacto del Zanjón rechazó todas las ofertas de negociación. Sabía que los autonomistas estaban aislados; sólo un pequeño grupo favorecía todavía el autonomismo. Como muchas otras veces en las historias de desenganche colonial, el poder imperial ofrecía demasiado poco y demasiado tarde. Cuba estaba ahora irremediablemente dividida entre los rebeldes independentistas y los inmigrados leales a España, enfrentados a muerte.

En Madrid la reina regente María Cristina se mostraba a disgusto, quejándose de que el programa de paz de Sagasta era una concesión a Estados Unidos[52]. Estaba en lo cierto, pero ni siquiera esa concesión era suficiente. Seis meses después, la historia de Cuba y Filipinas quedó alterada por la decisión estadounidense de declarar la guerra al Imperio español. La flota española en el Pacífico fue destruida en la bahía de Manila el 1 de mayo de 1898 y la capital filipina cayó en manos de las fuerzas estadounidenses el 13 de agosto[53]. Un destino similar parecía anunciarse para Cuba.

---

hizo tan desesperada como lo había sido en Cuba. Polavieja pidió refuerzos, pero fue informado en abril de 1897 de que todos los soldados disponibles habían sido enviados a Cuba. Dimitió como protesta, siendo sustituido por el general Fernando Primo de Rivera, quien llegó sabiendo que no le enviarían más tropas y que tendría que negociar con los rebeldes, ahora acaudillados por Emilio Aguinaldo. En diciembre de 1897 se firmó una tregua en Bicabató y se concedió una amnistía. Aguinaldo partió para el exilio Hong Kong, acompañado por el sobrino del gobernador, Miguel Primo de Rivera, más tarde dictador en España de 1923 a 1930 y padre del fundador de la Falange.

[52] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 209.

[53] Los estadounidenses llevaron con ellos a Manila a Emilio Aguinaldo, esperando que cooperara con su invasión, pero pronto recomenzó su campaña independentista

«¡Recordad el *Maine*!»: la intervención estadounidense en Cuba, 1898

En el extremo nordeste de Santiago de Cuba un puñado de villas confortables y los jardines arbolados del hotel San Juan rodean una pequeña colina cubierta de césped con unos pocos cañones antiguos y monumentos conmemorativos de piedra. Se trata de la Loma de San Juan, que en otro tiempo marcaba el límite de las defensas de la ciudad. Aquí es donde el 1 de julio de 1898 tuvo lugar la única batalla terrestre significativa entre unidades estadounidenses y españolas durante la breve guerra entre ambas potencias por la posesión de Cuba. Fue un combate muy desigual, entre menos de 1.000 defensores españoles y más de 3.000 soldados estadounidenses, pero aun así duró todo un día y las pérdidas estadounidenses fueron importantes: 223 muertos y más de 1.000 heridos. Los españoles tuvieron la mitad de bajas.

Aquel acontecimiento es recordado por los estadounidenses debido a la participación en la batalla de Theodore Roosevelt, entonces subsecretario estadounidense de la Armada y que en el plazo de tres años se iba a convertir en presidente. Su colorido regimiento de los «rudos jinetes», oficialmente conocido como Primer Regimiento de Voluntarios de Caballería (pero al que también se llamaba «los terrores de Eduardito»), recibió mucha publicidad por aquellos días. A su cabeza estaba el general Leonard Wood –gran amigo de Roosevelt, médico del presidente McKinley y pronto gobernador de Cuba– y constituía una representación bastante equilibrada de la población estadounidense; como escribió Roosevelt en sus memorias de guerra, sus miembros se habían reclutado entre «los montaraces cazadores de las Rocosas y los cowboys de las grandes llanuras»[54]. Un soldado de Arizona escribía años después que el contingente estaba formado por «millonarios, pobres, leguleyos, cowboys, curanderos, granjeros, profesores de institu-

---

en Luzón. Cuando se le negó la entrada en Manila estableció una república independiente en las Visayas [islas centrales del archipiélago, entre Luzón y Mindanao *(N. del T.)*], en Malolos, que siguió resistiendo después de que las Filipinas fueran cedidas a Estados Unidos por el tratado de París de diciembre de 1898. Los estadounidenses hicieron llegar refuerzos, aumentando su presencia militar hasta 60.000 soldados y poco a poco fueron aplastando a los rebeldes, que se desanimaron tras la captura de Aguinaldo en marzo de 1901.

[54] T. Roosevelt, *The Rough Riders,* Londres, 1899, p. 6.

to, mineros, aventureros, predicadores, buscadores de oro, socialistas, periodistas, agentes de seguros, judíos, políticos, gentiles, gitanos, cristianos, indios, graduados en West Point, patanes de Arkansas, jugadores de béisbol, *sheriffs* y cuatreros»[55]. Había una compañía formada exclusivamente por amerindios: cheroquis, chikasawas, choktawas y creeks. Los «rudos jinetes» eran sólo una de las muchas unidades de voluntarios que formaban la fuerza invasora estadounidense, pero en torno a tales personajes se creaban fáciles mitos. Muchas de las fantasías asociadas a la campaña de Cuba, grabadas indeleblemente en la memoria popular de Estados Unidos, tienen que ver con lo variopinto y dispar de ese conglomerado de gentes.

Los cubanos recuerdan la intervención estadounidense con menos afecto. Calixto García, el comandante rebelde más próximo a Santiago –que operaba desde las faldas de Sierra Maestra– fue invitado por los estadounidenses a aportar tropas para distraer a las fuerzas españolas durante el avance estadounidense hacia la ciudad. Envió a 3.000 de sus hombres, pero a ninguno de ellos se le invitó a participar en las subsiguientes celebraciones de la victoria. Gracias a la invasión estadounidense Cuba quedó libre del control español en apenas tres semanas, pero los cubanos llevaban combatiendo más de tres años. Observaron tristemente desde la banda cómo les arrebataban la victoria.

Roosevelt tuvo una actuación destacada en la batalla de la Loma de San Juan, como lo fue también la de William Randolph Hearst, propietario del patriotero *New York Journal*[56]. Su periódico y los de sus rivales, en una prolongada competencia por la tirada, hicieron cuanto pudieron por excitar a la opinión pública –y por ende al gobierno– en favor de la intervención militar estadounidense contra España, publicando propaganda procubana durante toda la guerra. Hearst no podía permanecer al margen de una guerra que había promovido tan ardientemente.

Pero si bien Hearst preparó el terreno para la intervención, el *casus belli*, el acontecimiento que la hizo inevitable, ocurrió inesperadamen-

---

[55] H. Hagedorn, *Leonard Wood: A Biography*, Nueva York, 1931, vol. I, p. 147.

[56] Hearst tuvo un famoso cruce de mensajes con su corresponsal (y artista de guerra) Frederic Remington. En febrero de 1897 Remington envió a Hearst desde el hotel Inglaterra de La Habana un cable que todos los corresponsales de guerra recuerdan haber enviado en algún momento: «Todo está tranquilo [...] No habrá guerra. Quiero regresar». La respuesta de Hearst fue inmediata y breve: «Por favor, siga ahí. Usted haga los dibujos, que yo pondré la guerra».

te cinco meses antes. El 15 de febrero de 1898 el buque de guerra estadounidense *Maine* se encontraba pacíficamente anclado en el puerto de La Habana cuando, sin advertencia previa, una gigantesca explosión lo hundió, matando a 258 marineros estadounidenses.

Roosevelt anotó en su diario que «el *Maine* fue hundido por un acto de sucia traición» y la prensa estadounidense acusó del desastre a una mina española, opinión compartida por la subsiguiente investigación oficial estadounidense. Las autoridades españolas rechazaron la acusación, asegurando que en el interior del barco había tenido lugar una explosión, opinión a la que más tarde, en 1910, se sumó Irene Wright: «La opinión prevaleciente –decía– es que el *Maine* no fue deliberadamente hundido por españoles o cubanos, sino por una explosión en su propia caldera»[57]. Muchos años más tarde, en la década de 1970, el almirante estadounidense Hyman Rickover ofreció sólidas pruebas en favor de esa opinión, concluyendo que un fuego de carbón junto al polvorín había sido la causa de la explosión. Accidentes parecidos habían tenido lugar en otras ocasiones en buques estadounidenses, aunque sin resultados tan graves[58].

El hundimiento del *Maine* fue un accidente, pero ningún estadounidense lo creía en aquel momento. Los recelos que habían impedido a Washington hasta aquel momento tomar la decisión de intervenir quedaron descartados. El gobierno estadounidense, acicateado por la prensa, no tenía otra opción que declarar la guerra. Entre febrero y abril tuvieron lugar negociaciones entre Estados Unidos y España, pero, aunque otros países europeos pidieron a ambos bandos que aceptaran un pacto negociado, no fue posible llegar a un acuerdo. El 25 de abril de 1898 el gobierno estadounidense declaró la guerra a España y ordenó a su ejército y su armada que se prepararan para una invasión, no sólo de Cuba, sino de las demás islas en poder de los españoles en el Caribe y en el Pacífico, esto es, Puerto Rico, las Filipinas y la isla de Guam. Estados Unidos se vio pronto comprometido en una guerra mucho más ambiciosa que la que podía tener como finalidad garantizar la libertad de Cuba. Lo que poco antes se percibía como «guerra

[57] I. Wright, *Cuba*, cit., p. 502.

[58] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., pp. 1039-1040. Véase H. G. Rickover, *How the Battleship Maine was Destroyed*, Dept. of the Navy, Naval History Division, Washington, 1976.

de liberación nacional de Cuba» se convirtió en la «guerra hispano-estadounidense» que tendría como consecuencia la liquidación de los restos del Imperio español al cabo de cuatrocientos años.

La actitud estadounidense hacia el desastre del *Maine* fue una mezcla de horror y orgullo patriótico, a los que se añadía un deseo irresistible de venganza. Se presentaron voluntarios a millares. John Black Atkins, un corresponsal británico que llegó a Manhattan en abril, describió así en las páginas del *Manchester Guardian* las escenas de extraordinario regocijo público que pudo contemplar ante la perspectiva de la guerra:

> La bandera estadounidense ondeaba por todas partes, en las calles y colgada de las ventanas. Se podían leer declaraciones belicosas y boletines de guerra pegados en los escaparates. Hombres, mujeres y perros iban por las calles con escarapelas o medallones con los colores estadounidenses y también los llevaban las bicicletas, pintadas como para un desfile. Por todas partes se veían letreros en los que se leía: «¡Recuerda el *Maine*!»[59].

El *Maine* fue la excusa, pero cualquier otro acontecimiento podría haber servido como detonante. En Estados Unidos reinaba un ambiente notablemente expansionista, tras poner fin simbólicamente a siglos de resistencia india en la masacre de Wounded Knee de diciembre de 1890, cuando el Séptimo de Caballería aplastó a los siux lakota de Dakota del Sur. El estado de ánimo del pueblo también había cambiado y los políticos se hacían eco de ese cambio. Roosevelt y su amigo Henry Cabot Lodge sólo eran las figuras más destacadas entre los que aspiraban a un papel mundial más relevante para Estados Unidos.

Todo esto se vio reforzado por la aparición de la «prensa amarilla», periódicos combativos, competitivos y fieramente nacionalistas con una circulación masiva. Esos periódicos contribuyeron a crear la atmósfera patriotera prevaleciente, y se aprovecharon de ella, dedicando gran atención al desarrollo de los acontecimientos en Cuba. Los detalles de una guerra en el extranjero, tan cerca de casa y con consecuencias tan obvias para la seguridad estadounidense, les ayudaban a multi-

[59] J. Black Atkins, *The War in Cuba: The Experiences of an Englishman with the United States Army*, Londres, 1899, p. 9.

plicar sus tiradas. Los exiliados cubanos en Nueva York, en particular Tomás Estrada Palma y su equipo, no tardaron en proporcionar a los periódicos abundante información, insistiendo en el abuso de los derechos humanos. Las atrocidades de Weyler y los sufrimientos del pueblo cubano se hicieron moneda corriente en Estados Unidos.

El gobierno estadounidense, aguijoneado por una opinión pública estridente y caldeada por la prensa, seguía muy de cerca cuanto acontecía en Cuba desde 1895. La historia y experiencia de la Doctrina Monroe durante sesenta años no iba a ser fácilmente abandonada; pero el gobierno estaba dividido y se mostraba reacio a intervenir. El presidente Grover Cleveland se inclinaba por la neutralidad y juzgaba que lo mejor era una mediación, tratando de evitar la intervención. En abril de 1896 Estados Unidos hizo una oferta de mediación a Cánovas, manifestando su preocupación por «todas las luchas por la libertad», pero el primer ministro español rechazó la oferta. La diplomacia secreta continuó, pero ahora se examinaron otras posibilidades y entraron en juego otras instituciones gubernamentales estadounidenses. La oficina de inteligencia naval pidió en junio de 1896 que se elaboraran planes de guerra para una posible confrontación con España.

Durante la campaña de las elecciones presidenciales en otoño de 1896 Cuba estuvo en el primer plano de la atención pública. El presidente saliente Cleveland fue acusado de «no hacer nada con respecto a Cuba». Mientras la prensa publicaba regularmente informes sobre las atrocidades que allí se producían, en las elecciones salió derrotado William Jennings Bryan, un demócrata hostil al expansionismo, venciendo el candidato republicano William McKinley, que se convirtió en presidente en marzo de 1897 y nombró inmediatamente a Roosevelt como subsecretario de la Armada. El nuevo embajador en Madrid recibió el encargo de comunicar al gobierno español que si no se tomaban medidas para acabar con el conflicto cubano, Estados Unidos las tomaría por su cuenta.

El rechazo de Gómez a negociar hacía correr el tiempo en contra de España. El hundimiento del *Maine* hizo inevitable la intervención. El 22 de abril de 1898, tres días antes de la declaración formal de guerra de Estados Unidos, el gobierno español hizo un último esfuerzo desesperado: en una carta a Gómez, Ramón Blanco sugería una alianza entre España y Cuba contra Estados Unidos: «Los cubanos recibirán armas del ejército español y con el grito «¡Hurra por España, hurra

por Cuba!», haremos retroceder al invasor y mantendremos libres del yugo extranjero a los descendientes de una misma raza»[60].

Este despropósito no le sirvió evidentemente de nada. El tardío y humillante llamamiento de Blanco a la unidad hispánica y al amor instintivo a la libertad de la raza blanca no despertó una respuesta favorable en las tropas de negros y mulatos del campo rebelde. Gómez envió una concisa respuesta diciendo que era «demasiado tarde», aunque su carta a Blanco sugiere su aparente confianza en que las intenciones de Estados Unidos eran honorables:

> Usted representa a una monarquía anticuada y desacreditada y nosotros luchamos por los mismos principios que Bolívar y Washington. Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra el invasor extranjero. Yo conozco sólo una raza, la humanidad [...] España lo ha hecho muy mal aquí y Estados Unidos está cumpliendo con respecto a Cuba un deber de humanidad y civilización [...] No veo el peligro de nuestro exterminio por Estados Unidos al que usted se refiere [...] Si tal cosa llega a suceder, la historia lo juzgará.

Y de hecho así iba a suceder.

La historia, escrita en Cuba o en cualquier otro lugar, no ha sido caritativa en su consideración de los resultados finales de la intervención estadounidense; aun así, la mayoría de los dirigentes rebeldes cubanos le dieron la bienvenida en su momento. Martí y Maceo podrían haber puesto objeciones, pero ambos estaban muertos. Los principales dirigentes cubanos en aquel momento eran Gómez, como jefe supremo militar, y Masó, presidente del «gobierno provisional». Gómez, al rechazar la oferta de alianza de Blanco, había aceptado implícitamente la intervención estadounidense, mientras que Masó le dio una cálida bienvenida. La gloriosa revolución iniciada por José Martí estaba a punto de triunfar, declaró Masó, «gracias a la magnánima ayuda de Estados Unidos; y nuestras armas, que no fueron nunca vencidas por los españoles en tres años de guerra, obtendrán pronto la victoria». Masó apoyaba la invasión, aunque más tarde lamentó su decisión y se opuso decididamente a la Enmienda Platt, que inscribió la amenaza perma-

[60] Citado en H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 218.

nente de la intervención estadounidense en la Constitución de la Cuba independiente.

La posición de Calixto García, comandante en Oriente, era más ambigua. Alejado desde hacía tiempo de los exiliados cubanos en Estados Unidos, no era apenas consciente de que los estadounidenses estaban a punto de desembarcar en su área de operaciones hasta que un teniente estadounidense llegó en secreto a su base en las montañas en mayo de 1898. No sabía si cooperar o no y se vio obligado a tomar una decisión pragmática sobre la marcha, decidiendo en el último momento ayudar a las fuerzas invasoras. Gran parte de sus hombres fueron transportados a lo largo de la costa por los estadounidenses para desembarcar en Daiquirí, al este de Santiago. García recibió la visita de William Hearst y le agradeció el apoyo de sus periódicos a la causa cubana, regalándole una bandera rebelde. Como Masó y muchos otros lamentó más tarde la invasión estadounidense, pero sólo vivió lo bastante para ver los primeros meses de la ocupación, ya que murió repentinamente en diciembre durante una visita a Washington.

La ambigüedad de muchos cubanos con respecto a la invasión estadounidense era en parte consecuencia de la Enmienda Teller, una cláusula añadida a la declaración de guerra de abril y ratificada por el Congreso estadounidense que declaraba que la ocupación de Cuba no sería permanente. Esa enmienda, presentada por el senador Henry Teller bajo presión del *lobby* de exiliados cubanos, constituía un rechazo categórico de cualquier intento colonialista:

> Estados Unidos descarta cualquier pretensión o intención de ejercer su soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla excepto para su pacificación y asegura su determinación de que cuando eso se cumpla, dejará el gobierno y el control de la isla a su propio pueblo.

La Enmienda Teller llevó a muchos cubanos a creer que la invasión no tendría desagradables consecuencias; también aseguraba que la intervención era percibida en Estados Unidos en aquel momento, y durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, como un gesto desinteresado, una acción humanitaria que liberaba la isla de un régimen colonial represivo. La política estadounidense, tal como se llevaba a la práctica, no fue nunca tan diáfana o moralmente intachable.

La primera victoria estadounidense tuvo lugar al otro lado del mundo, cinco días después de la declaración de guerra. El 1 de mayo una flota

estadounidense bajo el mando del comodoro George Dewey destruyó la flota española del Pacífico en la bahía de Manila, con lo que quedaba abierta la vía para la conquista estadounidense de las Filipinas.

La flota española del Atlántico, bajo el mando del almirante Pascual Cervera, recibió la orden de dirigirse desde Cádiz hacia el Caribe, haciendo que muchos estadounidenses temieran que su destino fuera la costa oriental de Estados Unidos. Pero la flota acudía a defender Cuba, no para atacar Estados Unidos, y a finales de mayo estaba anclada a salvo en la gran bahía de Santiago. Permaneció allí durante más de un mes, cercada por una gran flota estadounidense bajo el mando del almirante William Sampson, que aguardaba en el exterior de la bahía.

La flota de Sampson había partido de Cayo Hueso el 25 de abril, tras la declaración de guerra, y llegó a Oriente a finales de mayo. Tras bombardear las fortificaciones del Morro se enviaron exploradores para buscar un lugar adecuado donde desembarcar una fuerza expedicionaria. Un millar de hombres desembarcaron en la bahía de Guantánamo, encontrando una considerable resistencia de las fuerzas españolas, pero al final consiguieron establecer contacto con un contingente de fuerzas cubanas rebeldes.

La principal fuerza invasora estadounidense, con más de 15.000 soldados mandados por el general William Rufus Shafter, no salió de Tampa hasta el 14 de junio. «Fue una expedición muy afortunada –escribió Richard Harding Davis, el corresponsal de *Harper's*–, conducida con auténtico optimismo americano y la disposición a aprovechar todas las oportunidades [...] Como dijo uno de los generales a bordo: "Ésta es la guerra de Dios todopoderoso y nosotros sólo somos sus agentes"»[61]. Ese general era probablemente Leonard Wood, comandante de los «rudos jinetes», quien comentaba así a su mujer lo que le parecía el comienzo de una nueva política para Estados Unidos: «Por difícil que parezca [...] se trata de la primera gran expedición que nuestro país ha enviado al exterior y marca el comienzo de una nueva era en nuestras relaciones con el mundo»[62].

El general Shafter pasó el tiempo leyendo un informe de la desastrosa expedición a Guantánamo en 1742 del almirante Edward Vernon. Recordando los problemas de aquel intento británico, decidió

[61] R. Harding Davis, *The Cuban and Porto Rican Campaigns,* Nueva York, 1899.
[62] H. Hagedorn, *op. cit.*, vol. I, p. 160.

desembarcar sus fuerzas más cerca de Santiago. El asalto inicial tuvo lugar en Daiquirí el 22 de junio, tras un duro bombardeo desde el mar de las posiciones españoles. Se trataba de una playa abierta, apartada del muelle de hierro utilizado para embarcar el mineral de la Spanish-American Iron Company, en la que ya el primer día desembarcaron 6.000 hombres.

La resistencia española fue escasa y los estadounidenses pronto establecieron contacto con una fuerza local cubana de 1.500 hombres que llegó desde Bayamo. El contingente de 3.000 hombres de Calixto García fue transportado en lanchas pocos días después. «Los insurgentes eran hombres increíblemente enclenques, andrajosos y míseros –escribió John Black Atkins–. Muchos de ellos no llevaban más que unos pingajos que recordaban vagamente el aspecto de una camisa o unos pantalones. Eran tan pobres como pueden serlo unos hombres que se han estado alimentando sólo de habas de cacao y mangos. Siempre que encendíamos fuego se presentaba silenciosa e inexplicablemente algún cubano, como un fantasma, y nos pedía comida»[63].

Atkins se dio cuenta de lo pronto que los soldados estadounidenses se desencantaron de sus aliados cubanos, en parte porque

> los insurgentes cubanos consideraban a cada estadounidense como una especie de institución de caridad y esperaban que se les diera algo en cada momento. Señalaban continuamente a la camisa, la casaca o los pantalones del estadounidense y luego a sí mismos, dando a entender que deseaban recibirlos como regalo.

Había una razón adicional para la falta de camaradería entre los dos ejércitos: los estadounidenses eran en su mayoría blancos mientras que los cubanos eran mayoritariamente negros.

Al cabo de una semana la fuerza invasora estadounidense había desembarcado y avanzaba por las carreteras del interior hacia su encuentro con los españoles en la Loma de San Juan del 1 de julio. La victoria estadounidense selló el destino de las fuerzas españolas en la isla y dos días después Estados Unidos obtuvo un éxito comparable en el mar. El almirante español no deseaba correr la misma suerte que la flota del Pacífico en la bahía de Manila, pero cuando Santiago parecía

[63] J. Black Atkins, *op. cit.*, p. 98.

a punto de caer en manos de las fuerzas terrestres estadounidenses recibió la orden de abandonar el puerto para que a sus barcos no les sucediera lo mismo. El 3 de julio toda la flota española salió del puerto, en un gesto suicida del Imperio español más que de la propia flota, para ser saludada a cañonazos por los buques estadounidenses. Los navíos españoles fueron atacados, dispersados y hundidos.

La victoria terrestre y marítima de Estados Unidos era ahora completa y los términos de la rendición se acordaron dos semanas después, el 17 de julio. Había que tomar decisiones en La Habana, Washington y Madrid, y las subsiguientes negociaciones fueron difíciles y prolongadas, pero la bandera de las barras y estrellas ondeaba ya en el palacio de Santiago y el general Leonard Wood fue nombrado nuevo gobernador de la ciudad.

El general Wood y la ocupación estadounidense de Cuba, 1898-1902

Estados Unidos gobernó Cuba durante cuatro años mediante lo que fue, de hecho, una dictadura militar. El capitán general español fue sustituido por un general estadounidense. La naturaleza y duración de la ocupación desde 1898 hasta 1902, así como el papel que le correspondía a su ejército, fueron asuntos discutidos una y otra vez en el Congreso estadounidense, sin que se llegara a ninguna decisión clara. ¿Qué cambios necesitaba Cuba y cuánto iba a durar la ocupación?

Estados Unidos no tenía experiencia previa en gobernar un país extranjero y sus oficiales presentes en Cuba sólo podían remitirse a sus experiencias treinta años antes, cuando habían administrado los Estados del Sur al final de la guerra civil. Ése era el modelo con el que estaban familiarizados y el que iban a seguir en Cuba.

Una vez destruida la flota española y ocupada la isla por tropas estadounidenses, los oficiales de los ejércitos regulares de España y Estados Unidos observaron todas las normas de la época. El general Adolfo Jiménez Castellanos, el último capitán general español de la isla de Cuba, inclinó la cabeza en una ceremonia formal en La Habana en diciembre de 1898 y entregó las llaves de la ciudad al general John Brooke, tercero en el escalafón del ejército estadounidense. El general Wood lo sustituyó un año después, pero permaneció en Santiago du-

rante 1899. Estados Unidos mantuvo la administración española y los funcionarios y empleados del gobierno español fueron confirmados en sus puestos. Muchos de ellos permanecieron allí hasta bien avanzada la independencia.

Los cubanos –los soldados, los oficiales y el pueblo– fueron tratados con menos generosidad, tanto por los recién llegados como por los españoles en retirada. Los soldados de reemplazo españoles, impacientes por regresar a casa, vengaron su frustración sobre la población y las propiedades de la provincia de Oriente antes de partir. Mataron el ganado y llenaron de estiércol los pozos de agua potable[64]. Los estadounidenses se mostraban obsesionados por la higiene, recogiendo basura de las calles, limpiando las alcantarillas y emprendiendo una campaña contra las enfermedades tropicales que contraían buena parte de sus tropas; pero los nuevos gobernantes desdeñaban a los soldados de los ejércitos de Gómez y Calixto García, menospreciaban a los cubanos en general y muy en particular, y descaradamente, a la población negra. Las negociaciones oficiales se llevaron a cabo sobre todo con la rica comunidad de comerciantes y con los exiliados en Nueva York y Florida que regresaban al país, cubanos blancos educados en Estados Unidos y familiarizados con las costumbres estadounidenses y con su lengua.

A esos cubanos «yanquis» se les unió pronto una corriente de ciudadanos estadounidenses que llegaban a visitar el territorio recién conquistado o a planificar una nueva vida. Un corresponsal del *New Yok Times* informaba en mayo de 1900 que

> Cuba está atestada de estadounidenses de todas las edades, de todos los niveles de vida, de todas las profesiones o sin profesión. Desde la abuelita de pelo gris hasta el adolescente que vende periódicos la calle, hay estadounidenses por todas partes. Hace años todos se apresuraban hacia el oeste de Estados Unidos; ahora la marea se dirige hacia el sur, hacia Cuba [...] A juzgar por las apariencias, muchos pensaban que iban a encontrar las calles pavimentadas con oro, a la espera de que alguien viniera a recogerlo[65].

---

[64] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 238.

[65] *New York Times,* 7 de mayo de 1900, citado en L. Pérez, *On Becoming Cuban,* cit., p. 96.

Una de las primeras tareas de las fuerzas de ocupación fue elaborar un censo[66]. La población total se cifró oficialmente en 1.500.000 habitantes, con 250.000 en La Habana. El censo sugería que la población negra había disminuido hasta el 32 por 100, el menor porcentaje registrado desde el siglo XVIII, aunque esa cifra pudo verse condicionada por los deseos de los organizadores del censo. También revelaba que habían desaparecido del registro unos 300.000 habitantes, una quinta parte la población, suponiéndose que esto era consecuencia de la guerra. De hecho, los cuatro años de guerra habían sido muy destructivos en cuanto a vidas humanas y propiedades. Las enfermedades y las batallas, junto con la política de «concentración» de la población, habían diezmado al pueblo cubano. El general Fitzhugh Lee, comandante estadounidense en La Habana, dio a conocer un informe devastador de la situación en Pinar del Río en el otoño de 1899:

> Los negocios de todo tipo, así como las tareas agrícolas, quedaron suspendidos; se destruyeron grandes haciendas azucareras con su enorme y cara maquinaria, quemando las casas, robando el ganado para su consumo por las tropas españolas o simplemente abandonándolo a su suerte. No había apenas bueyes para arrastrar un arado, si es que quedaba alguno, ni un cerdo en las pocilgas, ni una gallina que pusiera un huevo para los indigentes que todavía se agarraban a la vida, la mayoría de ellos enfermos, fatigados y debilitados. Por todas partes se podían ver kilómetros y kilómetros de tierras sin presencia de seres humanos o animales domésticos. La gran y fértil isla de Cuba parecía en algunos lugares un montón de cenizas y, en otros, el desierto más desolado que quepa imaginar[67].

Una importante tarea adicional que tuvo que afrontar el gobernador militar fue la creación de una fuerza de seguridad cubana. Los soldados del ejército español habían partido para la metrópoli tras su rendición y los del ejército rebelde cubano, unos 30.000, recibieron en mayo de 1899 una pensión de 75 dólares como compensación por entregar sus armas. El gobierno estadounidense, que planeaba asumir la defensa de la isla, se mostraba reacio a crear un ejército permanente y

---

[66] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 246.

[67] Citado en L. Pérez, *On Becoming Cuban*, cit., p. 101.

tomó la decisión de recrear la Guardia Rural paramilitar, que ya existía en forma embrionaria en la era española. Estados Unidos introdujo en esa fuerza la segregación racial, causando un notable resentimiento y desilusión entre los combatientes negros del ejército mambí. Los oficiales eran casi todos blancos.

La Guardia Rural estaba destinada a absorber parte de los soldados rebeldes desmovilizados, que no tenían empleo ni adónde ir, y a afrontar el problema crónico del bandidaje en el campo que proseguía mucho después de que la guerra hubiera acabado. No todos apoyaron su creación. El general James Wilson, un oficial estadounidense notablemente progresista a cargo de Matanzas, se opuso enérgicamente, temiendo que condujera a una dictadura militar, como en muchos otros lugares de Latinoamérica. «Dadme el dinero –escribió– para comprar bueyes y herramientas para la reconstrucción de los bohíos de los campesinos y garantizo que habrá paz y orden»[68]. Nadie le escuchó.

La ausencia de un verdadero ejército iba a crear serias dificultades en los primeros años de la República y dejó las fuerzas armadas cubanas en una situación muy diferente a la de instituciones parecidas en otros países de Latinoamérica[69]. Cuando Cuba alcanzó la independencia la Guardia Rural se complementó con una minúscula fuerza de artillería de 150 cubanos blancos, supuestamente bajo el mando directo del presidente.

A pesar de la Enmienda Teller, la mayoría de los estadounidenses que gobernaban Cuba pensaban que habían llegado allí para quedarse, y esa suposición se vio confirmada por las palabras del presidente McKinley al Congreso, asegurando, en diciembre de 1898, que el gobierno militar permanecería en Cuba «hasta que haya una total tranquilidad en la isla y se constituya un gobierno estable». Nadie sabía cuánto duraría eso. La mayoría suponía que la ocupación se mantendría hasta un distante futuro, o incluso que sería permanente, como sucedió en Puerto Rico, conquistado en agosto. Pocos imaginaban que no iba a durar más que cuatro años.

El general Brooke creía que su gobierno era popular y se mantendría largo tiempo. «No hay ni un hombre sensato que piense que po-

---

[68] R. Martínez Ortiz, *Cuba: los primeros años de independencia*, París, 1929, pp. 76-77.
[69] R. Fermoselle, *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912*, Montevideo, 1974, p. 29.

demos irnos de aquí a corto plazo», informó en enero de 1900, al final de su primer año de mandato. El periodo de ocupación no se «medía en meses sino en años». Brooke aseguraba que había «consultado a todas las clases», pero sólo habló con los elementos más conservadores de la sociedad cubana, que le dijeron que lo que él quería oír: que los cubanos apoyaban la anexión por Estados Unidos.

Brooke tenía planes para gobernar el país por su cuenta y se limitó a buscar cubanos para encabezar los cuatro principales departamentos del gobierno: interior, finanzas, justicia y educación, y agricultura, comercio e industria. Todos los que recibieron puestos ministeriales habían vivido en el exilio en Estados Unidos y, además, eran blancos. La economía quedó a buen recaudo en manos estadounidenses. El importante Departamento de Aduanas, que generaba abundantes ingresos, fue puesto bajo control militar estadounidense, a cargo del comandante Tasker Bliss.

El general Brooke fue apartado en diciembre de 1899 en favor del general Wood. Al igual que Brooke, éste creía que se mantendría mucho tiempo en el puesto, y como todos los gobernadores coloniales obtuvo poca cooperación de los gobernados y vertió su desprecio en cartas privadas a McKinley: «Estamos tratando con una raza que ha ido degenerando continuamente durante cien años», escribió en abril de 1900[70]. McKinley le había encargado que «preparara al pueblo» para una forma de gobierno republicana, diciéndole: «Le dejo a usted los detalles de procedimiento. Déles un buen sistema escolar, trate de enderezar los tribunales, edúqueles lo mejor que pueda. Queremos hacer cuanto podamos por ellos y salir de la isla tan pronto como podamos hacerlo con seguridad».

El general Wood, al que su presidente había ordenado hacer algo con respecto a la educación y que creía todavía en la anexión final por parte de Estados Unidos, emprendió la organización de la enseñanza en el país según líneas estadounidenses, adaptando las escuelas españolas existentes al sistema habitual en Ohio y construyendo otras nuevas. Se tradujeron libros de texto del inglés y se enviaron profesores a Estados Unidos para recibir instrucción, tanto en el programa estadounidense como en sus métodos de enseñanza[71].

---

[70] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 445.

[71] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 259.

También llegaron multitud de misioneros protestantes con el afán de «convertir a los católicos [...] a la cristiandad evangélica y encarrilarlos de acuerdo con las ideas prevalecientes en Estados Unidos»[72]. Metodistas, baptistas, episcopalianos y presbiterianos fundaron nuevas iglesias. Los metodistas se especializaron en ofrecer una educación segregada exclusiva para los niños de la elite blanca.

Los ocupantes estadounidenses, racistas en casi todos los demás aspectos, se felicitaban de la mano de obra barata que podían obtener donde quisieran. Aunque en las ciudades había menos empleos regulares, quedaban muchos puestos de trabajo por cubrir en las plantaciones y en las minas. Pronto los patronos comenzaron a buscar en las islas más próximas del Caribe, como durante los primeros años de ocupación española. Los propietarios de plantaciones y las compañías mineras, enfrentados a la escasez de posguerra, reclutaron obreros negros en Haití y Jamaica. En el primer semestre de 1900 llegó un millar de ellos. Entre los cubanos blancos pronto resucitaron los viejos temores al predominio negro y las autoridades militares ordenaron que se detuviera la inmigración. Cuando una compañía estadounidense pretendió importar 4.000 obreros de Jamaica para construir una nueva línea férrea a lo largo de toda la isla, las autoridades estadounidenses se vieron obligadas a impedirlo tras las protestas de los cubanos de Santiago. Los estadounidenses captaron finalmente el mensaje y Frank Steinhart, ayudante de campo del general Brooke, defendió «la inmigración sólo de blancos», sugiriendo que habría que traer trabajadores del norte de España[73].

El estado de ánimo de Washington comenzó a cambiar tras el primer año de ocupación. El presidente y el Congreso estaban cada vez más preocupados por los gastos de sus nuevas responsabilidades imperiales. Cuba, por sí sola, costaba medio millón de dólares al mes. Había que pensar también en las Filipinas y ajustar el presupuesto. La conquista de Manila había sido bien recibida por la población local, pero la subsiguiente ocupación había despertado la resistencia. La rebelión no quedó aplastada hasta 1901. La creación de un imperio estadounidense en el Pacífico estaba resultando muy cara, y lo mismo pa-

[72] Citado en A. Helg, *op. cit.*, p. 95.

[73] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 431. Véase también C. Gauld, *The Last Titan: Percival Farquhar, American entrepreneur in Latin America*, Stanford, 1964.

saba con Cuba. Elihu Root, el nuevo secretario de Guerra, describió todos estos hechos como «una carga y un fastidio».

Root, un rico abogado republicano, fue el político encargado de planear un futuro para Cuba, siendo seleccionado para ese puesto por el presente McKinley en 1899. McKinley entendió que las nuevas responsables imperiales adquiridas por su país requerían un administrador competente en el Departamento de Guerra, más que a un militar. En toda la historia de Estados Unidos no había ocupado ese puesto «una fuerza vital tan inteligente y constructiva», señalaba Henry Stimson, uno de sus sucesores[74].

Root volcó su atención en la cuestión de las elecciones. Durante los primeros meses de ocupación las autoridades estadounidenses en Washington y en Cuba imaginaban que ésta se incorporaría pronto a la Unión. Pretendían ganarse políticamente a la pequeña pero influyente fracción de la población cubana que defendía la idea de la anexión a Estados Unidos. Root compartía la opinión del general Wood de que los cubanos «sensatos» estaban a favor de esa idea y si se podían amañar las elecciones de forma que las ganaran los cubanos «sensatos» el sueño de la anexión quedaría asegurado[75]. Si se concedía sólo un sufragio limitado, escribió Root, quedaría al margen la «masa de ignorantes e incompetentes» y sería posible «evitar el tipo de control que conduce a las continuas revoluciones de Centroamérica y otras islas de las Antillas»[76].

Las primeras elecciones poscoloniales en Cuba se celebraron en 1900; en junio municipales y en diciembre para una Asamblea Constituyente. Las regulaciones electorales decididas en Estados Unidos concedían el derecho de voto a los varones cubanos mayores de veinte

---

[74] Las preocupaciones inmediatas de Root en 1899 se referían a los tres territorios adquiridos en la guerra hispano-norteamericana. Aparte de su plan para entregar Cuba a los cubanos, redactó un proyecto de Constitución democrática para las Filipinas y precisó los detalles de los acuerdos aduaneros con Puerto Rico. Más adelante, en 1905, fue nombrado secretario de Estado por el presidente Roosevelt y fue senador republicano entre 1909 y 1915. En 1911 se le concedió el premio Nobel de la Paz y dedicó el resto de su vida a la promoción del arbitraje internacional. Fue el primer presidente del Carnegie Endowment for International Peace. Murió en 1937. Véase P. C. Jessup, *Elihu Root*, vol. I, *1845-1909*; vol. II, *1905-1937*, Nueva York, 1938; y R. W. Leopold, *Elihu Root and the Conservative Tradition*, Boston, 1954.

[75] C. Jessup, *op. cit.*, vol. I.

[76] L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 182.

años capaces de leer y escribir. También debían tener propiedades por un valor superior a 250 dólares, o haber servido –era una concesión inevitable– en el ejército rebelde. A las mujeres cubanas no se les permitió votar. Con esas restricciones, el electorado total alcanzaba apenas los 100.000 hombres, el 5 por 100 de la población. Los pobres y la mayoría de los negros quedaban así excluidos del sufragio[77].

A las elecciones municipales se presentaron tres partidos: dos de ellos defendían la independencia inmediata: los republicanos, encabezados por el general José Miguel Gómez, gobernador de Santa Clara, y los nacionalistas, que gozaban del apoyo tácito de Máximo Gómez y contaban con influencia en La Habana. Sólo los demócratas unionistas, un grupo conservador que incluía a varios miembros del antiguo Partido Autonomista, favorecían la anexión. El resultado, condicionado por las lealtades y rivalidades regionales, supuso una victoria para los partidos independentistas.

El general Wood se mostró desconcertado y horrorizado, reconociendo que la independencia estaba ahora en la agenda y deplorando que los amigos que había cultivado en Cuba no hubieran conseguido obtener la mayoría. «Los cubanos más inteligentes de las clases terrateniente, industrial y comercial, no se meten en política», anotó tristemente[78]. No se daba cuenta de que si esas clases no se interesaban por la política, era porque tenían otras cosas más urgentes de las que ocuparse. Estaban entrando en un periodo de declive terminal, porque la guerra había destruido sus negocios. La industria azucarera estaba en crisis, los propietarios de plantaciones en quiebra y los de inmuebles o suelo urbano arruinados. El colapso del Imperio español había arrastrado consigo a sus antiguos beneficiarios y el futuro político de la isla era la menor de sus preocupaciones; los que podían hacerlo estaban empaquetando sus cosas para largarse cuanto antes.

Root era más optimista. Uno de los propósitos de restringir el electorado era evitar que votara la población negra. Un titular del *New York Times* del año anterior había resucitado el viejo temor: «Cuba puede ser otro Haití. El sufragio universal daría lugar a una república negra. Los negros pueden ganar las primeras elecciones»[79]. En esto, al

---

[77] *Ibidem*, p. 182.

[78] Carta de Wood a Root en marzo de 1901, citada en L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 183.

[79] *New York Times*, 7 de agosto de 1899, citado en R. Fermoselle, *Política y color en Cuba*, cit., p. 30.

menos –escribió Root–, el resultado las elecciones de junio había sido un triunfo, ya que excluía gran parte «de los elementos que habían llevado a la ruina a Haití y Santo Domingo»[80].

Pero no se podía ignorar la victoria de los partidos independentistas. La independencia era ahora inevitable. Comprensiblemente desalentado, Wood se vio obligado a reflexionar sobre la situación, inesperada e indeseada. Su nueva tarea, y la de la administración estadounidense en Washington, era organizar y preparar una transferencia de poder que dejara a Estados Unidos un grado sustancial de control. ¿Qué podían salvar los estadounidenses de aquel desastre electoral? Wood esperaba poder mantener al menos «la recaudación de aranceles aduaneros y el mando militar –en nombre de Estados Unidos–, reteniendo si fuera necesario la capacidad de veto»[81].

Root tenía ideas más ambiciosas y se esforzó por aportar el sustrato intelectual para las futuras relaciones de Cuba con Estados Unidos después de la independencia. Planteó de nuevo la cuestión de los intereses históricos eternos de Estados Unidos en el Caribe, invocando en una carta de enero de 1901 «la política tradicional de este país con respecto a Cuba». Recordó la decisión, tomada por primera vez en la década de 1820, de que «Estados Unidos no permitiría en ninguna circunstancia que ninguna potencia extranjera distinta de España se apoderara de la isla de Cuba»[82]. Estados Unidos tenía que hacer buena esa decisión a la luz de las nuevas circunstancias del siglo XX, con una Cuba que reivindicaba su derecho a ser independiente.

Root consideraba que Estados Unidos tenía la obligación moral de establecer en Cuba «un gobierno estable y adecuado», y argumentó que también tenía un interés histórico y estratégico en asegurar la existencia independiente de la isla. Pero, ¿cómo se podía garantizar esto cuando las condiciones locales en Centroamérica y el Caribe en aquella época, y más en general en toda Latinoamérica, no parecían propiciar la pretendida estabilidad de una Cuba independiente? Root compartía la opinión de Wood sobre la escasa fiabilidad que la clase política cubana había demostrado en las elecciones, pero esperaba el surgimiento de «una clase mejor de personas» en el futuro. Especulaba con

[80] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 448.
[81] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 260.
[82] *Ibidem*, p. 262.

la posibilidad de que se pudieran «librar de los aventureros que ahora están en la cumbre», pero había visto lo bastante como para reconocer que quizá no fuera posible. Estados Unidos tendría que elegir entre la creación de una «república centroamericana» inestable (lo que más tarde se describiría de forma más peyorativa como una «república bananera») o el mantenimiento de algún tipo de control estadounidense «durante el tiempo necesario para estabilizar el país».

Root entendía que esto no sería fácil. El pueblo de Cuba, escribía, siempre había vivido en «una colonia militar, el 60 por 100 de la población eran analfabetos y muchos [provenían] de África»[83]. Tenía pocos modelos que seguir, pero estaba familiarizado con la historia de la ocupación británica de Egipto en 1882 y la subsiguiente relación con el gobierno de El Cairo. Aunque los británicos se habían visto obligados a mantener tropas en el país, habían visto satisfechas sus dos principales ambiciones, mantener apartadas a las demás potencias y asegurarse de que los gobernantes egipcios pagaran los intereses por los créditos que les habían concedido. ¿No podía seguir Estados Unidos ese modelo en Cuba?

La genial idea de Root consistió en vincular estrechamente los dos países mediante garantías incorporadas a la nueva constitución republicana que los cubanos iban a comenzar a discutir de inmediato. Tales garantías proporcionarían a Estados Unidos una capacidad de veto sobre la política exterior, económica y de defensa de Cuba; y también le permitirían retener «el derecho de intervención» para preservar «la independencia cubana y el mantenimiento de un gobierno estable». Este último requerimiento se iba a introducir finalmente en la famosa «enmienda» presentada en el Congreso estadounidense por el senador Orville Platt, incorporada a regañadientes por los cubanos en la Constitución de su nueva República.

La independencia hipotecada: la Enmienda Platt, 1902

La Enmienda Platt, dos palabras bien aprendidas por cualquier escolar cubano durante más de un siglo, expresaba la humillación impuesta a Cuba al finalizar la ocupación estadounidense. Orville Platt era un influyente político republicano del Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense que se levantó en el Congreso en Washington

[83] Citado en H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., pp. 262-263.

el 15 de febrero de 1901 para introducir la «enmienda» que lleva su nombre[84], sin que él mismo supiera muy bien de qué se trataba; cumplía simplemente las órdenes de Root, quien, con ligeras aportaciones del general Wood, se había dedicado a estipular meticulosamente las relaciones futuras de su país con Cuba. La prolongación de la ocupación militar ya no era viable, pero la redacción de la Enmienda Platt aseguraba que, incluso con la independencia formal garantizada y sin fuerzas de ocupación establecidas en el país, Estados Unidos mantendría una forma única de control colonial.

La Enmienda Platt, basada en la confianza ciega en la superioridad de la civilización estadounidense y sin respeto alguno hacia la sensibilidad de los cubanos, fue uno de los documentos definitorios de la era imperial. Su influencia se mantuvo hasta mucho después de ser formalmente derogada en 1934 y seguía influyendo en las percepciones globales de Estados Unidos un siglo después, como se constata en los términos de la Ley Helms-Burton de 1996. Su propósito, cuando fue presentada inicialmente en febrero de 1901, era consolidar las relaciones entre Cuba y Estados Unidos de forma permanente antes de que los cubanos tuvieran la posibilidad de expresar su opinión sobre la materia. La Asamblea constituyente cubana, elegida en diciembre de 1900 para redactar una constitución, se vio obligada a aceptarla. Estados Unidos insistió en que se incorpora a la constitución que los cubanos estaban supuestamente diseñando para sí mismos.

El primero de los siete artículos de la Enmienda Platt establecía que Cuba no podía firmar tratados con potencias extranjeras ni permitir bases militares extranjeras en su suelo sin permiso de Estados Unidos. El segundo indicaba que las finanzas públicas de Cuba serían supervisadas por Estados Unidos. El tercero daba a Estados Unidos derecho a intervenir en Cuba siempre que le pareciera necesario. El cuarto prohibía cualquier intento retroactivo de atribuir responsabilidades por lo ocurrido durante los años de ocupación estadounidense. El quinto, sugerido por el general Wood, obligaba a los cubanos a mantener los esfuerzos realizados por las fuerzas de ocupación estadounidenses para mejorar el control de las enfermedades endémicas en el país. El sexto dejaba pendiente el futuro legal de la isla de Pinos, mientras que el séptimo daba a Estados Unidos el

[84] Técnicamente la Enmienda Platt era una enmienda al Proyecto de Ley de Apropiaciones del Ejército destinado a financiar la ocupación militar de Cuba.

derecho a establecer bases militares permanentes en la isla (se puede consultar el texto de la Enmienda Platt en el apéndice B).

La base estadounidense de la bahía de Guantánamo, que sigue funcionando hasta hoy, un siglo después, fue el fruto del sexto artículo de la Enmienda. La armada estadounidense pensó mucho tiempo en la bahía como potencial depósito de carbón y había otros planteamientos estratégicos en el aire. «Con vistas a la probable construcción de un canal que atraviese el istmo [realizado finalmente en el territorio de Panamá]», John D. Long, secretario de Estado de la Armada, señalaba en mayo de 1900: «Es necesario que Estados Unidos controle el Paso de los Vientos, a través del cual deben pasar el comercio y nuestros buques mercantes y de guerra en ruta hacia el Canal desde el norte»[85].

La Enmienda Platt se incorporó a las leyes estadounidenses el 2 de marzo de 1901. El 12 de junio la Asamblea Constituyente cubana, con mucho ruido y protestas, aprobó, por 15 votos contra 14, incluirla como anexo a la constitución republicana que estaba preparando. El general Juan Gualberto Gómez, antiguo discípulo de Martí y uno de los líderes negros de la Guerra de la Independencia, votó en contra declarando que la enmienda «reducía a un mito la independencia y soberanía de la República Cubana». Los que votaron a favor argumentaron que una independencia restringida era mejor que la prolongación de la ocupación estadounidense, que muchos creían que era la única alternativa.

Aunque la Enmienda Platt fue finalmente derogada en 1934, tuvo un efecto pernicioso sobre el desarrollo político de la República durante sus primeras décadas y envenenó las relaciones entre Estados Unidos y Cuba durante todo el resto del siglo XX. Estados Unidos intervino militarmente en la política cubana entre 1906 y 1909, en 1912 y desde 1917 hasta 1923. Algo aún más desastroso y nocivo para el desarrollo político de la isla fue que permitió a los gobiernos cubanos pedir ayuda militar a Estados Unidos siempre que se enfrentaban a una poderosa oposición interna, ya fuera de obreros y campesinos o simplemente de facciones políticas rivales. Los soldados estadounidenses desembarcaron a menudo en Cuba para solucionar problemas que un gobierno auténticamente independiente debería haber resuelto por su cuenta. El resentimiento que todo esto creó iba a estallar en 1933 y de nuevo en 1959.

---

[85] Citado en J. Hitchman, *Leonard Wood and Cuban Independence, 1898-1902*, La Haya, 1971, pp. 90-91.

4
La República Cubana, 1902-1952

Una república para estadounidenses: Estrada Palma y Charles Magoon, 1902-1909

Sólo quedan sus zapatos. Debajo, lo que parece una gigantesca diosa griega permanece eternamente sentada frente al pedestal, con su corona de laurel y sus sandalias, dispuesta a escribir con su pluma de piedra esculpida. Apenas se pueden descifrar algunas letras de la declaración conmemorativa. Queda muy poco de este monumento a Tomás Estrada Palma –el primer presidente electo de la República de Cuba– erigido en una gran avenida del barrio del Vedado de La Habana que lleva hasta el mar. La estatua del hombre que en opinión de muchos traicionó a la nación fue derribada por un tumulto revolucionario en 1959; su crimen imperdonable fue aceptar una independencia recortada de manos de las fuerzas ocupantes estadounidenses y presidir la inauguración de una república que parecía conceder más privilegios a los estadounidenses que a los propios cubanos.

El 20 de mayo de 1902 fue solemnemente proclamada la «pseudo-república» cubana, como la suelen denominar los historiadores leales a Fidel. Leonard Wood, el gobernador militar estadounidense, entregó formalmente el país al presidente Estrada, un ciudadano estadounidense nacido en Cuba que había pasado en el exilio, haciendo política, cerca de tres décadas. La nueva república, caracterizada por la violencia incesante, una corrupción exorbitante, rebeliones militares, gangsterismo e intervenciones militares esporádicas de Estados Unidos, también supuso un espectacular crecimiento económico y la prosperidad para una pequeña parte de la sociedad. Al cabo de casi sesenta años fue finalmente barrida por la revolución de Fidel Castro en 1959. Mientras que en Estados Unidos se sigue celebrando el 20 de mayo como día de la independencia cubana, la revolución de Castro borró también ese aniversario.

Estrada, dirigente del partido republicano, fue elegido sin oposición en las elecciones presidenciales de diciembre de 1901. Máximo

Gómez se negó a participar, mientras que Bartolomé Masó, hostil a la Enmienda Platt y que habría obtenido probablemente más apoyo popular y más votos que Estrada, se retiró después de que el general Wood amañara las elecciones contra él nombrando a cinco seguidores de Estrada para la comisión electoral[1]. La mayor parte de la embrionaria elite política de Cuba apoyó al nuevo presidente.

Estrada era un hombre de su época. Pertenecía a la clase instruida y dominante que no tenía prejuicios contra los ocupantes estadounidenses y deseaba una relación estrecha y prolongada con Estados Unidos tras la independencia. Gran parte de la población cubana podía estar imbuida de un sentimiento nacionalista embrionario, pero miles de cubanos se habían trasladado a Estados Unidos durante el medio siglo anterior para estudiar, trabajar y establecer pequeños negocios allí. Las guerras y la incertidumbre económica de las últimas décadas de dominio colonial provocaron una inmensa emigración y la creación de una gran colonia cubana en Estados Unidos. Aunque Martí tuviera sus reservas sobre «el coloso del norte», muchos de sus compañeros en la emigración admiraban su dinamismo, generosidad y modernidad.

La migración había afectado a varias generaciones de cubanos de muy diversos sectores –jóvenes y viejos, hombres y mujeres, negros y blancos– y muchos de ellos se movían con facilidad entre el continente y la isla, manteniendo una comunicación constante entre las dos comunidades. Durante los primeros años de la República, casi cualquiera que gozara de importancia e influencia había vivido algún tiempo en Estados Unidos[2]. La intervención estadounidense en los asuntos cubanos no era un insulto para aquella gente; la recibían con gusto y a menudo la requerían ellos mismos.

Quienes gobernaban la República podían haber aprendido muchas cosas sobre el sistema que los ocupantes habían tratado de imponer, e incluso lo admiraban, pero no contaban con otro modelo inmediato a su disposición que las viejas prácticas coloniales españolas que permitían a los gobernantes controlar el país en su propio beneficio. Estrada, un austero maestro de escuela, era un hombre honrado, pero muchos oficiales del ejército rebelde que se incorporaron a la administración no tenían la misma contención. Aunque fueran personalmente honrados, muchos se-

[1] L. Aguilar, *op. cit.*, p. 40.
[2] L. Pérez, *On Becoming Cuban*, cit., p. 6.

guían vinculados a sus antiguos subordinados, ahora empobrecidos y sin empleo, que esperaban que se comportaran generosamente con ellos.

La corrupción no era sólo una cuestión de enriquecimiento individual. Dado que los empleos en el sector estatal proporcionaban ingresos para muchos miles de personas y dado que ese empleo dependía de la victoria electoral del partido elegido, el fraude electoral se afianzó desde los primeros días de la República. Los seguidores armados de los partidos Conservador y Liberal rondaban los colegios electorales para tratar de asegurar la victoria de su candidato. Si surgían disputas serias, como solía suceder en todas las elecciones, se podía llamar a Estados Unidos para que interviniera cumpliendo las obligaciones a que se había comprometido con la Enmienda Platt.

Durante los primeros años la intervención estadounidense fue bien recibida por la elite cubana y apoyada por los colonos y hombres de negocios estadounidenses que acudían en cantidades considerables. En 1905 más de 13.000 norteamericanos ya habían adquirido tierras en Cuba, aportando millones de dólares en inversiones. Pronto alrededor del 60 por 100 de las haciendas eran propiedad de individuos o sociedades estadounidenses[3]. Muchos cubanos que habían combatido en la Guerra de la Independencia –por la independencia, no por la anexión económica– se sintieron desilusionados por esa evolución, pero otros la creían inevitable y deseable y se apresuraron a asociarse con el nuevo poder económico en el país.

Irene Wright señalaba comprensivamente en 1910 que una población «repentinamente liberada del yugo colonial no se había descubierto a sí misma como pueblo cubano o constituido una nación con entidad propia»[4]. Su comentario revela el problema intrínseco: el pueblo cubano, con una herencia colonial sombría, machacado por la guerra y dividido por barreras de raza y de clase, estaba mal preparado para entrar en la escena de la historia. Tampoco estaba preparado para lo que iba a venir a continuación, ya que el vacío creado por la ausencia de una nación cubana adecuadamente constituida fue alegremente llenado por colonos y empresarios estadounidenses y por sus aliados en la isla. Irene Wright describía así esa tragedia:

---

[3] L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 197. Otro 15 por 100 pertenecían a residentes españoles.

[4] I. Wright, *Cuba*, cit., p. 502.

> Esta república no había sido creada, moldeada ni siquiera influida por los cubanos, sino que es de fabricación estadounidense. Estados Unidos la construyó y la volvía a poner en pie cuando caía. Hasta el momento, lo que la sostiene es la influencia estadounidense. Si Estados Unidos descubre en ella algo que criticar, o su fracaso, debe recordar que se trata de su propia obra[5].

Los marines estadounidenses regresaron a Cuba tan sólo cuatro años después de haberla abandonado. En septiembre de 1906 unos 2.000 soldados desembarcaron en La Habana y se establecieron en su vieja base de Campo Columbia en los alrededores de la ciudad. Pronto fueron 5.000, distribuidos por todo el país. Permanecieron en él algo más de dos años, empleando parte del tiempo en hacer un mapa de la isla, y se retiraron en febrero de 1909. Esta intervención no fue una acción militar unilateral de Estados Unidos, sino el resultado de una petición de Estrada Palma apelando a los términos de la Enmienda Platt. Nadie podía sentirse más irritado por la petición de Estrada que Theodore Roosevelt, ahora presidente de Estados Unidos. «Estoy muy enojado con esa infernal republiquita cubana –declaró–. Lo único que queríamos de ellos es que supieran comportarse y fueran prósperos y felices de forma que no tuviéramos que interferir. Y ahora, mira por dónde [...] no tenemos otra alternativa que intervenir.»

En Cuba, como en otros lugares a principios del siglo XX, excepto en Panamá y Filipinas, Estados Unidos prefería dar la impresión de que si se comportaba de forma imperialista era contra su voluntad. La anexión o la ocupación según el modelo europeo no era su estilo, aunque también las practicaron. Los marines ocuparon Nicaragua entre 1912 y 1925, Haití de 1915 a 1934 y la República Dominicana entre 1916 y 1930. Regresaron a Cuba en 1912, 1917 y 1921[6]. Las palabras de Henry Cabot Lodge eran típicas de la actitud estadounidense hacia Cuba: «Nadie quiere anexionárselos –decía en septiembre de 1906–, pero el sentimiento general es que habría que agarrarlos por el pescuezo y sacudirlos hasta que aprendan a comportarse»[7].

---

[5] *Ibidem*, pp. 152-153.

[6] H. A. Ellsworth, *180 Landings of the US Marines, 1800-1934*, 2 vols, Washington, 1934.

[7] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 283.

Estados Unidos intervino en 1906 para evitar una guerra civil entre cubanos, y se vio obligado a hacerlo debido al legado de su propia ocupación. Cuando se celebraron elecciones para el Congreso Nacional Cubano en febrero de 1904, resultó evidente que el Estado no tenía capacidad para organizar unas elecciones sin fraude. Con el país dividido –entre el Partido Republicano, de tendencia conservadora y centralista, y el Partido Liberal Nacional, que defendía la autonomía local–, el resultado de las elecciones sería inevitablemente puesto en cuestión. A ojos estadounidenses no era mucho lo que distinguía un partido de otro, ya que ambos estaban dirigidos por antiguos rebeldes que trataban de hacerse con los réditos de la paz[8].

Los republicanos de Estrada disfrutaban del poder y se demostraron más hábiles en el fraude que los liberales, obteniendo mayor número de congresistas. Los liberales se negaron a aceptar el resultado y se ausentaron del Congreso, un presagio agorero para las elecciones presidenciales de diciembre de 1905. Estrada Palma, creyendo que sus servicios eran indispensables y respaldado por el embajador estadounidense en La Habana, intentó ser reelegido. Máximo Gómez habría sido el candidato más popular, pero había muerto en junio. Los liberales se unieron tras la candidatura del gobernador de Santa Clara, José Miguel Gómez, al que acompañaba Alfredo Zayas, un abogado insulso. Gómez y Zayas, que no se gustaban mutuamente, iban a figurar en primer plano en la política cubana durante los siguientes veinte años y ambos llegaron a la presidencia.

El tenso ambiente ante las elecciones de diciembre y la seguridad de que los funcionarios del gobierno amañarían la reelección de Estrada llevaron a Gómez a retirarse y Estrada fue reelegido sin oposición. Los liberales recurrieron entonces a la única arma con la que estaban familiarizados, habiéndose entrenado en su uso desde 1868. Machete en mano y con otras armas sencillas, organizaron una insurrección armada para derrocar el gobierno. Unos 24.000 rebeldes armados, muchos de ellos negros, se congregaron en Pinar del Río en agosto de 1906 y comenzaron a marchar hacia La Habana. Se les unieron dirigentes provinciales de todo el país en lo que se conoció como la Guerrita de Agosto. Entre los blancos de La Habana se desató el pánico acostumbrado, con llamamientos en pro de una intervención estadounidense.

[8] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 276.

Un excitado escritor, que pedía la inmediata anexión a Estados Unidos, describió la rebelión liberal como la «primera chispa» de una guerra de razas en la que «los carniceros venidos de África» se vengarían sangrientamente de los blancos[9].

Estrada se enfrentó a una rebelión que no podía aplastar fácilmente. Los estadounidenses habían dejado al Estado cubano sin un ejército permanente. La Guardia Rural contaba únicamente con 3.000 hombres, distribuidos en minúsculos grupos por todo el país. Aparte de eso sólo había una pequeña fuerza de artillería con un puñado de soldados. Temiendo su derrocamiento inmediato, Estrada apeló a Washington pidiéndole ayuda militar en septiembre. Su propia trayectoria personal, como en la de otros dirigentes cubanos, hacía esa decisión inevitable. Había colaborado estrechamente con Estados Unidos durante la Guerra de la Independencia y había introducido a muchos estadounidenses en los negocios cubanos[10].

Roosevelt acordó intervenir únicamente «si Cuba muestra que ha caído en el hábito revolucionario, que carece de la autolimitación necesaria para asegurar un autogobierno pacífico y que las facciones enfrentadas han sumergido el país en la anarquía»[11]. Envió dos emisarios para buscar «una solución pacífica», los subsecretarios de la Guerra, William Taft, y de Estado, Robert Bacon, quienes llegaron a La Habana para negociar entre Estrada y los liberales.

Estrada no quería negociar: quería una intervención militar estadounidense que lo mantuviera en el poder. Chantajeó a Roosevelt dimitiendo como presidente y obligando a su gobierno a hacer lo mismo; el país quedó así sin gobierno. Roosevelt no podía abandonar Cuba ni a sus inversores estadounidenses sumergidos en otra guerra civil y se vio obligado a llenar el vacío. Envió a los marines a La Habana «para restablecer la paz y el orden».

Algunos pensaban que debía enviar de nuevo a Cuba al general Wood, pero prefirió en su lugar a Charles Magoon, un abogado de Minnesota que se convirtió en el primer capitán general civil de la isla. Magoon era lo más parecido a un típico gobernador colonial europeo que poseía Estados Unidos; acababa de abandonar el cargo de goberna-

---

[9] Citado en A. Helg, *op. cit.*, p. 162.

[10] L. Pérez, *On Becoming Cuban*, cit., p. 46.

[11] Citado en H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 280.

dor de la zona del Canal en Panamá, la adquisición más reciente de Estados Unidos[12]. Su principal tarea en Cuba consistía en remediar lo que se había dejado sin acabar en 1902. Los asesores de Magoon diseñaron un sistema electoral más fiable, establecieron reglas para la burocracia estatal y crearon un pequeño ejército provisional[13]. También crearon un nuevo sistema legal para sustituir los códigos de la era española.

Magoon gobernó Cuba durante tres años. El nuevo ejército estaba entrenado y dispuesto en 1908, como también lo estaban las nuevas reglas electorales. La tarea de elaborar las reformas necesarias fue confiada al coronel Enoch Crowder, un oficial estadounidense que desempeñaría intermitentemente un papel influyente en Cuba durante los siguientes veinte años. Al igual que Magoon, había adquirido cierta experiencia colonial trabajando en Filipinas como asesor legal del gobernador militar. «Bert» Crowder, descrito a menudo como «un granjero de Missouri», se había educado en West Point y su experiencia militar se remontaba a las campañas contra los indios: había combatido contra el líder apache Gerónimo en Nuevo México en 1886 y contra el jefe siux Toro Sentado en 1890.

Crowder organizó comités de redacción con representación cubana, aunque ésta no siempre asistía a las reuniones; le resultaba más fácil dejar el trabajo de detalle a la potencia ocupante. En agosto de 1908 se celebraron elecciones municipales y provinciales con las reglas diseñadas por Crowder y las ganaron los republicanos, rebautizados como Partido Conservador. Éste, otra creación de Magoon, se formó a partir de la coalición que había apoyado a Estrada. Los liberales permanecían divididos como de costumbre, pero cuando se celebraron elecciones presidenciales en noviembre ganaron con Gómez y Zayas, el mismo tándem al que se había robado la victoria en 1906. El presidente Gómez gobernó hasta 1913. Cuando Magoon, Crowder y los marines partieron a principios de 1909, declaró con optimismo: «Los cubanos tienen de nuevo el destino de su nación en sus manos».

La nueva ocupación estadounidense fue una experiencia humillante para muchos cubanos. Los había hecho aparecer ante el exterior y

---

[12] D. Lockmiller, *Magoon in Cuba: A History of the Second Intervention, 1906-1909*, Chapel Hill, N. C., 1938.

[13] Cien años después Cuba sigue obsesionada con la idea de que Estados Unidos pueda invadirla de nuevo para reorganizar el sistema electoral de la isla.

ante sí mismos como inexpertos, incompetentes y divididos. Parecía como si cualquier grupo disidente que perdiera una elección, o se sintiera perjudicado en una discusión, pudiera gritar «¡falta!» y lanzarse al monte, mientras sus opositores se apresuraban a acudir a la embajada estadounidense para pedir el regreso de los marines.

Aunque la influencia de Estados Unidos se hizo abrumadora en los primeros años de la República, quedaba todavía mucho del imperio de la vieja España. El colapso español no había puesto fin a su dominio sobre muchos aspectos de la sociedad cubana. La nueva República no había comenzado de cero, ya que muchos burócratas españoles permanecían en sus despachos. Quienes querían quedarse firmaban un nuevo juramento de fidelidad y lealtad, primero a Estados Unidos y luego, a partir de 1902, a la República de Cuba. El país era gobernado en gran medida como en los tiempos coloniales. Aparte de unas pocas modificaciones introducidas durante la ocupación estadounidense, poco era lo que había cambiado realmente. La población cubana nacida en España –los peninsulares– era todavía grande a comienzos del nuevo siglo y pronto lo iba a ser aún más. La inmigración blanca desde España se mantendría con una tasa continua durante los primeros años de la República.

Una república para colonos blancos procedentes de España

A mucha altura por encima de las estrechas calles del pueblecito de Casablanca, al este de la entrada de la bahía de La Habana, en lo alto de la colina dominada por la fortaleza de San Carlos de La Cabaña, hay una gran estatua en mármol de Cristo, con la mano derecha alzada bendiciendo. Completada en 1958, es una de las últimas grandiosas obras públicas de la era de Batista, junto con el túnel que pasa bajo la entrada al puerto. Los visitantes estadounidenses podían recordar por un momento la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, recibiendo a las apretadas masas de pobres que llegaban desde Europa.

La referencia no es totalmente fantasiosa, ya que el general Wood ordenó la construcción de un centro de recepción de inmigrantes en el puerto de La Habana en 1900, siguiendo el modelo de la isla Ellis de Nueva York (abierto en 1892). El nuevo centro cubano, llamado Triscornia, fue construido sobre las laderas por encima de Casablanca y permaneció allí hasta 1959. El propósito del general Wood, como el

de sus predecesores españoles, era alentar la inmigración de colonos blancos desde España.

La mayoría de los inmigrantes españoles permanecieron en Cuba después de 1898, a diferencia de lo sucedido tras la independencia de otras colonias españolas. Cuando su imperio en Latinoamérica se hundió a comienzos del siglo XIX, los ciudadanos españoles abandonaron masivamente las colonias, regresando a la patria española o reasentándose en Cuba o en Estados Unidos. Algo parecido sucedió tras la retirada imperial de las colonias africanas de Europa durante la década de 1960. Los colonos blancos en Argelia y Kenia, y más tarde los de Angola y Mozambique, regresaron en su mayoría a Europa. Cuba fue una excepción a esa regla imperial. Los colonos españoles no sólo permanecieron en la isla, sino que se vieron reforzados durante los siguientes treinta años por casi un millón de nuevos inmigrantes procedentes de España[14]. La vieja ambición española de «blanquear» Cuba, elevando la proporción de la población blanca por encima del 50 por 100, se acababa de conseguir en el momento en que los españoles se retiraron y se hizo permanente con la nueva inmigración del siglo XX, durante las primeras tres décadas del cual llegaron a Cuba más españoles que en los cuatro siglos de dominio español[15].

Cuba seguía siendo una típica sociedad colonial en la que los colonos blancos seguían al mando, como en la mayoría de las colonias europeas en África. La política quedaba a cargo de los nacidos en Cuba, pero los españoles controlaban la industria y el comercio mayorista y minorista y estaban bien representados en las profesiones liberales, así como en las instituciones de enseñanza y en los periódicos. El censo realizado por Estados Unidos en 1899 revelaba la presencia de 113.000 varones blancos extranjeros en la isla, que representaban el 20 por 100 de la población masculina adulta, un total de 523.000. La mayor parte de ese 20 por 100 había nacido en España. Otros 252.000 varones blancos eran definidos como cubanos (nativos), mientras que 158.000 aparecían en la categoría de «hombres de color»[16].

---

[14] Entre 1902 y 1931 llegaron aproximadamente 800.000 inmigrantes españoles, con una tasa media de 25.000 al año. J. Maluquer de Motes, *Nación e inmigración: los españoles en Cuba*, Oviedo, 1992, p. 112.

[15] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 295.

[16] Cifras del censo de 1899, organizado por el Departamento de Guerra estadounidense, citado en L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 200. Esas cifras

Los españoles emigrados a Cuba después de 1898 llegaban empujados por la tradición y el deterioro de su situación económica, y provenían principalmente, como en el pasado, de Galicia, Asturias y las islas Canarias[17]. Aunque algunos de ellos regresaron a España y otros se trasladaron a Estados Unidos u otros países de Latinoamérica, más del 40 por 100 del medio millón de españoles que llegaron a Cuba durante los primeros veinte años de la República permanecieron allí. Entre ellos estaba Ángel Castro, el padre de Fidel.

El general Wood se esforzó especialmente por respetar los derechos de los colonos españoles, esperando que permanecieran en el país para gobernarlo. Sus derechos individuales y de propiedad fueron defendidos por el gobierno militar, garantizados por el tratado de paz de diciembre de 1898 y ratificados por la República en su Constitución. Tras asegurarse una llegada continua de colonos blancos, Wood elaboró leyes para contener la inmigración negra y china. En mayo de 1902, cinco días antes de partir, firmó una ley que prohibía la importación de trabajadores contratados, mencionando específicamente a los chinos pero apuntando a un posible aumento de la inmigración negra procedente de Puerto Rico. La nueva república de Estrada no se apartó del viejo orden colonial y mantuvo la legislación racista impuesta por Estados Unidos[18].

La política «sólo para blancos» planteaba algunos problemas a los terratenientes, porque no todos los inmigrantes españoles eran labradores analfabetos. Algunos de ellos eran anarquistas o anarcosindicalistas, productos típicos de la España rural, que pronto se mostraron activos en el embrionario movimiento sindical cubano. Tras la primera gran huelga en las empresas azucareras en octubre de 1917, con una demanda de aumento de salarios y jornada laboral de 8 horas, el presidente decretó que todos los obreros extranjeros relacionados con la huelga fueran expulsados del país. La inmigración blanca se había convertido en una espada de dos filos.

---

no incluyen las mujeres y niños menores de quince años y parecen subestimar la proporción de la población negra.

[17] L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 202.

[18] Los terratenientes mantuvieron las tradiciones del siglo XIX. El principal barón del azúcar del país, Laureano Falla Gutiérrez, reunió a un grupo de terratenientes en 1912 para fundar la Asociación de Hacendados para el Fomento de la Inmigración Europea, con la que pretendía promover la inmigración de europeos y mantener la política de la inmigración exclusivamente blanca. La asociación prescindió de la palabra «europea» en 1917, sin que ello disminuyera un ápice su racismo blanco.

La mayoría de los inmigrantes españoles, que ascendieron rápidamente de estatus, se hicieron con algo más que un lugar en la sociedad cubana, vinculándose a los casinos de finales del siglo XIX en La Habana, que se contaban entre de los edificios más suntuosos de la ciudad. Del mismo modo que los negros habían tenido en otro tiempo sus cabildos para mantener la memoria cultural de su origen africano, los españoles mantenían vivo su origen regional. El Centro Asturiano, el club de los inmigrantes de esa provincia del norte de España, todavía permanece en la esquina sureste del Parque Central de La Habana; es un magnífico palacio que ahora aloja la colección no cubana del Museo Nacional de Bellas Artes. Este edificio opulento y competitivo, construido originalmente en 1885 para superar a cualquier posible rival, era un símbolo, no sólo de la comprensible emoción de los inmigrantes, sino también del orgullo blanco, como en el caso de las construcciones en Pretoria de sir Herbert Baker. Al otro lado del Parque Central, cerca del hotel Inglaterra, está el Gran Teatro de La Habana, construido originalmente como Centro Gallego por inmigrantes pobres de Galicia que se enriquecieron en Cuba.

Esos centros eran sobre todo lugares de encuentro social, donde las hijas de los inmigrantes pudientes podían encontrar un novio de su misma región de procedencia. Tenían sus propios teatros y bibliotecas, crearon bancos de crédito y ahorro, publicaban sus propios periódicos, en particular el *Diario de la Marina,* y ofrecían hospitales y escuelas para sus miembros, desde la cuna hasta la tumba. El presupuesto de un solo centro regional español era mucho mayor que el de cualquier gobierno provincial de la isla.

La recepción de inmigrantes en Triscornia se mantuvo hasta 1959, pero los inmigrantes españoles fueron disminuyendo con el tiempo. Las guerras y la depresión hicieron menos atractiva la emigración a Cuba y el ambiente de la isla cambió tras la revolución de 1933. Los inmigrantes españoles ya no eran bien recibidos. La gran oleada de refugiados al concluir la Guerra Civil española en 1939 se dirigió a Ciudad de México más que a La Habana.

Una república negada a los negros: Evaristo Estenoz y la masacre de 1912

La supremacía blanca se dejaba sentir con fuerza durante los primeros años de la República, pero el jovial optimismo de los colonos no

podía ocultar el hecho de que en el país vivía una gran población de negros no tan felices. Los cubanos negros que constituían el grueso del ejército mambí en la guerra de liberación no tuvieron apenas recompensa. Cuando el carácter racista de la sociedad colonial se reafirmó en la era republicana, sus hazañas quedaron pronto olvidadas. Sus grandes generales habían muerto en la guerra y los nuevos líderes que surgieron para defender a la comunidad negra eran en su mayoría «hombres de color» de clase media, políticos en ascenso que habían regresado del exilio para trabajar en el Partido Liberal.

Los dos líderes negros más destacados de la nueva era, Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, se consagraron a la causa negra promoviendo la educación y la integración. Gómez hizo campaña en los periódicos y Morúa en el Senado. Ambos propusieron leyes que prohibían la segregación racial en los lugares públicos y que proscribían la discriminación en el empleo. En esto tuvieron poco éxito, aunque Morúa consiguió acabar con la segregación en la nueva fuerza de artillería.

Pero nada de lo que esos dos hombres pudieran decir en el Congreso o en los periódicos mitigaba la creciente sensación de desilusión que empapaba las comunidades negras de todo el país. ¿Para qué se había hecho la Guerra de la Independencia? Rafael Serra, un periodista negro retornado del exilio en Nueva York, dio voz a ese sentimiento en un libro de ensayos publicado en 1907:

> Pobres de los cubanos negros si todo lo que obtienen como recompensa por sus sacrificios por la independencia y la libertad de Cuba es poder oír el himno de Bayamo y la falsa adulación dedicada a la memoria de nuestros mártires. No, hermanos míos, merecemos justicia y no debemos seguir alimentando un patriotismo humillante y ridículo[19].

Arthur Schomburg, historiador estadounidense negro que visitó Cuba en 1905, también escribió sobre el descontento de los negros en la isla:

> Durante la época colonial española los negros eran mejor tratados y disfrutaban de mayor libertad y felicidad que hoy día. Muchos cuba-

[19] R. Serra, *Para blancos y negros*, La Habana, 1907, citado en A. Helg, *op. cit.*, p. 117.

> nos negros eran bien recibidos el aquel tiempo de opresión, pero en los días de paz [...] se ven privados de posición, condenados al ostracismo y convertidos en proscritos políticos. Los negros han hecho mucho por Cuba pero Cuba no ha hecho nada por los negros[20].

Muchos de los liberales blancos que habían combatido por la independencia eran tan racistas como los que habían luchado por España. Bartolomé Masó, héroe de la lucha contra la Enmienda Platt, defendía la inmigración blanca y tenía opiniones muy estrictas sobre el papel de los negros en una Cuba independiente: «Nuestros negros [...] son en su mayoría obreros no cualificados, inadecuados para puestos elevados», dijo a un periodista en 1898. «Con empleo suficiente no darán problemas [...] Nuestros negros trabajarán como antes en los campos de caña y no veo razón para esperar disturbios por su parte. No tenemos funcionarios de color en este gobierno y muy pocos de nuestros oficiales son negros [...]»[21].

Algunos veteranos de guerra negros se mantenían activos en las diversas asociaciones creadas después de la guerra y muchos de ellos fueron comprados con pagos discretos; pero el descontento general se mantenía y gran número de ellos se sumaron al ejército liberal en agosto de 1906, en apoyo a la guerra de José Miguel Gómez contra Estrada Palma. Durante el subsiguiente gobierno de Charles Magoon, cuando comenzaron las discusiones sobre la reforma del sistema electoral, muchos veteranos negros comenzaron a considerar la posibilidad de movilizarse como negros y quizá de formar un partido político propio.

Entre ellos destacaba Evaristo Estenoz, un veterano de guerra que había nacido esclavo y que trabajaba como contratista privado en La Habana. Los negros habían sido los arquitectos de la Guerra de Independencia, argumentaba, y les habían robado «todos los frutos de la victoria». Él y sus amigos habían apoyado hasta entonces al Partido Liberal; ahora expresaban su desilusión y hostilidad. El partido no había hecho nada por mejorar las condiciones de los negros. En 1907 creó

---

[20] Citado en L. Pérez, *On Becoming Cuban*, cit., p. 323. Arturo Schomburg era originario de Puerto Rico.

[21] G. C. Musgrave, *Under Three Flags in Cuba: A Personal Account of the Cuban Insurrection and Spanish-American War*, Boston, 1899, pp. 162-163; citado en A. Helg, *op. cit.*, p. 78.

un partido político negro con un programa genéricamente progresista, el Partido Independiente de Color, que hizo campaña por el aumento de la oferta de empleos públicos para los negros.

Estenoz era hijo de madre negra y padre blanco y procedía de la provincia de Oriente. Había viajado mucho y visitado Europa y Estados Unidos, adonde había ido con Rafael Serra para examinar las experiencias de las organizaciones negras estadounidenses. Si los blancos podían aprender de Estados Unidos, también podían hacerlo los negros. Atrapado en la lógica de la Enmienda Platt, incluso visitó a Magoon e intercambió cartas con Crowder. Esperaba persuadir a los estadounidenses para que defendieran la causa afrocubana.

El nuevo partido y su periódico, *Previsión,* comenzaron a desarrollar lo que más tarde se conocería como *conciencia negra.* El periódico atacaba la obsesión de los cubanos blancos por sus orígenes europeos e hizo suya la cuestión de la herencia africana de Cuba, señalando que España había sido colonizada por africanos en la era musulmana. Reivindicaba que se abandonara la política de inmigración «sólo para blancos» y que se levantara la prohibición de inmigración negra. A diferencia de los liberales, que habían adoptado el gallo como emblema y defendían la legalización de las peleas de gallos (prohibidas durante la ocupación estadounidense), el nuevo partido eligió como símbolo un caballo, que representaba el medio de transporte preferido durante la Guerra de la Independencia, pero también al dios Changó, la deidad yoruba del trueno y el relámpago[22].

El nuevo partido planteó el primer desafío político real a las reglas del orden establecido en 1902. Cuando comenzó a erosionar el voto liberal tradicional dentro de la comunidad negra, se vio sometido a campañas de descrédito. Los periódicos de La Habana resucitaron los viejos temores de una revolución de estilo haitiano y Estenoz fue acusado de promover el racismo negro. Fue detenido en 1910, su periódico cerrado y el partido amenazado con la ilegalización. Cientos de negros fueron detenidos en todo el país. Tales acciones arbitrarias incrementaron la sensación de pánico entre los blancos y los periódicos de La Habana comenzaron a difundir informes alarmistas sobre una incipiente rebelión negra. Los negros habían sido detenidos justamente, declaraba el *Diario de la Marina,* «porque amenazaban a los blancos

[22] A. Helg, *op. cit.,* p. 150. Fidel Castro también adoptó el caballo como emblema.

y con mayor precisión a las mujeres blancas»[23]. La inminente llegada del cometa Halley, que debía pasar sobre la isla el 19 mayo de 1910, suscitó en una comunidad todavía muy supersticiosa el pavor a una catástrofe racial para los blancos.

Tras el paso pacífico del cometa, el pánico blanco se mitigó. No se detectaba ninguna señal de un inminente levantamiento, no se encontraron armas, ni se descubrió ninguna conspiración negra. Estenoz fue puesto en libertad al final del año y los prisioneros sometidos a juicio fueron declarados no culpables y puestos también en libertad; pero el daño ya se había hecho. Se había creado un estado de ánimo en el que era fácil para el Congreso aprobar una ley prohibiendo cualquier movimiento político formado sobre la base del color de la piel, y así sucedió con la llamada Ley Morúa, presentada por el senador reformista negro, quien aseguraba que puesto que el partido de Estenoz representaba únicamente los intereses de los cubanos negros, suponía una discriminación contra los blancos y violaba por tanto la constitución. El Partido Independiente de Color fue prohibido.

Estenoz tenía dos posibles vías de acción. Podía hacer causa común con José Miguel Gómez y tratar de persuadirle, teniendo en cuenta el gran número de votos que sus seguidores negros aportaban normalmente a los liberales, para que levantara la prohibición y creara empleos seguros; o podía jugar la carta de la Enmienda Platt y recurrir de nuevo a Estados Unidos, supuesto garante de las libertades cubanas. Magoon y Crowder lo habían recibido amistosamente. ¿Por qué no podía esperar lo mismo del presidente William Taft? Decidió comprobar si la garantía estadounidense se extendía también a los negros.

Las negociaciones con Gómez no produjeron ningún resultado y Estenoz lanzó entonces un ultimátum. Si no se retiraba la Ley Morúa, los negros lucharían para salvar su honor. Al mismo tiempo y con la esperanza de obtener al menos la amenaza de una intervención estadounidense, presentó una petición al presidente Taft pidiéndole una entrevista. La petición se perdió en los recovecos burocráticos del Departamento de Estado, pero el embajador estadounidense en La Habana expresó su opinión personal en un comentario a Wa-

[23] Citado en A. Helg, *op. cit.*, p. 172.

shington en febrero de 1912. Explicaba que aunque los negros «habían sido siempre la espina dorsal de los levantamientos políticos» en Cuba, siempre habían actuado «bajo el liderazgo de los blancos». Si se decidían a actuar por su cuenta sólo movilizarían a una minoría insignificante:

> Puesto que todos los negros y mestizos de talento con inclinaciones políticas trabajan bajo el amparo de los partidos Liberal y Conservador, por sí mismos carecen del necesario liderazgo y talento para emprender por su cuenta y sin ayuda una amplia revuelta. Así pues, no creo que la actual agitación produzca nada más que una excitación pasajera. A lo más podrían producirse algunos estallidos esporádicos que serían sofocados rápidamente por el ejército, que no simpatiza en absoluto con el movimiento negro[24].

El embajador estadounidense subestimaba la determinación del dirigente negro Estenoz. Éste, esperando provocar una intervención estadounidense, desencadenó un movimiento de protesta armado el 20 de mayo de 1912, el Día de la Independencia. La acción tuvo lugar principalmente en Oriente, con un grupo más pequeño en Las Villas. En él pudieron participar alrededor de 4.000 rebeldes, aunque hay quien ha apuntado la cifra de 7.000.

Aquel mismo mes partieron hacia Cuba navíos de guerra estadounidenses y cuatro compañías de marines desembarcaron en la bahía de Guantánamo. Ésta fue la primera intervención militar desde que Magoon abandonara la isla en 1909, y el general Wood, ahora jefe de Estado Mayor en Washington, reforzó rápidamente la base estadounidense de Guantánamo. Pero los marines no llegaban para apoyar a Estenoz ni a los negros, sino para proteger las haciendas azucareras estadounidenses en la región[25].

Al presidente Gómez no le gustó la movilización estadounidense; sus fuerzas eran capaces de realizar una masacre sin ayuda. La represión fue feroz y murieron unos 3.000 negros en una guerra indisimulada de

---

[24] Citado en A. Helg, *op. cit.*, pp. 190-191.

[25] J. Dominguez, *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Mass., 1978, pp. 48-49. Una consecuencia de la intervención estadounidense y de la reactivación de la base de Guantánamo fue un nuevo tratado en diciembre de 1912 que reafirmaba los derechos estadounidenses sobre la base a cambio de una renta anual de 2.000 dólares.

razas, aplastados por los cubanos blancos. Al cabo de tres semanas todo había concluido. Estenoz fue asesinado el 12 de junio, tras ser sorprendido por una patrulla del ejército. Su cuerpo fue trasladado a Santiago y expuesto en el cuartel Moncada[26].

Estos acontecimientos se han visto rodeados por mucha controversia, en un debate similar al que produjo la «Conspiración de la Escalera». ¿Fue una rebelión de negros frustrados, o una matanza racista organizada por el gobierno? Para las autoridades de la época se trataba de una rebelión negra afortunadamente aplastada por tropas leales. Los historiadores posteriores se han dividido al respecto. Aline Helg habla de «una matanza racista promovida desde el gobierno», destinada a la aniquilación del partido negro de Estenoz, y aporta pruebas que muestran que la represión gubernamental *precedió* a la acción de los negros[27]. Otros, en particular Louis Pérez, argumentan que la protesta negra se convirtió en una rebelión violenta e incontrolable de negros y campesinos. En esa versión, el descontento y desilusión con el acuerdo republicano de 1902, embravecido en la comunidad negra en Oriente, estalló finalmente en una *jacquerie* campesina en los montes que en ciertos momentos cobró el carácter de una guerra de razas. Estenoz encendió la yesca que provocó la explosión. La violencia tenía una finalidad política, pero fue más allá de la quiebra acostumbrada de la ley y el orden en un momento de elecciones y se convirtió en un estallido generalizado de anarquía[28].

Esas versiones no son mutuamente excluyentes. En la política cubana, sobre todo a partir de 1868, era corriente que grupos e individuos tomaran las armas para defender sus ideas y la protesta armada de Estenoz en 1912 no era muy diferente en principio de la de José Miguel Gómez en 1906. Desgraciadamente para Estenoz, había tres detalles diferentes: la protesta era dirigida por un negro por primera vez desde la rebelión de Aponte cien años antes, tenía como trasfondo una propaganda racista generalizada en la prensa y estalló principalmente en Oriente, una zona endémicamente conflictiva de la isla desde los primeros días de la conquista española, muy diferente de las

[26] R. Fermoselle, *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912*, cit., p. 167.

[27] A. Helg, *op. cit.*, pp. 298-299.

[28] L. Pérez, *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918*, Pittsburgh, 1989.

provincias occidentales donde Gómez había levantado su estandarte en 1906.

Estenoz quizá esperaba que su protesta armada condujera a un periodo de negociaciones; pero por el contrario dio lugar a una guerra de razas, con la resurrección de la envenenada atmósfera engendrada por los voluntarios de Lersundi en 1869 y los campos de concentración de Weyler en 1896. «Ésta es la libre y hermosa América –comentó el periódico conservador *El Día*–, que se defiende frente a un zarpazo procedente de África.» *El Día* comentaba favorablemente los linchamientos estadounidenses como modelo para mantener en Cuba a la población negra bajo control[29]. Se organizaron milicias blancas, se impuso la ley marcial y el general al mando de las fuerzas en Oriente organizó un espectáculo especial para periodistas con la exhibición de las nuevas ametralladoras del ejército, dirigiéndolas contra un pacífico pueblecito campesino y matando a ciento cincuenta familias campesinas en sus bohíos[30].

El cónsul francés en Santiago escribía:

> La «reconcentración» ordenada por el general cubano vaciará el campo de familias indígenas y extranjeras y entregará a todos esos desgraciados e inofensivos jornaleros, labradores, recolectores de café, cortadores de caña, pastores y sirvientes negros a los despiadados ejecutores del trabajo sucio de la administración militar. Tiemblo por toda esa carne negra[31].

La masacre de 1912 permaneció inscrita en la memoria de los negros cubanos durante décadas. En la práctica casi no volvieron a participar en la política, dedicándose a la música y a sus propias religiones africanas y participando en la sociedad cubana blanca en las únicas instituciones a las que tenían un fácil acceso: los rangos más bajos del ejército y las fuerzas de policía. Quizá se tomaron la revancha de los blancos durante la dictadura de Machado en la década de 1920. Un dictador posterior, Fulgencio Batista, era uno de ellos.

---

[29] A. Helg, *op. cit.*, pp. 196-198.
[30] *Ibidem*, p. 211.
[31] *Ibidem*, p. 222.

Una república para jugadores: Mario Menocal y Bert Crowder

El primer decenio de la República se caracterizó principalmente por el racismo blanco, la violencia, la corrupción y la intervención militar estadounidense, pero a otro nivel el país experimentó una extraordinaria recuperación económica. Al desplazarse de la esfera española a la estadounidense, acudieron a Cuba nuevos colonos y nuevas inversiones, transformando no sólo la industria del azúcar y la red ferroviaria que la servía, sino también los sectores minero y tabaquero y la fabricación de tejidos y de otros bienes de consumo. Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba el país en 1898, esa recuperación supuso un logro notable.

Su primer beneficiario político fue Mario García Menocal y Deop, presidente conservador entre 1913 y 1921. Su mandato coincidió casi exactamente con el de Woodrow Wilson en Estados Unidos y con la Primera Guerra Mundial, que creó una demanda insaciable de azúcar cubano. Los ingresos del azúcar casi se duplicaron entre 1914 y 1916.

Menocal, que en la década de 1930 todavía soñaba con regresar al poder, era considerado por sus contemporáneos como «más estadounidense que cubano»[32]. Nacido en 1866 y educado en Cornell, regresó a Cuba para combatir en la Guerra de la Independencia con Calixto García, sirviendo más tarde en el gobierno militar estadounidense como jefe de policía de La Habana. Cuando los estadounidenses dejaron la isla se dedicó a hacer fortuna, incorporándose a la recién creada Cuban American Sugar Corporation de Nueva York y convirtiéndose en director de la vasta hacienda Chaparra en Oriente, que pronto sería una de las empresas azucareras con más éxito de la isla.

Desde su privilegiada posición, Menocal creía que lo que era bueno para la Cuban American Sugar Corporation debía serlo igualmente para Cuba. Era tan rico que apenas necesitaba corromperse personalmente, pero aun así obtuvo más ingresos del Tesoro cubano que de la empresa azucarera de Chaparro. Gobernó de forma arbitraria, como si todavía fuera un capitán general español no supeditado a normas democráticas, al frente de un régimen basado en el soborno con los

[32] L. Pérez, *Intervention, Revolution and Politics in Cuba, 1913-1921,* Pittsburgh, 1978, p. 3.

fondos del Estado. Introdujo muchas reformas que reforzaban los poderes de la presidencia, entre ellas la modernización de las fuerzas armadas con la fusión del ejército y la Guardia Rural y la creación de un Banco Nacional en 1915 que emitió una moneda –el peso cubano– a la par con el dólar estadounidense.

Mientras que otras guerras en Europa, durante gran parte de la historia colonial de Cuba, tuvieron normalmente un efecto adverso sobre el desarrollo en el Caribe debido al incremento de la piratería y el colapso del comercio, la Primera Guerra Mundial supuso para Cuba una gigantesca bonanza al ascender meteóricamente el precio del azúcar. Tanto Gran Bretaña como otros países, aislados de sus abastecedores alemanes de azúcar de remolacha, recurrieron a Estados Unidos y, por extensión, a Cuba para cubrir sus necesidades[33]. Compraron tierras, expulsaron a los campesinos, talaron bosques, crearon plantaciones, construyeron ingenios azucareros e introdujeron nuevas tecnologías. Teresa Casuso, descendiente de la oligarquía azucarera, recordaba así el drama de la destrucción del entorno en Oriente:

> Recuerdo [...] que incendiaron grandes bosques impenetrables, sometiendo al fuego y la roza junglas enteras para dejar espacio en el que cultivar caña. Mis padres estaban desesperados por esa riqueza perdida de hermosos y fragantes bosques tropicales –cedros, caobas, almácigos y espléndidos granados– ofrecidos en llameante sacrificio al frenesí por cubrir el campo con caña de azúcar. Por las noches la visión de ese horizonte ígneo me afectaba con una extraña y temerosa ansiedad y el olor de la madera quemada que llegaba desde tan lejos era como el incienso que se huele en las iglesias[34].

Otros se sentían tan preocupados por los campesinos desarraigados como por los árboles talados y dieron noticia de las comunidades rurales expulsadas de sus tierras, que se unían a los grupos de bandidos que sobrevivían en los montes[35].

---

[33] *Historia de Cuba, La Neocolonia, organización y crisis, desde 1899 hasta 1911*, La Habana, 1998, p. 106.

[34] T. Casuso, *Cuba and Castro*, Nueva York, 1961, pp. 9-10.

[35] *Historia de Cuba, La Neocolonia*, p. 115.

Los propietarios de plantaciones, que disponían ahora de nuevas tierras para plantar y cosechar, buscaban desesperadamente mano de obra. Los campesinos desposeídos no se podían convertir de la noche a la mañana en una fuerza de trabajo voluntariosa y bien dispuesta; los antiguos esclavos negros habían preferido luchar por la independencia a trabajar en las plantaciones y estaban todavía encolerizados por la matanza de 1912; la inmigración blanca desde España se hallaba en un mínimo debido a las dificultades para la navegación propias de la guerra. Reclutar negros en el Caribe había estado prohibido desde principios de siglo, pero la implacable demanda de mano de obra condujo a sucesivos gobiernos a eludir la legislación existente, permitiendo a los terratenientes buscar trabajadores en las islas vecinas. Paradójicamente, la demanda de Evaristo Estenoz de que se derogara la prohibición de la inmigración negra se consiguió el mismo año de su muerte. La Nipe Bay Company, propiedad de la United Fruit, persuadió al gobierno de que autorizara la importación de 1.400 obreros haitianos para su plantación Preston, vecina a Chaparra. Se había abierto una grieta en la muralla y durante la siguiente década llegaron a Cuba para trabajar en el campo cerca de 200.000 obreros de Haití y 80.000 de Jamaica, donde no se daba un *boom* similar[36].

Muchos de esos recién llegados trabajaban únicamente durante la cosecha. Los terratenientes preferían haitianos que se podían devolver a casa después, sin tener que pagarles durante el resto del año. Muchos jamaicanos, por el contrario, permanecían en la isla y dejaron una huella permanente en la población del este de Cuba. Los estadounidenses preferían jamaicanos, ya que, como señaló un periodista, «son los únicos sirvientes en Cuba que pueden cocinar al estilo estadounidense con alguna probabilidad de éxito»[37]. Los reclutadores de mano de obra también resucitaron la inmigración china, prohibida durante la ocupación estadounidense y condenada por la emperatriz regente Cixi en 1873. Desde la revolución republicana de 1912 que barrió la dinastía manchú esas viejas normas dejaron de aplicarse, pero muchos de los recién incorporados a la comunidad china en Cuba provenían de California.

Menocal, feliz en su puesto de presidente, estaba seguro de su reelección en 1916 y organizó el fraude acostumbrado para asegurar su

[36] *Historia de Cuba, La Neocolonia*, p. 112.
[37] R. Hart Phillips, *Cuban Sideshow*, La Habana, 1935, p. 259.

victoria. Magoon y Crowder habían diseñado un complejo sistema electoral, aparentemente a prueba de fraude, en 1909, pero los presidentes cubanos siguieron amañando los resultados, sin sorpresa para nadie. Gran parte de la población seguía creyendo en las viejas tradiciones de guerra y revolución del siglo XIX. Cada elección fraudulenta solía significar otra rebelión y la violenta campaña de 1916 no fue una excepción.

Los liberales, a los que se arrebató la victoria, organizaron una rebelión armada para protestar contra el resultado, en el que aparecieron más votos emitidos que votantes inscritos en el censo, y pidieron a Woodrow Wilson que interviniera. José Miguel Gómez desembarcó en la costa meridional en febrero de 1917, mientras que Alfredo Zayas alzaba la bandera de la rebelión junto a otros liberales que iban a ejercer la presidencia entre 1925 y 1935, Gerardo Machado y Carlos Mendieta. Aquella rebelión se llamó «de la Chambelona» por una canción liberal que se hizo popular durante la campaña.

Gómez estaba convencido de que sus amigos estadounidenses, que acudieron en su ayuda en 1906, volverían a hacerlo de nuevo; pero ahora estaban más al corriente de los asuntos cubanos y no se comportaron de la forma que se esperaba de ellos. Habían intervenido a regañadientes en 1906 para apuntalar un régimen que habían puesto en funcionamiento tan sólo cuatro años antes. Quince años después de la independencia, y a punto de entrar en la Gran Guerra europea, eran aún más reacios a hacerlo. Estados Unidos condenó la rebelión liberal, y aunque acabó enviando 2.000 marines en 1917, éstos llegaron, como habían hecho en 1912, para proteger las plantaciones de caña estadounidenses y no para poner orden entre las partes en conflicto en un conflicto interno. Permanecieron en la isla durante seis años; 1.600 hombres en Oriente y 1.000 en Camagüey.

Los marines no participaron en la batalla entre los liberales y Menocal, y éste aplastó la rebelión mediante los habituales métodos brutales de represión que Cuba había heredado de España. Gómez fue capturado y encarcelado, junto con muchos de sus seguidores, aunque fue puesto en libertad en septiembre y los demás amnistiados en marzo de 1918.

Cuando se aproximaban nuevas elecciones, que debían tener lugar en noviembre de 1920, Menocal invitó a Crowder a regresar a La Habana para que sugiriera «enmiendas a la ley electoral». Crowder era

una figura familiar para los cubanos y ahora también era famoso en Estados Unidos como el hombre encargado del reclutamiento de soldados para la guerra. Al llegar en marzo de 1919 se sumergió en el estudio del censo y de las listas de votantes en busca de un sistema electoral más perfecto que estuviera a punto para las elecciones.

Alfredo Zayas fue declarado ganador por el Partido Popular Cubano/Liga Nacional y los liberales volvieron a quejarse de fraude y a pedir la intervención estadounidense para verificar los resultados de las recientes elecciones. Washington se vio de nuevo ante el habitual dilema. Obligado por el Tratado de 1903 a proteger vidas y haciendas, sabía que la situación era inestable y que, como le había comunicado su embajador en La Habana, «si se producían disturbios o una revolución, los intereses estadounidenses serían los primeros en verse afectados»[38].

Los marines estaban en la isla desde 1917, pero el presidente Wilson prefería una intervención política a la militar. En enero de 1921 volvió a enviar a La Habana a Crowder como su representante personal. Llegó en un buque de guerra estadounidense, el *Minnesota*, y permaneció a bordo en el puerto de La Habana, negociando con unos y con otros para evitar nuevas violencias y resolver la disputa electoral.

La campaña para las nuevas elecciones en marzo de 1921 tuvo lugar en un ambiente tan violento que los liberales se abstuvieron, creyendo que volverían a ser víctimas de un fraude. Gómez, siempre esperanzado, viajó a Washington para pedir una intervención al nuevo presidente estadounidense, Warren Harding. Pero éste no lo veía nada claro y Gómez murió en Nueva York en junio. El dirigente cubano que había solicitado la intervención estadounidense en tantas ocasiones, con tanta persistencia y clamor, quedaba finalmente fuera de la competición. Alfredo Zayas se convirtió en presidente en mayo.

Las trampas electorales se vieron eclipsadas por una crisis mucho más seria. El final de la Guerra Mundial en 1918 afectó considerablemente a la producción de azúcar y a su precio. El precio mundial, fijado por un comité angloamericano, se había mantenido bajo durante el último año de guerra, a 4,6 centavos estadounidenses por libra de azúcar sin refinar. Los controles se levantaron en 1919 y el precio subió imparablemente durante los primeros meses de 1920 hasta 10 centavos por libra en marzo y por encima de 20 centavos en mayo. Aquel mo-

[38] Citado en H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 548.

mento milagroso, aunque efímero, denominado «la danza de los millones», permitió a las empresas azucareras estadounidenses en Cuba hacer inmensas fortunas en pocos meses aunque luego las perdieron de forma igualmente rápida. El ápice se alcanzó a mediados de 1920 y a partir de ese momento el precio se hundió bruscamente, para situarse por debajo de 6 centavos la libra en el momento de las elecciones de noviembre.

Lo que las compañías azucareras estadounidenses habían ganado durante un breve periodo tenían que pagarlo ahora los bancos cubanos; éstos solicitaron, y consiguieron finalmente, una moratoria en el pago de la deuda en octubre de 1920. Las crisis política y financiera se entrelazaron y pronto sumieron en la congoja al país. El Banco Nacional se vio obligado a cerrar sus puertas en abril de 1921. Su vicepresidente-director* se ahorcó en su mansión del Vedado. Dos meses después todo el sistema bancario cubano se había hundido y muchos banqueros huyeron al exilio. Sólo un puñado de bancos extranjeros, en su mayoría estadounidenses, siguieron funcionando, enriqueciéndose con la compra de ingenios azucareros cuyos propietarios se habían declarado en quiebra.

La Cuba enriquecida durante unos años, pero que ahora volvía a empobrecerse, necesitaba desesperadamente ayuda estadounidense, pero esta vez no los marines sino un gran crédito. El gobierno de Zayas se dirigió a varios bancos estadounidenses y éstos le exigieron condiciones muy severas, que debía garantizar la continua presencia a bordo del *Minnesota* de Crowder, convertido ahora en experto asesor financiero. El presidente Zayas se vio obligado a recitar el papel que dictaba Crowder, consistente en reducir el presupuesto del Estado, revisar los contratos existentes y someter a la aprobación del Congreso los proyectos de gasto, siguiendo el modelo estadounidense. Crowder y Zayas trabajaron por separado y conjuntamente en otro intento de reformar la burocracia estatal y erradicar la corrupción: una tarea verdaderamente ardua. El prometido crédito estadounidense fue finalmente concedido en 1922. Crowder permaneció en La Habana como nuevo embajador estadounidense y avalista frente a los bancos estadounidenses.

Las intervenciones militares estadounidenses en Cuba en 1906, 1912 y 1917 habían apuntalado gobiernos inestables e inseguros para

---

* José López Rodríguez, «Pote», presidente también de la Compañía Nacional de Azúcares de Cuba. *[N. del T.]*

mantener la paz y la seguridad. La intervención de Crowder en 1921 fue de un tipo nuevo y diferente, preocupada más directamente por la protección de las inversiones y créditos estadounidenses durante un periodo difícil. Cuba se había convertido en un productor importante de inmensas riquezas, en cuyas actividades estaban profundamente implicadas varias empresas y personalidades estadounidenses. Banqueros y comerciantes, propietarios de plantaciones e ingenios, ferroviarios y simples inversores, todos ellos miraban a Estados Unidos para que protegiera sus intereses. Cuba se había convertido en una colonia en todo excepto en el nombre.

Una república bajo la dictadura: Gerardo Machado, el Mussolini tropical, 1925-1933

Las elecciones de 1924, todavía violentas y fraudulentas, dieron lugar a una victoria de los liberales, la primera desde 1909. Su candidato, Gerardo Machado y Morales, era un típico caudillo liberal, muy similar a la primera generación de políticos corruptos de la República. Se consideraba a sí mismo heredero político del presidente Gómez. Gozaba de un notable apoyo popular entre el electorado liberal tradicional, pero también en el ejército, las fuerzas de policía, el Partido Liberal, la comunidad empresarial y la embajada estadounidense.

Machado habría podido gobernar cualquier república latinoamericana en el siglo XIX, pero la presidencia de Cuba en la década de 1920 –con el hundimiento del precio el azúcar, de los mercados de valores y de las finanzas del país– iba a resultar mucho más ardua que en años anteriores y las decisiones de su gobierno fueron tanto más duras. Hizo frente a la situación convirtiendo su gobierno en una dictadura autoritaria, como sucedía en otras zonas del mundo a cuya influencia Cuba no era en absoluto inmune. Julio Antonio Mella, el líder estudiantil comunista, lo describió en una memorable frase como «un Mussolini tropical».

Machado tenía orígenes más humildes que los anteriores presidentes. Provenía de una familia de ladrones de ganado y había sido carnicero en Santa Clara, la ciudad donde nació en 1871, vendiendo durante el día lo que robaban por la noche. Participó, como tantos otros, en las fuerzas rebeldes en la Guerra de Independencia, ascendió hasta el

grado de general y se incorporó al Partido Liberal tras la independencia. Elegido alcalde de su ciudad natal en 1900, colaboró con José Miguel Gómez y obtuvo su recompensa cuando los liberales se convirtieron en los principales beneficiarios de la creación del ejército cubano, ocupando el segundo puesto en el escalafón de las fuerzas armadas en 1909 y siendo nombrado más tarde ministro del Interior. Participó activamente en la Chambelona, la guerra liberal de 1917.

Machado emprendió con éxito varios negocios mientras iba ascendiendo en la escala política, llegando a controlar la Compañía Eléctrica de Santa Clara y luego la Central Azucarera de Carmita. En la década de 1920 se convirtió en director de la poderosa Compañía Cubana de Electricidad, sucursal de una firma estadounidense y blanco del nacionalismo cubano durante muchos años debido a sus elevados precios. Su jefe estadounidense le ayudó a financiar sus campañas políticas.

La experiencia de Machado en los negocios era un activo del que hizo buen uso. Crowder señalaba con aprobación que se comportaba como «un inteligente ejecutivo que dispone de una autoridad semidictatorial»[39]. Machado siguió pronto el ejemplo de Washington. Si los procónsules estadounidenses podrían reescribir cada pocos años las leyes electorales cubanas, ¿por qué no podía pedir lo mismo el presidente cubano al Congreso de su país? Se las arregló para que el Congreso decretara un estrecho control de todos los partidos políticos, prohibiendo la creación de nuevos partidos y la reorganización de los existentes, con lo que quedaba marcada la ruta hacia un Estado con partido único. El poder de Machado se basaba en el ejército, que pronto sería el partido más poderoso del país.

El viejo temor liberal durante las últimas décadas del siglo XIX era que la independencia cubana siguiera la pauta del resto de Latinoamérica o el Caribe, con el surgimiento de caudillos militares o el establecimiento del dominio negro. Durante las décadas de 1920 y 1930 esos temores se materializaron con lo que era, de hecho, una dictadura militar bajo Machado, quien amplió en 1928 su periodo presidencial para otros seis años sin molestarse en convocar nuevas elecciones.

Crowder permaneció como embajador estadounidense en La Habana hasta 1927, observando las operaciones de su protegido con evidente orgullo. En febrero de 1927 escribió que «la mayoría de los cubanos»

[39] H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 587.

estaban a favor de un segundo mandato de Machado, y dado que éste apoyaba la «cooperación más estrecha posible» con Estados Unidos, el Departamento de Estado debía darle una seguridad «informal» de que no se opondría a su reelección[40]. En opinión de Crowder, Machado lo había hecho muy bien en circunstancias muy difíciles y su política económica no era nada ingenua; de hecho, prefiguraba parte de los programas del *New Deal* de Roosevelt. Para disminuir el desempleo se embarcó en grandes proyectos de gasto público, entre ellos la autopista central que recorre la isla de un extremo a otro y el colosal edificio del Capitolio en el centro de La Habana, copia del Congreso estadounidense en Washington, además de acueductos, alcantarillados y numerosas obras de pavimentación de calles en todo el país. Las tareas de construcción de esos prestigiosos proyectos se concentraban en el segundo semestre del año, cuando no había que cortar caña. Para los miles de ciudadanos estadounidenses que visitaban Cuba durante la era de la prohibición, la isla era un lugar de moda agradable para pasar unas vacaciones. Hechizados por su rítmica música, sus playas, sus atardeceres y su ron, pocos visitantes sabían algo de su política.

Los cubanos eran más críticos hacia Machado que los turistas estadounidenses. La prolongada crisis, la incertidumbre económica y la manipulación por Machado del sistema electoral fomentaron la oposición a una escala que a cualquier presidente le habría resultado difícil afrontar. Gran parte de ella estaba encabezada por supervivientes de la vieja generación de liberales y conservadores, muchos de ellos miembros de la recientemente creada Asociación de Veteranos y Patriotas. El control que Machado tenía del Congreso implicaba que tenían pocas posibilidades de regresar al poder por medios legales. El general Carlos García Vélez, hijo de Calixto García, organizó en abril de 1924 una rebelión armada cerca de Cienfuegos antes incluso de que Machado llegara a la presidencia. Denunció los sobornos y la corrupción con tonos similares a los de Crowder, pero sus amigos estadounidenses le suministraron poca ayuda. El presidente Coolidge envió al crucero *USS Cleveland* a La Habana para apoyar al gobierno y la rebelión se vino abajo[41].

---

[40] *Ibidem*, p. 584.

[41] D. Lockmiller, *Enoch H. Crowder, Soldier, Lawyer, and Statesman, 1859-1932*, St. Louis, 1955, p. 244.

Pocos años después un grupo semejante organizó otra rebelión, casi la última de ese tipo. El antiguo presidente Menocal unió sus fuerzas con Miguel Mariano Gómez, hijo del antiguo presidente José Miguel Gómez, y con el coronel Carlos Mendieta, el popular alcalde de La Habana, con la intención de resucitar el espíritu de la Chambelona. Formaron un grupo de extrema derecha, la Unión Nacionalista, que buscó apoyo dentro de las fuerzas armadas contra Machado. También esperaban obtener el apoyo estadounidense para un golpe, y cuando éste no llegó se volcaron en la rebelión armada. Menocal y Mendieta embarcaron en el Yatch Club de La Habana para desembarcar en Río Verde, cerca de Pinar del Río; pero ya eran demasiado mayores para actividades tan duras, pronto fueron detenidos y encarcelados.

A otros alzados les fue igual de mal. Unos 40, encabezados por Emilio Laurent y Sergio Carbó, desembarcaron en Gibara, en la costa septentrional de Oriente. Pronto sufrieron el ataque de las tropas gubernamentales mientras avanzaban por tren hacia Holguín. Aunque Laurent y Carbó escaparon, la mayoría de sus cómplices fueron torturados y fusilados, como lo fueron varios habitantes inocentes de Gibara, que fue bombardeado desde el aire[42]. En Oriente otro grupo, encabezado por Antonio Guiteras, trató de apoderarse del cuartel de Moncada en Santiago, pero fracasaron en el intento y fueron capturados y encarcelados.

El episodio de Gibara fue el canto del cisne de la generación marcada por la experiencia de la Guerra de la Independencia y las pequeñas guerras que acompañaban a la mayoría de las campañas electorales cubanas. Las viejas figuras de la Guerra de la Independencia habían muerto o envejecido y estaban muy desacreditadas.

Durante la dictadura de Machado comenzaron a emerger otras fuerzas sociales. Los obreros cubanos, por primera vez desde las rebeliones de esclavos del siglo XIX, no sólo se mostraban conflictivos sino que comenzaban a crear sus propias organizaciones. Las primeras experiencias del movimiento obrero, como en España y gran parte de Latinoamérica, se inspiraban en el anarquismo. Los anarquistas crearon en 1925 una pequeña organización, la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOC), en la que se unieron grupos anarquistas, socialis-

[42] H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 593.

tas y comunistas, todos ellos dedicados al trabajo en favor de la clase obrera. La corriente anarquista comenzó a difuminarse a lo largo de la década de 1920, debido en parte al atractivo de la Revolución rusa, que indicaba que una pizca de disciplina podría ser útil para un movimiento político, y en parte a que Machado había fusilado o deportado a los principales líderes anarquistas, cuando no los había arrojado a los tiburones[43].

Un pequeño partido comunista, constituido en agosto de 1925 por socialistas atraídos por la Revolución rusa, fue finalmente lo bastante fuerte como para hacerse con la dirección de la CNOC en 1931. Varios de los más destacados comunistas cubanos eran judíos del este de Europa –una nueva aportación al cóctel étnico cubano– que se entendían con más facilidad en yídish que en español[44]. Uno de ellos, Yunguer Semiovich, iba a sobrevivir hasta los primeros días años de la Revolución de 1959, con el nuevo nombre de Fabio Grobart. La desconfianza hacia los comunistas, «extranjeros», «judíos» y agentes de Moscú, era uno de los obstáculos que afrontaba el partido, desconfianza tan patente en la izquierda nacionalista como en la derecha. Uno de los primeros líderes del partido fue Julio Antonio Mella, un brillante orador asesinado en el exilio en México en 1929 por orden de Machado, mientras paseaba con su compañera Tina Modotti, una fotógrafa italiana. Junto a su lecho de muerte se hallaba también Diego Rivera.

Mella provenía de la clase media, como la mayoría de los políticos cubanos, pero los comunistas eran más «obreristas» que los demás movimientos surgidos para oponerse a la dictadura de Machado. También se interesaban más por los negros que los partidos de clase media. Su principal objetivo era organizar a la clase obrera en las fábricas, las plantaciones de caña de azúcar y tabaco y los ferrocarriles, y esto los puso inevitablemente en contacto con la población negra. Los comunistas no veían mal que los negros ocuparan un papel dirigente en el partido y durante una breve fase en la década de 1930 apoyaron la idea de establecer una república negra en Oriente, donde los negros constituían la mayoría de la población.

---

[43] Arrojar a los disidentes al mar desde el castillo del Morro era una tradición cubana que recuperaron los militares argentinos en la década de 1970 arrojándolos desde aviones.

[44] H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 577.

Machado tenía pocas opciones, desde su punto de vista, aparte de tomar medidas drásticas contra las diversas formas de oposición que comenzaban a surgir, lo que hizo con ferocidad poco corriente. El asesinato de Mella sólo tuvo de excepcional que tuvo lugar en un país extranjero. Cuba siempre había sido una sociedad violenta. La tradición de los propietarios de esclavos de emplear contra ellos los perros de presa y el látigo no había desaparecido del todo y el machete había dado paso a la ametralladora como instrumento de control social. Los que participaban en huelgas y otras actividades de oposición en la era machadista se ponían a sí mismos en la línea de fuego. Tampoco es que Cuba fuera una excepción a la regla latinoamericana. La respuesta con balas a las manifestaciones obreras era un fenómeno corriente en todas partes.

La represión pronto afectó a sectores de la sociedad poco acostumbrados a tal trato, en particular a los estudiantes universitarios de clase media, cuyos padres no esperaban que les dispararan. En la universidad de La Habana se creó una organización radical, el Directorio Estudiantil, para protestar contra el comportamiento dictatorial del gobierno de Machado. Cabe señalar que en la década de 1920 se produjo en todos los países latinoamericanos una euforia estudiantil semejante a la que se propagó décadas después, en 1968, por todo el mundo. Los estudiantes universitarios provenían casi exclusivamente de la clase media y estaban más influidos por la revuelta estudiantil de Córdoba (Argentina) en 1918, que llevó a los estudiantes al primer plano del cambio político, que por la Revolución rusa (mucho más distante); abrazaban con entusiasmo el antiimperialismo, pero solían ser más comedidos con respeto al socialismo. El Directorio fue disuelto por Machado en 1927, lo que indujo a los estudiantes a adoptar formas de oposición más violentas.

El cambio generacional de la década de 1930 aportó nuevas ideas y nuevos líderes. Comenzaron a proliferar gran variedad de organizaciones secretas, con propósitos muy diversos. Todas ellas tenían en común el deseo de poner fin a la era machadista y la gente se movía de forma promiscua de una a otra, buscando una acción eficaz más que la pureza ideológica[45]. Esta nueva oposición a Machado se hizo cada vez más

[45] J. Tabares del Real, «Proceso revolucionario: ascenso y reflujo (1930-1935)», capítulo 7 de *Historia de Cuba, La Neocolonia,* tercer volumen de la Historia de Cuba publicada por el Instituto de Historia de Cuba.

violenta, equiparándose a la represión gubernamental. Tras treinta años de independencia nominal Cuba seguía siendo corrupta y violenta, y en el tenebroso contexto de la época a menudo era difícil distinguir entre bandas políticamente motivadas y simples criminales.

En septiembre de 1930 se restableció el Directorio Estudiantil como organización secreta y casi de inmediato se lanzó a una campaña de violencia, terrorismo y asesinatos. Los estudiantes más radicales y con una orientación más decididamente socialista se escindieron seis meses después para formar el Ala Izquierda Estudiantil, a la que pertenecía entre otros Raúl Roa. Un segundo grupo de oposición, la Unión Revolucionaria, tenía como líder a Antonio Guiteras Holmes, la figura de izquierdas más radical de la oposición. Tras participar en la dirección del Directorio Estudiantil abandonó la Escuela de Farmacia para convertirse en activista político a tiempo completo, colaborando durante un breve periodo con la Unión Nacionalista.

En septiembre de 1931 se constituyó un tercer movimiento clandestino, éste de derechas, que optó por denominarse simplemente ABC por razones de seguridad y que ponía énfasis principalmente en la «juventud» y en la necesidad de una clara ruptura con el pasado. Aunque el propio Machado había seguido los pasos de Mussolini, la ABC, que se le oponía, bebía de la misma fuente; aunque compartía algunos rasgos con la Falange española, su línea política parecía más emparentada con los futuristas italianos y con Mussolini. La dirigían Joaquín Martínez Sáenz y Carlos Saladrigas, ambos abogados de clase media, y Jorge Mañach, un escritor y ensayista formado en Harvard y en la Sorbona.

El manifiesto-programa de la ABC, difundido a principios de 1932, se basaba deliberadamente en el programa fascista de 1919. Era un programa nacionalsocialista de derecha radical, hostil a los intereses estadounidenses, que apoyaba las cooperativas de productores y defendía el control estatal de los servicios públicos, insistiendo en la idea «los cubanos primero». Su tendencia fascista se mostraba particularmente en los planes de retirar el derecho de voto a los analfabetos, algo que en Cuba iba indefectiblemente dirigido contra los negros. Nadie explicó nunca lo que significaban las siglas ABC, pero los comunistas sugerían con cierta razón que podía ser algo así como Asociación Blanca de Cuba[46].

[46] H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 594. Thomas se remite a C. González Peraza, *Machado, Crímenes y horrores de un régimen*, La Habana, 1933, pp. 115-150; en cuanto a los

La práctica de la ABC era más significativa que su ideología, ya que todos los grupos estudiantiles de principios de la década de 1930 estaban sometidos a influencias extranjeras de un tipo u otro y pocos se ajustaban a la realidad cubana. Muchos individuos se movían incesantemente de un grupo a otro y la ABC parecía a veces vinculada al Directorio Estudiantil. Pero por muy diversos ideológicamente que fueran todos esos movimientos antimachadistas, de izquierdas y de derechas, todos ellos estaban enamorados de la violencia, creyendo que la práctica del terror contra el gobierno –contra sus edificios y sus servidores– era su única arma eficaz. En su uso del terror se hallaban a la par con movimientos europeos de la época, pero también respondían a las luchas revolucionarias del pasado cubano. Puede que la ABC esperara provocar la intervención estadounidense; la Unión Revolucionaria de Guiteras y el Directorio Estudiantil la habrían rechazado enérgicamente.

La violencia revolucionaria de principios de la década de 1930 provenía de la una situación económica cada vez más desesperada, que se había deteriorado tras el hundimiento de Wall Street en octubre de 1929. Casi ningún régimen, por represivo que fuera, podría haber sobrevivido fácilmente a la crisis que afectaba a la isla. La Depresión golpeó a Cuba con la fuerza de un huracán caribeño. Basta un indicador económico para apreciar la magnitud del desastre. El valor de la producción de azúcar de la isla se desplomó de cerca de 200 millones de dólares en 1929 a un poco más de 40 millones de dólares en 1932[47]. Hasta 1991-1994 no iba a experimentar la isla una catástrofe similar. El gobierno de Machado carecía de ideas o mecanismos que pudieran proporcionar una vía para salir de la crisis. Cuando más de la cuarta parte de los trabajadores perdieron sus empleos y más de un millón de personas tuvieron que afrontar el hambre, la conflictividad política estalló más allá de la capacidad del Estado para contenerla.

El vendaval económico provocó levantamientos y revoluciones en muchos países del mundo y Latinoamérica estaba en el ojo del huracán. En enero de 1932 una insurrección campesina en El Salvador fue repri-

---

detalles del programa del ABC, que también aparece resumido en Tabares del Real, «Proceso revolucionario», cit.

[47] J. Tabares del Real, «Proceso revolucionario», p. 238. La cifra exacta para 1929 fue de 198.661.078 dólares y la de 1932 fue de 41.862.427 dólares.

mida despiadadamente; en junio de aquel mismo año una rebelión de las fuerzas aéreas en Chile estableció por un breve periodo una «república socialista» encabezada por Marmaduque Grove, tío de Salvador Allende. También eran tiempos nuevos en Washington. En enero de 1933 tomó posesión de la Casa Blanca un nuevo gobierno encabezado por un presidente demócrata, Franklin Delano Roosevelt, que prometió un *New Deal* a los estadounidenses y a los latinoamericanos una política de «buen vecino». Roosevelt le dijo al embajador cubano en Washington que «no deseaba intervenir» en los asuntos cubanos. El único deber de Estados Unidos era hacer cuanto pudiera «de manera que no hubiera hambre y caos en el pueblo cubano»; no se le podía ofrecer nada más[48].

El nuevo embajador nombrado en 1933 era Sumner Welles, que ya había formado parte del entorno de Crowder en la década anterior y tenía ciertas relaciones con la industria azucarera. Roosevelt y él habían ido juntos a la escuela Groton de Massachusetts y mantenían una estrecha relación, no muy diferente de la que existía entre Theodore Roosevelt y Leonard Wood. Roosevelt le pidió a Machado que recibiera a su viejo amigo como enviado especial, como lo había sido en otro tiempo Crowder, pero el presidente cubano exigió su nombramiento como embajador. Machado no podía ignorar el hecho de que Welles tenía instrucciones de investigar la situación y permiso, si lo consideraba necesario, para desalojarlo del poder.

Durante todo el verano se fueron intensificando los disturbios. Una huelga de conductores de autobús en La Habana en julio, en protesta contra un incremento de los precios del transporte urbano, provocó una confrontación sangrienta entre los conductores y la policía. Pronto se unieron a la huelga otros trabajadores: conductores de tranvías, de camiones, tipógrafos y estibadores de los muelles. En agosto, lo que había sido una protesta obrera ordinaria se había convertido en una huelga general con rasgos insurreccionales.

Welles se echó atrás y no tomó medidas. Muchos cubanos ricos creían que la revolución era inminente y esperaban una intervención militar estadounidense bajo los términos de la Enmienda Platt. Las tropas estadounidenses estaban preparadas en su base de la bahía de Guantánamo, dispuestas a intervenir para apoyar una vez más al gobierno. Se alertó a otras fuerzas estadounidenses en la vecina Haití, bajo ocu-

[48] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 620.

pación militar estadounidense desde 1915[49], pero no recibieron órdenes de ponerse en movimiento.

Sin el apoyo estadounidense Machado estaba condenado. Desestabilizado por el colapso económico, incapaz de sofocar las protestas de los huelguistas en las calles y bajo la presión de los jefes del ejército –y finalmente también del propio Welles– se vio obligado a dimitir. El 12 de agosto dejó el país dirigiéndose a Nassau[50]. Su caída tuvo lugar bastante antes de lo que Welles esperaba y provocó la primera revolución cubana del siglo XX.

Una república para revolucionarios: Antonio Guiteras y la revolución de 1933

La revolución de 1933 se desarrolló en tres fases distintas, a medida que cada uno los movimientos clandestinos antimachadistas emergían de las sombras para irse relevando en el gobierno. La primera, caracterizada por el protagonismo político de la ABC, tenía un tinte semifascista y duró apenas un mes. La segunda fue una experiencia ultraizquierdista radical, que sobrevivió cuatro meses con el apoyo del Directorio Estudiantil, con Antonio Guiteras como principal protagonista. La tercera fase fue una contrarrevolución que duró cinco años, desde 1934 hasta 1939, bajo el caudillaje político de Fulgencio Batista, digno sucesor de Machado.

En un primer momento, una transferencia de poder ordenada condujo al nombramiento como presidente interino, por sugerencia de Sumner Welles, de Carlos Manuel de Céspedes, un nieto insulso del líder de la independencia en 1868. Había servido como ministro con Machado y contaba con el apoyo de los ideólogos fascistas de la ABC. Su gobierno derechista y marcadamente proestadounidense hizo poco más que presidir la disolución del Congreso de Machado y contemplar impotente cómo la multitud tomaba las calles.

No podía hacer nada por controlar o canalizar aquella explosión anárquica de cólera popular, más dramática aún en La Habana por la ausencia total de fuerzas del orden. Los policías de Machado desapare-

[49] La ocupación estadounidense de Haití no acabó hasta agosto de 1934.

[50] C. Thomson, «The Cuban Revolution: Fall of Machado», *Foreign Policy Reports* II 21 (18 de diciembre de 1935), p. 254.

cieron de las calles por miedo a la justicia popular. Muchos de ellos fueron linchados y en el caos que siguió cientos de personas fueron asesinadas y muchos hogares saqueados.

Grant Watson, el embajador británico, describió escenas de venganza que «permanecerían para siempre como un recuerdo doloroso para los que las contemplaron», quizá por lo insólito de ver a la clase media de La Habana participando en el saqueo. Mirando desde la ventana de la embajada después de cenar, observó cómo una multitud frenética saqueaba la casa de su vecino, un senador de Machado. Le pareció «un espectáculo repugnante», ya que mientras los negros luchaban por hacerse con un gramófono y las sirvientas por unos chales, familias bien vestidas llegaban en Packards y Cadillacs para cargarlos con muebles de estilo Luis XV y sillas doradas»[51].

Una vez atenuada la presión de la dictadura, el país entero experimentó una marea creciente de fervor revolucionario, que superaba la capacidad de cualquier grupo político de encabezarla o controlarla. Una oleada de agitación y disturbios barrió las zonas azucareras, extendiéndose hasta las haciendas más distantes. Jóvenes y viejos, negros y blancos, cubanos de varias generaciones e inmigrantes recientes, todos se vieron atrapados en el fervor revolucionario. Un año más tarde un grupo de expertos en Cuba de la Asociación de Política Exterior estadounidense, que visitó el país para informar sobre los acontecimientos durante un año de revolución, elaboró un vívido informe del levantamiento de aquel verano. Así describían la primera toma de un ingenio azucarero en Punta Alegre (Camagüey), el 21 de agosto:

> Al cabo de menos de un mes el número de ingenios bajo el control de los trabajadores se estimó en 36. Se informó de que se habían constituido sóviets en Mabay, Jaronú, Senado, Santa Lucía y otras centrales. En varios lugares los directores fueron hechos prisioneros por los trabajadores. Se formaron guardias obreras, armadas con bastones y unos pocos revólveres, a las que les servía de uniforme un brazalete rojo. Los obreros fraternizaban con los soldados y la policía.
>
> Durante la primera fase del movimiento las manifestaciones en Camagüey y Oriente eran a menudo encabezadas por un obrero, un campesino y un soldado. En algunas de las centrales de las provincias

[51] Citado en H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 628.

de Santa Clara, Camagüey y Oriente, los obreros ocuparon no sólo los ingenios sino también los sistemas ferroviarios de la empresa, y extendieron su control a los puertos y a las pequeñas ciudades y áreas agrícolas cercanas.

Los comités de apoyo suministraban comida a los huelguistas y a sus familias y en algunos casos se convirtieron en comisiones de subsistencia para toda la población del área en huelga. En diversos puntos esos comités alquilaron parcelas de terreno para que las cultivaran los trabajadores del campo[52].

En aquella prolongada atmósfera de revolución en el campo, con violencia en las calles de La Habana y conspiraciones políticas a puerta cerrada, Céspedes y la ABC no podían sobrevivir. Fueron barridos el 4 de septiembre por un golpe no planeado e inesperado. El 4 de septiembre estalló una rebelión en el cuartel militar de Campo Columbia, una enorme base en los alrededores de La Habana. El descontento de un grupo de sargentos del ejército dio lugar a un motín en el cuartel. Los sargentos temían un contragolpe por parte de los oficiales de Machado supervivientes y se adelantaron. Un pequeño grupo de sargentos, cabos y soldados de reemplazo constituyeron una junta revolucionaria.

Entre sus dirigentes se encontraba Fulgencio Batista Zanzíbar, antiguo tipógrafo mulato de Oriente, de treinta y un años. El motín de los sargentos fue un acontecimiento extraño e imprevisto, una de las pocas ocasiones en la historia latinoamericana en que los rangos más bajos del ejército dieron un golpe de Estado, pronto capitalizado por un puñado de profesores y líderes del Directorio Estudiantil que habían leído algún que otro manual revolucionario y habían conspirado intensamente por su propia cuenta. Acudieron a Campo Columbia para hacer causa común con los soldados y ayudar a la formación de un gobierno revolucionario provisional. Céspedes fue sustituido por una coalición de soldados y estudiantes. Ruby Hart Phillips, la esposa del corresponsal del *New York Times*, que contaba sin duda con buena información, explicó esa alianza en un informe de las acciones de los

[52] *Problems of the New Cuba,* Foreign Policy Association, Nueva York, 1935, p. 183. Véase también S. Farber, *Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960: A Political Sociology from Machado to Castro,* Middletown, Conn., 1976, p. 39.

sargentos que probablemente constituye una guía bastante fiable de lo que sucedió:

> Se dieron cuenta de que el pueblo de la isla no apoyaría un gobierno militar encabezado por unos sargentos de los que nadie había oído hablar, así que enviaron unos automóviles y llamaron por teléfono a miembros de la facultad y del Directorio Estudiantil y a algunos otros radicales bien conocidos para que acudieran rápidamente a Campo Columbia. Todos los radicales y estudiantes corrieron al campo, pensando que era su conspiración; cuando llegaron se encontraron con que era la de los sargentos, pero decidieron que era tan buena como cualquier otra, con tal que participaran en ella, y todos gritaron: «¡Viva la República!»[53].

De la asamblea de soldados y estudiantes en Campo Columbia salió una «Proclamación al pueblo de Cuba» que fue publicada al día siguiente. Redactada por Sergio Carbó, el periodista que había participado en el desembarco abortado de Gibara en 1931, fue firmada por dieciséis civiles, dos antiguos soldados y Batista, quien firmó como «sargento revolucionario jefe de todas las fuerzas armadas de Cuba»[54].

El moderado programa esbozado en la proclamación prometía una asamblea constituyente para redactar una nueva Constitución y un tribunal para juzgar los crímenes de la era machadista. También prometía la protección de la propiedad, tanto de los nacionales como los extranjeros; el reconocimiento de las deudas de regímenes anteriores y el restablecimiento de la paz y la justicia. Fue un triunfo para los estudiantes de clase media del Directorio Estudiantil, cuyo programa se veía así ratificado.

Durante todo el mes de agosto los líderes estudiantiles más radicales se habían sentido alarmados por la alianza entre Céspedes y Sumner Welle y por el hecho de que el ejército de Machado permaneciera intacto tras la partida del presidente. La rebelión de los sargentos era un regalo del cielo para los radicales. Los soldados corrientes de origen obrero tomaban las armas contra sus oficiales corruptos y privilegiados. Fue un acontecimiento inesperado pero muy bien recibido. Por si al-

---

[53] H. Phillips, *op. cit.*, p. 112.

[54] J. Tabares del Real, «Proceso revolucionario», *cit.*, p. 303.

guien no se enteraba de contra quién se dirigía la revolución, Sergio Carbó le dijo al *New York Times* que la República había madurado y «con gritos de júbilo» había «escapado de la embajada estadounidense»[55].

En su propia declaración, firmada, entre otros, por Carlos Prío Socarrás y Eduardo Chibás, el Directorio Estudiantil reivindicaba su participación en la revolución, insistiendo en su hostilidad hacia el «gobierno inanimado nombrado por el embajador estadounidense» y en la necesidad de purgar las fuerzas armadas:

> Viendo el país en este estado caótico, sin principio de autoridad y con muchos hombres de Machado todavía en las fuerzas armadas, el Directorio decidió iniciar su acción revolucionaria junto con la parte relativamente honrada de las fuerzas armadas que, con gran organización y responsabilidad patriótica, actuó enérgicamente pero sin tener que disparar un solo tiro, depurando de esa forma el glorioso uniforme del ejército, que estaba al borde del deshonor debido a la colaboración de sus mandos con el machadato[56].

Los gritos de júbilo por el último giro de los acontecimientos llegaron de las multitudes rebeldes de negros congregadas en las calles y pronto despertaron la alarma entre los estadounidenses residentes en La Habana y entre la propia elite colonial de cubanos blancos. Los investigadores estadounidenses de la Asociación de Política Exterior señalaban que «los temores a un levantamiento negro volvieron a apoderarse de ciertas franjas de la población cubana» y que «había negros entre los líderes de las multitudes que se apoderaban de las haciendas azucareras y planteaban reivindicaciones exorbitantes a los dirigentes de las empresas»[57]. Ruby Hart Phillips daba buena muestra del estado de ánimo de los observadores estadounidenses al describir en su diario la escena que se podía contemplar desde la balconada del palacio el día después de la revolución de septiembre:

> Todos los negros de la ciudad están aquí, no se van a casa a comer, o quizá piensan que el nuevo gobierno les distribuirá comida. El sar-

[55] Citado en H. Phillips, *op. cit.*, cit., p. 115.
[56] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., pp. 640-641.
[57] *Problems of the New Cuba*, p. 33.

> gento Batista ha demostrado ser un enérgico e inflamado orador. Es realmente bueno, pero haría mejor en procurar que todos esos negros no piensen que la isla es totalmente suya y se apoderen de todo cuanto se les ponga a la vista[58].

No tenía por qué preocuparse. Los blancos se tranquilizaron pronto y casi inmediatamente comenzaron a arrugar la nariz ante la oscura piel de Batista. Éste también había dejado claro dónde se situaba. Abandonando a los estudiantes revolucionarios en la balconada del palacio, pidió una cita con Somner Welles, aparentemente sin que nadie le empujara a ello. Welles había sido presa del pánico el día anterior, temiendo lo peor y llamando a más buques de guerra estadounidenses al puerto de La Habana; pero Batista, con su inmenso encanto personal y una amplia sonrisa, le causó una impresión excelente. A partir de aquel momento se iban a ver con mucha frecuencia.

La Junta de Batista eligió como nuevo presidente al doctor Ramón Grau San Martín, un rico médico y profesor universitario que había apoyado al Directorio Estudiantil. Juró su cargo el 10 de septiembre y presidió durante sólo cuatro meses una revolución que era absolutamente incapaz de controlar. Batista y los sargentos permanecían entre bastidores, mientras los estudiantes se enfrentaban entre sí tratando de resolver sus diferencias.

El gobierno revolucionario de Grau se dividió desde un principio entre el grupo radical Unión Revolucionaria de Antonio Guiteras y elementos más moderados del Directorio Estudiantil. Guiteras gozaba de la posición más poderosa al haber sido nombrado ministro del Interior, de la Guerra y de la Armada, lo que le daba el control nominal sobre el ejército, la armada y la policía. Su aliado, Gustavo Moreno, se hizo cargo de las comunicaciones, y Eduardo Chibás de las obras públicas. Guiteras asumió ahora el papel dirigente en la revolución, estableciendo así una continuidad histórica que iba desde José Martí hasta Fidel Castro. Su ideología y práctica política prefiguraban las de Castro veinte años después, mientras que su incorruptibilidad, a una edad en la que es muy fácil venderse, y su estilo austero –se sabía que sólo tenía un traje–, evocaban las de Martí. Los tres estaban imbuidos de un sentido patriótico poco corriente.

---

[58] H. Phillips, *op. cit.*, p. 115.

Guiteras, nacido en 1906 de padre cubano y madre inglesa, había sido educado en parte en Estados Unidos. Era un liberal radical que se vio pronto atraído por el socialismo, aunque no por el comunismo, por más que la embajada estadounidense en La Habana lo tildara rutinariamente de comunista. Como otros líderes estudiantiles se había dedicado largo tiempo a tareas organizativas clandestinas, separándose del Directorio en 1931 para fundar la Unión Revolucionaria. Más tarde, en 1934, organizó un nuevo movimiento, Joven Cuba, favorable al socialismo; propugnaba la reforma agraria, la industrialización y la creación de una empresa naviera nacional; esperaba conseguir sus objetivos mediante la lucha armada y la infiltración en las fuerzas armadas.

Las opiniones de Guiteras reflejaban una mezcla ecléctica de diversas influencias revolucionarias, desde Auguste Blanqui hasta Jean-Jacques Jaurès. Se inspiraba en las revoluciones mexicana y rusa, en la lucha independentista en Irlanda y el movimiento guerrillero de Sandino en Nicaragua. Compartía el sentimiento antiimperialista de la época y defendía la lucha armada urbana y rural, los asaltos a los cuarteles del ejército y la ejecución de policías y miembros del gobierno. Creía firmemente en la acción directa y en la propaganda por los hechos, como Blanqui y los anarquistas españoles, y fue muy criticado por los comunistas por su voluntarismo y su aceptación de la violencia.

El gobierno de Grau tenía innumerables enemigos. En primer lugar estaban los cuadros fascistas desplazados de la ABC; luego, los viejos conservadores agrupados en torno a Menocal y los liberales del coronel Mendieta, que habían confluido en la Unión Nacionalista; por último, los mandos de las fuerzas armadas supervivientes del machadato. Muchos de ellos se habían sentido humillados durante los disturbios de agosto y ahora tenían que elegir entre organizar un golpe o huir al exilio. La acción de Batista y los sargentos hizo más difícil un golpe y la mayoría decidió abandonar el país.

Sumner Welles abrió sin saberlo la vía a lo que parecía una solución a sus problemas. Durante el pánico que siguió al golpe de los sargentos en septiembre les dijo a los ciudadanos estadounidenses que se reunieran en el hotel Nacional, el gran hotel del Malecón que da al mar. Había pedido la intervención estadounidense, aunque sólo fuera para guardar el hotel y la embajada, pero una intervención inmediata

resultó imposible. Varios buques de guerra estadounidenses aguardaban fuera del puerto de La Habana, pero ninguno tenía un contingente de marines suficientemente grande como para desembarcar sin encontrar resistencia.

Sin conocer esos importantes detalles varios cientos de oficiales de Machado se refugiaron en el hotel con los estadounidenses, esperando una rápida intervención y su evacuación. Sus plegarias no recibieron respuesta. Los soldados leales a Batista atacaron el hotel con artillería pesada y el resultado fueron ochenta personas muertas y doscientas heridas. Los oficiales supervivientes se rindieron y fueron escoltados al otro lado del puerto hasta La Cabaña, matando a varios por el camino. Una segunda rebelión de oficiales en noviembre, apoyada por grupos de la ABC e iniciada en las fuerzas aéreas, fue también inmisericordemente aplastada, con más de doscientos muertos.

La derrota y matanza de los oficiales de Machado reforzó enormemente a Batista, que era ahora el jefe incuestionable del ejército. Cientos de sargentos y cabos fueron ascendidos para ocupar los puestos que habían quedado vacíos en el cuerpo de oficiales. Respaldado por ese ejército renovado, Batista estaba ahora en una posición mucho más fuerte que Guiteras y los estudiantes con los que se había aliado.

Pero la radicalización del gobierno de Grau se incrementó. Se negó a pagar los intereses de la deuda que Machado había contraído con bancos estadounidenses. Nacionalizó Chaparra y Delicias, las dos empresas azucareras de la Cuban American Sugar Corporation, así como la compañía eléctrica cubana.

Algo más controvertido fue un decreto, que reflejaba el nacionalismo frustrado durante muchas décadas, que ordenaba a todas las empresas asegurarse de que al menos el 50 por 100 de sus empleados habían nacido en Cuba. Castigaba así tanto a los españoles como a los negros de otras islas del Caribe. El racismo intrínseco de la sociedad cubana, nunca muy velado, había aflorado y se había intensificado con la revolución de septiembre, también el resentimiento contra lo que se entendía como arrogancia por parte de los inmigrantes españoles. La emigración española había venido declinando desde la Depresión, pero aquel decreto era un golpe tanto psicológico como físico a la poderosa comunidad española. La idea de que un gobierno cubano pudiera emprender tal acción contra los ciudadanos de la madre patria era una grave humillación; pero el decreto contra los españoles fue muy popular y

los negocios y tiendas españoles se vieron sometidos a ataques. Las empresas inglesas, alemanas y estadounidenses también se vieron afectadas.

Más duro todavía fue el impacto del decreto sobre los inmigrantes negros de Jamaica y Haití. El abuelo de Fidel Castro era cónsul de Haití en Santiago y Castro recordaba en 1985 cómo se había visto afectado por el decreto:

> La llamada «revolución de 1933» fue un movimiento de lucha y rebeldía contra la injusticia y el abuso. Pretendía la nacionalización de la compañía eléctrica y otras empresas extranjeras y la nacionalización del empleo [...] Decenas de miles de haitianos fueron inmisericordemente deportados a Haití. Según *nuestras* ideas revolucionarias, esa decisión fue inhumana[59].

Inhumano o no, el decreto contra los inmigrantes negros era tan popular como los ataques a la comunidad española.

Esas medidas populistas no fueron suficientes para proteger al gobierno de Grau. El enfrentamiento final entre Batista y Guiteras se produjo en enero de 1934. Batista había derrotado a sus enemigos dentro de las fuerzas armadas y el único enemigo a la vista era el embajador de Estados Unidos, que se había negado firmemente a reconocer el gobierno de Grau. Batista sabía muy bien que Estados Unidos sólo reconocería y apoyaría a un presidente más moderado. El candidato favorito era el coronel Mendieta, líder de lo que quedaba del viejo partido liberal. Al profundizarse la crisis, Guiteras convocó una huelga general para apoyar al gobierno, pero el estado de ánimo de la población había cambiado y los trabajadores ya no parecían tan dispuestos a movilizarse. Batista empujó a Mendieta a aceptar la presidencia, cosa que hizo el 18 de enero, siendo saludado en el palacio presidencial por una multitud entusiasmada.

Batista había juzgado bien. La prolongada incertidumbre había arrebatado al gobierno de Grau el apoyo que tuvo en un primer momento. Con un nuevo presidente más conservador, Estados Unidos se apresuró a reconocerlo, lo que hizo formalmente pocos días después, mientras Grau se exiliaba a México.

---

[59] F. Betto, *Fidel and Religion*, Sydney, 1986, p. 83 [ed. original: *Fidel y la Religión: conversaciones con Frei Betto*, La Habana, 1986].

Una república diseñada para Fulgencio Batista, 1934-1952

Batista se había convertido en árbitro de la política cubana e iba a dominar el país durante los veinticinco años siguientes. Nacido en una plantación de caña de azúcar en 1902, era más representativo del pueblo cubano que cualquiera de los gobernantes anteriores o posteriores y en sus venas llevaba sangre africana, española, india y china. Se había incorporado al ejército como soldado a los diecinueve años y tras aprender a escribir a máquina se convirtió en estenógrafo con el rango de sargento asignado a los tribunales militares. Más adelante se iba a convertir en la figura política más importante del siglo XX en Cuba aparte de Castro. Como líder revolucionario, presidente electo, dictador militar y millonario defensor de la Mafia, dejó una marca casi indeleble en la historia de su país, que sólo fue borrada por la Revolución de 1959.

Batista manipuló los acontecimientos entre bastidores durante los gobiernos civiles de la década de 1930 –hubo siete en rápida sucesión desde 1934 hasta 1940– antes de presentarse él mismo a las elecciones, con éxito, en octubre de 1940. Aunque finalmente se iba a unir a las filas de los dictadores latinoamericanos más vilipendiados de su época, en sus años como presidente constitucionalmente electo del país, desde 1940 hasta 1944, gozó de considerable popularidad.

Su golpe contrarrevolucionario de enero de 1934 fue llevado a cabo con facilidad. Simplemente transfirió la lealtad de las fuerzas armadas de Grau a Mendieta, valiéndose de los oficios de la embajada estadounidense. Estados Unidos reforzó la posición del presidente Mendieta aboliendo la Enmienda Platt, el principal agravio para los nacionalistas cubanos. Fue formalmente eliminada de la Constitución cubana el 29 de mayo de 1934 y se confirmó con un nuevo tratado. Estados Unidos mantenía una salvaguardia, negándose a abandonar su gran base militar en la bahía de Guantánamo.

Pero a pesar del golpe de Batista, gran parte del país vivía todavía una euforia revolucionaria que Mendieta no podía apenas contrarrestar. Guiteras, liberado de los cuidados del gobierno, resucitó el movimiento clandestino con el que antes había combatido a Machado, rebautizándolo como Joven Cuba y convirtiéndolo en una guerrilla urbana con el propósito de derrocar a Mendieta. Las protestas contra el gobierno, los paros y las huelgas prosiguieron durante 1934 y los primeros meses de 1935. Trató de nuevo de derrocar al gobierno me-

diante una huelga general en marzo de 1935 y consiguió paralizar el país; pero Mendieta y Batista tenían todavía viento populista en sus velas y aplastaron la huelga imponiendo la ley marcial al viejo estilo español. Una vez más una oleada de represión recorrió la isla, ilegalizando sindicatos, cerrando la universidad y deteniendo y torturando a cientos de activistas políticos.

La isla quedó sometida a un creciente control militar. El proceso iniciado bajo Machado se consolidó con Batista. El ejército se convirtió en la fuerza política más significativa, un poder que se infiltró rápidamente en la cultura y permaneció profundamente arraigado en la sociedad cubana. Los investigadores estadounidenses de la Asociación de Política Exterior registraron que, «hablando de la necesidad de patios de recreo en La Habana, una mujer les habló de los niños que se reunían en un pequeño parque cerca de su casa. Los niños [...] jugaban todo el día a la revolución. Se alineaban, desfilaban y se mataban mutuamente con fusiles imaginarios sacando a rastras a las víctimas»[60].

Louis Pérez, al hablar de la influencia del cine estadounidense, explicaba que las películas de gángsteres de la década de 1930 se hicieron especialmente populares, repercutiendo sobre el estilo cubano de violencia política. «El ametrallamiento desde un coche en marcha, tan característico del género, se convirtió también en algo habitual en la contienda política en La Habana. Los aficionados al cine conocían bien la secuencia: el automóvil que acelera, el tableteo de las metralletas y la huida»[61]. Para describir los nuevos métodos de la política del país se acuñó el término *gangsterismo*.

Desesperado tras el fracaso de la huelga general, Guiteras planeó retirarse a México. Su grupo había comprado allí una hacienda donde entrenar a guerrilleros que regresarían a Cuba para emprender una guerra revolucionaria, siguiendo el modelo del siglo XIX[62]. Guiteras iba a partir desde Matanzas en mayo de 1935. La operación era interesante, pero no acabaría funcionando hasta dos décadas después y no sería dirigida por Guiteras. Fue sorprendido y muerto por el ejército junto al Fortín Morillo de Matanzas cuando se disponía a partir al exilio.

---

[60] *Problems of the New Cuba.*

[61] L. Pérez, *On Becoming Cuban,* cit., p. 297.

[62] J. Tabares del Real, «Proceso revolucionario», cit., p. 332. Véase también J. Tabares del Real, *Guiteras,* La Habana, 1973.

Mendieta no duró mucho como presidente y fue seguido por una sucesión de figuras políticas menores, todas ellas dependientes del capricho de Batista. En enero de 1936 se celebraron elecciones, pero los protagonistas eran fantasmas del pasado; el ex presidente Menocal perdió frente a Miguel Mariano Gómez, que sólo duró en el puesto hasta finales de ese mismo año, al ser destituido por el Congreso por oponerse a las Escuelas cívico-rurales propuestas por Fulgencio Batista, quien había enviado soldados al campo para construirlas y enseñar en ellas; esa medida fue considerada peligrosamente populista por la vieja elite liberal. Cuando se sometió a voto en el Congreso Gómez fue derrotado y depuesto, sustituyéndole su vicepresidente*.

Cuando disminuyó la violencia se restauró el viejo orden bajo la mirada vigilante de Batista. Grau San Martín reunió a sus viejos seguidores y creó un nuevo movimiento de clase media al que llamó Partido Revolucionario Cubano Auténtico, recordando el nombre del viejo partido de Martí. Los comunistas también comenzaron a emerger de las sombras y emprendieron la vía hacia la legalidad creando en 1937 el Partido Unión Revolucionaria, dirigido por Juan Marinello, poeta y profesor universitario. Dado que el partido de Grau no tenía intención de hacer causa común con ellos, los comunistas volvieron la mirada hacia Batista. Si éste les permitía organizarse le ofrecerían el apoyo político del que carecía. Se llegó efectivamente a un acuerdo que permitió al partido comunista funcionar legalmente desde 1938 como Unión Revolucionaria Comunista y publicar un periódico, *Noticias de Hoy,* dirigido por Aníbal Escalante. «La gente que trabaja por el derrocamiento de Batista –señalaba piadosamente la revista de la Comintern– ya no actúa en interés del pueblo cubano»[63]. Se permitió a los comunistas constituir un nuevo movimiento sindical, la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) –dirigida por Lázaro Peña, un obrero negro del tabaco–, que mantuvo una estrecha relación con el ministerio de Trabajo.

La alianza entre los comunistas y Batista era comprensible en el contexto de la época, pero fue muy criticada por los radicales de clase media, herederos de los levantamientos de 1933, y la leyenda de la

---

* Federico Laredo Brú, presidente desde el 23 de diciembre de 1936 hasta el 10 de octubre de 1940. *[N. del T.]*

[63] *World News and Views,* núm. 60, 1938, citado en H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 711.

perfidia del partido comunista permaneció muy arraigada hasta mucho después de 1959.

Uno de los logros tardíos de la revolución de 1933 fue la promulgación de una nueva Constitución. La anterior había sido confeccionada por Machado a su medida, pero la de 1940 fue la primera producida por una Asamblea Constituyente desde la primera Constitución republicana de 1902, deslucida por la inclusión de la Enmienda Platt. Las elecciones para la Asamblea Constituyente se celebraron en noviembre de 1939 y el Partido Revolucionario Cubano Auténtico de Grau y sus aliados obtuvieron 41 escaños de 76. De esos 41, 35 correspondían al partido de Batista y los comunistas. La Asamblea comenzó sus trabajos en febrero de 1940 y los completó en un semestre.

La nueva Constitución tenía una formulación notablemente progresista para su época y se convirtió en una referencia importante en años posteriores. Tenía un fuerte contenido socialdemócrata: garantizaba a los obreros la jornada de 8 horas, una semana laboral de 44 horas, un mes de vacaciones pagadas, más una pensión, seguridad social obligatoria y seguro de accidentes, se concedió a todos los adultos mayores de veinte años la libertad de asociación y el derecho de voto en elecciones y referendos, y las mujeres recibieron por primera vez el derecho de voto.

Con todo ello se reprodujo el viejo nerviosismo sobre la población negra y, aunque la segregación había quedado proscrita, los movimientos políticos basados en la raza fueron específicamente prohibidos, como venía sucediendo desde 1910. La Constitución, todavía influida por modelos estadounidenses, aunque ahora por el *New Deal* de Roosevelt, otorgaba un papel preeminente al Estado en el desarrollo económico y social, regulaba los derechos de propiedad y prescribía ocho años de educación obligatoria para todos los niños[64].

Cuando Batista accedió en persona a la presidencia, durante el *boom* económico de la Segunda Guerra Mundial, gobernó como un socialdemócrata. Los derechos sindicales fueron confirmados y ampliados, gran parte del gasto público se dedicó a programas sociales y los comunistas locales se integraron en el gobierno (se veía a Stalin como un aliado vital contra Hitler y se establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética).

---

[64] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., pp. 448-449.

La guerra provocó el colapso de la producción de azúcar en Asia y Europa y Cuba vivió de nuevo una prosperidad inesperada. La cosecha de azúcar aumentó de 2,7 millones de toneladas a 4,2 millones entre 1940 y 1944 y el valor del azúcar crudo producido pasó de 110 millones de dólares a 251 millones. Aunque se habían perdido los mercados europeos, e incluso algunos en Estados Unidos debido a las dificultades del transporte marítimo, fueron años de bonanza para el gobierno de Batista[65]. El alto precio del azúcar y una prolongada era de paz social, producto del apoyo del partido comunista y del movimiento obrero organizado al gobierno, dejaron en la memoria de la población un recuerdo muy positivo del gobierno de Batista[66]. La gente olvidó la escasez del periodo de guerra, el desempleo, la inflación y la ausencia de turistas extranjeros.

Cuando concluyó su mandato de cuatro años Batista esperaba que Carlos Saladrigas, su primer ministro y antiguo dirigente de la ABC, heredara la presidencia, pero los votantes prefirieron a Grau San Martín y los Auténticos. Invocando el recuerdo de 1933, Grau se ganó la confianza del país. Una vez en el gobierno siguió la vía reformista de Batista, desilusionando pronto a sus seguidores más radicales. Cuando comenzaron a acumularse las nubes de tormenta de la Guerra Fría Grau, con el apoyo de su ministro de Trabajo Carlos Prío Socarrás, le dio la espalda al partido comunista y a la organización sindical dominada por los comunistas, la CTC.

El desplazamiento de Grau hacia la derecha despertó resistencias en las filas de los Auténticos y en 1947 Eduardo Chibás, otro fantasma de la década de 1930, fundó un partido más radical, el Partido Revolucionario Cubano Ortodoxo, con el que esperaba vencer en las elecciones presidenciales de 1948 a Prío Socarrás y a los Auténticos, otra reliquia de 1933. El vencedor fue Prío y su mandato de cuatro años, de 1948 a 1952, se ha descrito como «el más polarizado, corrupto, violento y antidemocrático» de la historia de la República de Cuba[67].

A mediados de siglo Cuba sufría una crisis sistémica, tanto política como económica. La generación que había participado en el derroca-

---

[65] L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution,* cit., pp. 282-283.

[66] El partido comunista, que funcionaba legalmente como Unión Revolucionaria Comunista desde 1938, adoptó el nombre de Partido Socialista Popular en 1944.

[67] J. Sweig, *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground,* Cambridge, Mass., 2002, p. 5.

miento de Machado y en los acontecimientos revolucionarios de 1933 había tenido la oportunidad de dirigir el país y la había desaprovechado. Todos los viejos políticos estaban desacreditados y la única figura de aquélla época que mantenía cierta decencia –Eduardo Chibás– había abandonado la escena dramáticamente: se mató en agosto de 1951 durante uno de sus programas semanales de radio, habitualmente dedicados a atacar la corrupción y el gobierno de Prío. La muerte de Chibás, quizá un accidente pero más probablemente un suicidio, señaló el final de la era iniciada en 1933.

Nuevos contendientes afilaban sus armas, preparándose para entrar en liza. Uno de ellos era Fidel Castro, quien junto con medio centenar de revolucionarios surgidos de la Universidad de La Habana, iba pronto a patrocinar un nuevo movimiento revolucionario que inevitablemente recordaría lo sucedido veinte años antes.

Otro protagonista, el primero en escena, era el ejército. Las fuerzas armadas cubanas, remodeladas por Batista, estaban muy implicadas en la política, pero no seguían la pauta típica del continente. No formaban parte de la elite dominante gobernante tradicional. Los oficiales jóvenes eran tan conscientes como cualquier hijo de vecino de los fallos de los sucesivos regímenes civiles. La corrupción política y el gangsterismo, junto con el lujoso estilo de vida de los mandos superiores, auténticos privilegiados en el orden social, despertaba tanta irritación en el ánimo nacionalista de los jóvenes oficiales como en los estudiantes universitarios.

En los últimos años de presidencia de Prío Socarrás jóvenes oficiales sondearon al general Batista para averiguar si apoyaría el golpe que estaban planeando. El viejo golpista se mostró reacio al principio; en 1952 tenían que celebrarse elecciones y quería volver a presentarse como candidato. Chibás, el carismático candidato de los ortodoxos en 1948, estaba muerto. El candidato de los Auténticos volvería a ser Grau San Martín, absolutamente falto de carisma. Batista calculaba que tenía probabilidades de ganar, pero también sabía que el desasosiego en el ejército podía hacer que las elecciones no llegaran a celebrarse. Al descubrir que los oficiales se inclinaban por un golpe, con o sin él, se puso a su servicio.

Batista se dirigió a Campo Columbia en la madrugada del domingo 10 de marzo de 1952 y arrestó a los mandos que dormían allí. Antes del amanecer controlaba la ciudad y Prío Socarrás se dirigía a la

embajada mexicana en busca de asilo. Su gobierno se hallaba en las postrimerías y su caída no despertó quejas entre población. Nadie siguió su llamamiento a la resistencia y el gobierno cayó sin necesidad de disparar ni un solo tiro.

El nuevo régimen de Batista fue, en general, bien recibido. Tras un intentó somero de preservar las formas constitucionales y de repetir la experiencia de los años treinta mediante un presidente títere, Batista se nombró a sí mismo jefe del Estado. En su primer discurso público invocó el nombre de Martí y se identificó con la aspiración popular de progreso, democracia, paz y justicia; fue una representación impecable. Se aumentó la paga de la policía y los militares y los congresistas y senadores siguieron recibiendo sus salarios. Se suspendió gran parte de la Constitución de 1940, pero mucha gente, con la excepción de ortodoxos como Castro y sus amigos, concedió al nuevo gobierno el beneficio de la duda. Los países europeos y latinoamericanos le ofrecieron un rápido reconocimiento diplomático, seguido al poco tiempo por el de Estados Unidos.

El golpe de Batista se anticipó a las elecciones presidenciales y obligó a los políticos de todos los colores a revisar sus planes. Algunos se acomodaron al nuevo orden, pero una nueva generación de jóvenes activistas entendió el golpe como una nueva oportunidad política. Como sus confusos predecesores de la década de 1930, tenían dudas sobre el valor de los procesos electorales en el contexto cubano. Como ellos estaban organizados en grupos de acción y sumidos en querellas políticas y en el gangsterismo que caracterizó el periodo de posguerra. Ahora se les presentaba una oportunidad inesperada para poner en práctica su apoyo teórico a la violencia. El momento parecía adecuado. Aunque el golpe de Batista recibió algún apoyo inicial de los más disgustados con la corrupción del régimen parlamentario, sus acciones subsiguientes demostraron que no iba a haber ninguna ruptura real con el pasado. Batista no tenía nuevas recetas para el país y lo único que ofrecía era su propia persona y su ejecutoria. Pero eso no era suficiente.

5
La revolución de Castro toma forma, 1953-1961

El ataque de Castro al Moncada, 26 de julio de 1953

El cuartel Moncada está a poca distancia del Parque Carlos Manuel de Céspedes, en el centro de Santiago, pero en la década de 1950 marcaba el borde de la ciudad. Es un edificio de dos pisos, en otro tiempo gris, aunque ahora los entrepaños estén pintados de color ocre dorado y las pilastras que los separan de blanco; para acceder a la entrada principal, situada en el primer piso, hay que subir unas escalinatas de hormigón. En los años cincuenta era el segundo cuartel en tamaño del país, sólo superado por el Campo Columbia de La Habana. Originalmente destinado a servir de presidio, durante la ocupación estadounidense quedó a disposición de la Guardia Rural y, más tarde, al servicio de la represión gubernamental. Casi un siglo después, cumpliendo la promesa de los revolucionarios de los años cincuenta de convertir aquel cuartel en una escuela, sus grandes patios son compartidos por los alumnos de la «Ciudad Escolar 26 de julio», aunque en un ala del edificio, que hoy sirve como museo, se conservan tal como eran entonces las celdas y salas de interrogatorio, lúgubre testimonio de las atrocidades del pasado.

El 26 de julio de 1953 se produjo un asalto armado al Moncada encabezado por Fidel Castro, la flamante figura de veintiséis años que iba a dominar la política y la historia cubana durante más de medio siglo. El asalto al Moncada y el que tuvo lugar simultáneamente contra el cuartel de Bayamo estaban destinados a obtener armas de sus arsenales, pero su objetivo último era derrocar el gobierno que Batista había impuesto mediante un golpe de Estado un año antes. La acción en sí resultó un fracaso desastroso, poco más que un *putsch* mal preparado, como lo calificaron los comunistas, sin que su escaso interés durante los años treinta por las tradiciones insurreccionales del país se modificara un ápice. Aun así, el asalto al Moncada supuso un desafío al régi-

men que sentó las bases de una organización revolucionaria, el Movimiento 26 de Julio, que iba a tomar el poder menos de seis años después. También dio a conocer el nombre de su líder en toda la isla.

Fidel Castro, nacido el 13 de agosto de 1926, era considerado por aquel entonces como la figura más destacada de su generación, un brillante orador estudiantil y un deportista consumado; pero sobre todo era un hombre marcado por la política desde su temprana juventud. Su padre, Ángel Castro, llegó a Cuba con el ejército español desde su Galicia natal y tras la Guerra de la Independencia decidió regresar a la isla y establecerse como ganadero y agricultor en Birán (antigua provincia de Oriente, actualmente en la de Holguín[1]), alcanzando una relativa prosperidad; su madre, Lina Ruz, procedía de Pinar del Río y había trabajado como sirvienta en el hogar de Ángel Castro antes de comenzar a darle hijos, de los que sólo el siguiente a Fidel, Raúl, iba a desempeñar un papel importante en su vida política*.

En 1942 Fidel se trasladó a La Habana para estudiar en el prestigioso Colegio Belén de los jesuitas y desde 1945 en la Universidad de La Habana, donde se graduó como abogado en 1950. En 1948 se casó con Mirta Díaz Balart, hermana de su compañero de estudios Rafael** y perteneciente a una rica familia[2]. Fidel parecía destinado a una carrera política convencional y, en 1952, se disponía a presentarse como candidato al Congreso por el Partido Ortodoxo cuando sus planes se vieron truncados por el golpe de Batista.

Castro acabó convirtiéndose en una de las figuras políticas más sobresalientes del siglo XX, que ha dejado su marca en la historia de Cuba. El triunfo de su revolución acaparó titulares en todo el mundo en 1959 y dio lugar a la nación cubana, dando significado a las luchas del pasado y transformando una isla del Caribe, convulsa pero esencialmente periférica, en protagonista de la escena mundial. Bajo su lideraz-

---

[1] T. Szulc, *Fidel: A Critical Portrait*, Londres, 1987, p. 159.

* Ángel Castro no regularizó su relación con Lina Ruz hasta 1940, para evitar ceder la mitad de sus propiedades a su anterior esposa, María Argote. *[N. del T.]*

** Nombrado subsecretario de Gobernación por Batista en 1952, en mayo de 1955 se opondría en la Cámara de Representantes a la amnistía concedida por éste a su cuñado Fidel Castro. *[N. del T.]*

[2] Castro y Mirta Díaz se divorciaron en 1954. Muchos miembros de la familia Díaz Balart abandonaron Cuba después de la revolución y el sobrino de Mirta, Lincoln Díaz-Balart, se convirtió en un destacado congresista republicano en Estados Unidos, naturalmente anticastrista.

go, el pueblo cubano «se puso en pie», por decirlo con la expresiva frase de Mao Tse-Tung, y entendió por primera vez su propia naturaleza. Castro, con destacado protagonismo internacional durante más de cuarenta años, ha discutido de igual a igual con los sucesivos presidentes de las dos superpotencias nucleares; su influencia como líder carismático del Tercer Mundo en su momento culminante se dejó sentir mucho más allá de las costas de su isla. Aunque la barba que se dejó crecer en Sierra Maestra haya encanecido con los años, ha seguido ejerciendo una atracción magnética allí donde viajaba, con una audiencia tan fascinada por el dinosaurio de los libros de historia como lo estuvo en otro tiempo por el brillante agitador revolucionario.

Los soviéticos (en particular Nikita Jruschev y Anastas Mikoyan) quedaron seducidos por Castro desde el primer momento; intelectuales europeos como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir lo llevaban en su corazón, varios revolucionarios africanos (Ahmed Ben Bella, Kwame Nkrumah o Agostinho Neto) recibieron su apoyo y consejo, y diversos movimientos políticos latinoamericanos se inspiraron en su revolución. Sólo los dirigentes de Estados Unidos, donde nueve presidentes sucesivos lo tuvieron como enemigo irreconciliable, o los de China, que durante muchos años consideraron irresponsable su comportamiento político, se negaron a rendirse a sus encantos.

Castro se convirtió en un héroe mundial al estilo de Garibaldi, un líder nacional cuyos ideales y retórica han contribuido a configurar la historia de un continente. Latinoamérica, ignorada y gobernada en los años cincuenta por reducidas oligarquías heredadas de la era colonial, apareció inesperadamente en primer plano y sus gobiernos se vieron agresivamente desafiados por la retórica revolucionaria que se adueñó de la República Cubana. Sucesivas generaciones de latinoamericanos, posicionándose a favor o en contra, se han visto profundamente influidos por la figura de Fidel.

Cuba se convirtió con Castro en un país comunista en el que el nacionalismo era tan significativo como el socialismo y la leyenda de Martí se fundía con la filosofía de Marx. La habilidad de Castro, y una de las claves de su longevidad política, residía en la interacción permanente de los temas gemelos del socialismo y el nacionalismo. Devolvió su historia al pueblo cubano, permitiéndole ver el nombre de su isla firmemente inscrito en la historia global del siglo XX. Su oportuna invocación del nombre y ejemplo de Martí, cuyo centenario se había

celebrado precisamente aquel año, el 28 de enero de 1953, resultó particularmente pertinente.

Para muchos cubanos, el regreso de Batista al poder descartaba cualquier posibilidad de avance por vías democráticas. Castro, impaciente, se decidió por la insurrección armada sin pensarlo dos veces y comenzó a conspirar inmediatamente después del golpe de Batista. Esa estrategia era un ingrediente habitual de la agitada historia cubana y de otros países del Caribe, y Castro tampoco estaba solo. Otros grupos pequeños e independientes, que se reunían secretamente en La Habana y otras ciudades, desempolvaban la vieja tradición de violencia política preparándose para un asalto contra el régimen de Batista.

El carisma de Castro, su visión estratégica y su talento organizador le dieron a su grupo una potente ventaja. Reunió a más de 150 hombres, los entrenó y obtuvo los fondos necesarios. La mayoría de ellos provenían del ala juvenil del Partido Ortodoxo y eran más radicales que revolucionarios. Castro redactó un manifiesto que bosquejaba un programa de gobierno, invocando el nombre de Martí. También inició los preparativos para una guerra de guerrillas en el campo, como hizo Guiteras en la década de 1930, para el caso de que fracasara el ataque que planeaba contra el cuartel Moncada.

Los preparativos de esa operación siguieron adelante sin ser detectados. Se alquiló una pequeña granja cerca de Siboney, en los alrededores de Santiago, reuniendo allí gradualmente hombres y municiones con el pretexto de que estaban construyendo corrales para criar pollos. El día elegido, 26 de julio de 1953, un centenar de guerrilleros vestidos con uniformes militares salieron de Siboney hacia Santiago en autobuses y automóviles. Tenían el factor sorpresa de su parte, pero los defensores del cuartel tenían la ventaja de una situación mejor. Los guerrilleros de Castro se vieron obligados a combatir ladera arriba. Varios soldados murieron en la batalla, pero los guerrilleros fueron fácilmente repelidos. Las improvisadas tropas de Castro se retiraron desordenadamente, dejando tras de sí más de la mitad de sus componentes. Algunos murieron allí mismo, pero muchos fueron capturados y ejecutados poco después.

El hermano menor de Fidel, Raúl, estuvo entre los participantes. Su grupo se apoderó con éxito del Palacio de Justicia, muy cerca del cuartel, pero se vio obligado a retirarse cuando el resto del plan se vino abajo. Raúl escapó al campo sustrayéndose a la matanza subsiguiente, pero fue finalmente capturado y sometido a juicio.

Fidel también escapó a las montañas, donde fue descubierto pocos días después. Salvó la vida gracias a un teniente negro de la Guardia Rural, que tuvo el buen juicio de conducirlo a la comisaría de policía de Santiago y no al cuartel Moncada, donde con seguridad lo habrían fusilado junto con los demás prisioneros. Más tarde fue trasladado a la cárcel de Boniato, fuera de la ciudad.

El régimen exigía venganza. Desde La Habana llegó un general con instrucciones específicas de Batista sobre lo que había que hacer. Dijo que «era una vergüenza y un deshonor para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto»[3]. Ésta fue la orden de Batista, según declaró Castro en su alegato ante el tribunal que lo juzgó. La orden fue obedecida cumplidamente. El subsiguiente baño de sangre, con más de setenta guerrilleros fusilados en cautividad, volvió a la opinión pública contra el régimen. Sólo la intervención del arzobispo católico de Santiago logró detener la matanza.

Castro fue juzgado en Santiago en septiembre, junto con más de un centenar de acusados, muchos de ellos izquierdistas santiagueños sin ninguna relación con el ataque al Moncada. Castro, como buen abogado que era, participó en la defensa, basándola en la ilegalidad del régimen y el derecho intrínseco de los ciudadanos a rebelarse contra un gobierno ilegítimo. Cuando le preguntaron quién estaba tras el ataque, respondió que «el autor intelectual de esta revolución es José Martí, el apóstol de nuestra independencia».

Su defensa fue tan eficaz que sólo veintiséis de los prisioneros fueron hallados culpables y la mayoría fueron condenados a penas leves. Los jueces de Santiago seguían manteniendo su independencia. Raúl, sin embargo, acusado de ser uno de los dirigentes, fue condenado a 13 años de prisión. Fidel fue apartado de la lista de acusados y su propio juicio tuvo lugar ante un tribunal distinto en octubre, en la sala de enfermeras del Hospital Civil. Según la leyenda pronunció un discurso de dos horas, justificando sus acciones y esbozando su programa político, pero como no se registraron sus palabras tuvo que reconstruirlas

[3] F. Castro, *History Will Absolve Me* (alegato de defensa en el juicio por el asalto al Moncada, 16 octubre de 1953), Londres, 1968 [ed. cast.: *La Historia me absolverá*, Tafalla, 1999].

él mismo más tarde. Las últimas frases de su alegato fueron: «Condenadme, no importa. La historia me absolverá».

Aquel discurso se convirtió, cuando fue publicado, en el manifiesto del movimiento revolucionario de Castro. En él daba detalles de las «cinco leyes revolucionarias» que se habrían promulgado si el ataque al Moncada hubiera tenido éxito. La primera era «devolver al pueblo la soberanía y proclamar la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado». La segunda «concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra», mientras que los propietarios legales serían indemnizados sobre la base «de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años». La tercera ley «otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar del 30 por 100 de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareras». La cuarta «concedía a todos los colonos el derecho a participar del 55 por 100 del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40.000 arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres o más años de establecidos». Y la quinta ley «ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos [...]. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia»[4].

Esto no era todo. Las cinco leyes iniciales «serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda», otras «medidas también fundamentales como la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización del *trust* eléctrico y el *trust* telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública». Ahí se podían detectar ecos de las reivindicaciones revolucionarias de Guiteras en 1933.

---

[4] «La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargo de bienes.» Castro, *La Historia me absolverá*, cit.

> Las leyes proyectadas por Castro estarían inspiradas en el cumplimiento estricto de dos artículos esenciales de nuestra Constitución, uno de los cuales manda que se proscriba el latifundio y, a los efectos de su desaparición, la ley señale el máximo de extensión de tierra que cada persona o entidad pueda poseer para cada tipo de explotación agrícola, adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano; y el otro ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa.

Esas reformas liberales pero de gran alcance irían acompañadas de una declaración de que

> la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a las naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.

Castro concluía su discurso invocando el nombre de Martí en el año de su centenario:

> Parecía [...] que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo su fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Esta florida retórica tenía como destinataria la historia y no impresionó al tribunal; Castro fue condenado a quince años de prisión. Se unió a su hermano y otros camaradas supervivientes en la penitenciaría de la isla de Pinos y allí recibió la educación política radical de la que había carecido en sus estudios.

La prisión le ofreció una oportunidad para leer mucho –ficción, historia y política–, algo que difícilmente habría podido hacer en otras

circunstancias. Leyó sobre Napoleón y Lenin, y también sobre Roosevelt. Tuvo el apoyo de las cartas de Natalia Revuelta, su compañera de aquella época, con la que mantuvo una apasionada correspondencia. Más tarde comenzó a hacer planes para el futuro y a organizar su embrionario Movimiento 26 de Julio[5].

Castro cumplió menos de dos años de condena, beneficiándose de una amnistía. En noviembre de 1954, mientras estaba en prisión, se celebraron unas elecciones presidenciales con Batista como único candidato. El antiguo presidente Grau San Martí dio a ese proceso cierta legitimación inicial presentando su nombre, imaginando que todavía mantenía cierta popularidad personal. Al darse cuenta en el último momento de que las elecciones serían fraudulentas, siguiendo la tradición cubana, se retiró y Batista se declaró ganador[6]. Al anunciar el regreso del orden constitucional, con garantías para libertad de prensa, se sentía lo bastante seguro para prometer una amnistía para los prisioneros políticos, incluidos los hermanos Castro.

Fidel Castro, liberado en mayo de 1955, fue recibido en la estación de La Habana por Raúl Chibás, hermano del fallecido Eduardo, esperando, tal vez, que también lo recibiera con los brazos abiertos el Partido Ortodoxo, pero no fue así. La jerarquía del partido se sentía alarmada, con razón, por su lenguaje radical y no se esforzó por incorporarlo a sus planes políticos. Un puñado de inflamados artículos periodísticos de Castro, acusando al comandante del cuartel Moncada de tortura y asesinato y calificando a Batista de «vanidoso, fanfarrón, deshonesto y corrupto», provocó la restauración de la censura, así como amenazas contra los viejos políticos civiles. La apertura democrática de Batista duró bien poco.

Tras pasar tres meses en La Habana, Castro pensó que no había futuro en la política electoral. La única solución a la crisis, según escribió a un amigo, era la «insurrección armada», la vía planteada por Maceo y Martí[7]. Su decisión estaba tomada. Se trasladó a México en julio de 1955, precedido por su hermano Raúl. México había ofrecido refugio a anteriores generaciones de cubanos y a los exiliados de la Gue-

---

[5] Un informe muy completo de la estancia de Castro en prisión, con detalle de sus lecturas, figura en R. Quirk, *Fidel Castro*, Nueva York, 1993, pp. 60-82.

[6] Grau San Martín permaneció en Cuba después de 1959 y murió en 1969.

[7] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 85.

rra Civil española, y estaba todavía imbuido de la mística de su propia revolución. Castro iba a organizar allí una fuerza guerrillera con la que seguir los pasos de sus héroes del siglo XIX. Una vez armados y entrenados llegarían de nuevo a una playa cubana para alzar desde ella la antorcha de la rebelión.

Al cabo de una semana de su llegada a Ciudad de México, Raúl Castro le presentó a Fidel a un revolucionario argentino desconocido que vivía en la ciudad desde el mes de septiembre anterior. Ernesto «Che» Guevara, que acababa de cumplir veintisiete años, había hecho amistad con un grupo de exiliados cubanos que ya vivían allí. Todos ellos se reunieron para cenar en el alojamiento de los hermanos Castro el 26 de julio, para celebrar el segundo aniversario del ataque al Moncada. Guevara escribió lacónicamente en su diario que aquella reunión con «el revolucionario cubano» fue «una acontecimiento político». Describió a Castro como un «un joven inteligente, muy seguro de sí mismo y extraordinariamente audaz». Con mucha modestia, anotó también: «Creo que entre nosotros existe una simpatía mutua»[8].

La química entre ambos hombres, según este y otros informes, fue inmediata, e iba a ejercer una influencia duradera sobre el destino de Cuba. Guevara proporcionó a Castro horizontes más vastos, una lista de lecturas más amplia y la perspectiva de otros experimentos revolucionarios, así como un conocimiento de primera mano de Latinoamérica. Castro le dio al «Che» Guevara una causa política por la que luchar de inmediato, algo que llevaba buscando desde hacía tiempo, así como información sobre su propia experiencia, por breve que hubiera sido, al mando de un movimiento revolucionario armado. Juntos iban a derrocar el gobierno de Batista y a organizar una revolución cuyos ecos se dejarían oír en el mundo entero.

Guevara, hijo de unos padres progresistas de clase media que habían recorrido varias ciudades de provincia en busca de un clima adecuado para su hijo asmático, había nacido en Argentina en 1928. Sin ningún interés particular por la política, se educó en la Argentina de los años cuarenta, en la época nacionalista del general Juan Domingo

[8] J. L. Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Londres, 1997, pp. 170-175. Guevara había tenido noticia del movimiento revolucionario cubano en Guatemala un año antes, cuando hizo amistad con Antonio «Ñíco» López, superviviente del Moncada exiliado allí. López murió en 1956, en el desembarco del *Granma*.

Perón, hacia el que sus padres no sentían simpatía, estudió medicina en Buenos Aires. Aficionado a viajar desde muy joven, realizó dos expediciones por los países andinos a principios de la década de 1950, adquiriendo en ellos un conocimiento directo, nada habitual en un joven de su edad y formación, de las condiciones de vida de los campesinos y de los movimientos políticos del continente.

Antes de llegar a México Guevara había pasado nueve meses en Guatemala, desde diciembre de 1953 hasta septiembre de 1954; allí había sido testigo de los últimos meses de gobierno de Jacobo Arbenz, un régimen reformista –apoyado entre otros por el Partido Comunista local– que había suscitado la poderosa oposición de Estados Unidos. El apoyo de Arbenz a una modesta reforma agraria, que habría afectado a las tierras de la United Fruit Company –una influyente empresa de propiedad estadounidense dedicada a la producción de bananas–, fue el pretexto para un golpe de Estado de un pequeño grupo de oficiales guatemaltecos, organizado y financiado por la Agencia Central de Inteligencia estadounidense, en julio de 1954. Guevara se vio obligado a pedir asilo en la embajada argentina.

El derrocamiento del gobierno legítimo guatemalteco mediante un golpe de Estado organizado por Estados Unidos fue un momento definitorio para Guevara, endureciendo al revolucionario aficionado. Su experiencia en Centroamérica despertó en él una profunda desconfianza hacia Estados Unidos que iba a crecer con los años hasta su muerte en Bolivia en 1967 –supervisada, irónicamente, por un agente de la misma CIA que había derrocado el gobierno de Arbenz.

Su encuentro fortuito con los hermanos Castro le proporcionó un nuevo objetivo vital y pronto se unió al embrionario movimiento revolucionario cubano. Castro había viajado a México para organizar una fuerza guerrillera capaz de invadir Cuba, pero le faltaban cuadros y dinero. Voló a Estados Unidos en octubre y utilizó sus contactos en el Partido Ortodoxo para recolectar fondos entre la comunidad cubana, pronunciando discursos en Nueva York, Filadelfia y Miami, pero el dinero recogido fue escaso. Eran meses sombríos. Castro estaba aislado de lo que sucedía en Cuba y era poca la gente que compartía su creencia de que la vía insurreccional era la más adecuada. En la isla se estaban organizando ya otros grupos hostiles a Batista. Los estudiantes de la Universidad de La Habana enrolados en la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), encabezados por José Antonio Echeverría, tu-

vieron un gran éxito en esa tarea. También estaban los trabajadores del azúcar, dirigidos por Conrado Bécquer. Incluso había oficiales jóvenes, capitaneados por el coronel Ramón Barquín, agregado militar en Washington, que planeaban un golpe. Pretendían apoderarse de Campo Columbia, pero sus líderes fueron traicionados y detenidos en abril de 1956. Mientras, el Movimiento 26 de Julio de Castro había producido algunos buenos panfletos, pero poco más.

Poco a poco el viento comenzó a soplar en la dirección de Castro. El dinero iba llegando lentamente, desde Venezuela y Estados Unidos y desde la propia Cuba. En mayo, había conseguido lo suficiente para alquilar un rancho a unos 30 kilómetros al sur de Ciudad de México donde reunir secretamente a los reclutas. Los seguidores de Castro, algunos de ellos veteranos del Moncada, llegaron desde Cuba en pequeños grupos y Castro consiguió la ayuda de Alberto Bayo, antiguo oficial republicano que había combatido contra Franco durante la Guerra Civil española, para entrenarlos en la guerra de guerrillas.

Ni siquiera en el amistoso México era fácil organizar en secreto una fuerza guerrillera formada por extranjeros; Castro y Guevara fueron detenidos en junio y el rancho registrado. La intervención del antiguo presidente mexicano Lázaro Cárdenas permitió su puesta en libertad, pero a partir de entonces el entrenamiento militar tuvo que realizarse en un lugar más alejado. Tras complicadas negociaciones políticas con mensajeros del ex presidente Prío Socarrás se obtuvieron finalmente fondos que permitieron a Castro comprar un pequeño yate con motor, el *Granma*, a un estadounidense que vivía en Tuxpan, en la costa atlántica de México. A finales de noviembre Castro reunió a sus guerrilleros en Tuxpan y desde allí se hicieron a la mar, con el propósito de atravesar el golfo de México hasta Cuba.

El desembarco del *Granma* y la guerra revolucionaria, 1956-1958

Cerca del manglar al sur de la playa Las Coloradas, en el extremo sudoccidental de la provincia de Oriente, hay un pequeño museo y una reproducción de un pequeño yate de motor. Un sendero conduce a través del manglar hasta la playa de arena donde la lancha original –el *Granma*– encalló en un arrecife en la mañana del 2 de diciembre de 1956. En la

historia cubana de los desembarcos clandestinos éste fue uno de los más desastrosos, aunque finalmente se pudo celebrar como el más épico, ya que el capitán de aquella decrépita y desvencijada embarcación era Fidel Castro. Siempre atento a los paralelos históricos, era muy consciente de que José Martí había desembarcado en el extremo oriental de la isla sesenta y un años antes, volcado en una tarea similar. Castro se veía a sí mismo como continuador de la obra inconclusa de Martí.

Su estrategia general no había cambiado significativamente desde 1953. El desembarco del *Granma* estaba destinado a prender una insurrección popular en todo el país que condujera al derrocamiento del dictador. A pesar de un comienzo poco favorable, fue un acontecimiento importante no sólo para la historia de Cuba sino de toda Latinoamérica. Durante los siguientes veinticinco años jóvenes de ambos sexos de todo el continente soñaron con repetir la experiencia cubana e hicieron planes al respecto, imaginando que una guerra de guerrillas en las áreas rurales podría detonar fácilmente una rebelión irresistible. La mayoría de los cubanos, alentados por Che Guevara, su primer y más elocuente teórico revolucionario, creían firmemente que se podía reproducir el modelo cubano. Hasta pasados muchos años no quedó claro que los revolucionarios de las ciudades cubanas habían desempeñado un papel igualmente importante en la organización de la insurrección finalmente triunfante, una clarificación necesaria que fue a menudo ignorada en otros países de Latinoamérica.

El *Granma* y sus 82 guerrilleros voluntarios habían salido de Tuxpan una semana antes. El largo viaje de cerca de 2.000 km atravesando el golfo de México, con alta marejada, los había dejado a la mayoría de ellos mareados, mal preparados para lo que les esperaba. Se suponía que a su llegada hallarían a una pequeña fuerza insurgente en la playa desierta y desde allí tendrían que desplazarse inmediatamente hacia el interior, hacia Bayamo y Santiago. Se había previsto que el desembarco coincidiera con un levantamiento en Santiago, un nuevo ataque al cuartel Moncada y al de la policía, que distraería a las fuerzas locales de Batista y permitiría a los hombres de Castro desplazarse hacia las montañas sin encontrar gran oposición.

Ese plan inicial no había tenido en cuenta los caprichos meteorológicos. El *Granma*, desplazándose lentamente en el mar picado, llegó dos días después de lo previsto. Frank País, jefe del Movimiento 26 de Julio en Santiago, inició el levantamiento urbano el 30 de noviem-

bre, como se había planeado y sus hombres tuvieron en su poder gran parte de la ciudad durante todo el día. Sin noticias del desembarco de Castro y frente al feroz contraataque de las tropas gubernamentales, se retiraron a los montes y los camiones que esperaban que el barco de Castro llegara a la playa Las Coloradas se vieron también obligados a retirarse.

Para empeorar aún más las cosas, el desembarco del *Granma* fue descubierto por las autoridades. A las pocas horas de su llegada el embrionario grupo guerrillero se vio sometido a un duro ataque por tierra y aire. Varios de los desembarcados murieron y otros veintidós fueron capturados y sometidos a juicio. El resto atravesaron dispersos el manglar. Según la leyenda, sólo doce de ellos sobrevivieron, aunque ese número bíblico quedaba por debajo del real. Al reunirse tres días después en una hacienda llamada Alegría de Pío cayeron en una emboscada en la que murieron varios guerrilleros más. Los supervivientes vagaron por los alrededores exhaustos, hambrientos y perdidos, y hasta diez días después del desembarco no pudieron reunirse con miembros de la resistencia interna.

El primer contacto lo hicieron con Crescencio Pérez, un líder campesino fuera de la ley que controlaba la mayor parte de la zona occidental de Sierra Maestra. Pérez, heredero de las tradiciones de los *palenques* en Oriente –los asentamientos ilegales de negros e indios que se remontaban a los primeros años de la conquista– iba a ser una figura decisiva en el reclutamiento de campesinos y bandidos locales para la causa guerrillera.

Castro no había planeado una estrategia de guerra de guerrillas prolongada en la Sierra; había visitado aquellos montes cuando era joven pero no estaba familiarizado con los detalles de su geografía. «Las únicas ideas que teníamos al respecto de Sierra Maestra eran las que habíamos estudiado en los libros de geografía», recordaba más tarde. Habría preferido un golpe de Estado con éxito, según las líneas del ataque al Moncada; pero una guerra prolongada en el campo debió de considerarse siempre una alternativa posible, ya que tenía un conocimiento preciso de las dilatadas guerras por la independencia del siglo anterior. Seis meses después, desde las montañas, escribía a Frank País: «No tenemos prisa. Seguiremos combatiendo mientras sea necesario»[9].

[9] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 141.

Del mismo modo que Castro estaba familiarizado con las leyendas asociadas al desembarco de José Martí en 1895, también lo estaban las autoridades de Batista con las acciones de Valeriano Weyler, el general español que había aplastado la resistencia en 1896 «concentrando» a los campesinos en las ciudades. Siguiendo el ejemplo de Weyler, los hombres de Batista comenzaron a «concentrar» a los campesinos en las faldas de Sierra Maestra, alejándolos de sus campos y hogares para evitar que hicieran causa común con la guerrilla. Cualquiera que fuera encontrado en el área despejada sería fusilado sin más explicaciones. Pero actualizando al siglo XX la vieja estrategia, ahora podía bombardearlos también desde el aire.

Batista también recreó los voluntarios de la década de 1860 bajo la forma de paramilitares civiles dirigidos por Rolando Masferrer, un antiguo izquierdista que se convirtió en organizador de escuadrones de la muerte descaradamente fascistas durante los años de Batista. Los «Tigres de Masferrer», con sus gorras de béisbol blancas, iban a encabezar la represión en Santiago y sus alrededores.

Los escasos supervivientes del desembarco de *Granma*, reagrupados las montañas, se fueron acostumbrando a la rutina de la guerra de guerrillas. Atacaban guarniciones militares aisladas cercanas a la costa para obtener armas y municiones y luego se retiraban a las impenetrables alturas montañosas. Pronto pudieron establecer un contacto regular con la red urbana del Movimiento 26 de Julio y Frank País viajó desde Santiago hasta el cuartel general de Castro a principios de febrero de 1957. Se detallaron planes para asegurar un abastecimiento continuo de hombres y armas a la Sierra y el mantenimiento de la guerra de propaganda. País regresó aquel mismo mes a Sierra Maestra con Herbert Matthews, veterano corresponsal del *New York Times,* quien difundió al mundo exterior la noticia de la existencia del ejército rebelde.

Las experiencias de Matthews se remontaban a la invasión italiana de Abisinia en 1936 y la Guerra Civil española, y ahora les habló a los lectores del *New York Times* de la guerra en «los escarpados y casi impenetrables reductos de Sierra Maestra», donde «Fidel Castro, el líder rebelde de la juventud cubana, vive y combate duramente y con éxito»[10]. Como

[10] El primero de los tres reportajes de Herbert Matthews apareció en *The New York Times* el 24 de febrero de 1957, más tarde escribiría un libro sobre sus contactos con Castro: *The Cuban Story,* Nueva York, 1961.

en el siglo XIX, los rebeldes cubanos eran muy conscientes de la necesidad de obtener el apoyo de la prensa estadounidense y los reportajes de Matthews contribuyeron a crear la imagen permanente, tanto en Cuba como en el extranjero, de un líder carismático e invencible:

> La personalidad de este hombre es abrumadora. Resulta fácil comprobar que sus hombres lo adoran y entender por qué ha cautivado la imaginación de la juventud cubana en toda la isla. Tengo ante mí a un fanático educado, consagrado a su causa, un hombre de ideales, valeroso, con notables cualidades de liderazgo.

Matthews iba a calificarlo más tarde como «la figura más sobresaliente y romántica [...] de la historia cubana desde José Martí».

País y Matthews llegaron a la Sierra con varios miembros de la dirección urbana del Movimiento, incluido Faustino Pérez Fernández, que había estado en el *Granma* y más tarde realizando trabajo organizativo en La Habana, y Haydée Santamaría, veterana del Moncada. Ese núcleo *fidelista* mantuvo detalladas discusiones con Castro después de que Matthews se hubiera ido. Hicieron planes para reforzar la fuerza guerrillera existente, para ampliar sus operaciones a nuevas áreas y para formar una milicia urbana en cada provincia cubana. En el frente político acordaron organizar un «movimiento de resistencia cívica» a escala nacional, para asegurarse el apoyo de los trabajadores y profesionales de clase media y prepararse para una «huelga general revolucionaria» capaz de derrocar al gobierno[11]. Ese movimiento, dirigido por Enrique Oltuski, se concentró en La Habana y en él confluyeron los seguidores del Movimiento 26 de Julio con ortodoxos de clase media como Raúl Chibás.

Se habían sembrado así las semillas para la importante división –que afectaría a la política, la estrategia y la táctica– que acabaría por surgir entre los rebeldes de la Sierra y los activistas de las ciudades. La rebelión de Castro heredó las divisiones y escisiones en el seno del movimiento independentista del siglo XIX. Las reivindicaciones políticas de los guerrilleros de la Sierra se iban haciendo cada vez más radicales con el paso de los meses. Con Che Guevara convertido en líder guerrillero indispensable, su influencia política comenzó a crecer;

[11] J. Sweig, *op. cit.*, p. 13.

pero su hostilidad al «imperialismo» y al gobierno de Estados Unidos no era compartida por muchos líderes de la red urbana, que mantenían la actitud tradicionalmente proestadounidense de la clase media cubana y que, de hecho, esperaban apoyo estadounidense contra Batista[12].

Frank País era ahora el líder reconocido del Movimiento fuera de la Sierra, con amplias responsabilidades. País, nacido en 1930 en Santiago en una familia baptista, planeaba convertirse en maestro de escuela, pero el golpe de Batista en 1952 lo convirtió en un activista de la resistencia a tiempo completo. Primero con su propio grupo y luego, a partir de 1955, como «jefe de acción y sabotaje» del Movimiento 26 de Julio en Oriente, era un organizador inspirado y un hábil mediador político. Había conocido a Castro en México, en agosto de 1956, y juntos habían planeado el levantamiento en Santiago destinado a coincidir con el desembarco del *Granma*.

En 1957, con Castro aislado en la Sierra, los esfuerzos de País por conseguir armas y municiones, así como alimentos y medicinas, fueron esenciales para la supervivencia de los guerrilleros. País se encargó también de llevar periodistas a la Sierra para informar sobre la guerra. A medida que la represión policial se incrementaba en las ciudades, su tarea se hizo cada vez más difícil y peligrosa[13].

Tan importante como organizar la logística de una guerra de guerrillas era la necesidad política de alcanzar cierto acuerdo entre los distintos movimientos de oposición al gobierno de Batista, divididos entre los viejos partidos políticos, a la espera de un resultado electoral favorable –o tal vez de un golpe militar–, y la generación más joven que apoyaba la resistencia armada. Los Ortodoxos y los Auténticos, y sus diversas escisiones y subgrupos, resultaban poco atractivos para los

---

[12] En la década de 1990, Julia Sweig, una investigadora estadounidense, consiguió un acceso sin precedentes a los archivos de la revolución cubana, incluidos documentos que se referían las actividades de la organización clandestina en las ciudades durante los años cincuenta. Según su informe, «los documentos cubanos demuestran que hasta los últimos seis u ocho meses de la insurrección, que duró dos años, la mayor parte de las decisiones con respecto a táctica, estrategia, distribución de recursos, vínculos políticos con otros grupos de oposición, exiliados cubanos y adversarios clandestinos, así como las relaciones con Estados Unidos (en La Habana y en Washington) fueron tomadas por individuos poco conocidos de la resistencia clandestina urbana», y no por Guevara o los hermanos Castro en la Sierra. J. Sweig, *op. cit.*, p. 9.

[13] *Ibidem*, p. 14.

jóvenes, pero entre ellos había cierto número de cuadros políticos con capacidad y experiencia organizativa y acceso a sumas considerables de dinero. El antiguo presidente Prío Socarrás, exiliado en Miami y ansioso por volver al poder, proporcionó fondos tanto a Castro como a otros grupos, con la esperanza de que las acciones armadas aceleraran el derrocamiento del dictador.

Junto a los «viejos partidos», receloso de los jóvenes seguidores del Movimiento 26 de Julio, estaba el Partido Socialista Popular (PSP), esto es, el partido comunista cubano, dirigido desde las purgas de 1934 por su secretario general Blas Roca, zapatero de Manzanillo, y su presidente Juan Marinello. Toda su dirección había participado muy activamente en la política del país desde aquella época y gran parte de la antipatía que despertaba en el Movimiento 26 de Julio se remontaba al periodo en que los estudiantes revolucionarios se mantenían al margen de las lealtades de partido y la desconfianza hacia los agitadores extranjeros y «judíos» estaba muy viva tanto en la izquierda como en la derecha. El programa político de los comunistas siempre había sido radical, gozaban de considerable apoyo entre obreros y negros, atraían a muchos intelectuales, pero no gozaban de la confianza política de grupos de izquierda que provenían de otras tradiciones.

El PSP, como los partidos más conservadores, siempre se había mostrado hostil a las acciones armadas y en particular –recordando sus diferencias con Antonio Guiteras durante la revolución de 1933– al tipo de sabotaje y subversión, por no hablar de la guerra de guerrillas, practicado por el Movimiento 26 de Julio. Ése no era su estilo; si bien estaba profundamente arraigado en la clase obrera cubana, el PSP era mirado con desdén y desconfianza por gran parte de la clase media. A los más radicales les disgustaba debido a su papel en 1933 y a su colaboración intermitente con Batista durante los veinte años siguientes. La atmósfera anticomunista de la Guerra Fría también le perjudicaba.

Con el paso de los años los dirigentes comunistas se habían convertido en hábiles y sofisticados agentes políticos, que negociaban con el poder siempre que surgía la oportunidad y se oponían a la vieja tradición liberal de organizar una rebelión armada cada vez que veían bloqueado su acceso al poder. Dados los repetidos fracasos liberales, la suya era una posición honorable y moderna, adecuada para el siglo XX, y no carecían de argumentos para defenderla; pero muchos pensaban que su oposición había sido débil e ineficaz. Los comunistas apoyaron

la gran huelga contra Machado en 1933, pero con el temor a que su derrocamiento pudiera provocar una invasión estadounidense. También habían participado en la huelga contra Mendieta en 1935, pero quizá se incorporaron a ella demasiado tarde. Y se habían entusiasmado con Batista en 1938, cuando tras muchos años de clandestinidad se les permitió organizarse como un partido político más con el nombre de Unión Revolucionaria Comunista.

En 1938 comenzaron a publicar un diario, *Noticias de Hoy*, dirigido por Aníbal Escalante, y pronto se convirtieron en los aliados preferentes de Batista. La Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), organización sindical dominada por los comunistas, colaboraba habitualmente con el Ministerio de Trabajo. En 1942 dos comunistas, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, entraron a formar parte del gobierno de Batista, mientras que Lázaro Peña, el dirigente negro del sindicato de trabajadores del tabaco, se quedaba a las puertas. La alianza con Batista no sobrevivió en la posguerra y los comunistas fueron purgados en el movimiento obrero en 1947, pero el recuerdo de aquella colaboración se mantenía vivo. El hecho de que Eusebio Mújal, el líder anticomunista de la CTC que colaboraba con Batista en los años cincuenta, fuese un antiguo comunista, no favorecía la reputación del partido. Asimismo, la respuesta de los comunistas al golpe de Batista en 1952 fue ambigua, por decirlo suavemente, y su dirección denunció el ataque de Castro al Moncada como un golpe de Estado. Técnicamente esa calificación podía ser correcta, pero evidentemente no facilitaba las relaciones entre el partido y los seguidores de Castro.

En 1957 la dirección del partido se opuso públicamente al gobierno de Batista, pero Marinello todavía soñaba con un frente popular que organizara huelgas y manifestaciones y participara en las elecciones y, por ello, el partido permanecía hostil a los grupos que propugnaban una estrategia de insurrección armada. De éstos, el Movimiento 26 de Julio era el más conocido, pero había al menos tres importantes rivales en las ciudades de toda Cuba que realizaban un trabajo organizativo semejante contra la dictadura desde el golpe de Batista en 1952.

Uno de ellos, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), encabezado por Rafael García Bárcena, profesor de filosofía que había sido un destacado líder estudiantil en la década de 1930, contaba con un considerable apoyo entre las capas profesionales. El MNR intentó, aunque sin éxito, atacar una base militar en La Habana el domingo de

Pascua de 1953, pocos meses antes del Moncada, y García Bárcena había sido encarcelado. Entre los seguidores del MNR estaban Faustino Pérez y Enrique Oltuski, quienes más tarde se unieron al Movimiento 26 de Julio, como lo hizo Armando Hart Dávalos, un abogado que se casó con Haydée Santamaría*.

Un segundo grupo, la Organización Auténtica (OA), fundada por Prío Socarrás, era el brazo armado de los Auténticos. Éstos organizaron una pequeña fuerza guerrillera, también entrenada por Alberto Bayo en México, que desembarcó en Oriente, al este de Mayarí, en mayo de 1957. Denunciados al ejército por los campesinos locales, la mayoría de sus componentes murieron[14] y la esperanza de Socarrás de contar con una alternativa a Castro murió con ellos.

La guerrilla de los Auténticos trabajó estrechamente asociada con un tercer grupo, dirigido por José Antonio Echeverría, que surgió de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en La Habana. Echeverría, orador y organizador de talento, era un seguidor de los Auténticos más joven que Castro y representaba una tendencia de la tradición revolucionaria cubana más cercana a la ABC, la organización estudiantil fascista de la década de 1930. Echeverría formó un Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE) clandestino, organización dedicada al asesinato y el sabotaje cuyo nombre pretendía recordar el Directorio de los años treinta. Se reunió dos veces con Castro en México, en 1956, para examinar formas de cooperación entre el Directorio y el Movimiento 26 de Julio, pero no alcanzaron ningún acuerdo. El desagrado de Castro hacia el terrorismo urbano de Echeverría se reforzó cuando éste se negó a apoyar el desembarco del *Granma,* arguyendo que tenía planes propios.

El Directorio preparó, junto con la Organización Auténtica, un plan para apoderarse del palacio presidencial en La Habana y asesinar a Batista. En marzo de 1957 dos grupos de unos 50 hombres penetraron en el edificio mientras Echeverría se hacía con el control de la principal emisora de radio. Aquel plan, audaz pero mal concebido, concluyó en un desastre. Los atacantes consiguieron entrar en el palacio pero fueron in-

---

* Armando Hart fue ministro de Educación entre 1959 y 1965 y de Cultura desde 1976 hasta 1997, y miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba desde 1965 hasta 1991. En la actualidad dirige la Oficina del Programa Martiano y es miembro del Consejo de Estado. *[N. del T.]*

[14] *Ibidem,* p. 20, y H. Thomas, *Cuba,* cit., p. 950.

capaces de localizar a Batista y la mayoría de ellos murieron durante el asalto. Echeverría, sin saber lo que había sucedido, anunció desde la emisora de radio ocupada que el presidente había muerto y convocó una huelga general. Pero alguien hizo uso de un interruptor y cortó la transmisión. Cuando Echeverría regresaba a los edificios de la universidad en el Vedado su automóvil fue a dar con una patrulla de policía y él murió en el intercambio de disparos que se produjo[15].

Echeverría fue sustituido como dirigente del Directorio por Fauré Chomón, su anterior jefe militar y más tarde ministro en el gobierno de Castro. Aquella incursión en el palacio presidencial dio a Echeverría un lugar en la lista de mártires cubanos, pero debilitó la organización del Directorio y provocó una intensificación de la represión.

Los rivales de Castro habían quedado todos seriamente debilitados o destruidos a mediados de 1957 y su minúsculo ejército guerrillero en la Sierra –que sólo contaba con un centenar de hombres en mayo– era ahora la única fuerza insurgente viable en la isla. A finales de mayo lanzó un ataque contra una remota guarnición militar en El Uvero, en la costa meridional de Oriente, y aunque murieron hombres por ambos lados, fue una importante victoria propagandística para el Movimiento 26 de Julio al mostrar que la fuerza guerrillera todavía seguía actuando.

Del mismo modo que los rebeldes alzados a finales del siglo XIX, los revolucionarios de los años cincuenta se mantuvieron en contacto con Estados Unidos. A lo largo de 1957 Frank País mantuvo varias reuniones con el consulado estadounidense en Santiago, a las que a veces se unían Armando Hart y Haydée Santamaría, así como Vilma Espín, hija del abogado en la ciudad de la empresa fabricante del ron Bacardí, que había estudiado ingeniería en Estados Unidos en el MIT y había actuado como mensajera para los hermanos Castro en México en 1956. Un oficinista de la CIA señalaba que «mi personal y yo éramos todos *fidelistas*»[16]. Uno de los temas más debatidos fue la preocupación estadounidense por la futura estabilidad del país. País le habló a Castro, reproduciendo un estribillo habitual en la historia cubana, del «temor [estadounidense] a que Cuba se convirtiera en otro Haití», quizá no tanto por la vieja preocupación racista durante el siglo XIX a que surgiera otro Estado gobernado por negros en el Caribe, sino por la

[15] Un buen informe del asalto al palacio se ofrece en R. Quirk, *op. cit.*, pp. 134-137.
[16] J. Sweig, *op. cit.*, p. 29.

perspectiva de que en Cuba se reprodujera la inestabilidad crónica propia de Haití.

Las relaciones con el consulado estadounidense pudieron quizá convencer a País de la necesidad de establecer contactos con los políticos civiles del Partido Ortodoxo, enviando a Haydée Santamaría a La Habana para comprobar si se les podía convencer para que subieran a bordo de la frágil barca del Movimiento 26 de Julio. Sus discusiones tuvieron fruto y País llevó a un grupo de ellos a la Sierra en julio para debatir con Castro sus futuras relaciones con el Movimiento. Entre ellos estaban Raúl Chibás, Felipe Pazos, antiguo director del Banco Nacional cubano y veterano de la revolución estudiantil de los años treinta, Roberto Agramonte, hijo del dirigente de los ortodoxos, y Enrique Barroso, del ala juvenil del partido. El grupo de ortodoxos preparó junto con Castro un manifiesto, el «pacto de la Sierra», que proponía un «frente revolucionario cívico» para expulsar a Batista del poder y convocar nuevas elecciones. Las fotografías de Castro con esos destacados políticos aparecieron pronto en las revistas de La Habana, golpe publicitario comparable al que causó la visita de Herbert Matthews seis meses antes.

Ésta fue la última proeza de Frank País. Al regresar de la Sierra a finales de mes fue asesinado en las calles de Santiago. Una enorme manifestación fúnebre en la ciudad fue seguida por una huelga general que duró cinco días y se extendió desde Santiago a gran parte de la isla.

La muerte de País supuso un serio golpe para el Movimiento 26 de Julio, pero ya estaban en marcha varias iniciativas. En septiembre tuvo lugar un intento de golpe naval en Cienfuegos, organizado por un grupo de jóvenes oficiales encabezados por Dionisio San Román con la colaboración de Emilio Aragonés, el coordinador del Movimiento 26 de Julio en la ciudad. Esta conspiración sí estuvo bien organizada y contó con conexiones en otras bases navales. Los rebeldes se hicieron con la base de Cienfuegos y gran parte de la ciudad durante un día, pero un feroz contraataque de las fuerzas de Batista, equipadas con armas recientemente suministradas por Estados Unidos, consiguió finalmente desalojarlos. Aragonés consiguió escapar, pero San Román fue capturado, torturado y asesinado.

El Directorio Estudiantil volvía a estar activo de nuevo y, en febrero de 1958, desembarcó en la costa septentrional, cerca de Nuevitas, un grupo de guerrilleros encabezados por Fauré Chomón, que se

abrió camino hacia el sur hasta las alturas del Escambray por encima de Trinidad. La empresa les resultó demasiado dura y pronto se retiraron a La Habana, aunque otros grupos aislados de guerrilleros permanecieron operando en la zona.

Los guerrilleros de Castro en Sierra Maestra se sentían ahora lo bastante confiados como para ampliar sus operaciones. Raúl Castro dejó el campamento principal en marzo con 65 hombres para abrir un segundo frente en Sierra Cristal, en la costa septentrional de Oriente. Aquel mismo mes Juan Almeida abrió un tercer frente al norte de Santiago.

A principios de 1958 el Partido Comunista acordó finalmente ponerse de parte de Castro. Algunos miembros de su movimiento juvenil habían estado en la Sierra desde el año anterior, junto a la columna de Che Guevara. Entre ellos estaba Pablo Rivalta, un dirigente negro que había visitado China. Carlos Rafael Rodríguez había establecido contacto antes con Haydée Santamaría tras la muerte de País, pero no llegó a la Sierra hasta julio, estableciéndose allí permanentemente, aparte de una breve visita para informar al comité central, hasta el fin de la guerra. Sin embargo, no participó en las importantes discusiones sobre la organización de una huelga general.

Desde los primeros días en la Sierra, siempre que se sometía a debate el eventual colapso final del régimen de Batista, la idea de una huelga general revolucionaria ocupaba un papel importante en la agenda. En la memoria del pueblo permanecía el recuerdo de que eso es lo que había derrocado a Machado en 1933. Esa huelga no se limitaría únicamente a una interrupción del trabajo, sino que incluiría una gran variedad de acciones contra el régimen: sabotaje, eliminaciones selectivas y estallidos de violencia generalizada que debían desarrollarse hasta alcanzar el nivel de una insurrección urbana[17].

Tal huelga se iba a convertir inexorablemente en un objetivo más prioritario para el Movimiento 26 de Julio en las ciudades («los llanos») que para los guerrilleros de Castro en las montañas («la sierra»); y la forma en que debía organizarse se convirtió inevitablemente en un foco de tensión entre ambos grupos. Faustino Pérez, líder del Movimiento y de la «resistencia civil» en La Habana, llegó al campamento de Castro en marzo para discutir los problemas relacionados con el

[17] *Ibidem*, p. 120.

proyecto. Pérez pensaba que la situación estaba ya madura, pero Castro parecía menos convencido de ello. La organización de la insurrección era seriamente defectuosa. La desconfianza del Movimiento 26 de Julio hacia los comunistas, convertidos recientemente a la causa, era todavía muy fuerte y los organizadores de La Habana no habían incluido en sus preparativos al partido comunista ni a las organizaciones obreras que éste controlaba. Los comunistas, poco apreciados en La Habana, estaban tan preocupados de que la huelga pudiera resultar un fracaso que uno de sus dirigentes subió a la Sierra a decirle a Castro que los dirigentes de la huelga habían sobrestimado su fuerza[18].

Castro pensó que no tenía otra opción que seguir adelante, pese a esas advertencias y a su propio escepticismo. Pérez y él firmaron un manifiesto, «Guerra total contra la tiranía», que llamaba a la huelga y declaraba que la lucha contra Batista había entrado «en su fase final». El país «debía considerarse en guerra total contra la tiranía [...] La totalidad de la nación está decidida a ser libre o perecer». La huelga general revolucionaria, «secundada por la acción armada», sería el golpe decisivo que derrocaría al régimen[19].

El manifiesto esbozaba los planes políticos para el periodo posterior a Batista. El presidente provisional sería Manuel Urrutia Lleó, un juez de Santiago al que Castro ya había sondeado con vistas a esa posibilidad. Urrutia era el tipo adecuado de liberal anticomunista que podía suscitar un amplio apoyo en Cuba y ser bien recibido por Estados Unidos. Había viajado a Washington pocos meses antes para recabar apoyos; siempre había expresado simpatía hacia el Movimiento 26 de Julio y en mayo de 1957 había juzgado un caso en el que 151 hombres, 22 de los cuales habían sido capturados tras el desembarco del *Granma*, fueron acusados de actividades antigubernamentales. Urrutia decidió absolver a todos los prisioneros, declarando que a la vista de la «ilegal retención del poder por Batista y sus seguidores, los acusados habían actuado dentro de sus derechos constitucionales»[20].

Se fijó como fecha para la huelga general el 9 de abril y se hicieron los correspondientes preparativos; durante las semanas previas a esa fecha se hicieron estallar varias bombas en La Habana para crear un estado de

[18] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 348.
[19] *Ibidem*, pp. 345-346.
[20] J. Sweig, *op. cit.*, p. 12.

ánimo de alarma creciente. El Movimiento 26 de Julio dio un golpe de mano el 26 de febrero, en la víspera de una importante carrera automovilística en La Habana, secuestrando a Juan Manuel Fangio, el campeón mundial argentino, y liberándolo al día siguiente con mucha publicidad. La Sección Estudiantil del Movimiento 26 de Julio, dirigida por Ricardo Alarcón, consiguió con una huelga generalizada en marzo que se cerraran todos los centros de enseñanza estatales[21]. La «resistencia cívica» tenía evidentemente la capacidad de llevar a cabo acciones espectaculares bajo las mismas narices de la policía. La suerte estaba echada.

La mañana 9 de abril una transmisión radiofónica desde una emisora tomada por el Movimiento anunció: «Hoy es el día de la liberación [...] En toda Cuba acaba de empezar en este momento la lucha final para derrocar a Batista».

La desconfianza de Castro se demostró bien fundada. Los trabajadores no estaban preparados, mientras que la policía y el ejército sí lo estaban, y bien armados. Los activistas urbanos del Movimiento 26 de Julio no tenían suficientes armas para llevar a la práctica sus diversos planes de distracción. Su milicia se disgregó. La acción insurreccional prevista para derrocar al régimen estaba derrotada casi en el momento de iniciarse. Castro trató de ver el lado bueno, escribiendo a Celia Sánchez, su leal amiga de Santiago, que «se había perdido una batalla, pero no la guerra». Pero le costó contener su cólera y reconocer las dimensiones del desastre. «Se supone que yo soy el líder de este movimiento y a los ojos de la historia debo responsabilizarme de la estupidez de otros, pero soy una mierda que no puede decidir nada»[22].

A primeros de mayo se celebró una reunión en la Sierra para analizar lo que había ido mal y qué se debía hacer a continuación. Estuvieron presentes miembros de ambas alas del Movimiento. Guevara criticó acerbamente a los organizadores de la huelga, acusándolos de «sectarismo», no sólo por no incluir los comunistas en sus planes, sino por incompetencia militar, al organizar la milicia sin «entrenamiento ni moral de combate» ni «un riguroso proceso de selección»[23]. Se decidieron cambios en la dirección en «los llanos», y varios de sus miembros, incluido Faustino Pérez, fueron transferidos al frente de la Sierra.

---

[21] *Ibidem*, p. 159.
[22] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 349.
[23] J. Sweig, *op. cit.*, p. 150.

Tras el fracaso de la huelga Batista hizo un nuevo esfuerzo por desalojar a los guerrilleros de Sierra Maestra. En mayo se desplegaron 10.000 soldados contra la base de Castro en las montañas meridionales y se realizaron incursiones aéreas bombardeando la columna de Raúl más al norte. Esa ofensiva duró más de dos meses, pero los guerrilleros consiguieron aguantar. «Cada entrada a Sierra Maestra es como el paso de las Termópilas», dijo Castro a los periodistas que lo visitaban[24].

La victoria sobre los soldados que trataban de tomar la Sierra fue un momento decisivo de la guerra, un triunfo para los guerrilleros que compensó el fracaso de la huelga. Castro aprovechó la oportunidad para planear la fase final de la guerra. Había llegado el momento de organizar la invasión de la parte oeste de la isla siguiendo los pasos de Gómez y Maceo en 1896. Se encargó a Guevara el control de la provincia central de Las Villas, mientras Camilo Cienfuegos debía dirigirse la provincia occidental del Pinar del Río, reafirmando de paso la autoridad de Castro sobre los guerrilleros independientes del Escambray. A finales de agosto se pusieron en marcha con una fuerza conjunta de 230 hombres, llegando Guevara a las alturas de Las Villas en octubre. Castro descendió de su reducto en la Sierra un mes después e inició la marcha hacia Santiago, mientras Raúl avanzaba desde el norte.

La lucha prosiguió en todos los frentes durante el otoño y Urrutia aterrizó con un avión rebelde en Sierra Maestra a primeros de diciembre disponiéndose para el momento final. Cienfuegos soslayó La Habana y se dirigió hacia Pinar del Río. Guevara conquistó la ciudad de Santa Clara, en el centro de la isla, a finales de ese mismo mes.

Después de sólo dos años en la Sierra, Castro había dominado a sus rivales en todas partes y estaba a punto de obtener la victoria. Había tenido suerte con sus lugartenientes, una mera pandilla de aficionados dos años antes. Guevara, Cienfuegos y su hermano Raúl habían mostrado todos ellos excepcionales cualidades de liderazgo y perspectiva estratégica viéndose recompensados con el afecto y lealtad de sus hombres. Castro también había sido afortunado, o quizá muy hábil, al conseguir que la política de Estados Unidos hacia sus guerrilleros permaneciera dividida e insegura. La opinión liberal estadounidense, ejemplificada por el *New York Times* y elementos progresistas dentro de la CIA, juzgaban benévolamente a Castro, mientras que el gobierno de Eisenhower, ya

[24] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 353.

fuera por inercia o por puro conservadurismo o anticomunismo, seguía apoyando a Batista, aunque con una creciente falta de convicción. Si bien seguía suministrándole armas, nunca eran suficientes para proporcionarle una victoria militar y tampoco había equipado técnicamente a su ejército ni a sus fuerzas aéreas como para poder hacer frente a la llegada de armas más sofisticadas al bando rebelde.

A medida que se iba haciendo más probable la victoria de Castro, Estados Unidos procuraba evitar el enfrentamiento directo con el eventual futuro gobernante, sin disuadir empero a los británicos o a los yugoslavos de seguir suministrando armas a Batista hasta el último momento. Los estadounidenses creían que tenían poco que perder con una victoria de Castro, ya que seguramente iría seguida por la anarquía y los enfrentamientos políticos que habían dominado la isla tras la revolución de 1933. Toda la historia cubana anterior tendía a hacer muy improbable que una victoria de Castro fuera seguida por medio siglo de estabilidad relativa.

El general Batista huyó la víspera de Año Nuevo, abandonando el país desde el aeródromo de Campo Columbia con su familia y amigos. Voló desde La Habana a Santo Domingo, gobernado por su amigo Leónidas Trujillo. El sargento mulato que había dominado la política cubana durante un cuarto de siglo hizo así su humillante mutis final. A aquel hombre, admirador de Franklin Roosevelt y que mantenía un busto de Lincoln en su despacho, le habían fallado sus amigos estadounidenses. A principios de la década imaginaba que podría resolver la crisis sistémica de Cuba y organizó un golpe que supuestamente debía barrer la corrupción de la vieja clase política. Había fracasado lamentablemente y sólo había conseguido empeorar las cosas. Ahora le llegaba el turno a Fidel.

El amanecer de la Revolución: enero de 1959

El 2 de enero de 1959, desde un balcón en Santiago de Cuba que daba al elegante parque Céspedes, Castro pronunció su primer discurso en los albores de la Revolución. Eligió esa ciudad en reconocimiento a su apoyo a la lucha en Sierra Maestra y para señalar que la humillación infligida a Cuba en 1898 por el desembarco estadounidense a lo largo de la costa no se repetiría. «La revolución comienza

ahora –anunció–, y esta vez no será como en 1898, cuando llegaron los norteamericanos y se adueñaron de nuestro país. Esta vez, afortunadamente, la revolución llegará realmente al poder.»

De esta forma el líder revolucionario arrojó el guante a Estados Unidos desde el primer día, aunque aquella misma noche cenó con el cónsul estadounidense y su mujer en Santiago.

Una revolución se consideraba en otro tiempo la consumación de los males de la sociedad, resultado inevitable de una serie de desastres que hacían inviable el antiguo régimen. La imagen de la Cuba prerrevolucionaria que prevaleció durante los primeros años de la Revolución era la del estancamiento económico durante muchas décadas, el fracaso político, la corrupción, la incompetencia burocrática, el gangsterismo, la violencia y la quiebra social. La revolución y/o el socialismo, según los gustos, se entendía como resultado natural de una situación intolerable. La tarea de la revolución era reorganizar la sociedad y curar sus heridas.

Pero en 1959 Cuba no era un país pobre, con una población pisoteada que se rebelara contra su postergación. Era una sociedad relativamente acomodada, que disfrutaba de la segunda renta per capita en Latinoamérica, sólo por debajo de Venezuela, cuyos ingresos aparecían muy inflados por la renta del petróleo[25]. En otros índices socioeconómicos –urbanización, alfabetización, mortalidad infantil y esperanza de vida– Cuba estaba entre los cinco países mejor dotados de Latinoamérica[26].

Se suele considerar la introducción de la atención sanitaria universal como uno de los grandes triunfos de la Revolución, pero la Cuba prerrevolucionaria no era de los países más atrasados en cuanto a la dotación de servicios médicos. La isla tenía uno de los índices sanitarios más elevados de toda América, no muy por debajo de Estados Unidos y Canadá. Tanto en esperanza de vida en el momento del nacimiento como en número de médicos por millar de habitantes, Cuba estaba entre los primeros países del mundo. En términos de médicos por cada mil habitantes, antes de 1959 ya era el undécimo,

[25] La renta anual media en Cuba en la época de la Revolución era de 374 dólares, mientras que la de Venezuela, de 857, era más del doble.

[26] M. Pérez-Stable, *The Cuban Revolution: Origins, Course and Legacy,* Oxford, 1993, p. 5.

por encima de Gran Bretaña, Francia, Países Bajos y Japón; en Latinoamérica se situaba en el tercer lugar tras por detrás de Uruguay y Argentina[27]. Esas cifras, por supuesto, estaban muy sesgadas hacia la población urbana, ya que la mayoría de los médicos cubanos trabajaban en La Habana y en las grandes capitales regionales. La situación en las áreas rurales, en particular en Oriente, era mucho más dura: pocos médicos, pocas carreteras, pocas escuelas y escaso empleo regular, mientras que muchos de los habitantes de La Habana vivían en una relativa prosperidad.

Pero gran parte de esta reevaluación de la historia prerrevolucionaria proviene del exilio cubano y ya se sabe que los exiliados tienden a menudo a añorar sentimentalmente el pasado. En la última década del siglo XX se publicaron en Estados Unidos muchas ficciones románticas sobre la vida cubana en los años cuarenta y la resurrección de antiguas bandas como Buena Vista Social Club –que pronto se convirtió en un fenómeno popular a escala mundial– se acomodaba a esa perspectiva. Sería sorprendente que el estudio de la historia hubiera sido inmune al espíritu del tiempo. Se puede incluso pensar que un rasgo importante de la vida nacional cubana es un sentido desarrollado de la nostalgia, derivado de los antecedentes de su pueblo, que proviene de lugares muy distantes, ya sean los esclavos negros que evocan un mundo anterior a la esclavitud en África, o los inmigrantes blancos con recuerdos muy borrosos de Europa. En la propia Cuba, en la década de 1960, una película como *Memorias del subdesarrollo*, realizada por Tomás Gutiérrez Alea en 1968, pulsaba las cuerdas del alma con su evocación de lo que en otro tiempo había existido y se había perdido. La película muestra la angustia de un miembro de la burguesía rentista que permanece en La Habana después de la revolución y se obsesiona por la añoranza de cuanto había desaparecido.

Pero cualesquiera que sean las dudas sobre el estado exacto de la crisis económica y social en Cuba en la década de 1950, la represión durante los años de Batista era una realidad incuestionable que provocó deseos de venganza así como la exigencia de un futuro mejor. La lucha contra el dictador, para la mayoría de los activistas del Movimiento 26 de Julio, estaba motivada tanto por el deseo de liberarse de

[27] J. Ibarra, *Prologue to Revolution: Cuba, 1898-1958*, Londres, 1995. Véase también L. Pérez, *Cuba and the United States*, cit.

un infecto opresor como por la esperanza de una sociedad mejor en el futuro. Por eso recibió inicialmente Castro un apoyo tan amplio, por encima de las profundas divisiones de la sociedad cubana. Cuando visitó Princeton en abril de 1959 atribuyó el éxito de la Revolución al «temor generalizado y el odio hacia la policía secreta de Batista», así como al hecho de que los rebeldes «no habían predicado la guerra de clases»[28].

La dictadura de Batista era percibida ampliamente como cruel y vengativa, algo que ciertamente era (aunque no tanto como lo fueron luego las dictaduras del cono sur latinoamericano en las décadas de 1970 y 1980); pero muchas de las acciones represivas del régimen tenían como supuesta justificación la necesidad de combatir el terrorismo urbano y la guerra de guerrillas. El elemento decisivo para que la gente se pusiera de parte de Castro fue su supervivencia en las montañas y sus subsiguientes éxitos militares. Si Batista hubiera ido ganando la guerra en 1958, o al menos no hubieran sido tan patentes sus derrotas, la opinión pública cubana se podría haber puesto fácilmente de su parte. La mayoría de la población cubana, deseando ver el fin de la guerra y la opresión, se puso de parte del bando ganador, como tiende a hacer mucha gente en tales situaciones.

Si en todas las revoluciones los primeros días se caracterizan por la confusión e incertidumbre, los soldados rebeldes de Castro celebraron su victoria en un vacío político absoluto. El día de Año Nuevo no existía en La Habana ningún gobierno y los mandos del ejército de Batista sopesaban sus probabilidades frente al ejército rebelde que avanzaba sobre las dos principales ciudades del país. Pronto se dieron cuenta de éste los superaba en número y en resolución. Las festividades propias de la fecha, junto con la proclamación de una huelga general, bloquearon cualquier intento de crear un régimen continuista sin Batista.

Castro entró en Santiago el 2 de enero. Cienfuegos llegó ese mismo día a La Habana desde Santa Clara, desplazándose inmediatamente a la base de Campo Columbia que acababa de abandonar Batista. Guevara llegó al amanecer del 3 de enero para hacerse con el control de La Cabaña, la fortaleza situada en la bocana del puerto de La Haba-

[28] T. Bogenschild, «Dr Castro's Princeton Visit, April 1959», Program in Latin American Studies, Princeton, 1995. Véase.

na. Los dos comandantes rebeldes que todos veían como las figuras más heroicas, carismáticas y románticas del ejército de Castro controlaban los dos cuarteles militares que dominaban la capital.

Castro, con un gran sentido teatral y la intuición de que las pasiones suscitadas por la victoria tardarían algunos días en enfriarse, emprendió un pausado y majestuoso peregrinaje desde Santiago hasta La Habana del tipo de los que acostumbraban a realizar los primeros conquistadores españoles. Atravesó toda la isla durante una semana, a veces en un jeep abierto, a veces en lo alto de un tanque, deteniéndose con frecuencia para saludar a la multitud entusiasmada. Aquel viaje triunfal fue retransmitido por las pantallas de televisión en blanco y negro del país, de las que habían entrado medio millón en Cuba durante los últimos años de la década.

No llegó a La Habana hasta el 8 de enero, avanzando por calles delirantes llenas de banderas hasta Campo Columbia, donde, consciente de la inmensa diversidad de las fuerzas que le apoyaban, habló ante una enorme audiencia de la necesidad de mantener la unidad revolucionaria. Al final de su discurso –en un incidente que recuerdan todos los presentes aquel día– dos palomas blancas se posaron sobre su hombro, en un símbolo inesperado y optimista que marcaba el comienzo de una nueva era en la historia cubana[29].

La Habana disfrutó de una prolongada fiesta. Para Giangiacomo Feltrinelli, el editor radical italiano que llegó en las primeras semanas de la Revolución, era una ciudad espléndida y caótica, llena de hispanos, negros y chinos y que rezumaba vida y color. Los rebeldes de la Sierra eran muy visibles y «de vez en cuando, dispersos aquí y allá, se encontraba uno con guerrilleros barbudos, armados con pistolas y subfusiles, reclinados en grandes tumbonas frente a los edificios públicos, vigilantes frente al enemigo»[30]. Las barbas y las boinas se convirtieron en símbolos de la Revolución.

Castro tomó sus primeras e inocuas medidas políticas nombrando presidente, como había prometido, a Manuel Urrutia y primer minis-

[29] Para los creyentes en la santería las palomas son símbolos de Obatalá, el Hijo de Dios, un dios que da forma al cuerpo humano y que gobierna la mente, los pensamientos y los sueños de todos. Las palomas que se posaron sobre el hombro de Castro fueron percibidas por los creyentes como una señal de que había sido elegido por los dioses de la santería para guiar y proteger a su pueblo.

[30] C. Feltrinelli, *Senior Service*, Londres, 2001, p. 184.

tro a José Miró Cardona. Urrutia era un puritano por educación y su principal preocupación inmediata era cerrar los casinos y burdeles de La Habana. Cardona era un jurista liberal que en otro tiempo había sido profesor de Castro. Sólo tres miembros del gabinete provenían del ejército guerrillero y sólo uno de ellos del Movimiento 26 de Julio. El propio Castro permaneció a la cabeza de las denominadas Fuerzas Armadas Rebeldes con el nuevo título de comandante en jefe, como indicación de dónde estaba ahora el poder real.

Daba un poco igual tener algunos moderados al frente, ya que la euforia inicial con la que fue saludada la Revolución en el extranjero fue rápidamente sustituida por la sombría percepción de que todas las revoluciones se cobran su peaje sobre los que se opusieron a ellas. Varios cientos de antiguos policías, torturadores y esbirros de Batista fueron fusilados por pelotones de ejecución tras juicios sumarios. Ese ajuste de cuentas tras la guerra, presentado en la prensa estadounidense como un «baño de sangre», no era un fenómeno desacostumbrado en la historia cubana. Las pasiones surgidas durante la guerra estaban muy arraigadas y la mayoría de los cubanos podía recordar sucesos similares. «Treinta años antes, los sicarios del régimen de Machado considerados culpables de crímenes parecidos fueron simplemente linchados por la multitud», recordaba en sus memorias Philip Bonsal, el nuevo embajador estadounidense[31]. El gobierno argumentó que todos los convictos habían sido sometidos a juicios bajo las leyes promulgadas en Sierra Maestra, pero para muchos observadores aquellas ejecuciones ensombrecieron la Revolución.

La impopularidad de aquellos juicios contra los criminales de guerra se acrecentó por la decisión de celebrarlos en el estadio de deportes de La Habana, mostrándolos en directo en la televisión. La visión de multitudes apasionadas que pedían justicia revolucionaria horrorizó a muchos corresponsales extranjeros en la ciudad. Paradójicamente fue Allen Dulles, el jefe de la CIA, quien dio cierta perspectiva a aquellas escenas, explicando al Comité de Relaciones Exteriores del Senado la realidad de la convulsión política:

> Cuando vences en una revolución, matas a tus enemigos. Hubo muchos casos de crueldad y represión por parte del ejército cubano, y

[31] P. Bonsal, *Cuba, Castro, and the United States*, Pittsburgh, 1971.

> disponen de información sobre algunas de esas personas. Ahora habrá probablemente muchos juicios. Probablemente irán demasiado lejos, pero tienen que pasar por eso[32].

Raúl Castro, comandante militar en Oriente, y Che Guevara, en La Cabaña, eran considerados los más duros. Guevara firmó personalmente más de 50 penas de muerte y se acusó a Raúl de haber presidido la ejecución en masa de 70 soldados de Batista, fusilados con ametralladoras frente a una zanja abierta. La reputación de intransigente que tenía Raúl, considerado siempre un radical, con una rudeza que bordeaba la brutalidad, fue públicamente confirmada por su hermano. Tras nombrar a Raúl como segundo en el mando del Movimiento 26 de Julio y como sucesor en el caso de que él muriera, Fidel manifestó en enero a una multitud congregada en La Habana que no debía preocuparse por las amenazas de asesinarlo. «El destino de los pueblos no depende de un hombre –dijo–, y detrás de mí vienen otros más radicales que yo; asesinarme sólo serviría para fortalecer la Revolución»[33]. Además de designarlo como sucesor oficial, también nombró a Raúl ministro de Defensa, responsable de la organización de un nuevo ejército cubano.

Raúl Castro ha permanecido en la cumbre del poder durante más de cuatro décadas. Era el más joven de los cinco hermanos Castro y siguió los pasos de su hermano en el colegio de los jesuitas de La Habana, pero al carecer de dotes para la religión o el deporte abandonó los estudios y buscó refugio en la oficina de la hacienda de su padre. Fidel lo persuadió para que regresara a La Habana, estudió derecho en la universidad y se incorporó a la rama juvenil del Partido Comunista. Su cuñado escribió más tarde que a sus dieciocho años era «muy curioso, curioso sobre el comunismo, [y] preocupado por la justicia»; le interesaba mucho la sociología. «Tenía una sed enorme de conocimiento, una gran ansiedad por resolver toda la situación, y los comunistas le dieron todo.» El propio Raúl ha asegurado que su temprano radicalismo se despertó cuando, al regresar a casa para las vacaciones, comprobaba que, entre «miles de campesinos, los únicos que podían estudiar eran los de mi familia».

---

[32] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 224.
[33] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 225.

La incorporación a la organización juvenil comunista, algo muy corriente en Latinoamérica, implicaba oportunidades para viajar al extranjero, y Raúl partió hacia Europa en febrero de 1953 para asistir al Congreso Mundial de la Juventud en Sofía, visitando en aquel mismo viaje Bucarest y Praga. Los contactos que hizo entonces le iban a servir más tarde. En el barco de regreso a La Habana, hizo amistad con Nikolai Leonov, un joven diplomático soviético, más tarde del KGB, enviado a México. Se encontraron allí en 1955 y Leonov fue convenientemente destinado a La Habana en 1960. Se habían sembrado así las semillas de la futura relación entre Raúl y la Unión Soviética, que tan importantes consecuencias tuvo para el curso posterior de la Revolución.

Raúl se convirtió en uno de los comandantes más poderosos durante la guerra de guerrillas. Enviado para establecer una base rebelde en Sierra Cristal, convirtió a los semibandoleros que operaban en el área en una fuerza disciplinada, muchos de cuyos miembros iban a formar el cuerpo de oficiales del nuevo ejército cubano. En busca de apoyo campesino hizo contactos en la Sierra con los dirigentes de la Asociación Nacional de Pequeños Agricultores (ANAP), una organización campesina patrocinada por el partido comunista, y convocó un «congreso de campesinos» para asegurarse su apoyo. Fue él quien dio la bienvenida a la Sierra a Carlos Rafael Rodríguez, el cerebro político del partido, en julio de 1958.

La amenaza de que el comunista Raúl se hiciera con los mandos en ausencia de Fidel alarmó a los muchos anticomunistas fervientes integrados en el Movimiento 26 de julio. Carlos Franqui, un periodista fidelista pero anticomunista que más tarde se exilió, sentía mucha antipatía hacia el más joven de los Castro, describiéndolo como un «Hitler de opereta». La gente lo rechazaba instintivamente –escribió– «y Fidel agravó aquella imagen negativa diciendo que Raúl era el más duro de los dos; se complementaban perfectamente, como Laurel y Hardy»[34]. Los jefes y oficiales de las fuerzas armadas, sin embargo, siempre han sentido un considerable afecto por su jefe.

En enero de 1959 Raúl se casó con Vilma Espín, una mujer atractiva y de talento que había sido una de las dirigentes del movimiento

[34] C. Franqui, *Family Portrait with Fidel*, Londres, 1980 [ed. cast.: *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, 1981].

revolucionario en Santiago. La pareja acabó separándose finalmente, pero Espín mantuvo el control de la Federación de Mujeres Cubanas, la principal organización femenina de la isla. Fidel seguía apegado a la moralidad burguesa y persuadió a los combatientes de la guerrilla que habían entablado relaciones en Sierra Maestra durante la guerra para que las regularizaran al llegar la paz. Raúl fue uno de los primeros y Guevara siguió pronto su ejemplo, casándose con Aleida March en mayo. Sólo a Fidel se le permitió seguir libre de nuevos lazos matrimoniales. Estaba casado, según decía, con la Revolución*.

El nuevo régimen revolucionario actuó rápidamente en los seis primeros meses, utilizando la maquinaria del viejo gobierno para beneficiar a sus seguidores de los sectores más pobres de la sociedad. Allí donde era necesario, creó nuevas instituciones. Su primera iniciativa en enero, la cruzada personal del presidente Urrutia, tuvo un elevado tono moral y marcó una clara ruptura con el pasado inmediato de Cuba: burdeles, casas de juego y hasta la lotería nacional cerraron sus puertas. Aquella medida provocó una resistencia inmediata de prostitutas, crupieres, camareros y artistas de *varietés* de todo tipo. En la primera de muchas intervenciones, Castro solicitó una demora en la ejecución de la medida, argumentando que no se podía dejar a la gente sin empleo sin haber creado previamente puestos de trabajo alternativos[35]. Urrutia recibió aún peor la decisión de Castro de rebajar la paga que recibían los ministros del gobierno. El salario de Urrutia, de 100.000 dólares anuales, era el mismo que el de Batista y quería mantenerlo a ese nivel. En febrero se rebajaron los salarios de los jueces, mientras que a las escalas más bajas de la burocracia estatal se les concedió un aumento de salarios.

Se crearon varios ministerios nuevos, de los cuales el más popular era el Ministerio para la Recuperación de Bienes Malversados, institución dirigida por Faustino Pérez y destinada a ocuparse de las propiedades y empresas de Batista y sus amigos exiliados. Se crearon dos ministerios sociales para ocuparse de la salud pública y la construcción. Una de las primeras medidas fue la reducción del alquiler de las casas y

---

* En 1980 se casó con Dalia Soto del Valle, con quien mantenía relaciones desde 1961 y con la que ha tenido cinco hijos varones: Alexis, Alex, Alejandro, Antonio y Ángel. *[N. del T.]*

[35] R. Quirk, *op. cit.*, p. 229.

apartamentos, en algunos casos a la mitad, y una rebaja de los tipos hipotecarios. A los terratenientes se les prohibió desahuciar a sus arrendatarios y los propietarios de suelo urbano quedaban obligados a vender los solares vacíos a bajo precio a cualquiera que planeara construir una casa.

El gobierno mantuvo la presión de un cambio rápido. En marzo se introdujeron controles de las tarifas telefónicas y eléctricas y se «intervinieron» varias empresas de servicios, en particular la rama local de la compañía ITT, de propiedad estadounidense. Se rebajaron los recibos del teléfono y también, en abril, los precios de las medicinas, y se estableció un salario mínimo para los cortadores de caña. La euforia popular permanecía elevada y ningún miembro del gobierno preguntaba de dónde salía el dinero.

Los detalles sobre la ansiada reforma agraria fueron finalmente anunciados en mayo en una ceremonia celebrada en Sierra Maestra. Castro anunció a los campesinos allí reunidos el comienzo de «una nueva era». La nueva ley ponía fin a las grandes haciendas, como había prometido en 1953, en su alegato de defensa después del Moncada. A los propietarios se les permitía mantener 402 hectáreas de su propiedad, pero el resto era susceptible de expropiación[36]. Parte de los grandes ranchos ganaderos quedaron exentos y lo mismo sucedió con las plantaciones de azúcar y arroz que producían rendimientos excepcionales, alguna de las cuales alcanzaba las 1.335 hectáreas. Gran parte de la tierra expropiada, un 40 por 100 de la tierra cultivable existente en la isla, iba a ser dividida en pequeñas parcelas individuales de 30 hectáreas, mientras que las haciendas y plantaciones mayores se convertirían en cooperativas agrícolas.

La Ley de Reforma Agraria pretendía ganarse la adhesión de los campesinos sin tierra, a los que se ofrecía un futuro brillante. «De ahora en adelante –dijo Castro a los campesinos de la región en torno a Santa Clara en junio– los hijos de los campesinos tendrán escuelas, instalaciones deportivas y atención médica y los campesinos contarán por primera vez como parte esencial de la nación.» El 26 de julio llegaron a La Habana miles de campesinos –a lomos de caballo o en autobuses– para conmemorar el ataque al Moncada y escuchar lo que Castro tenía

[36] La compensación ofrecida inicialmente venía en forma de bonos a 20 años con un interés anual del 4,5 por 100.

que decirles sobre la nueva reforma. Para dar mayor relieve a la ocasión se sentaba junto a él en la plataforma Lázaro Cárdenas, el viejo presidente revolucionario de México durante la década de 1930.

La reforma agraria era de por sí moderada y sólo retóricamente revolucionaria; pero los poderosos terratenientes cubanos y de toda Latinoamérica la veían como el borde del abismo. Causó una preocupación particular en Estados Unidos, ya que una cláusula afirmaba claramente que en el futuro la tierra cubana sólo podía ser propiedad de cubanos, perjudicando así a los terratenientes extranjeros, de los que la mayoría eran estadounidenses. Había una promesa de compensación, pero a ojos de mucha gente la ley daba crédito a la idea de que Castro era comunista y comenzó a ser calificado como tal, tanto fuera como dentro de Cuba. La lucha política en el seno del gobierno se agudizó.

Se creó una nueva institución, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que pronto se convirtió en el auténtico cuartel general del gobierno revolucionario. En el INRA, alojado en un edificio sin terminar que Batista proyectaba convertir en nueva Alcaldía de La Habana*, se creó un Departamento de Industrialización, dirigido por Che Guevara, una milicia de 100.000 hombres, dirigida por Raúl Castro, y un Departamento de Comercio. Por definición, el INRA se ocupaba de todo lo que tuviera que ver con la reforma agraria y esto pronto incluyó la construcción de carreteras y casas, y se expandió sin cesar abarcando la sanidad, la educación y la defensa.

El propio Castro se situó a la cabeza del INRA, con Antonio Núñez Jiménez, el principal autor de la Ley de Reforma Agraria, como director. Núñez Jiménez era un economista y geógrafo marxista, pero quizá lo más significativo es que fuera un revolucionario romántico. Fue más tarde descrito por René Dumont, un agrónomo francés que trabajó durante una temporada en Cuba, como «más dotado para organizar un mitin o cabalgar con una bandera al viento para ocupar el territorio de la United Fruit Company, que para organizar racionalmente el sector socialista de la agricultura»[37].

Aunque la Ley de Reforma Agraria fue firmada por todo el gabinete, muchos de sus miembros eran hostiles a sus disposiciones, ya que

---

* Que actualmente sirve como sede al Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR). *[N. del T.]*

[37] Citado en H. Thomas, *Cuba*, cit., pp. 1217-1218.

las consideraban «comunistas». El presidente Urrutia y otros moderados se definían ahora a sí mismos como anticomunistas, no porque les preocupara lo más mínimo la influencia de la Unión Soviética, sino por la preponderancia que habían alcanzado algunos miembros del Partido Comunista en el entorno de los hermanos Castro. La primera protesta seria provino de Pedro Díaz Lanz, el jefe de las fuerzas aéreas. Quejándose públicamente de las «clases de adoctrinamiento» que se daban a los militares, huyó en una pequeña lancha a Miami en junio. El siguiente en la lista fue el presidente Urrutia, obligado por Castro en julio a dimitir después de exponer sus opiniones anticomunistas en varias entrevistas. Castro eligió como nuevo presidente a Osvaldo Dorticós, jurista y presidente del Yatch Club de Cienfuegos, simpatizante de los comunistas; había sido secretario de Juan Marinello, dirigente del partido durante más de dos décadas.

La lucha intestina en el gobierno reflejaba la creciente hostilidad hacia la dirección de la Revolución por parte de la antigua elite política social del país. Al exponer sus críticas a la reforma agraria, la vieja clase política del país, muchos de cuyos miembros eran a su vez grandes propietarios o beneficiarios del antiguo sistema económico, comenzaron a comportarse del mismo modo que sus precursores habían hecho durante los sesenta años anteriores. Tenían profundamente inserto el recuerdo de la Cuba de la Enmienda Platt, que les había permitido pedir ayuda a Estados Unidos siempre que se veían amenazados por otras fuerzas sociales y eso les llevaba a suponer que también ahora podían recurrir al gran vecino del norte para que protestara en su nombre.

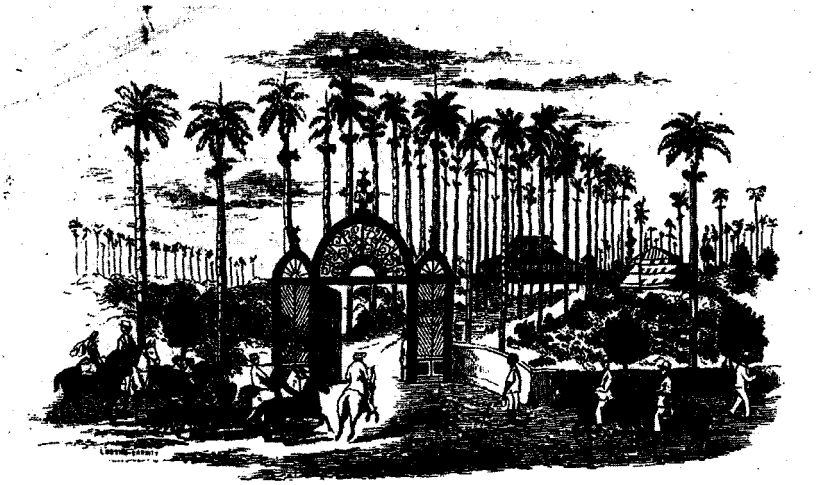
La vieja elite se sentía bajo la amenaza de que pudieran menguar sus beneficios económicos, pero también le alarmó la forma en que la Revolución permitió a la población negra, hasta entonces en gran medida invisible, salir a escena. Muchos blancos no podían perdonar a Castro que defendiera su causa.

Negros en la Revolución, 1959

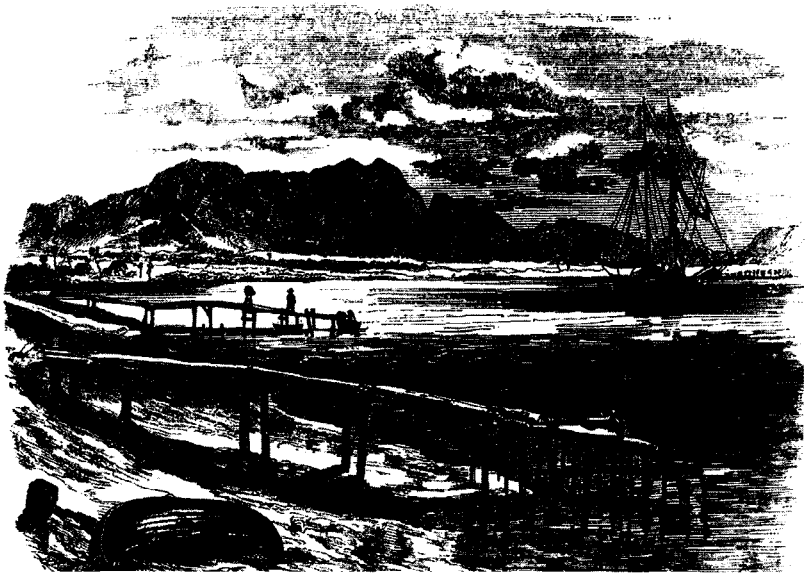
Una noche de marzo de 1959 el guardaespaldas negro de Che Guevara fue con unos amigos a un club en la playa de Tarará, al este de La Habana. Guevara convalecía del agotamiento de la guerra y el

1. Hatuey, cacique taíno que intentó resistirse a la conquista española y que fue finalmente vencido y quemado vivo en 1512, recordado en la partitura de una canción popular de Eliseo Grenet de la década de 1920.

2. Diego Velázquez (1465-1524), conquistador español de Cuba en 1511 y primer gobernador de la isla.



3. Entrada a una hacienda cafetera (*Harper's New Monthly Magazine*, vol. 6, 1852).



4. La playa de El Morrillo en Pinar del Río, donde desembarcó Narciso López (1799-1851) en 1851 con el propósito de anexionar Cuba a Estados Unidos (*Harper's New Monthly Magazine*, vol. 6, 1852).

5. Una súplica por Cuba. «La dominación española en Cuba está llena de derramamiento de sangre, tiranía y brutalidad.» El marqués de Lafayette y el barón von Steuben preguntan a Columbia cuál habría sido el destino de América si no hubieran intervenido en la Guerra de Independencia (Victor Gillan en *Judge*, 19 de octubre de 1895).

6. José Martí (1853-1895), escritor y dirigente independentista, retratado en su exilio en Nueva York por Herman Norman.

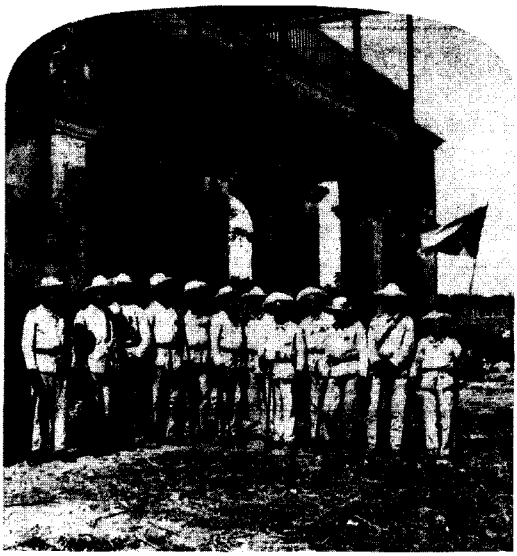
7. Máximo Gómez (1836-1905), soldado de la República Dominicana que se convirtió en comandante en jefe de las fuerzas cubanas en la guerra de independencia.

8. El general Valeriano Weyler (1828-1930), capitán general de Cuba en 1896-1897, pionero de los campos de concentración.

9. El fuerte Gonfaus, en Guáimaro, defendido por fuerzas españolas y conquistado por Calixto García en octubre de 1896.

10. Niños a la espera de comida en el exterior de la oficina en Matanzas del cónsul estadounidense Alexander Brice, 1898.

11. Oficiales del ejército de Máximo Gómez en la ciudad de Remedios, 1899.

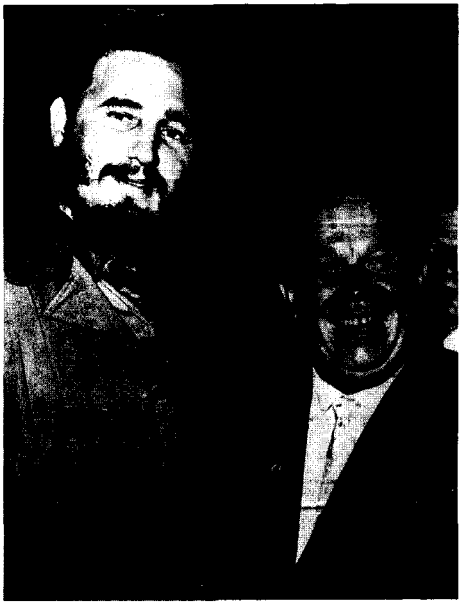


12. El general Leonard Wood (1860-1927), gobernador militar de Cuba entre 1899 y 1902, fotografiado en 1901.

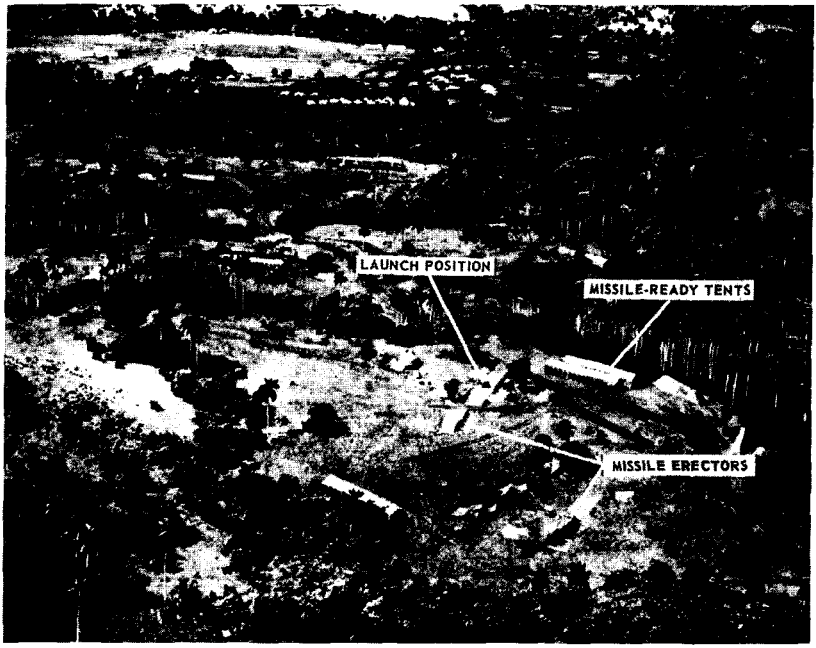
13. Niños indios en Yara, cerca de Baracoa, fotografiados por el etnógrafo estadounidense Stewart Culin en 1901.

14. Tomás Estrada Palma (1822-1908), presidente de Cuba de 1902 a 1908, fotografiado en el palacio presidencial de La Habana en 1902.

15. Fulgencio Batista (1901-1973), presidente de Cuba de 1940 a 1944 y de 1952 a 1958, fotografiado con su mujer y miembros de su Legión femenina, *ca.* 1935-1936.



16. Fidel Castro y el dirigente soviético Nikita Jruschev en la Asamblea de la ONU en Nueva York, septiembre de 1960.



17. Base de misiles balísticos de alcance medio instalada por la Unión Soviética en San Cristóbal (Pinar del Río), fotografiada por un avión de reconocimiento estadounidense en octubre de 1962.

18. Fidel Castro y el papa Juan Pablo II con ocasión de la visita a de este último a Cuba en enero de 1998.

gobierno se había trasladado al balneario para estar con él. Su guardaespaldas, Harry Villegas, al que llamaban Pombo, iba a combatir con él más tarde en el Congo y en Bolivia. Años después recordaba lo que sucedió cuando llegaron al club de Tarará, un lugar donde tradicionalmente se prohibía la entrada a los negros.

También esta vez le prohibieron la entrada al grupo de amigos negros de Pombo y el general Bayo, el oficial que había entrenado a los guerrilleros en México, fue enviado para hacerlos salir. Pombo se preguntaba cómo era posible que un hombre como Bayo, «tan respetado y tan amado en el ejército, no pudiera entender que los negros no habíamos combatido para seguir siendo discriminados»[38].

El suceso de Tarará fue un eco minúsculo pero ominoso de la situación que se vivió sesenta años antes, cuando los soldados negros se quejaban de que no habían participado en la guerra de liberación contra España para encontrarse después con que en Cuba se seguían manteniendo las costumbres de la época esclavista. Pombo y sus amigos dejaron el club, como les había pedido Bayo, pero cuando regresaron a su base y explicaron lo que les había sucedido a otros miembros de la escolta del Che, su irritación subió de tono. Cogieron sus fusiles, regresaron al club sólo para blancos y les dijeron a todos cuantos se encontraban allí que salieran, afirmando: «Éste es ahora el club del Ejército Rebelde».

Según el informe de Pombo, Bayo le explicó a Guevara lo que había sucedido y éste habló con ellos, «diciéndonos que no debíamos hacer cosas como aquélla, porque podían beneficiar al enemigo. Dijo que la Revolución no había progresado todavía lo bastante para que la gente entendiera que no había negros y blancos, sino que habíamos combatido por todos los cubanos, por la igualdad y contra la discriminación».

Pombo reflexionaba sobre aquel incidente años después, en los años noventa: «La revolución ha creado las condiciones para acabar con la discriminación y está luchando por hacerlo, pero todavía hay quienes te insultan a la cara [...] He conocido a gente que me ha dicho: "Daría la vida por ti, pero no te dejaría casarte con mi hija, porque eres negro"».

La revolución de los años cincuenta la hicieron principalmente radicales blancos, muchos de ellos hijos de recientes inmigrantes de Es-

[38] *Making History: Interviews with four generals of Cubas revolutionary armed forces*, Nueva York, 1999, pp. 127-130.

paña. Cien años antes esa gente se habría unido a los voluntarios y habría luchado por España contra la Cuba negra. En la década de 1950 estaban en la vanguardia del cambio revolucionario, mientras que los negros no ocupaban una posición tan destacada. Un puñado de ellos, quizá una docena, participaron en el asalto al Moncada en 1953, y bastantes más se unieron al Ejército Rebelde en la Sierra. Juan Almeida, un mulato aprendiz de albañil, fue nombrado comandante y jefe de la Columna «Santiago de Cuba», del ejército rebelde, ocupando importantes puestos en la dirección de la Revolución en décadas posteriores, pero la importante participación negra que había caracterizado las guerras de independencia *mambises* del siglo XIX no cobró tanta relevancia en la guerra de guerrillas de los años cincuenta.

La renuencia negra a unirse a la causa rebelde tenía varias causas. Una de ellas era la ausencia de un programa político destinado específicamente a los negros. El Movimiento 26 de Julio no hizo un gran esfuerzo por atraerlos y Castro nunca mencionó «la cuestión del color» en sus discursos o programas hasta 1959[39]. No percibió su importancia hasta después del triunfo revolucionario. El Partido Comunista era el único que parecía interesado por el reclutamiento de negros; el poeta Nicolás Guillén y el líder sindical Lázaro Peña eran destacadas figuras negras del partido. Pero Castro se había mantenido públicamente alejado de los comunistas y no podía beneficiarse de esa relación.

Otra razón de la falta de apoyo negro era la inversión emocional y política que muchos negros habían hecho en el dictador. Batista era un mulato, una figura de origen humilde, muy despreciado y ridiculizado por la elite blanca tradicionalmente gobernante, por lo que se podían identificar fácilmente con él: también él había tenido dificultades para que lo admitieran en los clubes sólo para blancos; participaba abiertamente en los ritos de la santería y apoyó las ceremonias populares *ñáñigas* de los afrocubanos. El papel de Batista como opositor al sistema político tradicional blanco, que nunca había hecho nada por mejorar la suerte de los negros, lo convirtió en algo así como un modelo para muchos negros pobres. El porcentaje de negros en el ejército y las fuerzas policiales de Batista estaba muy por encima de la media nacional.

---

[39] Según Carlos Franqui, «en el Movimiento 26 de Julio no se discutió la situación de los negros en Cuba. Sí hubo una condena formal de la discriminación racial, pero nada más». Citado por C. Moore, *Castro, the Blacks and Africa*, Berkeley, 1988, p. 7.

Muchos negros, por supuesto, apoyaban a Castro y participaron en la guerra revolucionaria y la resistencia urbana. Pero, como en 1898, muchos de ellos se sentían tristemente desilusionados al día siguiente de la victoria, y Pombo, en principio, era uno de ellos. Castro, siempre alerta al estado de ánimo del pueblo, captó pronto el mensaje y el trato de la Revolución a los negros iba a convertirse finalmente en uno de sus grandes logros, aunque siempre controvertido.

Castro decidió rápidamente medidas de respuesta al incidente de Tarará. Pronunció su primer discurso sobre la cuestión en marzo y lanzó una campaña contra la discriminación racial en la educación, en el empleo y en todas las instituciones públicas. Las diferencias de color no tenían importancia, dijo: «Todos tenemos una piel más o menos oscura. Una piel más clara significa un origen español, pero los propios españoles fueron colonizados por los moros procedentes de África, que es de donde provienen los de piel más oscura. Además nadie puede considerarse de una raza pura y mucho menos superior»[40]. Evocó, como solía hacer, la historia de la Guerra de Independencia.

> También entonces teníamos reaccionarios que solían decir que la independencia no era posible, porque si la alcanzábamos traería una república gobernada por negros; así que despertaron todo tipo de temores, los mismos temores que están surgiendo hoy día.

Aquel discurso acabó conociéndose como «Proclamación contra la discriminación» y todas las instalaciones sólo-para-blancos de Cuba quedaron a partir de entonces abiertas para todos o tuvieron que cerrar. Muchos blancos se sentían ofendidos por aquella iniciativa o la juzgaban con escepticismo. Teresa Casuso, antigua amiga de Castro y que más tarde se exilió, consideraba en un estudio publicado en 1961 que «el empleo de los negros como arma táctica» se convirtió en «una parte importante de la estrategia general de Fidel en Cuba, donde trató de presentarse como amigo y protector de los oprimidos, esto es,

---

[40] Discurso de Castro, 22 de marzo de 1959. Todos los discursos de Castro citados en este libro están tomados de la base de datos *Castro Speech* confeccionada por la Universidad de Texas, utilizando traducciones al inglés proporcionadas por el US Foreign Broadcast Information Service. Véase la web http://lanic.utexas.edu/la/cb/cuba/castro.html [en castellano se encuentran las versiones originales, aunque no de todos los discursos en la web http://www.cuba.cu/gobierno/discursos].

de los negros y los campesinos»[41]. La vieja elite no pudo perdonar a Castro, escribió, que hubiera incitado «a esos grupos reprimidos y con largos sufrimientos a una cruzada de rencor y odio». Las palabras de Casuso eran las de una exiliada blanca disgustada, pero los primeros años de la Revolución no se caracterizaron en modo alguno por un triunfalismo negro.

Castro era en el fondo un liberal blanco progresista y su retórica sobre la raza era muy similar a la de los presidentes Kennedy y Johnson en Estados Unidos. Evidentemente no iba a adoptar la bandera separatista negra de los radicales negros de 1912. La Revolución seguía siendo tan hostil al separatismo negro como lo había sido el gobierno blanco de los primeros años del siglo, o quizá más aún. El gobierno de Castro cerró las sociedades negras que habían desempeñado un papel tan importante en la promoción de la conciencia negra y africana durante la era colonial. Las Sociedades de Color de ayuda mutua, que habían servido durante mucho tiempo como canal para la expresión de las preocupaciones culturales y sociales de los afrocubanos, se vieron privadas de apoyo, porque la Revolución no podía admitir competidores. Sus celebraciones quedaron limitadas a fiestas de fin de semana y se confiscaron sus fondos; sus clubes provinciales y sus centros nacionales fueron cerrados[42]. Más de 500 de esas sociedades negras dejaron de existir y Juan René Betancourt Bencomo, un sociólogo que había presidido su federación nacional, se exilió.

Pero Castro tenía su propia forma de indicar a los negros que estaba de acuerdo con sus aspiraciones. Conocido popularmente durante los primeros años de la Revolución como «El Caballo», tenía sobre su mesa de despacho una pequeña figura equina que los espectadores podían ver cuando aparecía en televisión. El origen de ese apodo se suele atribuir a Beny Moré, el gran cantante negro, que oyó a Castro acercarse una noche y gritó: «Aquí viene el caballo»; a Castro le gustó el apelativo y lo hizo suyo[43]. La popularidad del caballo provenía de su representación pictórica asociada mágicamente al número 1 en la lotería china. Más intrincada parece la alusión, que pocos han señalado, a Evaristo Estenoz, el líder de la rebelión negra de 1912, que tenía ese

[41] T. Casuso, *op. cit.*, p. 241.
[42] R. Segal, *op. cit.*, p. 235.
[43] C. Franqui, *op. cit.*, p. 25.

animal como emblema[44]. Castro se oponía al separatismo negro, pero recordar aquella rebelión, tan profundamente arraigada en la memoria de los negros de Oriente, era una forma sutil de mostrarles que estaba de su parte.

La Revolución iba a crear un torrente de progreso económico para las grandes masas de la población negra, pero sin un programa de discriminación positiva de estilo estadounidense, su avance social y político siguió siendo lento. En 1979 había sólo cinco ministros negros de 34, cuatro miembros negros (de 14) en el buró político del Partido Comunista de Cuba y 16 miembros negros (de 146) en el comité central del partido. En Angola no sirvieron generales negros, aunque la mayoría de los soldados sí lo eran[45].

Fiel a la tradición cubana, la Revolución no quería que los negros se organizaran como tales, pero una vez que cobró conciencia de la cuestión de la raza, Castro captó también rápidamente la importancia que tenía fuera del país. Los negros estadounidenses estaban comenzando a movilizarse en defensa de sus derechos civiles y los negros de África estaban luchando con éxito por independizarse del dominio colonial. La Revolución pronto se identificó con ambos grupos y facilitó ocasionalmente encuentros entre ellos. Cuba se convirtió así en un importante puente entre América y África.

El impacto de la Revolución en el exterior, 1959-1960

Los nuevos vientos que azotaban Cuba venían ya soplando sobre las dictaduras militares establecidas desde hacía tiempo en Latinoamérica y la Revolución tuvo un impacto casi inmediato en diversos países de todo el mundo. Estalló en el momento en que los imperios francés y británico se aproximaban a su colapso final y cuando en Estados Unidos se incrementaba el activismo estudiantil y la militancia negra. En muchos de los principales países del mundo, donde figuras ya ancianas de la época de la Segunda Guerra Mundial (y anteriores) estaban todavía al mando, la Revolución cubana fue percibida como el amanecer de una nueva era. Con Eisenhower en Estados Unidos, el

[44] L. Pérez, *Lords of the Mountain*. cit.; y A. Helg, *op. cit.*, p. 150.
[45] Citado en A. Kapcia, *Cuba, Island of Dreams*, Oxford y Nueva York, 2000, p. 200.

general De Gaulle en Francia, Harold Macmillan en Gran Bretaña, Konrad Adenauer en Alemania, Nikita Jruschev en la Unión Soviética y Mao Tse-Tung en China –todos ellos nacidos en el siglo XIX– el viejo mundo parecía efectivamente muy viejo.

A ese escenario geriátrico saltó la juventud, sobre todo los fotogénicos guerrilleros de la sierra cubana, enérgicos combatientes de veinte a treinta años que prometían barrer el viejo orden e inaugurar una nueva época. Su celo reformista y su retórica orgullosamente internacionalista sedujeron pronto a las nuevas generaciones de todo el mundo, insatisfechas –o simplemente aburridas– de los acuerdos de posguerra. Desde los primeros días de la Revolución llegaron a La Habana cientos de aspirantes a revolucionarios. El impacto inicial fue mayor en la propia Latinoamérica, donde escritores e intelectuales tomaron nota del hecho de que su continente, por primera vez desde principios del siglo XIX, parecía cobrar de nuevo protagonismo en la historia mundial. Escritores que iban a figurar más tarde como los grandes novelistas latinoamericanos del siglo XX –Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Augusto Roa Bastos o Carlos Fuentes– se inspiraron en la energía cultural desencadenada por la Revolución. Algunos de ellos contribuyeron a las centelleantes páginas culturales de *Revolución*, un temprano altavoz del régimen, mientras que otros escribían para *Prensa Latina,* la nueva agencia de noticias de la Cuba revolucionaria, fundada por el Che Guevara y su compatriota argentino Jorge Masetti con el propósito de ofrecer una visión del continente contrapuesta a la que presentaban las agencias «imperialistas».

También desde fuera de Latinoamérica comenzaron a llegar a La Habana en 1960, el segundo año de la Revolución, enjambres de visitantes, con sus cuadernos de notas en ristre. Los intelectuales estadounidenses no fueron inmunes a la gran atracción del levantamiento cubano y les preocupaba la hostilidad de su gobierno. Su entusiasmo por la Revolución iba a inspirar pronto las movilizaciones estudiantiles, las revueltas negras, las campañas antinucleares y el movimiento contra la Guerra de Vietnam que caracterizaron la política y la cultura estadounidenses durante la década de 1960. De Europa llegó una oleada de admiradores, entre ellos los escritores franceses Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, que compararon la Revolución cubana con la liberación de Francia en 1944 y vieron en la guerrilla cubana la reencarnación del maquis francés.

Estos primeros turistas revolucionarios llegaron con su propia agenda y sus propias expectativas y definiciones de lo que tenía que ser una revolución. Algunos miraban hacia la Revolución rusa de 1917 e imaginaban a los cortadores de caña cubanos como un proletariado industrial que encabezaba una revolución ortodoxa de estilo soviético. Otros invocaban la Revolución china de 1949 y hablaban del papel de vanguardia que había desempeñado el campesinado cubano en Sierra Maestra. También había quienes atendían prioritariamente a la batalla por el desarrollo económico en el Tercer Mundo poscolonial y veían a Cuba a la vanguardia de las luchas futuras.

Sartre, por aquel entonces el más famoso filósofo del mundo de posguerra y con cuyos escritos Guevara estaba familiarizado, llegó a principios de 1960. En su libro, publicado en inglés al año siguiente con el título *Sartre on Cuba,* decía: «La revolución es una medicina amarga». Describía lo que había visto y lo aprobaba sin reservas:

> Una sociedad rompe sus huesos a martillazos, demoliendo sus estructuras, sus instituciones, transforma el régimen de propiedad y redistribuye su riqueza, orienta su producción siguiendo otros principios, intenta aumentar su tasa de crecimiento tan rápidamente como sea posible y en el mismo momento de la destrucción más radical, trata de reconstruirse, de darse a sí misma un nuevo esqueleto injertándose huesos. El remedio es extremo y a menudo es necesario imponerlo mediante la violencia[46].

Otros visitantes de los primeros meses de 1960 fueron izquierdistas independientes de Estados Unidos, escritores como Leo Huberman y Paul Sweezy, editores de la *Monthly Review,* una revista marxista de prestigio. «Una revolución es un proceso, no un acontecimiento –escribieron proféticamente–. Se despliega en muchas etapas y fases. Nunca se detiene. Lo que es cierto de ella hoy puede no serlo mañana y viceversa»[47].

C. Wright Mills, un distinguido sociólogo estadounidense de izquierda, llegó pocos meses después y escribió un libro, *Listen Yankee,*

---

[46] J-P. Sartre, *Sartre on Cuba,* Nueva York, 1961, p. 14.

[47] L. Huberman y P. Sweezy, *Cuba: Anatomy of a Revolution,* Nueva York, 1960, p. 77.

en el que un revolucionario cubano imaginario explicaba su revolución a un lector estadounidense. El libro era una ferviente alabanza de la Revolución, pero al final, con su propia voz, Wright Mills analizaba su principal debilidad, su falta de personal cualificado:

> Es preocupante en dos sentidos: en primer lugar, en el sentido corriente de escasez de gente con habilidades, conocimiento y sensibilidad; pero además está la combinación de esa carencia con la amenaza de la contrarrevolución y la falta de preparación de la mayoría de la población. Esa combinación podría dar lugar a una salida fácil: el control absoluto de todos los medios de expresión y el establecimiento de una línea que habría que seguir obligatoriamente[48].

Wright Mills murió poco después de que se publicara su libro, antes de poder comprobar lo acertado de su pronóstico.

Los entusiastas de izquierdas fueron pronto seguidos por periodistas y académicos, en particular I. F. Stone, director de su propio semanario político radical en Washington, Claude Julien, de *Le Monde*, y jóvenes investigadores estadounidenses como Robert Scheer y Maurice Zeitlin[49]. «La Revolución cubana –escribieron estos últimos– es, sobre todo, una revolución por el desarrollo económico. Al igual que los movimientos revolucionarios de otros países subdesarrollados, sus líderes entienden que el desarrollo económico es la clave para el progreso social y cultural»[50]. También en este caso el dictamen era acertado, e iba a ser el efecto-demostración de la Revolución cubana –sobre Latinoamérica y sobre el resto del Tercer Mundo emergente– lo que iba a alarmar en 1961 a los liberales estadounidenses de la nueva administración Kennedy, casi tanto como la inclinación favorable de Castro hacia los comunistas.

Los defensores de la Revolución cubana en Estados Unidos crearon en abril de 1960 un Comité por el Trato Justo a Cuba en Nueva York, que luego se reprodujo en diversas ciudades de Estados Unidos y Canadá. Entre sus primeros participantes estuvieron William Apple-

---

[48] C. Wright Mills, *Castro's Cuba*, Londres, 1960, p. 184.

[49] Claude Julien escribió una de las primeras historias de la Revolución, *La Révolution Cubaine*, París, 1961.

[50] R. Scheer y M. Zeitlin, *Cuba: An American Tragedy*, Nueva York, 1964.

man Williams, Norman Mailer, Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti, así como viejos simpatizantes hacia Latinoamérica como Carleton Beals y Waldo Frank[51]. Ese comité alcanzó gran notoriedad en 1963 por las actividades de uno de sus miembros, Lee Harvey Oswald, presunto asesino del presidente Kennedy[52].

Los visitantes corrientes, ansiosos por conocer de primera mano una revolución en marcha, siguieron llegando a Cuba hasta finales de la década de 1960. Algunos llegaban por propia iniciativa y muchos como invitados oficiales. La Revolución era muy consciente de su potencial como propagandistas y se organizaron extraordinarios encuentros internacionales, como el Congreso Cultural de 1968 que atrajo a La Habana escritores, artistas y activistas políticos de Europa, las Américas y África. En la década de 1960 La Habana se convirtió por un breve instante, como París en la de 1790 y Moscú en la de 1920, en una Meca revolucionaria, centro de un mundo optimista en evolución.

La reacción de Estados Unidos frente a la Revolución, 1959-1960

La revolución castrista no fue bien recibida por las capas superiores de la segunda administración del presidente Eisenhower, entonces en sus años de declive. No cabía esperar que el famoso general de la Se-

---

[51] E. Van Gosse, *Where the Boys Are: Cuba, the Cold War, and the Making of the New Left*, Londres, 1993.

[52] Un informe estadounidense de 1961 sobre el Comité por el Trato Justo a Cuba, publicado tras las audiencias ante el subcomité del Senado sobre Actividades Antiamericanas en California, da buena muestra del ambiente oficial del momento: «Esa organización se constituyó en abril de 1960, obviamente con el propósito de difundir propaganda en favor de la revolución de Castro y sus afiliados comunistas. Hay unidades de la organización activas en muchos campus universitarios por todo el territorio de Estados Unidos, aunque en California parecen haber sido de carácter esporádico, entrando en actividad para participar en alguna marcha o manifestación junto a otras organizaciones y desapareciendo luego hasta que se presenta una nueva oportunidad [...] Hay un puñado de idealistas que adornan los flecos de ese frente comunista y que se hacen eco de la afirmación del partido de que la revolución de Castro fue provocada de hecho por el imperialismo estadounidense, la explotación del pueblo cubano por los grandes corporaciones estadounidenses. Esa línea es una muestra atípica de manipulación comunista para hacernos aparecer como el malo de la película y el "gobierno democrático del pueblo" aparece como el héroe del drama internacional».

gunda Guerra Mundial, con sus recuerdos del desembarco en Europa y de sus relaciones con Churchill y Stalin, se interesara por un revolucionario caribeño y menos que lo contemplara con simpatía. Cuando Castro visitó Washington en abril de 1959 se fue a jugar al golf. Tenía ya cierta experiencia con ese tipo de gente, ya que en 1954 había ordenado a la CIA derrocar el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, una exitosa operación estadounidense percibida como modelo durante la Guerra Fría para tratar a los regímenes que supuestamente se acercaban demasiado al mundo comunista.

Latinoamérica formaba parte de las preocupaciones de su hermano Milton, pero para el presidente Eisenhower lo más inquietante a finales de la década de 1950 había sido la áspera acogida hacia el vicepresidente Richard Nixon cuando realizó una gira por el continente en mayo de 1958[53]. En todas las capitales había sido recibido con manifestaciones de gran hostilidad hacia el apoyo estadounidense a los dictadores militares latinoamericanos. Cuando el automóvil de Nixon fue atacado en las calles de Caracas, Eisenhower decidió emprender una acción militar inmediata. «En cuanto me llegó la noticia –recordaba– ordené que fueran enviados un millar de soldados a la bahía de Guantánamo y a Puerto Rico», dispuestos a rescatar al vicepresidente[54]. Éste era el estilo proferido por Eisenhower, disparar primero y preguntar después, aunque el propio Nixon sacó la conclusión de que quizá no estuviera de más un nuevo aliento estadounidense al desarrollo económico y la democracia en Latinoamérica.

Aquel mismo año, más tarde, con el régimen de Batista al borde del colapso, Eisenhower recibió noticias inquietantes de Allen Dulles, el jefe de la CIA: «Comunistas y otros radicales extremistas parecen haberse infiltrado en el movimiento de Castro. Si Castro vence, probablemente participarán en el gobierno»[55].

---

[53] Eisenhower aseguraba en sus memorias haberse interesado por Latinoamérica durante «cerca de medio siglo», desde que sirvió en la zona del canal de Panamá durante tres años en la década de 1920. Incluso pensó en alguna ocasión en hacer su carrera en Argentina, «un lugar que a mi juicio se parecía a nuestro propio Oeste en la década de 1870». Como presidente utilizó como enviado especial al continente a su hermano Milton, cuyo libro *The Wine is Bitter* ofrecía en 1963 un balance bastante bien informado y realista de la creciente hostilidad hacia Estados Unidos.

[54] D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace, 1956-1961,* Londres, 1966, p. 519.

[55] D. Eisenhower, *op. cit.*, p. 521.

Lamentándose por no haber sido informado antes, Eisenhower puso sus esperanzas en alguna «tercera fuerza» emergente que no fuera Batista ni Castro. La posibilidad inmediata de tal alternativa se frustró durante el breve interregno del día de Año Nuevo de 1959, cuando los generales de Batista quedaron paralizados, pero permanecía en la agenda estadounidense. Fue planteada de nuevo durante una reunión del Consejo de Seguridad Nacional en marzo de 1959, cuando se analizaron las posibilidades de llevar «otro gobierno al poder en Cuba», pero no se llegó a una conclusión y el debate se abandonó hasta junio[56].

En un primer momento el gobierno estadounidense se sintió tranquilizado por el nombramiento de Urrutia y Miró Cardona. Un informe de inteligencia que se hizo llegar a la mesa de Eisenhower el 7 de enero le comunicaba que «los hombres de negocios estadounidenses reunidos en La Habana piden un rápido reconocimiento sobre la base de que este gobierno parece mucho mejor que cualquier cosa que se hubieran atrevido a esperar»[57]. Entre los que pidieron el reconocimiento del nuevo gobierno cubano estaba también Adam Clayton Powell, congresista demócrata negro por Nueva York. El reconocimiento diplomático oficial se produjo aquel mismo día, enviando a La Habana como nuevo embajador a Philip Bonsal, limpio de relaciones con Batista. Bonsal era un viejo conocido en Cuba, donde había trabajado para la ITT en la década de 1920 y más tarde en la embajada de La Habana como cónsul. Su padre fue corresponsal de guerra en Cuba durante la intervención estadounidense en 1898.

Pero a pesar de las buenas palabras por ambas partes y de un clima inicial de cortesía, entre el gobierno estadounidense y los revolucionarios cubanos existía una gran desconfianza. Dada la conflictiva historia de las relaciones cubano-estadounidenses desde 1898, ningún gobierno radical y nacionalista podía llegar al poder en La Habana sin causar preocupación en Washington y, del mismo modo, ningún gobierno cubano radical merecedor de ese nombre podía hacerse ilusiones sobre sus futuras relaciones con Estados Unidos. En algún momento se produciría la divergencia de opiniones y en este caso se produjo más pronto que tarde.

Los cubanos, evidentemente, estaban más familiarizados con la política estadounidense que los estadounidenses con la cubana. La mayo-

[56] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 384.
[57] D. Eisenhower, *op. cit.*, p. 522.

ría de los estadounidenses veían de color de rosa sus pasadas relaciones con la isla, visión no compartida por el nuevo gobierno cubano. Un Eisenhower desilusionado recordaba melancólicamente en una conferencia de prensa en octubre que Estados Unidos había combatido en otro tiempo por la libertad de Cuba: «Aquí hay un país del que se podría creer, sobre la base de nuestra historia, que sería uno de nuestros amigos reales»[58]. La lectura que hacían los cubanos de su propia historia era bastante diferente.

Nixon fue la primera figura importante que se entrevistó con Castro. Ambos hombres hablaron durante tres horas cuando Castro visitó Washington en abril, aquella visita que Eisenhower prefirió ignorar. Nixon recordaba más tarde que le explicó a todo el mundo su convencimiento de que Castro «era increíblemente ingenuo sobre el comunismo o un comunista clandestino sometido a su disciplina»[59]. En junio, pocas semanas después de que se aprobara la Ley de Reforma Agraria, el gobierno estadounidense envió una nota oficial de protesta, precisamente lo que la oposición cubana esperaba que hiciera. La reforma, aseguraba la nota estadounidense, tendría un efecto adverso sobre la economía cubana y desalentaría la inversión privada en la agricultura y la industria. La compensación prevista en la Ley era inadecuada y la nota exigía que fuera «pronta, adecuada y efectiva», una letanía que se iba a repetir en los meses subsiguientes. Los cubanos habían basado el valor de los activos expropiados en el que los propios terratenientes habían estimado al hacer su declaración de impuestos; pero esas estimaciones, basadas en evaluaciones realizadas años antes, eran comprensiblemente bajas, muy por debajo del precio real de la tierra.

Estados Unidos había defendido en otro tiempo, aunque fuera tibiamente, la conveniencia de una reforma agraria y, más tarde, en relación con la Alianza para el Progreso, la iban a promover en toda Latinoamérica durante la década de 1960 con algo más de entusiasmo. En 1945 habían impuesto a Japón una reforma agraria, y Guevara, que visitó Tokio en junio de 1959, señaló que la reforma japonesa «favorecida e impuesta por Estados Unidos», había sido la más radical del mundo, «al permitir únicamente una hectárea por persona». ¿Cómo podía entonces el gobierno estadounidense criticar la reforma cubana,

---

[58] Conferencia de prensa de Eisenhower, 28 de octubre de 1959.

[59] R. Nixon, *Six Crises*, Nueva York, 1962, p. 379.

que permitía la propiedad privada de 400 hectáreas?[60]. La reforma japonesa también había ofrecido un tipo de interés más bajo sobre los bonos compensatorios[61].

La reforma agraria fue el punto de no retorno en las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. Cuando el Consejo de Seguridad Nacional reanudó su discusión sobre Cuba en junio, decidió que Castro tendría que irse. El gobierno estadounidense afirmó en privado que pretendía ajustar sus acciones «con el fin de acelerar el desarrollo de una oposición en Cuba que dé lugar [...] a un nuevo gobierno favorable a los intereses estadounidenses»[62]. Pero esa tarea no era tan fácil como al principio pudo parecer. En enero de 1960 Roy Rubottom, subsecretario para asuntos interamericanos, presentó ante el Consejo de Seguridad Nacional un resumen de lo que la administración estadounidense había hecho durante los seis meses anteriores:

> En junio [de 1959] llegamos a la conclusión de que no era posible conseguir nuestros objetivos con Castro en el poder [...] En julio y agosto nos ocupamos de redactar un programa para sustituir a Castro. Sin embargo, algunas empresas estadounidenses nos dijeron durante ese tiempo que estaban haciendo ciertos progresos en las negociaciones, factor que nos llevó a retrasar la puesta en práctica de nuestro programa. La esperanza expresada por esas empresas no se materializó. En octubre se produjo cierta clarificación [...][63].

A finales de ese mismo mes, señalaba el informe de Rubottom, el Departamento de Estado y la CIA habían elaborado un nuevo programa que presentaron al presidente para su aprobación y que «nos autorizaba a apoyar a los cubanos opuestos al gobierno de Castro, haciendo que la caída de éste parezca derivarse de sus propios errores»[64].

---

[60] Citado en J. L. Llovio-Menéndez, *Insider: My Hidden Life as a Revolutionary in Cuba*, Nueva York, 1988, p. 17.

[61] H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 1217.

[62] Reunión del NSC, 14 enero de 1960, citado en P. Gleijeses, *Conflicting Missions: La Habana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, N. C., 2002, pp. 14-15. Livingsrone Merchant, subsecretario del Departamento de Estado, definió de esa forma el programa estadounidense en una reunión del NSC en enero de 1960 y dejó claro que esa política se había formulado originalmente en junio de 1959.

[63] Citado en P. Gleijeses, *op. cit.*, pp. 14-15.

[64] Citado en P. Gleijeses, *op. cit.*, pp. 14-15.

La decisión brotó menos de la amenaza comunista que de la económica. Destacadas figuras cubanas habían expresado su preocupación por la disposición de Castro a cooperar con los comunistas locales, pero en 1959 Cuba no tenía todavía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Los rusos reconocieron al nuevo gobierno en enero, al mismo tiempo que Estados Unidos, pero las relaciones diplomáticas no se reanudaron hasta mayo de 1960. Cuando todavía no habían pasado seis meses de la Revolución, Estados Unidos ya había decidido ponerle fin.

La reacción de la Unión Soviética frente a la Revolución, 1959-1960

La Revolución cubana cogió por sorpresa a la Unión Soviética. La ignorancia acerca de Latinoamérica era muy profunda tanto en el gobierno como en la sociedad soviética y sus dirigentes no estaban en absoluto preparados para la posibilidad de adquirir un aliado socialista en el Caribe. Los días del Comintern, cuando la información fluía abundantemente entre los partidos comunistas latinoamericanos y Moscú, llegaron a su fin con la Segunda Guerra Mundial y el Estado soviético había aceptado desde hacía tiempo que Latinoamérica formaba parte integral del hemisferio occidental dominado por Estados Unidos. Hasta los años posteriores a la Revolución cubana los soviéticos no se sintieron obligados a remediar su ignorancia, estableciendo una academia especial en Moscú y produciendo a escala industrial expertos en Latinoamérica de habla española, para trabajar como diplomáticos, espías, periodistas y consejeros de las industrias estatales cubanas.

El primer contacto diplomático entre Moscú y La Habana tuvo lugar en las circunstancias especiales de la Segunda Guerra Mundial. Fue Maxim Litvinov, embajador en Washington, quien abrió la primera embajada soviética en La Habana en 1943 y Stalin recibió en Moscú al ministro de Asuntos Exteriores de Batista, Aurelio Concheso, aquel mismo año[65]. Andrei Gromyko fue el siguiente embajador, tanto en Washington como en La Habana, aunque no visitó la isla. La actitud amistosa del gobierno de Batista hacia Moscú y hacia los comunistas

[65] H. Thomas, *Cuba*, cit., p. 731.

locales no duró mucho tiempo. Los presidentes Grau San Martín y Prío Socarrás se alinearon con la posición anticomunista de Estados Unidos desde comienzos de la Guerra Fría, como sucedió con otros países latinoamericanos. Tras el golpe de Batista en 1952 la Unión Soviética rompió sus relaciones diplomáticas con Cuba.

El ataque de Castro al Moncada en 1953 y la subsiguiente guerra de guerrillas pasaron en gran medida inadvertidas en los escalones más altos de Moscú. «Cuando Fidel Castro condujo su revolución a la victoria y entró en La Habana con sus tropas, no teníamos ni idea de qué curso político seguiría su régimen», recordaba Nikita Jruschev en sus memorias[66]. Jon Lee Anderson, el biógrafo de Guevara, que entrevistó a varios funcionarios soviéticos relacionados con Cuba, cuenta una historia diferente y sugiere que los soviéticos ya estaban interesados en Castro antes de 1959: «El Kremlin no «descubrió» de repente Cuba dándole vueltas a un globo terráqueo tras leer la noticia de su revolución [...]»[67]. Puede que fuera así, pero el interés suscitado en los niveles más bajos de la burocracia soviética no había llegado, obviamente, hasta el Politburó. Los soviéticos se interesaron poco por Cuba durante el primer año de revolución.

Los cubanos estaban más interesados en mejorar su relación con la Unión Soviética; necesitaban vender azúcar. En junio de 1959, cuando se dieron a conocer los detalles de la reforma agraria y Estados Unidos comenzó a planificar en secreto el derrocamiento del gobierno, Che Guevara fue enviado a una gira para obtener apoyos en varios países del embrionario Tercer Mundo, entre ellos Egipto, India, Indonesia y Yugoslavia[68]. También buscó nuevos mercados en Japón, y la Unión Soviética entraba igualmente en sus planes. Al llegar a El Cairo estableció contacto con la embajada soviética y las ruedas comenzaron a girar más rápidamente. Los soviéticos propusieron en julio una compra inicial de medio millón de toneladas de azúcar, lo que no suponía una gran novedad, ya que en 1955, bajo la dictadura de Batista, habían comprado una cantidad similar.

Pero la curiosidad soviética se había despertado y Aleksander Alekseiev, diplomático que también trabajaba para el KGB, llegó a La Habana en octubre y fue presentado a Castro y a Núñez Jiménez en sus

---

[66] S. Talbott (ed.), *Khrushchev Remembers*, Boston, 1970, p. 488.
[67] J. L. Anderson, *op. cit.*, pp. 414-415.
[68] *Ibidem*, pp. 425-434.

oficinas del edificio del INRA[69]. Alekseiev había estado en España durante la Guerra Civil y hablaba bien el español. Había trabajado en la embajada soviética en Buenos Aires y más tarde dirigió el Departamento Latinoamericano del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. En 1961, tras la reanudación de relaciones diplomáticas, se convirtió en el embajador soviético en La Habana.

En julio de 1959 Núñez Jiménez había visitado en Nueva York una exposición comercial soviética. Ahora sugirió trasladar a Cuba la exposición, diciéndoles a Castro y a Alekseiev que «abriría los ojos del pueblo cubano hacia la Unión Soviética mostrando que la propaganda estadounidense sobre su retraso es falsa»[70]. Estaba previsto que la exposición viajara primero a Ciudad de México y no fue difícil ampliar su recorrido para que incluyera también a La Habana, adonde llegó en febrero de 1960.

Los soviéticos eran ahora plenamente conscientes de la cuestión cubana. Jruschev envió a su lugarteniente, Anastas Mikoyan, a inaugurar la exposición en La Habana. Mikoyan era un viejo bolchevique procedente de Armenia que llevaba en el Politburó soviético desde 1935. Firmó un tratado comercial sobre el azúcar con los cubanos, acordando comprar un millón de toneladas anuales durante los siguientes cinco años. La Unión Soviética pagaría el 20 por 100 del precio en dólares y el 80 por 100 restante en especie, principalmente en petróleo, maquinaria, trigo, papel de periódico y varios productos químicos[71]. También proporcionaría un crédito de 100 millones de dólares para la compra de plantas y equipos. En los meses siguientes se llegó a acuerdos similares con varios aliados soviéticos: la República Democrática Alemana, Polonia y Checoslovaquia.

Mikoyan mantuvo largas discusiones con Castro y viajó por todo el país, mientras su hijo Sergo entablaba una amistad inmediata y duradera con Guevara. Ambos regresaron a Moscú con un informe muy optimista sobre la Revolución. Aquella relación se había consolidado muy a tiempo, ya que Cuba y Estados Unidos estaban ahora inmersos en una dura batalla. Era un año de elecciones en Estados Unidos y el enfrenta-

---

[69] *Ibidem*, pp. 441-443.

[70] *Ibidem*, p. 443.

[71] E. Boorstein, «The Economic Transformation of Cuba, a First-Hand Account», *Monthly Review Press*, Nueva York, 1968, p. 27.

miento tuvo lugar ante la mirada de la opinión pública. Richard Nixon y John Kennedy se esforzaron por sobrepasar cada uno al otro en sus promesas de afrontar la amenaza cubana, mientras que el presidente Eisenhower proseguía su plan oculto para destruir la Revolución.

«La Primera Declaración de La Habana»: la Revolución se acelera, 1960

El plan estadounidense para poner fin a la Revolución estaba ya preparado en el momento de la visita de Mikoyan a La Habana en febrero de 1960 y la propuesta había sido presentada por Allen Dulles al presidente en enero. La CIA proponía el sabotaje de las refinerías de azúcar cubanas, fuente principal de la riqueza del país. Muchos países latinoamericanos dependientes de una sola actividad económica eran muy vulnerables en ese mismo sentido: las bananas para Guatemala, el cobre para Chile, el petróleo para Venezuela. Todo estaba bajo amenaza si a Estados Unidos le disgustaba el gobierno existente.

A Eisenhower le gustó la propuesta pero no creyó que fuera suficiente. Según un informe de su asesor especial de seguridad, le dijo a Allen Dulles que «probablemente había llegado el momento de actuar contra Castro de una forma positiva y agresiva más allá del puro acoso. Pidió al Sr. Dulles que volviera con un programa ampliado»[72]. El «acoso» propuesto por Dulles siguió adelante mientras preparaba un plan más ambicioso. Ya se estaban llevando a cabo ataques de sabotaje a la isla, normalmente emprendidos por exiliados financiados por la CIA en pequeños aeroplanos, dirigidos principalmente contra los ingenios azucareros. Otros blancos eran más ambiciosos. El 4 de marzo de 1960 un carguero belga, *La Coubre,* que transportaba armas cortas desde Amberes –a pesar del embargo de armas estadounidense– estalló en el puerto de La Habana. Murieron un centenar de personas y otras trescientas resultaron heridas. Todo el mundo recordó en aquel momento el *Maine,* cuya destrucción había proporcionado el motivo para la intervención estadounidense en 1898, pero aquel acontecimiento también dio lugar a la famosa fotografía de Che Guevara con su boina.

---

[72] Informe de Gray, asesor especial de Eisenhower en asuntos de seguridad, citado en P. Gleijeses, *op. cit.,* p. 15.

Se apresuró a llegar al lugar y fue fotografiado por Alberto Díaz Gutiérrez, «Korda».

En abril las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se deterioraron aún más. Cuando llegaron las primeras 300.000 toneladas de petróleo crudo soviético a cambio del azúcar, el gobierno cubano solicitó su procesamiento a las tres refinerías presentes en la isla, pertenecientes a Shell, Standard Oil y Texaco. El plan provisional de Estados Unidos consistía en crear dificultades económicas a Cuba y su gobierno presionó a las compañías petroleras estadounidenses para que se negaran a refinar el petróleo soviético. Frente a aquel boicot, los cubanos confiscaron sus activos en la isla en junio[73]. 1960

Estados Unidos volcó ahora su atención en la destrucción de la industria azucarera cubana. En enero se había presentado en el Congreso un proyecto de ley que daba poderes al presidente para eliminar la cuota de azúcar que Estados Unidos compraba habitualmente a Cuba con tipos preferenciales; Eisenhower firmó finalmente en julio esa ley para reducir la cuota de azúcar, lo que significaba que a Cuba le iban a quedar aquel año 700.000 toneladas de la zafra sin vender[74].

«Nos quitarán nuestra cuota libra a libra y nosotros les quitaremos sus ingenios azucareros uno por uno», dijo Castro cuando la ley fue aprobada en el Congreso estadounidense[75]. Las propiedades estadounidenses en Cuba serían nacionalizadas, advirtió, si se rebajaba la cuota. En las calles de La Habana apareció un nuevo eslogan: «Sin cuota, pero sin amo».

La Unión Soviética acudió inmediatamente al rescate y se ofreció a comprar las 700.000 toneladas de azúcar no vendidas; le siguió poco después la República Popular China, dispuesta a comprar medio millón de toneladas anuales durante cinco años. Jruschev fue más allá, declarando que la Unión Soviética no reconocía ya la hegemonía estadounidense sobre las Américas: «Consideramos que la Doctrina Monroe ha dejado de estar vigente –dijo–; ha muerto, por decirlo así, de muerte natural; y lo mejor que se puede hacer con algo muerto es enterrarlo»[76].

Castro devolvió el golpe a Estados Unidos, como había prometido, el 6 de agosto. Anunció la nacionalización de todas las propiedades estadounidenses importantes en la isla, incluidos 36 ingenios azucareros

[73] R. Quirk, *op. cit.*, pp. 316-318.
[74] R. Quirk, *op. cit.*, p. 289.
[75] E. Boorstein, *op. cit.*, p. 28.
[76] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 322.

de propiedad estadounidense y las correspondientes plantaciones, así como todas las refinerías de petróleo estadounidenses y las instalaciones eléctricas y telefónicas. En septiembre fueron confiscados todos los bancos de propiedad estadounidense, incluidas las sucursales del National City Bank de Nueva York, el Chase Manhattan Bank y el Banco de Boston. Durante los tres meses siguientes los decretos de nacionalización se extendieron a los ferrocarriles, las instalaciones portuarias, los hoteles y los cines de propiedad estadounidense[77].

Castro explicitó su programa un mes después, el 2 de septiembre, denunciando a Estados Unidos y situando la Revolución cubana en el marco de las grandes luchas de liberación del continente latinoamericano. Su discurso quedó para la historia como «Primera Declaración de La Habana»:

> La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena enérgicamente la intervención abierta y criminal que durante más de un siglo ha ejercido el imperialismo norteamericano sobre todos los pueblos de la América Latina, pueblos que más de una vez han visto invadido su suelo en México, Nicaragua, Haití, Santo Domingo o Cuba; que han perdido ante la voracidad de los imperialistas yanquis extensas y ricas zonas, como Texas, centros estratégicos vitales como el Canal de Panamá, países enteros como Puerto Rico, convertido en territorio de ocupación; que han sufrido, además, el trato vejatorio de los infantes de marina, lo mismo contra nuestras mujeres e hijas que contra los símbolos más altos de la historia patria, como la efigie de José Martí.
>
> Esa intervención, afianzada en la superioridad militar, en tratados desiguales y en la sumisión miserable de gobernantes traidores, ha convertido a lo largo de más de cien años a nuestra América, la América que Bolívar, Hidalgo, Juárez, San Martín, O'Higgins, Sucre y Martí quisieron libre, en zona de explotación, en traspatio del imperio financiero y político yanqui, en reserva de votos para los organismos internacionales, en los cuales los países latinoamericanos hemos figurado como arrias del «Norte revuelto y brutal que nos desprecia».

[77] Todos los bancos de propiedad cubana fueron nacionalizados en octubre. Sólo los canadienses pudieron escapar a esa suerte. El *Bank of Nova Scotia* y el *Royal Bank of Canada* cerraron en diciembre tras alcanzarse «acuerdos compensatorios especiales mutuamente aceptables».

[...]

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en que América Latina marchará pronto unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riquezas enajenadas al imperialismo norteamericano, y que le impiden hacer oír su verdadera voz en las reuniones donde Cancilleres domesticados hacen de coro infamante al amo despótico. Ratifica, por ello, su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano, que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos. En la lucha por esa América Latina liberada, frente a las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial, surge ahora, con potencia invencible, la voz genuina de los pueblos, voz que se abre paso desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareros, desde sus tierras enfeudadas, donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñan las armas de su libertad, voz que resuena en sus poetas y en sus novelistas, en sus estudiantes, en sus mujeres y en sus niños, en sus ancianos desvalidos. A esa voz hermana, La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba le responde: ¡Presente. Cuba no fallará! Aquí hay Cuba para ratificar, ante América Latina y ante el mundo, como un compromiso histórico, su lema irrenunciable: ¡Patria o Muerte![78].

En una ominosa declaración que prefiguraba la crisis nuclear para la que faltaban todavía dos años, Castro señaló que la Cuba revolucionaria contaba ahora con apoyo militar fuera del continente. Cuba «acepta con gratitud –dijo–, la ayuda de los cohetes soviéticos en caso en que nuestro territorio fuera invadido por fuerzas militares estadounidenses». La referencia de Jruschev a la muerte de la Doctrina Monroe cobraba así todo su significado.

Aquel mismo mes Castro echó más leña al fuego cuando llegó a Nueva York a la cabeza de una de delegación de 50 personas para dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas, alojándose en el barrio de Harlem. Lo llevaron primero al hotel Shelburne de la Avenida Lexington, pero se fue al día siguiente quejándose de que le habían pedido pagar por adelantado y se estableció en el hotel Theresa,

[78] Discurso de Castro, 2 de septiembre de 1960. Véase en http://www.bnjm.cu/librinsula/2004/marzo/09/documentos/documento28.htm.

donde solían alojarse músicos de jazz, boxeadores y otros transeúntes negros. Ningún presidente de visita a la ONU había estado nunca antes en Harlem.

Castro mantuvo la atención de los medios y del público en general concentrada en el Theresa durante más de una semana y una noche memorable recibió la visita del líder soviético. La importancia simbólica del lugar de reunión fue bien entendida por ambos. Jruschev escribió en sus memorias que «al ir a un hotel negro en un barrio negro estábamos llevando a cabo una doble demostración contra la política discriminatoria de Estados Unidos hacia los negros, así como hacia Cuba». El caluroso saludo de las multitudes negras de Harlem no dejaba ninguna duda sobre su apoyo a la revolución.

Al gobierno estadounidense no le gusto el mensaje de Castro y devolvió el golpe de noviembre con el arma económica más poderosa de su arsenal: un embargo de las exportaciones estadounidenses a Cuba. Quedaba prohibido exportar allí cualquier cosa excepto alimentos y medicinas. Guevara llevó a cabo una gira por los países socialistas para intentar sustituir lo que antes llegaba de un día para otro de Estados Unidos y buscar nuevos mercados para el azúcar. La Unión Soviética y los países de Europa del Este acordaron comprar 4 millones de toneladas de azúcar en 1961, un millón de toneladas más que lo que venía comprando Estados Unidos, y los soviéticos aceptaron cubrir el vacío que éstos habían dejado. El embargo estadounidense iba a durar lo que quedaba de siglo –y más allá–, creando considerables dificultades y desajustes mientras los cubanos reorganizaban toda la estructura económica del país. Esa estructura se fue modificando radicalmente hasta situar el 30 por 100 de la tierra cultivable en el sector público, un 80 por 100 de la capacidad industrial bajo control estatal y las empresas del Estado a cargo del 90 por 100 de las exportaciones del país.

La economía de la Revolución, 1959-1961

Che Guevara no era economista, sino un brillante autodidacta con opiniones muy firmes sobre la necesidad de que Cuba escapara al cepo económico del «imperialismo». Desde su base en el Banco Nacional a partir de noviembre de 1959, y después como ministro de Industria

desde febrero de 1961, quedó a cargo de la estrategia económica. Quería que la isla escapará a la tiranía del azúcar y desarrollara una economía independiente basada en la industrialización, pero ese programa dejaba abiertas al debate muchas cuestiones. ¿Una economía independiente significaba algo así como la autarquía o autosuficiencia, o simplemente la posibilidad de comerciar con una variedad más amplia de socios? La diversificación del azúcar podía parecer una buena idea, ¿pero qué se podía cultivar en su lugar? Todos creían en la industrialización, ¿pero necesitaba Cuba una industria siderúrgica integral, o bien pequeñas fábricas para producir bienes de consumo? Comerciar con todos los posibles socios era claramente deseable, ¿pero qué podía producir Cuba que alguien quisiera realmente?

Los primeros años de la Revolución se caracterizaron por un serio debate sobre todas esas cuestiones, mientras problemas más acuciantes exigían decisiones urgentes. Liberarse del imperialismo significaba abolir el poder económico de las empresas estadounidenses que disponían de los puestos de mando de la economía cubana: los ingenios del azúcar, las refinerías de petróleo, los ranchos de ganado y la mayor parte de la industria de bienes de consumo. Esas empresas, consideradas «imperialistas», tendrían en el futuro que ser dirigidas por el Estado; pero éste no estaba en condiciones de hacerlo ni de suministrar un flujo indefinido de gestores competentes, bien formados y entrenados. Eso vendría más tarde, pero en 1959 quedaban en Cuba pocos empresarios o directivos autóctonos.

La Cuba revolucionaria también andaba escasa de economistas bien formados. La mayoría de los que había en la isla, de opiniones y perspectivas conservadoras, formados en Estados Unidos, con poco interés por dirigir una economía estatalizada y sin entender siquiera cómo hacerlo, se exiliaron a Miami. Los economistas de izquierda liberal eran escasos y dispersos y los marxistas se podían contar con los dedos de una mano.

Sin embargo, Latinoamérica y el propio Estados Unidos estaban llenos de economistas radicales, poco apreciados por los gobiernos y que solían trabajar, por ejemplo, para la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL), con base en Santiago de Chile y dirigida por Raúl Prebisch, un economista argentino. Cuba pidió a la CEPAL que enviara economistas a La Habana. La filosofía económica de Prebisch, dominante dentro de la CEPAL, preten-

día promover industrias nacionales en Latinoamérica protegiéndolas mediante barreras arancelarias variables, una opinión muy extendida en aquella época.

Los economistas de la CEPAL, procedentes de toda Sudamérica, abrieron tienda en La Habana y pronto ayudaron a dirigir el Banco Nacional, los ministerios de Comercio Exterior, de Industria y de Economía y la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN). La mayoría de ellos eran jóvenes y entusiastas, excitados por la Revolución y deseosos de poner en práctica sus teorías radicales. Guevara era su jefe carismático. La Revolución recurrió a latinoamericanos en sus primeros años, aunque más tarde recibiría ayuda técnica de economistas soviéticos y de Europa oriental, antes de poder contar con sus propias promociones de economistas nacidos y formados en el país.

1961? En 1971 se inició un nuevo periodo, descrito por Dudley Seers, a la cabeza de un equipo visitante de economistas británicos, como «planificación eufórica». A la JUCEPLAN se le encargó la tarea de preparar un plan económico para 1962 y de redactar un plan de cuatro años para los que iban de 1962 a 1965. Aunque la planificación se había discutido durante largo tiempo en Europa, el único modelo para una economía puesta rápidamente bajo el control estatal era el establecido en la Unión Soviética y los países del este de Europa. El gobierno invitó a La Habana a varios expertos en la materia, incluido un equipo de economistas checos y técnicos de otros países de Europa oriental. Entre los visitantes más destacados estaban Michael Kalecki, que llegó de Polonia en 1960, y Charles Bettelheim, un economista marxista francés que llegó en 1961[79].

La euforia la ponía sobre todo Regino Boti, el primer jefe de la JUCEPLAN, quien anunció de forma optimista en agosto de 1961, justo cuando comenzaba a hacerse patente la escasez de ciertos alimentos, que el país pronto alcanzaría una tasa de crecimiento del 10 por 100: «Si alzamos los ojos y contemplamos el panorama de Cuba dentro de diez años, concluimos [...] que podemos alcanzar, con un amplio margen, el más alto nivel de vida de Latinoamérica, un nivel de vida tan alto como el de casi cualquier país de Europa»[80].

---

[79] D. Seers (ed.), *Cuba: The Economic and Social Revolution,* Chapel Hill, N. C., 1964, pp. 46 y 395.

[80] Citado en D. Seers (ed.), *op. cit*, p. 47.

Este optimismo duró poco. En marzo de 1962 se introdujo el racionamiento y se inició un nuevo periodo de «realismo económico». Castro no vaciló en criticar a los optimistas «Hace sólo unos meses –declaró cuando detallaba las nuevas medidas de racionamiento en televisión– hicimos promesas que no se han cumplido». La escasez de alimentos, dijo, se debía en parte a la falta de gestores expertos y en parte a que los campesinos no vendían sus cosechas. Dado que éstos ya no tenían que pagar la renta del arrendamiento, su interés por la producción para el mercado había disminuido enormemente.

La mayoría de los funcionarios cubanos no conocían a fondo la pobreza relativa del país. Cuando se creó el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), construyó miles de nuevos apartamentos y casas unifamiliares adaptados al nivel de vida y los gustos de la clase media estadounidense, proporcionando por ejemplo cuartos de baño y bidés a las casas de los campesinos. Nada era demasiado bueno para la nueva generación de revolucionarios. Las viviendas individuales, según un informe de Edward Boorstein, «costaban entre 8.000 y 10.000 dólares y fueron diseñadas con abundancia de enseres y electrodomésticos, casi todos de fabricación estadounidense»[81].

El bloqueo económico impuesto en noviembre de 1960 afectó a algo más que a los insumos para la construcción de viviendas. Estados Unidos suministraba tradicionalmente las materias primas para las fábricas que producían bienes de consumo. El país ya no podía recurrir a la maquinaria y tecnología existente, ya que la mayor parte provenía de Estados Unidos, y no existía ninguna fuente alternativa de piezas de recambio.

Che Guevara argumentó que la industrialización era la única base posible para una economía socialista[82], pero la industria existente en Cuba, pequeñas fábricas que manufacturaban botellas, cemento, detergentes, pintura, papel, jabón, neumáticos y latas de conservas, eran en su mayoría propiedad de empresas estadounidenses y dependían de la tecnología estadounidense. Guevara tuvo en un primer momento la idea bastante simplista de que Cuba podría importar máquinas y tecnología soviética a precio de saldo. Imaginaba que la Unión Soviética

[81] E. Boorstein, *op. cit.*, p. 41.

[82] Véase C. Brudenius, *Revolutionary Cuba: The Challenge of Economic Growth with Equity*, Boulder, Col., 1984.

proporcionaría a Cuba fábricas, incluso gratis, y que éstas se podrían poner rápidamente a producir bienes para los consumidores cubanos.

Se intentó poner en práctica ese plan, pero pronto surgieron problemas, algunos de ellos de naturaleza cultural. Los trabajadores cubanos estaban acostumbrados a la moderna maquinaria estadounidense y no estaban familiarizados con la engorrosa «tecnología intermedia» producida por la Unión Soviética y sus aliados de Europa oriental. Pero para importar máquinas más modernas y eficientes de Europa central o Japón había que pagarlas en dólares y los dólares sólo se podían obtener vendiendo azúcar.

La magnitud de la tarea económica a realizar no fue realmente apreciada por el gobierno en sus primeros días. Convertir un país como Cuba en una economía industrial avanzada en pocos años, especialmente si se tiene en cuenta la continua pérdida de gestores y técnicos, habría sido una hazaña sobresaliente, escribió Dudley Seers. En cualquier otro lugar del mundo el cambio había costado décadas, «o acaso siglos»[83].

La campaña para erradicar el analfabetismo, 1961

En Cuba no sólo escaseaban los economistas y gestores; la población era en general atrasada y poco instruida, con un 40 por 100 de analfabetos. En su discurso tras el asalto al Moncada en 1953 Castro señaló la educación como un área en la que habría que realizar grandes reformas, concentrando sus observaciones en aquella época en el estado abismal, o inexistente, de las escuelas rurales que había conocido en su infancia. En las áreas rurales trabajaban muy pocos maestros. En su discurso a las Naciones Unidas en 1960 prometió que la Revolución acabaría con el analfabetismo en el plazo de un año, posibilidad nunca antes imaginada en el mundo subdesarrollado.

En el barrio de Marianao, al oeste de La Habana, está la antigua base militar de Campo Columbia, creada por el regimiento Columbia del ejército estadounidense en 1898, que después de 1959 se convirtió en un complejo de enseñanza secundaria; sus antiguos campos de aterrizaje se transformaron en campos de deporte y pistas de carreras. En

[83] D. Seers (ed.), *op. cit*, p. 49.

una apartada calle del complejo hay un minúsculo museo dedicado a la campaña de alfabetización de 1961 y los 100.000 estudiantes de magisterio que participaron en ella. La mayoría de ellos eran adolescentes, pero tanto a los que lo eran como a los que no se les dio un uniforme especial y una lámpara de queroseno con la que desplazarse por el campo durante la noche. El museo guarda copias encuadernadas de sus informes, así como de las cartas que los nuevos campesinos alfabetizados eran alentados a escribir; todas ellas comienzan con las palabras: «Querido Fidel». La campaña tenía cierto peligro, ya que pronto se convirtió en blanco de los contrarrevolucionarios. Hubo más de cuarenta muertos, pero los maestros adolescentes enseñaron a un millón de personas a leer y escribir, y como Castro había prometido, la Revolución acabó con el analfabetismo en un solo año. Aquella campaña fue uno de sus mayores triunfos.

Castro admitió años después que podría haber sido mejor, y ciertamente más barato, comprar pequeños receptores de radio y emprender una campaña de alfabetización más lenta y más convencional; pero lo que se hizo durante 1961 ayudó a perfilar, en el país y en el extranjero, la imagen de la Revolución durante sus primeros años. Su impacto sobre el campesinado fue electrizante, y fue también un momento definitorio para los adolescentes dispersos por distintos rincones del territorio nacional en los que nunca antes habían estado; a aquella generación, demasiado joven para haber participado en la guerra revolucionaria, aquella experiencia les dio el derecho a llamarse revolucionarios.

La campaña de alfabetización captó la atención del mundo entero y se convirtió en el activo más importante de la Revolución en sus primeros años. Su éxito alentó al gobierno a emprender una campaña para promover la educación de adultos que contribuyó a generar una mano de obra mejor preparada y más consciente políticamente. En las décadas posteriores, con ayuda soviética y un presupuesto más amplio, Cuba desarrolló un sistema educativo gratuito para todos sin paralelo en Latinoamérica. En el primer año se hizo ya un primer ensayo con la construcción de más de 3.000 escuelas. Unos 300.000 niños iban la escuela por primera vez y se reclutaron y entrenaron 7.000 maestros adicionales[84]. Pero no se trataba únicamente de dedicar grandes sumas a la financiación de un sistema educativo nacional gratuito para todos

[84] C. Mesa-Lago (ed.), *Revolutionary Change in Cuba,* Pittsburgh, 1971, p. 386.

los cubanos de seis a quince años; Cuba fue pronto conocida también por su disposición a innovar y experimentar.

La Revolución denominó a 1961 «el Año de la Educación», pero aquel año se iba a recordar por algo aún más significativo que la campaña de alfabetización. Los miles de estudiantes de magisterio que se dirigieron al campo en abril de 1961 lo hicieron en la tensa atmósfera que respiraba la isla en vísperas de la invasión desde bahía de Cochinos respaldada por Estados Unidos.

6
Los revolucionarios en el poder, 1961-1968

La invasión de los exiliados en bahía de Cochinos, abril de 1961

No hay señales de tráfico que indiquen el camino a bahía de Cochinos, pero la estrecha carretera que lleva hasta ella desviándose de la autopista este-oeste a la altura de Jagüey Grande para atravesar la ciénaga de Zapata, junto a la hacienda azucarera abandonada «Australia», está marcada por una serie de pequeños monumentos conmemorativos de hormigón. Cada uno de ellos indica el lugar donde murió un miliciano en defensa de la isla en abril de 1961. La carrera bordea la costa oriental de la bahía hasta Playa Girón, donde un grupo de cubanos exiliados entrenados por la CIA realizó un desembarco en un intento de acabar con la Revolución.

Aquella invasión fue una más en la larga serie de desembarcos semiclandestinos en la costa de Cuba que han marcado la historia de la isla durante varios siglos. Como sucedió en tantas otras, fue incompetentemente organizada y dirigida y acabó en un fracaso. Las fuerzas de Castro, en particular la milicia recién reforzada, estaban bien preparadas, y los batallones formados en el exilio fueron derrotados en unos pocos días. El desembarco fue organizado por la CIA, pero no participaron fuerzas estadounidenses en la batalla.

La invasión fue uno de los peores errores estratégicos de Estados Unidos en todo el siglo XX: reforzó el control de Castro sobre Cuba, aseguró la pervivencia de su revolución y contribuyó a empujarlo al campo soviético. El chapucero desembarco, sin protección de la fuerza aérea estadounidense –elemento esencial que podría haber facilitado una victoria de los exiliados– fue consecuencia de la división entre los consejeros del presidente y de la escasa planificación de Washington, indeciso sobre el objetivo final de la operación. Reflejaba la prolongada ambigüedad que había caracterizado la política estadounidense hacia Cuba durante los ciento cincuenta años anteriores.

La derrota de la invasión tuvo un gran impacto, no sólo en Cuba sino en toda Latinoamérica. El mundo entero veía ahora la Revolución bajo una nueva luz. Para los cubanos, su victoria significaba que los elementos «anexionistas» de la sociedad cubana, que habían soñado durante más de un siglo en un futuro estadounidense para la isla, quedaban por fin desacreditados y exhaustos. Cuba era ahora irrevocablemente independiente y todos los que pretendieran un futuro alternativo serían considerados a partir de aquel momento como traidores. Castro había enganchado su carro revolucionario a las poderosas fuerzas de un nacionalismo cubano renovado que lo situaba más allá de cualquier desafío.

Para muchos latinoamericanos, el desembarco en bahía de Cochinos reforzaba su arraigada creencia de que no se podía confiar en Estados Unidos; pero también mostraba que su vecino del Norte no era todopoderoso, como les había parecido hasta entonces. El «fatalismo geográfico», tan inserto en la visión latinoamericana del mundo, quedaba roto. Grupos políticos de todo el continente podían tomar ahora seriamente a Cuba como modelo y tratar de seguir la vía cubana, convencidos de que la derrota del imperialismo estadounidense era posible.

El resto del mundo, hasta entonces mal informado sobre el grado de apoyo popular al gobierno de Castro, entendió que las proclamas de los exiliados cubanos eran falsas: la Revolución no estaba a punto de caer. Ni siquiera con la ayuda estadounidense habían conseguido convertir su enojo hacia Castro en un movimiento popular para derrocarlo y al parecer no iba a ser fácil deshacerse de él. No existen pruebas concretas de las discusiones privadas de la dirección soviética, pero ésta debió de sacar la misma conclusión. Castro les parecía al principio un rebelde efímero; ahora les parecía un dirigente por el que se podía apostar.

Sobre Cuba pesaba el recuerdo de un acontecimiento decisivo sucedido al otro lado del Caribe siete años antes, cuando el gobierno izquierdista de Jacobo Arbenz fue derrocado en Guatemala por un grupo de oficiales disidentes coordinado en secreto por la CIA. Aunque la participación de la CIA no fue reconocida abiertamente en aquel momento, en toda Latinoamérica se sospechaba. Eisenhower era entonces el presidente de Estados Unidos y Allen Dulles el jefe de la CIA y ambos mantenían esos mismos puestos en el momento de la Revolución cubana. En 1960 acordaron repetir la experiencia guatemalteca en Cuba.

La decisión formal de preparar el derrocamiento de Castro y de entrenar a un grupo de exiliados fue tomada por Eisenhower en marzo[1]. El proyecto sería dirigido por la CIA y tendría lugar en absoluto secreto; se hicieron varios planes para asegurar la eliminación física de todos los dirigentes cubanos. El mismo equipo que había organizado el golpe en Guatemala, dirigido por Richard Bissell, se reunió en Washington para encargarse ahora de la tarea de preparar militarmente a los exiliados[2]. Guatemala era el lugar más natural para preparar el ataque final.

El entrenamiento inicial en guerra de guerrillas de los exiliados reclutados se llevó a cabo en mayo de 1960. Un grupo se reunió en la isla de Usseppa, junto a la costa de Florida, y otro en Fort Gulick, en la zona del Canal de Panamá. El primero estaba dispuesto en agosto para entrenar a un grupo mayor de exiliados, reunidos en la hacienda Helvética de Guatemala, una plantación propiedad de Roberto Alejos, hermano del embajador guatemalteco en Washington.

En La Habana se recordaba tanto como en Washington el golpe de Guatemala en 1954. Che Guevara vivía y trabajaba en la capital en aquella época. Esta experiencia desempeñó un papel importante en su radicalización política, generando su firme creencia de que Estados Unidos pretendería poner fin a la Revolución cubana por cualesquiera

---

[1] «El 17 de marzo de 1960 [...] ordené a la Agencia Central de Inteligencia que comenzara a organizar el entrenamiento de exiliados cubanos, principalmente en Guatemala, con vistas a una posible ocasión futura en que pudieran regresar a su patria. No era posible una planificación más específica porque los cubanos exiliados no habían tomado ninguna iniciativa para seleccionar entre ellos un líder al que pudiéramos reconocer como jefe de un gobierno en el exilio.» D. Eisenhower, *op. cit.*, p. 533.

[2] Según el informe de Peter Wyden, «el "modelo guatemalteco" estaba en mente de todos y especialmente de Bissell. Las CIA había derrocado al gobierno guatemalteco en una semana. Un grupo de 150 exiliados, que apenas tuvieron que disparar un tiro y un puñado de cazas P-47 de la Segunda Guerra Mundial, pilotados por estadounidenses contratados por la Agencia, fueron las armas exhibidas, pero la más real fue el engaño de la CIA. La Agencia utilizó la misma base que activaría más adelante para la invasión desde bahía de Cochinos: un edificio de dos pisos de la base aérea semiabandonada de la armada estadounidense en Opa-Locka, en los alrededores de Miami. Los dos principales agentes de campo de la agencia, el elegante Tracy Barnes y el desenvuelto E. Howard Hunt, ocuparían puestos decisivos en la operación cubana. Juntos habían reclutado al jefe de propaganda para la operación en Guatemala, que ahora se iba a ocupar de la misma tarea en Cuba, David Atlee Phillips». P. Wyden, *Bay of Pigs: The Untold Story*, Londres, 1979, p. 20.

medios que tuviera a su alcance. Su opinión era compartida por Castro, quien se convenció en el transcurso de 1960, sin necesidad de informaciones secretas procedentes del exilio, de que Estados Unidos planeaba repetir la operación de Guatemala en Cuba. Los diplomáticos cubanos en la ONU acusaron repetidamente a Estados Unidos de apoyar una invasión inminente de los exiliados. Todos sabían lo que se acercaba; sólo quedaba por conocer el momento y el lugar del desembarco.

El otoño de 1960 estuvo dominado por la campaña electoral para la presidencia de Estados Unidos y Cuba fue un tema importante en la agenda. Richard Nixon y John Kennedy se mostraron a cuál más intervencionista en sus discursos; Kennedy, en particular, invocó el recuerdo de la Doctrina Monroe de 1823: las potencias extranjeras debían mantenerse fuera de las Américas. Estados Unidos no permitiría a «la Unión Soviética convertir a Cuba en su base en el Caribe», dijo. Kennedy creía que debía ayudar «a las fuerzas que luchan por la libertad en el exilio y en las montañas de Cuba»[3].

Bissell pensaba que se podía batir a Castro con su propio juego. La propuesta inicial de la CIA era establecer una cabeza de puente guerrillera, siguiendo el modelo del desembarco del *Granma* en 1956. Esa avanzadilla trataría de promover una revuelta interna contra Castro y de unir al pueblo bajo la bandera de los exiliados. Bissell concentró su atención en Oriente, un punto tradicional para iniciar una invasión. Martí y Castro habían desembarcado allí en 1895 y en 1956, desplazándose rápidamente a la sierra y amparándose en la población campesina. Otros lugares considerados fueron la sierra de Cubitas al sur de Camagüey, la sierra de los Órganos junto a Pinar del Río y las montañas de Escambray al norte de Trinidad.

Bissell, pensando que Oriente estaba demasiado alejado de La Habana, concedió una atención particular al Escambray; los guerrilleros podrían establecer una cabeza de playa cerca de Trinidad y desplazarse inmediatamente a las montañas; allí se les abastecería de alimentos y armas desde el aire, uniéndose con grupos de disidentes anticastristas ya presentes en la isla. Los planes de Bissell no pasaron inadvertidos en la isla y Castro se preparó para conjurarlos. La existencia de «bandidos» armados en el Escambray era algo que todos conocían en La Habana a mediados de 1960 y el gobierno comenzó a entrenar una milicia campesina para de-

[3] K. Meyer y T. Szulc, *The Cuban Invasion*, Nueva York, 1962, pp. 66-67.

fender la región. Se les dio un curso de entrenamiento de dos meses a unos 800 campesinos locales en la hacienda La Campaña y se formó una barrera física en torno al área[4].

La milicia campesina estuvo dispuesta para la acción en septiembre y pequeños pelotones peinaron el área, capturando a cerca de 200 «bandidos» y a algunos de sus cabecillas, así como también cayeron en sus manos varios de los envíos de la CIA. Su éxito obligó a los jefes de la CIA en Washington a cambiar de estrategia. No podían garantizar que un pequeño grupo guerrillero pudiera generar una amplia resistencia y el plan del Escambray fue abandonado en noviembre.

A continuación se preparó un plan para una invasión más convencional, entrenando a los exiliados para una operación limitada, con la que se pretendía conquistar y retener una porción de territorio lo bastante grande como para poder trasladar por avión a los miembros de un «gobierno» provisional anticastrista, que sería inmediatamente reconocido por Estados Unidos y sus aliados prestándole ayuda[5]. El lugar elegido para el desembarco fue la gran ensenada conocida como bahía de Cochinos, nombre que recordaba los ataques piratas de los siglos XVI y XVII, cuando los cerdos salvajes eran muy codiciados por los bucaneros europeos. La bahía de Cochinos está en la costa meridional de la isla, unos 150 kilómetros al oeste de Trinidad y al sureste de la gran ciénaga de Zapata, la mayor extensión de tierra pantanosa del Caribe.

El gobierno estadounidense no sabía que los cubanos habían emprendido recientemente un plan de desarrollo de la zona. Se habían construido nuevas carreteras de acceso atravesando los marjales y se habían levantado unas instalaciones sencillas para turistas en Playa Girón. Castro visitó el área en varias ocasiones en el transcurso de 1960 para pescar truchas en la Laguna del Tesoro, en plena ciénaga en el interior de la península de Zapata. La bahía de Cochinos podía parecer remota, pero ya no estaba tan alejada del mundo moderno.

---

[4] *Making History*, cit., p. 111. Véase también el informe oficial cubano sobre lo sucedido en bahía de Cochinos en J. C. Rodríguez (ed.), *The Bay of Pigs and the CIA*, Melbourne, 1999, p. 68.

[5] A raíz del fiasco de bahía de Cochinos se debatió mucho la naturaleza real de la estrategia estadounidense. ¿Esperaba la CIA que la invasión provocara un levantamiento general? ¿O creían que el establecimiento de una cabeza de playa en Cuba obligaría al presidente Kennedy a aprobar la acción militar estadounidense en apoyo del gobierno provisional? En la práctica esos dos planes no eran contradictorios; intentaron uno de ellos y luego el otro. Ambos condujeron a un desastre.

Durante la semana anterior al desembarco los contrarrevolucionarios dentro de la isla incrementaron los atentados. En Pinar del Río arrasaron un ingenio azucarero y pusieron una bomba en El Encanto, unos grandes almacenes del centro de La Habana que quedaron totalmente destruidos. El 15 de abril dos pequeños aviones arrojaron bombas sobre Campo Columbia y las bases aéreas de La Habana y Santiago, destruyendo la mayor parte de la fuerza aérea cubana y matando a varios civiles. Castro entendió que la invasión era inminente y aprovechó una ceremonia fúnebre en memoria de las víctimas del bombardeo para anunciar por primera vez el carácter específicamente «socialista» de la Revolución. «Esto es lo que no pueden perdonar –dijo–; que aquí, ante sus propias narices, hayamos hecho una revolución socialista». Alabó los «admirables» logros de la Unión Soviética, que acababa de lanzar a Yuri Gagarin al espacio, y la comparó con Estados Unidos, que había bombardeado «las instalaciones de un país sin fuerzas aéreas»[6].

Dos días después, el 17 abril, comenzó la invasión. «Antes del amanecer –anunció una declaración preparada para la CIA por una firma de relaciones públicas de Nueva York– patriotas cubanos en las ciudades y en los montes comenzaron a combatir para liberar nuestra patria del gobierno despótico de Fidel Castro.» Un grupo de exiliados desembarcó en Playa Girón, al este de la bocana de la bahía de Cochinos, mientras que otro lo hizo en Playa Larga, al fondo de la bahía.

La milicia local hizo frente a la invasión, pero pronto llegó la noticia a La Habana y Castro alertó a lo que quedaba de su fuerza aérea. Los invasores sufrieron el ataque de primitivos aviones de entrenamiento armados con ametralladoras y algunos Sea Fury capaces de lanzar cohetes. Las lanchas de desembarco utilizadas por los exiliados no contaban con defensa antiaérea y varias de ellas quedaron destruidas. Castro llegó desde La Habana y estableció su cuartel general en el ingenio azucarero Australia, cerca de Jagüey Grande[7].

---

[6] Éste fue un discurso bien preparado. Armando Hart y Blas Roca le dijeron a Tad Szulc años después que Castro planeaba pronunciarlo el 1 de mayo. Comprensiblemente, la fecha se adelantó. T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 443.

[7] Casualmente ese mismo ingenio había desempeñado también cierto papel en la Guerra de los Diez Años del siglo XIX: las fuerzas independentistas se apoderaron de él en febrero de 1869 y luego fue reconquistado por los voluntarios, precursores de los invasores de 1961. Esta coincidencia fue verificada sobre el terreno por Laird Bergad, que la menciona en su libro *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century: The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas*, Princeton, 1990, p. 184.

Antes de dejar La Habana, Castro había ordenado la detención de cualquier sospechoso de actividades contrarrevolucionarias, y tan sólo en la capital fueron detenidas 35.000 personas, incluido el obispo auxiliar de La Habana. La esperanza de la CIA de que miles de cubanos se alzaran contra la Revolución quedó así frustrada desde el primer día. Castro también redactó un llamamiento a «los pueblos de América y del mundo», para que expresaran su solidaridad con la lucha del pueblo cubano contra el imperialismo estadounidense y «sus mercenarios y aventureros que han desembarcado en nuestro país». Jruschev envió una nota diplomática a Kennedy con un claro mensaje de apoyo a Castro: «Prestaremos al pueblo cubano y a su gobierno toda la ayuda necesaria para derrotar el ataque armado contra Cuba». Ese mensaje fue bien recibido en Cuba, pero no era estrictamente necesario.

El combate fue feroz en torno a Playa Larga, donde murieron 160 defensores cubanos, pero el resultado final estaba claro casi desde el principio. La invasión fue aplastada al cabo de dos días. De los 1.500 exiliados que participaron, más de 100 murieron y 1.200 fueron capturados. Los supervivientes fueron mostrados en el Palacio de Deportes de La Habana y entrevistados en televisión cada noche por un equipo de periodistas. Sus mandos habían sido en su mayoría oficiales en el ejército de Batista, según el general José Ramón Fernández*, entrevistado en 1997: «Cuando los hicimos prisioneros, yo conocía por su nombre a todos los oficiales al mando. Muchos de ellos habían sido alumnos míos antes de la Revolución, cuando yo era instructor y subdirector de la Escuela de Cadetes»[8].

El propio Castro participó una noche en el programa, defendiendo los méritos de la Revolución frente a los exiliados capturados, que constituían una muestra bastante representativa de la población: oficiales del ejército, campesinos y negros. Cuando Castro sugirió que su destino se sometiera a la votación del pueblo cubano, la audiencia gritó «¡Al paredón!» y se vio obligado a retroceder, diciendo que matarlos a todos significaría «empequeñecer nuestra victoria».

Sólo fueron ejecutados cinco oficiales y otros nueve condenados a treinta años de prisión, pero la mayoría de los prisioneros sólo permanecieron en Cuba hasta ser trasladados a Estados Unidos. Castro sugirió a

---

* Vicepresidente del gobierno cubano desde 1978. *[N. del T.]*

[8] *Making History*, cit., p. 110.

Washington su intercambio por 500 tractores y Eleanor Roosevelt, viuda del que fuera presidente estadounidense, acordó presidir un «comité de tractores». Washington no veía con buenos ojos esa propuesta y las negociaciones se alargaron durante más de un año. Los prisioneros fueron finalmente intercambiados en diciembre de 1962, pero no por tractores sino por 53 millones de dólares en alimentos y medicinas.

A raíz del desastre de bahía de Cochinos, el gobierno de Kennedy revisó su estrategia pero no abandonó sus intentos de desbaratar la Revolución. El fiasco de abril, según la historia estadounidense de la operación, condujo al desarrollo en el círculo íntimo de Kennedy de una «animadversión personal» contra Castro; el propio presidente Kennedy y más aún su hermano Robert, el fiscal general, «ansiaban una oportunidad de redimirse»[9]. Se elaboraron nuevos planes clandestinos pero Bissell había caído en desgracia y el mando pasó al general Edward Lansdale, especialista en contrainsurgencia antes activo en las Filipinas. Fue encargado de un plan conocido como «Operación Mangosta», directamente supervisado por Robert Kennedy. Las operaciones encubiertas que formaban parte del plan estaban destinadas a crear problemas en Cuba y a derrocar al régimen; algunos especularon con el asesinato de Castro.

Cuatrocientos agentes de la CIA trabajaron el proyecto de Lansdale en Washington y Miami. Una directriz presidencial de noviembre de 1961, por la que se aprobaba la Operación Mangosta, declaraba que Estados Unidos «ayudaría al pueblo de Cuba a derrocar el régimen comunista y a instituir un nuevo gobierno con el que Estados Unidos pueda vivir en paz». Lansdale presentó un plan operativo a la Casa Blanca en enero de 1962 que preveía «un esfuerzo en seis fases» para socavar a Castro desde dentro. Su proyecto estaba destinado a concluir «con una rebelión abierta para derrocar el régimen comunista» en octubre de 1962[10].

No se mencionaba ninguna posible acción militar estadounidense. Una segunda directiva presidencial en marzo puso el plan, señalando que el éxito final de la «operación» requeriría de hecho «una intervención militar estadounidense decisiva», a la que el presidente Kennedy seguía oponiéndose. Richard Helms, el nuevo director de la CIA, ase-

---

[9] E. R. May y P. D. Zelikow (eds.), *The Kennedy Tapes: Inside the White-house during the Cuban Missile Crisis*, Cambridge, Mass., 1997, p. 26.

[10] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 465.

guró más tarde que el equipo del general Lansdale, «bajo el constante acoso del más joven de los Kennedy», sólo había presentado «planes chiflados»[11].

Puede que fueran «chiflados», pero la «Operación Mangosta» iba a tener efectos más allá de los sueños más enloquecidos de sus autores, ya que Castro era muy consciente de su existencia y de los peligros que planteaba, y se iba a embarcar –inducido por los soviéticos– en una peligrosa aventura para asegurar que su Revolución no volviera a sufrir un ataque como el de bahía de Cochinos.

La crisis de los misiles de octubre de 1962

El mundo no fue oficialmente consciente de la crisis de los misiles cubanos hasta la noche del lunes 22 de octubre de 1962, cuando el presidente Kennedy habló por primera vez en televisión para anunciar la detección de misiles soviéticos en Cuba y declarar su intención de imponer un bloqueo naval. Una semana antes, el 14 de octubre, un avión espía estadounidense había fotografiado la plataforma de lanzamiento de misiles R-12 en la región de San Cristóbal, a mitad de camino entre La Habana y Pinar del Río, y Kennedy había sido informado de este acontecimiento dos días después. La información se mantuvo en secreto durante otros seis días mientras el presidente y sus consejeros hacían planes para afrontar la crisis. Afortunadamente para los historiadores, Kennedy registró en secreto sus deliberaciones[12].

«Mi idea era –dijo el presidente Kennedy al pequeño grupo que se encargaba de la crisis el lunes 29 de octubre, después de que hubiera pasado la crisis– [...] Bueno, todo el mundo se lo puede imaginar [...] *In extremis,* utilizaríamos armas nucleares»[13].

---

[11] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*

[12] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, p. ix. «Durante la crisis, la toma de decisiones por parte de Estados Unidos se concentró en la Casa Blanca y durante gran parte del tiempo se mantuvo encendida una grabadora magnetofónica. Excepto el presidente Kennedy y posiblemente su hermano Robert, ninguno de los que participaron en las discusiones lo sabía. Esas cintas en las que se grabaron las francas deliberaciones que tuvieron lugar en aquel trance, no tienen paralelo en ningún otro momento o lugar en la historia.»

[13] *Ibidem,* p. 657.

Esto era lo que todos pensaban durante la semana de crisis. Por primera vez desde que Estados Unidos lanzó las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945, cientos de millones de personas en todo el planeta temieron que se volvieran a utilizar de nuevo armas nucleares. Varias décadas después parece posible que la amenaza fuera más aparente que real –ya que tanto Kennedy como Jruschev mantuvieron la sangre fría durante la crisis–, pero la angustia internacional despertada en aquel momento fue auténtica.

El pánico nuclear suscitado en muchos países no afectó tanto, como parecería natural, a la propia Cuba. La mayoría de los cubanos estaban más preocupados por la perspectiva de una invasión convencional inminente por fuerzas estadounidenses que por una guerra nuclear generalizada. No estaban al tanto de las observaciones realizadas por Dean Rusk dos semanas antes, en la primera reunión sobre la crisis celebrada en la Casa Blanca el martes 16 de octubre, pero la línea de pensamiento seguida por el secretario de Estado estadounidense reflejaba casi con seguridad la suya: «Creo que tenemos que reflexionar mucho sobre las dos principales posibilidades de acción –les dijo Rusk a sus colegas–: Una es un golpe rápido [...] No creo que eso requiera de por sí una invasión de Cuba [...] O bien podríamos decidir que ha llegado el momento de eliminar el problema de Cuba eliminando de hecho la propia isla»[14].

La eventual supresión de la Revolución –o de la propia isla– mediante una acción militar estadounidense constituyó el núcleo de la crisis de octubre y había sido el principal punto de la agenda cubano-soviética desde la invasión de bahía de Cochinos el año anterior. Durante la primera reunión de crisis del 16 de octubre todas las antipatías históricas de Estados Unidos hacia la independencia cubana emergieron a la superficie. Quizá podríamos «hundir de nuevo el *Maine,* o algo parecido», sugirió Robert Kennedy[15]. Otros plantearon la posibilidad de un bombardeo aéreo de la isla.

Castro se sentía bajo una continua amenaza de fuerzas exteriores desde el año anterior, y no sin razón. La victoria cubana en bahía de Cochinos no había interrumpido la campaña para deshacerse de la Revolución por parte de los exiliados cubanos en Estados Unidos. Los pla-

[14] *Ibidem,* p. 54.
[15] *Ibidem,* p. 101.

nificadores de la «Operación Mangosta» seguían trabajando en ella. Los contrarrevolucionarios respaldados por Estados Unidos estaban de nuevo activos en las montañas del Escambray. Años después se supo que la administración Kennedy no tenía intención de patrocinar una nueva invasión, ni de exiliados ni de fuerzas estadounidenses –el fiasco de bahía de Cochinos había dado al traste con tales ambiciones–, pero los cubanos estaban obligados a tener en cuenta esa posibilidad para su propia defensa. El ejército estadounidense había elaborado planes de contingencia para tal invasión, como quedó claro durante la crisis de octubre.

A falta de una invasión o de la guerra, los americanos intentaron la caída de Castro por todos los medios y fomentaron una coalición internacional contra su gobierno en Latinoamérica. La Organización de Estados Americanos, bajo la presión estadounidense, votó la expulsión de Cuba ya en 1962[16]. Los gobiernos latinoamericanos se alinearon contra la Revolución cubana, dejando la isla en un limbo diplomático.

En febrero Castro pronunció un largo y emocionado discurso como respuesta a la decisión de la OEA, la «Segunda Declaración de La Habana», en la que se subrayaron las ambiciones continentales de la Revolución con un nuevo eslogan, afirmando que «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse a la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo». Daba así luz verde a los movimientos guerrilleros de estilo cubano en todo el continente para subvertir los regímenes existentes y ayudar a Cuba a salir de su aislamiento.

Cuba siguió estrechando su alianza con la Unión Soviética. Castro había declarado a Cuba país «socialista» en vísperas de la invasión de bahía de Cochinos y aquel mismo año, en diciembre de 1961, anunció –esperando congraciarse más aún con sus nuevos amigos– que era y siempre había sido «marxista-leninista». Se dieron órdenes de crear un nuevo partido comunista en Cuba de tipo soviético, a partir de las cenizas de la frágil alianza política de partidos improvisada para dirigir la Revolución en sus primeros meses. Tras pedir su ingreso como

[16] La decisión se tomó en enero en una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la OEA en Punta del Este (Uruguay). Sólo Cuba y México se opusieron a la moción de la OEA; Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Ecuador se abstuvieron. El ministro venezolano dimitió como consecuencia de la decisión del presidente Betancourt.

miembro y camarada socialista, Castro esperaba ahora obtener la garantía del apoyo militar soviético al que tal pertenencia le daría seguramente derecho.

Las potencias imperiales implicadas en los asuntos cubanos mantuvieron durante siglos, invariablemente, la misma línea de actuación: tras la conquista y colonización inicial se preocupaban por las defensas de la isla, aunque los resultados solían tardar en producirse. En el siglo XVI los españoles dieron los primeros pasos para fortificar La Habana y otros puertos a raíz de los ataques de los corsarios franceses e ingleses. Luego, tras la ocupación británica en el siglo XVIII, comenzó la construcción de la gran fortaleza de La Cabaña a la entrada del puerto de La Habana. Los estadounidenses, por su parte, durante su ocupación de Cuba desde 1898, se quedaron con la base de Guantánamo, creyendo que les sería útil tanto para la intervención en la isla como para la defensa continental.

Ahora le tocaba a la Unión Soviética asumir el papel histórico de defensor de Cuba. En un primer momento trató de hacerlo con la nueva arma del siglo XX, los misiles nucleares. Las razones para esa decisión y la evolución de la crisis internacional que resultó de ella han sido exhaustivamente cubiertas en el debate histórico. Se han escrito memorias y se han compilado grandes volúmenes de documentos oficiales. Los participantes sobrevivientes se reunieron en conferencias privadas entre 1987 y 2002 –en Washington, Moscú y La Habana– para reexaminar aquellos sucesos y publicar sus descubrimientos. Pero lo que a menudo se omite en las versiones publicadas es el punto de vista particular de Cuba, centro de la crisis, aunque las decisiones cruciales se tomaran en otros lugares.

Los repetidos ofrecimientos de Castro a la Unión Soviética fueron seguidos con notable preocupación por el gobierno estadounidense, inevitablemente obligado a imaginar lo peor; pero los soviéticos se tomaron su tiempo antes de dar la bienvenida a Cuba en el campo comunista. Durante 1961 y los primeros meses de 1962 Moscú dio muestras de una comprensible preocupación –y división– sobre la fiabilidad política de su nuevo amigo en el Caribe. En aquel momento se agravaba la disputa ideológica de la Unión Soviética con la China de Mao Tse-Tung, y para muchos comunistas ortodoxos en Moscú, la retórica revolucionaria de Castro –en particular cuando defendía la guerra de guerrillas y la revolución campesina– parecía peligrosamen-

te cercana a la línea defendida por el líder chino. Cuando Castro actuó contra algunos miembros del viejo Partido Comunista cubano en marzo de 1962, criticando y destituyendo a Aníbal Escalante, veterano de la década de 1930 y hombre elegido para crear el nuevo partido comunista prosoviético, varios jerarcas soviéticos se preguntaron por la idoneidad de su nuevo socio[17].

Otros se mostraron más optimistas. Jruschev y Mikoyan –ambos genuinamente atraídos por Castro y que mantenían algo del entusiasmo revolucionario de la primera generación de bolcheviques– vieron la ventaja que suponía para las ambiciones globales de la Unión Soviética el reclutamiento de aquel líder carismático para la causa del comunismo mundial. No podían permitir que fuera derrocado. Si eso llegaba a suceder se habría visto seriamente socavada su propia pretensión de mantener el liderazgo revolucionario, no sólo frente a China sino en los países del Tercer Mundo recientemente liberados del yugo colonial, entre los que Cuba había conseguido ya un estatus emblemático. La política de aceptar a Castro como aliado estratégico, de defenderlo e integrar a Cuba en la familia comunista, parecía cada vez más atractiva. La decisión se tomó en abril o mayo de 1962.

La motivación soviética para incrementar su ayuda militar a Cuba hasta el nivel nuclear y el momento de esa decisión siguen todavía en discusión. La defensa y supervivencia de Cuba se percibía ahora como algo importante para la Unión Soviética, pero el deseo de conseguir un mayor equilibrio de fuerzas nucleares estratégicas con Estados Unidos también tenía gran importancia. En aquel momento la Unión Soviética iba por delante en la exploración espacial, pero por detrás en la producción y despliegue de misiles nucleares y tenía que hacer algo para colmar esa brecha. Cuba le proporcionaba una oportunidad única para realizar un gran avance.

Sergo Mikoyan asegura que su padre y Jruschev discutieron por primera vez el posible envío de misiles nucleares a Cuba a finales de abril de 1962[18]. Lo que parece seguro es que la idea no partió de Cuba. Los dirigentes cubanos habían pedido protección militar frente a un

---

[17] El crimen de Escalante, acusado de «sectarismo», era haber llenado el nuevo partido de viejos *apparatchiks* comunistas, a expensas de las figuras del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

[18] J. G. Blight y D. A. Welch, *On the Brink: Americans and Soviets reeexamine the Cuban Missile Crisis,* Nueva York, 1989, p. 238.

posible ataque estadounidense, pero sin especificar claramente cómo debía ser esa ayuda. Según le contó Castro al periodista estadounidense Tad Szulc (sin mencionar una fecha), «entramos en discusiones con los soviéticos sobre las medidas que debíamos tomar. Nos pidieron nuestra opinión y lo que les dijimos –no hablamos de misiles– es que era necesario dejar claro a Estados Unidos que una invasión de Cuba implicaría una guerra con la Unión Soviética»[19].

Según le dijo Castro a Szulc, la iniciativa pidiendo «medidas que proporcionaran a Cuba una garantía absoluta frente a una guerra convencional y contra una invasión de Estados Unidos» provino ciertamente de Cuba, pero «la idea de los misiles, en concreto, fue soviética»[20]. En mayo ya estaba clara la decisión soviética de emplazar los misiles, según un informe de Aleksandr Alekseiev, el principal diplomático soviético en La Habana en 1962. Alekseiev, convocado al Kremlin, mantuvo una reunión con Jruschev a finales de mayo, en la que estuvieron presentes una docena de grandes jerarcas soviéticos, entre ellos Mikoyan, Andrei Gromyko y el mariscal Rodion Malinovski, ministro de Defensa soviético. Jruschev tenía noticias espléndidas, según el informe de Alekseiev (como le dijo al biógrafo de Che Guevara Jon Lee Anderson): «Camarada Alekseiev, para ayudar a Cuba, para salvar la Revolución cubana, hemos llegado a la decisión de emplazar cohetes [nucleares] en Cuba. ¿Qué piensa usted? ¿Cómo reaccionará Fidel? ¿Aceptará o no?»[21].

Alekseiev dijo que no creía que los cubanos estuvieran de acuerdo, pero también vio que los dirigentes soviéticos no se desalentaban por su respuesta negativa y dedujo que la decisión se había tomado ya. Regresó a La Habana el 29 de mayo acompañado por el mariscal Serguei Biriusov, recién nombrado comandante de las fuerzas de misiles estratégicos del país. Una vez en La Habana Biriusov comenzó a discutir con los hermanos Castro sobre la cooperación militar. «¿Qué podría ser necesario para evitar una invasión estadounidense?», le preguntó a Castro, según el informe oficial cubano[22]. Castro respondió

---

[19] Castro entrevistado por Tad Szulc, 28-29 de enero (1984), en T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 471.

[20] T. Szulc, *Fidel*, cit., p. 472.

[21] J. L. Anderson, *op. cit.*, p. 525.

[22] T. Diez Acosta, *October 1962: The 'Missile' Crisis as seen from Cuba*, Nueva York, 2002, p. 101 [ed. cast.: *Octubre de 1962: La crisis «de los misiles» vista desde Cuba*,

con una fórmula muy simple: «La adopción de medidas que indiquen inequívocamente al imperialismo que cualquier agresión a Cuba significaría una guerra no sólo contra Cuba».

Biriusov le preguntó cómo se podía hacer eso «concretamente», y Castro respondió que pensaba que un pacto militar cubano-soviético sería suficiente, señalando que Estados Unidos tenía muchos de esos pactos y que eran respetados.

Biriusov planteó entonces la cuestión de si los misiles nucleares serían considerados como un signo evidente de apoyo y le detalló la propuesta de Jruschev de desplegarlos en la isla. Castro preguntó de qué tipo de misiles se trataba y cómo pensaban los soviéticos que se podía llevar a cabo su instalación. Biriusov explicó «las principales características de los misiles, su alcance y la fuerza explosiva de sus cabezas nucleares». También indicó que su despliegue tendría que hacerse, necesariamente, «de forma rápida, secreta y encubierta».

Este primer encuentro de los soviéticos con los hermanos Castro fue seguido por un otro más formal de Biriusov y un funcionario soviético que le acompañaba con el secretariado cubano de las recientemente constituidas Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), precursoras del nuevo Partido Comunista[23]. Se trataba de hecho del grupo dirigente de la Revolución en aquel momento, formado por seis hombres: los hermanos Castro, Che Guevara, Osvaldo Dorticós, Emilio Aragonés y Blas Roca. Como consecuencia de la purga de Escalante tres meses antes, Roca era el único representante del viejo Partido Comunista.

Castro había tomado una decisión y defendió los planes de Jruschev, exponiendo a los principales dirigentes de su país la argumentación soviética para instalar misiles en la isla con la esperanza de que la aceptaran. Razonó que la instalación de misiles, en su opinión, reforzaría el campo socialista; según la versión ofrecida en el informe oficial

---

Nueva York, 2003]. Para escribir su informe Diez Acosta disponía de acceso a los archivos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, guardados en el Instituto de Historia de Cuba en La Habana.

[23] En marzo de 1962 los dos principales organizaciones revolucionarias, el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, se habían fusionado con el PSP comunista para formar las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Un año después, en 1963, éstas se transformaron en Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURS), y en octubre de 1965 el PURS se convirtió en el nuevo Partido Comunista de Cuba.

cubano, «si el partido entendía que el campo socialista estaba dispuesto a ir a la guerra en defensa de cualquier país socialista, entonces no se debía conceder la menor consideración a cualquier peligro que esa decisión pudiera entrañar para Cuba»[24].

Los presentes entendieron que la propuesta de Jruschev contribuiría a la defensa de Cuba y sería «un potente elemento disuasorio que los estadounidenses tendrían que sopesar antes de emprender cualquier acción militar».

Castro aceptó así la propuesta soviética, pero comentó años después que a los cubanos no les gustaban los misiles y que si sólo se hubiera tratado de su propia defensa no habría aceptado su despliegue. La decisión era difícil, «no porque tuviéramos miedo a los peligros que podría acarrear», sino porque «dañaría la imagen de la Revolución y éramos muy celosos en proteger su imagen en el resto de Latinoamérica».

Castro también era consciente de que los misiles convertirían el país en «una base militar soviética» y que eso entrañaría a su vez «un elevado coste político» para la imagen del país[25]. La presencia de bases militares extranjeras en todo el mundo era un tema muy discutido en aquella época y la conferencia de países no alineados de 1961 en Belgrado, en la que Cuba había sido un activo participante, aprobó de forma abrumadoramente mayoritaria una resolución que condenaba las bases mantenidas por las superpotencias en otros países[26]. Cuba, por su parte, había condenado desde hacía mucho tiempo la presencia estadounidense en Guantánamo.

Pero pese al impacto sobre la imagen internacional de la Revolución, la dirección cubana se sintió obligada a seguir adelante. Raúl Castro y el mariscal Biriusov fueron juntos a explorar los diferentes lugares de la isla donde se podrían desplegar los misiles soviéticos y sus correspondientes unidades operativas. «En aquella gira –registra la his-

---

[24] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 102.

[25] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 102, y J. G. Blight, B. J. Allyn y D. A. Welch, *Cuba on the Brink: Castro, the Missile Crisis, and the Soviet Collapse*, Nueva York, 1993, pp. 198-199.

[26] Durante la crisis Estados Unidos exigió a los gobiernos de Guinea y Senegal que negaran el derecho de aterrizaje a los aviones soviéticos. Sékou Touré, aunque era aliado de Cuba, aceptó hacerlo con el pretexto de que se oponía firmemente a las bases militares en el extranjero.

toria oficial–, a Raúl le contaron "en detalle" la naturaleza del equipo militar y el número de soviéticos que debían acompañarlo en Cuba»[27]. Los soviéticos deseaban causar una gran impresión y el equipo militar que propusieron era gigantesco. Para empezar, se enviarían unos 42.000 soldados, esto es, cuatro regimientos de combate soviéticos. El equipo militar sería de la misma envergadura, con 16 misiles balísticos de alcance medio* y 24 cohetes lanzadores «tácticos» de menor alcance**, cada uno de ellos equipado con dos misiles y una cabeza nuclear. Además, habría 24 baterías de misiles avanzados SAM-2 tierra-aire, 42 cazas MIG interceptores y 42 bombarderos Iliushin-28, 12 submarinos de tipo Komar portadores de misiles y numerosos misiles de crucero para la defensa costera. En las aguas cubanas nunca se había visto antes semejante armada[28].

Los cubanos expresaron una preocupación obvia: ¿Cómo se podía transportar un arsenal tan vasto atravesando medio mundo sin despertar las sospechas de Estados Unidos? Raúl Castro preguntó si los soviéticos podían realmente transportar aquellos misiles de 20 metros de longitud a Cuba sin ser descubiertos «por los servicios de inteligencia del enemigo» y discutió sus preocupaciones con Fidel. La dirección cubana se sentía claramente incómoda por esa posibilidad y siguió estándolo durante los meses de preparación, aunque el informe oficial señala despreocupadamente su «confianza en la experiencia soviética en tales asuntos»[29]. Pero pronto se iba a ver seriamente desilusionada.

Los cubanos tenían buenas razones para estar preocupados. En cuanto se inició la construcción de las plataformas de lanzamiento de misiles en octubre, Estados Unidos se apercibió de ello a partir de las fotografías tomadas por los aviones de reconocimiento que sobrevolaban la isla. El gobierno estadounidense sabía exactamente cómo era una plataforma de misiles soviéticos, ya que habían realizado vuelos similares sobre la Unión Soviética. A los soviéticos, excesivamente confiados en sí mismos, no se les había ocurrido siquiera cambiar o modificar el diseño.

---

[27] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 103.

* De 2.000 a 3.000 kilómetros. *[N. del T.]*

** De 1.000 a 2.500 kilómetros. *[N. del T.]*

[28] J. L. Anderson, *op. cit.*, pp. 527-528.

[29] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 103.

Considerando las cosas retrospectivamente, los cubanos lamentarían más tarde su servilismo hacía su aliado soviético. «Si hubiéramos sabido cómo eran aquellos misiles –les dijo Castro a sus colegas pocos años después, en 1968– y si nos hubieran planteado la cuestión del camuflaje, habría sido fácil decidir qué hacer. En un país en el que había tantos edificios en construcción, tantas granjas avícolas y todo tipo de cosas, habría sido de lo más fácil construir aquellas instalaciones bajo techado o algo así, y nunca las habrían descubierto»[30].

A pesar de esos recelos por parte de los cubanos, que no se dieron a conocer en aquel momento, los soviéticos siguieron adelante. El 10 de julio se tomó en el Kremlin la decisión formal de iniciar el despliegue de los misiles. Calcularon que las instalaciones estarían completadas al cabo de cinco meses, justo después de las elecciones a mitad de mandato en Estados Unidos. Los cubanos, que todavía pensaban que una relación pública y formalizada con la Unión Soviética sería una garantía menos provocadora de su futura seguridad, siguieron argumentando en favor de un simple pacto militar. Los soviéticos les siguieron la corriente y Raúl Castro viajó a Moscú a primeros de julio para iniciar la redacción del tratado.

Fidel, todavía preocupado por el posible descubrimiento del traslado de los misiles de un lado al otro del Atlántico, le pidió a su hermano que hiciera a Jruschev una sola pregunta: ¿Qué sucedería si la operación era descubierta mientras todavía se estaba llevando a cabo?[31]. Puede que entendiera bastante mejor que Jruschev que no sería fácil mantener el secreto, o quizá a Jruschev, siempre temerario, no le importaba en realidad demasiado. Según el informe cubano, le dio a Raúl una respuesta típicamente soez: «No se preocupe, agarraré a Kennedy por las pelotas y le haré negociar. Después de todo, ellos nos han rodeado con sus bases en Turquía y otros lugares»[32].

Raúl y el mariscal Malinovski iniciaron la redacción del tratado militar, que debía renovarse al cabo de cinco años. Incluía las instalaciones nucleares y entre sus cláusulas se estipulaba que los misiles con cabeza nuclear permanecerían bajo el mando del ejército soviético[33].

---

[30] *Ibidem*, pp. 121-122, citando las actas de una reunión del Partido Comunista de Cuba del 25 de enero de 1968.

[31] *Ibidem*, p. 103.

[32] *Ibidem*, p. 104.

[33] J. L. Anderson, *op. cit.*, p. 528.

Decidieron que el pacto se firmaría formalmente en La Habana en noviembre, cuando Jruschev esperaba visitar la isla, y revelar entonces la instalación de los misiles a un mundo asombrado[34]. Los trabajos de reconocimiento en Cuba comenzaron a mediados de julio. Un grupo de espeleólogos cubanos seleccionó varias cuevas adecuadas para almacenar armas y municiones, desplazando a las «familias campesinas que vivían en algunos de los lugares seleccionados» dándoles nuevas tierras y alojamientos[35].

A los soviéticos participantes en el proyecto, cuyo nombre en clave era Operación Anadir, se les dijo inicialmente que iban a participar en un ejercicio en el extremo norte de la Unión Soviética, junto al río que lleva ese nombre. Años después, el general al mando del proyecto, Anatoli Gribkov, explicaba la naturaleza de aquella tarea sin precedentes: tenía que «reunir y preparar a cerca de 51.000 soldados, aviadores y marineros; calcular las armas, equipo, abastecimiento y apoyo que tal contingente necesitaría para una estancia prolongada; hallar 85 buques mercantes para transportar hombres y maquinaria; ponerlos en el mar y asegurar la recepción adecuada y las condiciones de trabajo a su llegada a Cuba». También se le exigía «ocultar toda la operación y completarla en el plazo de cinco meses»[36].

Las unidades soviéticas comenzaron a llegar a primeros de agosto, descargando en siete puertos diferentes a lo largo de la costa cubana: Santiago, Nuevitas, Casilda, La Habana, Bahía Honda, Cabañas y Mariel.

> Las tropas desembarcaron, se reagruparon y viajaron por la noche en caravanas de 30 a 40 vehículos. Para asegurar que podrían llegar a su destino, las unidades de ingeniería soviéticas y cubanas tenían que reparar las carreteras o construir otras nuevas y preparar vados a fin de sortear los puentes incapaces de aguantar una carga tan pesada[37].

Las cabezas nucleares, con las que se completaba el envío, llegaron a primeros de octubre. Esa carga tan sensible fue embarcada en dos buques, el rompehielos *Indigirka*, que llegó el 4 de octubre, y el *Aleksan-*

---

[34] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, p. 711.

[35] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 110.

[36] A. I. Gribkov, W. Y. Smith y A. Friendly Jr., *Operation Anadyr: US and Soviet Generals recount the Cuban Missile Crisis*, Chicago, 1994, pp. 23-24.

[37] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 113.

drovsk, el 23 de octubre. El coronel Ivan Shishenko, el oficial soviético encargado de su almacenamiento, explicó que el *Indigirka* se hizo cargo de las cabezas nucleares, mientras que el otro buque transportaba municiones suplementarias que de hecho no llegaron a descargarse[38]. Ambos barcos navegaron desde Murmansk y tocaron tierra en Mariel.

Las cabezas nucleares se depositaron inicialmente en un barracón en Bejucal, en la provincia de La Habana, y allí permanecieron hasta que se transportaron a sus plataformas de lanzamiento el 26 de octubre, el día antes de que se resolviera finalmente la crisis. Uno de los problemas de su transporte en el clima tropical de Cuba era mantenerlas a una temperatura inferior a 20° C y hubo que preparar vehículos con aire acondicionado[39].

Castro hizo un último esfuerzo por convencer a Jruschev de que anunciara públicamente el tratado de defensa mutua, enviando a Guevara y Aragonés a Moscú en agosto para defender su posición. Aparentemente los dos cubanos llevaban las enmiendas cubanas al pacto militar esbozado por Raúl en julio, pero también esperaban persuadir a los soviéticos para que lo hicieran público. Todavía pensaban que si Jruschev firmaba el tratado y lo hacía público, eso podía bastar de por sí para disuadir a Estados Unidos de una eventual invasión. Los cubanos podrían entonces insistir en su derecho a aceptar una base soviética, como había hecho el gobierno turco cuando se establecieron en su país bases nucleares estadounidenses[40].

Guevara y Aragonés, cuando visitaron a Jruschev en su dacha de verano en Crimea, se encontraron con un muro de hormigón. Jruschev insistió en que el acuerdo debía permanecer en secreto hasta que los misiles estuvieran instalados. Los cubanos se vieron obligados a acceder a sus deseos. Resulta significativo que Jruschev demorara la firma del pacto de defensa mutua, diciendo que lo haría cuando visitara la isla a fin de año. Quizá se daba cuenta de que en algún momento podía surgir una crisis con Estados Unidos y que sería más fácil negociar con ellos de forma bilateral (o «agarrarlos por las pelotas», como había descrito tan gráficamente) si los cubanos no andaban enturbiando las aguas. Cuando Guevara le preguntó qué sucedería si los estadouniden-

[38] *Ibidem*, p. 114.
[39] *Ibidem*, p. 114.
[40] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, p. 711.

ses descubrían prematuramente la operación Anadir, Jruschev respondió con una sonrisa: «No tienen por qué preocuparse; no habrá problema por parte de Estados Unidos»[41].

Estaba muy equivocado; sí lo hubo, y enorme. Cuando Guevara y Aragonés regresaron a La Habana a primeros de septiembre, Estados Unidos ya estaba al tanto de la llegada de gran cantidad de material soviético a Cuba. Los reconocimientos a gran altura revelaron la existencia de los emplazamientos de plataformas de lanzamiento para los misiles SAM-2 y del creciente número de soldados soviéticos. El 7 de septiembre Kennedy pidió al Congreso estadounidense permiso para convocar a 150.000 reservistas y el anuncio de unos ejercicios militares que debían tener lugar en el Caribe en octubre acrecentó los temores a una inminente invasión estadounidense[42]. El 26 de septiembre el Congreso estadounidense adoptó una resolución que autorizaba al presidente a emprender acciones armadas contra Cuba si lo juzgaba necesario para evitar el establecimiento de una capacidad militar en la isla que pudiera poner en peligro la seguridad de Estados Unidos. Los peores temores de los cubanos se estaban materializando.

Cuando el comité de crisis del presidente Kennedy se reunió en la Casa Blanca el martes 16 de octubre y se discutió abiertamente si no se debía lanzar un ataque aéreo contra la isla, el secretario de Defensa Robert McNamara introdujo una nota de realismo más sobria en la discusión. No se podía lanzar un ataque contra las bases de misiles soviéticos, dijo, si ya estaban operativas:

> *Si* llegan a estar operativas *antes* del ataque aéreo, no creo que estemos en condiciones de afirmar que podemos destruirlas antes de que lancen los misiles. Y si los lanzan podemos dar por seguro el caos en parte de la costa este [de Estados Unidos], en un radio de 1.000 a 1.500 km desde Cuba[43].

McNamara también explicó que los bombardeos tendrían que extenderse a los campos de aterrizaje y silos de almacenamiento, y que

---

[41] J. L. Anderson, *op. cit.*, p. 529.

[42] Ese ejercicio incluía un desembarco naval en la isla de Vieques, junto a Puerto Rico, destinado a derrocar a un tirano inventado llamado Ortsac, esto es, el nombre de Castro invertido.

[43] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, p. 55.

esto implicaría «bajas potenciales de cubanos; de cientos, o más probablemente de unos pocos miles; digamos que de dos o tres mil». McNamara concluyó oponiéndose firmemente a cualquier plan de ataque aéreo: «Me opongo con firmeza al ataque aéreo, para ser totalmente franco, porque creo que el peligro para este país en relación con las ventajas que obtendríamos sería excesivo»[44].

El comité de crisis pasó entonces a examinar una posible invasión. McNamara pensaba que sería necesario «invadirlo para reintroducir el orden en el país». Tal invasión, dijo el general Maxwell Taylor, jefe de Estado Mayor, se podría organizar con 90.000 hombres, por mar y aire, lo que llevaría entre cinco y siete días[45].

El presidente Kennedy tomó entonces su primera y más importante decisión: «Vamos a desmantelar esos misiles». Ésta era la posición estadounidense más básica. No especificó cómo se iba a llevar a cabo, ni tomó partido en el debate sobre el ataque aéreo frente a la invasión. Simplemente pidió que se hicieran los preparativos para ambos planes. Entre cinco y siete días era lo que el general Taylor requería para estar dispuesto.

El gobierno cubano no sabía nada de esa decisión, pero durante el fin de semana del 20 y 21 de octubre fue alertado de una posible escalada de la crisis por lo que sucedía en Guantánamo. A la base estadounidense estaban llegando refuerzos a una escala desacostumbradamente amplia, y ordenándose, asimismo, a las familias civiles que vivían allí que abandonaran la base. En la mañana del lunes 22 de octubre el titular del diario *Revolución* era «Estados Unidos prepara una invasión de Cuba». Sin esperar al discurso por televisión de Kennedy, anunciado para aquella misma noche, y sin estar todavía seguro si presagiaba una inminente invasión, Castro puso aquel día en alerta a las fuerzas armadas cubanas y movilizó a unos 270.000 reservistas. El embajador de Cuba en la ONU recibió instrucciones para solicitar una sesión de emergencia del Consejo de Seguridad.

El comandante soviético en Cuba recibió aquel mismo día órdenes desde Moscú del mariscal Malinovski de «dar pasos inmediatos para acelerar la disposición de combate y rechazar al enemigo junto con el ejército cubano y con todo el poder de las fuerzas soviéticas», con la

[44] *Ibidem*, p. 59.
[45] *Ibidem*, p. 67.

importante excepción de los misiles R-12 y las cabezas nucleares[46]. Los soviéticos, como los estadounidenses, no deseaban perder el control de la crisis.

Tras una semana de discusiones secretas en Washington, Kennedy apareció en televisión la noche 22 de octubre para anunciar que una estrecha vigilancia de las instalaciones militares soviéticas en Cuba había revelado «una serie de emplazamientos de misiles ofensivos» que se estaban «preparando en esa isla prisionera». Cada misil táctico, capaz de transportar una cabeza nuclear a 1.500 km o más, dijo, sería «capaz de golpear Washington, el canal de Panamá, Cabo Cañaveral, Ciudad de México o cualquier otra ciudad en la parte sureste de Estados Unidos, en Centroamérica o en el área del Caribe». Otros misiles, de mayor alcance, podrían llegar a una distancia doble, siendo «capaces de golpear la mayoría de las principales ciudades del hemisferio occidental, llegando en el norte hasta la bahía de Hudson, en Canadá, y al sur hasta Lima en Perú». Cuba, prosiguió Kennedy, está situada «en un área bien conocida por haber mantenido relaciones especiales e históricas con Estados Unidos», y el estacionamiento de misiles era «un cambio injustificado y deliberadamente provocador en el *statu quo* que no puede ser aceptado por este país».

Kennedy había decidido ya qué hacer y había rechazado tanto los ataques aéreos como la invasión. Eligió una tercera opción, anunciando un bloqueo naval de la isla: «Todos los buques, de cualquier tipo, con destino a Cuba, desde cualquier país o puerto, serán devueltos si se encuentra sobre ellos un cargamento de armas ofensivas».

También pidió al Consejo de Seguridad que considerara una resolución estadounidense pidiendo «el pronto desmantelamiento y la retirada de cualquier tipo de armas ofensivas en Cuba». Tal acción exigiría inspectores; pedía que tuviera lugar «bajo la supervisión de observadores de las Naciones Unidas».

Kennedy concluyó con un emotivo llamamiento «al pueblo cautivo de Cuba», explicando que había «observado con profundo pesar cómo fue traicionada vuestra revolución nacionalista y vuestra patria cayó bajo la dominación extranjera. Ahora vuestros lideres ya no son

[46] T. Diez Acosta, *op. cit.*, p. 159.

líderes cubanos inspirados por ideales cubanos; son títeres y agentes de una conspiración internacional»[47].

Castro respondió al discurso de Kennedy la noche siguiente, también en televisión. Los acontecimientos recientes, dijo, eran la culminación de la política llevada a cabo por Estados Unidos desde el triunfo de la Revolución. Al igual que Kennedy hurgó en la historia, explicando que las «relaciones especiales e históricas» se remontaban a los últimos años del siglo anterior, cuando «nuestro progreso, nuestra independencia y nuestra soberanía» habían sido «recortadas por la política de los gobiernos yanquis». Los estadounidenses, prosiguió, lo habían intentado todo: presiones diplomáticas, agresión económica y «una invasión del tipo Guatemala: la invasión de Playa Girón». Ahora se embarcaban en una nueva aventura, «tratando de impedir que nos armemos con la ayuda del campo soviético». Castro descartaba cualquier posible intervención de la ONU y, con referencia a la prolongada crisis en el centro de África tras la muerte de Lumumba, dijo: «Rechazamos toda inspección: Cuba no es el Congo».

Invocando otros aspectos más distantes de la historia cubana, Castro aseguraba que Kennedy no era un hombre de Estado sino un pirata, término con una resonancia especial para los cubanos. Preguntó por qué los estadounidenses habían proclamado un bloqueo cuando «ya poseen el océano. [Henry] Morgan es el propietario de los mares. No digo [Francis] Drake, porque éste era una persona de algún renombre [...] Pueden investigar en los archivos [...] Pero en la historia de la piratería no encontrarán precedentes de ningún tipo para ese tipo de acción. ¡Es un acto de guerra en tiempo de paz!».

Los únicos precedentes, prosiguió Castro, se podían encontrar en la historia del fascismo: «Estados Unidos es hoy día, desgraciadamente, el refugio de la reacción mundial, del fascismo, del racismo y de las corrientes más retrógradas y reaccionarias del mundo. Esto es un hecho histórico. En otro tiempo fue un país de libertad. Pero aquellos días de Lincoln han desaparecido; de Lincoln a Kennedy hay un largo trecho». Castro concluía blandiendo su propia disuasión nuclear, prestada por la URSS: «El pueblo debe saber lo siguiente: contamos con los medios precisos para repeler un ataque directo [...] Estamos corriendo riesgos

[47] El texto completo del discurso de Kennedy se halla en E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, pp. 276-281.

que no tenemos otra posibilidad que asumir [...] Tenemos el consuelo de saber que en una guerra termonuclear los agresores, los que desencadenen una guerra termonuclear, serán exterminados. Creo que no hay ambigüedad de ningún tipo al respecto»[48].

Aquella semana el estado de ánimo en Cuba era bastante relajado, pese a las arrebatadas amenazas de Castro. Kennedy había dirigido en su discurso una posdata al «pueblo cautivo» de Cuba, pero la gente en La Habana tenía una sensación muy diferente en aquel momento, bien resumida por el historiador estadounidense Robert Quirk en su biografía de Castro:

> En octubre de 1962 la inmensa mayoría de la población estuvo junto a su gobierno durante la crisis, como había hecho en el momento de la invasión de bahía de Cochinos; unos porque apoyaban las reformas sociales y económicas y otros porque para ellos el orgullo nacional estaba por encima del bienestar económico. Mientras los más altos gobernantes de Moscú y Washington debatían el destino de millones de personas, para la mayoría de los cubanos la vida proseguía como de costumbre. Acudían en autobuses checos a sus lugares de trabajo, se amontonaban en las cafeterías populares y establecimientos de refrescos y esperaban haciendo cola para comprar los alimentos racionados; algunos quizá compraban más de lo que debían. Durante el día los niños aprendían sus lecciones en la escuela. A lo largo del malecón hombres y muchachos pescaban desde la orilla[49].

En Washington, entretanto, se había vuelto a desempolvar de nuevo la Operación Mangosta. El martes 16 de octubre, tras la reunión del Consejo de Seguridad Nacional celebrada por la mañana, Robert Kennedy mantuvo una reunión con los funcionarios involucrados en el proyecto y se refirió a «la insatisfacción general» del presidente con los progresos hechos hasta entonces. Centró la discusión en un nuevo programa de sabotajes que acababa de preparar la CIA. Presionado por Richard Helms en cuanto al objetivo último de la operación y qué se podía prometer a los exiliados cubanos, Robert Kennedy indicó que

---

[48] El texto completo del discurso de Castro se halla en T. Diez Acosta, *op. cit.*, pp. 224-255.

[49] R. Quirk, *op. cit.*, p. 434.

el presidente podría estar reconsiderando «una acción militar estadounidense». Se preguntó en voz alta cuántos cubanos defenderían realmente a Castro «si el país fuera invadido». Los especialistas de la Operación Mangosta siguieron discutiendo la posibilidad de utilizar a exiliados cubanos para atacar las plataformas de misiles nucleares, pero afortunadamente para todos Robert Kennedy «y el resto del grupo acordaron que esa opción no era viable»[50].

El bloqueo naval estadounidense comenzó el miércoles 24 de octubre y al día siguiente el gobierno soviético ordenó a los capitanes de sus buques que se mantuvieran fuera de la zona bloqueada. La orden afectaba a los navíos que transportaban misiles nucleares R-14 y a sus submarinos de escolta, que debían llegar a puerto aquel mismo día. Aunque los días siguientes estuvieron cargados de ansiedad, la solución final a la crisis fue relativamente simple. Jruschev envió a Kennedy una carta el viernes 26 de octubre afirmando que su intención al enviar a Cuba lo que denominaba «misiles defensivos» era evitar una repetición de lo sucedido en bahía de Cochinos. Los retiraría satisfecho si Estados Unidos manifestaba su compromiso de no invadir la isla. Dado que antes de la crisis Estados Unidos no tenía intención de apoyar otra invasión de los exiliados, Kennedy y sus consejeros aceptaron felices esa oferta en una carta enviada al día siguiente. Para salvar la cara insistieron en que inspectores de la ONU verificaran la retirada soviética, una petición que resultaba aceptable para Jruschev pero que fue rechazada furiosamente por Castro. El acuerdo soviético-estadounidense también contenía una cláusula tácita según la cual los misiles estadounidenses en Turquía, considerados obsoletos, serían retirados.

Castro, cuya Revolución se situaba en el corazón mismo de la crisis, permaneció totalmente ajeno a esos acontecimientos y decisiones. No había pedido que se instalaran los misiles en Cuba, ni nadie le solicitó permiso cuando fueron retirados. Para disimular su humillación, el 28 de octubre realizó una declaración en la que señalaba que él también tenía una opinión, aunque nadie le prestara atención. La promesa de Kennedy de que no habría una nueva invasión de Cuba, dijo, era ineficaz a menos que se tomaran otras medidas como la retirada del bloqueo naval y económico, además de poner fin a la actividad subversiva contra Cuba desde Estados Unidos, a los «actos de piratería» llevados a cabo desde ba-

[50] E. R. May y P. D. Zelikow, *op. cit.*, p. 77.

ses estadounidenses, a la violación del espacio aéreo cubano y sus aguas territoriales y a la ocupación estadounidense de Guantánamo. Implícita en esa declaración estaba la creencia de que esas cinco demandas formarían parte de la negociación entre Jruschev y Kennedy.

Cuando la crisis inmediata había pasado Jruschev envió a Mikoyan a La Habana para mejorar un poco las relaciones. Llegó el 2 de noviembre y se vio obligado a permanecer durante tres semanas para aplacar la irritación del líder cubano[51]. Tuvo que discutir con él, no sólo la inspección, a la que los cubanos seguían oponiéndose terminantemente, sino también la retirada de los bombarderos Iliushin–28 de Cuba, que los estadounidenses habían añadido posteriormente a sus demandas. Mikoyan no tenía capacidad para negociar con los cubanos, ya que las decisiones se habían tomado con anterioridad en Moscú. Su tarea consistía en persuadir a Castro para que aceptara la inspección y, al cabo de tres semanas, tuvo que admitir su fracaso. Castro era irreductible. No habría inspección.

El presidente Kennedy anunció el final formal de la crisis en una conferencia de prensa el 20 de noviembre: «Por supuesto, no abandonaremos los esfuerzos políticos, económicos y de otro tipo en este hemisferio para impedir la subversión desde Cuba, ni nuestro propósito y esperanza de que el pueblo cubano sea algún día totalmente libre. Pero esa política es algo muy diferente de cualquier intento de desencadenar una invasión militar de la isla». McNamara anunció el levantamiento del bloqueo naval aquel mismo día.

Los buques soviéticos partieron de Cuba llevándose los misiles nucleares y sus tropas. Estados Unidos retiró su demanda de inspección y decidió que la vigilancia aérea (que los cubanos no podían impedir) sería suficiente. En Cuba reinaba el desaliento. La crisis de los misiles fue uno de los pocos acontecimientos en el transcurso de la Revolución que Castro no pudo inclinar en su favor. No estaba acostumbrado al fracaso y la humillación, y menos aún a manos del aliado con el que se había comprometido tan recientemente.

«Los acontecimientos de aquellos días dejaron una sensación de desilusión y amargura», escribió Tomás Diez Acosta, el historiador ofi-

---

[51] Mikoyan recibió al llegar la noticia de que su mujer había muerto, y su hijo Sergo, que solía acompañarle como su secretario privado, tuvo que regresar a Moscú mientras que él permanecía en La Habana.

cial cubano de la crisis, cuyo informe reflejaba las opiniones de Castro. La sensación de desilusión provenía del «pobre papel político de la Unión Soviética» al aceptar todas las exigencias de Estados Unidos, lo que había dejado a Cuba «en una situación muy comprometida», ya que tuvo que oponerse en solitario «a la humillante demanda estadounidense de una inspección sobre el terreno».

> Aún peor era el tratamiento público del intercambio propuesto de los misiles soviéticos en Cuba por los misiles estadounidenses en Turquía. Para los soviéticos habría sido más honorable –y para los cubanos una cuestión de estricta justicia– haber pedido primero la devolución del territorio ilegalmente ocupado por la base naval de Guantánamo y la retirada de las tropas estadounidenses estacionadas allí.
>
> Tras aquella amarga pero instructiva experiencia –en la que Cuba no fue consultada ni tenida en cuenta como debía haberlo sido–, los cubanos nunca volvieron a tener la misma confianza en la capacidad de la dirección política soviética para solucionar los problemas internacionales[52].

Los sucesivos gobiernos estadounidenses mantuvieron la promesa de Kennedy (nunca oficialmente confirmada) de no invadir Cuba. Otros países del Caribe –la República Dominicana, Granada, Panamá, Haití– sufrieron las atenciones de las tropas estadounidenses, pero Cuba siguió siendo sacrosanta. Incluso cuando la Unión Soviética se vino abajo a finales de la década de 1980, y entre los exiliados cubanos surgieron esperanzas de que un movimiento más activo para derrocar a Castro recibiera el apoyo de Washington, la promesa realizada en 1962 se mantuvo.

Pero también se mantuvo, por supuesto, la retórica anticastrista. La isla quedó aislada diplomáticamente y se alentó a los exiliados a proseguir sus programas de acoso. En diciembre Kennedy presidió una ceremonia en el estadio Orange Bowl de Miami para recibir a los prisioneros capturados en bahía de Cochinos tras su puesta en libertad. Al aceptar de ellos su bandera de combate, prometió que les sería devuelta en una «Habana libre».

La CIA seguía entretanto jugando con muchas barajas, y aunque la Operación Mangosta quedó oficialmente descartada, prosiguió en todo menos en el nombre. Se creó una nueva unidad del Departa-

[52] T. Diez Acosta, *op. cit.*, pp. 199-200.

mento de Estado –el Coordinador de Asuntos Cubanos– para recomendar «nuevas iniciativas» con respecto a Cuba. En abril de 1963 éste manifestó que la «actual política encubierta» suponía mantener la ayuda a los exiliados, quienes todavía creían que el gobierno de Castro podía ser «derrocado desde dentro» y planeaban ataques y sabotajes contra el comercio cubano[53]. En junio Kennedy autorizó a la CIA un programa limitado de «ataques rápidos» contra blancos seleccionados, que se amplió en otoño para incluir el sabotaje en plantas eléctricas, refinerías de petróleo e ingenios azucareros.

«Lo advertimos en seguida», recordaba Castro más tarde, sugiriendo una reiteración del periodo histórico marcado por las «bases piratas en Centroamérica y las incursiones piratas sobre nuestras costas». Esa forma moderna de piratería, según dijo,

> era llevada a cabo con total impunidad por buques equipados con los instrumentos electrónicos más modernos [...] Así, en la gran y extraordinaria era del internacionalismo proletario y de los misiles intercontinentales, nos vimos obligados a regresar al tiempo de los piratas holandeses, de Drake, Jacques de Sores y todos aquellos caballeros cuyas hazañas habíamos leído en los libros de historia[54].

Esos ataques a lo largo de la costa cubana iban a proseguir durante toda la década de 1960, exasperando al gobierno y a la población y sirviendo como excusa al gobierno para mantener un servicio secreto cada vez más vasto y poderoso. Como en los días del domino español, el capitán general de la isla se veía obligado a emplear la mano dura contra los «piratas» y quienes los apoyaban en la isla.

La luna de miel de Castro con la Unión Soviética, mayo de 1963

A raíz de la desastrosa quiebra de confianza entre La Habana y Moscú tras la crisis de los misiles, Jruschev trató de mejorar sus relaciones

[53] J. Blight y P. Brenner, *Sad and Luminous Days: Cubas Struggle with the Superpowers after the Missile Crisis*, Nueva York, 2002, pp. 275-276.

[54] Discurso «secreto» de Castro del 26 enero de 1968, citado en J. Blight y P. Brenner, *Sad and Luminous Days*, cit., p. 66.

con Castro enviándole una larga y seductora carta en enero de 1963 en la que le invitaba a visitar Moscú en abril. Para impresionar al dirigente cubano los soviéticos enviaron a recogerlo a La Habana su nuevo Tupolev-114, el avión de línea mayor y más pesado del mundo en aquel momento y el más rápido de los aviones turbopropulsados de la historia; podía volar directamente desde La Habana hasta Murmansk en doce horas. Castro llevó consigo un equipo de fidelistas fiables, incluido Emilio Aragonés (el hombre nombrado para organizar el nuevo partido comunista revolucionario tras la destitución de Aníbal Escalante), Sergio del Valle, José Abrantes (jefe de la seguridad del Estado y antiguo miembro de la organización juvenil comunista) y René Vallejo. Aparte de Abrantes, entre ellos no había ningún viejo marxista.

Castro fue saludado en el aeropuerto de Moscú el 28 de abril por Jruschev y Leonid Brezhnev, además del cosmonauta Yuri Gagarin. La visita de los cubanos era importante para Jruschev, que deseaba hacer olvidar sus propios problemas incluyéndose en la gloria que aureolaba al líder revolucionario cubano y demostrando a su partido y a su pueblo que había estado acertado al respaldar a ese nuevo recluta para el campo soviético. También necesitaba asegurar que el caprichoso Castro y sus indisciplinados seguidores no se desplazaran a la esfera de influencia china, en un momento en que la disputa chino-soviética se hallaba en pleno auge.

La visita de Castro fue un enorme éxito. La bienvenida popular al líder cubano fue espontánea y entusiasta; Castro era festejado allí donde iba y los soviéticos se sentían seducidos por aquel atractivo héroe de los trópicos[55]. Castro acudió a cenas de gala y a un espectáculo en el Bolshoi, pero también escapó de sus anfitriones y paseó sin vigilancia por la plaza Roja, disfrutando de los aplausos de la multitud. El 1 de mayo contempló desde lo alto del mausoleo de Lenin, junto a Jruschev, cómo cruzaban la plaza los lanzamisiles soviéticos.

Castro permaneció en Moscú una semana y luego viajó durante un mes por la Unión Soviética, siguiendo un plan preestablecido. Visitó Tashkent y Samarcanda, haciendo las delicias de la audiencia en una granja colectiva cuando pronunció unas frases en uzbeko, y llegó hasta Irkutsk, donde paseó por la orilla del lago Baikal. Luego regresó a Leningrado pasando por Krasnoiarsk (en Siberia) y Sverdlovsk (en los

[55] R. Quirk, *op. cit.*, p. 460.

Urales), y luego desde Kiev regresó a Moscú, donde asistió a un mitin final en el estadio Lenin. Pero ni siquiera entonces había acabado la visita. Castro y Jruschev fueron juntos a la dacha del líder soviético junto al Mar Negro y visitaron Tbilisi, en Georgia. Hasta junio no regresó Castro a Moscú, para embarcar en el gran Tu-114 turbopropulsado de regreso a La Habana desde Murmansk.

Las discusiones durante su visita a la Unión Soviética iban a tener un importante efecto sobre la política económica de la Revolución. Cuba abandonó los visionarios proyectos de Che Guevara sobre la diversificación económica y se concentró –con ayuda soviética– en la producción de azúcar. El gobierno cubano, señalaba aprobadoramente un economista soviético, se había negado a emprender «la vía aventurera de la autarquía», lo que podía entenderse como una crítica al PC chino, pero también a los planes alternativos propuestos por Guevara[56]. En cuanto al conflicto chino-soviético, Castro había hecho ya su elección, obligado por imperativos económicos. China enviaba a Cuba arroz, circos y condones, mientras que la Unión Soviética le enviaba los elementos necesarios para la construcción de fábricas enteras, así como maquinaria agrícola y armas, y por supuesto le compraba grandes cantidades de azúcar[57].

La prolongada visita de Castro a la Unión Soviética descartó cualquier esperanza de un acercamiento a Estados Unidos. «Ningún líder satélite ha pasado nunca cuarenta días seguidos en Rusia –señaló el presidente Kennedy a los periodistas–, gozando de tanta estimación y de la atención personal de Jruschev»[58]. Lejos de tratar de establecer «canales de comunicación» con Castro, como recomendó en junio un comité del Consejo de Seguridad Nacional, el gobierno estadounidense insistió en un programa de sabotaje de «importantes segmentos de la economía cubana»[59]. La retórica pública seguía por ambos lados, e igualmente se mantenían los ataques a lo largo de la costa cubana, aunque Castro y Kennedy expresaran en privado su interés por explorar estrategias alternativas, Jean Daniel, periodista francés de *L'Express,* los entrevistó a ambos en octubre y noviembre de 1963 y escribió un

[56] *Ibidem,* p. 473.
[57] *Ibidem,* p. 477.
[58] *Ibidem,* p. 475.
[59] *Ibidem,* p. 474.

informe esperanzado; pero ya era demasiado tarde. El 22 de noviembre, el mismo día en que Daniel almorzaba con Castro, el presidente Kennedy fue asesinado en la ciudad tejana de Dallas. La fantasía de una posible mejora de las relaciones cubano-estadounidenses se desvaneció para siempre.

Castro hizo una segunda visita a la Unión Soviética en enero de 1964, porque Jruschev necesitaba asegurarse de que los cubanos aceptaban la política soviética de coexistencia pacífica y no causarían problemas con la nueva administración estadounidense del presidente Johnson. Castro, por su parte, quería obtener los mejores términos posibles en el comercio del azúcar. Al cabo de diez días los dos líderes habían llegado a un acuerdo en ambos puntos. Jruschev acordó comprar el azúcar cubano al muy favorable precio de 6 centavos de dólar por libra, al menos hasta 1970. Los soviéticos comprarían 2,1 millones de toneladas en 1965, 3 millones en 1966, 4 millones en 1967 y 5 millones a partir de esa fecha. La Revolución, que antes había tratado escapar de la tiranía de la producción de azúcar, se veía ahora encadenada a ella para mucho tiempo.

En cuanto a la coexistencia pacífica, Castro y Jruschev acordaron que debía permitirse a los movimientos revolucionarios utilizar vías pacíficas y no pacíficas hasta la liquidación final del capitalismo, lo que suponía un guiño al PC chino, pero también un reconocimiento de que Cuba todavía tenía esperanzas de promover revoluciones triunfantes en Latinoamérica.

El primer éxodo: Camarioca, 1965

La adopción del comunismo por la Revolución aumentó el número de cubanos que deseaban dejar la isla, pero como los vuelos comerciales entre Cuba y Estados Unidos se habían interrumpido tras la crisis de los misiles, la huida al exilio se había hecho cada vez más difícil. Durante los primeros años de la Revolución el procedimiento para abandonar la isla era relativamente simple, aunque no siempre exitoso. Los potenciales exiliados necesitaban un billete de avión, un permiso de salida del gobierno cubano y un visado de entrada en Estados Unidos del gobierno estadounidense, práctica habitual para los ciudadanos de países latinoamericanos en aquella época. Los visados estadounidenses solían ser

difíciles de obtener y sólo en circunstancias excepcionales se concedían a conocidos izquierdistas. Conseguir un permiso de salida de Cuba era con frecuencia una pesadilla burocrática, que exigía la verificación del pago de todos los impuestos por ingresos y propiedades. Pero a pesar de los obstáculos decenas de miles de cubanos abandonaron la isla.

Parte de la población cubana se había ido acostumbrando durante siglos al exilio, fenómeno alimentado por tradiciones de pobreza, opresión y desacuerdo político con el régimen que estuviera en el poder, cualquiera que fuera éste. Los opositores de clase media al dominio colonial español durante el siglo XIX encontraron refugio en Europa y Estados Unidos. En aquellos años, miles de trabajadores –en particular de la industria tabaquera– se trasladaron a Florida y establecieron allí florecientes comunidades que siguieron siendo cubanas en su aspecto externo y en sus relaciones internas. Durante las guerras de la independencia los activistas a menudo eran enviados a cumplir sus penas a las cárceles españolas en África, ya fuera en Ceuta, en la costa de Marruecos o en la isla de Fernando Poo. La política fluía incesantemente entre las comunidades cubanas en la isla y en los continentes europeo o americano. Las guerras de independencia fueron organizadas y financiadas por cubanos en el exilio, como lo fue la guerra contra Batista. El éxodo desde Cuba durante la era castrista creó pautas de vida en el extranjero similares a las experimentadas por generaciones anteriores.

Los primeros en abandonar Cuba tras la Revolución fueron los implicados en el gobierno de Batista, sus beneficiarios y principales seguidores. La Revolución los había señalado especialmente como blancos a batir y las primeras ejecuciones de conocidos asesinos y torturadores indicaban que no tendrían una vida fácil en la nueva Cuba. Las estimaciones sugieren que algo más de 40.000 personas abandonaron la isla durante los dos primeros años[60].

Un segundo grupo, bastante mayor, fue el formado por los descontentos con el giro radical de la Revolución. Mucha gente de la clase media liberal cubana se sentía partícipe de la guerra contra Batista, aunque sólo fuera marginalmente, pero no aprobaba el giro hacia el socialismo y menos aún el comunismo. Los católicos lo bastante ricos para educar a sus hijos en escuelas privadas fueron los primeros oposi-

[60] R. Fagen, R. Brody y T. O'Leary, *Cubans in Exile: Disaffection and the Revolution*, Palo Alto, Calif., 1968, p. 63.

tores al giro de la Revolución hacia la izquierda. Tales personas solían suponer que la permanencia de Castro en el gobierno sería breve y muchos huyeron a Miami con la seguridad de que regresarían pronto. Las estimaciones indican que en 1961 fueron unos 80.000 y en 1962 alrededor de 70.000[61].

«Muchos de los que partieron –escribía el embajador estadounidense Bonsal en sus memorias– lo hicieron con la convicción de que regresarían pronto y encontrarían su país y su forma de vida de restauradas sin la necesidad de un serio esfuerzo por su parte»[62]. Esos emigrantes voluntarios subestimaron la tenacidad de la Revolución, pero algunos eran todavía niños y no tenían otra opción. En 1961 y 1962 salieron de Cuba unos 14.000 niños en un puente aéreo que se llegó a conocer como «Operación Peter Pan»[63]. Los padres estaban con frecuencia desesperados por que sus hijos escaparan a lo que entendían como adoctrinamiento comunista y pensaban que los cuidarían mejor en Florida. Lo que esperaban que fuera una breve separación se convirtió a veces en toda una vida.

La partida inicial de los seguidores de Batista supuso un considerable beneficio para la Revolución, al desarraigar eficazmente las bases sociales y financieras de la contrarrevolución y dejar a la oposición interna sin centro o liderazgo. Algunos historiadores aseguran que la estabilidad política de la Revolución se puede explicar en gran medida por ese desarraigo de la oposición potencial.

El exilio pudo quizá ser menos traumático para los cubanos que para los atrapados en otras revoluciones, ya que la existencia de florecientes comunidades cubano-estadounidenses en Florida, establecidas en el siglo XIX, proporcionaba una fácil acogida a la primera generación de exiliados[64].

---

[61] R. Fagen, R. Brody y T. O'Leary, *op. cit.*, y L. Pérez, *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy,* Oxford, 1988, p. 245. Distintos autores ofrecen cifras ligeramente diferentes. Según José Luis Llovio-Menéndez, el primer éxodo en masa en 1959, de cerca de 75.000 personas, lo protagonizaron cubanos ricos o relacionados con el régimen de Batista, o ambas cosas. Entre 1960 y 1962 dejó la isla un grupo mayor, de alrededor de 190.000 personas, miembros de las clases profesionales, especialistas técnicos y obreros especializados. J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 88.

[62] P. Bonsal, *op. cit.*, p. 164

[63] Y. Conde, *Operation Pedro Pan,* Londres, 1999.

[64] A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *The Fractured Blockade: West European-Cuban Relations during the Revolution,* Londres, 1993, p. 3.

La tasa de éxodo experimentó un brusco declive tras la crisis de los misiles, cuando los vuelos entre Cuba y el continente se interrumpieron durante tres años. Los que pretendían escapar sólo podían hacerlo por mar, una empresa arriesgada e incierta. Castro, deseoso de establecer un éxodo más ordenado, anunció en septiembre de 1965 una nueva política, declarando abiertamente que la participación en la Revolución era estrictamente voluntaria; cualquiera que deseara dejar la isla por «el paraíso yanqui» era libre de hacerlo, según dijo a una asamblea de los Comités de Defensa de la Revolución. El hecho de que la gente escapara en pequeñas lanchas, «y muchos de ellos se ahogaran», estaba siendo utilizado por Estados Unidos «como propaganda». La Voz de América aseguraba que Cuba era «una prisión» de la que su pueblo deseaba escapar[65]. Había que hacer algo.

Como no había vuelos directos, la solución era disponer un puerto desde el que se pudieran realizar salidas legales y ordenadas. Camarioca, un puerto pesquero al oeste de las instalaciones playeras de Varadero, fue seleccionado como lugar ideal. Estaría abierto desde octubre, dijo Castro, a los barcos de exiliados cubanos que quisieran acudir a recoger a sus parientes. Los términos eran duros: los que se iban estaban obligados a dejar sus hogares y propiedades al gobierno. La respuesta fue inmediata: varios miles de cubanos se dirigieron a Camarioca desde todos los rincones de la isla y cientos de pequeños lanchas llegaron desde Florida para recogerlos.

Muchos no llegaron nunca al otro lado. Wayne Smith, un diplomático estadounidense que trabajaba en la oficina cubana en Washington, escribió más tarde que los guardacostas estadounidenses hicieron cuanto pudieron por mantener las lanchas bajo vigilancia, pero era una batalla perdida. «Mucha gente que no había navegado jamás se lanzaba al mar en embarcaciones pequeñas y totalmente inadecuadas». Una docena de lanchas se hundieron y los guardacostas, exhaustos, predijeron que pronto se produciría «una importante tragedia» a menos que se interrumpiera la operación[66].

El problema humanitario era bastante serio y los medios de comunicación le dieron mucha publicidad. Para la administración esta-

---

[65] W. Smith, *The Closest of Enemies, a personal and diplomatic account of US Cuban relatiom since 1957*, Londres, 1987, p. 90.

[66] *Ibidem*, p. 91.

dounidense resultaba políticamente más dañina la llegada imprevista de refugiados no controlados. Había que hacer algo para interrumpir el flujo antes de que se convirtiera en una importante cuestión política y, por ello, el gobierno estadounidense pidió conversaciones con el cubano, en lo que fue el primer contacto oficial en varios años. Castro acordó interrumpir el «puente balsero» desde Camarioca el 15 de noviembre. Durante aquel éxodo, que duró todo un mes, cerca de 3.000 cubanos salieron por aquella playa, en la que todavía quedaban otros 2.000.

El gobierno estadounidense sugirió el establecimiento de un puente aéreo regular para llevar a Miami a los cubanos que quisieran salir de la isla y cuyas peticiones hubieran sido aceptadas por la «sección de intereses» estadounidenses de la embajada suiza en La Habana. Para su sorpresa, Castro aceptó la propuesta.

El presidente Johnson firmó una nueva ley de inmigración el 3 de octubre, la Ley de Ajuste Cubano *(Cuban Adjustment Act),* y anunció a los eventuales exiliados con tono vibrante que «quienes busquen refugio aquí, en los Estados Unidos de América, lo encontrarán». Pidió al Congreso estadounidense que aprobara un fondo de 12 millones de dólares para financiar los vuelos, dando prioridad a los entre 15.000 y 20.000 cubanos que ya tenían parientes viviendo en Estados Unidos. También declaró su disposición a aceptar presos políticos cubanos, entonces estimados de forma bastante vaga por Estados Unidos entre 15.000 y 30.000.

Los «vuelos de la libertad» negociados por Johnson y Castro comenzaron en diciembre, con dos vuelos al día, cinco días la semana, desde el aeropuerto de Varadero. Los 2.000 emigrantes concentrados en la playa de Camarioca fueron finalmente trasladados a Miami en barcos contratados por el gobierno estadounidense. Los vuelos prosiguieron durante seis años, hasta agosto de 1971, cuando el presidente Nixon ordenó su interrupción. Castro también deseaba que terminaran, considerándolos «un drenaje innecesario de fuerza de trabajo»[67].

El gobierno estadounidense pagaba los vuelos y proporcionaba una subvención de 100 dólares a cada familia. El gasto total durante el periodo de seis años de 1965 a 1971 fue de 50 millones de dólares y durante ese tiempo unos 3.000 vuelos trasladaron a más de un cuarto de

[67] R. Quirk, *op. cit.*, p. 683.

millón de cubanos (260.561) al exilio en Estados Unidos[68]. A finales de la década de 1980 el total de cubanos exiliados en Estados Unidos se acercaba al millón, aproximadamente el 10 por 100 de la población[69].

La composición social de esa inmensa diáspora fue cambiando con el tiempo. Los exiliados de principios de la década de 1960 provenían principalmente de la clase media blanca y recibieron una buena acogida en Estados Unidos. En las décadas de 1970 y 1980 provenían también de otros sectores de la sociedad, con menor formación y habilidades, y muchos de ellos eran negros. Éstos, como sus colegas inmigrantes de Puerto Rico, la República Dominicana y Haití, se encontraban en un escalón más bajo de la escala de oportunidades cuando llegaban a Estados Unidos, viéndose afectados por el desempleo, la discriminación y un acceso más reducido a la educación y los servicios sociales.

La Ley de Ajuste Cubano del presidente Johnson otorgaba derecho de residencia automático a cualquier cubano sin documentos que llegara a suelo estadounidense. Acuerdos migratorios posteriores, firmados por el presidente Clinton en 1994 y 1995, establecían que todos los cubanos interceptados por los guardacostas en el mar serían devueltos a Cuba, lo que dio lugar a un nuevo fenómeno: lanchas ligeras ilegales recogían emigrantes en Cuba por una gran suma y evitando los guardacostas cubanos y estadounidenses los desembarcaban en la costa de Florida, donde podían solicitar inmediatamente la residencia en Estados Unidos.

La emigración a lo largo de los años de más de un millón de cubanos fue una trágica experiencia para éstos y una herida duradera para la Revolución. La oposición cubana a la Revolución desde el extranjero, financiada y apoyada por el gobierno estadounidense, mostró sus dientes en bahía de Cochinos y siguió siendo una seria amenaza para la Revolución; pero las acciones subversivas de los exiliados carecían de legitimación en su patria original y sólo servían para fortalecer la Revolución.

Para el gobierno cubano, la emigración a gran escala durante los primeros años supuso una severa pérdida de habilidades profesionales y

---

[68] R. M. Levine, *Secret Missions to Cuba. Fidel Castro, Bernardo Benes, and Cuban Miami,* Nueva York, 2001, p. 68.

[69] Del millón de emigrantes cubanos a Estados Unidos, más de la mitad se instalaron en el sur de Florida, principalmente en el condado de Dade. Unos 80.000 lo hicieron en Nueva Jersey, 60.000 en California, 20.000 en Illinois y 15.000 en Texas. L. Pérez, *Cuba and the United States* (2.ª ed., 1997), cit., p. 253.

técnicas, aunque no dejaba de tener ventajas políticas, e incluso económicas. Dudley Seers, un economista británico, descubrió en un viaje de estudios en 1962 que proporcionaba «al gobierno grandes casas y automóviles, ya que los refugiados que escapaban tenían que renunciar a ellas. También reducía la demanda de bienes de consumo y al mismo tiempo modificaba la composición de esa demanda, ya que quienes se iban eran en buena medida consumidores de artículos de lujo»[70].

Muchas casas fueron puestas a disposición de instituciones públicas y otras sirvieron para el alojamiento de estudiantes de provincias y asesores extranjeros o para los programas de reasentamiento de chabolistas, trasladando felizmente a familias negras a áreas burguesas donde antes tenían prohibido vivir. Cuarenta años después grandes zonas áreas del centro y la periferia de La Habana siguen habitadas por gente que parece ocuparlas provisionalmente como si todavía no pudieran creer del todo en su suerte.

La dudosa pérdida para La Habana fue una ganancia cierta para Florida, donde a mediados de la década de 1980 florecían alrededor de setecientos millonarios de origen cubano y el exilio cubano suponía cerca de mil millones de dólares en la economía local, en manos de los orgullosos propietarios de miles de pequeños negocios: supermercados, restaurantes, joyerías, fábricas de muebles, panaderías, tiendas de ropa, escuelas privadas, expendedurías de tabaco, tiendas de discos, editoriales y emisoras de radio. Miles de médicos cubanos, cientos de abogados y banqueros, así como muchos empresarios de la construcción, se establecieron en Florida[71]. Durante los primeros siglos de la conquista Florida y Cuba estuvieron unidas bajo la bandera española; a principios del siglo XXI ambos sectores de la comunidad cubana parecen irrevocablemente separados, aunque estén para siempre unidos por lazos de parentesco, historia y memoria.

La exportación de la Revolución: Latinoamérica, 1962-1967

Mientras los cubanos despechados huían a Miami, grupos bastante más pequeños abandonaban Cuba para fomentar movimientos revolu-

[70] D. Seers (ed.), *op. cit*, p. 32.
[71] Pérez, *Cuba and the United States,* cit., p. 2

cionarios en Latinoamérica. Desde los primeros meses de la Revolución los líderes cubanos hablaban de derrocar a los dictadores del Caribe y de extender las operaciones de su ejército rebelde al continente latinoamericano. Che Guevara subrayó las implicaciones del éxito de la Revolución en su primer mes: «[Con] el ejemplo de nuestra revolución y las lecciones que de ella se derivan para América Latina, hemos echado por tierra todas las teorías de café. Hemos demostrado que un puñado de hombres decididos, con el apoyo del pueblo y sin temor a morir si fuera preciso, puede hacer frente a un ejército disciplinado y derrotarlo de forma total. Ésta es la lección esencial»[72].

Guevara no estaba solo. Las posibilidades continentales de la Revolución fueron el tema de uno de los primeros discursos de Castro, en enero de 1959: «¡Los pueblos de nuestro continente necesitan una Revolución como la que hemos hecho en Cuba!». Más tarde habló osadamente de que los Andes podían convertirse en la Sierra Maestra de la Revolución latinoamericana.

Como otros revolucionarios, los cubanos soñaban que su experiencia cambiaría el mundo; su retórica internacionalista era ejemplar. Pero hasta 1962 no tomaron la decisión consciente de poner en práctica sus teorías revolucionarias y promover activamente la guerra de guerrillas en Latinoamérica. Alentado por Guevara, Castro hizo planes para acelerar la historia.

Tras la radicalización de la Revolución, a raíz de la invasión de bahía de Cochinos en 1961, Cuba quedó cada vez más aislada en el hemisferio latinoamericano. Todos los gobiernos, con la excepción del de México, rompieron sus relaciones diplomáticas con Cuba y se unieron al embargo económico estadounidense. Cuba planeaba escapar de ese aislamiento derrocando esos gobiernos mediante la estrategia guerrillera que se había demostrado tan eficaz contra Batista.

Guevara era el defensor más explícito de esa política y su principal inspirador. Había viajado por todo el continente desde su juventud y era el único revolucionario en Cuba con un conocimiento directo e íntimo de su geografía y su historia contemporánea. Creía fervientemente que pequeños grupos de hombres armados podrían derrotar ejércitos bien organizados, como habían hecho en Cuba, y desplegó

[72] Conferencia a la asociación Nuestro Tiempo, La Habana, 29 de enero de 1959, en E. Che Guevara, *Obras, 1957-1967*, La Habana, 1970, pp. 21-22.

una argumentación convincente, aunque ignoraba la gran diferencia existente entre los frágiles mini-Estados del Caribe y Centroamérica y las sustanciales economías y ejércitos de Sudamérica. Los primeros apenas contaban con poco más que una fuerza de policía paramilitar para su protección, mientras que los segundos tenían siglos de experiencia en el aplastamiento de las rebeliones nativas.

Las posibilidades políticas de la guerra irregular, desarrollada en las áreas rurales de Latinoamérica –y más tarde de otras regiones del Tercer Mundo– se convirtieron en la principal preocupación de Guevara, que acabó abandonando Cuba para intentar demostrar la corrección de sus teorías. Éstas fueron elaboradas en su primer libro, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, publicado en 1960, que en el que presentó su visión personal sobre el éxito de la guerra en Cuba. Fue seguido por un segundo libro, *Sobre la guerra de guerrillas*, un manual para combatientes guerrilleros, publicado y reimpreso en toda Latinoamérica. «En las condiciones que prevalecen, al menos en Latinoamérica y en casi todos los países con un desarrollo económico deficiente –escribió– el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.»

Este tema fue retomado por Castro en su discurso de febrero de 1962, la Segunda Declaración de La Habana, que parecía una evocación lírica de la idea propia idea de la Revolución y de la inevitable explosión que se estaba gestando en Latinoamérica:

> [...] la hora de su reivindicación, la hora que ella misma se ha elegido, la viene señalando, con precisión, ahora, también de un extremo a otro del continente. Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el Continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad o en el tráfico de las ciudades o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi quinientos años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se

> les ve por los caminos un día y otro, a pie, en marchas sin término de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpos» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando sus cartelones, sus banderas sus consignas; haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron. Porque esta gran humanidad ha dicho: «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente[73].

No faltaban voluntarios para el programa guerrillero. Miles de jóvenes de toda Latinoamérica, inspirados por los «barbudos» cubanos, esperaban reproducir la Revolución en sus propios países. Cuba proporcionaba una pizca de ayuda financiera, abastecimiento de armas, un poco de entrenamiento militar y consejos, e incluso, en alguna ocasión, un puñado de combatientes cubanos.

Los cubanos no operaban en un vacío político o histórico. En Latinoamérica cada generación, al llegar a la madurez política, se había planteado el derrocamiento violento de las dictaduras. El general Bayo, el veterano de la Guerra Civil española, contaba que había mantenido durante años conversaciones con «miles» de «idealistas utópicos que soñaban con organizar guerrillas para derrocar a Franco, Somoza, Pérez Jiménez, Perón, Carías, Odría, Batista, Stroessner, Rojas Pinilla y tantos otros». Bayo recordaba lacónicamente que «esas conversaciones solían desvanecerse luego en el aire como el humo de los cigarrillos»[74].

Durante los primeros meses de Revolución se lanzaron desde Cuba expediciones a pequeña escala, contra Trujillo en la República Domi-

---

[73] F. Castro, *Segunda Declaración de La Habana,* 4 de febrero de 1962.

[74] A. Bayo, *Mi aporte a la revolución cubana,* La Habana, 1960.

nicana, contra Somoza en Nicaragua y contra Ernesto de la Guardia y Roberto Chiari en Panamá. Pero eran más bien expediciones piratas al estilo caribeño, refinado durante siglos, y que a menudo no representaban más que un simple intercambio de represalias. En su mayoría se trataba de operaciones autónomas sin la bendición del Estado cubano, aunque alguna vez se pudo encontrar en la mochila de un guerrillero muerto una carta de aliento comprometedora del Che Guevara. Trujillo, por ejemplo, era un blanco obvio –había recibido a Batista en Santo Domingo como amigo y proporcionado ayuda a otros exiliados para lanzar ataques contra Cuba– aunque finalmente fue asesinado con ayuda de la CIA.

Guatemala, con la que Guevara estaba vinculado por lazos de experiencia y amistad, estaba también en la lista, como lo estaba Perú, donde Ricardo Gadea, hermano de la primera mujer de Guevara, planificaba una guerra insurreccional[75]. Guevara también tenía en su lista a Nicaragua y se dice que en 1961 proporcionó 20.000 dólares a Carlos Fonseca y Tomás Borge, dos revolucionarios que fundaron el movimiento sandinista. Los izquierdistas venezolanos, que habían enviado ayuda a los guerrilleros cubanos en 1958, tampoco fueron olvidados y recibieron considerable apoyo cubano[76].

En lo más alto de las prioridades de Che Guevara estaba su país de origen, Argentina. En 1962 comenzó a planificar un movimiento guerrillero que se establecería en sus provincias septentrionales con la esperanza de ampliarlo a todo el continente. Con la cooperación del servicio secreto cubano se reclutó a tres argentinos, Jorge Masetti, Alberto Granados y Ciro Bustos, para organizarlo, pero la dirección era cubana y se puso al frente a Abelardo Colomé Ibarra, el jefe de policía de La Habana, con José Martínez Tamayo como oficial de enlace con la fuerza argentina sobre el terreno. El general Francisco Ciutat, otro viejo republicano español que había pasado veinticinco años en Moscú, se les unió como instructor[77].

El grupo argentino, que adoptó como nombre el de Ejército Guerrillero del Pueblo, comenzó su entrenamiento en Cuba en otoño de 1962. Se trasladó a Checoslovaquia tras la crisis de los misiles y a Argelia

---

[75] J. L. Anderson, *op. cit.*, pp. 534-535 y 560.
[76] R. Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, Londres, 1971, pp. 93-165.
[77] J. L. Anderson, *op. cit.*, pp. 537-555, 573-579 y 587-594.

en enero de 1963. En mayo viajaron a Latinoamérica y se reunieron en una hacienda en el este de Bolivia antes de cruzar la frontera para pasar a la provincia argentina de Salta. Como líder del grupo fungía Jorge Masetti, con el apelativo de Comandante Segundo ya que se esperaba la incorporación de Guevara, quien sería el Comandante Primero.

No era el momento más oportuno para lanzar una guerra de liberación. El EGP apareció en Argentina precisamente cuando se instalaba una presidencia civil tras un año de gobierno militar *de facto*. Al cabo de seis meses de reclutamiento y exploración el grupo fue traicionado, rodeado y destruido[78], con lo que se interrumpió el primer intento de Guevara, todavía en Cuba, de iniciar una revolución a escala continental. Pero no todo estaba perdido. La experiencia de Salta se reanudó dos años después, cuando se estableció de nuevo un movimiento guerrillero en las tierras bajas del este de Bolivia, en la misma zona geográfica y con parte de la misma gente.

Los cubanos concentraron sus esfuerzos en Venezuela, donde los comunistas locales habían acordado apoyar una insurrección armada. Varios oficiales cubanos estuvieron implicados en el intento, incluidos Ulises Rosales del Toro y Arnaldo Ochoa. Entre 1963 y 1967 ayudaron a desembarcar pequeñas unidades en la costa de los Estados Lara y Falcón. Aunque en la guerrilla venezolana participó un puñado de combatientes cubanos, el esfuerzo principal del programa de ayuda cubano se concentró en el entrenamiento y abastecimiento. En ese periodo puede que pasaran hasta 300 venezolanos por los campos de entrenamiento cubanos y posiblemente unos 2.000 latinoamericanos aprendieron las técnicas básicas de la guerra de guerrillas en Cuba durante la década de 1960; las cifras son inevitablemente imprecisas[79].

Los comunistas venezolanos comenzaron cambiar de orientación tras las elecciones presidenciales de diciembre de 1963, en las que el país votó abrumadoramente por los candidatos de los partidos convencionales. Muchos antiguos revolucionarios comenzaron a poner en duda la guerra de guerrillas y en noviembre de 1965, tras un largo debate interno, el Partido Comunista venezolano recomendó «la suspensión de las

[78] El mejor informe al respecto es el de J. L. Anderson, *op. cit.*

[79] «Las estimaciones de tales cifras varían mucho y a veces enormemente», escribe T. Wickham-Crowley en *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, 1992, pp. 85-90.

acciones armadas». Aun así, la guerrilla se mantuvo de forma esporádica hasta el final de la década y recibió ayuda cubana al menos hasta 1967, pero perdió gran parte de su apoyo político en las ciudades.

Castro, a punto de albergar una conferencia «tricontinental» en La Habana en enero de 1966 que celebraría los éxitos de la guerra revolucionaria de guerrillas en todo el Tercer Mundo, se indignó por la decisión de los comunistas venezolanos de abandonar la lucha armada. Pasó los dos años siguientes denunciándolos por su pusilanimidad y alabando a los guerrilleros venezolanos supervivientes que mantenían el combate, aunque eso no fuera lo que sus nuevos amigos del Kremlin deseaban oír.

Un escritor francés, Régis Debray, tras discusiones con Castro y Guevara, dio forma teórica a la estrategia guerrillera cubana en una serie de artículos sobre el tema que fueron ampliamente difundidos en Latinoamérica. Su contribución más llamativa, un largo texto polémico titulado *¿Revolución en la Revolución?*, fue publicado a principios de 1967. En él argumentaba, a partir de la experiencia cubana, que el pequeño motor de un grupo guerrillero en el campo podía poner en movimiento el motor mayor de la lucha revoluciona en las ciudades; pero en el momento de su publicación esa teoría ya se estaba debilitando[80]. A mediados de la década ya estaba claro que la contrarrevolución iba ganando. Los grupos revolucionarios formados a imagen cubana fueron aplastados en Perú en 1965; el movimiento revolucionario en Guatemala experimentó serios retrocesos, incluido el asesinato de los dirigentes del Partido Comunista en 1966; y la prolongada insurgencia en Colombia, que se remontaba a principios de la década de 1950 y había recibido el espaldarazo de la Revolución cubana, se vio obligada a buscar refugio en las montañas y en la jungla, lejos de los centros urbanos del país.

La implicación material de los cubanos en las luchas del resto de Latinoamérica siempre fue pequeña, limitándose a la Argentina, Bolivia y Venezuela. Cuando el sueño sudamericano se desvaneció, los cubanos se embarcaron en una nueva aventura en otro continente. En 1965 llegaron al Congo con Guevara más soldados cubanos –un poco más de un centenar– que los que habían participado en todos los grupos guerrilleros latinoamericanos juntos.

---

[80] R. Debray, *Revolution in the Revolution?*, Londres, 1967 [ed. cast.: *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana, 1967].

La exportación de la Revolución: el regreso de los negros de Cuba a África, 1960-1966

Consciente de que los incendios revolucionarios en Latinoamérica se iban apagando, Cuba tomó en 1965 la decisión estratégica de implicarse directamente en lo que se entendía como auge de la revolución africana. La revista del ejército cubano, *Verde Olivo*, anunciaba en diciembre de 1964:

> África está renaciendo de sus ruinas [...] El fuego de la liberación nacional arde en Angola. Los patriotas zaireños zaireños alzan la bandera de la independencia en la punta de sus fusiles. En Mozambique los rebeldes luchan heroicamente. El pueblo de Rhodesia del Sur rechaza la falsa independencia que sólo perpetuaría el dominio de la minoría racista[81].

Había llegado el momento de que la Revolución cubana, todavía inflamada con el espíritu internacionalista, echara una mano. El campo de batalla inicial no era ninguno los países mencionados por *Verde Olivo,* sino el mayor país del centro de África, el Congo[82]. Una unidad de un centenar de negros cubanos, bien entrenados en las técnicas de la guerra de guerrillas y bajo el mando de Che Guevara, fue enviada allí en 1965 para unirse a los rebeldes que combatían en el este del país. «Era la primera vez que veía tantos negros juntos –contaba uno de los guerrilleros cubanos–; negros, sólo negros, todos éramos negros. Me sentía desconcertado. Me pregunté: "¡Mierda! ¿Qué está pasando aquí?"»[83]. Era un asunto muy serio[84].

Cuando se retiró del Congo seis meses después, Cuba concentró su ayuda en el movimiento independentista de Guinea-Bissau dirigido por Amílcar Cabral, que trataba de liberar el país de los portugueses.

---

[81] Citado en P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 98.

[82] El antiguo Congo Belga se convirtió en República del Congo con la independencia en 1960, adoptó el nombre de Zaire en octubre de 1971 y volvió al de la República Democrática del Congo en mayo de 1997. En este libro solemos llamarlo simplemente Congo, aunque (para evitar la confusión) el país vecino, antigua colonia francesa conocida como República del Congo, aparece como Congo-Brazzaville.

[83] Teniente Rafael Noracen, entrevistado por P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 89.

[84] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 105.

También envió un grupo al Congo-Brazzaville para entrenar a los soldados del *Movimento Popular de Libertaçao de Angola,* el MPLA dirigido por Agostinho Neto. A menudo se insistía en la solidaridad entre los negros de ambas riberas del Atlántico: «No creo que haya vida después de la muerte –les dijo Cabral a los soldados cubanos en Brazzaville en agosto de 1966–, pero si la hay, podemos estar seguros de que las almas de nuestros antepasados que fueron llevados a América como esclavos se regocijan hoy al ver a sus descendientes reunidos y trabajando juntos para ayudarnos a ser independientes y libres»[85].

En el momento del triunfo de la Revolución no había pasado todavía un siglo desde que la población negra de Cuba se vio libre de la esclavitud. La mayor parte de África, de la que habían partido sus antepasados, estaba todavía controlada por potencias coloniales europeas y a principios de 1958 sólo había media docena de países independientes: Marruecos, Libia, Egipto, Etiopía, Liberia y Ghana, liberada del dominio británico en 1957. Sudáfrica estaba a punto de convertirse en una república para los blancos, en la que regía desde hacía tiempo la política del *apartheid.*

Al cabo de un par de años la escena había cambiado hasta hacer irreconocible el panorama. El general De Gaulle regresó al poder en Francia en 1958, pocos meses antes del triunfo de la Revolución en Cuba y ofreció la independencia a todas las colonias francesas al sur del Sahara. Británicos y belgas se sintieron obligados a seguir su ejemplo y, en 1960, dieciséis colonias europeas en África proclamaron su independencia. Los nuevos gobiernos radicales de algunos de esos países creyeron que su propia lucha por la libertad debía extenderse a toda África y proporcionaron apoyo activo a los movimientos de liberación en los países que todavía seguían dominados por los blancos. Comenzó entonces la resistencia armada frente al yugo colonial en las colonias portuguesas: Angola en 1961, Guinea-Bissau en 1963 y Mozambique en 1964.

La Revolución cubana se produjo en el momento oportuno y fue vista por muchos africanos como parte de la oleada emancipatoria que afectaba a África y gran parte del globo. En 1961 Castro y Guevara hicieron causa común con los líderes africanos más radicales y les ofrecieron ayuda en la consecución de sus objetivos revolucionarios. Los

[85] *Ibidem,* p. 199.

cubanos eran expertos en la guerra de guerrillas y los africanos deseaban su asesoramiento y consejo. En aquellos primeros años nadie se atrevía a apostar hasta dónde llegarían esos contactos iniciales.

Guevara fue el primer dirigente cubano en interesarse por África y el primero en visitar la región. Hizo escala en El Cairo en junio de 1959 para saludar al presidente Nasser, por aquel entonces el héroe nacionalista del mundo árabe. Antes de la Revolución Cuba no tenía relaciones diplomáticas con ningún país de África, excepto un consulado en Egipto. Raúl Castro siguió a Guevara en El Cairo en julio y en otoño se establecieron relaciones diplomáticas. También se intercambiaron embajadores con la Ghana de Kwame Nkrumah y la Guinea de Sékou Touré.

Sékou Touré fue el primer líder africano que hizo una visita de Estado a La Habana y fue saludado en octubre de 1960 por miles de negros entusiasmados que gritaban «¡África! ¡África! ¡África!». Más tarde iba a ser un valioso enlace con el movimiento de liberación de Guinea-Bissau[86]. Un año después se establecieron contactos con los revolucionarios argelinos del Frente de Liberación Nacional (FLN), pocos meses antes del triunfo final de éstos en julio de 1962, cuando los franceses finalmente se retiraron. La lucha revolucionaria argelina, que se desarrollaba desde mediados de la década de 1950, había despertado un interés particular en los revolucionarios cubanos desde bastante antes de enero de 1959. Los activistas anti-Batista estaban fascinados con los informes que les llegaban desde Argelia, impresos regularmente en las páginas del semanario *Bohemia*. La experiencia argelina les parecía muy similar a la suya[87].

El primer emisario cubano al cuartel general del FLN en Túnez, en octubre de 1961, fue Jorge Masetti, el periodista que iba a dirigir más tarde en Argentina el movimiento guerrillero impulsado por Guevara. Llegó a Túnez con una oferta de Castro al FLN de enviarle un cargamento de armas estadounidenses, capturadas a los exiliados cubanos en bahía de Cochinos en abril. Fue un buen golpe de efecto. Los argelinos aceptaron agradecidos y las armas –fusiles, ametralladoras y morteros– fueron descargadas en Casablanca (Marruecos) en enero de 1962 y transportadas posteriormente a la frontera argelina. En su viaje de re-

[86] C. Moore, *op. cit.*, p. 95.
[87] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 31.

greso a La Habana el buque cubano llevaba 76 guerrilleros argelinos heridos y veinte niños huérfanos de los campos de refugiados. En 1963 Cuba envió a Argelia más de 53 trabajadores sanitarios. Éste fue el comienzo de un programa sin precedentes de solidaridad humanitaria con África, mantenido y reforzado en las décadas siguientes[88].

La relación de Cuba con Argelia se basaba en la amistad personal de Castro con Ben Bella, primer ministro en el momento de la independencia en 1962. Muchas de las decisiones de Castro en asuntos exteriores se basaban –para bien o para mal– en su apreciación de los líderes extranjeros con los que se encontraba. Si algún decidido caudillo africano le caía bien –Ben Bella, Agostinho Neto, Amílcar Cabral, Mengistu Haile Mariam–, lo apoyaba hasta el fin. Lo mismo sucedía con sus relaciones con destacadas figuras latinoamericanas: Salvador Allende en Chile, Tomás Borge en Nicaragua, Maurice Bishop en Granada, Juan Velasco Alvarado en Perú, Hugo Chávez en Venezuela: todos ellos disfrutaron de su cálido apoyo personal. Tan poderoso era el compromiso que a Castro no parecía preocuparle, si es que era consciente de ello, que su amigo particular del momento no controlara totalmente la situación en su país. Esa capacidad de simpatizar inmediatamente con un individuo no siempre le fue bien cuando trataba de analizar la situación de un país determinado con cuya historia, costumbres y cultura no estaba familiarizado.

Ben Bella voló a La Habana desde Nueva York el 16 de octubre de 1962, tres meses después de la independencia. Fue recibido por Castro y los huérfanos argelinos, que le llevaron flores. Ben Bella recordaba más tarde: «Las dos revoluciones más recientes del mundo se reunieron y compararon sus experiencias». Durante los tres años siguientes, hasta su derrocamiento en 1965, Ben Bella iba a ser el guía de Cuba en la política del continente africano, aunque el egipcio Nasser, el tanzano

[88] En 1978 había unos 11.000 civiles cubanos trabajando en el África subsahariana, según los cálculos realizados por investigadores estadounidenses; de ellos, unos 8.500 estaban en Angola. A principios de la década de 1990 había civiles cubanos trabajando en 21 países africanos, en la sanidad pública, la educación y el entrenamiento deportivo. También proporcionaban experiencia técnica de la producción de azúcar, pesca, genética animal y en el sector de la construcción. Miles de jóvenes africanos han estudiado en Cuba. En junio de 1992 había en Cuba 22.000 estudiantes extranjeros, procedentes de 101 países. Tres cuartas partes de ellos –alrededor de 17.000– provenían de África. Francine Marshall, «Cuba's Relations with Africa: The End of an Era», en D. Rich Kaplowitz (ed.), *Cuba's Ties to a Changing World*, Londres, 1993.

Julius Nyerere o el congoleño (Brazzaville) Alphonse Massamba-Débat también desempeñaron papeles importantes. Argelia albergó a varios dirigentes de los movimientos de liberación africanos y facilitó sus contactos con los cubanos. Ben Bella también proporcionó ayuda a los movimientos guerrilleros preferidos de Cuba en Latinoamérica, en particular los de Venezuela y Argentina.

El embajador cubano en Argel, Jorge Seguera, estaba bien relacionado y se mantenía en contacto con todos ellos. Había combatido en Sierra Maestra y era un buen amigo de los hermanos Castro y de Che Guevara. Aunque era un tipo activo y responsable, sus opiniones no eran siempre las mejores. Piero Gleijeses, historiador de las relaciones de Cuba con África, sugiere que sus consejos pudieron contribuir en ciertos momentos «a la sobrestimación por parte de los cubanos del potencial revolucionario de la región»[89].

Los cubanos seguían el desarrollo de los acontecimientos en África y en particular en el Congo, como todos los demás en aquel momento. Cuando Castro habló en la Asamblea General de la ONU en septiembre de 1960 se ocupó del tema del día –la independencia de África– y declaró su apoyo a los argelinos, a los negros en Sudáfrica y al congoleño Patrice Lumumba, cuyo país había proclamado la independencia meses antes y a continuación había caído presa de la intervención de la ONU y guerras separatistas. «El pueblo del Congo está de parte del único líder que queda allí defendiendo los intereses de su país –dijo Castro, para mostrar dónde se situaba en aquella cuestión que había polarizado a la ONU–, y ese líder es Lumumba».

Los acontecimientos en el Congo ocuparon los titulares de los periódicos de todo el mundo durante varios años. La salida de los belgas y la llegada de fuerzas de la ONU se vieron acompañadas por la guerra civil, en la que más tarde participaron mercenarios sudafricanos y estadounidenses, entre ellos algunos exiliados cubanos. Lumumba fue capturado y asesinado en enero de 1961[90]. En julio de 1964 se produ-

---

[89] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 51.

[90] En una entrevista en febrero de 1961, Castro decía que «el asesinato indeciblemente atroz del valeroso Lumumba [había sido] consecuencia de una mezcla de imperialismo, colonialismo y salvajismo, llevado a cabo por mercenarios y marionetas del imperialismo y empresas monopolistas financieras que tratan de someter a los pueblos del mundo [...] Es un acto de salvajismo. Provocará un levantamiento en toda África». *Prensa Latina*, citando una entrevista con Castro en *Combate*, 14 de febrero de 1981.

jo un nuevo giro cuando Moïse Tshombé, líder conservador de Katanga apoyado por Bélgica y Estados Unidos, se hizo con el poder, iniciándose una rebelión de un grupo radical que se proclamaba heredero de Lumumba. Su rebelión fue aplastada por una fuerza de intervención occidental en noviembre, cuando paracaidistas belgas transportados en aviones estadounidenses desde la base británica de la isla de Ascensión destruyeron el cuartel general rebelde en la ciudad de Stanleyville, al norte del país.

Guevara viajó a Nueva York en diciembre para denunciar la intervención occidental en la Asamblea General de la ONU y ofrecer apoyo a los rebeldes en nombre de la Revolución. «Todos los hombres libres del mundo deben prepararse para vengar el crimen del Congo», declaró. Castro lo envió a África para examinar qué se podía hacer para ayudar a los rebeldes lumumbistas y evaluar las necesidades de otros movimientos de liberación. Durante la gira de Che Guevara en los tres primeros meses de 1965 se reunió con los lumumbistas del Congo, el MPLA angoleño, el Partido Africano da Independência da Guiné e Cabo Verde (PAIGC) de Guinea-Bissau y el Frente de Libertação de Moçambique (FRELIMO).

Visitó primero las tres antiguas colonias francesas con gobiernos radicales: Argelia, Guinea y Congo-Brazzaville. En Argel hizo planes con Ben Bella; en Conakry Sékou Touré le facilitó una entrevista con Cabral, quien había situado su cuartel general en la ciudad, y en Brazzaville se reunió por primera vez con los líderes angoleños. Congo-Brazzaville, con fronteras tanto con el antiguo Congo Belga como con el enclave angoleño de Cabinda, tenía el gobierno más radical de África central, dirigido desde agosto de 1963 por Alphonse Massamba-Débat, un antiguo maestro de escuela que había estudiado en Francia absorbiendo una buena dosis de la retórica de la izquierda francesa. Había apoyado desde muy pronto al movimiento lumumbista rebelde en el Congo y al MPLA. Brazzaville era una base importante para ambos movimientos y a Massamba-Débat le preocupaba que esto pudiera provocar una desestabilización inducida por Occidente. Le pidió a Che Guevara tropas cubanas para reforzar su guardia presidencial y éste transmitió la petición a La Habana.

Massamba-Débat le presentó a Guevara a los tres principales dirigentes del MPLA –Agostinho Neto, Luis de Azevedo y Lucio Lara– que estaban organizando una guerra de guerrillas contra los portugue-

ses en Angola. En aquel momento los angoleños sólo querían instructores cubanos, más que armas o tropas. «La guerra se estaba poniendo difícil y carecíamos de experiencia –recordaba más tarde Lara–; queríamos instructores cubanos debido al prestigio de la Revolución cubana y porque su teoría de la guerra de guerrillas era muy parecida a la nuestra»[91]. Che Guevara les explicó el plan cubano de enviar instructores para ayudar al movimiento lumumbista en el Congo y acordaron que se enviaran algunos al Congo-Brazzaville para ayudar a los angoleños; un equipo dirigido por Jorge Harris Risquet llegó efectivamente aquel mismo año.

Tras una visita a Dar es Salaam en febrero y un rápido viaje a Pekín, Che Guevara entró en contacto con los lumumbistas y con el FRELIMO. Sus principales contactos con los lumumbistas fueron Gaston Soumaliot y Laurent Kabila, el hombre al mando de las fuerzas rebeldes en el este del Congo. Guevara les ofreció treinta instructores «y todas las armas que podamos conseguir». Kabila aceptó «encantado» y Soumaliot le pidió que los instructores fueran negros.

La reunión con Eduardo Mondlane y Marcelino dos Santos, del FRELIMO, fue más difícil. El FRELIMO acababa de iniciar su guerra de liberación y Guevara pensaba que sus afirmaciones sobre las batallas ganadas eran exageradas. Los dirigentes del FRELIMO, como es natural, no estaban muy entusiasmados con la prioridad que Guevara daba a la guerra en el Congo y no deseaban que sus guerrilleros fueran entrenados allí, como proponía Guevara. No hubo acuerdo. Los cubanos nunca llegaron establecer con el FRELIMO una relación tan estrecha como la que mantenían con el MPLA. Guevara cedió finalmente y aceptó que se enviaran a Cuba cierto número de combatientes del FRELIMO para su entrenamiento. También se le suministraron armas.

Guevara tuvo una tormentosa reunión con un grupo de representantes de otros movimientos de liberación y les explicó por qué pensaba que la guerra en el Congo era de importancia fundamental: «la victoria tendría repercusiones en todo el continente». También repitió su argumentación en favor de establecer un centro de entrenamiento para combatientes africanos por la libertad, dirigido por cubanos, dentro del Congo. Se esperaba que los combatientes entrenados ayudaran a la liberación del Congo antes de regresar a la lucha en sus pro-

[91] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 83.

pios países. Guevara había tomado por cierto el entusiasmo verbal de los africanos por la unidad africana, imaginando que las aspiraciones africanas a la unidad continental eran semejantes a las latinoamericanas, pero no era así. La mayoría de los africanos no compartían el internacionalismo de Che Guevara. Sólo estaban dispuestos a luchar por la liberación de su propio país, no del continente.

La reacción africana frente al plan utópico de Guevara fue totalmente negativa. Según su propio informe los africanos reunidos argumentaron furiosamente que sus pueblos, «maltratados y degradados por el imperialismo», no aceptarían bajas producidas como consecuencia de «una guerra para liberar otro país». Guevara tenía una perspectiva más amplia. «Traté de mostrarles que estábamos hablando, no de una lucha con fronteras fijas, sino de una guerra contra el enemigo común, presente tanto en Mozambique como en Malawi, Rhodesia, Sudáfrica, el Congo o Angola. Ninguno lo veía así»[92].

Se trataba de diferencias cruciales. Los cubanos llegaron a África con su propio conjunto de experiencias y opiniones sobre lo que se debía hacer. Los africanos, más próximos a su propia realidad, tenían otro punto de vista. Guevara se explayó sobre sus diferencias y voló de regreso a La Habana para ofrecer a Castro un informe optimista. Ya se estaba entrenando un conjunto de soldados negros que iba a salir pronto de Cuba. Guevara regresó a Dar es Salaam en abril, al frente del primer grupo de catorce guerrilleros cubanos negros que cruzaron el lago Tanganika para adentrarse en el Congo.

Los cubanos habían subestimado las divisiones y las dificultades. Hubo problemas desde un principio. En Dar es Salaam no estuvo presente ninguna figura política congoleña importante con la que discutir los planes futuros. Kabila y Soumaliot estaban en El Cairo tratando de conciliar las diferencias políticas existentes en el movimiento revolucionario congoleño, una indicación desalentadora de lo que estaba por venir.

Los africanos tenían alguna excusa: no se les había dicho que los soldados cubanos iban a tener al mando al propio Che. Habían sido informados de que se trataba de una misión de entrenamiento, pero no tenían ni idea de que sería dirigida por un líder guerrillero famoso en todo el mundo. En cualquier caso, poco a poco iba quedando claro

---

[92] E. Che Guevara, *The African Dream: The Diaries of the Revolutionary War in the Congo,* Londres, 2000, p. 7.

que no se entendían bien con los cubanos. A los políticos locales, por mucha presión que experimenten, raramente les gusta que les lleguen otros de fuera a decirles cómo deben dirigir sus movimientos de liberación. Los cubanos eran internacionalistas en el sentido más puro de la palabra: habían llegado para combatir el imperialismo estadounidense allí donde apareciera y para defender los intereses de la revolución mundial. Los congoleños no tenían tales ambiciones y se limitaban a su propio pequeño nacionalismo, sus rivalidades internas y su falta de conocimiento sobre la política del mundo en general. Como movimiento revolucionario no eran muy serios que digamos.

Los cubanos iban a permanecer en el Congo durante siete meses, reforzados cada mes por otro pequeño grupo, llegando el total final a más de un centenar. No hablaban ninguna de las lenguas del país y no estaban familiarizados con el terreno. Se retiraron en noviembre de 1965, derrotados militar y políticamente, expulsados por una fuerza de mercenarios sudafricanos y desalentados por la decisión tomada en un encuentro de jefes de Estado africanos de retirar su apoyo a los grupos lumumbistas. Con el derrocamiento en junio de Ben Bella, el principal aliado de Cuba en África, el apoyo internacional a la operación en el Congo por parte de países africanos radicales comenzó a desmadejarse.

Guevara hizo sonar la retirada final el 20 de noviembre y reunió a sus hombres para cruzar el lago Tanganika de regreso a Tanzania.

> Todos los líderes congoleños estaban en retirada, los campesinos se habían vuelto cada vez más hostiles; aun así, la idea de abandonar definitivamente el territorio, volviendo por el camino por el que habíamos llegado y dejando a los campesinos indefensos [...] todo esto me hizo sentir muy mal[93].

Castro, al otro extremo del mundo, se sentía menos agobiado.

> En definitiva –explicó Castro más tarde– fueron los líderes del Congo los que tomaron la decisión de interrumpir la lucha, y los hombres se retiraron. En la práctica, aquella decisión fue correcta: habíamos comprobado que las condiciones para el desarrollo de aquella lucha, en aquel momento particular, no existían.

[93] E. Che Guevara, *The African Dream*, cit., p. 216.

Después de unos pocos días en Dar es Salaam, el grueso del contingente cubano regresó a casa, pero Che Guevara permaneció en la embajada cubana para escribir una dolorosa memoria: «La victoria es una gran fuente de experiencias positivas –escribió– pero también lo es la derrota, máxime considerando las circunstancias extraordinarias que rodean el episodio: los actuantes e informantes son extranjeros que fueron a arriesgar sus vidas en un territorio desconocido, con otra lengua y al cual los unían solamente los lazos del internacionalismo proletario, inaugurando un método no practicado en las guerras de liberación modernas».

No practicado y, al parecer, irrepetible, al menos por los cubanos. La siguiente experiencia revolucionaria del Che iba a tener lugar en Bolivia, un país más familiar y cuya lengua entendían los cubanos. Castro no estaba en absoluto convencido por el informe de Guevara de la derrota africana y se iba embarcar en otra intervención en África aún más dramática diez años después, en Angola en 1975. Pero antes se iba a interesar por otros movimientos revolucionarios negros más cerca de casa, impulsados por gente cuyos antepasados provenían de África y habían sido en otro tiempo esclavos, como la población negra de Cuba.

La exportación de la Revolución: la movilización de los negros estadounidenses

Castro se interesó por primera vez por el movimiento negro en Estados Unidos cuando se alojó en el hotel Theresa de Harlem en septiembre de 1960. Allí se reunió con periodistas negros y habló con Malcolm X, el predicador musulmán negro. Expresó su solidaridad con la lucha de los negros estadounidenses. Su precursora retórica sobre la cuestión de la raza era brillante y le permitía vincular su crítica hacia el modelo social estadounidense con la de su política exterior.

En su discurso de febrero de 1962, conocido como Segunda Declaración de La Habana, se preguntaba, reflexionando sobre la Alianza para el Progreso –un programa de desarrollo latinoamericano que Estados Unidos había presentado hacía poco–, si los negros latinoamericanos se sentirían más atraídos por él que los pobres o los indios:

> ¿Y al negro? ¿Qué «alianza» les puede brindar el sistema de los linchamientos y la preterición brutal del negro de los Estados Unidos a los

> quince millones de negros y catorce millones de mulatos latinoamericanos que saben con horror y cólera que sus hermanos del norte no pueden montar en los mismos vehículos que sus compatriotas blancos ni asistir a las mismas escuelas, ni siquiera morir en los mismos hospitales?

Pero los cubanos nunca pensaron en serio pasar de la retórica agitadora a algo más concreto. Cuando pasaron los años la relación entre Cuba y los revolucionarios negros estadounidenses se hizo más problemática. Castro se vio influido, tanto por el prolongado debate ideológico dentro su gobierno, alimentado por la relación cada vez más estrecha con Moscú, como por su necesidad de no deteriorar aún más las relaciones con Estados Unidos.

Cuando a principios de la década de 1960 estallaron disturbios en las principales ciudades estadounidenses y varios guetos negros resultaron destruidos en el proceso, los cubanos observaban atentamente. La rebelión de Watts en Los Ángeles en agosto de 1965, en la que murieron 34 personas, fue seguida de cerca por la prensa cubana y Castro invitó a los negros estadounidenses perseguidos a pedir asilo en Cuba, pero no se emprendió ninguna acción.

Los sucesivos gobiernos estadounidenses se esforzaron por eliminar algunos de los aspectos más odiosos de la discriminación racial e incluso –bastante prematuramente– alabaron a los negros por sus protestas. «El auténtico héroe real de esta lucha es el negro americano», dijo el presidente Johnson en marzo de 1965, antes de la explosión de Watts, anunciando sus planes para garantizar el derecho de voto de los negros. «Sus acciones y protestas, su valor arriesgando su seguridad y hasta la vida, han despertado la conciencia de la nación. Sus manifestaciones están destinadas a llamar la atención sobre la injusticia, a provocar el cambio y a impulsar la reforma. Es un llamamiento a cumplir las promesas de América». Johnson hablaba así durante la celebrada marcha por los derechos civiles desde Selma hasta Motgomery, la capital de Alabama, convocada por Martin Luther King para verificar el impacto real de la nueva Ley de Derechos Civiles. La retórica de Johnson y la nueva Ley, por limada que hubiera quedado tras pasar por el Congreso estadounidense, hicieron mucho para privar a los radicales negros de una audiencia más amplia.

Con la excepción de la expedición de Guevara al Congo, y más tarde a Bolivia, las actividades revolucionarias de Cuba en África y La-

tinoamérica dependían en gran medida de la iniciativa local. Cuba colaboraba con dinero y entrenamiento, pero sólo donde otros estaban preparados dispuestos a planificar, organizar y combatir. Muchos negros estadounidenses tenían el entusiasmo necesario, pero los revolucionarios cubanos no tenían apenas experiencia en el trato con esa cultura particular. Los que visitaban Cuba o se quedaban a vivir allí no servían de mucha ayuda, ya que estaban muy desunidos y no tenían convicciones ideológicas firmes que les hicieran perseverar a largo plazo. En julio de 1967 una investigación de la CIA señalaba que los cubanos estaban dando «apoyo moral a grupos radicales americanos», pero que tenían buen cuidado «de no proporcionarles ayuda material, ni tampoco, evidentemente, entrenamiento militar»[94].

Cuba tenía una dificultad añadida en su trato con los negros estadounidenses. Muchos de los grupos negros defendían un nacionalismo negro que se situaba al borde del separatismo, algo que era anatema para los viejos comunistas de Cuba y para la ideología republicana cubana blanca desde principios de siglo. La dirección cubana quería expresar su apoyo a los negros estadounidenses, pero no quería que éstos hicieran proselitismo en Cuba ni que sus ideas penetraran en la amplísima población negra de Cuba.

Así pues, lo que hubo sobre todo fue mucha propaganda retórica en favor de la lucha de los negros en Estados Unidos, en particular hasta 1968, y la disuasión activa de los líderes revolucionarios negros como Robert Williams, Stokely Carmichael y Eldridge Cleaver, que llegaron a Cuba proclamando su entusiasmo por la Revolución y fueron rápidamente desviados (excepto en el caso de Williams) a otros destinos, normalmente a África.

Castro conoció a Williams, un obstinado nacionalista negro de Carolina del Norte, durante su estancia en Harlem en 1960. Williams visitó Cuba en un viaje organizado por el Comité por el Trato Justo a Cuba y, según su propio relato, recibió cierto aliento de Castro. Regresó a la isla en 1961, tratando de escapar de las atenciones del FBI, y se quedó a residir en La Habana; no fue sino el primero de muchos revolucionarios negros estadounidenses en hacerlo[95]. También fue el pri-

---

[94] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 98.

[95] R. C. Cohen, *Black Crusader: A Biography of Robert Franklin Williams,* Seacaucus, N.J., 1972. Williams aseguraba que Guevara simpatizaba con su postura naciona-

mer nacionalista negro estadounidense y el más difícil –por no decir fastidioso– con el que tuvieron que tratar los cubanos; se quedó en La Habana cinco años, hasta 1966.

Williams comenzó su vida política en la Asociación Nacional por el Progreso de la Gente de Color en la década de 1950, pero insatisfecho con su actitud pacifista organizó unidades de autodefensa armada para proteger a su comunidad local de los ataques del Ku Klux Klan. Veterano del ejército estadounidense, fue uno de los primeros negros estadounidenses que propusieron la formación de un frente de liberación negro y consideró la posibilidad de una guerrilla urbana en Estados Unidos.

Williams se convirtió en una figure influyente en La Habana, reuniéndose periódicamente con varias destacadas figuras negras de la Revolución, así como con Che Guevara y Manuel Piñeiro, el jefe de seguridad encargado de las operaciones en el extranjero. Piñeiro hablaba un excelente inglés, había vivido y estudiado en Estados Unidos y se había casado con una tejana. Williams, semejante en su aspecto a los muchos izquierdistas latinoamericanos en la capital a principios de la década de 1960, fue uno de los primeros conversos a la teoría «foquista» de la guerra de guerrillas del Che y discutió con él cómo se podría aplicar en Estados Unidos. Aunque supuestamente se trataba del presidente del exilio de un grupo estadounidense llamado Movimiento de Acción Revolucionaria, tenía pocos seguidores[96]. Piñeiro le dejó claro que Cuba prefería el enfoque integracionista de Martin Luther King al nacionalismo negro separatista que propugnaba Williams[97].

En su camino hacia la izquierda Williams se vio inevitablemente atrapado en las luchas ideológicas de la época. Se puso del lado chino en la disputa chino-soviética, justo en el momento en que los cubanos se situaban firmemente de parte de la Unión Soviética. Tras cinco años en Cuba partió hacia China en julio de 1966 y los chinos se feli-

---

lista negra, pero esto no ha sido nunca corroborado por otras pruebas. Lo más probable es que simplemente se mostrara interesado por un tema sobre el que no disponía de mucha información.

[96] Más tarde, en 1968, Williams se convirtió en el primer jefe de Estado de la República de Nueva África, un grupo separatista estadounidense que proponía la creación de un país negro constituido por los cinco Estados más meridionales de Estados Unidos. R. Reitan, *The Rise and Decline of an Alliance: Cuba and African-American Leaders in the 1960s*, East Lansing, Mich., 1999, p. 53.

[97] P. Reitan, *op. cit.*, p. 40.

citaron por sus propias razones de poder publicar sus ataques al «racismo» cubano del que decía haber sido objeto. Los cubanos respondieron falsificando cartas con el estilo de Williams (presumiblemente confeccionadas por Osmany Cienfuegos) que acusaban a Mao Tse-Tung y sus «secuaces arrogantes y sedientos de poder» de haber «traicionado la Revolución cubana» y de alentar un «fanatismo etnocéntrico» y la «discriminación contra los africanos» en China[98].

A mediados de la década de 1960 comenzó a emerger en Estados Unidos una nueva generación de radicales negros, diferentes y menos ideologizados que el grupo de Willliams. Tenían algo en común: la decisión de abandonar el pacifismo y la no violencia de las organizaciones negras tradicionales. Llamaban a su movimiento Poder Negro. Stokely Carmichael, quien se convirtió en su portavoz más carismático, fue uno de los primeros miembros de ese nuevo grupo en visitar La Habana. De origen antillano –nacido en Trinidad–, elegido presidente del Comité de Coordinación de Estudiantes No Violentos (SNCC) en 1966, fue invitado a Cuba en agosto de 1967 y habló en la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). «Castro es el hombre más negro que conozco», le dijo a la revista *Time*[99].

Cuando aquel cálido verano comenzaron a arder las ciudades estadounidenses, especialmente los guetos negros de Detroit, Carmichael pidió a los negros que siguieran quemando y saqueando, con el propósito de crear «cincuenta Vietnam en Estados Unidos», haciéndose eco de la famosa frase de Che Guevara. Aseguró a los cubanos que los negros estadounidenses estaban dispuestos «a destruir el imperialismo estadounidense desde dentro, como vosotros estáis dispuestos a hacerlo desde fuera. No podemos esperar a que nos asesinen, debemos estar preparados para ser los primeros en matar».

Castro dio una cálida bienvenida a Carmichael y le dijo a la audiencia de la Conferencia que los imperialistas estaban encolerizados «debido al acercamiento entre los movimientos revolucionarios de La-

---

[98] El lenguaje era lo bastante convincente como para llevar a mucha gente a creer que las acusaciones eran ciertas y en Pekín a Williams le costó demostrar que se trataba de falsificaciones. C. Moore, *op. cit.*, p. 266.

[99] Revista *Time*, 12 de mayo de 1967. Las citas siguientes de Carmichael provienen de M. Halperin, *The Taming of Fidel Castro*, Berkeley, 1981, p. 259. Véase también S. Carmichael y E. M. Thelwell, *Ready for Revolution: The Life and Times of Stokely Carmichael*, Nueva York, 2003.

tinoamérica y el movimiento revolucionario dentro de Estados Unidos». Luego, con más de un suspiro de alivio, Castro añadió que «estaríamos más que honrados si eligiera vivir aquí, pero no quiere permanecer en Cuba porque considera que su deber fundamental es la lucha en su país»[100].

Carmichael les pidió a los cubanos que le ayudaran a llegar a Conakry, donde tenía su cuartel general Amílcar Cabral. Muchos líderes negros como Carmichael hicieron un peregrinaje personal que los llevó del nacionalismo negro al panafricanismo, resucitando un antiguo proyecto del movimiento negro en Estados Unidos. Cuba era una estación intermedia útil, pero muchos iban a ser más felices en el entorno africano, donde todos eran negros, que en la sociedad multirracial de Cuba. Carmichael esperaba que a los afroamericanos se les permitiera luchar junto a los guerrilleros en Guinea-Bissau para compensar su participación en la Guerra de Vietnam.

Los cubanos lo enviaron a Guinea en septiembre y Carmichael discutió su propuesta con el PAIGC. Cabral titubeaba, pero decidió aceptar la incorporación de 20 o 30 afroamericanos con tal que se entrenaran en algún otro lugar. Carmichael y su escolta cubana viajaron hasta Dar es Salaam para obtener el apoyo de Julius Nyerere. El presidente tanzano aceptó, también sorprendentemente, pero cuando Carmichael regresó a Conakry conoció a la cantante sudafricana Miriam Makeba[101]. El amor triunfó sobre la Revolución y acabó casándose con ella y asentándose felizmente en Conakry. Se despidió de Cuba en un discurso en 1968 en el que argumentó que el comunismo y el socialismo no eran «ideológicamente apropiados» para la gente negra. «Las ideologías del comunismo y el socialismo hablan de lucha de clases, pero nosotros no tenemos como problema la explotación. Tenemos que afrontar algo mucho más importante, porque somos víctimas del racismo»[102]. Más adelante, presumiblemente bajo la influencia de Makeba, retiró sus anteriores observaciones hostiles hacia Cuba y se convirtió en un firme defensor de la Revolución, aunque a distancia. Miriam Makeba fue tratada con gran respeto cuando visitó Cuba en 1972 y se le concedió la ciudadanía cubana honoraria.

---

[100] Citado en C. Moore, *op. cit.*, p. 260.
[101] P. Gleijeses, *op. cit.*, pp. 193-194.
[102] Citado en C. Moore, *op. cit.*, p. 261.

Castro siempre ha observado de cerca los cambios de opinión en Estados Unidos. Inmediatamente después de que se produjeran las primeras protestas masivas contra la Guerra de Vietnam en abril de 1967 –la Movilización para Acabar con la Guerra en Vietnam–, habló sobre ello en un discurso de celebración del sexto aniversario de bahía de Cochinos:

> Es realmente impresionante ver que cientos de miles de norteamericanos desfilaran por Nueva York y que, entre otros retratos, llevaran con ellos retratos de Ho Chi Minh. Y algo aún más ilustrativo: que junto a los retratos como el de Ho Chi Minh y de algunos mártires de la causa por los derechos cívicos, los cables trajeran la noticia de que aparecían también retratos del Che Guevara[103].

Aquel mismo año llegaron emisarios (blancos) a Cuba de la organización del movimiento estudiantil estadounidense radical, Estudiantes por una Sociedad Democrática, trayendo noticias del nuevo movimiento negro, aún más radical que el *Black Power* («Poder Negro»). Llevaban con ellos panfletos del Partido de los Panteras Negras por la Autodefensa, así como un nuevo libro, *Alma en el hielo,* escrito por Eldridge Cleaver, el ministro de Información del partido[104].

Cleaver llegó a La Habana en diciembre de 1968, pero al igual que Carmichael, a los cubanos les pareció un camarada difícil y obstinado. Al cabo de cinco meses abandonó la isla para dirigirse a Argel, donde se le permitió establecer una oficina internacional de los Panteras Negras[105]. Los cubanos suspiraron de alivio al verlo partir. Huey Newton, fundador de los Panteras Negras, se fue a vivir a Cuba más tarde, en 1973, pero como otros que llegaron en años posteriores mantuvo deliberadamente un perfil bajo.

Con el colapso de la militancia negra en Estados Unidos en la década de 1970, en gran medida como consecuencia de la dura represión policial, pero también de la división e indecisión ideológica, la Cuba recién sovietizada estableció relaciones más fáciles con los diver-

---

[103] M. Kenner y J. Petras (eds.), *Fidel Castro Speaks,* Londres, 1969, p. 213 [En español en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f190467e.html].

[104] P. Reitan, *op. cit.,* p. 65.

[105] C. Moore, *op. cit.,* pp. 161-162.

sos sectores del movimiento negro estadounidense. La intermediaria perfecta fue Ángela Davis, una comunista estadounidense negra atractiva e inteligente, muy festejada cuando llegó a Cuba en octubre de 1972. Educada como filósofa marxista en la Universidad de Brandeis y más tarde en Fráncfort, Ángela Davis era miembro del club Che-Lumumba del Partido Comunista estadounidense y hostil a las tácticas golpìstas de los Panteras Negras. La recepción que le dieron los negros cubanos en un mitin masivo fue tan entusiasta que apenas pudo hablar. Carlos Moore describió el extraordinario impacto que produjo, no tanto por lo que dijo, como por su presentación como modelo para los negros de Cuba:

> Hambrientos como han estado durante una década de símbolos positivos de su identidad, los negros cubanos han reaccionado frente a la belleza del rizado pelo «afro» de Ángela Davis. Ahí tenían a alguien con quien se podían identificar, sin temor a ser tachados de «contrarrevolucionarios» o de «racistas negros». Ángela Davis es comunista, una heroína, una negra «desbocada» aprobada por el gobierno cubano. Llevaba un precioso y ajustado vestido de colores chillones y el cabello sin alisar. Es negra, desafiante. Es una revolucionaria, hermosa en un sentido que los afrocubanos entendían en su código secreto de negritud[106].

Si la visita de Davis marcó un hito en la larga lucha de la Cuba blanca por llegar a un acuerdo con la población negra de la isla, también marcó el comienzo de una actitud más relajada de los negros estadounidenses hacia la Revolución. El hecho de que Cuba fuera un lugar de peregrinación para los jefes de Estado africanos despertaba inevitablemente el interés de los negros estadounidenses y durante la década de 1970 toda una corriente de destacadas figuras culturales afroamericanas visitó la isla, entre ellos Sidney Poitier y Harry Belafonte.

Pero los tiempos tardan en cambiar y a los negros cubanos negros les llevó tiempo ajustarse a la agenda de los negros estadounidenses. La

---

[106] *Ibidem*, p. 302. El propio Carlos Moore merece una pequeña nota como intérprete de la Cuba negra y crítico de la actitud de la Revolución hacia la población negra. Nacido en Cuba en 1942, de padres inmigrantes de Jamaica y Barbados, dejó la isla en 1963 y estudió y trabajó en Francia y África –en Egipto, Nigeria y Senegal–, antes de establecerse en las Antillas francesas.

novelista Alice Walker, que llegó a La Habana en 1977, se entristeció al comprobar que los jóvenes cubanos no se sentían especialmente orgullosos de ser negros. «Cuanto más insistíamos en llamarnos negros americanos –escribió–, más distantes y confusos se sentían.» Tuvo la impresión de que Huey Newton era el único afroamericano orgulloso de serlo en La Habana[107].

La Revolución, aunque interesada en los negros estadounidenses, tenía poco que ver con el creciente movimiento del poder negro en el Caribe. Varios intelectuales antillanos visitaron Cuba a finales de la década de 1960 y escribieron sobre su experiencia, pero ninguno relacionó el proceso cubano con los acontecimientos que tenían lugar en otros puntos del Caribe en aquel momento. En octubre de 1968 estallaron disturbios en Jamaica cuando el historiador de origen guyanés Walter Rodney fue expulsado de la isla, disturbios que se extendieron a los barrios pobres de Kingston; pero los cubanos mostraron poco interés por la cuestión del poder negro en las Antillas y las rivalidades internas que provocaba hasta la revolución en Granada años después, en marzo de 1979, cuando Castro se interesó personalmente por Maurice Bishop, su desventurado líder.

La exportación de la Revolución: La expedición de Che Guevara a Bolivia, 1966-1967

La Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana en enero de 1966 marcó el punto más alto de la defensa por parte de Cuba de la guerra de guerrillas y la idea de la exportación de la Revolución. De todos los rincones del mundo llegó un impresionante desfile de delegaciones y Castro, con su eterno énfasis en la necesidad de unidad revolucionaria, invitó incluso a los grupos atraídos por los cantos de sirena del maoísmo, aunque no dejó de criticar la actitud hostil de China hacia Cuba.

Una presencia impalpable en la Conferencia, aunque no estuviera en La Habana, era la de Che Guevara, el profeta reconocido de la Revolución. Estaba recuperándose todavía en Dar es Salaam de la desastrosa

[107] A. Walker, «Secrets of the New Cuba», revista *Ms* (septiembre de 1977), citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 774.

aventura congoleña y escribiendo su informe de la expedición, aunque no por mucho tiempo. La Revolución cubana todavía necesitaba sus servicios y en el mapa de Latinoamérica se había clavado un alfiler metafórico en la mediterránea República de Bolivia, un lugar que se suponía que podía ser el centro de una nueva oleada revolucionaria.

Bolivia había recibido ya la atención de Cuba en 1963, cuando el grupo de Masetti inició su aventura argentina en una hacienda situada en su esquina sudoriental. Proporcionó también la plataforma de lanzamiento para un grupo guerrillero respaldado por Cuba, dirigido por Héctor Béjar, que se internó en Perú aquel mismo año. Ahora era de nuevo el foco para las esperanzas cubanas de una revolución continental. Varios jóvenes miembros del Partido Comunista boliviano viajaron a finales de 1965 a Cuba para ser entrenados militarmente, mientras que «Tania», una agente de la inteligencia cubana, estaba a la espera en La Paz desde un año antes.

Guevara regresó en secreto a La Habana en julio de 1966 y seleccionó un pequeño grupo de soldados cubanos para su nueva misión. A algunos de ellos los conocía desde la campaña guerrillera en Cuba y otros habían combatido con él en el Congo. Había también algún superviviente de la debacle de Masetti, en particular Martínez Tamayo. La empresa contaba en principio con el apoyo del Partido Comunista boliviano y un grupo del movimiento juvenil, encabezado por Roberto «Coco» Peredo, había comprado una pequeña hacienda en el este de Bolivia, a la orilla del río Ñancahuazú. Guevara llegó allí en noviembre[108].

Durante varios meses el «foco» embrionario sobrevivió en las faldas de los Andes sin ser detectado, pero desde un principio tuvo que afrontar un serio problema político. Las continuas discrepancias de Castro con los viejos comunistas cubanos y con la dirección soviética en Moscú iban a repercutir ahora sobre la expedición cubana a Bolivia. Mario Monje, el secretario general del partido comunista boliviano, se había mostrado en principio de acuerdo con el proyecto cubano, en parte porque pensaba que estaba destinado a promover movimientos guerrilleros en Argentina y Perú como en años anteriores, pero para su país prefería la vía pacífica. En Bolivia se habían celebrado elecciones aquel mismo año, y aunque sólo sirvieron para ratificar el golpe militar de

[108] El mejor informe sobre la vida y muerte de Ernesto Guevara es el de J. L. Anderson, *op. cit.*

1964, el Partido Comunista había podido participar, obteniendo, eso sí, un escaso porcentaje de votos. Monje le dijo a Guevara en diciembre, cuando visitó un campamento guerrillero, que si tenía que haber una guerra de guerrillas en Bolivia él debía ser el comandante supremo. La idea era absurda y Monje sabía que sería rechazada. Tras su experiencia en el Congo, Guevara no iba a tolerar ningún debate sobre quién debía dar las órdenes. Monje se retiró del campamento y su partido no volvió a ofrecer ayuda a los guerrilleros. Sólo un puñado de jóvenes comunistas bolivianos que ya habían expresado su lealtad al Che permanecieron con él.

Guevara estaba ahora aislado en la jungla boliviana sin medios de apoyo, excepto su grupo de 16 cubanos, tres peruanos y 29 bolivianos. Castro se había enfrentado con una penuria semejante cuando se retiró a Sierra Maestra con los supervivientes del desembarco del *Granma*, pero al menos él contaba con un movimiento de resistencia embrionario en las ciudades de Cuba. Guevara no tenía nada, e incluso sus comunicaciones por radio con La Habana dependían de medios rudimentarios, ineficaces y muy pesados.

Mientras el Che estaba en Bolivia el estado de ánimo en Cuba iba cambiando. Guevara, ausente desde 1965, ya no era un elemento clave en los consejos de la Revolución. Aunque su defensa de la lucha guerrillera en Latinoamérica y su participación personal en la campaña en Bolivia habían recibido el respaldo del alto mando revolucionario en La Habana, también se habían producido críticas. La Unión Soviética y sus acólitos del viejo Partido Comunista cubano (PSP) eran particularmente hostiles a la idea. Castro había podido cabalgar sobre dos caballos a la vez durante algunos años, respaldando activamente con la mano izquierda los proyectos guerrilleros del Che y tendiendo la derecha a la Unión Soviética. Dado que los caballos galopaban en direcciones diferentes, aquellas acrobacias no se podían mantener indefinidamente.

A mediados de 1967 llegó a La Habana una advertencia soviética cuando Aleksei Kosiguin, el primer ministro soviético, llegó en una visita por sorpresa. Aquel ruso adusto y sin carisma llegó en junio, precisamente cuando los cubanos estaban preparando la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), una reunión de partidarios de la estrategia cubana de lucha armada. La presencia del Che en Bolivia era ya un secreto a voces y acababa de hacerse público su *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Triconti-*

nental, iniciado con la célebre consigna «Crear dos, tres... muchos Vietnam», en el que expresaba su esperanza de que la lucha en «nuestra América» alcanzara pronto «proporciones continentales». En aquel espléndido manifiesto incluyó su propio réquiem personal:

> Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria[109].

El grito de guerra del Che, que embriagaba a las jóvenes generaciones de la izquierda latinoamericana, era una música demasiado estridente para los oídos del primer ministro soviético, que acababa de visitar al presidente Johnson en Estados Unidos, donde los líderes de las dos superpotencias habían un entonado juntos un himno a la coexistencia pacífica. A ojos soviéticos el mundo era un lugar demasiado peligroso para que lo perturbaran visionarios inestables que pretendían promover la revolución. Kosiguin viajó a La Habana para aleccionar a su recalcitrante aliado caribeño, advirtiéndole que la ayuda económica soviética, en particular el suministro de petróleo, podía evaporarse si Cuba seguía exportando la Revolución a Latinoamérica. Castro escuchó el mensaje y lo interiorizó, aunque no podía tomar ninguna medida inmediata. Esperaba noticias de Bolivia.

Cuando en julio se reunió la conferencia de la OLAS entre pancartas inflamadas –«el deber de todo revolucionario es hacer la revolución»–, Castro reiteró sus temas familiares y fue aplaudido a rabiar. Mantuvo la línea establecida pocos meses antes, cuando un grupo de guerrilleros cubanos había sido capturado en una playa venezolana: «Estamos prestando ayuda y seguiremos haciéndolo siempre que nos lo pidan, a todos los movimientos que luchan contra el imperialismo en cualquier parte del mundo».

---

[109] J. Gerassi (ed.), *Venceremos: The Speeches and Writings of Che Guevara*, Nueva York, 1968, pp. 413-424.

Pero la visita de Kosiguin había arrojado un viento helado sobre todo aquel ardor revolucionario. Si Washington y Moscú iban a actuar juntos, si los dos superpotencias estaban de acuerdo, ¿qué posibilidades tenía un pequeño país como Cuba de arar un surco distinto?

Desde la perspectiva histórica, la guerra de guerrillas en Bolivia en 1967 parece una tragedia predestinada de antemano. El grupo guerrillero del Che, descubierto por el ejército en marzo y dividido accidentalmente en pequeños pelotones en abril, vagó desorientado por las tierras pantanosas del este de Bolivia, cruzando y volviendo a cruzar el río Grande en un vano intento de recomponerse. Un grupo fue traicionado en agosto cuando trataba de cruzar el río y aniquilado, mientras que el pelotón de Guevara fue rodeado por tropas bolivianas en octubre. El propio Che fue capturado y ejecutado al día siguiente. Un puñado de combatientes cubanos sobrevivieron y se abrieron camino atravesando el país hasta ponerse a salvo en el vecino Chile a principios de 1968.

El fracaso de la expedición boliviana provocó un cambio en la política cubana. Castro se sintió ahora obligado a obedecer la conminación de Kosiguin a que abandonara la estrategia de la lucha armada. El sueño de resucitar las ambiciones de Simón Bolívar de desencadenar una revolución continental se desvaneció. Aquella estrategia había comenzado ya a hacer aguas mucho antes de octubre de 1967. Ninguno de los movimientos respaldados por los cubanos en Argentina, Venezuela, Colombia, Guatemala o Perú –que operaban en su mayoría sin el apoyo de los partidos comunistas locales– había obtenido ningún éxito. Algunos habían sido ya destruidos. Sólo el carisma personal del Che y la esperanza de que el gran teórico de la guerrilla y pudiera triunfar donde otros habían fracasado, mantenían viva la fe en la posibilidad de un resultado favorable en Bolivia. Ahora también él también había desaparecido.

Con su muerte se instaló en La Habana un nuevo realismo. Los guerrilleros latinoamericanos que se entrenaban en Cuba se encontraron inexplicablemente postergados. No entendían que Castro, tras titubear cierto tiempo, buscaba una oportunidad para abandonarlos. La lucha guerrillera en América Latina había quedado fuera del menú cubano[110].

[110] Una de las víctimas del cambio de política fue Francisco Caamaño, líder de una sublevación en 1965 en la República Dominicana, que llegó a Cuba en noviem-

Guevara escribió su propio epitafio en una carta de despedida a sus padres antes de salir hacia el Congo en marzo de 1965: «Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante; vuelvo al camino con mi adarga al brazo».

Che Guevara se veía a sí mismo como un don Quijote del siglo XX. «Muchos me dirán aventurero, y lo soy –escribía–, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades». Ahí reside la perdurabilidad de su legado, el de un hombre que participó con éxito en una revolución y lo dejó todo para iniciar otra desde cero.

---

bre de 1967 con la intención de organizar una guerra de guerrillas en su propio país. Los cubanos lo mantuvieron controlado durante varios años, pero al final se vieron obligados a dejarle hacer. Desembarcó con un pequeño grupo en la República Dominicana en febrero de 1973 y fue capturado y asesinado casi inmediatamente. P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 221.

7
Cuba en el bloque soviético, 1968-1985

La Primavera de Praga y el giro decisivo hacia la Unión Soviética, 1968

La derrota en 1967 de la expedición cubana a Bolivia y la muerte del Che marcaron una nueva fase en el desarrollo de la Revolución. Su historia se iba a desarrollar durante los siguientes veinte años en estrecha alianza con la Unión Soviética en los asuntos exteriores, la política económica, los asuntos culturales y la propia estructura del gobierno. Cuba iba a someterse a una remodelación a imagen soviética.

El momento de la decisión llegó en agosto de 1968, cuando fuerzas del Pacto de Varsovia encabezadas por las de la Unión Soviética invadieron Checoslovaquia y establecieron un nuevo gobierno prosoviético en Praga. Muchos cubanos, entre ellos personas cercanas a Castro, pensaron que aquella intervención iba a provocar la hostilidad y la crítica de Cuba pero se llevaron una desagradable sorpresa.

1968 fue un año crucial en todo el mundo, desde Vietnam a Estados Unidos, desde Francia a México y desde Checoslovaquia a Cuba. La «Ofensiva del Tet» en Vietnam a finales de enero, en la que decenas de miles de soldados vietnamitas atacaron las bases estadounidenses en todo Vietnam del Sur, provocó manifestaciones contra la guerra en Estados Unidos, produciéndose un desplazamiento sísmico en la opinión pública estadounidense. Lyndon Johnson anunció en marzo que no volvería presentarse para el puesto de presidente y se iniciaron conversaciones de paz con los comunistas vietnamitas en París. La creciente sensación de crisis en la sociedad estadounidense se acentuó con el asesinato de Martin Luther King en abril, seguido por disturbios en varias ciudades estadounidenses y la muerte de muchos manifestantes negros. Robert Kennedy, candidato a la presidencia por el partido demócrata, fue asesinado en Los Ángeles en junio.

En Francia, una explosión de conflictividad estudiantil en mayo dio lugar a la ocupación de la Sorbona. Los «sucesos de París», una rebelión de la juventud que se extendió a las universidades de todo el mundo, se hacían eco de la Revolución Cultural de Mao Tse-Tung iniciada en China dos años antes. El 2 de octubre fueron asesinados en Ciudad de México cientos de estudiantes en un ataque de la policía contra una manifestación diez días antes de que se inauguraran los Juegos Olímpicos. Todas esas revueltas tenían causas locales específicas, pero la oposición a la guerra de Estados Unidos en Vietnam era un tema común, como lo era el apoyo a Castro y la Revolución cubana y a Alexander Dubček y la Primavera de Praga. Las imágenes del Che tenían una notable presencia en todas las manifestaciones estudiantiles de 1968. La fotografía del comandante guerrillero con boina, tomada por Alberto Díaz Gutiérrez «Korda», se convirtió en símbolo de la protesta a escala mundial.

La primera respuesta de Castro a esta euforia revolucionaria fue ampliar la actividad del Estado. En marzo aplastó a los restos «contrarrevolucionarios» del sector privado, pequeño en cuanto a su peso económico pero considerable en términos del número de personas empleadas. Había llegado el momento, dijo, de ocuparse del «pequeño sector de la población que vive del trabajo de otros, considerablemente mejor que el resto, sentándose tranquilamente a mirar cómo trabajan los demás; personas perezosas en perfecto estado físico que explotan algún tipo de puesto de venta, cualquier tipo de pequeño negocio, con el fin de obtener 50 pesos al día». Esos parásitos tenían que desaparecer y por ello se desencadenó toda la furia de la Revolución sobre las pequeñas empresas comerciales.

> Miles de miembros del partido alertados secretamente en todo el país se dedicaron a confiscar todas las empresas privadas», según el informe de José Luis Llovio-Menéndez. La medida afectó a «bares, tiendas, garajes, pequeños almacenes, talleres de artesanos autónomos y otros trabajadores independientes, carpinteros, albañiles, fontaneros [...].

Dos días después no funcionaba en Cuba ni una sola empresa privada «excepto los pocos agricultores privados, los propietarios de camiones de carga y los conductores de taxis»[1]. Para quienes, como

[1] J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, pp. 217-218.

Llovio-Menéndez, pensaban en exiliarse, aquellas duras medidas anunciaban una nueva era: «La vida en Cuba se hizo más aburrida y más cara, sin el entretenimiento de las ocasionales botellas de cerveza o los cócteles, la comodidad de una lavandería en la esquina, la experta ayuda de los manitas autónomos o la disponibilidad casual de croquetas, pan con tortilla y bebidas frescas de los vendedores callejeros»[2].

Los revolucionarios creían, por supuesto, que los contrarrevolucionarios que operaban en los cafés de La Habana habían recibido por fin un golpe mortal, pero hubo que pagar un alto precio. Tendrían que pasar cerca de treinta años hasta que el país recobrara algo de la vivacidad burguesa creada por la empresa privada a pequeña escala.

En otros lugares, la creencia de los estudiantes de todo el mundo de que la vieja política se estaba viendo ostensiblemente socavada aumentó a raíz de los acontecimientos que tenían lugar en Checoslovaquia, ampliamente percibidos como una señal de posibles cambios en el resto del bloque soviético. Antonin Novotny, el viejo líder estalinista, fue desalojado del poder en enero y sustituido por Alexander Dubček, una figura más joven que pretendía promover una «revolución democrática socialista». Su «programa de acción» publicado en abril declaraba que no se podía construir el socialismo sin «un intercambio abierto de puntos de vista y la democratización de todo el sistema social y político». Los observadores externos bautizaron aquel proceso como la Primavera de Praga describiendo el proyecto de Dubček como un «socialismo con rostro humano».

El mundo observaba fascinado cómo los checos trataban de obtener cierto grado de libertad interna. Los Estados comunistas europeos con dirigentes antisoviéticos –el presidente Tito en Yugoslavia y el presidente Ceausescu en Rumanía– apoyaron a los comunistas checos. En los demás países del este de Europa y en Cuba los detalles del proceso eran seguidos con gran interés, observando las presiones de la Unión Soviética sobre el gobierno de Dubček para que interrumpiera el proceso iniciado. ¿Se repetiría la tragedia de 1956, cuando Jruschev, temiendo la pérdida de un satélite y su paso a Occidente se sintió obligado a intervenir? ¿O permitirían esta vez los dirigentes soviéticos a su aliado checoslovaco cierto grado de autonomía?

---

[2] J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 218.

La respuesta brutal llegó la mañana del 21 de agosto, cuando tropas soviéticas cruzaron la frontera con Checoslovaquia por Rutenia. Con ellos llegó un ejército de medio millón de soldados polacos, húngaros, búlgaros y de Alemania oriental. En las calles de Praga se desplegaron varios cientos de tanques soviéticos. Dubček y otros dirigentes checos fueron detenidos y trasladados a Moscú. La Primavera de Praga se convirtió en invierno de la noche a la mañana.

En Cuba se produjo un largo silencio mientras Castro decidía qué decir. No se ha revelado hasta ahora el debate que posiblemente tuvo lugar en la dirección cubana. La mayoría de los cubanos imaginaban, dada la euforia que la primavera checa había despertado en todo el mundo, que Castro reiteraría la línea tradicionalmente independiente de la Revolución y condenaría la invasión soviética. ¿Acaso no había criticado severamente el modelo soviético Guevara, cuyas ideas se recordaban tan emocionadamente durante los pocos meses transcurridos desde su muerte?

Dos días después de que los soviéticos entraran en Praga, Castro apareció por fin en televisión. Para gran asombro de los telespectadores en la propia Cuba y en el extranjero apoyó firmemente la iniciativa soviética, añadiendo a ese mensaje una dura condena de las reformas de Dubček:

> [...] se desencadenó una auténtica furia liberal. Comenzaron a plantearse toda una serie de eslóganes políticos en favor de la formación de partidos de oposición [...] [sugiriendo] que las riendas del poder dejasen de estar en manos del Partido Comunista [...] Se tomaron ciertas medidas, como el establecimiento de una forma burguesa de «libertad» en la prensa. Esto significaba que a la contrarrevolución y a los explotadores, a los verdaderos enemigos del socialismo, se les ofrecía el derecho de hablar y escribir libremente contra el socialismo[3].

Castro se dirigía ante todo a los cubanos y parecía preocuparle muy poco la opinión de los observadores extranjeros. Se había empapado de la ortodoxia soviética y a partir de ahí tomó su decisión. Cuba adoptaría una actitud similar, aunque menos patente, una década después, en apoyo de la invasión soviética de Afganistán en 1979. En

[3] Discurso de Castro, 23 de agosto de 1968.

Cuba no iba a haber ninguna tercera vía, ninguna versión alternativa del comunismo. A partir de entonces iba a ser discípula irreprochable de la Unión Soviética y a reconstruir su sociedad siguiendo el modelo soviético. Llevaría bastante tiempo, hasta mediados de la década de 1970, para que Cuba fuera reconocida como satélite soviético ortodoxo, pero se había emprendido el camino para ello.

Castro estaba convencido de la importancia de la potencia estratégica soviética y creía en la fuerza de sus instituciones, hasta que la Unión Soviética se derrumbó repentinamente en 1991. Llegó a creer que un partido comunista disciplinado era una necesidad ineludible, e incluso cuando desapareció la Unión Soviética siguió insistiendo en la importancia de mantener la estructura de partido único; pero quedaba algo de la vieja actitud independiente. Castro se tragó obedientemente la medicina soviética, pero a menudo proclamó que la receta cubana para el socialismo era una mejora del modelo soviético. Consideraba que Cuba estaba mejor preparada para apoyar las revoluciones en el Tercer Mundo que su mentor soviético.

Durante la década de 1960 Castro había tratado de seguir su propia vía; en aquella primera década revolucionaria la sociedad cubana no estaba totalmente sovietizada. Aunque el país se beneficiaba de la ayuda soviética en muchas áreas, preservaba su propio programa. Pero en 1968 el régimen de Castro estaba en bancarrota intelectual y fue cayendo agradecidamente en el cálido abrazo soviético. El atractivo de la alianza con la Unión Soviética no estaba tanto en el armamento y las garantías militares que venían anejas como en el armazón ideológico que la experiencia soviética y de Europa oriental le proporcionaban.

En 1959 gran parte de la población cubana había respaldado alegremente la dramática ruptura con el pasado, pero las ideas que sustentaban el programa revolucionario nunca se expusieron claramente, ni parecían ser el factor más importante para la movilización del pueblo en favor de la revolución. Gran parte de la ideología provenía del propio Castro, un líder «populista» carismático muy versado en la exposición de ideas y en la motivación del pueblo. En el desarrollo del proceso revolucionario tuvo mucha importancia su sentido de la historia, su capacidad para extraer los hilos más radicales del tejido histórico cubano para tejer con ellos una nueva lectura del pasado, que insistía en la «comunidad imaginada» de Cuba como nación independiente y próspera. Su alegato «La historia me absolverá» de 1953 fue una intervención

crucial, que ponía de relieve los futuros cambios políticos y sociales que serían necesarios, señalando implícitamente que tales cambios sólo serían posibles fuera del sistema capitalista existente.

Los dirigentes de la guerrilla dedicaron cierto tiempo al estudio de la estrategia y táctica militar, pero no se detuvieron a pensar en la naturaleza del futuro gobierno más allá de las exigencias tácticas del momento. Los teóricos del Movimiento 26 de Julio en las ciudades produjeron planes y proyectos frecuentemente desautorizados por la dirección en la Sierra. Más allá de los perfiles de un programa reformista moderado, que afectaba a la propiedad de la tierra, la educación y la mejora de la situación de los trabajadores, poco era lo que se había desarrollado.

Una vez en el poder en 1959, el Movimiento 26 de Julio estaba muy poco preparado para gobernar. Controlaba el país, pero no tenía apenas idea de lo que podría suceder a continuación. La vaga y un tanto inmadura ideología derivada de los discursos y artículos de Castro no servía de mucho. Donde debería haber habido una filosofía política no había más que un vacío.

En aquellas circunstancias no es sorprendente que Castro y sus colegas más próximos eligieran aliarse finalmente con el Partido Comunista cubano y con la Unión Soviética. Necesitaban hacerlo por razones estratégicas obvias: Estados Unidos estaba a sólo 150 kilómetros de distancia y el ejemplo de la intervención estadounidense en Guatemala en 1954 estaba constantemente presente en sus pensamientos. La ayuda militar de la Unión Soviética era esencial.

¿Pero necesitaba Castro realmente incorporar la totalidad del paquete soviético, con lazos y puntillas? Él nunca había sido un comunista tradicional, no le debía nada al viejo partido comunista y estaba haciendo rápidas amistades con regímenes radicales no comunistas del Tercer Mundo. Muchos de éstos, aunque complacidos de asociarse como compañeros de viaje a la Unión Soviética como la más tratable de las dos superpotencias, no suscribían la versión soviética del socialismo. Castro había ido más allá del simple nacionalismo de Nasser en Egipto o Nkrumah en Ghana, ¿pero no podría haber seguido la vía independiente abierta por Tito en Yugoslavia y más tarde por Ceausescu en Rumanía?

Prefirió no hacerlo, y al parecer ni siquiera consideró esa posibilidad. La razón para ello quizá se hallara en la propia falta de ideología

de su movimiento. Cuando los revolucionarios cubanos se pusieron a dirigir el país estaban confusos. Eran esencialmente pragmáticos; primero probaban una cosa, luego otra: importaron economistas extranjeros; ensayaron la sustitución de importaciones; pretendieron la diversificación; nacionalizaron cuanto se hallaba a su alcance; escucharon los cantos de sirena de los que les sugerían la autarquía económica. Finalmente dirigieron su mirada a la Unión Soviética, fuente de innumerables asesores, mucha tecnología nueva y cantidades de dinero aparentemente sin límites. En la Unión Soviética la revolución duraba ya medio siglo; eran los más expertos en ella; conocían las respuestas. El intento de encontrar una vía alternativa era una quimera. Dubček se había equivocado.

La denuncia por parte de Castro de los reformadores checos fue seguida por el cese del debate político sin prejuicios que se dio en Cuba durante los primeros años, muy influido por corrientes radicales de la izquierda estadounidense y de Europa occidental. La ortodoxia soviética iba a imponerse gradualmente durante la década de 1970 y muchos intelectuales independientes que no habían pensado hasta entonces en exiliarse comenzaron a pedir visados de salida. Se inició una continua hemorragia de talentos. Cuba recuperaría más tarde su vigor particular en arte y música en la década de 1990, pero su elevada reputación en literatura y arte dramático se desvaneció durante mucho tiempo.

La crítica de Castro a la Primavera de Praga fue la última gota para muchos seguidores externos de la Revolución. Los liberales de Europa occidental y los socialistas franceses e italianos comenzaron a distanciarse de sus anteriores alabanzas. La solidaridad de Castro con Moscú fue también un golpe para los trotskistas, seguidores de una versión del comunismo en las antípodas del estalinismo. En Estados Unidos muchos de ellos habían apoyado el Comité por el Trato Justo a Cuba que presentaba la Revolución como una alternativa socialista al comunismo de tipo soviético. Al producirse como lo hizo durante un año de gran conflictividad política en Estados Unidos y de fervor rebelde en Europa occidental –que recordaban 1848, cuando los regímenes establecidos sintieron el frío viento de la revolución soplar dentro de sus palacios–, el discurso de Castro les pareció a muchos de sus antiguos seguidores un intento de sofocar el radicalismo popular. Fuera de Cuba comenzaron a aparecer muchos críticos e incluso enemigos de la Revolución, donde antes no había más que elogios y adulación.

«Diez millones de toneladas»: el fracaso de la pretendida cosecha récord de azúcar en 1970

En los primeros meses de 1970 se vivió un último episodio de la espontaneidad revolucionaria que había caracterizado la primera década con Castro en el poder. En un último despliegue de fantasía antes de que cayera el gris telón de la ortodoxia económica soviética, Castro trató de vencer las leyes de la naturaleza y de la economía realizando un milagro en los campos de caña. «¡Los diez millones van!» fue el eslogan que electrizó a la nación. ¡Sí, conseguiremos una zafra de diez millones de toneladas de azúcar!

La producción de azúcar había vuelto a su lugar tradicional en el centro de la economía después de la primera visita de Castro a la Unión Soviética en 1963. Los anteriores debates utópicos sobre la posible diversificación, alentados tanto por Guevara como por revolucionarios menos radicales, fueron rápidamente olvidados. La sabiduría económica soviética dictaba que el azúcar era el principal producto en el que Cuba gozaba de una ventaja comparativa en el mercado mundial y que los ingresos que proporcionaba eran el mejor activo con que pagar la cuenta de las importaciones del país. Las economías capitalistas habían llegado desde hacía mucho tiempo a la misma conclusión. Cuba tendría que depender del azúcar en el futuro; de hecho, durante otros treinta años.

El azúcar era el único producto cubano que su nuevo amigo y aliado deseaba para sus propios consumidores y la isla pronto produciría más azúcar que nunca. La producción aumentó un 40 por 100 entre 1960 y 1990, cuando la caña de azúcar ocupaba el 45 por 100 de la tierra cultivable de Cuba: una vasta extensión que quizá debería haberse dedicado a cultivar alimentos para los consumidores cubanos, aunque tales argumentos no llegarían hasta más tarde. La industria azucarera proporcionaba, además, muchos puestos de trabajo: a finales de los años ochenta había 235.000 personas trabajando en las tareas agrícolas relacionadas con ella y 140.000 en las propiamente industriales.

Según el tratado firmado en 1966, Cuba se comprometió a proporcionar a la Unión Soviética una cantidad regular de azúcar crudo durante los años siguientes, en concreto 5 millones de toneladas en 1968 y 1969. Ahora contaba con un mercado y un precio garantizados como los que le había ofrecido Estados Unidos antes de la Revolución, aun-

que los términos de intercambio eran más favorables. Pronto se puso en marcha un ambicioso programa de inversiones para modernizar el sector azucarero con ayuda soviética. Los ingenios existentes, algunos de ellos construidos en el siglo XIX, eran anticuados y necesitaban revisión. El corte de la caña, que se hacía todavía con machetes, se beneficiaría de la introducción de maquinaria. El sistema ferroviario con el que se transportaba la caña estaba muy deteriorado. Los puertos que tenían que albergar a los buques que llegaban de la Unión Soviética a recoger el azúcar necesitaban ampliación y modernización. Las instalaciones de almacenamiento existentes eran totalmente inadecuadas. Hasta 1959 Cuba había tratado casi exclusivamente con pequeños comerciantes costeros estadounidenses; ahora necesitaba espacio para almacenar las importaciones que llegaban desde el otro extremo del globo.

Pero por grande que fuera la inversión, el aumento de la producción de azúcar iba a ser necesariamente lento. Cuba era incapaz de entregar las cantidades especificadas en el acuerdo con los soviéticos. Las cosechas de 1968 y 1969 produjeron sólo 3,7 millones de toneladas. Castro, todavía con ánimo ultrarrevolucionario, estaba insatisfecho y pensó que el país podría hacerlo mejor. Eligiendo un número redondo casi al azar, proclamó una nueva meta, más ambiciosa, para 1970. El objetivo del país sería obtener ese año una zafra de 10 millones de toneladas, una cifra que nunca se había alcanzado antes.

Si se conseguía llegar a esa cifra, argumentaba Castro, los problemas económicos de Cuba se habrían acabado. Los soviéticos comprarían la cifra acordada de 5 millones de toneladas, con un precio por encima del mercado mundial. Se ofrecerían 2 millones adicionales a la venta en el mercado mundial, al precio vigente, y el resto se vendería en el mercado doméstico o sería absorbido por otros países socialistas. Todo el mundo estaría feliz y contento.

Aquel número redondo atrajo la atención de la opinión pública, como sin duda pretendía, y el país se vio sacudido de la misma manera que durante los primeros años de la Revolución. La «batalla del azúcar» tuvo lugar durante los meses de recogida entre noviembre de 1969 y julio de 1970. El partido, los sindicatos, el ejército, oficinistas, estudiantes y escolares, todos se movilizaron para alcanzar el objetivo fijado. Se suspendieron las vacaciones, se abolió la Navidad y se alteraron los plazos previstos. Los esfuerzos de todo el país se dirigieron hacia las plantaciones de azúcar y se cortaba la caña en una atmósfera caótica de fiesta de carnaval.

Pero ya en las primeras semanas de 1970 era evidente que no se alcanzaría el objetivo previsto. Muchos observadores extranjeros lo habían considerado excesivamente ambicioso desde el principio. Se oyeron jeremiadas hasta dentro del gobierno, en particular por parte de algunos viejos comunistas cuya inquietud se hacía eco de la del patrón soviético. Algunos argumentaban ya en 1968, cuando se planteó por primera vez la idea, que constituía una ambición impracticable, declarando que «a juzgar por el tamaño actual de nuestra cosecha de caña de azúcar, los [pocos] años que quedan y las dificultades que hemos encontrado, será casi imposible alcanzar los 10 millones de toneladas en 1970»[4]. Castro no se dio por enterado. Cuando Oswaldo Borrego, el ministro del Azúcar y viejo camarada de Guevara, sugirió suavemente que quizá no fuera posible alcanzar el objetivo, fue acusado de cobardía y destituido de su puesto.

La cifra final de la cosecha, de 8,5 millones de toneladas, fue de hecho un gran logro; habría sido un resultado altamente satisfactorio cualquier otro año. Pero dada la gran propaganda que se había hecho resultó una amarga desilusión. Por mucho trabajo voluntario que se hiciera en los campos de caña o en los ingenios azucareros, no era posible equilibrar las deficiencias organizativas en transportes, comunicaciones y plazos. Aquella gran movilización no sólo no produjo la cantidad deseada de azúcar, sino que fue en detrimento del resto de la economía al sufrir considerables trastornos las demás ramas de la producción.

La cifra del año siguiente, 5,9 millones de toneladas, aunque no fuera brillante era perfectamente respetable y la producción de azúcar se estabilizó en un ritmo más regular durante la década de 1970. Supuso tres cuartas partes de los ingresos de Cuba en divisas extranjeras durante toda la década. La cuota soviética proporcionaba a Cuba pan y mantequilla, mientras que el azúcar vendido en otros lugares aportaba los tan necesarios dólares[5]. Las exportaciones de azúcar a los mercados occidentales supusieron entre 200 y 350 millones de dólares al año durante la mayor parte de la década de 1970, pero con la gran subida del

---

[4] Citado en J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 239. Para un irónico informe sobre el ambiente que se vivía en Cuba en 1970 véase A. Guillermoprieto, *Dancing with Cuba*, Nueva York, 2004.

[5] R. Quirk, *op. cit.*, p. 754. La economía azucarera se vio afectada también por la meteorología. Las severas sequías durante varios años seguidos perjudicaron los cultivos de caña y de café, artículos cuya oferta llegó a escasear en el propio mercado interno.

precio mundial en 1974 y 1975 los ingresos de Cuba aumentaron hasta cerca de 800 millones de dólares en 1974 y 1.200 millones en 1975, algo así como un *annus mirabilis*[6].

La vuelta al azúcar siguió siendo tema de muchos debates. Algunos economistas creían, como Guevara, que constituía un error histórico. Otros pensaban que la reorientación forzosa del comercio cubano del azúcar de Estados Unidos a la Unión Soviética daba a la isla «un respiro histórico» al sustituir un mercado en contracción por otro en expansión[7]. Pero cuando la Unión Soviética se vino abajo en 1991 los cubanos se vieron obligados a repensar su estrategia, sustituyendo la producción de azúcar por el turismo.

Todos estaban de acuerdo en que el intento de alcanzar una zafra de diez millones de toneladas había sido un error del que era responsable único el propio Castro. Había movilizado a la población para conseguir lo que se convirtió en un proyecto personal y se había demostrado imposible; pero sus planificadores económicos habían seguido adelante con el plan. Una década después de la Revolución parecían tan vacíos de ideas como sus homólogos políticos. Se habían hecho muchos experimentos, pero pocos habían salido bien. Se habían asegurado algunos importantes avances sociales para la franja más pobre de la sociedad –en sanidad, educación y vivienda–, pero seguía habiendo un vacío en el núcleo del gobierno allí donde debería haber habido una política económica. La producción estaba desajustada, la economía estancada y prevalecía la incertidumbre sobre la dirección en la que debía encaminarse el país.

Castro entregó la economía a un nuevo equipo de asesores soviéticos, respaldados por algunos de los viejos comunistas cubanos que habían

---

[6] G. Lambie, «Western Europe and Cuba in the 1970s: The Boom Years», en A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *The Fractured Blockade: West European-Cuban Relation during the Revolution*, cit. El precio mundial del azúcar en 1970 fue de 3,68 centavos de dólar por libra. En 1974 había subido hasta 29,66 centavos de dólar por libra (y a 56,60 centavos en noviembre), mientras que en 1977 había caído hasta 8 centavos de dólar por libra. En la década de 1970 los mayores y más fiables socios occidentales de Cuba eran Japón y España. El gobierno cubano cometió un gran error en 1975 al rechazar una oferta japonesa de comprar un millón de toneladas de azúcar al año hasta 1980 a un precio fijo de 17 centavos de dólar por libra. Los cubanos pidieron 19 centavos, pero entonces los japoneses cerraron el trato con Australia a 17 centavos. Cuando el precio mundial cayó de 25 centavos a 8, los cubanos se tiraban de los pelos.

[7]. G. Hagelberg y T. Hannah, «Cuba's International Sugar Trade», en A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *op. cit.*

estado durante mucho tiempo alejados del poder. El giro político marcado por el ataque a los reformistas checos fue seguido por un giro económico en 1972, cuando Cuba se unió al Consejo de Ayuda Económica Mutua (COMECON), la alianza económica de países comunistas que controlaba las variadas relaciones comerciales entre los aliados más estrechos de la Unión Soviética. Cuba entró formalmente a formar parte del bloque soviético y durante más de una década el país cosechó los beneficios de esa relación. Sólo años después, a mediados de la década de 1980, comenzaron a parecer menos obvias esas ventajas.

«Los años de Brezhnev»: reestructuración del país a imagen y semejanza de la Unión Soviética, 1972-1982

La tarea de reorganizar la economía cubana durante la década de 1970 llevó tiempo y gran parte del trabajo se hizo entre bastidores. Su curso se vio marcado por muchos viajes de cubanos a Moscú e innumerables visitas a La Habana de asesores soviéticos. Su presencia se hizo cada vez más notoria en el verano de 1971, cuando llegaron a la ciudad «quizá hasta diez mil» soviéticos, según la estimación de Robert Quirk. «Los niños de la calle aprendieron a decir *tovarich* y a pedir en ruso chicles y bolígrafos»[8]. Los asesores trabajaban en estrecha relación con los gestores de las fábricas que producían artículos para la exportación y acudían a las reuniones para ayudar a introducir los métodos soviéticos en el proceso de planificación. El papel dominante del inglés en el discurso económico cubano entre 1902 y 1959 dejó paso al ruso.

Kosiguin regresó a La Habana en noviembre de 1971, en una visita más amistosa que la de 1967. Castro estaba ahora muy resguardado en el campo soviético y el petróleo y las armas soviéticas llegaban regularmente a la isla. Una visita anterior aquel mismo año del mariscal Andrei Grechko, el ministro de Defensa soviético, fue seguida por un gran envío de equipo militar, incluyendo misiles tierra-aire. Kosiguin y Castro viajaron juntos por toda Cuba durante unos días, visitando fábricas y proyectos agrícolas. «El socialismo va ganando», dijo el dirigente soviético con optimismo.

[8] R. Quirk, *op. cit.*, p. 682.

En 1972 Castro pasó dos meses viajando por Europa oriental, preparándose para la entrada de Cuba en el COMECON y reuniéndose con sus nuevos socios comerciales en Bulgaria, Rumanía, Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Alemania oriental. Fue agasajado por Leonid Brezhnev y Kosiguin en Moscú en junio, siendo Cuba formalmente admitida como miembro del COMECON en julio. Regresó a Moscú en diciembre para firmar con Brezhnev un acuerdo económico para quince años en el que habían estado trabajando durante todo 1972 los economistas soviéticos y cubanos. Ese tratado propició un aumento sustancial de las subvenciones soviéticas a la economía cubana y fue descrito elogiosamente por Castro como «un modelo de relaciones verdaderamente fraternales, internacionalistas y revolucionarias», y efectivamente lo era. Los soviéticos acordaron aumentar el precio que pagaban por el azúcar cubano; todos los pagos de deudas se aplazarían quince años (para ser pagados luego durante veinticinco años sin intereses); se acordaron nuevos créditos con bajos tipos de interés para la inversión de capital (350 millones de dólares durante los tres años siguientes). El Kremlin, como admitió honrada y agradecidamente Castro, había «propuesto la mayoría de las ideas»[9]. Nadie podía prever que Mijail Gorbachov llegaría al poder precisamente quince años después, en el momento en que los cubanos debían empezar a pagar su deuda.

Con la ayuda de los asesores soviéticos, el gobierno creó sólidas instituciones de planificación económica. El primer plan quinquenal bajo el nuevo sistema se inició en 1976, con la industrialización del país como objetivo declarado. Su principal arquitecto cubano fue Humberto Pérez, un economista formado en Moscú que permanecería al frente de la estrategia económica durante los diez años siguientes, dirigiendo la JUCEPLAN (Junta Central de Planificación)[10]. El nuevo sistema planificado de Cuba, el SDPE (Sistema de Dirección y Planificación de la Economía) estaba copiado de las reformas introducidas en la Unión Soviética durante la década anterior. Su objetivo era ayudar a las empresas estatales a autofinanciarse, introducir la idea noción de beneficio e incentivos y promover la descentralización y la eficiencia[11].

---

[9] R. Quirk, *op. cit.*, p. 717.

[10] Pérez fue sustituido finalmente a primeros de 1985, en vísperas de un importante viraje, la campaña de «rectificación» iniciada en abril de 1986.

[11] A. Zimbalist, «Perspectives on Cuban Development and Prospects for the 1990s», en A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *op. cit.*

Durante un periodo de diez años, desde 1975 hasta 1985, la Revolución entró en los territorios soleados del crecimiento económico. La tasa anual de crecimiento entre 1970 y 1988 fue del 4,1 por 100, con una significativa mejora a principios de la década de 1980, mientras que en el conjunto de Latinoamérica sólo llegaba al 1,2 por 100[12]. La población cubana comenzó a apreciar las mejoras.

Los asesores soviéticos tenían una tarea adicional, ayudar a la creación de nuevas instituciones políticas. La Revolución había estado controlada durante más de una década, de una forma improvisada y aleatoria, por Castro y un puñado de amigos. El fiasco de la zafra de 10 millones de toneladas mostró lo necesario que era que la toma de decisiones no estuviera en manos de un solo hombre. La Revolución necesitaba un marco formal más democrático mediante el cual se pudiera consagrar institucionalmente, al menos en teoría, la voluntad del pueblo. El embrionario partido comunista necesitaba ampliarse y ganar representatividad. El país merecía una Constitución apropiada.

La primera reforma afectó al Consejo de Ministros, al que se añadió en 1972 un poderoso comité ejecutivo de ocho miembros. Los tres miembros con más confianza de la dirección existente quedaron encargados de solventar los eventuales problemas con el aliado soviético: la tarea de Raúl Castro era mantener estrechas relaciones con el ejército soviético, tarea en la que se había demostrado más que capaz; Osvaldo Dorticós debía encargarse de la legislación y el comercio; y Carlos Rafael Rodríguez dirigiría los Asuntos Exteriores. Los tres hacían visitas regulares a Moscú y a las capitales de Europa oriental.

La segunda reforma suponía la redacción de una nueva Constitución y el desarrollo de un sistema de participación del pueblo en el gobierno. Se creó un comité presidido por Blas Roca para preparar el borrador de una nueva Constitución que fue sometido a discusión pública en las células del partido así como en las fábricas y granjas agrícolas. Aunque la Constitución trataba de codificar la estructura del nuevo sistema legal, también establecía nuevos dispositivos para la toma democrática de decisiones. El *poder popular* quedaba estructurado en un sistema triple de asambleas municipales, provinciales y a escala

[12] Estas cifras provienen de A. Zimbalist y C. Brundenius, *The Cuban Economy: Measurement and Analysis of Socialist Performance*, Baltimore and Londres, 1989.

nacional. Aunque se basaba en el sistema soviético tenía ciertas particularidades propiamente cubanas.

La tercera reforma afectaba al propio Partido Comunista. Durante años se habían hecho esfuerzos para constituir un partido político que agrupara a los movimientos que apoyaron originalmente la Revolución, dando lugar a una organización peculiar denominada «Partido Comunista de Cuba» constituida formalmente en 1965. El partido se reorganizó ahora siguiendo un patrón más ortodoxo desde el punto de vista soviético. Su primer Congreso se inauguró en diciembre de 1975 con un discurso de Castro en el que admitió, en presencia de representantes de los partidos comunistas del resto del mundo, que la Revolución había

> fracasado en aprovechar la rica experiencia de otros pueblos que emprendieron la construcción del socialismo antes que nosotros [...] Si hubiéramos sido más humildes y no hubiéramos sobreestimado nuestras propias fuerzas, habríamos entendido que la teoría revolucionaria no estaba suficientemente desarrollada en nuestro país [...] para hacer ninguna contribución realmente significativa a la teoría y la práctica de la construcción del socialismo[13].

Un año después, en diciembre de 1976, todo estaba dispuesto para la primera reunión de la Asamblea Nacional, cumbre del sistema del poder popular. Castro anunció formalmente el comienzo de una nueva era:

> En este instante el Gobierno Revolucionario transfiere a la Asamblea Nacional el poder que desempeñó hasta hoy. Con ello el Consejo de Ministros pone en manos de esta Asamblea las funciones constituyentes y legislativas que ejerció durante casi dieciocho años, que es el periodo de más radicales y profundas transformaciones políticas y sociales en la vida de nuestra patria. ¡Que la historia juzgue objetivamente esta época!

Tras años de turbulencia revolucionaria Cuba era ahora un Estado comunista bien asentado y bien armado. Poca gente, ni siquiera los miembros del viejo Partido Comunista, habrían imaginado tal resulta-

[13] Citado en M. Pérez-Stable, *op. cit.*

Durante un periodo de diez años, desde 1975 hasta 1985, la Revolución entró en los territorios soleados del crecimiento económico. La tasa anual de crecimiento entre 1970 y 1988 fue del 4,1 por 100, con una significativa mejora a principios de la década de 1980, mientras que en el conjunto de Latinoamérica sólo llegaba al 1,2 por 100[12]. La población cubana comenzó a apreciar las mejoras.

Los asesores soviéticos tenían una tarea adicional, ayudar a la creación de nuevas instituciones políticas. La Revolución había estado controlada durante más de una década, de una forma improvisada y aleatoria, por Castro y un puñado de amigos. El fiasco de la zafra de 10 millones de toneladas mostró lo necesario que era que la toma de decisiones no estuviera en manos de un solo hombre. La Revolución necesitaba un marco formal más democrático mediante el cual se pudiera consagrar institucionalmente, al menos en teoría, la voluntad del pueblo. El embrionario partido comunista necesitaba ampliarse y ganar representatividad. El país merecía una Constitución apropiada.

La primera reforma afectó al Consejo de Ministros, al que se añadió en 1972 un poderoso comité ejecutivo de ocho miembros. Los tres miembros con más confianza de la dirección existente quedaron encargados de solventar los eventuales problemas con el aliado soviético: la tarea de Raúl Castro era mantener estrechas relaciones con el ejército soviético, tarea en la que se había demostrado más que capaz; Osvaldo Dorticós debía encargarse de la legislación y el comercio; y Carlos Rafael Rodríguez dirigiría los Asuntos Exteriores. Los tres hacían visitas regulares a Moscú y a las capitales de Europa oriental.

La segunda reforma suponía la redacción de una nueva Constitución y el desarrollo de un sistema de participación del pueblo en el gobierno. Se creó un comité presidido por Blas Roca para preparar el borrador de una nueva Constitución que fue sometido a discusión pública en las células del partido así como en las fábricas y granjas agrícolas. Aunque la Constitución trataba de codificar la estructura del nuevo sistema legal, también establecía nuevos dispositivos para la toma democrática de decisiones. El *poder popular* quedaba estructurado en un sistema triple de asambleas municipales, provinciales y a escala

[12] Estas cifras provienen de A. Zimbalist y C. Brundenius, *The Cuban Economy: Measurement and Analysis of Socialist Performance,* Baltimore and Londres, 1989.

nacional. Aunque se basaba en el sistema soviético tenía ciertas particularidades propiamente cubanas.

La tercera reforma afectaba al propio Partido Comunista. Durante años se habían hecho esfuerzos para constituir un partido político que agrupara a los movimientos que apoyaron originalmente la Revolución, dando lugar a una organización peculiar denominada «Partido Comunista de Cuba» constituida formalmente en 1965. El partido se reorganizó ahora siguiendo un patrón más ortodoxo desde el punto de vista soviético. Su primer Congreso se inauguró en diciembre de 1975 con un discurso de Castro en el que admitió, en presencia de representantes de los partidos comunistas del resto del mundo, que la Revolución había

> fracasado en aprovechar la rica experiencia de otros pueblos que emprendieron la construcción del socialismo antes que nosotros [...] Si hubiéramos sido más humildes y no hubiéramos sobreestimado nuestras propias fuerzas, habríamos entendido que la teoría revolucionaria no estaba suficientemente desarrollada en nuestro país [...] para hacer ninguna contribución realmente significativa a la teoría y la práctica de la construcción del socialismo[13].

Un año después, en diciembre de 1976, todo estaba dispuesto para la primera reunión de la Asamblea Nacional, cumbre del sistema del poder popular. Castro anunció formalmente el comienzo de una nueva era:

> En este instante el Gobierno Revolucionario transfiere a la Asamblea Nacional el poder que desempeñó hasta hoy. Con ello el Consejo de Ministros pone en manos de esta Asamblea las funciones constituyentes y legislativas que ejerció durante casi dieciocho años, que es el periodo de más radicales y profundas transformaciones políticas y sociales en la vida de nuestra patria. ¡Que la historia juzgue objetivamente esta época!

Tras años de turbulencia revolucionaria Cuba era ahora un Estado comunista bien asentado y bien armado. Poca gente, ni siquiera los miembros del viejo Partido Comunista, habrían imaginado tal resulta-

[13] Citado en M. Pérez-Stable, *op. cit.*

do en 1959. La década iniciada en 1976 iba a ser recordada calurosamente por muchos cubanos como «los años de Brezhnev». Pocos países podían congratularse del mando del gris y cada vez más anciano líder soviético, cuya mano casi paralizada controló el destino de la Unión Soviética y Europa oriental durante casi dos décadas; pero para Cuba las relaciones soviéticas en los días de Brezhnev, que murió en 1982, eran muy favorables, proporcionándole fondos casi ilimitados y pocas conmociones políticas, de una forma que recordaba al viejo Imperio español en sus mejores momentos. El dinero iba a las fuerzas armadas y a programas de educación y sanidad para los habitantes de la isla y también generaba un nivel de vida general cada vez más alto y mayor disponibilidad de bienes de consumo.

Otras revoluciones habían sido menos afortunadas. Veinticinco años después de la Revolución francesa, la mayoría de los revolucionarios habían muerto prematuramente, mientras que Napoleón, su heredero, estaba a punto de ser derrotado en Waterloo. Los revolucionarios rusos sufrieron una suerte similar en el mismo periodo de tiempo y los supervivientes de las purgas de Stalin, veinticinco años después de la Revolución rusa, estaban inmersos en una guerra genocida infligida por la Alemania nazi. La Revolución cubana, en cambio, había permanecido notablemente en paz; se rindió al imperio soviético, pero a diferencia de la Revolución francesa no había devorado a sus propios hijos, como le achacaba supuestamente a esta última el girondino Pierre Vergniand.

Oposición a la línea soviética en Cuba y en el extranjero, 1968-1972

No todos estaban satisfechos con el giro definitivo de Castro hacia la Unión Soviética a finales de la década de 1960. Muchos partidarios foráneos de la Revolución, en otro tiempo atraídos por su originalidad y espontaneidad, deploraban su adhesión a la ortodoxia soviética. Muchos intelectuales cubanos manifestaron también su desagrado y sufrieron las consecuencias. El caso más famoso y que gozó de más publicidad en la época, ya que nadie entendía del todo las reglas de juego, fue el de Heberto Padilla, un escritor y poeta rebelde al que disgustaba la tendencia pro soviética y por ello se vio conducido al martirio político.

Como en el caso de muchos otros intelectuales cubanos descollantes durante la primera década de la Revolución, la familia de Padilla era de clase media y él pasó varios años de su juventud en Estados Unidos. Más tarde, como cosmopolita mundano y seguidor entusiasta de la Revolución, disfrutó de una vida razonablemente privilegiada. Trabajó en Londres para *Prensa Latina* y sirvió en las embajadas de Cuba en Moscú y Praga. Se sentía a disgusto con lo que entendía como hipocresía del sistema soviético y al regresar a La Habana en 1967 hizo público su desencanto al ver que Cuba parecía dispuesta a seguir un modelo parecido de construcción social. Algunos de sus contemporáneos habían elegido ya el exilio, como Carlos Franqui, antiguo director de *Revolución*, en 1964, o Guillermo Cabrera Infante, el escritor más ingenioso de aquella generación cubana, en 1965. Otros habían preferido una vida tranquila, aceptando el marco de la Revolución para su actividad artística. Padilla también se apartó del proceso en marcha, pero optó por el contraataque. Sus poemas estaban imbuidos de la idea, habitual en Occidente pero anatema en Cuba a finales de la década de 1960, de que un artista debía ser un espíritu libre, independiente de la política.

La actitud de la Revolución hacia la cultura había sido ya planteada por Castro en un discurso a un grupo de artistas, escritores e intelectuales diversos en junio de 1961. En Cuba habría libertad de creación «dentro de la Revolución», declaró, pero no se permitiría nada «contra la Revolución».

La mayoría de los partidarios de la Revolución aceptaron esa idea en su momento. El país había estado sometido a repetidos ataques, la guerra todavía se cernía en el horizonte y el patriotismo más elemental exigía cierto grado de autorrestricción que afectaba a las reglas normales de la libertad artística. Aunque algunos escritores eligieron el exilio, la mayoría de los intelectuales que regresaron a La Habana en 1959 para servir a la Revolución permanecieron en Cuba, produciendo felizmente sus poemas, novelas, piezas teatrales y, muy en particular, sus películas, en un gran florecimiento del cine cubano. Las producciones del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), dirigido por Alfredo Guevara, eran las creaciones culturales más sobresalientes de la Revolución. Los documentales de Santiago Álvarez se hicieron famosos en todo el mundo; pero a finales de la década de 1960, bajo la sombra del conformismo soviético, los márgenes culturales comenzaron a estrecharse.

En 1968 una colección de poemas de Padilla, implícitamente críticos hacia el trato de la Revolución a los artistas, ganó uno de los premios anuales concedidos por la Casa de las Américas, una institución cultural dedicada a promover la misión panamericana de la Revolución. Un poema en particular, «Fuera del juego», tenía una resonancia local que ningún lector cubano habría detectado:

> ¡Al poeta despídanlo!
> Ése no tiene aquí nada que hacer.
> No entra en el juego.
> No se entusiasma.
> No pone en claro su mensaje.
> No repara siquiera los milagros.
> Se pasa el día entero cavilando.
> Encuentra siempre algo que objetar.

El poema de Padilla estaba dedicado a Iannis Ritsos, un poeta comunista griego encarcelado en 1967 por la Junta de los Coroneles, pero las autoridades no se dejaron engañar. Inmediatamente aparecieron duras críticas en las páginas de *Verde Olivo*, la revista semanal de noticias patrocinada por Raúl Castro y las fuerzas armadas[14]. La batalla tuvo al principio como centro los méritos del poema, pero no por mucho tiempo. El propio Padilla se hizo a un lado, pero él y otros con una actitud parecidamente independiente e inconformista vieron pronto que sus obras, hasta entonces populares y premiadas, ya no eran aceptadas para ser publicadas por las distintas editoriales estatales.

Padilla se mantenía en contacto con los escritores y periodistas europeos que visitaban la isla y el servicio secreto se mantenía alerta. A medida que la cobertura de la prensa extranjera sobre Cuba se hacía cada vez menos favorable a partir de 1968, Padilla era señalado como importante fuente de comentarios hostiles. Detenido en marzo de 1971, fue acusado de escribir poemas contrarrevolucionarios. Muchos de los escritores más conocidos del mundo saltaron en su defensa, firmando una carta a *Le Monde* en la que expresaban su «inquietud» y

[14] Hay quienes aseguran que el ataque a Padilla, firmado por «Leopoldo Ávila», fue escrito en realidad por el propio Raúl Castro. J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 264.

pedían su puesta en libertad. Entre los firmantes estaban Sartre, Simone de Beauvoir, Octavio Paz, Carlos Fuentes, García Márquez, Vargas Llosa y Julio Cortázar, una lista formidable de partidarios muy conocidos de la Revolución (García Márquez y Cortázar hicieron más tarde las paces con Castro y retiraron su apoyo a la carta).

Castro contraatacó. En un discurso al Congreso Nacional de Educación y Cultura celebrado el 30 de abril, atacó a los intelectuales cubanos y extranjeros por su falta de fe en la Revolución. Los peores enemigos –«"agentillos" del colonialismo cultural»– eran los intelectuales críticos de Europa occidental. El congreso se hizo eco de su petición de que el arte sirviera como arma de la Revolución:

> Rechazamos las proclamas de la mafia de intelectuales burgueses seudoizquierdistas que pretenden convertirse en conciencia crítica de la sociedad. Son los portadores de un nuevo colonialismo [...] agentes de la cultura imperialista metropolitana que han encontrado en nuestro país un pequeño grupo de gente mentalmente colonizada que se hace eco de sus ideas[15].

El congreso condenó «toda expresión de ideología burguesa» y proclamó que «la cultura, como la educación, no es y no puede ser apolítica o imparcial». Los amigos de Padilla se sintieron desalentados por el tono del congreso. La Revolución había recorrido un largo camino desde la bienvenida generosa y abierta ofrecida a los intelectuales de Cuba y del mundo, tanto en 1961 como de nuevo en el Congreso Cultural de La Habana en 1968.

Padilla fue puesto en libertad al cabo de un mes y para consternación de sus amigos hizo una declaración pública de «autocrítica». En el extranjero se desató una nueva furia en una nueva carta en *Le Monde* con nuevos firmantes, entre ellos Susan Sontag, la escritora estadounidense, y Juan Rulfo, el novelista mexicano, que proclamaban que el trato a Padilla recordaba «los más sórdidos momentos de la era estalinista». Padilla permaneció en Cuba otros diez años trabajando como traductor y finalmente abandonó la isla en 1981 para establecerse en Estados Unidos, donde publicó sus memorias[16]. Murió en Alabama en 2000.

---

[15] Citado en R. Quirk, *op. cit.* Castro pronunció este discurso el 1.° de Mayo.

[16] H. Padilla, *Heroes are Grazing in my Garden*, Nueva York, 1984.

Los asuntos culturales cubanos fueron finalmente reorganizados en 1976 con la creación de un Ministerio de Cultura, establecido según la línea soviética en el mismo momento en que se remodelaban el Partido Comunista y la Asamblea Nacional. El nuevo Ministerio de Cultura dirigido por Armando Hart, un viejo revolucionario, se abrió a influencias globales limitadas durante mucho tiempo a Europa oriental.

Una apertura hacia el continente: la visita de Castro al Chile de Allende en 1971

Los europeos desilusionados por la estrecha vinculación de la Revolución a la Unión Soviética a partir de 1968 pudieron transferir brevemente de Cuba a Chile su afecto hacia el nacionalismo en el Tercer Mundo. Salvador Allende, seguidor y gran amigo de Castro, muchas veces candidato a la presidencia por el Partido Socialista de Chile, fue elegido presidente en septiembre de 1970. Chile se convirtió en la nueva llama revolucionaria a principios de la década de 1970 y la vía chilena al socialismo se contrastaba a menudo ventajosamente con la vía cubana.

Castro llegó a Santiago de Chile en noviembre de 1971 para observar el nuevo régimen por sí mismo e intercambiar experiencias y puntos de vista con sus viejos amigos. La Revolución cubana estaba oficialmente a favor de la existencia de otros regímenes revolucionarios en el continente latinoamericano. Si se habían promovido movimientos guerrilleros había sido precisamente con esa finalidad. Pero cuando se alcanzaba la victoria los cubanos se ponían siempre nerviosos, tanto con respecto a Chile en 1971 como con respecto a Nicaragua en 1979.

Chile suponía un problema político muy serio para Castro. La victoria electoral de Allende tuvo lugar precisamente cuando había decidido seguir la vía soviética. En Chile había un poderoso partido comunista prosoviético, sobre el que Castro había hecho frecuentes comentarios críticos. El partido socialista de Allende, en cambio, estaba a la izquierda de los comunistas y posiblemente era el más ferviente partidario de la Revolución cubana en Latinoamérica. Allende había patrocinado la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) creada en la Conferencia Tricontinental de La Habana en 1967 y que apoyaba la lucha guerrillera. No defendía ese tipo de estrategia para Chile, pero tanto él como su partido apoyaban a Castro.

El problema para Castro era que él ya no los tenía como aliados preferentes en Chile. Como socio leal de Moscú, ahora estaba más cerca del Partido Comunista chileno, cuyos líderes se esforzaban por apagar las llamas de la revolución chilena, temerosos de que se les pudiera escapar de las manos. La visita de Castro a Allende era necesaria e inevitable, pero bastante embarazosa para ambos. La existencia de un competidor marxista en América, con una historia y una política muy diferentes a las de Cuba, no era algo que Castro pudiera aceptar fácilmente. Para Allende la presencia de Castro resultaba incómoda, ya que daba alas a la oposición a su gobierno, a sólo dos años del golpe de Estado militar que iba a destruir su experimento además del socialismo y la democracia en Chile durante muchos años.

Castro estaba poco versado en la democracia burguesa de estilo chileno y aunque fue recibido con entusiasmo por los seguidores de Allende, la mitad del país no estaba de su parte y lo dejó claro en todas las oportunidades que se pusieron a su alcance. Se esperaba que pasara en Chile sólo una semana, pero fueron tres y pasó por momentos difíciles en su recorrido por el país. Poco familiarizado con las interrupciones hostiles de los estudiantes y las ácidas críticas de los periódicos sensacionalistas, le molestó el trato que a menudo recibía. Una gran manifestación en Santiago, organizada por los partidos de derecha y formada en gran parte por mujeres de los barrios más acomodados que esgrimían cazuelas y sartenes vacías –utensilios con los que muchas de ellas seguramente estaban poco familiarizadas– para indicar que el socialismo era el heraldo del hambre. «No queremos a Castro aquí» era el menos ofensivo de sus eslóganes.

Aquella manifestación provocó la previsible reacción de los seguidores de Allende: los trabajadores no iban a permitir «que las hordas fascistas volvieran a controlar las calles», dijo el líder comunista del movimiento sindical. La noche acabó con disturbios y la imposición del estado de emergencia en la ciudad. El orden fue restaurado por el general Augusto Pinochet, oficial a cargo de la zona de emergencia.

A Castro le quedó una impresión pesimista sobre el futuro de Chile. Complacido por la calurosa acogida que le ofrecieron en los barrios obreros, no podía entender la renuencia de Allende a armar a los trabajadores, sin darse cuenta de las limitaciones del poder presidencial de éste. Se dice que Castro comentó cuando regresó a La Habana que había encontrado a Allende «muy tozudo» y viviendo «en un mundo

demasiado lleno de ilusión y poesía. Está atado por sus ideas constitucionales. Confía en la imparcialidad de los militares y está convencido de que siempre defenderán al gobierno legítimo»[17].

Castro no estaba tan convencido de ello. «Tratarán de joderlo a la primera oportunidad que tengan», dijo, y el general Pinochet tuvo esa oportunidad menos de dos años después, el 11 de septiembre de 1973.

Castro se detuvo también en Lima en su camino de regreso a casa, intrigado por un fenómeno diferente. Visitó al general Juan Velasco Alvarado, presidente radical del Perú que había dado un golpe de Estado tres años antes lanzándose luego a promover una reforma agraria y la nacionalización de las empresas petroleras extranjeras; también estableció relaciones diplomáticas con La Habana y Moscú. «Dentro de la tradición de los golpes militares latinoamericanos –dijo Castro a un grupo de amigos cuando volvió a casa– no ha habido nunca algo parecido; [en Perú] un grupo de militares se propone llevar a cabo una reforma agraria y nacionalizar las empresas estadounidenses. Su atrevimiento ha ido más allá de la simple adopción de medidas progresistas o reformistas»[18].

Castro pensaba que el gobierno militar de Velasco Alvarado tenía potencial revolucionario, pero detectó sus puntos débiles más obvios: el miedo de los militares a dar «mayor participación a las masas» y «su inclinación a aprovecharse del poder para hacerse ricos». El análisis de Castro era agudo y acertado, y el régimen de Velasco Alvarado se hundió rápidamente tras su muerte en 1976. Era un enérgico líder nacionalista, pero adoptó medidas dictatoriales contra su oposición interna, ignoró a todos los políticos civiles y no dejó un legado duradero. Aun así, Castro se sintió claramente más cómodo en el Perú de Velasco Alvarado que en el Chile de Allende.

Castro se lanza a la defensa de Angola, 1975

Castro se había convertido en socio de la Unión Soviética, pero mantenía cierta capacidad para operar por su propia cuenta. En 1975,

[17] J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 270. Pese a esos comentarios en privado, Castro estaba feliz de poder recibir a Allende en una visita de Estado a Cuba en diciembre de 1972.

[18] J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 272.

para gran sorpresa de Moscú y Washington, volvió a lanzarse a la arena africana que Che Guevara y sus tropas habían abandonado tan bruscamente diez años antes. Con la misma celeridad ordenó ahora el envío a Luanda, la capital angoleña, de un gran contingente de tropas mediante un puente aéreo de emergencia para salvar al ejército revolucionario de Agostinho Neto de una derrota casi segura a manos de una fuerza invasora sudafricana.

La intervención cubana –secreta, repentina y sin ninguna motivación egoísta– se concibió como una operación limitada para amparar al Movimento Popular de Libertaçao de Angola (MPLA) de Neto; de hecho, Castro planeaba retirar sus tropas en cuanto se resolviera el momento de crisis aguda, pero no iba a suceder así. Las fuerzas cubanas seguían todavía activamente comprometidas en Angola quince años después, con tareas muy superiores a las imaginadas en 1975.

Angola es un país africano por el que muchos cubanos, tanto negros como blancos, podían sentir gran simpatía. Los antepasados de muchos cubanos negros provenían de las riberas del río Congo y de esa zona de la costa africana. Las tradiciones luso-españolas que vincularon en otro tiempo a Cuba con la trata de esclavos en el Atlántico –con Brasil y Angola, y con España y Portugal– son un poderoso elemento en la historia cubana. Los cubanos blancos estaban también interesados, ya que Angola, como Cuba, era un país de colonos blancos, destino durante mucho tiempo para familias que emigraban de Europa. Miles de ellos habían llegado a Luanda desde Portugal desde 1945. La población del país, de unos 6,4 millones de habitantes en 1974, incluía 320.000 blancos, si bien muchos de ellos regresaron a Portugal en 1975.

El MPLA, fundado por un grupo de intelectuales de izquierda, había emprendido desde 1961 una guerra de guerrillas a pequeña escala contra el dominio colonial portugués. Los cubanos habían establecido contacto directo con él cuando Guevara se encontró con Neto en Brazzaville en 1965. Aquel mismo año se enviaron un puñado de instructores cubanos a los campamentos del MPLA en el enclave de Cabinda en el Congo*, al norte de Angola. Aquella experiencia fue poco satisfactoria para ambas partes: los cubanos habían sido demasiado optimistas y encontraron a los angoleños políticamente atrasados y lentos

* Rebautizado como Zaire en 1971 y de nuevo como República Democrática del Congo en 1997. *[N. del T.]*

en aprender; los angoleños encontraron a los cubanos arrogantes y autoritarios. Neto visitó La Habana en enero de 1966 para participar en la Conferencia Tricontinental y anotó posteriormente su impresión de que «Fidel y los demás dirigentes cubanos estaban desilusionados con los movimientos de liberación africanos y desconfiaban de ellos, debido a sus malas experiencias en el Congo»[19]. La fracasada expedición de Guevara en 1965 arrojaba una larga sombra.

Los instructores cubanos retiraron su asistencia al MPLA en 1967 y se concentraron en el Partido Africano da Independência da Guiné e Cabo Verde (PAIGC) de Amílcar Cabral en Guinea-Bissau. Resultó una buena inversión, ya que la derrota del ejército portugués en Guinea-Bissau provocó una revolución en el propio Portugal en abril de 1974: un grupo de oficiales jóvenes, radicalizados por la derrota militar en las guerras africanas, derrocaron el régimen de Marcelo Caetano, sucesor del viejo dictador Salazar.

El nuevo gobierno militar en Lisboa, en el que el Partido Comunista portugués desempeñaba un influyente papel, ordenó una retirada rápida, decretando la independencia de Guinea-Bissau en septiembre de 1974 y la de Mozambique en junio de 1975. El caso de Angola era más problemático; allí luchaban por el poder tres movimientos independentistas rivales, cada uno con sus propios patrocinadores y apoyos internacionales, deseosos de imponerse mediante la negociación, si era posible, y si no mediante la violencia. El izquierdista MPLA de Neto gozaba del apoyo político de Moscú y La Habana, así como de varios miembros del gobierno portugués. Entre ellos estaba el almirante Rosa Coutinho, conocido por la prensa occidental como «el almirante rojo», que fue enviado a Luanda con órdenes de liquidar la colonia y entregársela al MPLA.

A ese desenlace se oponía otro movimiento independentista, el Frente Nacional de Libertação de Angola (FNLA), dirigido por Holden Roberto, que recibía ayuda militar de China y apoyo político del presidente zaireño Mobutu, y que desde hacía tiempo recibía una pequeña subvención de la CIA[20]. El tercer movimiento, más pequeño, la

---

[19] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 244.

[20] Desde unos 6.000 dólares al año en 1971, aumentó hasta 10.000 dólares al mes en 1974, con un pago extraordinario de 300.000 dólares en enero de 1975. P. Gleijeses, *op. cit.*, pp. 279-283.

União Nacional para a Independência Total de Angola (UNITA), dirigida por Jonas Savimbi, estaba desacreditado por sus lazos con los gobiernos portugueses de Salazar y Caetano, e iba a ser pronto respaldado por Sudáfrica. El gobierno portugués intentó que se formara un gobierno cuatripartito que preparara al país para la independencia en noviembre de 1975 reuniendo en enero a los tres grupos rivales en la ciudad portuguesa de Alvor. Allí acordaron formalmente aparcar sus diferencias. Pero bastante antes de la fecha acordada Angola se vio sumergida en la guerra civil.

Neto le había pedido a Cuba instructores militares en el otoño de 1974, pero los cubanos, tras su anterior experiencia con el MPLA, quisieron actuar con prudencia. Enviaron a dos oficiales para examinar la situación sobre el terreno antes de tomar ninguna decisión. No se veía ninguna urgencia ya que el MPLA esperaba obtener ayuda de Yugoslavia y la Unión Soviética, sus tradicionales aliados. Cuando Neto le explicó a Castro sus modestas peticiones militares, le pidió también que empleara su influencia con sus amigos del bloque soviético para obtener «ayuda útil y oportuna»[21].

El gobierno cubano no tomó ninguna decisión hasta mediados de 1975, cuando la situación del MPLA se hizo bastante sombría. Portugal había retirado a Rosa Coutinho de Luanda; la garantía implícita de que el MPLA se haría cargo del país al proclamarse la independencia ya no parecía válida; la amenaza de la guerra civil era cada vez más clara, con la inminente posibilidad de que intervinieran tropas sudafricanas. La necesidad de ayuda del MPLA era ahora aguda, pero en La Habana no se apreciaba esa urgencia. Castro estaba más preocupado por el curso de los acontecimientos en su propio país con la reorganización de su estructura política y económica. El primer Congreso del reorganizado Partido Comunista de Cuba estaba previsto para fines de año. En agosto decidió ayudar a Neto con el envío a Angola de unos 480 instructores militares que se harían cargo de cuatro centros de entrenamiento. Su trabajo empezaría en octubre y entrenarían a los reclutas durante un plazo comprendido entre tres y seis meses.

Otros países comenzaron a mostrar su interés por la guerra civil en Angola. El presidente estadounidense Gerald Ford autorizó en julio a la CIA el aumento de su ayuda encubierta a Holden Roberto y Jonas

[21] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 247.

Savimbi hasta 24 millones de dólares, comenzando una operación que se mantendría durante los siguientes veinte años[22]. El dinero y las armas estadounidenses llegaron antes de que la Unión Soviética o Cuba pudieran iniciar su propia ayuda al MPLA. Las tropas sudafricanas penetraron en el sur de Angola en agosto, casi seguramente con conocimiento estadounidense, con el pretexto de proteger el proyecto hidroeléctrico en el río Cunene que Sudáfrica había ayudado a financiar. Las autoridades portuguesas protestaron, pero Sudáfrica proclamó que estaba defendiendo sus inversiones[23].

Henry Kissinger, secretario de Estado de Ford, había estado más preocupado en los primeros meses de 1975 por la Revolución de los Claveles en Portugal que por el futuro gobierno de sus antiguas colonias, consiguiendo en agosto la caída del primer ministro procomunista, el general Vasco Gonçalves, quien junto con el almirante Rosa Coutinho era la figura más proclive al MPLA. Cuando la amenaza del comunismo desapareció del extremo occidental de Europa, la atención estadounidense se concentró en Angola.

Cuba era ahora consciente de que el MPLA podría necesitar pronto ayuda militar de emergencia, ya que los reclutas angoleños no saldrían del programa de entrenamiento hasta el año siguiente. La base del MPLA en Luanda estaba ahora bajo una seria amenaza. El coronel Otelo Saraiva de Carvalho, la figura más radical de la Revolución portuguesa, estuvo en La Habana para la acostumbraba celebración del 26 de julio y Castro le pidió que intermediara ante las autoridades portuguesas para que éstas facilitaran la llegada a Luanda de un envío de armas cubanas. Castro, ahora muy atento a la delicada situación militar, envió en agosto un mensaje a Brezhnev indicando que se podrían necesitar fuerzas especiales cubanas y que en tal caso Cuba precisaría la ayuda soviética para su transporte[24]. El dirigente soviético, que en aquella época se inclinaba por un acercamiento más amplio con Estados Unidos, se mostró renuente en un primer momento. La ayuda soviética para el transporte no estuvo disponible hasta el año siguiente.

El contingente prometido por Cuba de 480 instructores llegó a los puertos angoleños a primeros de octubre, en una flota de tres buques

---

[22] *Ibidem*, p. 293. Roberto y Savimbi recibían cada uno de ellos 200.000 dólares al mes.
[23] *Ibidem*, pp. 258-259.
[24] *Ibidem*, p. 260.

mercantes. Se trasladaron rápidamente a sus cuatro campos de entrenamiento: uno de ellos estaba en N'delatando, a 30 kilómetros al este de Luanda; otro en el puerto de Benguela, más hacia el sur; un tercero en la provincia nororiental de Lunda y el cuarto en el enclave de Cabinda.

Kissinger afirmó más tarde que las tropas de combate cubanas habían llegado en agosto, pero las pruebas disponibles sugieren que no fue así[25]. Las fuerzas del MPLA defendieron con éxito Luanda en octubre, repeliendo los ataques del FNLA de Holden Roberto, pero no lo hicieron con tropas cubanas. La naturaleza de la guerra no cambió hasta el 14 de octubre, cuando las tropas sudafricanas invadieron el sur del país. La guerra civil se había internacionalizado y los instructores cubanos quedaron pronto enredados en la lucha.

La invasión sudafricana, «Operación Zulú», fue llevada a cabo inicialmente por unos 1.000 guerrilleros del FNLA entrenados en Sudáfrica, junto con 150 soldados y oficiales blancos, que pronto iban a ser reforzados con otros 1.000 soldados de la Fuerza de Defensa Sudafricana. La columna invasora avanzó rápidamente hacia el norte, alcanzando a primeros de noviembre los alrededores de Benguela, al sur de Luanda, donde los cubanos tenían su segundo campo de entrenamiento. Los cubanos se vieron inexorablemente arrastrados a la batalla que tuvo lugar en Catengue, a unos 70 kilómetros al sur de Benguela, y perdieron en ella más de veinte hombres entre muertos, heridos y desaparecidos[26]. Sus esfuerzos no bastaron, ya que Benguela cayó en manos sudafricanas el 6 de noviembre. La caída de Luanda parecía inminente. Holden Roberto pensó que sus unidades del FNLA la conquistarían antes del día de la independencia, previsto para el 11 de noviembre.

Castro, al recibir las noticias de la derrota de Catengue, decidió el 4 de noviembre que tendría que enviar tropas para defender Luanda. No consultó con nadie, excepto con su hermano Raúl, y ni siquiera intentó hablar con Moscú. La rapidez era esencial y los soviéticos probablemente habrían puesto dificultades, como ya había hecho Brezhnev en agosto. Castro dio al despliegue cubano el nombre en clave de «Operación Carlota», por una mujer esclava que había dirigido una de las

[25] *Ibidem*, pp. 270-271.
[26] *Ibidem*, p. 303.

rebeliones de esclavos en las plantaciones de azúcar de Matanzas en 1843 y murió machete en mano. El aniversario de aquella revuelta se había celebrado en Cuba en 1973 y el nombre de la esclava había permanecido en el recuerdo de Castro[27].

Las fuerzas especiales cubanas volaron a Luanda en aviones turbopropulsados cubanos, sin ayuda soviética. Los vuelos duraron 48 horas, con escalas para repostar en Barbados, Bissau y Brazzaville. En el primer avión volaron un centenar de soldados y al día siguiente lo hicieron 150 en dos vuelos. Luanda estaba bajo la amenaza del FNLA por el norte, apoyado por mercenarios blancos y unidades del ejército zaireño, y desde el sur por tropas sudafricanas que se acercaban desde Benguela. Algunos de los cubanos llegaron a tiempo para participar en una batalla decisiva contra el FNLA en Quifangondo, al norte de Luanda, el 10 de noviembre, a cargo de media docena de lanzacohetes múltiples soviéticos.

Las fuerzas del MPLA, reforzadas por los soldados cubanos, aguantaron la ofensiva de las abigarradas fuerzas del FNLA, que trataban de avanzar hacia la capital. Neto pudo proclamar la independencia de Angola a media noche del 11 de noviembre, mientras el alto comisionado portugués se retiraba silenciosamente a un buque anclado en el puerto.

La principal fuerza sudafricana seguía todavía avanzando hacia Luanda. Los soldados cubanos fueron ahora enviados hacia el sur para unirse a los instructores supervivientes del campo de Benguela e intentar detener su aparentemente ineluctable avance. Mantuvieron la línea contra los sudafricanos al norte de Novo Redondo, haciendo saltar los puentes para atajarlos. Un puñado de cubanos consiguió así cambiar las tornas de la guerra. Recibieron refuerzos días después, cuando buques cubanos arribaron a Luanda con más de un millar de soldados.

Varias unidades cubanas se trasladaron al norte para defender Cabinda frente al FNLA y una fuerza invasora de tropas de Mobutu desde Zaire. Un reservista cubano, que viajó en el *Sierra Maestra* destinado a Cabinda, escribió en su diario el mensaje final de Castro antes del salir de Cuba:

---

[27] G. García Márquez, «Operation Carlota: the Cuban mission to Angola», *New Left Review* 101-102 (febrero-abril de 1977). La Operación Carlota fue una de las más ambiciosas organizadas por Castro. García Márquez escribió un informe completo sobre ella basándose en los datos que le proporcionaron el propio Castro y otros participantes cubanos.

> Entonces nos habló de la importancia de Cabinda y dijo que íbamos allí, que nuestra tarea consistía en impedir que el enemigo entrara en aquella provincia y también proteger a los hermanos congoleños de un posible ataque de tropas sudafricanas [...].
>
> Nos dijo que fuéramos prudentes, que no quería cadáveres ni misiones suicidas y que confiaba en nosotros porque la mayoría éramos trabajadores y estudiantes. Siguió hablándonos; nos contó algunas historias de la Revolución cubana, comparó Cabinda con Playa Girón, a Mobutu con Pinochet y el *Sierra Maestra* con el *Granma*[28].

A finales de año habían llegado a Angola unos 4.000 soldados cubanos. Los soviéticos no empezaron a colaborar hasta enero de 1976, cuando ayudaron a organizar un puente aéreo entre La Habana y Luanda. La ayuda soviética era ahora vital, ya que Estados Unidos había impuesto al gobierno de Barbados que retirara el derecho de aterrizaje a los aviones cubanos que volaban a Luanda.

Las tropas sudafricanas, sin perspectivas de una rápida victoria militar y sin apoyo internacional, se retiraron de Angola al cabo de cuatro meses, en marzo de 1976. La intervención cubana había sido espectacularmente decisiva y eficaz y el lenguaje y el simbolismo de la isla entraron en la imaginación del continente. Castro comparó Cabinda con Playa Girón. Un general sudafricano también lo entendió así al escribir a un periódico que «Angola puede considerarse en cierto sentido como la bahía de Cochinos de Sudáfrica»[29].

Castro voló a Guinea en marzo y se encontró con Neto en Conakry para discutir un plazo para la retirada cubana. Decidieron que los cubanos dejarían unidades militares suficientes para ayudar a organizar un ejército fuerte y moderno en Angola; permanecerían «tanto tiempo como fuera necesario». La principal petición de Neto fue un ejército capaz de garantizar la seguridad interna y la defensa nacional sin tener que recurrir a la ayuda extranjera. Dadas las fuerzas guerrilleras que operaban en el país, era una tarea difícil.

Castro ya no contaba con la posibilidad de una pronta retirada. El veterano observador de Cuba Herbert Matthews escribió previsoramente en marzo que la iniciativa angoleña había abierto nuevos horizontes para Cuba:

---

[28] P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 319.

[29] *Ibidem*, p. 345.

> Con la victoria en Angola se abrieron perspectivas que podían parecer deslumbrantes a ojos de Fidel Castro [...] Para él no hay «África negra»; está llena de luz, la luz que brota de las hogueras en los campamentos de los revolucionarios [...] Mientras en Cuba mande Castro habrá cubanos armados en África y serán mucho más que tropas de choque interpuestas de la Unión Soviética. Fidel Castro los ve como abanderados de los países no alineados del Tercer Mundo[30].

El impacto de la intervención cubana sobre el estado de ánimo general en África difícilmente se podía haber previsto, pero puso en candelero cuestiones que raramente se planteaban de forma tan clara. Como señalaba un columnista del *Rand Daily Mail* en febrero de 1976:

> Que el grueso de la ofensiva lo llevaran a cabo cubanos o angoleños es algo indiferente en el contexto de la conciencia étnica de esta guerra, ya que la verdad es que vencieron, están venciendo y no son blancos; y esa superioridad psicológica, la ventaja que el hombre blanco ha disfrutado y aprovechado durante más de trescientos años de colonialismo e imperio, se está viniendo abajo. El elitismo blanco ha sufrido un golpe irreversible en Angola y los blancos que han estado allí lo saben[31].

Los negros también habían tomado nota del cambio de clima. El director de un instituto de enseñanza media en Soweto, el inmenso arrabal sudafricano en las afueras de Johannesburgo, le dijo al *New York Times* en febrero que Angola estaba «muy metida en las mentes» de sus 700 estudiantes. «Les da esperanza», dijo[32]. Cuatro meses más tarde, en junio de 1976, en Soweto estalló una de las mayores rebeliones urbanas de la historia de Sudáfrica. La intervención cubana en Angola fue uno de los detonadores. Entre los héroes de los jóvenes rebeldes de Soweto estaban Malcolm X, Mao Tse-Tung y Che Guevara.

---

[30] H. Marrhews, «Forward with Fidel Castro, Anywhere», *The New York Times* (4 de marzo de 1976), citado en P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 391.

[31] Citado en P. Gleijeses, *op. cit.*, p. 346.

[32] *The New York Times*, 21 febrero de 1966.

La vía nómada al socialismo: Castro y la revolución en Etiopía, 1977

El permanente interés de Castro por África se reavivó con la intervención en Angola, fascinado por sus posibilidades revolucionarias y dándole a menudo mayor prioridad que a Latinoamérica. Todavía estaba cautivado por la idea de que la Cuba negra recuperara sus raíces africanas, pero también era ahora un líder del Tercer Mundo, al ser nombrado presidente del Movimiento de Países No Alineados en agosto de 1976 como consecuencia del éxito de su decisiva ayuda a Agostinho Neto.

África le parecía más prometedora acaso que Latinoamérica, donde las dictaduras militares de extrema derecha se habían atrincherado con brutalidad y terror en Chile, Argentina, Bolivia y Uruguay. Un estadounidense de visita en La Habana le oyó argumentar en 1978 que las «rígidas estructuras sociales» latinoamericanas y sus «grupos organizados de intereses» hacían más difícil allí la actividad rebelde que en África, que era «pobre y donde escaseaban tales fuerzas»[33]. Castro juzgaba que los países latinoamericanos estaban atrapados en una red de inmovilismo y conservadurismo tejida por los militares y la Iglesia y reforzada por las corporaciones empresariales, sindicatos y partidos políticos. África, por el contrario, era como una hoja de papel en blanco. Esa idea simplista, reflejada en la negativa de Castro a adentrarse en las complejidades de África, era una característica sobresaliente de su prolongada implicación en los asuntos africanos. No era el único en ese aspecto; sus desaciertos eran compartidos por muchos otros.

Al tiempo que ayudaba a Angola y las demás antiguas colonias portuguesas, Cuba proporcionaba asistencia a otras regiones africanas desde la misión de Che Guevara en el Congo en 1965. Las peticiones de los movimientos de liberación africanos raramente eran rechazadas. Los soldados de Somalia recibieron entrenamiento de instructores cubanos. Los secesionistas eritreos, que combatían por liberar su país de la ocupación etíope, recibieron ayuda de Cuba. También en la república socialista de Yemen del Sur, al otro lado del mar Rojo, un centenar de instructores militares llevaban estacionados desde 1973.

[33] R. Levine, *op. cit.*, p. 91.

El cuerno de África, desde el que Somalia mira a las aguas que llevan al canal de Suez y al golfo Pérsico, era percibido como un lugar sensible por el bloque soviético y por Occidente. Durante algunos años existió en el área un equilibrio de Guerra Fría que afectaba a la política de Yemen del Sur, Etiopía y Somalia. El presidente somalí Mohammed Siad Barre, que gobernaba el país desde 1969, lo introdujo hasta cierto punto en la esfera soviética, proporcionándole acceso a la base naval somalí de Berbera. Etiopía, al otro lado de la frontera y del desierto de Ogadén, gobernada por el emperador Haile Selassie desde la década de 1930, era un estrecho aliado de Estados Unidos y albergaba varias bases militares estadounidenses. Haile Selassie fue derrocado en septiembre de 1974 y durante un par de años el futuro político del país parecía incierto.

A finales de febrero de 1977 Castro hizo una gira sorpresa por África que duró varias semanas. La causa de su renovado interés era su entusiasmo por lo que juzgaba una revolución genuina en un territorio poco familiar. Las incertidumbres en Etiopía quedaron resueltas por el coronel Mengistu Haile Mariam, un oficial etíope hasta entonces desconocido que tomó el poder en Addis Abeba el 3 de febrero mediante un golpe de Estado. Mengistu anunció su intención de establecer un régimen marxista-leninista y pidió ayuda soviética, llevando a Estados Unidos a declarar que reduciría su programa de ayuda a Etiopía debido a sus violaciones de los derechos humanos.

Etiopía había ejercido durante mucho tiempo un importante papel en África y Addis Abeba alojaba las oficinas centrales de la Organización de Unidad Africana. Una revolución de izquierdas allí era algo de importancia capital para el continente e hizo que Etiopía cambiara de bando en la Guerra Fría, lo que afectó de inmediato a los hasta entonces aliados de Cuba, Somalia y Eritrea. El coronel Siad Barre tenía desde hacía tiempo planes para una «gran Somalia» y su ambición, como la de otros regímenes somalíes, era incorporar a Somalia el extenso pero desierto territorio de Ogadén, perdido durante la era colonial y que seguía ocupado por Etiopía. El cambio de régimen en Addis Abeba iba a obstaculizar evidentemente esa ambición.

La región no era pues una página en blanco, sino que por el contrario había en ella complicadas tensiones. Castro necesitaba examinar de cerca el terreno y tomar el pulso a África. Se puso a ello de inmediato, acompañado por un pequeño grupo de consejeros cercanos, los

más familiarizados con algunos aspectos de África, como Osmany Cienfuegos y José Abrantes, así como Carlos Rafael Rodríguez, su gurú comunista.

También buscó asesoramiento africano, deteniéndose en el aeropuerto de Argel para abrazar a Huari Bumedian y en Libia para hablar con el presidente Muammar al-Gaddafi y asistir a una sesión del Congreso del Pueblo en Trípoli. Desde allí voló a Adén, capital del autoproclamado Estado socialista de Yemen del Sur. Tras dos días de conversaciones con el presidente Salim Alí Rubayi se trasladó a Mogadiscio, la capital de Somalia, para hablar con Siad Barre.

Castro necesitaba hacer uso de toda su habilidad diplomática. Cuba y Somalia eran amigas, pero la revolución en Etiopía era, según todos los informes, mucho más radical. Al dirigirse a una multitud de somalíes en el estadio de fútbol de Mogadiscio, Castro habló sin comprometerse del «gran espíritu de colaboración y fraternidad» que existía entre los pueblos cubano y somalí, «que luchan hombro con hombro contra el imperialismo».

Al día siguiente voló a Addis Abeba para encontrarse con el nuevo líder revolucionario. Castro quedó impresionado por Mengistu y hablaron durante varias horas. Había encontrado un alma gemela revolucionaria y el apoyo a la revolución etíope se convirtió en una prioridad para Castro. «Conozco bien a Mengistu –dijo a la revista *Afrique-Asie* a su regreso a La Habana–; es tranquilo, inteligente, audaz y valiente, y creo que tiene excepcionales cualidades como líder revolucionario»[34].

Castro estaba entusiasmado con lo sucedido en Etiopía. «Los acontecimientos del 3 de febrero fueron decisivos –explicó–; los izquierdistas y los verdaderos líderes revolucionarios tomaron las riendas del poder y el proceso asumió un curso verdaderamente revolucionario». Estaba eufórico por lo que entendía como una profunda revolución de gran importancia histórica que le recordaba las revoluciones francesa y bolchevique. A su juicio, se había iniciado «una intensa lucha de clases entre los trabajadores y campesinos por un lado, y los propietarios y la burguesía por otro». Para él, el hecho de que la revolución etíope estuviera «siendo criminalmente atacada desde el extranjero por los reaccionarios árabes y el imperialismo» era prueba suficiente de sus credenciales radicales.

---

[34] Entrevista de Simon Malley en *Afrique-Asie*, mayo de 1977.

Castro y Mengistu se reunieron en privado durante varios días, discutiendo las formas en que Cuba podría proporcionar apoyo a Etiopía y examinando cómo se podría evitar un enfrentamiento con Somalia en relación con la región de Ogadén. Castro consideraba intolerable que dos países socialistas estuvieran a punto de entrar en guerra. Diseñó un plan para una conferencia, destinada a unir a las «fuerzas progresistas» del este de África, y convenció a Mengistu para que se reuniera con los somalíes y yemeníes para discutir con ellos[35].

Esa conferencia de emergencia, presidida por Castro, se celebró en Adén el 16 de abril. Castro trató de persuadir a los tres sedicentes líderes marxistas de que formaran una confederación antiimperialista que recibiría ayuda de la Unión Soviética. Ese acuerdo dejaría abierta la posibilidad de algún tipo de autonomía para los somalíes de Ogadén y –la otra dificultad cubana– para los eritreos en el norte.

El acuerdo no fue posible: no se pudieron superar las grandes diferencias entre las partes contendientes. Siad Barre regresó a su país quejándose de la intransigencia de Mengistu; en cuanto a los etíopes, seguían preocupados por los planes expansionistas del líder somalí. La conferencia concluyó sin acuerdo y fue seguida por una petición de Mengistu a Castro de ayuda militar frente a un probable ataque somalí.

Castro no respondió inmediatamente. Tal decisión requeriría el apoyo de otros y no sólo en África. Por el momento prosiguió su gira africana –consultando con los dirigentes de Tanzania, Mozambique, Angola y Argelia– antes de viajar a Berlín y Moscú. Su excitación personal en relación con la revolución etíope seguía manifestándose en las entrevistas con la prensa. «Se podría decir que he descubierto África –le dijo a un periodista en Argel– del mismo modo que Cristóbal Colón descubrió América». Era una declaración reveladora. Su experiencia de primera mano en África le proporcionó perspectivas nuevas y sorprendentes, por no decir insólitas, sobre la naturaleza del mundo contemporáneo.

«Al viajar un poco por el mundo –le explicó a la audiencia en una conferencia en Berlín Este– aprendes mucho, no sólo sobre el marxismo-leninismo, sino sobre el imperialismo, el colonialismo y el neoco-

[35] R. Quirk, *op. cit.*, p. 763. El presidente Salim Ali Rubayi de Yemen del Sur fue ejecutado el año siguiente, en junio de 1978. Véase F. Halliday, *Revolution and Foreign Policy, the case of South Yemen, 1967-1987*, Cambridge, 1989.

lonialismo». Prosiguió detallando que había visto países en África que estaban pasando «del tribalismo y el nomadismo a la construcción del socialismo y éstos son fenómenos muy interesantes que enriquecen nuestra doctrina y nuestra táctica»[36].

Al regresar a La Habana declaró a *Afrique-Asie*: «África es hoy el eslabón más débil del imperialismo. Existen grandes oportunidades allí para la transformación del casi tribalismo en socialismo, sin tener que pasar por las diversas etapas que fueron necesarias en otras partes del mundo»[37].

Castro inventaba así una nueva y maravillosa teoría marxista: se podía pasar con un simple salto del nomadismo al socialismo. Explicó su sorprendente tesis a una estupefacta audiencia en Berlín y, sin duda, también a los soviéticos. Al detenerse en Moscú en su camino de regreso a casa, fue saludado por toda la dirección soviética: Brezhnev, Podgorni, Kosiguin y Gromyko. Nada era demasiado bueno para su aliado cubano. Brezhnev saludó a Castro en un banquete diciendo que todos ellos habían seguido su viaje por África con «interés de camaradas».

Castro hizo a sus aliados soviéticos un informe de su reunión con Mengistu y su valoración de la revolución etíope, comunicándoles sin duda las mismas opiniones que iba a explicar más tarde a los lectores de *Afrique-Asie:* «Es un poderoso movimiento de masas y una profunda reforma agraria en un país feudal en el que los campesinos eran prácticamente esclavos. Se han puesto en marcha reformas urbanas y las principales industrias del país han sido nacionalizadas». El éxito y consolidación de la revolución etíope, dijo, serían «extremadamente importantes para África». Con Mengistu, el país tenía al mando «un auténtico revolucionario». Y por supuesto, merecía recibir ayuda soviética.

Como había profetizado Castro, la revolución etíope avanzó rápidamente. En abril Mengistu ordenó el cierre de todas las instalaciones militares estadounidenses en el país y en mayo siguió a Castro a Moscú para la recepción con alfombra roja. Castro envió a Addis Abeba al general Arnaldo Ochoa, comandante en jefe de las fuerzas cubanas en Angola, para evaluar las necesidades militares de Etiopía.

---

[36] Citado en R. Quirk, *op. cit.*, p. 766.

[37] *Afrique-Asie*, mayo de 1977. Según le dijo Castro a Simon Malley, África era de gran importancia, porque «la dominación imperialista no es allí tan fuerte como en Latinoamérica».

La guerra estalló en julio. 40.000 soldados y 250 tanques somalíes invadieron la región de Ogadén. Estados Unidos les había dado luz verde, prometiéndoles también enviarles armas. «Al decir a Siad Barre que le darían armas –le dijo Castro a un diplomático estadounidense un año después– contribuyeron a desencadenar la guerra y como a ustedes obviamente les habría complacido que Somalia hubiera vencido y derrocado a Mengistu, resulta difícil no creer que lo hicieron deliberadamente»[38].

Los cubanos acordaron en un primer momento ayudar al gobierno etíope enviando un grupo de instructores militares; en septiembre ya había doscientos de ellos en el país. Aquel mismo año, más tarde, después de una nueva ofensiva somalí en Ogadén, Mengistu le pidió a Castro apoyo militar a mayor escala. Siad Barre, por su parte, expulsó en noviembre a todos los cubanos y soviéticos de Mogadiscio. Como Etiopía, había cambiado de bando en la Guerra Fría.

Cuba comenzó a enviar tropas de combate a Etiopía en otoño y a suministrarle armas desde noviembre de 1978, como había hecho antes en Angola. En aquella ocasión la iniciativa fue enteramente cubana, pero esta vez la Unión Soviética respaldó su decisión. Se organizó una operación conjunta cubano-soviética, en la que los soviéticos proporcionaban el transporte y los cubanos los soldados. Algunos soldados fueron enviados desde La Habana y otros desde Angola y Congo-Brazzaville. Durante un periodo de dos años se desplegaron en Etiopía unos 24.000 soldados cubanos.

La intervención cubana fue tan decisiva en Etiopía como lo había sido en Angola y frenó el avance somalí en Ogadén. Las fuerzas combinadas de soldados etíopes y cubanos bajo el mando de general Ochoa se abrieron camino por el paso de Jijiga en marzo de 1978 y los somalíes se vieron obligados a retirarse. Mengistu viajó a La Habana en abril y fue acogido con una recepción triunfal. Las tropas cubanas se fueron retirando lentamente tras su victoria; en enero de 1979 quedaban en Etiopía unos 16.000 soldados cubanos, reducidos a 3.000 en 1984.

La intervención cubana en Etiopía, sin embargo, padeció algunos problemas. La guerra en Angola era popular entre las tropas cubanas: Luanda era una ciudad europea cuyos habitantes hablaban portugués y los cubanos se sentían relativamente, en casa. Pero la guerra en Ogadén no suscitaba el mismo entusiasmo. Cuba no tenía vínculos histó-

[38] W. Smith, *op. cit.*, p. 132.

ricos con la parte oriental de África, aparte de los pocos esclavos llevados desde Mozambique, y los cubanos no tenían nada en común con la cultura etíope. El hecho de que Etiopía fuera anteriormente considerada como el enemigo por los grupos de cubanos enviados a Somalia y Eritrea añadía más confusión a toda la operación.

El Frente Popular de Liberación de Eritrea, que defendía la secesión de Etiopía, había sido apoyado por Cuba desde 1970 y ahora el éxito de Mengistu en Ogadén le permitió concentrar su atención en aplastar la resistencia eritrea. A los soldados cubanos no se les pidió combatir contra los eritreos, pero su presencia en la frontera somalí, defendiéndola frente a los eventuales ataques de las tropas de Siad Barre, fue de considerable utilidad para Mengistu, permitiéndole trasladar sus tropas al frente eritreo en el norte.

Mengistu iba a permanecer en el poder otros doce años, durante los cuales Etiopía vivió una larga guerra separatista y años de hambrunas horribles. Su revolución no sobrevivió al final de la Guerra Fría y al colapso de la Unión Soviética, cuando la extraña historia de las aventuras militares cubanas en África se había acabado hacía tiempo[39]. En Occidente se le consideraba otro dictador africano más y su abandono del poder fue en general bien recibido, por más que Castro llegara a juzgarlo como un revolucionario jacobino que cambiaría la faz de África. Las guerras de Castro en África no tuvieron un gran impacto sobre el continente y como contrapartida dificultaron el posible apaciguamiento de las relaciones con Estados Unidos durante la presidencia de Jimmy Carter.

La Habana, Washington y Miami durante los años de Carter, 1976-1979

El 6 de octubre de 1976 el equipo cubano de esgrima regresaba a La Habana después de triunfar en una competición en Venezuela. Su

[39] Mengistu tuvo que exiliarse en mayo de 1991 y Robert Mugabe le ofreció asilo en Zimbabue. Su caída fue consecuencia, no sólo de la pérdida de apoyo soviético, sino también de factores internos. El ejército etíope se vio afectado por los éxitos militares de las guerrillas eritrea y tigraya, así como por el coste de la prolongada guerra separatista, y decidieron sustituirlo. Eritrea se separó rápidamente de Etiopía en 1993, convirtiéndose en Estado independiente. Véase F. Marshall, «Cuba's relations with Africa: The End of an Era», en D. Rich Kaplowitz (ed.), *op. cit.*

vuelo desde Caracas hizo escala en Trinidad y Barbados, y diez minutos después de despegar de Barbados estalló en el aire. En el compartimento de equipajes habían colocado una bomba de relojería. Era la primera ocasión en que un avión civil de línea estallaba en el aire por un atentado terrorista y las 73 personas que iban a bordo murieron[40]; hasta el 11 de septiembre de 2001 fue el peor acto de terrorismo aéreo en América. Dos venezolanos fueron los encargados de colocar la bomba en el avión, pero a la cabeza de la operación figuraban dos exiliados cubanos –Orlando Bosch y Luis Posada Carriles– que habían trabajado anteriormente con la CIA. Fueron detenidos en Caracas y acusados del crimen, pero Bosch fue puesto en libertad sin ser sometido a juicio y Posada escapó de la cárcel. Ambos permanecieron activos en la oposición anticastrista durante las siguientes décadas.

Un mes después del atentado en Estados Unidos se eligió como nuevo presidente al demócrata Jimmy Carter, ampliamente considerado como un renovador. Se necesitaba alguien así tras el drama de la renuncia del presidente Nixon por el caso Watergate, la inercia de la presidencia interina de Gerald Ford y la conclusión de la Guerra de Vietnam. El probable impacto de la elección de Carter sobre las relaciones entre La Habana y Washington –congeladas desde la expedición cubana a Angola en 1975– se debatió ampliamente en ambas capitales, aunque los defensores de un acercamiento probablemente no eran conscientes de que el tiempo disponible para alcanzar un acuerdo era demasiado escaso: menos de tres años. La revolución en Nicaragua en 1979 y la elección de Ronald Reagan en 1980 pusieron fin a aquellas esperanzas prematuras de los más optimistas.

Las discusiones mantenidas en las dos capitales se habían concentrado siempre en cuestiones muy específicas. En febrero de 1973 habían tenido lugar negociaciones bilaterales al respecto de la «piratería aérea» y ambos países habían acordado perseguir a los secuestradores o devolverlos al país de origen para que fueran juzgados allí. La bomba de Barbados añadió nueva urgencia al deseo cubano de que la CIA pusiera fin al apoyo a las organizaciones terroristas de los exiliados.

Durante la presidencia de Nixon toda posibilidad de una mejora generalizada de las relaciones cubano-estadounidenses se había visto

[40] A. L. Bardach, *Cuba Confidential: Love and Vengeance in Miami and La Habana*, Nueva York, 2002, pp. 186-189.

bloqueada. Cuentan que Nixon dijo a uno de sus ayudantes, hablando de Castro: «No habrá ningún cambio con ese bastardo mientras yo sea presidente». El periódico cubano *Granma* le devolvió el piropo exhibiendo su nombre con una esvástica en medio en lugar de la «x»[41]. Pero incluso antes de la renuncia de Nixon en agosto de 1974 la actitud de Washington se había suavizado. El Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense votó en abril a favor de la reanudación de relaciones diplomáticas y de poner fin al embargo comercial.

Cuando Nixon desapareció de escena, hasta Henry Kissinger parecía amistoso. Tras haber sacado a la China comunista del frío se pensaba que quizá deseara redondear la operación con un acuerdo con Cuba. Declaró que no veía ninguna ventaja en el «antagonismo perpetuo»[42]. En enero de 1975 altos funcionarios del Departamento de Estado iniciaron negociaciones secretas con el gobierno cubano. Los principales asuntos sometidos a discusión fueron los mismos de siempre: el embargo comercial estadounidense, la compensación por las pérdidas cubanas atribuibles al embargo y la compensación por las propiedades estadounidenses nacionalizadas durante los primeros años de Revolución. En el trasfondo había otros asuntos controvertidos: el futuro de la base de Guantánamo, un programa de reunificación para las familias cubanas y la liberación de los presos políticos. En septiembre se dieron señales de que las conversaciones habían sido fructíferas y de que Estados Unidos podría estar dispuesto a «iniciar un diálogo» con Cuba[43], pero no fue así. La intervención cubana en Angola en noviembre frenó esa posibilidad y las conversaciones secretas se interrumpieron.

Jimmy Carter tomó posesión de la presidencia en enero de 1977. Estaba decidido a explorar las posibilidades de un acuerdo y su primera decisión fue ordenar la interrupción de los vuelos de reconocimiento estadounidenses sobre la isla y mitigar las restricciones a los ciudadanos estadounidenses que desearan viajar a Cuba[44]. En marzo se reanudaron las conversaciones secretas y las discusiones sobre las fronteras marítimas

---

[41] R. Quirk, *op. cit.*, p. 731.

[42] Varios senadores y congresistas estadounidenses acudieron a inspeccionar la evolución de los acontecimientos en la isla, incluido el senador George McGovern, candidato demócrata derrotado por Nixon en 1972, quien llegó en mayo de 1975 con un numeroso grupo de periodistas y hombres de negocios.

[43] R. Quirk, *op. cit.*, p. 741.

[44] W. Smith, *op. cit.*, p. 105.

condujeron finalmente a la decisión en septiembre en reabrir las embajadas en Washington y La Habana[45]. Aunque siguieron denominándose «oficinas de intereses», en la mayoría de los aspectos funcionaban como embajadas normales. La «oficina de intereses» estadounidenses en La Habana, que contaba con sólo diez diplomáticos en 1977, se convirtió en la década de 1990 en la mayor embajada extranjera en La Habana, con un personal de más de 50 diplomáticos.

La reapertura de las embajadas fue el momento cumbre del intento de Carter de llegar a un arreglo con la Cuba de Castro. La posibilidad de nuevos acuerdos se vio bloqueada por los desacuerdos estratégicos en la parte estadounidense, por el compromiso militar de Castro con Mengistu y por la negativa estadounidense a emprender ningún tipo de acción contra los grupos terroristas patrocinados por los exiliados de Miami.

En Washington surgieron diferencias políticas entre el consejero de Seguridad Nacional Brzezinski y el secretario de Estado Cyrus Vance. Brzezinski era un especialista en asuntos soviéticos preocupado por el equilibrio de poder en la Guerra Fría, que ignoraba en gran medida la especificidad histórica de las relaciones cubano-estadounidenses. Consideraba a Cuba meramente como un peón soviético. Cuba había retirado parte de sus tropas de Angola, había enviado instructores militares a Etiopía en el otoño de 1977 y sus soldados comenzaban a llegar allí en enero de 1978 para participar en las batallas de Ogadén. Brzezinski argumentó que la presencia militar de Cuba en África hacía imposibles los intentos de normalizar las relaciones con La Habana[46]. Wayne Smith, un viejo cabildero en asuntos cubanos que se convirtió en director de la «oficina de intereses» estadounidenses en La Habana, le acusó de interpretar todos los acontecimientos políticos y militares «en términos de un supuesto proyecto soviético de conquista del mundo»[47].

Cyrus Vance veía las cosas de forma diferente a Brzezinski. Pensaba que Estados Unidos había dejado abierta la vía a la intervención cubana en Angola al no reconocer al gobierno de Neto. «La razón de que los angoleños mantuvieran a los cubanos en Angola –escribió en sus memo-

---

[45] Department of State Bulletin, Departamento de Estado, Washington, vol. LXXVII, diciembre de 1977.

[46] W. Smith, *op. cit.*, pp. 122-123.

[47] *Ibidem*, p. 128.

rias– es que temían nuevas incursiones sudafricanas y el apoyo de Sudáfrica a UNITA»[48]. El apoyo cubano a Mengistu era menos fácil de defender y Vance resultó vencido en las discusiones internas en Washington.

Los intentos de mejorar las relaciones bilaterales se amortiguaron. Aunque posiblemente se podría haber llegado a un acuerdo ninguna de las partes mostró urgencia en ello. Al Departamento de Estado le habría gustado solventar la fatigosa querella, porque ésa es la tarea de los diplomáticos, pero no sentía una gran presión para hacerlo. Los cubanos tampoco tenían prisa. El interés principal de Castro estaba en conseguir la ayuda estadounidense para controlar a los grupos terroristas en Miami, pero esto nunca pareció estar cercano. La seguridad militar y económica de Cuba estaba vinculada a la Unión Soviética y disfrutaba del calor de las nuevas amistades halladas en el Tercer Mundo.

Mientras que el pueblo estadounidense no estaba muy preocupado por Cuba en ningún sentido, la mayoría de los hombres de negocios estaban hartos del embargo económico y les habría complacido la reanudación del comercio. No tenían razones para temer a Castro, ya no tenían inversiones en Cuba que necesitaran protección y las grandes empresas que habían sufrido pérdidas veinte años antes las habían cancelado hacía tiempo. Una nueva generación buscaba nuestras nuevas oportunidades comerciales. Representantes de más de cien empresas estadounidenses, entre ellas Boeing, Xerox, International Harvester, John Deere, Caterpillar Tractor, Prudential y Honeywell acudieron a La Habana en el transcurso de 1977 para evaluar las posibilidades[49]. Castro los recibió a todos ellos pero no dio ninguna señal de que estuviera dispuesto a hacer concesiones humillantes para poner fin al embargo.

Pero aunque la presión comercial había agitado Washington, un cúmulo de dificultades legales hacían problemático un acuerdo con Cuba si tenía que conllevar un levantamiento del embargo. Sucesivas leyes sobre el comercio exterior obligaban a los gobiernos estadounidenses a negarle todo apoyo a menos que se produjera una «compensación inmediata, adecuada y eficaz» de las propiedades nacionalizadas. Los funcionarios estadounidenses estaban obligados a oponerse a que el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional concedieran créditos a Cuba[50]. Según

[48] C. Vance, *Hard Choices*, Nueva York, 1983, p. 71.
[49] R. Quirk, *op. cit.*, p. 772.
[50] *Ibidem*, p. 742.

los términos de la Ley de Expansión Comercial de 1962 ninguna relajación del embargo sería posible a menos que el presidente «decidiera oficialmente que Cuba ya no está dominada o controlada por un gobierno u organización extranjera al frente del movimiento comunista mundial». Aunque quizá no estuviera «dominada» o «controlada», Cuba formaba parte indudablemente del bloque soviético.

A Cuba le habría gustado un acuerdo en sus propios términos, pero no estaba desesperada por lograrlo. Castro no veía ninguna razón para rendirse a Estados Unidos. Para la Unión Soviética, como superpotencia alternativa, era casi indispensable mantener un acuerdo con Estados Unidos, pero Cuba no tenía esa misma necesidad y seguía su propia vía en el mundo. Aunque el bloqueo era penoso, Cuba había aprendido desde hacía tiempo a convivir con él y sabía cómo sortearlo.

Cuba contaba ahora con nuevos amigos en el Tercer Mundo. Durante la década de 1970 se hicieron muchos esfuerzos para mejorar las relaciones con esos países, recuperando las viejas amistades que se demostraron tan provechosas durante los primeros años de Revolución y reavivando la vieja retórica. Esa política fue notablemente eficaz. A principios de la década se habían reconstruido puentes con los países latinoamericanos. La útil amistad con el Chile de Allende había concluido con el golpe de Pinochet, pero aquel mismo año se restablecieron las relaciones con el nuevo gobierno argentino, vagamente izquierdista, de Juan Domingo Perón. Un tratado comercial prometía intercambios beneficiosos para Cuba, entre ellos la posibilidad de comprar automóviles estadounidenses fabricados en Argentina. En 1975 se reabrieron las embajadas cubanas en Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá y Honduras y se establecieron por primera vez en las islas caribeñas de Barbados, Jamaica, Trinidad y Bahamas y en el territorio continental de Guyana.

Comenzaron a llegar a La Habana distinguidos visitantes extranjeros: algunos eran comunistas como Brezhnev, Erich Honecker o Pham Van Dong; otros provenían del campo occidental, entre ellos Pierre Trudeau de Canadá y Olof Palme de Suecia. En agosto de 1975 llegó el presidente Luis Echevarría de México con una banda de mariachis[51].

[51] Otros primeros ministros y presidentes que visitaron La Habana entre 1972 y 1976 fueron Salvador Allende de Chile (diciembre de 1972); Huari Bumedian de Argelia (abril de 1974); Julius Nyerere de Tanzania (septiembre de 1974); François Mitterrand, líder de los socialistas franceses (octubre de 1974); Yasser Arafat, de Palestina (noviembre de 1974); Forbes Burnham de Guyana (abril de 1975); Eric Wi-

El apoyo militar cubano a Angola y Etiopía podía molestar a Washington, pero le dio a Cuba mucho crédito en África al verla en la vanguardia de la prolongada batalla contra el colonialismo occidental en el continente. Allí donde la ayuda militar cubana era inadecuada, Castro envió médicos, entrenadores deportivos y profesores, y esos programas de ayuda le dieron a Cuba un inmenso prestigio en el Tercer Mundo. Después de mucho trabajo a cargo de los refinados diplomáticos cubanos en la sede de la Organización de Naciones Unidas en Nueva York y en muchas capitales extranjeras, Cuba se convirtió en la opción natural para dirigir el Tercer Mundo y su Movimiento de Países No Alineados. En septiembre de 1979 su VI.ª Cumbre trianual se celebró en La Habana*.

Castro, encantado con su nuevo papel como líder revolucionario del Tercer Mundo, ya no tenía un interés acuciante en regularizar sus relaciones con Washington. Los dos problemas específicos que tenía en Estados Unidos podían tratarse con más facilidad en Miami. Castro necesitaba poner fin al terrorismo no estatal, como la bomba de Barbados dirigida desde Miami, que se había convertido en una amenaza permanente para la vida en la isla. La Operación Mangosta –el programa de la CIA durante los años de Kennedy– se había abandonado hacía tiempo y el gobierno estadounidense ya no estaba comprometido oficialmente en planes activos de desestabilización, pero las organizaciones del exilio en Miami, en otro tiempo financiadas y amparadas por la CIA, habían cobrado una vida independiente y muy peligrosa.

La otra necesidad de Castro era un acercamiento a los cubanos de Miami, para reunificar a las familias cubanas por encima del estrecho de Florida y cicatrizar viejas heridas. Esas dos necesidades estaban entrelazadas, ya que si se podía alcanzar algún acuerdo con los exiliados en Miami y una normalización de las relaciones, entonces habría menos apoyo de su comunidad a los terroristas radicalizados. Dado que gobierno estadounidense mostraba poco interés en refrenar a los te-

---

lliams de Trinidad y Tobago (junio de 1975); Michael Manley de Jamaica (julio de 1975); Marien Ngouabi del CongoBrazzaville (septiembre de 1975); Ornar Torrijos de Panamá (enero de 1976); Agostinho Neto de Angola (julio de 1976); Kaysonme Phomvihane de Laos (septiembre de 1976); Luis Cabral de Guinea-Bissau (octubre de 1976).

* La XIV.ª Cumbre se celebró también en La Habana, en septiembre de 2006. *[N. del T.]*

rroristas de Miami, la mejor estrategia que podía seguir el gobierno cubano era tratar de socavar su apoyo en la comunidad de exiliados y a mediados de 1978 se emprendieron las primeras iniciativas al respecto.

Cuba tenía su propio servicio de inteligencia en Miami y Panamá, que observaba desde hacía tiempo la actitud de un próspero banquero de Miami, destacado seguidor de Carter, que había partido hacia el exilio en 1960: Bernardo Benes era un descollante miembro de la comunidad cubana en Miami que rechazaba la estrategia dominante entre los exiliados de tratar de aislar a Cuba. Contactado por importantes figuras de la inteligencia cubana (entre ellos José Luis Padrón y Tony de la Guardia) durante un viaje de negocios a Panamá en agosto de 1977, hablaron de una posible visita a Cuba[52]. Fue invitado a La Habana para hablar con Castro en febrero de 1978 y discutieron la posible liberación unilateral de algunos presos políticos. Benes informó a la Casa Blanca de que negociaciones secretas en La Habana sobre esa cuestión, que al parecer preocupaba realmente al presidente estadounidense, encontrarían una respuesta satisfactoria.

Aquella iniciativa topó con la resistencia granítica de Brzezinski, quien se reunió con Benes y se negó a estudiar siquiera la idea. No se celebrarían reuniones oficiales con el gobierno cubano a menos que éste retirara sus tropas de África. Vance, sin embargo, estaba más interesado, y como Castro no pedía nada a Estados Unidos a cambio, ordenó a su consejero sobre asuntos cubanos que se mantuviera al tanto de los acontecimientos.

La iniciativa correspondía ahora a Castro y éste siguió utilizando a Benes como informador sobre el mundillo de Miami. En septiembre de 1978 anunció que había invitado a La Habana a representantes de la comunidad de exiliados. Iban a discutir principalmente dos cuestiones: la liberación de presos políticos y un aumento de las visitas de los exiliados que deseaban ver a sus familiares en la isla. El banquero Benes había estado trabajando en Miami y había reunido a un grupo de exiliados con opiniones parecidas a la suya deseosos de aceptar el reto.

En una reunión con Benes y otros seis cubano-estadounidenses en La Habana en octubre, Castro expuso sus opiniones sobre el tema. Reco-

---

[52] Benes también aseguraba haber jugado al fútbol con Raúl Castro en la Universidad de La Habana. Los detalles de las visitas de Bernardo Benes a Cuba se encuentran en R. Levine, *op. cit.*

noció que no todos los exiliados podrían ser calificados como «contrarrevolucionarios»[53]. También dijo que estaba a favor de «procedimientos rápidos» para la liberación de presos en Cuba así como para la reunificación de las familias. Benes pudo regresar a Miami con 46 presos políticos liberados en su avión. Aquel acontecimiento fue presentado como un éxito de la comunidad de exiliados, pero también fue un significativo triunfo para Castro[54], ya que pudo tratar con Miami sin intermediarios y sin interferencias de Washington.

Benes regresó a La Habana en noviembre para una nueva reunión con Castro. Esta vez llevó consigo a un grupo mayor de cubano-estadounidenses, conocido como el «Comité de los 75». Sus discusiones fueron fructíferas. Según las cifras de Castro, había 3.238 presos por crímenes contra el Estado y otros 425 por crímenes cometidos en la época de Batista. Ahora serían liberados con un ritmo de 400 al mes[55].

Castro también le dijo al Comité de los 75 que permitiría visitas a Cuba de todos los cubanos que vivían en el extranjero, con tal que no fueran terroristas que desearan llevar a cabo una guerra santa ni agentes de la CIA. Al mismo tiempo se relajarían las normas para permitir a los cubanos viajar al extranjero.

Una dificultad obvia era la amenaza de bombas que podían enviarse como paquetes ordinarios[56]. De ese problema surgió la idea de abrir tiendas en La Habana en las que se podría pagar en dólares y en las que los exiliados de visita podrían comprar regalos para sus familias. Benes estaba ya amenazado por grupos anticastristas de Miami y al recuerdo de la bomba de Barbados estaba todavía fresco en todos los cubanos. Los visitantes y las tiendas en dólares fueron también una maravillosa nueva fuente de divisas para el gobierno.

Así comenzó una nueva era en las relaciones entre Cuba y Florida. Más de 100.000 cubano-estadounidenses aprovecharon la oferta de Castro en el transcurso de 1979 y viajaron a Cuba para ver a sus familias, con un promedio de media docena de vuelos al día. También pudieron enviar grandes sumas de dinero a sus familiares en Cuba, parecidas a los envíos que cientos de miles de inmigrantes latinoamericanos

[53] R. Levine, *op. cit.*, p. 118.
[54] W. Smith, *op. cit.*, p. 163.
[55] R. Levine, *op. cit.*, p. 130.
[56] *Ibidem*, p. 129.

iban a enviar pronto desde Estados Unidos a sus familias en Centroamérica y Sudamérica. Cuba obtuvo más de 100 millones de dólares de las visitas de 1979 y 1980 y se benefició enormemente de los envíos de dólares a partir de entonces[57].

El nuevo acuerdo no acabó con la hostilidad de los cubano-estadounidenses hacia Castro, que pasó por altos y bajos durante el siguiente cuarto de siglo; tampoco puso fin al terrorismo patrocinado por pequeños grupos desde Miami y otros lugares; pero se había logrado algo, no sólo reducir la población reclusa sino mitigar el dolor de miles de familias rotas por la inexorable lógica de la Revolución.

Las visitas de los exiliados iban a tener también, quizá impredecible-mente, un efecto profundo y desestabilizador sobre la sociedad cubana. Los cubano-estadounidenses llevaban consigo dólares y revistas estadounidenses así como regalos y bienes de consumo duraderos. La visión de una forma de vida alternativa a la ofrecida por la Revolución se haría cada vez más tentadora para algunos miembros de la generación más joven que sólo conocían la austeridad socialista. Muchos de ellos aprovecharon la oportunidad para marcharse.

El segundo éxodo: los «marielitos», 1980

Mariel es una ciudad industrial poco atractiva a unos 30 kilómetros al oeste de La Habana, al final de una carretera costera desde la capital. Con la mayor fábrica de cemento del país, un astillero y una gran central eléctrica, no se puede considerar precisamente un centro turístico. Unos 125.000 cubanos se embarcaron aquí en pequeños barcos durante el semestre comprendido entre abril y octubre de 1980 para buscar una nueva vida en Florida. Su éxodo de conoció como el de «los marielitos». Al tener lugar al mismo tiempo que la creación del sindicato Solidaridad en Polonia, la organización que aglutinó a la oposición al gobierno comunista dirigida por Lech Walesa, aquel extraordinario episodio de la historia cubana parecía suponer una considerable amenaza para la estabilidad del gobierno de Castro y fue apreciado en Estados Unidos como una nueva señal de la decadencia política del movimiento comunista mundial.

[57] W. Smith, *op. cit.*, p. 198.

El año 1980 no fue fácil para el gobierno cubano ni para Castro en particular. Celia Sánchez, su mejor amiga, secretaria, ayudante y vital consejera política desde los tiempos del Moncada, murió de cáncer de pulmón en enero, dejándolo privado de confort y buenos consejos, precisamente poco después de que se produjera la invasión soviética de Afganistán a finales de diciembre de 1979. La actitud abiertamente pro soviética de Castro sólo sirvió para socavar el liderazgo del Movimiento de los No Alineados que había asumido con orgullo en septiembre. Las perspectivas económicas también eran sombrías. La cosecha de caña de azúcar había disminuido y también su precio en el mercado mundial. Se endureció el racionamiento y la austeridad volvió a ser la característica prevaleciente[58].

La insatisfacción interna, hasta entonces silenciosa, estalló a principios de abril de 1980. Un pequeño grupo de cubanos estrellaron un camión contra la embajada peruana en el distrito de Miramar de La Habana buscando asilo en ella. El guardia de vigilancia resultó muerto. El embajador peruano se negó a entregar a los peticionarios de asilo, como era su derecho y las autoridades cubanas retiraron su protección de la embajada. Al cabo de unos días cerca de 10.000 cubanos habían buscado asilo en su recinto.

Castro, con el estilo de los viejos capitanes generales españoles, se puso personalmente al frente de la crisis desde el primer momento y se trasladó a una casa en Miramar para dirigir las operaciones. Un editorial de *Granma* proclamó que los buscadores de asilo eran, en su mayor parte, «criminales, lumpen y elementos antisociales, holgazanes y parásitos». Ninguno de ellos estaba sometido «a persecución política, ni precisaba usar el sagrado derecho del asilo diplomático»[59]. Una declaración del gobierno los llamaba «escoria», individuos que habían renunciado a los ideales de la patria por la seducción del consumismo. El Partido Comunista organizó «mítines de repudio», manifestaciones de hostilidad en el exterior de las casas de los que habían entrado en la embajada y se organizó una gran manifestación de protesta para marchar hacia ésta[60].

Después de prolongadas negociaciones, a los 10.000 aspirantes a emigrar encerrados en la embajada se les permitió salir hacia Costa

[58] *Ibidem*, p. 198.
[59] Citado en J. L. Llovio-Menéndez, *op. cit.*, p. 383.
[60] M. Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 150.

Rica por vía aérea. Allí fueron saludados por los medios de comunicación internacionales antes de seguir viaje hasta Lima, que no era, por supuesto, el destino que deseaban. Estados Unidos estaba cerrado para la mayoría de ellos, ya que el presidente Carter había acordado un cupo de sólo 3.500. Era tan difícil entrar en Estados Unidos como salir de Cuba.

La crisis cobró un aspecto más dramático dos días después, cuando Castro interrumpió el puente aéreo a Costa Rica y anunció que a cualquiera que deseara hacerlo se le permitiría abandonar la isla. Miles de cubanos aprovecharon inmediatamente la oportunidad, de hecho bastantes más de los que Castro había negociado con el presidente Carter, quien igualmente temerario declaró que Estados Unidos los recibiría con los brazos abiertos. «El nuestro es un país de refugiados [...] Seguiremos ofreciendo el corazón y los brazos abiertos a los refugiados que buscan la libertad frente a la dominación comunista»[61].

Inmediatamente se puso en marcha un éxodo improvisado, organizado por los cubanos de Miami con la conformidad de Castro. Cientos de pequeños barcos llegaron de Florida al puerto de Mariel: 94 el 24 de abril, 349 el 25 y 958 el 26. Cuando se vio que eran miles los cubanos que deseaban abandonar la isla se abrieron oficinas especiales para organizar su partida. Las prisiones, centros de detención y manicomios quedaron vacíos de sus internos.

Al cabo de cuatro meses el gobierno estadounidense estaba harto. Las implicaciones políticas de aquella migración masiva eran muy negativas para el gobierno de Carter, quien pretendía ser reelegido en noviembre. Los cubanos emigrados no tenían como único destino Florida. Los elementos «lumpen» y criminales se repartieron por las prisiones estadounidenses, de Arkansas a Atlanta, y todo el país se vio afectado. Pronto se puso en marcha una nueva serie de negociaciones y el éxodo se detuvo finalmente en octubre. Aquel episodio fue un desastre para Carter y contribuyó a que perdiera las elecciones frente a Ronald Reagan.

Años después, en marzo de 1986, todavía seguían alojados en la penitenciaría estatal de Atlanta cerca de 2.000 presos cubanos del éxodo de Mariel. Según los informes de los funcionarios de prisiones había habido nueve homicidios, siete suicidios, 400 intentos de suicidio sin

[61] R. Quirk, *op. cit.*, p. 809.

éxito y más de 2.000 incidentes serios desde 1981[62]. La capacidad de Castro para abrir las puertas de una emigración ilimitada fue un arma poderosa contra Estados Unidos, aunque también tuvo un efecto *boomerang* sobre la propia Cuba. El éxodo de los marielitos fue mala publicidad para la Revolución, ya que dejaba a las claras la amplitud del descontento. Lo que quedaba del entendimiento mutuo entre La Habana y Washington forjado durante los tres años anteriores se evaporó rápidamente. Carter sabía que no obtendría votos de un acercamiento con Cuba, vista ahora como un país desgraciado del que mucha gente se quería ir.

Los periodistas occidentales llegaron a la isla en gran número, por primera vez en muchos años, para contar la historia con considerable regodeo. El gobierno cubano se esforzó para que las manifestaciones hostiles a los que abandonaban la isla mantuvieran un impulso constante, con el fin de mostrar que la mayoría de la población permanecía fiel a la Revolución. Los emigrantes fueron oficialmente descritos como lumpen, aunque los motivos de la mayoría de ellos apenas diferían de los que dejaban otras islas del Caribe o Centroamérica en aquellos mismos años. Simplemente deseaban una vida mejor en Estados Unidos[63].

Su acogida en Florida no fue tan buena como quizá esperaban. Muchos de los marielitos eran mulatos o negros y provenían del sector más pobre de la sociedad cubana. Aprovecharon la ocasión porque querían mejorar sus oportunidades económicas, pero la mayoría de ellos añoraban los servicios sociales –sanidad, educación e instalaciones deportivas– a los que se habían acostumbrado en la isla. Ése no era el mensaje que la vieja generación de exiliados quería oír y su llegada incrementó las divisiones existentes en la comunidad cubano-estadounidense, ya trastornada por las iniciativas puestas en marcha por Bernardo Benes.

Revoluciones en Nicaragua y Granada, 1979

En julio de 1979, un año antes del éxodo de los marielitos, los sandinistas nicaragüenses entraron triunfalmente en la ciudad de Mana-

[62] R. Fermoselle, *The Evolution of the Cuban Military, 1492-1986*, cit., p. 6.
[63] S. Balfour, *Castro*, Londres, 1995, p. 137.

gua tras una corta guerra insurreccional. El violento derrocamiento de la dictadura de la dinastía Somoza parecía una copia al carbón de la Revolución cubana, el cumplimiento del sueño de Guevara de una guerra de guerrillas triunfante. Como en Cuba, una pequeña banda de combatientes había derrotado a un ejército regular y había conquistado el poder. Como en Cuba, el pueblo se había alzado para derrocar a un dictador odiado. Como en Cuba, el país había sido ocupado en otro tiempo por Estados Unidos y llevaba cicatrices parecidas. Los marines estadounidenses se habían atrincherado allí desde 1912 hasta 1933, durante los seis últimos años bajo el ataque de las fuerzas guerrilleras de Augusto César Sandino, el José Martí nicaragüense[64].

La victoria en Nicaragua en 1979 despertó un nuevo interés por Latinoamérica, como había sucedido con Cuba en la década de 1960 y con Chile a principios de la de 1970. Visitantes extranjeros llegaban a Managua para emborracharse con el licor embriagador de la revolución, como antes habían viajado a La Habana o a Santiago. Los cubanos pudieron sentir por un momento que la historia volvía a estar de su parte, pero Castro se mostró más prudente. Cuba había abandonado su apoyo público a la lucha guerra de guerrillas en Latinoamérica tras la muerte de Guevara en 1967, pero difícilmente podía impedir que otros volvieran a alzar la bandera revolucionaria.

Los movimientos de izquierda que se configuraron durante las décadas de 1960 y 1970 en Centroamérica debían más a la dinámica de su propia experiencia histórica que al ejemplo cubano: Guatemala, El Salvador y Nicaragua tenían largas historias de lucha revolucionaria. Los grupos guerrilleros activos allí recibieron cierto ánimo y ayudas de la División de Asuntos Latinoamericanos dirigida por Manuel Piñeiro «Barbarroja» en la Dirección General de Inteligencia cubana, pero ese departamento del Ministerio del Interior tenía cada vez menor importancia, y si se mantenía con vida era sobre todo por razones sentimentales[65]. Algunos revolucionarios pasaron cierto tiempo en Cuba, espe-

---

[64] La divisa de la guerrilla sandinista era «Patria libre o morir». Cuando los estadounidenses se retiraron de Nicaragua en 1933 Sandino bajó de las montañas pero fue pronto asesinado por orden de Anastasio Somoza, el comandante de la Guardia Nacional nombrado por Estados Unidos. Somoza murió en un atentado en 1956 y fue sustituido por su hijo, que llevaba el mismo nombre, Anastasio.

[65] J. Castañeda, *Utopía Unarmed: The Latín American Left after the Cold War*, Nueva York, 1993, pp. 51-89.

cialmente el nicaragüense Tomás Borge, y Castro seguía atentamente la evolución de algunos grupos procurando convencer a sus tozudos dirigentes de que nunca obtenían la victoria sin unidad[66].

Cuando los sandinistas triunfaron los cubanos se sintieron incómodos. Castro no esperaba su rápida victoria y se apresuró a señalar que las diferencias con la revolución cubana eran tan importantes como las semejanzas. Pero los sandinistas se arrojaron en sus brazos provocándole cierto embarazo y, sin esperar a una invitación formal, varios importantes miembros de la dirección sandinista volaron a Cuba tras su victoria para participar en las celebraciones anuales del Moncada el 26 de julio, aquel año en Holguín. Castro se unió a la atmósfera general de júbilo, pero sus palabras pidiendo moderación eran las de un prudente hombre de Estado:

> Cada país tiene su camino, tiene sus problemas, tiene su estilo, tiene sus métodos, tiene sus objetivos. Nosotros los nuestros, ellos los suyos. Nosotros lo hicimos de una manera, nuestra manera; ellos lo harán a su manera. Similitudes: ellos alcanzaron la victoria por un camino similar al que fue nuestro camino; ellos alcanzaron la victoria de la única forma en que, tanto ellos como nosotros, podíamos librarnos de la tiranía y del dominio imperialista: ¡Con las armas en la mano! [...]
>
> Ahora hay muchos interrogantes y hay mucha gente queriendo establecer similitudes entre lo ocurrido en Cuba y lo ocurrido en Nicaragua. Algunos de estos interrogantes están inspirados en la mala fe, como digamos, empezar a crear y buscar justificaciones y pretextos para también aplicar medidas agresivas contra el pueblo de Nicaragua, bloqueos contra el pueblo de Nicaragua, agresiones contra el pueblo de Nicaragua; toda esa inmundicia de medidas, todo ese montón de crímenes que cometieron contra nosotros, y hay que tener cuidado con eso. [...]

---

[66] Un informe presenta a Castro en una reunión en La Habana con cinco grupos salvadoreños, depositando un fusil M-16 sobre la mesa y obligando a los presentes a poner sus manos sobre él, como símbolo de unidad. Así nació el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, que desencadenó una guerra de guerrillas en El Salvador en enero de 1981, en el mismo momento en que Ronald Reagan tomaba posesión como presidente de Estados Unidos. R. Bonner, *Weakness and Deceit, US Policy and El Salvador*, Londres, 1985, p. 96. Algo parecido ocurrió con los grupos que fundaron el Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1962.

> No hay dos revoluciones iguales. No puede haberlas. Hay muchas similitudes –como decía– en el espíritu, en el heroísmo, en el combate; pero los problemas nuestros no son exactamente los problemas de ellos, las condiciones en que se produce nuestra Revolución no son exactamente las condiciones en las que se produce la revolución de ellos [...] Es decir, que no van a ser exactamente iguales, ni mucho menos, las cosas de Nicaragua y las de Cuba[67].

La victoria sandinista planteaba un problema para Cuba. Le dieron la bienvenida por sí misma y porque Nicaragua sería un aliado útil en el continente; pero su propia existencia creaba problemas adicionales tanto para Estados Unidos como para la Unión Soviética. Una semejanza con la experiencia cubana, visible para todos desde el primer día, era la posibilidad de una intervención estadounidense; por ello Castro se esforzó en advertir a los sandinistas que no debían incomodar innecesariamente a Estados Unidos. Les recomendó concentrarse en el establecimiento de una economía mixta y un sistema político pluralista y en tratar de mantener buenas relaciones con la Iglesia católica, más influyente en Nicaragua de lo que había sido nunca en Cuba[68]. Castro no quería que la clase media nicaragüense desapareciera, como sucedió en Cuba.

Los sandinistas escucharon los consejos de Castro, pero la dinámica de su propia revolución conducía inexorablemente al choque con Estados Unidos. Cuando Carter fue sustituido por Ronald Reagan en enero de 1981, Estados Unidos trató de contener la marea revolucionaria que se extendía por todo el istmo centroamericano. Aquél fue un momento difícil también para Cuba, ya que el espejismo de una posible mejora de relaciones con Estados Unidos que se había cernido sobre la isla durante los años de Carter se evaporó de la noche a la mañana.

Los inexpertos sandinistas sufrieron una experiencia aún más dura. La unidad política que los había llevado al poder se desintegró pronto y los miembros más conservadores del grupo gobernante se hicieron a un lado. Al radicalizarse la revolución, miles de profesionales abandonaron el país para establecerse en Miami y Costa Rica. Pronto se organizaron fuerzas contrarrevolucionarias –la *contra*– para llevar a cabo

---

[67] Discurso de Castro en Holguín, 26 de julio de 1979. Véase http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1979/esp/f260779e.html.

[68] W. Smith, *op. cit.*, p. 181.

una guerra de guerrillas contra el gobierno. Asesorada y financiada por la CIA, mantuvo un conflicto de baja intensidad durante todos los años ochenta que iba a erosionar poco a poco las defensas sandinistas.

En su primer discurso a los dirigentes sandinistas Castro les había prometido enviar profesores y médicos, pero pronto tuvo que enviarles también asesores militares y armas. Lo mismo hizo la Unión Soviética. Pero como en Angola, pronto surgieron diferencias sustanciales. El general Néstor López Cuba, al mando de la misión militar cubana en Managua, informaba años después:

> Los sandinistas tenían asesores militares cubanos y soviéticos, y no siempre estábamos de acuerdo en nuestros consejos [...] Los soviéticos preferían un gran ejército regular, profesional y técnicamente sofisticado. Nosotros, en cambio, creíamos que Nicaragua necesitaba un ejército capaz de eliminar las fuerzas irregulares a las que se enfrentaban internamente y que eso no podía ser llevado a cabo por un ejército regular.

La opinión cubana se basaba en su experiencia en Angola y en el Escambray a principios de los años sesenta, mientras que la Unión Soviética se remitía a sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial. «Esas diferencias sobre la concepción de la lucha y la estructura del ejército –decía López Cuba– eran las mismas a las que tuvimos que hacer frente en Angola y en otros lugares de África.» A una guerrilla irregular había que combatirla con fuerzas irregulares, no con grandes unidades regulares: «Había que combatir con voluntarios». Así es como Cuba había derrotado a «los bandidos» del Escambray[69].

Aunque la victoria sandinista ocupó los titulares de los medios de comunicación en todo el mundo, una revolución anterior de aquel mismo año en la diminuta isla de Granada era más del gusto de Castro. El Movimiento Nueva Joya, que se había hecho con el poder en marzo de 1979 en una isla con una población de sólo 100.000 habitantes, tenía como modelo el ejemplo cubano[70]. El asalto al amanecer que

---

[69] *Making History*, *cit.*, pp. 33-34.

[70] Granada se independizó de Gran Bretaña en febrero de 1974 bajo el liderazgo de Eric Gairy, líder sindical en la década de 1950 y fundador del Grenada People's Party (más tarde Grenada United Labour Party, GULP). El Movimiento New Jewel (Joint Endeavour for Welfare, Education and Liberation), dirigido por Maurice Bi-

derrocó al régimen corrupto y autoritario de Eric Gairy se calificó incluso como el Moncada de Granada. El líder del Movimiento Nueva Joya, Maurice Bishop, era un marxista radical del tipo cubano que se inspiraba en Castro y esperaba su ayuda. Los revolucionarios granadinos se arrojaron a los pies de Castro. Según dijo Bishop en septiembre de 1979 a la Conferencia de Países No Alineados, Cuba era el mejor ejemplo en el mundo, «de lo que el socialismo puede hacer un pequeño país en cuanto a la sanidad, la educación y el empleo y a acabar con la pobreza, la prostitución y las enfermedades»[71].

Más tarde, cuando la administración Reagan expresó su preocupación por la estrecha amistad de Granada con Cuba, Bishop se lanzó a realizar declaraciones retóricas parecidas a las de Castro: «Ningún país tiene derecho a decir lo que debemos hacer, o cómo debemos gobernar nuestro país, o con quién debemos mantener amistad o no [...] No somos el patio trasero de nadie, y decididamente no estamos en venta».

Castro había estado atento a las Antillas británicas a medida que se hacían independientes y tuvo un considerable éxito con Michael Manley, primer ministro de Jamaica entre 1972 y 1980. Manley tenía una visión parecida del mundo y dificultades parecidas con Washington. Cuando aumentó los impuestos que debían pagar las empresas estadounidenses que explotaban los yacimientos de bauxita en el país, el gobierno estadounidense le cortó sus fuentes de ayuda económica. Cuba le proporcionó considerable ayuda técnica y médica y los dos dirigentes se encontraron varias veces[72].

El caso de Granada era parecido. Castro estaba encantado e impresionado con Bishop y estableció una estrecha relación personal con él, parecida a su amistad con Manley y Mengistu. Posiblemente aquella relación tenía su lado malo, ya que pudo cegar a Castro ante el hecho de que aunque Bishop era una figura eminente en la diminuta isla revolucionaria, su dirección era a veces cuestionada dentro de sus propias filas.

Castro le prometió ayuda médica y se estableció un vínculo directo entre ambas islas. Cuba proporcionaba becas a los estudiantes granadinos y pronto unos doscientos cincuenta de ellos estaban estudiando en

---

shop y Unison Whiteman, se constituyó en 1973, un año antes de la independencia, en oposición a Gairy.

[71] Citado en T. Thorndike, *Grenada: Politices, Economics and Society,* Londres, 1985.

[72] Michael Manley realizó varias visitas de Estado a Cuba, en 1975, 1978 y 1980, y Castro visitó Jamaica en 1977.

Cuba. Los cubanos también hicieron llegar a Granada algo de equipo militar y un puñado de asesores. El proyecto más atractivo que desarrollaron fue la construcción de un nuevo aeropuerto en Point Salines, destinado a facilitar la participación de Granada en el *boom* turístico en el Caribe. Cuba se ofreció a proporcionar obreros de la construcción y maquinaria por valor de 40 millones de dólares –gran parte del costo total–; el acuerdo firmado en septiembre de 1979 indicaba que el proyecto se concluiría en marzo de 1984. Aquel aeropuerto provocó una controversia inmediata, ya que Estados Unidos lo presentó inmediatamente como una base cubano-soviética. «No es la nuez moscada lo que está en cuestión en el Caribe y Centroamérica –clamó el presidente Reagan, refiriéndose a la principal exportación de Granada–; es la seguridad nacional de Estados Unidos»[73].

Las amenazas estadounidenses no eran el único problema que afrontaba el gobierno de Granada. Las divisiones internas alcanzaron tal intensidad en octubre de 1983 que Bishop fue puesto bajo arresto domiciliario por una fracción radicalizada del Movimiento Nueva Joya, dirigida por Bernard Coard. Castro poco podía hacer desde Cuba por ayudar a su protegido, si bien envió un mensaje en el que decía que la división en el gobierno «dañaría considerablemente la imagen del proceso revolucionario». Bishop está «bien considerado en Cuba –escribió– y no será fácil explicar estos sucesos». Lo peor estaba por llegar. Cuando una multitud de seguidores de Bishop acudió a rescatarlo, fue detenido por unos soldados y fusilado, junto con otros miembros importantes de su gobierno. Castro se estremeció, considerando la pérdida personal tan penosa como la política: «Ninguna doctrina, ningún principio, ninguna opinión que se pueda llamar revolucionaria, ninguna división interna, puede justificar actos atroces como la eliminación física de Bishop y el grupo de dirigentes honrados y dignos que murieron ayer»[74].

Seis días después, el 25 octubre, la isla fue invadida por las fuerzas militares estadounidenses en una campaña denominada «Operación Furia Urgente». La resistencia fue escasa y varios cubanos resultaron

---

[73] Discurso de Ronald Reagan el 23 de marzo de 1983, en el que anunció la Iniciativa de Defensa Estratégica («Guerra de las Galaxias»).

[74] *Granma*, 20 de octubre de 1983. Los adversarios de Bishop deploraban que «la profunda amistad personal entre Fidel y Bishop haya hecho tomar al líder cubano una actitud *personal* y no *de clase* frente a los acontecimientos de Granada».

muertos. Los trabajadores cubanos del aeropuerto fueron detenidos y deportados. Un prometedor intento de buscar una vía alternativa de desarrollo en el Caribe quedó así totalmente destruido, sirviendo como otro recordatorio del duro camino que había elegido Cuba en un lugar particularmente desfavorable.

8
Cuba resiste sola, 1985-2003

Mijail Gorbachov: nuevos aires en Moscú, 1985

Las revoluciones en el Estado español durante el siglo XIX produjeron serias perturbaciones y trastornos en sus colonias en el Caribe. Algo similar sucedió en Cuba tras el derrumbe de la Unión Soviética en 1991. El país que había proporcionado durante veinte años el respaldo financiero para el experimento socialista en Cuba y la fuente de su seguridad militar durante tres décadas, desapareció de repente. El aviso estaba en el tablón de anuncios desde que la Unión Soviética estrenó un nuevo líder en marzo de 1985, el tercero en tres años. Mijail Gorbachov, un hombre relativamente joven con gran reputación como reformador, fue nombrado secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética tras la muerte en rápida sucesión de Yuri Andropov y Konstantin Chernienko.

La entrada en escena de Gorbachov fue entendida desde el primer momento como un cambio sísmico que probablemente provocaría problemas a su semicolonia cubana. Para un dirigente experimentado como Castro, que seguía atentamente los acontecimientos soviéticos durante más de un cuarto de siglo, el nuevo dirigente y su agenda suscitaban alguna preocupación; pero pocos preveían la magnitud de la catástrofe que esperaba a Cuba.

Los cubanos habían recibido una sorpresa desagradable dos años antes, cuando los soviéticos les explicaron formalmente que el tratado que les garantizaba la defensa soviética, en vigor desde la crisis de los misiles en octubre de 1962, no se podía prolongar. Las preocupaciones para los cubanos comenzaron con Andropov, el sucesor de Brezhnev tras su muerte en noviembre de 1982. Mientras que éste había consolidado las relaciones soviéticas con Cuba durante más de veinte años, Andropov iba a deshacer gran parte de su trabajo. Raúl Castro, el hombre encargado de la defensa cubana, fue convocado a Moscú en marzo de 1983 y Andropov le explicó algunas verdades elementales.

Según Yuri Pavlov, especialista en asuntos latinoamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético durante la década de los años

ochenta, Andropov le explicó a Raúl Castro que la garantía estratégica soviética ya no estaba en vigor: «Debido al factor geográfico y a la imposibilidad práctica para la Unión Soviética de mantener líneas de comunicación tan vastas en una situación de guerra, no sería posible comprometer a las fuerzas armadas soviéticas en la defensa de la isla»[1]. El sistema de misiles nucleares soviéticos quedaba también, por supuesto, excluido.

Raúl Castro regresó a casa sin nada más que una promesa de armas convencionales adicionales que los soviéticos podrían proporcionar relativamente baratas; de hecho, según Pavlov, entre 1983 y 1990 se enviaron efectivamente a Cuba mayor cantidad de armas soviéticas. Privado de la garantía soviética, Raúl comenzó a organizar la defensa de Cuba en términos de una «guerra popular» para resistir un eventual ataque estadounidense. La movilización de toda la población debía sustituir a la anterior dependencia de la ayuda soviética.

Andropov había expresado claramente la nueva realidad estratégica. Gorbachov iba a hacer lo mismo para la economía, pero Fidel planeaba adelantársele. Los cubanos habían seguido los consejos ortodoxos de los economistas soviéticos desde principios de la década de 1970. Cuba, miembro del COMECON desde 1972, había vinculado estrechamente su economía a la del bloque soviético. El panorama general había sido relativamente positivo durante más de una década, con un largo periodo de crecimiento económico sostenido que alcanzaba el 4,1 por 100 anual desde mediados de los años setenta hasta mediados de los ochenta; pero a mediados de los años ochenta la economía estaba comenzando a tambalearse y Cuba tuvo que afrontar una seria crisis en sus relaciones económicas con el mundo no comunista. El país andaba peligrosamente escaso de divisas; el descenso del precio del azúcar en el mercado mundial y años de sequía y huracanes, sumados a la intensificación del proteccionismo de los mercados occidentales, habían reducido notablemente las reservas cubanas de divisas[2].

En febrero de 1986 Castro presentó un nuevo programa económico revisado que rechazaba en gran medida el viejo modelo soviético. Algunos lo vieron como un regreso a la economía de «mando», popular durante un periodo anterior del pensamiento soviético y que difi-

---

[1] Y. Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance*, 1959-1991, Boston, 1994, p. 61.

[2] A. Zimbalist, «Perspectives on Cuban development and prospects for thee 1990s», en A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *op. cit.*

cilmente sería bien recibido por el revisionista Gorbachov. El nuevo programa, enmarcado en un documento presentado al Tercer Congreso del Partido Comunista, se titulaba «Rectificación de los errores y tendencias negativas»[3]. Un símbolo del nuevo estado de ánimo era el abandono del plan nacional elaborado diez años antes por Humberto Pérez, jefe del JUCEPLAN, que ahora se consideraba demasiado alejado de la realidad (Pérez había sido sustituido un año antes, en junio de 1985)[4].

El nuevo programa atendía a tres problemas: la inmediata necesidad de afrontar la crisis de los tipos de cambio, el plazo más largo preciso para reestructurar la economía a fin de reducir la dependencia del país de sus importaciones y una necesidad, más controvertida y política, de sustituir los incentivos materiales por los morales como había defendido en otro tiempo Che Guevara. Los dos primeros problemas exigían soluciones técnicas: se suspendió el servicio de la deuda externa y se diseñaron mecanismos destinados a restablecer el control centralizado del comercio exterior y una campaña para promover exportaciones no tradicionales, así como un programa de austeridad[5].

La campaña de rectificación constaba de varios elementos: el regreso a un sistema de mando más centralizado sobre las decisiones económicas estaba destinado a aumentar la competitividad internacional en el mercado mundial y la eficiencia económica. Se pretendía reducir las subvenciones, poner en práctica medidas más precisas de rentabilidad y agilizar la administración gubernamental. Al resucitar la concepción guevarista de una sociedad regida más por normas morales que por estímulos económicos, el gobierno esperaba que los ciudadanos asumieran una responsabilidad mayor en sus acciones.

El programa resultaba muy controvertido al abolir varias iniciativas adoptadas durante la década anterior que habían alcanzado gran popularidad, entre ellas los llamados «mercados libres» para los campesinos, los mercados de artesanía, los «bonos de motivación» concedidos por los aumentos de productividad, la introducción de la empresa privada en un amplio abanico de bienes y servicios, y la venta, alquiler y cons-

[3] S. Balfour, *op. cit.*, p. 146. Castro expuso las conclusiones del Congreso en un discurso sobre el aniversario de Playa Girón el 19 de abril de 1986.

[4] S. Balfour, *op. cit.*, p. 148.

[5] A. Zimbalist, «Perspectives on Cuban Development», cit.

trucción privada de casas. Si se iban a abolir los mercados para los agricultores, el Estado tendría que proporcionar algo similar si no mejor.

El gobierno llevaba mucho tiempo preocupado por la gran dependencia del país con respecto a los alimentos importados del extranjero, y la necesidad de producir en el país más alimentos era una de las fuerzas que impulsaban la rectificación. Con el programa introducido ahora el Estado pretendía producir alimentos más baratos que los mercados libres de los agricultores. Según explicaba Castro más tarde, «si se trataba de producir bananas, tubérculos, hortalizas y frutas, que sea el Estado el que lo haga, ya que cuenta con todos los recursos necesarios»[6]. Llevó algún tiempo poner en vigor el nuevo mecanismo para gestionar la producción de alimentos, pero afortunadamente para Cuba estaba ya en funcionamiento cuando en 1990 se rompió el vínculo con sus abastecedores tradicionales de la Unión Soviética y Europa oriental.

El programa de rectificación suponía también implícitamente un rechazo de los experimentos reformistas –la expansión del papel del mercado y el recurso creciente a incentivos materiales– que se habían puesto a prueba en las economías socialistas de Europa oriental. Cuba se apartaba ahora de esa vía. Los cambios estaban en marcha cuando Castro mantuvo su primera conversación larga con Gorbachov en marzo de 1986. La nueva orientación de la política soviética estaba ya clara, y Castro, tanto en sus discursos como en conversaciones privadas, había comenzado a expresar su descontento por el mensaje de Gorbachov. Ahora se vio obligado a escucharlo de viva voz y no le gustó demasiado lo que escuchaba.

La utilización por Gorbachov de las palabras clave *glasnost* y *perestroika* –la promoción de la apertura política y la reestructuración económica– podían desestimarse como asuntos internos de la Unión Soviética que no tenían por qué afectar necesariamente a Cuba, pero en la agenda había otros apartados más alarmantes. La búsqueda por el líder soviético de una distensión Oriente-Occidente con el presidente Reagan iba a tener evidentemente un impacto adverso. Castro había pasado ya antes por ese tipo de baches –con Aleksei Kosiguin en la década de 1960– y no le había gustado la experiencia.

---

[6] Citado en S. Roca, «Reflections on Economic Policy: Cuba's Food Programme», en J. Pérez-López (ed.), *Cuba at a Crossroads: Politics and Economics after the Fourth Party Congress*, Gainesville, Fla., 1994, p. 96.

Cuando se reunió con Gorbachov, la dirección cubana no había acordado todavía su política con respecto a los cambios en la Unión Soviética. Carlos Rafael Rodríguez, el viejo incondicional comunista ahora a punto de jubilarse, pero que seguía siendo todavía uno de los vicepresidentes del Estado cubano, había comentado favorablemente la *perestroika* a principios de año. En una asamblea del COMECON celebrada en Bucarest se había referido a «la imaginación y flexibilidad entre los aliados de Moscú», con los que deseaba «asociar el proceso cubano»[7].

La opinión aprobadora de Rodríguez no era compartida por Castro. En diciembre de 1988 expresó finalmente sus preocupaciones por la evolución de la Unión Soviética: «Apoyamos sinceramente la política de paz de la Unión Soviética, pero la paz tiene significados diferentes para distintos países. Es casi seguro que la forma en que el imperio [estadounidense] concibe la paz es con los poderosos: paz con la Unión Soviética, pero guerra con los países pequeños, socialistas, revolucionarios o progresistas –o simplemente independientes– del Tercer Mundo». Castro subrayaba así sus diferencias con la política exterior soviética.

Gorbachov tenía otras prioridades globales y no realizó su primera visita a La Habana hasta abril de 1989. Se comportó educadamente pero también habló sin rodeos, advirtiendo lo que iba a suceder en el frente económico. «Con el paso del tiempo –informó al líder cubano– se plantean nuevas demandas sobre la calidad de nuestra interacción. Esto se aplica en particular a los contactos económicos, que deberían ser más dinámicos y eficaces, y aportar mayor rentabilidad para nuestros dos países». En público, los dos presidentes firmaron un nuevo tratado de cooperación que debía durar veinticinco años, pero en privado Gorbachov dejó claro que la vieja relación económica y las subvenciones a los precios que habían contribuido durante mucho tiempo a la prosperidad relativa de Cuba eran cosa del pasado. Y había todavía algo más: en el futuro, los soviéticos esperaban el pago de sus suministros en dólares estadounidenses.

La noticia era aún peor de lo que podía esperar Castro y volvió sobre el tema de las diferencias de Cuba con la Unión Soviética en un discurso pronunciado en Camagüey en julio, advirtiendo del posible aislamiento del país. Criticó las «políticas procapitalistas» adoptadas en

[7] Economist Intelligence Unit, *Country Report: Cuba*, núm. 4, 1986.

Polonia y Hungría, comparándolas desfavorablemente con la rectificación cubana. Las reformas en la Unión Soviética, dijo con sus acostumbradas dotes proféticas, podían conducir incluso a su desintegración o a la guerra civil[8]. Estaba preparando a los cubanos para el duro camino que les esperaba.

La victoria cubana en Cuito Cuanavale, 1988

El pueblo cubano podía cuidar de sí mismo, pero el futuro de su cabeza de puente en Angola era más problemático. Miles de soldados cubanos seguían estacionados en África y su seguridad dependía de las armas que la Unión Soviética proporcionaba a las fuerzas armadas angoleñas. En opinión de Gorbachov la *perestroika* en el extranjero y una retirada gradual de Angola de las fuerzas armadas cubanas y soviéticas permitirían una relación más amistosa con Estados Unidos, así como mayores recursos para los consumidores soviéticos. Corrían nuevos tiempos.

La insatisfacción con los vientos reformistas de cambio en la Unión Soviética no se limitaba a La Habana. El mejor aliado de Cuba en África, el gobierno angoleño de José Eduardo dos Santos, también estaba preocupado. Dos Santos era presidente y dirigente del MPLA desde la muerte de Agostinho Neto en 1979. La larga guerra defensiva de su gobierno, apoyado por 25.000 soldados cubanos y con un gran contingente estratégico de asesores soviéticos, le había ido bien en 1986, pero los severos ataques de las fuerzas guerrilleras del movimiento UNITA de Jonas Savimbi, financiado y armado por Estados Unidos y respaldado por Sudáfrica, habían provocado una serie de contratiempos para el ejército del MPLA en 1987. Los soviéticos nunca habían sentido gran entusiasmo por la guerra y ahora lo habían perdido del todo; en su bús-

[8] Discurso de Castro del 26 de julio de 1989, pronunciado en Camagüey en el aniversario del Moncada: «Tenemos que advertir al imperialismo que no se haga tantas ilusiones con relación a nuestra Revolución y con relación a la idea de que nuestra Revolución no pudiera resistir si hay una debacle en la comunidad socialista; porque si mañana o cualquier día nos despertáramos con la noticia de que se ha creado una gran contienda civil en la URSS, o, incluso, que nos despertáramos con la noticia de que la URSS se desintegró, cosa que esperamos que no ocurra jamás, ¡aun en esas circunstancias Cuba y la Revolución cubana seguirían luchando y seguirían resistiendo!». Véase http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1989/esp/f260789e.html.

queda de una distensión con Occidente, Gorbachov estaba ansioso por liquidar algunos de esos conflictos de la Guerra Fría.

Percibiendo la debilidad soviética, los sudafricanos prepararon una ofensiva en el sur de Angola, su iniciativa más ambiciosa desde 1975. Acumularon hombres y armas a lo largo de la frontera en el norte de Namibia, dispuestos a tomar el control del territorio al otro lado de la frontera. Las fuerzas cubanas más próximas tenían su base en Menongue, a unos 200 kilómetros al oeste de Cuito Cuanavale, una ciudad estratégica rodeada por una densa selva. Los soldados sudafricanos y de UNITA atacaron en noviembre de 1987, obligando a las unidades del MPLA a retirarse a Cuito Cuanavale. Si esa ciudad caía toda la zona meridional de Angola quedaría bajo control sudafricano. Angola necesitaba ayuda adicional y la necesitaba pronto.

La alta estrategia estaba en manos de oficiales soviéticos, pero en aquel momento de crisis a dos Santos le pareció más fácil conseguir tropas adicionales cubanas que de la Unión Soviética. Enfrentado con una inminente derrota en el sur, pidió ayuda a Castro. Esa nueva petición llegó justamente doce años después de que la intervención cubana en Angola hubiera cambiado las tornas en 1975. La intervención inmediata de Cuba en esta segunda ocasión iba a cambiar de nuevo la historia de África. Los soldados cubanos salvaron al gobierno angoleño del ataque sudafricano y abrieron la vía para el fin del *apartheid* en la propia Sudáfrica.

Las campañas cubanas en África siempre habían despertado el interés personal de Castro y sus ambiciones geoestratégicas. Un año antes había anunciado en Harare «nuestra disposición a mantener las tropas en Angola mientras exista el *apartheid* en Sudáfrica»[9]. Más tarde, en Luanda, recordó a una reunión de cubanos que llevaban allí once años y seguirían allí, si era necesario, «cien veces once años». A su regreso a La Habana aseguró que Cuba estaba dispuesta a permanecer en Angola «diez, veinte o incluso treinta años más».

Ahora iba a participar directamente en la planificación estratégica de la defensa de Cuito Cuanavale. La primera decisión cubana fue enviar a Angola a sus pilotos más experimentados. Desde su base de Menongue iban a atacar a las fuerzas sudafricanas que asediaban Cuito Cuanavale.

---

[9] Discurso de Castro del 2 de septiembre de 1986, en la Cumbre de Países No Alineados celebrada en Harare, Zimbabue. Véase http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1986/esp/f020986e.html.

A continuación se enviaron unidades de combate y armas desde Cuba «para hacer frente a la situación y frustrar los planes del enemigo»[10].

Miles de soldados cubanos fueron movilizados y la nueva campaña llevó de nuevo a Luanda a algunos de los generales que habían participado en la guerra angoleña de 1975, así como a otros que habían combatido en Etiopía. Su comandante en jefe era el general Arnaldo Ochoa, veterano de los anteriores conflictos de Angola y Etiopía, que ha sido desdcito como una figura heroica y legendaria «sólo por debajo de Fidel Castro para los soldados cubanos sobre el terreno»[11].

El propio Castro no tenía tan buena opinión del talento estratégico de Ochoa y entre el comandante en jefe en Angola y el comandante en jefe en La Habana surgieron serios desacuerdos. Castro reforzó el mando cubano enviando a otro oficial experimentado y fiable, el general Leopoldo «Polo» Cintra Frías. Mientras Ochoa permanecía en la principal base cubana en Luanda, coordinando la defensa con angoleños y rusos, Cintra Frías se puso al mando del frente meridional[12].

Durante las primeras semanas de 1988, con la llegada de los primeros 9.000 soldados de refuerzo cubanos, comenzaron a cambiar las tornas en contra de los sudafricanos. El contingente cubano alcanzaba ahora un total de más de 50.000 soldados. Castro señaló que el ejército cubano en Angola equivalía –en relación con la población– a que Estados Unidos enviara más de un millón de hombres a otro país[13]. Los cubanos se adentraron en los brumosos montes y bosques de Malanje en el norte y hacia la distante Luena cerca de la frontera con Zaire y Zambia, al tiempo que defendían Cuito Cuanavale en el sur, donde pronto iban a tener lugar duras batallas[14].

El desacuerdo estratégico entre Castro y Ochoa sobre la táctica a adoptar en Cuito Cuanavale se prolongó durante el mes de enero. Castro pidió un refuerzo inmediato y urgente de la guarnición, mientras que Ochoa argumentaba que la defensa de la ciudad se podía asegurar con minas y potencia aérea, utilizando a los pilotos cubanos a bordo de Migs soviéticos desde su base en Menongue. El debate se

---

[10] Discurso de Castro del 5 diciembre de 1988, en D. Deutschmann (ed.), *Changing the History of Africa,* Melbourne, 1989, p. 109.

[11] V. Brittain, *Death of Dignity: Angola's Civil War,* Londres, 1998, p. 36.

[12] Discurso de Castro del 9 de julio de 1989, en *Vindicación de Cuba,* La Habana, 1989, p. 395.

[13] *Ibidem,* p. 394.

[14] V. Brittain, *op. cit.*, p. 36.

hizo tan áspero que a finales de enero de 1988 Castro pidió a Ochoa que viajara a La Habana para discutir cara a cara. Ochoa regresó luego a Luanda, llevando instrucciones detalladas de Castro sobre cómo desplegar los refuerzos cubanos en Cuito Cuanavale.

El largamente esperado ataque sudafricano se inició el 14 de febrero y sus soldados, en apoyo de los guerrilleros de UNITA financiados por la CIA, llegaron a los alrededores de la ciudad. Las fuerzas cubanas replicaron y Cuito Cuanavale se convirtió pronto en una impresionante victoria cubana. Tras varias semanas de duros combates se consiguió detener la ofensiva sudafricana. Cuito Cuanavale se iba a convertir en toda África en un símbolo de que el *apartheid* y su ejército habían dejado de ser invencibles[15].

La derrota sudafricana obligó a su ejército a retirarse de Angola y a continuación de Namibia, llegándose a una solución diplomática –orquestada por Chester Crocker, secretario estadounidense para asuntos africanos– que permitió por un lado la retirada de las tropas cubanas de Angola y por otro que el movimiento de liberación de Namibia, la Organización del Pueblo del Suroeste de África (SWAPO), llegara al poder en marzo de 1990.

Ese colapso estratégico en el sur de África iba a conducir finalmente al fin del propio Estado del *apartheid*. En febrero de 1990, dos años después de la batalla de Cuito Cuanavale, Nelson Mandela, el líder negro sudafricano, fue puesto en libertad. Viajó a La Habana en julio de 1991 para agradecer personalmente a Castro la ayuda cubana en la lucha contra el *apartheid:*

> La decisiva derrota del ejército racista en Cuito Cuanavale fue una victoria para toda África [...] Hizo posible que Angola disfrutara de la paz y estableciera su propia soberanía [...] [y] que el pueblo de Namibia consiguiera su independencia. La decisiva derrota de las fuerzas agresivas del *apartheid* destruyó el mito de la invencibilidad del opresor blanco. La derrota del ejército del *apartheid* sirvió como inspiración para el pueblo combatiente de Sudáfrica[16].

---

[15] *Ibidem*, p. 36.

[16] Discurso de Nelson Mandela del 26 de julio de 1991 en la celebración del aniversario del Moncada en Matanzas. La visita de Mandela a Miami se recuerda en A. L. Bardach, *op. cit.*, pp. 105-106.

La victoria cubana aceleró un acuerdo Oriente-Occidente en el sur de África y a las prolongadas negociaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, dirigidas por Crocker, se incorporaron representantes de Cuba y Sudáfrica. Los cuatro países firmaron en diciembre, en la sede de la ONU en Nueva York, un acuerdo sobre Angola. Las tropas sudafricanas debían retirarse de Namibia, cuya independencia sería reconocida internacionalmente, y las tropas cubanas se retirarían de Angola[17]. Los soldados cubanos regresaron a su país como habían regresado en otro tiempo los soldados españoles de su guerra en Marruecos, constituyendo un grupo de veteranos nostálgicos con memorias agridulces sobre su servicio en África que se dedicó a erigir por toda la isla monumentos cada vez más olvidados a sus camaradas caídos. El espíritu internacionalista de la Revolución se mantuvo, ahora no con soldados sino con médicos y profesores, desplegados en un número cada vez mayor por diversos lugares de África.

En la ceremonia de firma del acuerdo en la ONU que marcó el fin de la intervención estaban presentes nueve generales cubanos con experiencia en Angola, pero el general Ochoa no estaba entre ellos. En enero de 1989 fue llamado a La Habana con la promesa de un ascenso para mandar el ejército del oeste en Cuba, pero la historia le había reservado un destino diferente y más sombrío.

La ejecución de Arnaldo Ochoa, 1989

Seis meses después de la firma del tratado de paz sobre Angola, la Revolución tuvo que afrontar su crisis interna más seria en treinta años. Cuatro figuras destacadas fueron detenidas en junio de 1989 y acusadas ante un consejo de guerra de corrupción y contrabando de drogas. Dos de ellos fueron ejecutados y otros dos condenados a largas penas de prisión. El número de acusados llegó a 14. El juicio y las condenas de muerte provocaron oleadas de conmoción en toda la isla y fuera de ella, desatando una epidemia de rumores y sembrando dudas sobre la historia oficial. La corrupción era un crimen que amenazaba toda la base moral de la Revolución, ya que el Movimiento 26 de

[17] Los detalles están en C. Crocker, *High Noon in Southern Aftica: Making Peace in a Rough Neighbourhood,* Nueva York, 1992.

Julio se había cimentado originalmente en su rechazo al orden corrupto que lo había precedido. Los rumores sugerían que la corrupción tenía más que ver con la política que con la irresponsabilidad financiera. Las detenciones tuvieron lugar justo dos meses después de la visita de Gorbachov a La Habana. ¿Pudo existir un complot para sustituir a Castro por una dirección más reformista, favorable a la introducción de la *glasnost* y la *perestroika* en Cuba?

Algunos creían que los detenidos fueron ejecutados debido a su implicación en la corrupción y el tráfico de drogas. Otros pensaban que los fusilaron debido al desafío político que parecían representar. En el extranjero se cuestionó si el propio Castro podía estar implicado en el tráfico de drogas y se intentó reunir pruebas en apoyo de esa acusación.

El rumor de una posible amenaza política para Castro recibía cierta credibilidad del hecho de que la principal figura acusada fuera el general Ochoa, el militar que había estado recientemente al mando de las fuerzas cubanas en Angola. Ochoa era un militar popular, del que se sabía que había caído en desgracia. Su capacidad estratégica en la campaña de Angola había sido cuestionada por el propio Castro. Otras dos figuras importantes, los gemelos Tony y Patricio de la Guardia, habían sido pilares del servicio secreto durante décadas. El cuarto detenido, Diócles Torralba, era ministro de Transportes y muy amigo de Ochoa. Tony de la Guardia era su yerno. Todo parecía indicar en un principio que las acusaciones sólo afectaban a miembros de una familia muy influyente.

La subsiguiente detención del general José Abrantes, el poderoso ministro del Interior (MININT) desde 1986, fue una nueva indicación de la gravedad de la crisis. Abrantes, antiguo dirigente de la organización comunista juvenil, había formado parte de los servicios de seguridad del Estado desde los primeros años de la Revolución. Su detención indicaba que el *affaire* Ochoa afectaba a la propia estructura del Estado. El MININT, con su propia fuerza paramilitar, rivalizaba con el ministerio de Defensa de Raúl Castro. Se sabía también que Abrantes era una figura independiente que expresaba sin rodeos sus opiniones y que había valorado positivamente las reformas de Gorbachov en un discurso reciente a la Unión de Escritores y Artistas en La Habana.

Las principales figuras acusadas habían trabajado al más alto nivel durante muchos años y habían participado en algunas de las operaciones más arriesgadas de la Revolución en el exterior. Ochoa, nacido en 1941, participó en la guerra revolucionaria y se convirtió en militar

profesional después de 1959, recibiendo formación en la academia militar Frunze de Moscú. Tuvo un papel destacado en la guerra de guerrillas en Venezuela durante la década de 1960 y más tarde se unió al contingente cubano en Congo-Brazzaville en 1965, ayudando a entrenar a los guerrilleros que iban a luchar en Angola y Mozambique. Estuvo con los tanquistas cubanos en Siria en 1973-1974, defendiendo los Altos del Golán contra los israelíes tras la Guerra del Yom Kippur.

Ochoa estuvo de nuevo en África en la década de los setenta, primero en Angola en 1976 y más tarde, en diciembre de 1977, en Etiopía, al mando de las fuerzas cubanas en Ogadén. Al regresar a Latinoamérica participó en 1983 en la lucha del Estado nicaragüense contra los contras, posteriormente, en 1987-1988, había estado en Luanda. Era uno de los militares más conocidos y más condecorados del ejército cubano, y dado que cientos de miles de cubanos habían pasado por Angola entre 1975 y 1989, tenía muchos amigos en el ejército

Los hermanos de la Guardia habían trabajado activamente en el servicio secreto cubano durante ese mismo periodo. Considerados como *playboys* ricos a finales de los años cincuenta, participaron activamente en la Revolución y atrajeron la atención de Castro en 1961. Durante la década de 1960 fueron los principales contactos con el movimiento guerrillero en Guatemala. Patricio de la Guardia tuvo una carrera sin muchas aventuras, trabajando al más alto nivel en el MININT y más tarde como su principal representante en Luanda, donde mantuvo una relación muy estrecha con Ochoa.

La vida de Tony de la Guardia había sido más aventurera. Como una «Pimpinela Escarlata» de la Revolución cubana había estado a cargo de la seguridad de Castro en Chile en 1971 y había permanecido allí para entrenar al cuerpo de guardaespaldas de Allende. En 1975 ayudó a blanquear el dinero obtenido por los montoneros, el movimiento guerrillero argentino, después de que éstos hubieran secuestrado a dos directivos –Jorge y Juan Born– de la empresa exportadora de cereales Bunge y Born y en 1978 comenzó a colaborar con la guerrilla sandinista de Nicaragua. Estableció contacto con Robert Vesco, el desacreditado financiero estadounidense amigo del presidente Nixon, a quien llevó a Cuba en octubre de 1982. La experiencia financiera de Vesco fue muy útil para las operaciones en el exterior del MININT.

La tarea de Tony de la Guardia en La Habana en los años ochenta era dirigir un departamento secreto del MININT que trataba de hallar

vías para eludir el bloqueo estadounidense. Ese departamento, conocido por las iniciales MC de *Moneda Convertible,* formaba parte del CIMEX, la empresa estatal que se ocupaba de todas las transacciones de importación y exportación. La tarea específica del MC era la compra de armas, equipo electrónico y productos médicos de los países occidentales y buscar mercados para los cigarros cubanos. Gran parte de su trabajo se hacía a través de Panamá, cuyas zonas de libre comercio constituían un centro de operaciones ilegales. Los gobiernos de Omar Torrijos y Manuel Noriega mantuvieron relaciones particularmente amistosas con Cuba.

De repente, en julio de 1989, esos paladines aparentemente incorruptibles de la Revolución se vieron en prisión y acusados ante un consejo de guerra. Las nebulosas acusaciones de corrupción lanzadas el mismo día de su detención se ampliaron pronto para incluir corrupción moral, derrotismo y contrabando de drogas. Ochoa y varios funcionarios del MININT fueron acusados de utilizar el departamento MC como cobertura para tratos con el Cártel de Medellín colombiano, concretamente del envío de cocaína a Florida desde el aeropuerto militar de Varadero[18]. Lo que se sometía pues a juicio no eran sólo los individuos implicados sino la propia Revolución. ¿Cuánto conocía el gobierno cubano de las operaciones de tráfico internacional de drogas? ¿En qué medida estaban implicados los más altos dirigentes? ¿En qué nivel de la jerarquía revolucionaria se había tomado la decisión de participar en el tráfico? En Cuba todo el mundo se hacía las mismas preguntas.

Cuba y el mar Caribe que la rodea han sido, desde el siglo XVI, un vivero de piratas y contrabandistas. El comercio ilegal ha estado en el trasfondo de toda su historia. Ni una sola rada o ensenada dejó de ser visitada durante siglos por pequeños buques con tripulaciones expertas que traían artículos del extranjero y se llevaban los productos cubanos de las granjas y fábricas. En las últimas décadas del siglo XX los artículos más valiosos transportados de Sudamérica a Norteamérica eran la marihuana y la cocaína, y Cuba estaba justo a medio camino. Los «lancheros» que transportaban drogas de un lado al otro del Caribe no eran sino los últimos participantes en un juego con cinco siglos de historia.

Cuba tenía el mayor y más sofisticado servicio de inteligencia de la región, si se exceptúa el de Estados Unidos, y ese servicio había ayudado

[18] A. Hennessy y G. Lambie (eds.), *op. cit.*, p. 323.

a los movimientos guerrilleros en Colombia y Centroamérica durante muchos años, enviando hombres y armas por mar. Su conocimiento de lo que pasaba allí, a orillas y en el interior del Caribe, no era superado por nadie. Así pues, ¿cuánto era lo que el propio Castro conocía?

La historia del tráfico de drogas que desembocó en el caso Ochoa comenzó tres años antes, cuando un exiliado cubano, Reinaldo Ruiz, contactó en 1986 con los cubanos que dirigían la oficina del MC en Panamá[19]. Ruiz era un hombre de negocios y pequeño delincuente que había abandonado Cuba en 1962. No le gustaba la Revolución, pero se mantenía atento a las oportunidades de hacer negocio. Estaba casado con una rica colombiana, presumiblemente relacionada con el tráfico de drogas y en particular con Pablo Escobar, el jefe del Cártel de Medellín.

Ruiz mantenía relaciones con un primo cubano, Miguel Ruiz Poo, que había permanecido leal al gobierno cubano y era un importante funcionario en la oficina del MC en Panamá. Ambos primos habían puesto en marcha un negocio mutuamente ventajoso, pasando de contrabando ordenadores IBM a Cuba para burlar el bloqueo. Los verdaderos contrabandistas, los lancheros que transportaban esos y otros artículos de Panamá a Cuba, también hacían contrabando de drogas, y los primos Ruiz consideraron la posibilidad de que Cuba entrara en el lucrativo tráfico de cocaína.

Volaron a La Habana para discutir el asunto con Tony de la Guardia y se les autorizó a enviar cocaína a la isla para su subsiguiente reenvío a Florida. Reinaldo Ruiz preguntó a de la Guardia –según el informe de Andrés Oppenheimer, corresponsal del *Miami Herald* –si «el señor» (Castro) conocía el asunto y recibió como respuesta «por supuesto»[20]. No existen pruebas que demuestren que Tony de la Guardia hablara con Castro de esos planes de traficar con cocaína, pero es razonable suponer que fueron aprobados por Abrantes, el ministro responsable del departamento MC.

Los primeros envíos de cocaína se hicieron en abril de 1987. Un pequeño avión llevó un cargamento de 300 kilos desde Colombia a

---

[19] Los detalles de este episodio aparecen en A. Oppenheimer, *Castro's Final Hour: The Secret Story Behind the Coming Downfall of Communist Cuba,* Nueva York, 1992, pp. 17-129 [ed. cast.: *La hora final de Castro,* Buenos Aires, 1992].

[20] A. Oppenheimer, *op. cit.*, p. 29.

un aeródromo cerca de Varadero. Ese cargamento fue recogido luego por unos lancheros para llevarlo hasta Miami, pero tuvieron un contratiempo antes de llegar a su destino: fueron interceptados por una patrulla de guardacostas estadounidenses.

Las sospechas de la agencia antidrogas estadounidense, la DEA, se centraron inicialmente en el Panamá de Noriega más que en Cuba, pero en febrero de 1988, pocas semanas después de que Noriega hubiera sido condenado en Florida por contrabando de drogas, Reinaldo Ruiz fue detenido por las autoridades de Panamá a petición de la DEA y trasladado a Miami. Acusado de utilizar las instalaciones estatales cubanas para pasar cocaína de contrabando y de haber aterrizado con un cargamento de droga en Varadero al menos en una ocasión, Ruiz contó al tribunal cuanto sabía.

Eran noticias intranquilizadoras para Cuba, porque no eran las primeras acusaciones de su posible participación en el tráfico de drogas. Cuando un periodista de una cadena de televisión estadounidense le preguntó al respecto, Castro desmintió las acusaciones como «mentiras de arriba abajo» y señaló que ya en 1982 se habían oído acusaciones parecidas como parte de la guerra verbal entre Estados Unidos y Cuba, y las de 1988 parecían a primera vista más de lo mismo. Esta vez, sin embargo, la historia se iba a desarrollar de un modo muy diferente. Las acusaciones contra el gobierno cubano de participar en el contrabando de drogas aparecieron regularmente en los periódicos de Florida durante todo el año, indicando que Cuba estaba claramente implicada y que el gobierno estadounidense lo sabía todo del asunto.

No existen pruebas directas que indiquen cuándo descubrió Castro la verdad sobre lo que había venido sucediendo. El juicio contra Ruiz se prolongó en Miami durante más de un año. Castro contaba con sus propios medios para obtener información y puede muy bien que los estadounidenses le mantuvieran informado de lo que sabían. Años más tarde se planteó la posibilidad de que hubiera sido informado de las actividades de Tony de la Guardia por Robert Vesco[21].

Los hermanos Castro comenzaron a tomar decisiones a principios de 1989. Fidel le pidió a Abrantes que realizara una investigación sobre

[21] A. L. Bardach, *op. cit.*, pp. 273-277. Vesco escapó a Cuba en 1982 y fue detenido allí en mayo de 1995, acusado de ser «un agente de servicios especiales extranjeros», y fue condenado a 22 años de prisión.

las acusaciones de Ruiz, mientras que Raúl ordenó una investigación paralela sobre las actividades del ministerio de Abrantes. Las dos indagaciones provocaron la comprensible alarma de quienes estaban siendo investigados y condujeron a las detenciones realizadas en junio. La acusación contra Tony de la Guardia era clara. Al utilizar su departamento MC para operaciones encubiertas –pero torpes– de contrabando de drogas en las que participaban exiliados cubanos, había sobrepasado cualesquiera reglas básicas que se hubieran establecido para su actividad, además, tampoco podía defenderse acusando a Castro de saber lo que se estaba haciendo. Menos evidentes eran las acusaciones contra su hermano gemelo Patricio o contra Ochoa. Ambos estaban en Luanda en la época de la operación de Ruiz en Varadero, ¿Pero cuál era la conexión entre Angola y los traficantes de droga de Panamá?

El juicio comenzó el 25 de junio, primero ante un tribunal de 47 oficiales de alto rango, y luego ante un consejo de guerra de sólo 3, presidido por el general Ulises Rosales del Toro, otro veterano de Sierra Maestra y de la campaña guerrillera en Venezuela durante los años sesenta. Las sesiones del juicio fueron grabadas en video y exhibidas por la noche en televisión.

Muy pronto surgió el lado oscuro de las operaciones cubanas en Angola, un cuento triste de contrabando de marfil y diamantes en el que estaban implicados Ochoa y Patricio de la Guardia. El marfil y los diamantes se recogían en Angola y luego se blanqueaban a través del departamento de Tony en La Habana. A cierto nivel tal actividad era normal y defendible. Como cualquier general responsable en un país extranjero, Ochoa se preocupaba de que sus hombres fueran adecuadamente alimentados, vestidos y armados. Si ese mínimo no era siempre alcanzable, como solía suceder en Angola, el general debía arreglárselas como pudiera. En el caso de Ochoa eso lo llevó al comercio ilegal. Importando azúcar cubano a Luanda y vendiéndolo en el mercado negro adquirió pronto fondos con los que comprar diamantes y marfil. Éstos, a su vez, se podían exportar a Panamá con la ayuda del equipo de Tony de la Guardia, para venderlos y comprar armas y provisiones.

Pronto aparecieron nuevos detalles incriminatorios. Entre los juzgados había un ayudante de campo de Ochoa implicado en las operaciones en Panamá; estaba encargado de contactar con los contrabandistas de droga colombianos y a través de ellos con Pablo Escobar. El propio Ochoa, según las pruebas mostradas en el juicio, le había dado permiso para hacerlo.

En Washington y en Miami, y más tarde en La Habana, se hacían dos preguntas: ¿cuánto sabía Castro? ¿Estaba amañado el juicio para lograr la desaparición de un militar muy popular con ambiciones políticas? Jacqueline Tillman, antigua asesora del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, argumentaba: «No es nada extraordinario que Castro esté implicado. Resulta realmente difícil creer que no diera la autorización para el tráfico de drogas». John Fernández, portavoz de la DEA en Miami, se mostraba más circunspecto, apuntando que «no había razón para creer que Fidel Castro o personas del palacio presidencial estuvieran confabulados con los contrabandistas»[22].

La sospecha de que la purga de Ochoa podía estar políticamente motivada contaba con el apoyo de declaraciones del general de la fuerza aérea cubana Rafael del Pino, veterano de Angola, que huyó a Miami en 1987. Del Pino aseguraba tajantemente en junio de 1989 que Ochoa había sido detenido para impedir que oficiales descontentos llevaran a cabo «un levantamiento contra el régimen»[23]. De las afirmaciones de del Pino se deducía que Ochoa era un militar con ambiciones políticas, sugiriéndose más tarde que apoyaba la introducción de reformas de estilo Gorbachov en Cuba.

Tras un juicio que duró dos semanas, Ochoa, Tony de la Guardia y otros dos acusados (uno de ellos el ayuda de campo de Ochoa) fueron condenados a muerte. Patricio de la Guardia y Ruiz Poo fueron condenados a treinta años de prisión, como cuatro de los ayudantes de Tony de la Guardia que habían ayudado a los lancheros en Varadero. Otros seis recibieron condenas más leves.

El 9 de julio los 21 miembros del Consejo de Estado se reunieron para discutir y ratificar los veredictos; dos de ellos habían regresado a toda prisa de una visita oficial a Pyongyang y un tercero tuvo que cancelar un viaje a Argentina. Todos se pronunciaron a favor de las penas de muerte que se habían dictado. Los condenados a muerte fueron ejecutados el 13 de julio.

---

[22] *Time,* 10 de julio de 1989, citado en M. Azicri, *Cuba Today and Tomorrow: Reinventing Socialism,* Gainesville, Fla., 2000, pp. 98-99.

[23] R. del Pino, *Proa a la libertad.* Ciudad de México, 1990. Del Pino era una figura interesante. Oficial leal desde los años de la Revolución, recibió formación como piloto de aviones Mig en la Unión Soviética y sirvió varios años en Angola. Indicó que apoyaba las reformas de Gorbachov y realizó varias acusaciones con respecto a la corrupción en Cuba. Una de las víctimas de esas acusaciones fue Luis Orlando Domínguez, secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas, que fue juzgado por corrupción y encarcelado.

Más tarde, en juicios separados, Abrantes fue condenado a veinte años de prisión, acusado de «tolerancia de un comportamiento corrupto» y Torralba recibió la misma sentencia. Abrantes murió en prisión dos años después de un ataque al corazón. Antes de morir informó al parecer a Patricio de la Guardia de que efectivamente había aprobado algunos de los transportes de drogas. Patricio le habló a su mujer de esa conversación y ella se la transmitió a Andrés Oppenheimer. Según el informe de éste, Abrantes aseguró que Castro sabía que los envíos de cocaína pasaban a veces por territorio cubano y en una ocasión había autorizado la venta de cocaína requisada por los guardacostas cubanos. Sin embargo, se puso furioso cuando se dio cuenta de la amplitud de lo que se estaba haciendo a sus espaldas[24].

Los amigos y parientes de las familias Ochoa y de la Guardia nunca creyeron que las actividades de los acusados no fueran conocidas por Castro y el resto del alto mando cubano, pero en apoyo de las acusaciones de que Castro conocía el contrabando de drogas en que se habían metido sus subordinados no existe más que la declaración de la mujer de Patricio de la Guardia. La hija y el yerno de Patricio de la Guardia se exiliaron poco después a París y repitieron sus acusaciones en libros que denunciaban a Castro y aseguraban que Patricio era inocente[25].

En varios países latinoamericanos las acusaciones de contrabando y tráfico de drogas podrían haber estado más cerca de la verdad, pero la historia particular de la Revolución cubana, con su insistencia en las normas de comportamiento ético, sugiere que para Castro pudo ser una sorpresa, al menos la envergadura de las operaciones. Es muy posi-

---

[24] A. Oppenheimer, *op. cit.*, p. 127. Ann Louise Bardach entrevistó a Castro en 1994 y le preguntó directamente por el juico a Ochoa. «Hay una gran diferencia entre Ochoa y Tony de la Guardia –respondió–, No se pueden comparar sus crímenes. Quiero decir que en cuanto a personalidad, y en cuanto a méritos históricos, no hay punto de comparación. Tony de la Guardia fue el organizador, un individuo irresponsable que puso en riesgo la seguridad de su país, mientras que Ochoa supo todo lo que estaba sucediendo y se dejó arrastrar por ideas locas de convertir el dinero de la droga en un recurso para el país. Envió a su ayuda de campo a entrevistarse con Escobar. ¿Puede usted imaginar lo que significaba que un capitán del ejército cubano realizara ese contacto en Colombia? El caso de Ochoa es muy triste [...] Fue muy duro para todos nosotros, pero era una decisión inevitable». A. L. Bardach, *op. cit.*, p. 270.

[25] I. de la Guardia, *Le Nom de mon Père,* París, 2001, y J. Masetti, *El furor y el delirio, itinerario de un hijo de la revolución cubana,* Barcelona, 1999. Patricio de la Guardia fue finalmente puesto en libertad en marzo de 2002 atendiendo a una petición explícita del presidente mexicano Vicente Fox.

ble que no estuviera al tanto, pero el sector politizado de la población cubana (un porcentaje muy grande) se sintió sin duda sorprendido y desalentado, tanto por el juicio como por las ejecuciones. Durante los treinta años anteriores no había sucedido nada parecido.

El gobierno cubano se esforzó por limitar los daños causados por aquel episodio. La mayoría de los generales se alinearon con el gobierno.

> Lamentamos tener que fusilar a alguien que fue en otro tiempo un revolucionario –dijo el general de la fuerza aérea cubana Enrique Carreras, entrevistado años después, en 1997–, pero un revolucionario no puede mancharse las manos o seguir una vía equivocada para obtener fondos con los que comprar cosas que puede necesitar nuestro pueblo. Aquí no puede haber contrabando de drogas. *Aquí no*[26].

Otro general, José Ramón Fernández, veterano de bahía de Cochinos y ministro de Educación en 1989, uno de los miembros del Consejo de Estado que ratificó las penas de muerte, expresó su conmoción por las revelaciones[27]. A su juicio era inimaginable que Cuba pudiera participar en el tráfico de drogas. También era desalentador para viejos revolucionarios como él conocer de repente el nivel de corrupción y enriquecimiento personal que parecía deducirse del asunto Ochoa. El juicio y las ejecuciones fueron medicinas amargas que a la población cubana le costó tragar[28]. El país se vio polarizado por aquel episodio, incapaz de una interpretación objetiva, y el daño que hizo a la Revolución, que cumplía entonces treinta años, podría haber tenido mayores repercusiones si la propia Revolución no se hubiera encontrado con nuevas dificultades, frente a las cuales los cubanos se vieron obligados a unirse.

El «periodo especial en tiempo de paz», 1990

El huracán político que se desató en Cuba en el transcurso de 1989, iniciado con el juicio a Ochoa y las reformas de Gorbachov, cobró aún

[26] *Making History*, cit., p. 74.
[27] *Ibidem*, p. 107.
[28] M. Azicri, *op. cit.*, p. 99.

más fuerza a fin de año tras los espectaculares acontecimientos que tuvieron lugar en Europa. La caída del muro de Berlín en noviembre fue rápidamente seguida por la Revolución de Terciopelo en Praga y, en diciembre, se produjo el dramático final del largo reinado de Nicolae Ceausescu en Rumanía, expulsado de la presidencia por una manifestación popular y luego capturado y ejecutado ante las cámaras de televisión junto a su mujer. Los exiliados en Miami se preguntaban en voz alta si no se repetiría algo parecido en Cuba.

La invasión estadounidense de Panamá en diciembre –que con el despliegue de 24.000 soldados se convirtió en la mayor intervención militar estadounidense desde la Guerra de Vietnam– se vio también como una posible alternativa para poner fin al castrismo en Cuba. El general Noriega, que había proporcionado una de las vías de comunicación de Cuba con el mundo capitalista, buscó asilo en la embajada del Vaticano y fue bombardeado con música rock emitida desde grandes altavoces hasta que se entregó a las autoridades estadounidenses. Más de un millar de panameños murieron en un bombardeo bastante más letal. El gobierno de Noriega encontró así un violento final. ¿Podía tener un destino similar el régimen cubano?

Lo peor estaba por llegar. En febrero de 1990 los sandinistas fueron derrotados en unas elecciones que el presidente Ortega se sintió obligado a convocar pese a los consejos de Castro. Ortega pensó que las podía ganar, pero el pueblo nicaragüense, abrumado y exhausto por la larga guerra de los *contras* dirigida desde Estados Unidos, creyó que la pervivencia del gobierno sandinista significaría la prolongación de la guerra; probablemente estaba en lo cierto. Obligado por la fuerza a votar por la paz, optó por entregar el poder a la oposición. Otro aliado de Cuba –una revolución en la que los cubanos habían invertido mucho esfuerzo y energía emocional– desaparecía así de repente.

Más grave para la salud económica de la Revolución fue la desaparición de los Estados comunistas de Europa del Este durante el año 1990, junto con la desintegración de la propia Unión Soviética tras el fallido golpe contra Gorbachov en agosto de 1991. El último y definitivo golpe para Cuba se produjo el 12 de septiembre de 1991, pocas semanas después, cuando Gorbachov cedió a la presión de Estados Unidos y anunció que retiraría los 7.000 soldados soviéticos estacionados en Cuba. Como era costumbre en los tratos entre las dos superpotencias, el gobierno cubano ni siquiera fue consultado.

La crisis real comenzó en 1990 cuando dejó de llegar el suministro de petróleo que la Unión Soviética estaba contractualmente obligada a enviar. La economía cubana se vio seriamente perjudicada. El flujo regular de barcos cisterna soviéticos llevando petróleo barato a Cuba había sido vital para la economía de la Revolución desde la década de 1960. En 1989 se importaron de la Unión Soviética unos 13 millones de toneladas de combustible (a precios muy favorables). Un año después esa cifra había disminuido a sólo 9,9 millones de toneladas. La tendencia descendente se prolongó y en 1993 Cuba recibió sólo 5,3 millones de toneladas de combustible soviético. El resto había que comprarlo en el mercado mundial, a un precio más alto y que sólo se podía pagar en dólares estadounidenses.

Cuba también dependía mucho de la Unión Soviética en cuanto a sus importaciones de alimentos y de maquinaria, de las que los soviéticos suministraban el 63 y el 80 por 100, respectivamente, en el periodo inmediatamente anterior a la crisis. Por otra parte, la Unión Soviética compraba el 63 por 100 de las exportaciones de azúcar de Cuba, el 95 por 100 de sus cítricos y el 73 por 100 de su níquel[29]. Todos esos intercambios estaban ahora en peligro, planteando la mayor amenaza para la economía cubana desde la ruptura con Estados Unidos en los años sesenta.

Desde la visita de Gorbachov a La Habana en 1989 parecía claro que habría dificultades. Las subvenciones soviéticas a largo plazo estaban a punto de desaparecer. Los futuros tratos comerciales iban a tener lugar en moneda convertible y, en el caso del azúcar, al precio del mercado mundial. El precio medio obtenido por Cuba en 1990 (por el azúcar vendido tanto al bloque soviético como al mercado mundial) fue de 602 dólares por tonelada. En 1992 el precio mundial había caído de 277 dólares por tonelada (en 1990) a 200 dólares por tonelada y éste era el precio al que Cuba se veía obligada a vender prácticamente toda su cosecha. La dimensión del desastre económico carecía de precedentes.

El propio Gorbachov sufría la presión de Estados Unidos para que interrumpiera el apoyo soviético a Castro. Cuba se había convertido en un fastidio demasiado caro. Los demás países del COMECON siguie-

[29] L. Suárez Salazar, *Cuba: aislamiento o reinserción en un mundo en cambio*, La Habana, 1997.

ron pronto el ejemplo de Gorbachov, pidiendo también dólares. Aunque el realismo de la dirección soviética no le impedía mantener una actitud amistosa hacia Cuba, los medios de comunicación, a los que la *glasnost* había abierto las puertas de la crítica, no ocultaban su desprecio hacia su antiguo aliado y vertían torrentes de vituperios contra Cuba. Revistas semiindependientes como el semanario *Noticias de Moscú* se mostraban tan hostiles que fueron prohibidas en La Habana. Los medios de comunicación de los países del este de Europa eran igualmente adversos, dando salida a décadas de resentimiento hacia el niño mimado y derrochador del «socialismo tropical». Un periódico húngaro señalaba cáusticamente que los cubanos se podían permitir su ideología radical porque «se comían el pan de los demás y construían el socialismo a expensas de otros países»[30].

Castro era tan consciente como cualquier otro de que Cuba había dependido desde la conquista de sus relaciones económicas con mundo exterior, y de que siempre se había visto afectada por los caprichos de la política y el mercado mundiales. Las oscilaciones del precio mundial del azúcar a lo largo de los años, incluso cuando gozaba del colchón de la cuota estadounidense durante la primera mitad del siglo XX, causaron frecuentes trastornos políticos en La Habana; pero la estrecha relación de la Cuba socialista con la Unión Soviética y su integración en el COMECON habían aportado cierta estabilidad a su economía al cabo de los años. La experiencia histórica anterior se había olvidado hacía tiempo y quizá ni el propio Castro se daba cuenta de lo duro que era el camino que tenía por delante.

El desastre económico que barrió el país fue el cambio más dramático y significativo desde que la economía de la isla se redujo al monocultivo del azúcar a raíz de la revolución en Saint-Domingue en 1791. Aunque había recibido otras sacudidas en el pasado –al concluir la Guerra de la Independencia a finales del siglo XIX, durante la depresión mundial de la década de 1930 y en el momento del viraje hacia el socialismo en los años sesenta–, nada se podía comparar con su práctico colapso a principios de la década de 1990.

Pocas sociedades habrían podido resistir semejante catástrofe económica sin salir muy dañadas. La capacidad de importación cayó un

[30] Citado en C. Mesa-Lago, *Cuba after the Cold War*, Pittsburgh, 1993, p. 10.

70 por 100 entre 1989 y 1992, de 8.100 millones de dólares en 1989 a 2.300 millones de dólares en 1992 (antes de la crisis, aproximadamente un tercio del producto interior bruto se gastaba en importaciones). La causa principal del colapso fue la pérdida de las subvenciones al azúcar (con la caída de las ganancias obtenidas de ese comercio de 4.300 millones de dólares en 1990 a 1.200 millones en 1992 y sólo 757 millones de dólares en 1993) y la pérdida de financiación exterior, proporcionada mayoritariamente en el pasado por la Unión Soviética (de 3.000 millones de dólares en 1989 a nada en 1992). El efecto sobre la economía doméstica se vio multiplicado por la escasez de materias primas, principalmente combustible, pero también piezas de recambio, fertilizantes químicos y pienso para los animales.

Entre 1989 y 1993 ese impulso exterior precipitó la economía en caída libre. El PIB disminuyó un 2,9 por 100 en 1990, un 10 por 100 en 1991, un 11,6 por 100 en 1992 y un 14,9 por 100 en 1993[31]. El futuro de Cuba parecía inimaginablemente oscuro, y por primera vez desde el siglo XIX la gente comenzó a establecer comparaciones entre Cuba y Haití, el país más pobre del hemisferio occidental[32]. La envergadura de la crisis se pudo ver pronto en las ciudades y el campo cubano. Carros y carretas tirados por caballos sustituyeron a los automóviles y camiones; por las calles de La Habana circulaba un millón de bicicletas, regalo de la República Popular China; 300.000 bueyes sustituyeron a 30.000 tractores soviéticos.

Se concedió prioridad a asegurar los suministros esenciales de alimentos y combustible. Las importaciones de alimentos se redujeron a la mitad entre 1989 y 1993, pero las compras de comestibles extranjeros seguían absorbiendo una mayor proporción de las reservas en divisas del país (los comestibles suponían el 25 por 100 del gasto total en importaciones en 1993, frente a sólo el 12 por 100 en 1989). Durante el mismo periodo la importación de combustibles disminuyó un 72 por 100 y el total de las importaciones un 76 por 100. La cantidad de divisas disponibles para comprar otros artículos, aparte de la comida –piezas de repuesto, fertilizantes y bienes de consumo–, se redujo en 1993 al 17 por 100 de las que había en 1989. La oferta de alimentos y

[31] A. J. Jatar-Hausman, *The Cuban Way: Capitalism, Communism and Confrontation*, West Hartford, Conn., 1999, pp. 46-48.

[32] H. Thomas, *Cuba* (2.ª ed.), cit., p. 1038.

combustible era increíblemente escasa y aunque se pudo evitar la hambruna se generalizó la desnutrición, algo desconocido en Cuba durante generaciones.

En el exterior, la expectativa generalizada en 1990-1991 de una inminente implosión en Cuba alcanzó un máximo febril. El triunfalismo de la comunidad de exiliados en Miami no conocía límites. Periodistas y escritores extranjeros llegaron a La Habana en otoño de 1991 para presenciar personalmente lo que imaginaban que podían ser las últimas semanas del gobierno de Castro y para escribir su obituario. «Los signos del descontento popular eran explícitos y extendidos», escribía Marifeli Pérez-Stable como resumen de los informes sobre Cuba que aparecían en la prensa de Miami:

> Pintadas en las que se leía «Abajo Fidel» en las calles; choques entre jóvenes y la policía; los estibadores de los muelles negándose a cargar sacos de arroz para la exportación debido a la escasez doméstica; el instituto cinematográfico desafiando una directiva del partido para fusionarse con la televisión estatal; intelectuales firmando una carta abierta a la dirección pidiendo reformas; purgas en la Universidad de La Habana y otras instituciones educativas superiores; ciudadanos que saqueaban los campos plantados; disturbios o poco menos frente a las tiendas especiales de ventas en dólares; trabajadores que se negaban a incorporarse a las brigadas de respuesta rápida que el gobierno creó para sofocar la disidencia[33].

El propio Castro, siempre alerta a los cambios en la escena mundial, pronunció varios discursos de advertencia sobre la probabilidad de que se avecinaran tiempos duros y en enero de 1990 explicó a una reunión de la Central de Trabajadores de Cuba que el gobierno llevaba mucho tiempo preparándose para hacer frente a las amenazas de guerra:

> Hace diez años que venimos reforzando nuestras defensas, venimos aplicando la concepción de la guerra de todo el pueblo [...] Hemos elaborado planes para todas las variantes, comenzando por el bloqueo militar total del país, en cuyo caso aquí no podría llegar ni una bala [...] Hemos organizado el país en zonas de defensa. Hombres, mujeres, niños, jóvenes,

[33] M. Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 213.

> y ancianos están organizados; todo el país está organizado para cobrar un precio impagable a los agresores, para ocasionarles tanto daño y tantas bajas que no les quedara otra alternativa que retirarse del país.

Insistió en que el país afrontaba ahora un problema diferente: «Pueden venir otras variantes para las cuales tenemos que prepararnos. Nosotros llamamos a ese periodo de bloqueo total, "periodo especial en tiempo de guerra"; pero ahora tenemos que prepararnos para todos estos problemas, e incluso hacer planes para un "periodo especial en tiempo de paz"»[34].

La crisis llegó antes de lo esperado, con la interrupción del flujo de petróleo soviético. En marzo de 1990 el gobierno se vio obligado a responder con su primer «ejercicio de defensa económica» cuando el suministro de gas, agua y electricidad se vieron interrumpidos por cortos periodos en todas las regiones del país. En agosto, cuando quedó claro que no se iban a reanudar las entregas normales de combustible soviético, el gobierno diseñó las medidas inmediatas a tomar para afrontar la crisis. Se cerraría una de las plantas de producción de níquel y se retrasaría la puesta en marcha de una nueva refinería de petróleo. El suministro de gas y petróleo se reduciría a la mitad en toda la isla y el consumo de electricidad en un 10 por 100. Se pidió a los agricultores que utilizaran animales de tiro[35]. Los logros socialistas históricos de la Revolución –educación y atención médica universal– se preservarían, pero el programa de austeridad perjudicaría inevitablemente a la gran mayoría de la población. Se racionaron los alimentos y la ropa, se cerraron industrias que dependían de las importaciones del extranjero y miles de trabajadores cubanos fueron enviados al campo para dedicarse a la tarea intensiva en trabajo de producir alimentos.

Gran parte de la tierra de cultivo del país se había dedicado al ganado y al azúcar durante siglos y Cuba había recurrido desde la Revolución a los comestibles procedentes de Europa oriental para alimentar a la población. El país se enfrentaba al hambre a menos que se pudieran hallar fuentes alternativas de obtención de alimentos. Dado que no había dólares disponibles para importar alimentos de Occidente, era vital aumentar su producción en el país[36].

---

[34] Discurso de Castro del 28 enero de 1990. Véase http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1990/esp/f280190e.html.

[35] *Granma*, 29 agosto de 1990.

[36] Citado en S. Roca, *op. cit.*, p. 96.

Se pusieron en marcha varias iniciativas: en octubre se inició un «programa alimenticio» para alentar la producción local, se dedicaron fondos a investigación y desarrollo en biotecnología, con un plan para hacer autosuficiente al país en productos médicos, se inició una campaña de reciclado y un plan de austeridad de gran alcance redujo a la mitad el número de funcionarios que trabajaban para el Partido Comunista y otras áreas de la burocracia estatal.

Cuba contaba ahora con un plan para el futuro en el que el azúcar ya no sería su principal producto y el gobierno tomó pronto la inevitable decisión de cualquier isla del Caribe enfrentada a unas circunstancias similares: trataría de satisfacer la creciente demanda de vacaciones en la playa de los consumidores europeos y canadienses. Los turistas extranjeros se iban a convertir en la principal fuente de divisas extranjeras para Cuba. El Estado cubano invirtió grandes sumas en la nueva industria turística y en el gobierno buscó socios extranjeros, principalmente en España, Francia y Canadá, para ayudar a financiarla y gestionarla.

Muchos funcionarios del Estado sintieron los fríos vientos de la reforma una vez que la administración del gobierno central quedó radicalmente reorganizada. La reforma tuvo un impacto particular sobre la industria turística, en la que la agencia central del gobierno fue sustituida por un ministerio más pequeño, que supervisaba el trabajo de nueve empresas turísticas nuevas, autónomas y en competencia mutua, pero muchos otros ministerios e instituciones del Estado fueron racionalizados y reducidos.

La reestructuración del sector externo parecía algo así como el inicio de un retorno al capitalismo a medida que las empresas estatales buscaban la participación de capital privado extranjero privado. El monopolio estatal sobre el comercio exterior fue abolido en 1992, y se enmendó la Constitución para permitir la transferencia de propiedades estatales a empresas conjuntas con socios extranjeros[37]. Se redactó una nueva ley sobre la inversión extranjera para conseguir tales socios. Bajo sus generosos términos una empresa extranjera podía ser propietaria de hasta el 49 por 100 de la empresa conjunta, contratar ejecutivos extranjeros, quedar exenta de la mayoría de los impuestos y repatriar sus beneficios en divisas convertibles[38]. El número de empresas conjuntas pasó de sólo 2 en 1990 a 112 en 1993.

---

[37] A. J. Jatar-Hausman, *op. cit.*, p. 48.

[38] *Ibidem*, p. 50.

Los planificadores de la política económica supusieron inicialmente que podrían reformar el sector externo sin realizar cambios internos demasiado profundos, colaborando con el capitalismo extranjero pero fomentando el socialismo en el país. Querían «un enclave aislado de inversión y turismo extranjero» que proporcionara las divisas necesarias para mantener sin cambios la estructura social[39]. Esto se demostró pronto una utopía y el gobierno se vio obligado a afrontar la cuestión del sector interno.

A principios de 1993 quedó claro que las reformas económicas introducidas durante el «periodo especial» eran insuficientes para afrontar una crisis de tal envergadura. No tenían que ver con el crecimiento del mercado negro, la escasez de dólares, el desequilibrio monetario o el problema del desempleo. El sistema económico estaba a punto de hundirse y dos funcionarios del Fondo Monetario Internacional que visitaron La Habana declararon que el declive cubano desde 1989 era mucho peor que el deterioro sufrido por los antiguos países socialistas de Europa oriental durante el mismo periodo. Se introdujeron nuevas medidas para reconstruir la economía interna, dirigidas por un nuevo equipo económico encabezado por Carlos Lage, el joven vicepresidente favorito de Castro. Se puso a José Luis Rodríguez a la cabeza del ministerio de Economía y Planificación, a Francisco Soberón a la del Banco Central y Raúl Castro supervisaba los cambios propuestos. Las reformas fueron expuestas por Castro en su discurso conmemorativo del Moncada del 26 de julio de 1993.

La primera medida, económicamente esencial y políticamente importante, fue la legalización de la circulación del dólar estadounidense, autorizada por el decreto-ley 140 en agosto de 1993. Las autoridades cubanas, incapaces de impedir el auge del mercado negro en dólares, se rindieron al realismo económico. El dólar, que durante mucho tiempo llevaba siendo una moneda oficiosa en el resto del Caribe, en particular en las empresas turísticas, se iba a convertir en la principal moneda de Cuba para los bienes y servicios importados, como había sucedido durante los primeros años del siglo. El peso cubano seguía utilizándose para los pagos de salarios, para todas las compras racionadas y para las transacciones internas del gobierno.

[39] *Ibidem*, p. 49.

El regreso del dólar fue un serio golpe para el orgullo revolucionario. Introducido por primera vez durante la ocupación estadounidense a partir de 1898, el dólar estadounidense sustituyó a la moneda española y siguió utilizándose en Cuba hasta 1915, cuando la creación del Banco Nacional de Cuba permitió la introducción del peso. Para la mayoría de las transacciones económicas, el dólar había prevalecido hasta la Revolución. En 1950 Henry Wallich escribía: «Durante el *boom* y la depresión, la revolución y la moratoria, el dólar dio a Cuba un sistema monetario externamente estable con una total ausencia de dificultades de cambio». La comunidad empresarial estadounidense lo amaba, ya que «no puede dilatarse ni contraerse»[40].

La reintroducción del dólar, aceptable desde el punto de vista de la pura teoría económica y necesaria en las circunstancias especiales que se vivían, tuvo un efecto muy perjudicial sobre el consenso político que sostenía al sistema cubano. Su creciente dominio dentro de la economía interna –el gobierno abrió tiendas minoristas que vendían en dólares para succionar el excedente del mercado negro– crearon durante la década de 1990 profundas divisiones en la sociedad cubana, entre los que tenían acceso a los dólares y los que carecían de él. Los que tenían dólares –obtenidos principalmente mediante el trato con los turistas, el mercado negro y los envíos desde Miami– se hicieron significativamente más ricos que quienes no los tenían. La ética igualitaria de la que se jactaba tan orgullosamente la Revolución se vio socavada, aunque ya se había debilitado por el desarrollo del mercado negro.

La segunda reforma significativa fue la introducción del trabajo autónomo, con el decreto-ley 141 de septiembre de 1993. Por primera vez en un cuarto de siglo, más de un centenar de pequeñas actividades económicas en el sector servicios quedaron abiertas a la iniciativa privada (todos los bares y restaurantes privados se habían cerrado en marzo de 1968). Se dio permiso a peluqueras, electricistas, fontaneros y mecánicos para trabajar legalmente por su propia cuenta. A finales de 1995 más de 200.000 cubanos –más del 5 por 100 de la fuerza de trabajo– estaban registrados como trabajadores autónomos, y en junio de 1996 el gobierno publicó una nueva lista de otras cuarenta actividades a su disposición[41]. Los trabajadores autónomos cubanos aprovecha-

[40] H. Wallich, *Monetary Probiems of an Export Economy*, Harvard, Mass., 1950
[41] A. J. Jatar-Hausman, *op. cit.*, p. 97.

ron inmediatamente la oportunidad que se les ofrecía, ya que era muy factible cobrar los servicios en dólares. El inconveniente de esos negocios privados embrionarios es que estaban sometidos por primera vez a impuestos. Sus pequeñas empresas tenían que registrarse y declarar sus ingresos.

El cambio más espectacular en este apartado fue la reaparición de bares y restaurantes privados, conocidos como «paladares». El término «paladar» provenía de una telenovela brasileña que pasó por las pantallas de televisión cubanas en esos años. Su heroína, que emigraba a Río de Janeiro desde provincias, se ganaba la vida vendiendo sándwiches en la playa hasta que finalmente pudo regresar a su ciudad natal y abrir un «paladar» o restaurante. Estos tuvieron tanto éxito que Castro ordenó casi inmediatamente que se cerraran, aunque resucitaron de nuevo dos años después con regulaciones más estrictas. Castro lo justificó en un discurso en diciembre de 1993, analizando lo que había sucedido en un barrio de La Habana:

> Se abrió un restaurante con 25 mesas y 100 sillas y un cabaré. Algún tipo encontró un sitio y cobraba 15 pesos por dejar a la gente entrar [...] cobraba en dólares, pesos o cualquier otra moneda. Tenía todos los clientes que quería. La gente del extranjero iba allí a comer y llevaba a sus amigos e incluso a la familia de éstos. He calculado cuánto ganaba el feliz propietario. No creo que obtuviera menos de mil pesos al día y esto es una estimación prudente. ¡Más de mil pesos al día! Y todo esto porque las cosas se habían abierto un poco[42].

Tal rapacidad ofendió la moralidad revolucionaria de Castro. Cuando se permitió la reapertura de los «paladares» éstos quedaron limitados a doce mesas y se suponía que debían estar a cargo de una familia. Pronto se convirtieron en una institución popular y bien asentada.

La tercera reforma importante de 1993 concernía a la sustitución de las antiguas granjas estatales por cooperativas agrícolas; conocidas como unidades básicas de producción cooperativa (UBPCE), éstas fueron introducidas por el decreto-ley 142 de septiembre de 1993. El sector agrícola estatal, que controlaba hasta entonces el 75 por 100 de la economía agrícola, cayó hasta el 30 por 100 en el plazo de

[42] Discurso de Castro en diciembre de 1993.

tres años[43]. Aunque la tierra permanecía técnicamente en manos del Estado, a las UBPCE se les concedió el usufructo permanente y la propiedad de lo que producían. También tenían autonomía de gestión, elegían a su propia dirección, controlaban sus propias cuentas bancarias y podían ajustar los salarios a la productividad. Ésta fue la más importante reorganización de la producción agrícola en el país en treinta años, aunque como las UBPCE tenían que producir cuotas a precios fijados por el Estado y la financiación corría todavía a cargo de las agencias de éste, su autonomía no era tan grande como pareció en un principio.

Una de las reformas, destinada a tener un efecto inmediato y visible, propició el regreso de los mercados de los granjeros privados que el gobierno cubano había abolido en la campaña de rectificación de 1986[44]. A finales de la década se establecieron mercados en casi todos los barrios de La Habana, que proporcionaban una amplia variedad de frutos, hortalizas y carne, algo que no se había visto en la capital durante muchas décadas[45].

Mientras autorizaba e impulsaba estas importantes reformas, Castro mantuvo su acostumbrada retórica socialista, pretendiendo que no había cambiado casi nada. Según dijo a la Asamblea Nacional a finales de 1993, aquellas reformas estaban destinadas «a mejorar y perfeccionar el socialismo». Su finalidad era «hacerlo eficiente, no destruirlo». El socialismo, argumentó, no era sólo «más justo, más honorable y más humano en todos los sentidos», sino que era «el único sistema que nos proporcionará los recursos necesarios para mantener nuestras conquistas sociales».

En cuanto al capitalismo, era «una ilusión» imaginar que resolvería los problemas de Cuba. Era «una quimera absurda y enloquecida que las masas pagarían cara». Castro descartó los experimentos de mercado libre que se estaban realizando en Europa oriental y Latinoamérica y comenzó a desarrollar argumentos que más adelante presentaría en

---

[43] A. J. Jatar-Hausman, *op. cit.*, p. 73.

[44] Decreto-ley 191 de septiembre de 1994.

[45] Otros importantes apartados de la lista de reformas del gobierno eran las medidas para contener el desequilibrio monetario, entre las que cabe mencionar un aumento de los impuestos y de las contribuciones a la seguridad social, así como la desaparición de los controles de precios y la reducción de las subvenciones a las industrias estatales.

reuniones internacionales durante la década siguiente. «El modelo neoliberal adoptado en Latinoamérica, caracterizado por la liberalización de precios, la reducción de los salarios reales y los programas de bienestar, nunca se consultó al pueblo y aumentó dramáticamente los niveles ya aterradores de desigualdad en esos países.» Cuba, afirmaba, sería diferente, y sus reformas tendrían éxito.

La dirección cubana se sentía como si estuviera en guerra y podría haberse visto tentada de impulsar las decisiones económicas esenciales sin atender a la opinión popular; pero las reformas eran tan sensibles políticamente que se prefirió someterlas a discusión en todos los lugares de trabajo. Unos tres millones de miembros de la Central de Trabajadores de Cuba se reunieron para discutirlas de enero a marzo de 1994. Su impacto social fue analizado en asambleas en 80.000 lugares de trabajo y fueron debatidas luego en una sesión especial de la Asamblea Nacional en mayo.

El estado de ánimo popular favorecía una mayor participación en el proceso de reforma económica y el gobierno lo tuvo rápidamente en cuenta. Se trataba indudablemente de una forma de democracia guiada, pero obtuvo un gran éxito político asegurando el apoyo a las reformas. La discusión permitió a amplias capas de la población entender lo que estaba en juego y que la gente sintiera que tenía algo que decir en lo que iba a suceder a continuación.

La elite del partido había preparado ya el camino en el IV Congreso del Partido Comunista celebrado en octubre de 1991, a comienzos de la crisis. Éste fue el primer congreso, señalaba un observador, «en el que no todas las votaciones fueron unánimes» y en el que se sometieron a debate cuestiones como la del mercado libre para los granjeros, el crimen y sus causas, el sistema electoral y la prensa[46]. Las autoridades estaban muy dispuestas a abrir las puertas a la discusión, las divergencias de opinión y las críticas[47].

---

[46] G. Reed, *Island in the Storm: The Cuban Communist Party's Fourth Congress*, Melbourne, 1991, p. 10.

[47] En diciembre de 1992 se celebraron elecciones municipales en las que la dirección pudo contrastar su popularidad. En las elecciones participó el acostumbrado 97,7 por 100 de los inscritos en el censo, pero el gobierno había encargado una encuesta privada a la salida de las urnas, cuyos resultados fueron filtrados (y publicados en el periódico conservador de Madrid *ABC*). Según la encuesta (no en el resultado oficial), el 30,5 por 100 de los votantes –2,4 millones de personas– votó contra la lista oficial de candidatos (tachándola en el voto), mientras que otro 2,1 por 100 se abstuvieron

El siguiente paso del gobierno fue dar nueva vida a la Asamblea Nacional mediante el nombramiento de Ricardo Alarcón, una de las estrellas más brillantes de la Revolución, como su nuevo presidente. Alarcón había contribuido a dirigir la política exterior de Castro en los años ochenta –normalmente desde su puesto como representante de Cuba en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York– y su nueva tarea era presidir lo que constituían, de hecho, titubeantes intentos de la dirección cubana de crear un nuevo tipo de «democracia participativa», así como de vender el programa del «periodo especial» a los trabajadores.

La tarea de Alarcón, como principal intelectual del gobierno tras la jubilación de Carlos Rafael Rodríguez (que falleció en 1997), era elaborar y propagar las últimas ideas de la Revolución sobre la democracia. Dado que Estados Unidos, y en menor medida la Unión Europea, exigían que Cuba se adaptara a la práctica occidental de la democracia representativa, era importante para Cuba responder adecuadamente y defender su propia concepción de la práctica democrática.

Tal defensa era tanto más necesaria cuanto que el mundo exterior suponía que la democracia de partido único en Cuba era una mera fotocopia del sistema empleado en los países ahora desacreditados de Europa oriental. No estaba totalmente desprovisto de razón, ya que la Constitución cubana de 1976 y el sistema de poder popular al que dio lugar fueron formulados durante el periodo de mayor influencia soviética. Los cubanos necesitaban mostrar que podían pensar por sí mismos. Alarcón articuló pronto una inteligente defensa, sin perder oportunidad al mismo tiempo de señalar los defectos de la fórmula occidental, caracterizada por la baja participación y una hostilidad popular considerable hacia las elites políticas existentes, en particular en Estados Unidos.

La Constitución de 1976 fue modificada y enmendada en 1991 y aprobada por la Asamblea Nacional en julio de 1992. El nuevo sistema permitía la elección directa de los diputados a la Asamblea a partir de

---

(dejando los votos en blanco). La encuesta recibió notable publicidad fuera de Cuba como una indicación de la falta de apoyo al régimen; pero también se podía deducir que más del 65 por 100 de los habitantes adultos del país estaban dispuestos a participar en elecciones locales y a votar afirmativamente por la lista oficial. El gobierno debía de estar razonablemente satisfecho con el resultado, considerando las dificultades que todo el mundo había atravesado. *ABC*, Madrid, 17 enero de 1993, citado en *Cuba in Transition*, vol. 4, ASCE, Miami, 1994, p. 189.

una lista de candidatos (que debía seguir siendo aprobada, por supuesto, por el partido). Por otra parte, se eliminaron sin alharacas las referencias al marxismo-leninismo en la Constitución y se dejó también sin efecto la prohibición de que los cristianos pudieran pertenecer al partido.

El regreso de Alarcón a La Habana para participar más intensamente en los debates en la cumbre, junto con la promoción de Carlos Lage, el talentoso protegido de Castro encargado de la supervisión de las reformas económicas, supusieron el acceso de una generación más joven a la máxima dirección cubana, como consecuencia de las exigencias del «periodo especial». Ya se habían hecho algunos cambios tras la rectificación económica de 1986, pero ahora había nuevas caras en el politburó. Aunque los hermanos Castro seguían al mando, Cuba ya no era dirigida exclusivamente por la generación de Sierra Maestra.

La economía cubana comenzó a emerger lentamente del abismo. El PIB, con un aumento del 0,7 por 100 en 1994, dejó de caer, y a partir de 1996 alcanzó una media de crecimiento del 3,5 por 100 anual[48]. El estado de ánimo comenzó a cambiar en ciertas regiones del país. Solon Barraclough, economista de las Naciones Unidas, al visitar una cooperativa rural en Oriente en 1996, comprobó que los campesinos tenían muchas quejas pero no les resultaba difícil aceptar su situación:

> Aunque ha habido algunas mejoras económicas desde 1993 en [la provincia de] Granma, se podían ver explotaciones avícolas desiertas, instalaciones de ordeño semiabandonadas y una enorme planta de procesamiento de leche que operaba a sólo un quinto de su capacidad. Los campesinos suelen tener mejor acceso a los alimentos que muchos otros grupos. Se quejaban sobre todo de su falta de machetes, azadones y limas para afilarlos, así como zapatos, pantalones, camisas y faldas. La base indispensable para la producción campesina se estaba agotando pero el reemplazo era extremadamente lento y difícil, y eso cuando era posible. En las escuelas casi no había papel, lápices o libros. En las clínicas y farmacias faltaban muchos recursos médicos básicos, como antibióticos e incluso aspirinas.

Pero a pesar de sus problemas las explotaciones agrícolas eran capaces de acoger refugiados huidos del colapso de la economía urbana y

[48] A. J. Jatar-Hausman, *op. cit.*, p. 83.

de las transacciones internacionales. Barraclough encontró a una joven descalza atendiendo a su bebé y a unos pollos frente a su bohío con techo de paja y piso de tierra, pero muy limpio. También tenía electricidad y un aparato de televisión. «En nuestra conversación me dijo que había pasado siete años en Praga, aprendiendo las técnicas de la manufactura textil en escuelas y fábricas. Hablaba checo y ruso. Ahora no había oportunidades de empleo para su especialidad y por eso había regresado al trabajo agrícola». Pese a esos contratiempos y privaciones, Barraclough quedó asombrado por el aguante de la población. «El buen humor filosófico con que la mayoría de los campesinos parecían afrontar sus dificultades era impresionante»[49].

Una consecuencia inesperada de la reestructuración económica del país fue el incremento del poder e influencia de las fuerzas armadas en sus asuntos internos. Raúl Castro anunció desde el principio de la crisis que el ejército trataría de alimentarse a sí mismo y la experiencia obtenida permitió a los militares supervisar el programa civil de alimentos. Los militares comenzaron a adquirir un nuevo ascendiente en los asuntos económicos del país y desempeñaron un papel dirigente en el impulso hacia la autosuficiencia alimentaria.

El general Néstor López Cuba recordaba más tarde que aunque las fuerzas armadas habían sido «muy profesionales y técnicamente competentes» durante la década de los ochenta, había «vacíos en las áreas de la administración, finanzas y producción». En las circunstancias del «periodo especial», Raúl Castro afrontó esos problemas en 1990, asegurando que los mandos y cuadros del ejército adquirieran «capacidades básicas en cuanto a la producción de alimentos y la agricultura», y «un conocimiento, por rudimentario que fuera, de los asuntos económicos». Los cuadros «no tienen por qué ser economistas –dijo el general López Cuba–, pero tienen que saber de dónde viene cada peso que gastamos y cómo emplearlos eficazmente»[50].

Como en muchos otros países latinoamericanos, los militares cubanos asumieron pronto la responsabilidad de varias áreas económicas. El general Ulises Rosales del Toro, uno de los miembros más fiables y

[49] S. Barraclough, «Protecting social achievements during economic crisis in Cuba», en Dharam Gai (ed.), *Social Development and Public Policy: A Study of Some Successful Experiences*, Londres, 2000.

[50] Entrevista en 1997, en *Making History*, cit.

experimentados de la vieja guardia, se puso al frente de toda la operación. Los militares, bajo el nombre comercial Gaviota, dirigían hoteles y promovían el turismo. Los Almacenes Universales, otra empresa del ejército, estaban a cargo de los grandes almacenes, zonas de libre comercio y áreas industriales. Las Construcciones Antex se encargaban de la construcción y propiedades inmobiliarias. El Banco Metropolitano era el brazo bancario y financiero del ejército. Los militares eran también responsables de la movilización de la fuerza de trabajo en el sector agrícola, dirigiendo parte del sector de los transportes y cuidando las tiendas de «todo a un dólar» del gobierno[51].

La expansión de esos negocios se vio estimulada por las grandes reducciones del presupuesto militar en 1994. El nuevo papel del ejército surgió de la necesidad. El gasto público en las fuerzas armadas se vio drásticamente reducido, por lo que no podía adquirir nuevas armas ni poner siquiera al día las existentes. El considerable gasto de los viejos tiempos había sido facilitado por la Unión Soviética. El general Néstor López, entrevistado en 1997, me contó una instructiva anécdota, al recordar que, cuando el colapso de la Unión Soviética ya se había iniciado, ésta había proporcionado a Cuba un último escuadrón de cazas MIG-29. Seis de ellos habían sido ya entregados, y años después el gobierno ruso preguntó al cubano si deseaba comprar algunos más. «¿Cuánto cuestan?», preguntó Raúl Castro. «20 millones de dólares», fue la respuesta rusa. Siendo así, dijo Raúl, «les revenderemos los seis que ya tenemos»[52].

Durante la década de 1980 el ejército cubano combatió en África y ayudó a entrenar al ejército nicaragüense. Ahora tenía otras prioridades. «Los tiempos han cambiado, y nosotros también hemos cambiado», dijo Castro en enero de 1992. «La ayuda militar fuera de nuestras fronteras es cosa del pasado. La tarea más importante es procurar que la Revolución cubana sobreviva. En cuanto a las relaciones exteriores, pretendemos vivir dentro de las normas del comportamiento internacional»[53].

El general estadounidense Charles Wilhelm, jefe del Comando Sur estadounidense, estaba de acuerdo. Las fuerzas armadas cubanas se habían

---

[51] M. Azicri, *op. cit.*, pp. 161-164.

[52] General Néstor López Cuba en *Making History*, cit., p. 43.

[53] Citado en C. Mesa-Lago, *Cuba after the Cold War*, cit., p. 263.

«reducido espectacularmente», según dijo a un periodista del *Miami Herald* en 1998. «El 70 por 100 del esfuerzo de las fuerzas armadas se dedica a su propio automantenimiento, en cosas como las explotaciones agrícolas –dijo–. Ni siquiera se parecen a las fuerzas armadas cubanas que conocíamos en la década de 1980». El general Wilhelm dijo también que pensaba que los 130.000 soldados de los años ochenta se habían reducido a la mitad y que los reservistas también se habían reducido. Gran parte del equipo militar era inutilizable y el número de aviones tácticos capaces de volar era ahora «muy pequeño». Concluía que el ejército cubano ya no tenía capacidad para proyectarse más allá de sus propias fronteras. «No era realmente una amenaza para nadie a su alrededor»[54].

Cuba no estaba sola en la nueva situación de la década de 1990. Otros antiguos países comunistas tuvieron que realizar ajustes para adaptarse al mercado mundial y muchos países del Tercer Mundo que antes tenían a la Unión Soviética como modelo alternativo de desarrollo se vieron obligados a adoptar el sistema de creencias neoliberal (que más tarde se conocería como «globalización»). Cuba, aparte de Vietnam y China, estaba prácticamente sola en su decisión de mantener la vía socialista, y quizá por ello sus relaciones con China mejoraron notablemente durante los años noventa. Se enviaron misiones oficiales a Pekín para estudiar el modelo chino. Los chinos enviaban tejidos gratis para los uniformes escolares y suministraron a Cuba más de un millón de bicicletas, así como los materiales necesarios para construir cinco plantas de ensamblado de éstas. En 1994 China se había convertido ya en el tercer socio comercial de Cuba.

Pero la experiencia cubana era bastante diferente de la de los demás países que afrontaban el cambio, en cuanto que tenía que arrostrar la renovada e implacable hostilidad de Estados Unidos en su estrategia de ir-por-su-cuenta. El comercio y la inversión se vieron muy afectados, así como el acceso a las finanzas internacionales. Determinadas cláusulas de la legislación estadounidense relativa al embargo bloqueaban toda financiación de fuentes estadounidenses, así como de fuentes multilaterales controladas por Estados Unidos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Cuba se vio obligada a recurrir a la financiación comercial a corto plazo e inversiones directas extranjeras y unos hilillos de ayuda.

---

[54] *Miami Herald*, 21 de febrero de 1998, citado en M. Azicri, *op. cit.*, p. 161.

Precisamente cuando Cuba se podría haber beneficiado del final de la Guerra Fría y de una posible relajación de la actitud estadounidense, el gobierno de Estados Unidos le apretó las tuercas económicas. Los sucesivos presidentes de Estados Unidos incrementaron la presión, tratando de aplastar los intentos cubanos de conseguir independencia económica y esperando derrocar a Castro. La crisis apreciada en la legitimidad revolucionaria era el tema básico habitual de todos los periodistas de visita; se escribieron muchos libros como *La hora final de Castro* o *Fin de siglo en La Habana*[55]. Pero el desenlace predicho no llegó a materializarse. El régimen contraatacó y Castro se reafirmó. Años después, en 1998, la revista *Time* mencionaba su orgullo al desafiar «las predicciones mundiales de su inminente desaparición, un triunfo tan satisfactorio para él como cualquiera de los anteriores»[56]. Los observadores desde el exterior habían llegado a conclusiones que parecían obvias en su momento, pero que se mostraron profundamente equivocadas. Supusieron demasiado rápidamente que Cuba caería como los países de Europa oriental, entendiendo mal la actitud, no sólo de los dirigentes cubanos, sino de la propia población.

Las experiencias históricas de Cuba y Europa oriental eran muy diferentes. Los cubanos habían realizado por sí mismos una revolución, uno de los grandes acontecimientos del siglo XX, producto de luchas específicas durante más de un siglo. Cualesquiera que fueran sus deficiencias, la Revolución castrista era «cubana». En los países de Europa oriental también se produjeron revoluciones después de 1945 –a raíz de la ocupación nazi, la resistencia y la Segunda Guerra Mundial– pero su socialismo estaba permanentemente determinado por el hecho de que les había llegado mediante la poderosa presencia de ejército soviético. Cuando sus regímenes se vinieron abajo en 1989 y 1990 nadie salió a la calle para defender el viejo orden.

Los cubanos tenían más que defender: su historia, su sentido de la propia identidad y su amor propio. La mayoría de los cubanos apoyaban a su gobierno porque, aunque fueran conscientes de sus deficiencias, también podían apreciar sus éxitos[57]. A pesar de sus muchas insuficiencias,

---

[55] A. Oppenheimer, *op. cit.* J-F. Fogel y B. Rosenmal, *Fin de Siècle a la Havane, les secrets du pouvoir cubain*, París, 1993 [ed. cast.: *Fin de siglo en La Habana*, Madrid, 1994].

[56] *Time*, 26 enero de 1998.

[57] Jorge Domínguez explicaba el mantenimiento de Castro en el poder examinando los datos de una encuesta de opinión oficial, realizada en 1990, en la que la

estaban familiarizados con sus muchos logros. Pero no todos los cubanos pensaban así; una minoría no había aceptado nunca la Revolución y soñaba con irse de Cuba. Al deteriorarse la situación económica durante el «periodo especial», muchos se desesperaron y trataron de escapar atravesando los ciento cincuenta kilómetros del estrecho de Florida.

El tercer éxodo: disturbios en el Malecón, agosto de 1994

El problema de los emigrantes económicos que pretendían huir a Estados Unidos –parte de un contingente más amplio en todo el Caribe y Latinoamérica– era una cuestión no resuelta en Cuba desde la década de 1960. En 1965 y 1980 se produjeron importantes explosiones de resentimiento reprimido. No se podía alcanzar una resolución definitiva del problema sin la cooperación entre Cuba y Estados Unidos, pero la comunicación entre ambos gobiernos estaba bloqueada.

Unos disturbios en el corazón de La Habana en agosto de 1994 pusieron en primer plano la cuestión de la emigración. No fue sólo una muestra de descontento de gente que quería dejar la isla, fue la primera protesta pública amplia contra el gobierno desde los primeros años de la Revolución. El conflicto tuvo varias causas. Una de ellas fue el «efecto demostración» creado por la huida de miles de «balseros» desde Haití, país que atravesaba una profunda crisis, durante los primeros meses de 1994. Otra fue la prolongada ambigüedad sobre la política de inmigración mostrada por los gobiernos cubano y estadounidense; pero la raíz del problema estaba en las graves dificultades económicas del «periodo especial».

A últimas horas de la tarde del 5 de agosto una irritada multitud de varios cientos de personas se reunió en el Malecón, el bulevar esplén-

---

gente comenzaba a ver que se aproximaban dificultades y parecía mostrar una notable insatisfacción. Sólo una quinta parte de los encuestados pensaban que la oferta alimentaria era buena y sólo una décima parte valoraba positivamente la calidad del transporte. Domínguez interpretaba ese descontento como señal de que la encuesta era creíble, y deducía que sería razonable aceptar sus otros resultados, en concreto «que tres cuartas partes de los encuestados pensaban que los servicios sanitarios eran buenos y que cuatro quintas partes creían lo mismo sobre las escuelas». Para la mayoría de la gente, al parecer, las ventajas del sistema superaban a sus inconvenientes. Véase J. Domínguez, «The Secrets of Castro's Staying Power», *Foreign Affairs*, primavera de 1993.

didamente decadente de La Habana que bordea el océano. Aquella mañana un grupo de personas que trataban de escapar a Florida habían intentado secuestrar un barco en el puerto y se lo habían impedido los trabajadores de las dársenas y la policía. Era la segunda vez que esto sucedía en dos días y durante el primer intento de secuestro un agente de la policía había resultado muerto. Los exaltados manifestantes del Malecón arrojaron piedras y botellas contra la policía y contra un hotel cercano dedicado a los turistas extranjeros, que constituía un foco especial de irritación.

Las autoridades movilizaron inmediatamente una contramanifestación mucho mayor, de varios miles de personas, para sofocar la de los manifestantes hostiles. Castro estaba entre ellos y a la manera tradicional de un capitán general español de la época colonial (el marqués de Someruelos en 1810 y el general Dulce en 1869), atravesó la multitud para hablar con los manifestantes, después de dar instrucciones estrictas a la policía para que los tratara con amabilidad. Su intervención personal evitó la crisis inmediata y dos días después medio millón de personas se reunieron en el funeral del policía muerto, lo que se entendió como un gesto de apoyo a la Revolución.

Aquel drama específicamente cubano se desarrolló con el trasfondo de los acontecimientos de Haití, donde el presidente electo, Jean-Bertrand Aristide, había sido derrocado por una Junta militar tres años antes, en septiembre de 1991. Su derrocamiento y la subsiguiente represión habían provocado una creciente emigración de haitianos, que partían en pequeños barcos hacia la costa estadounidense. En junio de 1994 se echaron al mar unos 5.000 y en la primera semana de julio 6.000. Estados Unidos les negó el permiso para desembarcar y la mayoría de ellos fueron atrapados por los guardacostas estadounidenses y trasladados a la base militar de Guantánamo. En septiembre había más de 14.000 haitianos en campamentos improvisados en la base[58].

El número de balseros cubanos que llegaban a Estados Unidos también había crecido, aumentando cada año desde el comienzo del «periodo especial»: 467 en 1990, 2.203 en 1991, 2.548 en 1992 y

[58] Según un informe, a final de año estaban internados en Guantánamo unos 50.000 haitianos y cubanos. Alrededor de 7.000 cubanos fueron trasladados a nuevos campos en la zona del canal de Panamá, donde las condiciones eran tan malas que un campo fue incendiado. Aquellos cubanos no se quejaron en aquel momento, temiendo que los devolvieran a Cuba. R. Levine, *op. cit.*, p. 243.

3.656 en 1993. A los emigrantes cubanos, si eran atrapados en aguas estadounidenses por sus guardacostas, se les concedía automáticamente asilo, en notable contraste con el trato que se daba a los negros haitianos, trasladados sin más ceremonia a los campamentos de Guantánamo a la espera de su devolución a Haití. En circunstancias normales la oficina de intereses estadounidenses en La Habana otorgaba únicamente un puñado de visados a los cubanos que deseaban emigrar, pero tenían que concederles asilo si llegaban a aguas estadounidenses. El gobierno cubano proclamó que la negativa estadounidense a permitir a los aspirantes a emigrar una entrada legítima sólo servía para alentar a los balseros y a los secuestradores. Desesperado por la política estadounidense, el gobierno cubano ordenó a sus guardacostas a primeros de 1994 que tomaran medidas activas para desanimar a los emigrantes. Cientos de ellos comenzaron ahora a abandonar la isla en ferris secuestrados, en balsas y en pequeños barcos. Aunque algunos de ellos se ahogaban, la gran mayoría conseguía llegar a salvo a aguas estadounidenses, donde eran recogidos y trasladados a tierra.

A raíz de los disturbios de agosto Castro declaró que su gobierno iba a relajar sus controles sobre la emigración. A cualquiera que deseara dejar el país se le permitiría hacerlo[59]. Esperaba que su decisión obligara a Estados Unidos a cambiar de política. Cientos de personas se dirigieron a las costas de la isla para embarcar en botes y balsas. Como se esperaba, el gobierno estadounidense se mostró seriamente alarmado. Temeroso de una repetición de la crisis de los marielitos en 1980, cuando más de 100.000 refugiados cubanos llegaron a Miami, el presidente Clinton decidió suspender la norma, en vigor desde la aprobación de la Ley de Ajuste Cubano en 1966, que daba derecho automático de asilo a los cubanos que llegaban a aguas estadounidenses.

Clinton tenía razones personales para su decisión. Cuando era gobernador de Arkansas en 1980 había sufrido las desgraciadas repercusiones políticas de la crisis de Mariel, comparables a las sufridas por el presidente Carter. Alrededor de 20.000 cubanos habían sido trasladados a la base militar de Fort Chaffee en Arkansas y una revuelta allí en junio de 1980 contribuyó a que no fuera reelegido como gobernador[60]. En

[59] L. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, cit., p. 400.

[60] M. Morley y C. McGillion, *Unfinished Business, America and Cuba after the Cold War*, Cambridge, 2002, pp. 72 and 212.

1994 Clinton estaba decidido a mantener a los emigrantes cubanos tan lejos como fuera posible de Estados Unidos y el uso de la base de Guantánamo como refugio para los haitianos ofrecía un modelo ejemplar. Las bases militares estadounidenses en la zona del canal de Panamá iban a cumplir más adelante una función complementaria.

Los guardacostas estadounidenses que recogían a los balseros cubanos cumplían ahora las órdenes de Janet Reno, fiscal general estadounidense, de llevarlos a Guantánamo. Se estableció un cordón naval estadounidense en torno a la isla y a finales de septiembre más de 20.000 cubanos estaban encerrados en el campamento improvisado en la base, uniéndose a los 14.000 haitianos que ya había allí.

El número de internados era pronto tan enorme que Estados Unidos se vio obligado a realizar un importante cambio en su política hacia la emigración cubana, como esperaba Castro. Los dos países llegaron en septiembre a un acuerdo, negociado por parte cubana por Ricardo Alarcón, para poner fin a la crisis. Washington aceptó proporcionar 20.000 visados al año a los cubanos que trataban de emigrar a Estados Unidos, mientras que el gobierno cubano prometía tratar de evitar nuevas emigraciones ilegales. Bajo los términos de un nuevo acuerdo migratorio cubano-estadounidense en mayo de 1995, los balseros detenidos en alta mar que no estaban en condiciones de solicitar asilo político serían devueltos a la isla. Así se estableció la política denominada «pies húmedos, pies secos». El gobierno estadounidense advirtió a sus ciudadanos que no ayudaran a ningún futuro balsero.

Para mostrar que no se iba a ablandar con Cuba, Clinton anunció varias medidas para endurecer el embargo económico, incluida la prohibición de envíos familiares desde Estados Unidos a Cuba, estimada entonces en unos 500 millones de dólares anuales, el fin de los permisos de viaje concedidos a los familiares de investigadores y un incremento de las emisiones de Radio Martí[61]. Esto tenía como destinataria la opinión pública estadounidense. Aparte del aumento de la financiación para la emisora de radio las demás medidas no fueron puestas en práctica.

---

[61] Radio Martí fue autorizada por el Congreso estadounidense en septiembre de 1983 a transmitir «noticias, comentarios y otras informaciones sobre los acontecimientos en Cuba y otros lugares para promover la causa de la libertad en Cuba». Recibió una subvención de 12 millones de dólares del gobierno estadounidense y comenzó a emitir en 1985. Estaba previsto que fuera seguida por TV Martí, que recibió financiación del gobierno estadounidense en 1988.

Los emigrantes cubanos ingresados en los campamentos de tiendas de campaña en Guantánamo permanecieron allí hasta el año siguiente, cuando finalmente se les permitió trasladarse a Estados Unidos. Su número había crecido hasta más de 30.000 y algunos de ellos habían pasado hasta nueve meses en el campamento. Los haitianos no tuvieron tanta suerte: fueron todos ellos devueltos a Haití.

Las leyes Torricelli y Helms-Burton, 1992 y 1996

El colapso de la Unión Soviética en 1991 y la conclusión formal de la Guerra Fría parecían prometer una normalización gradual de en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Eso era al menos lo que suponían los gobiernos de la Unión Europea. Aumentaron el tamaño de sus embajadas, elevaron el nivel de sus contactos y se pusieron a la tarea de promover los lazos económicos. Reconocieron que Cuba ya no era el aliado militar de una superpotencia nuclear fuera del continente americano, que no suponía ninguna amenaza para Estados Unidos ni para Latinoamérica y que ya no tenía capacidad para enviar sus soldados a África. Ésta era la opinión europea, pero no era del todo compartida en Washington, donde seguía en vigor la vieja ambivalencia estadounidense hacia Cuba, que se remontaba a principios del siglo XIX y se vio reforzada por los acontecimientos del XX. Lejos de buscar una aproximación con Cuba, los políticos estadounidenses –tanto republicanos como demócratas– incrementaron su antagonismo.

El comunismo internacional podía haber sido derrotado, pero el gobierno estadounidense tenía que afrontar un problema político dentro de sus propias fronteras. Cuba ya no era una cuestión importante en Asuntos Exteriores, pero seguía siéndolo en la agenda doméstica. El peso de los exiliados cubanos que vivían en Estados Unidos seguía dejándose sentir en la aritmética electoral, tanto a escala local como nacional. Además, la influencia de los cubano-estadounidenses iba mucho más allá de su peso electoral. Su capacidad de presionar sobre el Congreso era formidable e influían a menudo sobre la legislación mediante su control de los correspondientes comités; también era importante su capacidad para obtener financiación en las campañas electorales.

Los cubano-estadounidenses, activos en el Congreso y movilizados en los Estados clave de Florida y Nueva Jersey, adquirieron una in-

fluencia determinante en la política estadounidense hacia Cuba en la década posterior a la desaparición de la Unión Soviética. La nueva generación de cubano-estadounidenses estaba directamente representada en el Congreso: en Florida por Lincoln Díaz-Balart (sobrino de la primera mujer de Castro, Mirta Díaz Balart) y por Ileana Ros-Lehtinen, y en Nueva Jersey por Roberto Menéndez. Respaldados por la fortuna de Jorge Mas Canosa, líder reconocido de los cubano-estadounidenses en Florida hasta su muerte en 1997, esos legisladores defendían una línea dura contra la Cuba de Castro. Dado que ya no era posible argumentar que Cuba suponía una amenaza para la seguridad estadounidense, concentraron sus críticas en otras áreas. La investigación de la economía socialista de Castro se convirtió en un área muy protegida, en la que muchos economistas y politólogos recibían grandes subvenciones de la administración estadounidense. Se dedicó mucha atención a las compensaciones debidas a los cubano-estadounidenses por las propiedades confiscadas en la isla treinta años antes. En los países de Europa oriental se llevaron a cabo campañas similares en relación con los activos confiscados, con notable éxito.

La Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA) de Mas Canosa, creada en la década de 1980, operaba ahora como un grupo de presión política en Washington. El propio Mas Canosa nació en Cuba en 1939 y abandonó la isla en 1960. Apoyó la operación de bahía de Cochinos y financió a los activistas en el exilio durante más de dos décadas. En los años ochenta estaba convencido de la conveniencia de fomentar una operación de cabildeo similar al American Israel Public Affairs Committee (AIPAC), que mantenía una presión continua sobre Washington en apoyo de Israel. La FNCA se creó a imagen de la AIPAC y trabajaba en estrecha relación con ella. «Tuvimos que interrumpir las incursiones –dijo Mas Canosa– y concentrarnos en influir sobre la opinión pública y el gobierno»[62].

El efecto de ese cabildeo cubano-estadounidense, sin que los propios participantes entendieran del todo las implicaciones históricas, fue resucitar el sueño «anexionista» del siglo XIX. Muchos cubano-estadounidenses, arraigados ahora en Estados Unidos, sentían un deseo

[62] M. Morley y C. McGillion, *op. cit.*, p. 12. La carrera de Mas Canosa aparece bien descrita en el capítulo «The Man Who Would Be King» del libro *Cuba Confidential* de Ann Louise Bardach (pp. 126-150).

nostálgico de que la Cuba de sus recuerdos formara parte de Estados Unidos y vieron su oportunidad en el colapso de la Unión Soviética. Comenzaron a hablar de «transición» y mantuvieron muchas conferencias para debatir cómo se organizaría la isla cuando Castro cayera. Los intelectuales de Miami, subvencionados por el gobierno estadounidense, comenzaron por primera vez a emprender una seria investigación sobre la economía y la sociedad de la isla, no por razones de propaganda, sino para entender lo que tendrían que afrontar cuando, como esperaban, los llamaran para dirigir el país. Muchos residentes en Miami desempolvaron los títulos de propiedad de sus viejos activos en la isla.

Castro observaba esos acontecimientos con atención. Explicó a los estudiantes en 1990 que se estaban creando empresas en Estados Unidos «para organizar desde ya la devolución de las propiedades de los terratenientes, de los grandes industriales, de las empresas extranjeras, de los casatenientes, me imagino también que de los dueños de escuelas y de los dueños de todo, porque aquí cada cosa tenía su dueño»[63].

La audiencia cubana quedó advertida de lo que podía suceder a su entorno familiar, pero Castro también analizó las reclamaciones sobre la tierra, introduciendo una nota de realismo en las fantasías de los exiliados:

> No sé cómo se las arreglarán, por lo menos en cuanto a la tierra, para encontrarla, porque yo, que llevo más de treinta años dando vueltas por nuestros campos; que participé, incluso, en los programas de construcción de caminos, carreteras y otras muchas cosas, cuando doy vueltas por la provincia de La Habana, les aseguro que me pierdo. Me cuesta trabajo reconocer las carreteras que, incluso, vi construir y que visité muchas veces cuando se estaban construyendo, y eran miles de kilómetros; allá en nuestros campos donde tantas cosas han ocurrido, allá en nuestros campos que se llenaron de escuelas secundarias en el campo, preuniversitarios en el campo, tecnológicos, presas, canales, almacenes, talleres, empresas estatales, cooperativas; campesinos que pagaban renta o aparcería. Yo no creo que haya nadie que sepa ya, o pueda saber, dónde estaba su latifundio; incluso es posible que lo encuentre debajo de

[63] Discurso de Castro el 20 de diciembre de 1990 a la Federación de Estudiantes Universitarios en La Habana. Véase http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1990/esp/f201290e.html.

una presa, en los cientos y cientos de presas grandes, medianas y pequeñas construidas por la Revolución.

A pesar de todo, el colapso del comunismo en otros lugares había despertado las esperanzas de muchos cubano-estadounidenses que pretendían convertirse en beneficiarios de la caída de Castro[64]. Su prepotencia coincidía con un nuevo estado de ánimo del gobierno estadounidense –controlado desde 1993 por un presidente demócrata, Bill Clinton–, que se veía a sí mismo comprometido en una cruzada para promover la democracia en Latinoamérica. Este nuevo enfoque de la administración estadounidense respondía en parte a la caída de varios viejos regímenes militares en el área durante los años ochenta. Las dictaduras que en otro tiempo parecían útiles para mantener a raya al comunismo durante la Guerra Fría habían cumplido su objetivo y ya no servían, particularmente por su descrédito en su propio país y en el extranjero debido a las revelaciones muy difundidas de sus graves violaciones de los derechos humanos. El presidente Clinton afrontó el déficit democrático en Latinoamérica con considerable vigor y, como efecto colateral, esa nueva retórica iba pronto a dirigirse resueltamente contra Cuba.

Bajo la presión de la FNCA se presentaron ante el Congreso proyectos de ley que pretendían promover la democracia en Cuba imponiendo sanciones económicas más duras a la isla. La Ley sobre la Democracia Cubana de 1992 (Ley Torricelli) estaba destinada a bloquear el comercio cubano y se esperaba que contribuyera a lograr un rápido fin del gobierno de Castro. La Ley para la Libertad y la Solidaridad Democrática Cubanas (Ley Helms-Burton) que le siguió en 1996 tenía como objeto la inversión en Cuba y fue originalmente presentada debido al éxito de la recuperación cubana y la preocupación de que los empresarios estadounidenses pudieran perder la primacía frente a los inversores europeos, canadienses y japoneses. Su propósito subyacente era amedrentar a los inversores extranjeros en un momento en que la supervivencia económica de Cuba dependía de su capacidad para abrirse al mundo exterior y hallar mercados, inversores y experiencia gestora en Europa, Canadá, Japón y Latinoamérica.

---

[64] S. K. Purcell y D. Rothkopf (eds.), *Cuba: The Contours of Change*, Boulder, Col., 2000, p. 84.

El gobierno cubano argumentó que el texto de esas nuevas leyes, que endurecían el embargo y definían el tipo de democracia que se debía imponer en la isla, resucitaba la Enmienda Platt de 1902 que concedía a Estados Unidos el derecho a intervenir en los asuntos cubanos. Ricardo Alarcón señaló que bajo los términos de la Ley Helms-Burton «no habría gobierno cubano ni República de Cuba. Habría un consejo estadounidense designado por el presidente estadounidense a cargo de la economía cubana»[65]. Los cubano-estadounidenses, en cambio, se sentían complacidos.

La ley de 1992 fue patrocinada por Robert Torricelli, un demócrata de Nueva Jersey, un Estado con una gran proporción de cubano-estadounidenses. La primera parte de su proyecto de ley estaba destinada a perjudicar el comercio cubano endureciendo las sanciones económicas existentes: a las sucursales de las empresas estadounidenses se les prohibiría comerciar con Cuba y a los buques extranjeros que entraran en puertos cubanos no se les daría permiso para cargar o descargar en los puertos estadounidenses durante un periodo de seis meses. La segunda sección del proyecto de ley trataba de la democracia. El presidente estadounidense sólo podría levantar las sanciones cuando se celebraran «elecciones libres, limpias y supervisadas internacionalmente». El presidente también tendría que estar convencido de que el gobierno cubano había «dado a los partidos de oposición tiempo para organizarse y hacer campaña, permitiéndoles total acceso a los medios, mostrando respeto por las libertades civiles y los derechos humanos y potenciando la economía de mercado»[66].

Estas condiciones, que suponían un insulto para los nacionalistas cubanos, fueron rechazadas por el gobierno de La Habana. La ley Torricelli recibió poco apoyo en el resto del mundo; no eran muchos los países interesados en la querella histórica entre Estados Unidos y Cuba. Pero el proyecto Torricelli se convirtió en la ley Torricelli y sus cláusulas se incorporaron a la política exterior estadounidense. Cuatro años después el Congreso estadounidense, dominado ahora por los republicanos, volvió a dirigir su atención a Cuba, esperando desanimar la inversión mediante una nueva vuelta de tuerca a las sanciones.

---

[65] Citado en J. Roy, *Cuba, the United States, and the Helms-Burton Doctrine: International Reactions*, Gainesville, Fla., 2000.

[66] S. K. Purcell y D. Rothkopf, *op. cit.*, p. 84.

En esta ocasión los protagonistas fueron el senador Jesse Helms, republicano por Carolina del Norte (y poderoso ex presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado) y el miembro de la Cámara de Representantes Dan Burton, congresista republicano por Indiana. Junto con el caluroso apoyo de la FNCA y de Bacardí, patrocinaron un nuevo proyecto anticubano en marzo de 1996, la Ley de Libertad y Solidaridad Democrática Cubanas que iba mucho más allá de los términos de la ley Torricelli.

Uno de los elementos más controvertidos de proyecto de ley Helms-Burton era el que se refería a la imposición de la democracia. La nueva legislación reafirmaba el derecho de Estados Unidos a definir el carácter de la democracia en Cuba y ampliaba los requisitos enumerados en la Ley Torricelli. Había cláusulas específicas que declaraban que ni Fidel ni su hermano Raúl podrían participar en ningún gobierno democrático futuro en Cuba, y que tal gobierno no sería reconocido por Estados Unidos a menos que acordara pagar compensaciones a los estadounidenses y cubano-estadounidenses cuyos bienes habían sido expropiados.

Aún más controvertida era, no obstante, la disposición contenida en el título tercero del proyecto, referido a los derechos de propiedad. Cualquier individuo o empresa implicado en el «tráfico» con propiedades confiscadas a ciudadanos estadounidenses (o a antiguos ciudadanos cubanos que posteriormente hubieran adquirido la ciudadanía estadounidense), nacionalizadas por el Estado cubano, podría ser demandado ante los tribunales estadounidenses (se puede consultar un extracto de la Ley Helms-Burton en el Apéndice C). Esto constituía un rechazo directo de una de las primeras iniciativas de la Revolución cubana, que en 1959 había creado un ministerio para la Recuperación de Bienes Malversados con la tarea de confiscar las propiedades y empresas de Batista y sus amigos.

La Ley Helms-Burton provocó inmediatamente la preocupación de las empresas de la Unión Europea –en aquel momento las principales inversoras extranjeras en Cuba–, que podían estar haciendo uso ya de esas propiedades, pertenecientes desde hacía tiempo al Estado cubano. La perspectiva de verse envueltas en caros litigios habría bastado para disuadir a muchos inversores potenciales. Aunque Estados Unidos podía ignorar las quejas de La Habana, no podía cerrar los oídos al clamor hostil que le llegaba desde la Unión Europea.

El presidente Clinton se oponía a ese nuevo proyecto y no quería convertirlo en ley, pero un incidente sucedido a principios de 1996 le hizo reconsiderar su posición. Durante la crisis de los emigrantes de 1994 Janet Reno, fiscal general estadounidense, había dictado una disposición según la cual los ciudadanos estadounidenses no podían proporcionar ayuda a los balseros que pretendían escapar de Cuba a Florida. Esa orden fue en general ignorada y los cubanos-estadounidenses de Miami siguieron peinando el estrecho de Florida en busca de emigrantes. Un grupo con base en Miami, Hermanos al Rescate, poseía seis aviones Cessna que mantenían una vigilancia regular del estrecho. Ese grupo, fundado en 1991 por José Basulto, había rescatado cientos de balseros durante años[67]. En algunas ocasiones sus aviones entraban en el espacio aéreo cubano y eran advertidos por los cazas de la fuerza aérea cubana.

Los cubanos consideraban que ese quebrantamiento de los acuerdos migratorios de 1994 era intolerable e ilegal y *Granma,* el periódico oficial, advirtió en julio de 1995 que se emprenderían acciones de represalia si los Hermanos al Rescate seguían violando el espacio aéreo cubano: «Cualquier buque procedente del extranjero que invada por la fuerza nuestras aguas soberanas podrá ser hundido, y cualquier avión derribado [...] La responsabilidad por lo que suceda recaerá exclusivamente sobre aquellos que animan, planifican, ejecutan o toleran esos actos de piratería»[68].

Los pilotos de Miami ignoraron la advertencia y prosiguieron sus operaciones de vigilancia. Cuando volvieron a entrar en el espacio aéreo cubano en febrero de 1996 la fuerza aérea cubana entró en acción. Dos de los tres Cessna fueron derribados, después de varias advertencias. Murieron cuatro hombres. Cuba argumentó que el derribo de los aviones de Miami no era su responsabilidad, que se les había advertido debidamente que esos vuelos no eran admisibles.

La opinión pública estadounidense se sintió sacudida por esa iniciativa tan drástica y el incidente provocó tal conmoción que el presidente Clinton se sintió obligado a convertir en ley el proyecto de ley Helms-Burton. Este fue un paso histórico fatal, ya que el texto de la nueva ley imponía serias limitaciones al poder del presidente, o de

---

[67] A. L. Bardach, *op. cit.,* p. 133.
[68] *Granma,* 26 de julio de 1995.

cualquier otro presente futuro, para controlar un importante aspecto de la política exterior. La cuestión cubana quedó fuera del alcance de las decisiones presidenciales y las futuras relaciones con la isla dependían a partir de entonces de las decisiones del Congreso. Cualquier posibilidad de que Clinton o algún presidente posterior pudieran ordenar el levantamiento de las sanciones económicas se evaporó, con gran irritación de los socios comerciales de Estados Unidos, en particular de la Unión Europea, así como de los agricultores y fabricantes de Estados Unidos que ansiaban acceder al mercado cubano.

La Unión Europea adoptó medidas enérgicas contra la ley Helms-Burton, entendiéndola como una clara violación del derecho internacional y un impedimento al comercio. En 1997 se presentó en la Organización Mundial del Comercio una queja formal contra Estados Unidos. Para apaciguar a sus aliados europeos y para mitigar el impacto de la Ley Helms-Burton, Clinton introdujo una enmienda que permitiría al presidente suspender o poner en vigor el título tercero cada seis meses. Clinton lo hizo por primera vez en julio de 1996 y a partir de entonces renovó la decisión hasta el final de su presidencia. Su política fue proseguida por George W. Bush, quien se convirtió en presidente en enero de 2001. Bush se había comprometido en la campaña electoral a mantener en vigor el título tercero, pero cuando llegó a la presidencia prevaleció el realismo: lo suspendió por primera vez en julio de 2001 y siguió haciéndolo a partir de entonces. Para mitigar las críticas de la FNCA impuso un cumplimiento más estricto del embargo comercial estadounidense, aunque con escasos efectos.

La Unión Europea, entretanto, a cambio de la suspensión del título tercero, acordó en sus propias deliberaciones adoptar una línea más dura sobre los derechos humanos. En su posición común sobre Cuba declaró que la defensa y promoción de una reforma democrática y del respeto a los derechos humanos en Cuba constituían una importante ambición europea. La futura ayuda económica de la Unión Europea a Cuba dependería del ritmo del cambio político en la isla[69].

La Ley Helms-Burton hizo menos probables los cambios. Los cubanos podían desear mayor libertad política y mejoras económicas; algunos podían desear el abandono del el socialismo y emprender la vía ca-

[69] M. Morley y C. McGillion, *op. cit.*, pp. 124-125.

pitalista; pero pocos estaban dispuestos a abandonar la Revolución por orden de Estados Unidos, o a renunciar al primer intento genuino durante toda su historia de mantener una república independiente.

El gobierno cubano concentró ahora su atención en los grupos de la sociedad estadounidense que no veían con buenos ojos el control de la FNCA sobre su política exterior. Recibió en la isla a grupos eclesiales, entró en contacto con las empresas agrícolas y buscó el apoyo de la nueva generación de cubano-estadounidenses que enviaban dinero a sus parientes y esperaban un acercamiento amigable. En los últimos años del siglo XX ciertos aspectos de esa política comenzaron a dar frutos, ayudados por la muerte de Mas Canosa en noviembre de 1997. Su hijo Jorge Jr. tenía menos capacidad de presión. Aunque los republicanos recuperaron la presidencia en 2001, los demócratas eran todavía poderosos en el Congreso y la relación entre Cuba y Estados Unidos alcanzó cierto equilibrio. En los últimos años de la era Clinton tuvieron lugar dos acontecimientos que afectaron a la opinión pública estadounidense, ayudando a promover en ella una actitud más moderada: el papa Juan Pablo II visitó La Habana en 1998 y Elián González, un niño cubano naufragado, fue recogido en las costas de Florida en 1999.

La visita del papa Juan Pablo II a La Habana, 1998

El papa Juan Pablo II llegó al aeropuerto de La Habana el 21 de enero de 1998, en la primera visita papal a Cuba desde que el catolicismo se impuso en el país cinco siglos antes. El papa había viajado a Latinoamérica en muchas ocasiones, pero su visita a Cuba parecía tener mayor importancia que esos viajes anteriores. Fue saludada por los medios estadounidenses con la esperanza de que el pontífice anticomunista polaco ejerciera su magia desestabilizadora sobre la población cubana, desencadenando «corrientes políticas que condujeran por fin al abandono por Fidel Castro del poder»[70].

La excitación de los medios se enfrió al coincidir la llegada del papa a La Habana con la divulgación de un escándalo sexual en Washington en el que estaban implicados el presente Clinton y Mónica

[70] J. Hoagland en *The Washington Post*, 22 de enero de 1998.

Lewinsky, una becaria en la Casa Blanca. Tras volar a Cuba con la esperanza de poder informar sobre un importante acontecimiento político, los periodistas y fotógrafos se vieron obligados a regresar a Washington para cubrir lo que pensaban que sería una historia bastante más relevante. Los coordinadores de las tres principales redes estadounidenses de televisión abandonaron La Habana en cuanto conocieron la noticia. Así establecían sus prioridades los medios occidentales. Pero se equivocaron en ambas cuentas; el presidente estadounidense no cayó, ni tampoco su homólogo cubano.

La visita del papa fue interpretada en aquel momento a través de las lentes estadounidenses, con escasa atención a la realidad del catolicismo en la isla y escasa comprensión de su papel histórico. La creencia errónea de que Cuba era en cierta forma como Polonia, con una gran población de creyentes frustrados al verse privados durante décadas de grandes ceremonias religiosas por un régimen militante y severamente ateo. Una resurrección del catolicismo cubano, alentada por la visita papal, podría quizá galvanizar la oposición a Castro y conducir a su derrocamiento. Esto era lo que había por debajo del interés de los medios.

Pero la situación en Cuba era muy diferente de la de Polonia. Podía ser parecida la actitud indiferente, si no hostil, del gobierno revolucionario hacia la religión organizada, pero la Iglesia católica no había arraigado profundamente en Cuba a lo largo de los siglos, a diferencia de otros países latinoamericanos. «No es una iglesia del pueblo, los trabajadores, los campesinos, las franjas más pobres de la población», explicaba Castro a Frei Betto en 1985[71]. Más de 4 millones de cubanos (de una población de 11 millones de habitantes) estaban bautizados, pero sólo 150.000 acudían regularmente a misa los domingos[72]. La sociedad cubana, como la de muchos otros países de Latinoamérica y Europa, era cada vez menos religiosa.

El aumento real del fervor religioso durante los años noventa, tanto en Cuba como en toda Latinoamérica, correspondía a los protestantes más que a los católicos, creciendo la influencia de las sectas evangélicas. En la década de 1990 había en Cuba posiblemente cerca de un millón de protestantes con unas 900 capillas distribuidas por

[71] F. Betto, *op. cit.*, p. 147.

[72] *Newsweek*, «The battle for Cuba's soul», 19 de enero de 1998.

toda la isla, frente a sólo 650 iglesias católicas[73]. De hecho, parte del entusiasmo vaticano por una visita papal a Cuba era la creencia de que podría ayudar a frenar la marea del protestantismo en Latinoamérica. Al asociar a la Iglesia católica con Castro, siempre popular entre las comunidades más pobres de Latinoamérica, que eran los principales viveros de la causa evangélica, el Vaticano esperaba frenar la erosión de su propia base.

En Cuba había además otros contendientes que reclamaban la atención de los corazones y espíritus del pueblo. El número de creyentes protestantes y católicos era bastante inferior al de los que practicaban diversas religiones afrocubanas, estimados en más de 5 millones. El catolicismo nunca ha conseguido una implantación significativa en la comunidad negra, en la que la Santería, el Palo Monte y Abakuá seguían siendo las manifestaciones espirituales más importantes.

La nueva actitud de Castro hacia la Iglesia se configuró políticamente durante el «periodo especial» de la década de 1990. En el Cuarto Congreso del Partido Comunista en 1991, tras un debate prolongado (y al que se dio mucha publicidad), se acordó que los creyentes podrían ser admitidos en el partido. Los portavoces señalaron que varios dirigentes de la Revolución habían sido cristianos, entre ellos Frank País, el líder del Movimiento 26 de Julio en Santiago, que era protestante. Otros hicieron notar que muchos revolucionarios practicaban la santería y que un partido político que pretendía representar a todo el pueblo debía permitir que entre sus miembros hubiera un amplio espectro de fes y creencias. Las deliberaciones del congreso condujeron a una revisión de la Constitución en 1992. El Estado cubano fue declarado laico, en lugar de ateo.

Para preparar la visita papal y realizar formalmente la invitación, el propio Castro se encontró con el papa en el Vaticano en noviembre de 1996, y la invitación fue aceptada en principio. Se restableció la Navidad como fiesta nacional (la costumbre de celebrarla había sido introducida cien años antes, en 1898, por el gobierno militar estadounidense, pero desapareció en 1969).

La visita del papa duró cinco días, celebrando cuatro misas al aire libre en diferentes ciudades del país, todas ellas retransmitidas en directo por la televisión nacional. Al papa, recibido en el aeropuerto por

[73] Cifras de un profesor de La Habana citadas en M. Azicri, *op. cit.*, p. 370.

Castro y todo el buró político del Partido Comunista, se le hablo del pobre historial de la Iglesia católica en Cuba. Castro recordó su periodo escolar católico, cuando se le enseñó que «ser protestante, judío, musulmán, hindú, budista, animista o seguidor de otras creencias religiosas, era un pecado mortal, merecedor de un castigo severo e implacable». Y volvió sobre uno de sus temas favoritos: el desinterés histórico de la Iglesia católica en atender a toda la población de la isla. «En algunas de esas escuelas para los ricos y privilegiados, entre los que me encontraba yo mismo, se me ocurrió preguntar por qué no había allí niños negros. Nunca podré olvidar las respuestas tan poco convincentes que recibí»[74].

El papa respondió que la Iglesia, durante su presencia de en la isla durante quinientos años, «no había dejado de difundir valores espirituales», y emprendió un viaje por el país. Celebró misa en Santa Clara, en Camagüey y en Santiago (donde Raúl Castro estuvo presente entre la multitud) antes de regresar a una ceremonia final en La Habana, a la que acudieron Castro y varias figuras importantes. En sus sermones el papa mencionó varios de sus temas favoritos: la oposición a la contracepción y el aborto, la necesidad de que los jóvenes «evitaran la vaciedad del alcohol, el abuso del sexo, el uso de drogas y la prostitución», y que el Estado debía mantenerse alejado de todas las formas extremas de fanatismo. En un gesto de aprobación de la opinión prevaleciente entre los cubanos, señaló tristemente que «en varios lugares está resurgiendo cierto neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana a las ciegas fuerzas del mercado y confía el desarrollo del pueblo a esas fuerzas».

Tales temas habían sido expuestos en otros lugares y ante otras audiencias, pero para Cuba el papa tenía varios mensajes específicos. Llamó la atención sobre el fenómeno de la emigración «que ha roto familias enteras y ha causado sufrimiento a gran parte la población». Sugirió cómo se podía promover el bienestar de la nación, de forma que «cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común»[75]. Gran parte de este discurso caía en tierra estéril,

[74] Citado en M. Azicri, *op. cit.*, p. 260.
[75] *Ibidem*, p. 262.

pero no todo él. Los católicos y los convertidos al catolicismo iban a desempeñar un importante papel en la creciente disidencia interna.

El papa también trató de recuperar parte del prestigio perdido de la Iglesia. En un encuentro en la Universidad de La Habana se refirió a su papel en la historia de Cuba, citando el caso del padre Félix Varela, precursor del movimiento independentista en el siglo XIX. Lo presentó como «piedra fundacional de la identidad nacional cubana», y sugirió, con cierta licencia histórica, que siempre había habido un vínculo entre la Iglesia y el patriotismo cubano[76].

Durante la visita papal quedó sin resolver la actitud de la Iglesia hacia las creencias afrocubanas mantenidas por gran parte de la población. Algunos líderes religiosos afrocubanos se quejaron de que la Iglesia católica hubiera lanzado una ofensiva contra ellos en vísperas de la visita del papa y los hubiera excluido del encuentro ecuménico que el papa mantuvo con protestantes y judíos. Su oferta de «un rito con tambores de bienvenida» en la catedral fue rechazado[77]. También se quejaron de que el papa hubiera advertido a los obispos y sacerdotes «contra la posibilidad de poner la santería y otras religiones afrocubanas a la altura de la Iglesia católica romana». Jaime Ortega, el cardenal cubano, respondió que la Iglesia cubana no había criticado las religiones afrocubanas, sino que había indicado su disgusto ante hacia los esfuerzos realizados «por el gobierno comunista de promover los ritos afrocubanos como alternativa al catolicismo» y como atracción turística.

En la ceremonia de despedida el papa hizo la referencia obligada al embargo estadounidense que esperaba Castro:

> En nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con los otros pueblos, que son necesarios para el desarrollo económico, social y cultural, especialmente cuando el aislamiento provocado repercute de manera

[76] Félix Varela era un profesor progresista de filosofía de la Universidad de La Habana a principios del siglo XIX, el primero que dio sus lecciones en español y no en latín. Formó parte de la delegación política enviada a las Cortes de Madrid durante el interludio liberal de tres años de 1820 a 1823. Defensor de la independencia latinoamericana, propugnaba una reforma radical de la educación y era un ferviente abolicionista, que recomendaba la libertad inmediata para los esclavos con compensación para sus propietarios. Cuando en 1823 se descubrió la conspiración conocida como Soles y Rayos de Bolívar, el padre Varela y otros liberales huyeron al extranjero.

[77] Citado en M. Azicri, *op. cit.*, p. 262.

> indiscriminada en la población acrecentando las dificultades de los más débiles en aspectos básicos como la alimentación, la sanidad o la educación [...] De este modo se contribuirá a superar la angustia causada por la pobreza, material y moral, cuyas causas pueden ser, entre otras, las desigualdades injustas, las limitaciones de las libertades fundamentales, la despersonalización y el desaliento de los individuos y las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del país, injustas y éticamente inaceptables*.

Castro apareció en televisión tras la partida del papa para agradecer al pueblo cubano que hubiera convertido «en un éxito aquella visita histórica». Esperaba claros beneficios de la visita y efectivamente los obtuvo[78]. Parecía como si hubiera enrolado al papa en su campaña contra el capitalismo y el consumismo occidental, había obtenido además una denuncia matizada del embargo económico estadounidense sobre la isla. Permitiría a la Iglesia mayor presencia en la sociedad cubana, pero sus portavoces subrayaron el papel relativamente limitado que le correspondía. Ricardo Alarcón explicó a la revista *Time* que aunque estaban a favor de que la Iglesia promoviera «ciertos valores de espiritualidad, de afabilidad y de solidaridad humana», seguiría habiendo límites a sus actividades seculares. Nunca volvería a gozar de la situación hegemónica que había tenido en otro tiempo. «No podemos regresar a los tiempos en que una región particular ocupaba el papel dominante, porque ésa es una forma de discriminación contra otros. La obligación del Estado es garantizar la libertad de religión, y eso implica tratar con todas ellas sobre la misma base»[79]. Los protestantes y los seguidores de la Santería recibirían el mismo trato; no se concederían favores especiales a la Iglesia católica.

El papa Juan Pablo II era un teólogo conservador: se oponía al diálogo entre cristianos y marxistas que fue tan popular en Latinoamérica; no le gustaban Frei Betto y sus amigos del movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo; obligó al silencio a Leonardo Boff, el conocido teólogo brasileño; y prácticamente anatematizó a los portavoces de la

---

* Véase el discurso en http://www.nnc.cubaweb.cu (en el apartado Grandes eventos). [N. del T.]

[78] Una consecuencia inmediata fue la decisión de Guatemala y la República Dominicana de reanudar sus relaciones diplomáticas con Cuba.

[79] Citado en M. Azicri, *op. cit.*, p. 268.

teología de liberación. En ningún caso se le podía calificar como blando con el comunismo. Pero tuvo que reconocer el gran atractivo que la Revolución cubana seguía teniendo, no sólo en Cuba sino para la mayoría de la gente en Latinoamérica. Había tenido que visitar al déspota en su guarida y de este modo había conseguido publicidad a escala mundial para el mensaje evangélico de su Iglesia. También había conseguido algunas mejoras concretas para la Iglesia cubana, que recuperó su capacidad para intervenir en la escena política. Las referencias del papa a Félix Varela se convirtieron en un llamamiento a la unidad para las fuerzas de la oposición en la isla, que comenzaron a proclamar su catolicismo, algunas de ellas mirando más hacia Europa que hacia Miami.

El caso de Elián González, 1999

Elián González era un niño de cinco años de la ciudad de Cárdenas al que se encontró en las aguas de Florida en noviembre de 1999, manteniéndose a flote sobre un neumático de camión. Era un superviviente, junto con otras dos personas, de un pequeño grupo que había partido de una playa de Cuba hacia el continente, con tiempo incierto, en un minúsculo bote con un motor fuera borda. Cuando apenas se divisaba la costa, el mar revuelto volcó el bote y éste se hundió. La madre de Elián y otros diez tripulantes se ahogaron[80].

Elián fue recogido por sus parientes de Miami, quienes le ofrecieron un hogar permanente. Su padre, que permanecía en Cuba, quería que regresara con su familia a Cárdenas. En Washington el gobierno federal se puso de parte del padre y pronto entró en un agrio conflicto con la comunidad cubana en Florida. El niño se convirtió en centro de una tormenta política durante más de seis meses, que se fue inclinando de parte del gobierno cubano. Los cubano-estadounidenses perdieron la batalla y a Elián se le permitió finalmente regresar a Cuba, después de la intervención del Tribunal Supremo estadounidense.

Esto supuso algo más que una victoria de la política de reunificación familiar. La contienda en torno al futuro de Elián hizo brotar nue-

[80] La historia de Elián González está contada con gran detalle en A. L. Bardach, *op. cit.*

vas dudas en Estados Unidos sobre la cordura de la política de su gobierno de aislar a Cuba simplemente para garantizarse el apoyo de las comunidades de exiliados en Florida y Nueva Jersey. Esa política no había dado resultados tangibles y a raíz del regreso de Elián a Cuba destacados hombres de negocios estadounidenses, en particular granjeros y comerciantes que pretendían explorar sus posibilidades comerciales en la isla, comenzaron a desafiar más enérgicamente a la administración.

El caso de Elián fue también un hito para la comunidad de cubanos-estadounidenses y sus esperanzas de regresar algún día a una Cuba sin Castro. La lucha por la custodia del niño cubano reveló sus divisiones y puso de manifiesto que durante la década anterior se había ido desarrollando una relación nueva y más flexible entre la isla y el continente. Donde en otro tiempo existía una extrema hostilidad entre miembros de familias divididas, semejante a las experimentadas en otras familias separadas por la una revolución o una guerra civil, los seguidores de Castro en Cuba y los exiliados en Miami se veían ahora atrapados en una relación perdurable, por complicada que fuera. Las visitas de familiares a Cuba se habían incrementado desde los últimos años de la administración Carter en los años setenta y fueron activamente alentadas por La Habana durante los noventa. El contacto era tan frecuente y regular que en el aeropuerto de La Habana se construyó una nueva terminal para ocuparse únicamente de los vuelos de familiares desde y hacia Miami, Nueva York y Los Ángeles. Se estima en las dos décadas transcurridas desde 1978 se vendieron un millón de billetes de avión para vuelos entre Miami y La Habana.

Cuba se vio también afectada por un fenómeno que barrió todo el Caribe y gran parte de Centroamérica y Sudamérica, el de jóvenes hombres y mujeres que buscaban cualquier medio entrar en Estados Unidos, atraídos por sus oportunidades económicas. Con el trabajo que encontraban al llegar allí ayudaban a mantener a sus familias enviándoles una parte de su salario. Desde México, Perú, Honduras o El Salvador llegaban a Estados Unidos cada vez más hispanos. Cuba recibía probablemente mil millones de dólares al año de sus emigrados a Estados Unidos, aunque esto fuera una escasa compensación por la pérdida de las subvenciones al azúcar y del apoyo financiero del mundo comunista en 1990.

Los padres de Elián, según todos los datos disponibles, eran ciudadanos ejemplares, sin interés especial por la política pero integrados en

el Comité de Defensa de la Revolución local y antes en la juventud comunista. Las cosas les habían ido bien. El padre de Elián, Juan Miguel González, trabajaba como cajero en una instalación turística de Varadero, con acceso a la economía del dólar; su madre, Elisa, también trabajaba allí. La pareja se había separado y finalmente divorciado. Juan Miguel se casó de nuevo, mientras Elisa se relacionaba con un joven conocido como Rafa que no era precisamente un ciudadano modelo. Rafa habría entrado y salido del ejército, de prisión y de Miami. Con un grupo de amigos y familiares organizó su malhadado viaje final a la costa de Florida, llevándose consigo a Elisa y Elián. Tanto Elisa como Rafa se ahogaron.

Elián fue ingresado primero en un hospital infantil en Miami y luego entregado por el Servicio de Inmigración estadounidense al cuidado de Lázaro, tío de su padre. Varias generaciones de la familia González se habían establecido en Florida desde 1959 y Lázaro lo había hecho en 1984. La decisión de la familia de Miami de mantener consigo a Elián, pese a las peticiones de su padre, fue pronto respaldada por la FNCA, que inmediatamente percibió las derivaciones políticas del caso y la posibilidad de movilizar a la comunidad cubano-estadounidense en la causa justiciera de salvar a un niño del comunismo. La Fundación imprimió carteles con el retrato de Elián, describiéndolo como una «víctima infantil» de Castro. Quizá imaginó en un primer momento que el padre de Elián también preferiría trasladarse a Florida con su hijo.

Juan Miguel pronto desengañó a sus parientes de Miami y pidió a las autoridades estadounidenses que devolvieran inmediatamente a su hijo a Cuba. El Servicio de Inmigración estadounidense, consciente tanto del debido proceso como de las implicaciones políticas del caso, tardó en actuar. Dado que se hallaba en el periodo vacacional de Navidad, el Servicio de Inmigración no decidió que Elián debía ser devuelto a su padre hasta el 5 de enero de 2000.

Los parientes de Miami, con ayuda de la FNCA, intentaron incumplir la decisión del Servicio de Inmigración interponiendo recurso ante los tribunales y pidiendo que se diera al niño asilo político. Para convencerlo de las delicias de la vida en Estados Unidos lo llevaron, una semana después de su sexto cumpleaños, a Disneyworld. Un inexperto juez de Florida decidió que Elián debía permanecer con sus parientes en Miami hasta que se celebrara una audiencia en marzo,

para decidir si sería nocivo para él devolverlo a Cuba. En aquel momento el gobierno federal estadounidense tomó cartas en el asunto y Janet Reno, la fiscal general, rechazó la decisión del tribunal de Florida. La propia Reno era de Florida y había sido fiscal del Estado en el condado de Dade. Sabía lo que tenía enfrente.

El gobierno cubano, dirigido por el propio Castro, se encontró con una enorme ventaja propagandística. Con su madre muerta, ¿quién podía negar que el lugar adecuado para Elián era junto a su padre en Cuba? Enormes multitudes de congregaron en el exterior de la oficina de intereses estadounidenses en el Malecón para protestar contra su mantenimiento en Miami. Las semanas pasaron mientras proseguía la disputa legal. El caso se convirtió en una telenovela de gran audiencia entre los telespectadores, tanto en Cuba como en Estados Unidos, cuyo reparto se amplió cuando a las abuelas de Elián se les permitió volar desde La Habana hasta Nueva York para presionar en favor de la devolución del niño. Fueron amablemente recibidas por Janet Reno en Washington pero les costó atravesar la protección familiar que rodeaba a Elián en Miami, aunque finalmente se les permitió verlo.

El caso atrajo la atención de los medios estadounidenses, no sólo por su interés humano intrínseco, sino por sus derivaciones políticas. Era un año electoral. El vicepresidente estadounidense Al Gore, candidato demócrata en las elecciones presidenciales que debían celebrarse en noviembre, rompió con la línea del gobierno en marzo, intentando ganar votos en Florida. Pidió que se le concediera a Elián residencia permanente en Estados Unidos. Puede que esto no le beneficiara electoralmente como él pretendía, ya que al menos una encuesta sugería que el 63 por 100 de los votantes de Miami preferían que Elián fuese devuelto a casa. Las encuestas en la totalidad de Estados Unidos transmitían el mismo mensaje.

Prosiguieron las negociaciones entre abogados del gobierno y la familia de Elián en Miami y durante un breve instante pareció inminente una solución después de que el Departamento de Estado le proporcionara a Juan Miguel González un visado para visitar a su hijo. Los cubanos pensaron que Juan Miguel volvería a casa con su hijo, mientras que la familia de Miami esperaba convencerlo para que permaneciera en Estados Unidos. Ambos bandos parecían estar realizando altas apuestas, aunque la lealtad del padre a Cuba nunca estuvo en cuestión. En abril una nueva decisión judicial en Miami determinaba que «su

presencia física [de Elián] en este país es facultad del gobierno federal», y que el tribunal del Estado no podía «subvertir la decisión de devolverlo a su padre y a su hogar en Cuba». Janet Reno trató de obtener un acuerdo personal con la familia de Miami y también lo hizo el senador Torricelli, pero nada pudo romper su firme decisión de mantener consigo al niño.

Finalmente, en la madrugada del 22 de abril, ocho agentes federales llegaron a la casa donde estaba Elián y forzaron la puerta. El niño, escondido en un armario, fue recogido por un agente armado y una fotografía del incidente, oportunamente tomada por un periodista local, apareció inmediatamente en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo. Elián se reunió con su padre en una base aérea estadounidense en los alrededores de Washington pocas horas después, y una fotografía más feliz lo mostraba en brazos de su padre. Se vieron obligados a permanecer en Estados Unidos todo un mes mientras se resolvían los detalles legales del caso, y finalmente regresaron a La Habana a finales de junio para ser recibidos en el aeropuerto por Ricardo Alarcón. Todo aquel episodio había sido un triunfo indudable de la Revolución.

Pero la controvertida entrada de madrugada en la casa de los parientes de Elián volvió a dividir a la opinión pública estadounidense. George W. Bush, el candidato republicano a las elecciones de noviembre, declaró que «la imagen que vieron la mayoría de los estadounidenses, del niño aferrado por un oficial que llevaba en la otra mano un arma automática, no representa el sentir de América». La prensa estadounidense, con la previsible excepción del *Miami Herald* y el *Wall Street Journal*, se puso de parte del padre de Elián y criticó agriamente a los cubanos de Miami que habían tratado de mantener al niño en Florida. David Rieff describía en el *New York Times* a la comunidad de Miami como «una república bananera fuera de control dentro del cuerpo político estadounidense»[81].

José Basulto, exiliado desde hacía tiempo y fundador de Hermanos al Rescate, escribió que «me importa un carajo lo que pueda pensar el público estadounidense sobre la comunidad de exiliados cubanos»[82]. Era una reacción comprensible por parte de un activista radical, pero

[81] Citado en A. L. Bardach, *op. cit.*, p. 100.
[82] Citado en A. L. Bardach, *op. cit.*, p. 100.

una mala política. Una encuesta Gallup reveló no sólo que la opinión pública estadounidense no compartía el punto de vista de la comunidad de Miami, sino que el 70 por 100 de los votantes estaba a favor del levantamiento del embargo a Cuba[83]. Pero en Florida las cosas fueron en un sentido muy distinto en noviembre. En las dos elecciones presidenciales anteriores, en 1992 y 1996, la mayoría de los cubanos de Miami habían votado por Clinton, el candidato demócrata. En noviembre de 2000 fue George W. Bush quien pudo proclamar que había ganado tanto el Estado como la presidencia, aunque el resultado fue muy cuestionado. Así pues, hubo que pagar un precio muy alto por el triunfo de Cuba.

Disidentes y oposición, 1991-2003

El comienzo del «periodo especial» coincidió con el surgimiento de una nueva forma de oposición a la Revolución. A lo largo de los años sesenta varios grupos abiertamente contrarrevolucionarios, con respaldo estadounidense, llevaron a cabo una serie de atentados terroristas en una especie de guerra encubierta que mantenía la isla en un estado de alerta permanente, aunque nunca tuvieron a su alcance su objetivo político de derrocar al gobierno. En años posteriores muchos opositores abandonaron la lucha y optaron por el exilio, solicitando un visado estadounidense y trasladándose a Miami. Durante la década de 1990 el gobierno tuvo que afrontar un fenómeno nuevo: el de ciudadanos desafectos a la Revolución pero que permanecían en la isla para tratar de cambiar las cosas desde dentro. A menudo se trataba de miembros de la clase media profesional, duramente golpeados por las difíciles circunstancias económicas del «periodo especial» y que no disponían del acceso a la economía del dólar que permitía a otros ciudadanos –con parientes en Miami o empleos en el sector turístico– mantenerse a flote.

Aunque la motivación principal de esos disidentes, como se les llamaba en la prensa internacional, solía ser su agobio económico, también se sentían constreñidos por la escasa libertad intelectual y por la falta de voluntad del gobierno para aceptar cualquier debate interno

[83] A. L. Bardach, *op. cit.*, p. 289.

profundo sobre el camino a seguir. Treinta años de algo descrito como «socialismo revolucionario» habían llegado a su fin con el colapso de la Unión Soviética y mucha gente pretendía que se discutiera públicamente lo que podía o debía suceder a continuación. Esos disidentes no eran económicamente poderosos ni una clase media en el sentido económico, pero muchos de ellos eran inteligentes e instruidos y creían que sus capacidades estaban siendo infrautilizadas en el régimen de cosas existente. Todos eran conscientes de los vientos neoliberales de cambio que barrían el mundo exterior y estaban interesados en su eventual efecto sobre Cuba.

Un grupo de economistas, descontentos con la lentitud de las reformas, publicó en 1997 un documento crítico hacia la estrategia económica del gobierno. Ese documento, presentado con el título *La Patria es de Todos* al debate previo al quinto congreso del partido, criticaba a la dirección de éste por complacerse en los pasados logros de la Revolución sin hacer propuestas constructivas para mejorar la situación económica en el futuro. Vladimiro Roca Antúnez, el miembro más destacado del grupo, no era precisamente un peligroso subversivo. Hijo de Blas Roca, uno de los padres fundadores del partido comunista, se había formado como piloto en la fuerza aérea y había trabajado más tarde en una institución estatal responsable de las inversiones extranjeras. Había formado un equipo con otros tres profesionales deseosos de promover la discusión sobre otras estrategias económicas: Félix Bonne Carcassés, ingeniero, René Gómez Manzano, abogado, y Marta Beatriz Roque Cabello, economista.

Ese grupo difícilmente se podía calificar de contrarrevolucionario, pero al gobierno nunca le había resultado fácil tratar con la disidencia intelectual y se sintió claramente alarmado por la influencia que aquel grupo podía ejercer sobre otros miembros de un sector social potencialmente descontento. Años antes se había puesto en vigor una legislación muy estricta para hacer frente a la oposición contrarrevolucionaria, y dado que la Revolución todavía sufría el bloqueo estadounidense era fácil argumentar que cualquier discusión sobre la futura estrategia económica era por definición subversiva. Los cuatro críticos fueron detenidos y sometidos a juicio en 1999, acusados de incitar a la sedición y de poner en peligro la economía. Bonne, Gómez y Roque fueron condenados a cuatro años de prisión, pero fueron puestos en libertad a principios del año siguiente tras las peticiones de clemencia

llegadas de Canadá, México y el Vaticano. Roca no fue liberado hasta mayo de 2002 y al salir de prisión reveló que su oposición era más política que económica. Declaró su creencia en que el sistema político de la isla no funcionaba y en que habría que cambiarlo. Argumentaba que había que iniciar ese cambio mientras Castro seguía en el poder. En prisión se había convertido al catolicismo y les dijo a los periodistas que el cambio tenía que llegar mediante reformas pacíficas y legales. «No busco la confrontación –dijo–; buscó la reconciliación.»

Mientras el grupo de Roca estaba entre rejas surgió otro, estrechamente identificado con la Iglesia católica. El Proyecto Varela, cuyo nombre provenía de Félix Varela, defensor decimonónico de la independencia, fue organizado por Osvaldo Payá, asociado anteriormente con un grupo llamado Movimiento Cristiano de Liberación. El Proyecto Varela se concentró desde un primer momento en la reforma política más que en la economía y era más activista y menos cerebral que el grupo de Vladimir Roca. Emprendió una recogida de firmas para pedir un referéndum sobre la eventual reforma del sistema de partido único del país. Bajo los términos de la Constitución de 1976 los ciudadanos cubanos podían proponer nuevas leyes si conseguían más de 10.000 firmas en apoyo a su propuesta. La amplia petición de Payá también pedía una amnistía para los presos políticos, respeto a los derechos de libre expresión y libre asociación y mayores oportunidades para los negocios privados. La petición firmada concluía con un llamamiento en favor de una nueva ley electoral y nuevas elecciones. «Para Cuba son vitalmente necesarios los cambios en todos los aspectos –les dijo Payá a los periodistas– y el proyecto Varela es una forma de conseguir esos cambios pacíficamente y sin exclusiones»[84].

Roca se oponía al proyecto Varela y Marta Beatriz Roque, miembro de su grupo, proclamó que era «irrealista» tratar de cambiar una Constitución que había sido diseñada por el gobierno de Castro. Al ser liberado de prisión, no obstante, percibiendo que el proyecto Varela tenía ahora algo de viento en las velas, Roca declaró que lo apoyaría.

Otro grupo de disidentes, conocido como «Todos Unidos» y dirigido por Héctor Palacios, también alabó el Proyecto Varela por superar «la cultura del miedo» en Cuba. El grupo de Palacios se quejaba de

[84] Información de la agencia Reuters desde La Habana, viernes 10 de mayo de 2002.

que docenas de sus activistas en busca de firmas habían sido atacados verbal y físicamente, como lo habían sido cientos de personas que firmaron la petición. Habían sufrido «detenciones, registros, coerciones, malos tratos y humillaciones».

La culminación del proyecto, alcanzada en mayo de 2002, tuvo lugar cuando Payá entregó la petición, debidamente firmada por 11.000 personas, a la Asamblea Nacional en La Habana, en vísperas de una visita a la isla de Jimmy Carter. Éste se refirió favorablemente el proyecto durante una entrevista en directo en la televisión cubana, pero Castro tomó medidas para aplastar la iniciativa. Más adelante se celebró un referéndum promovido por el gobierno, destinado a respaldar el carácter inalterablemente «socialista» de la Constitución cubana en vigor. Por muchas firmas que se reunieran eso no podría cambiar.

La dificultad más seria que afrontaban los disidentes era la necesidad de mantener sus actividades alejadas de las organizadas por los exiliados de Miami o por la «oficina de intereses» estadounidenses en La Habana, y esto acabó demostrándose imposible. El gobierno estadounidense había prometido apoyar a la «sociedad civil» cubana y pronto proporcionó dinero para el reparto de aparatos de radio capaces de sintonizar Radio Martí y ayudó a financiar las denominadas «bibliotecas independientes». Posiblemente fue un estorbo para el Proyecto Varela el apoyo público que le dio el gobierno estadounidense; Vicki Huddleston, la principal funcionaria estadounidense en La Habana, lo presentó ante la prensa en 2002 como la actividad reciente más importante realizada por la oposición cubana. Su sucesor, James Cason, se mostró públicamente aún más activo en su apoyo a los disidentes, invitándolos a su oficina para utilizar sus instalaciones y viajando por el país para ofrecerles aliento y apoyo.

A principios de 2003 el gobierno ordenó un nuevo cierre de filas y 75 miembros de la oposición, entre ellos Roca, fueron detenidos y acusados de colaboración con una potencia enemiga. A Payá no lo tocaron, quizá porque había recibido un amplio reconocimiento en Europa y estaba menos identificado con las actividades de la oficina estadounidense. Fue un momento difícil. Castro estaba preocupado por la renovada hostilidad verbal de la administración Bush, por el deterioro de las Naciones Unidas durante los preparativos de la invasión de Iraq y por el vigor con el que Cason estaba ayudando a financiar y organizar la oposición. El gobierno estaba bien informado sobre lo que se

preparaba desde ésta, ya que varios agentes del servicio secreto se habían infiltrado en sus organizaciones, llegando uno o dos de ellos a ocupar posiciones de liderazgo.

Al mismo tiempo, una nueva oleada de secuestros de aviones para desviarlos a Florida indujo a Castro a pensar que la Revolución estaba siendo de nuevo víctima de una campaña de desestabilización. En su peor momento, cuando por fin se produjo la invasión estadounidense de Iraq en marzo de 2003, el gobierno pensó que también Cuba podía ser invadida si se producía un nuevo éxodo en masa. Cuando las autoridades estadounidenses en Florida se negaron a devolver a los secuestradores a La Habana, el gobierno cubano decidió dar ejemplo con la próxima banda que cayera en sus manos. Un ferry secuestrado en el puerto de La Habana, que se quedó sin gasolina en el trayecto hacia Florida, fue capturado por los guardacostas cubanos y devuelto al puerto. Los tres autores del secuestro fueron detenidos, juzgados y condenados a muerte.

Las ejecuciones suscitaron considerables protestas en el exterior, en particular en los países de la Unión Europea en los que la pena de muerte se había suprimido desde hacía tiempo. Aunque esta dura decisión pudo evitar una seria crisis, perjudicó la estrategia a largo plazo de Castro de separar a la Unión Europea de Estados Unidos. Desde la aprobación de la ley Helms-Burton muchos gobiernos europeos habían tratado de establecer una política hacia Cuba independiente de la de Estados Unidos. Ahora se vieron obligados por su retórica sobre los derechos humanos y en cierta medida por la presión de la opinión pública, descontenta con la pena de muerte y las condenas de prisión, a acercarse a la posición estadounidense.

Castro recurrió, como es habitual en él, a la ofensiva, encabezando una manifestación de protesta ante la embajada de España, la vieja potencia colonial a la que se veía como cabecilla de las críticas hostiles de Europa. El resultado fue un refuerzo del desafío de la isla frente al mundo exterior, pero también de su sensación de aislamiento.

Cuba en el siglo XXI

En enero de 2001, a diferencia del resto del mundo aunque técnicamente fuera correcto, Cuba celebró el comienzo del tercer milenio de la era cristiana, junto con otro aniversario de la Revolución de 1959.

Castro, que ya contaba 74 años, llevaba más de cuatro décadas en el poder con su hermano Raúl junto a él. Había importunado, y en muchos de los casos sobrevivido, a nueve presidentes estadounidenses, desde Eisenhower hasta Clinton[85]; converso tardío al comunismo, pero estrecho aliado de lo que fue en otro tiempo la Unión Soviética, había colaborado con seis líderes soviéticos, desde Jruschev hasta Gorbachov[86], y también, como defensor de las luchas revolucionarias anticoloniales, con las figuras más destacadas del Tercer Mundo[87]. En febrero de 2003 tomó el té en Hanoi con el nonagenario general Giap, el que derrotó a los franceses en la batalla de Dien Bien Phu en 1954, justo un año después del asalto al cuartel Moncada.

En el nuevo milenio Castro seguía viajando por los países del Tercer Mundo; era la única figura política de más de setenta años, aparte de Nelson Mandela, a la que los jóvenes deseaban ver y escuchar. Siguió hablando contra las injusticias del capitalismo, pero se hicieron menos frecuentes sus alusiones al marxismo y adoptó el lenguaje de los nuevos movimientos surgidos para combatir la globalización y el neoliberalismo, siendo admitido pronto como miembro honorario en sus filas. También mantuvo su oposición al racismo que había azotado en otro tiempo la sociedad cubana, diciendo a una conferencia de la ONU celebrada en Sudáfrica en septiembre de 2001 que apoyaba la demanda de reparaciones a cuantos habían sufrido por la trata de esclavos. Exigió a «la superpotencia hegemónica» que pagara «la deuda particular que tiene con los afronorteamericanos, con los indios encerrados en las reservaciones y con las decenas de millones de inmigrantes latinoamericanos, caribeños y de otros países pobres, de color indio, amarillo, negro o mestizo, víctimas de la discriminación y el desprecio»[88].

Siguió buscando aliados allí donde podía encontrarlos, a veces en distantes continentes y a veces más cerca de casa. Halló un alma geme-

---

[85] Los presidentes estadounidenses durante la era Castro fueron Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush, Clinton y Bush Jr.

[86] Los dirigentes de la Unión Soviética durante la era Castro fueron Jruschev, Kosiguin, Brezhnev, Andropov, Chernienko, Gorbachov y Yeltsin.

[87] Entre esas figuras cabe mencionar a Tito, Nasser, Ben Bella, Huari Bumedian, Kwame Nkrumah, Julius Nyerere, Sékou Touré, Samora Machel, Amílcar Cabral, Agostinho Neto, Nelson Mandela, Muammar al-Gaddafi, Robert Mugabe y Mengistu Haile Mariam.

[88] Discurso de Fidel Castro en Durban, 1 de septiembre de 2001. Véase el discurso en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2001/esp/f010901e.html.

la en la vecina Venezuela, estableciendo una estrecha amistad con el teniente coronel Chávez y enviándole 10.000 médicos cubanos para ayudarle a combatir la miseria en los ranchitos. La garantía de un suministro regular a Cuba de petróleo venezolano no fue el menor de los provechos de esa relación. Mirando más lejos, en mayo de 2001 viajó al reducto del fundamentalismo musulmán en Teherán, para manifestar a los estudiantes universitarios su fe en que «el rey imperialista caerá». El ayatollah Ali Jamenei le aseguró que Irán y Cuba podrían «derrotar juntos a Estados Unidos».

El gobierno de Castro ya no estaba dirigido en el nuevo milenio por un grupo de envejecidos guerrilleros barbudos de los años cincuenta. Éstos fueron sustituidos por jóvenes graduados de las universidades y escuelas técnicas de la isla, a menudo reclutados en las provincias. Ricardo Alarcón proclamó en 2001 que la mayoría de los miembros del gobierno y del Partido Comunista, lejos de ser veteranos de la guerra revolucionaria, eran ahora menores de cuarenta años[89]. Castro se ha rodeado de jóvenes durante muchos años, observando el surgimiento de cada nueva generación de graduados universitarios y convenciendo a los más brillantes para que trabajaran a su lado.

Enrique Oltuski, un viejo fidelista nacido en 1930 que trabajó durante décadas en el ministerio de Pesca, hablaba de los esfuerzos realizados en su ministerio para promover a los jóvenes: «Yo soy la excepción; el resto de nuestros viceministros son mucho más jóvenes, de entre 30 y 35 años de edad. Estamos promocionando a los jóvenes, porque el futuro de la Revolución debe estar en sus manos».

Una razón muy particular para la promoción de los jóvenes a posiciones importantes en la Revolución, decía Oltuski, era evitar el ejemplo soviético: «Si no están al mando, pueden dejar ponerse en contra. Esto es lo que sucedió en el campo socialista, cuando la vieja guardia no quiso dejar sus puestos y los jóvenes tuvieron que alzarse contra ellos. Por eso el 95 por 100 de los puestos del gobierno están ocupados hoy día por jóvenes»[90].

---

[89] Entrevista con Ricardo Alarcón, publicada en *El Nacional*, Caracas, 12 de julio de 2001.

[90] E. Oltuski, *Vida Clandestina: My Life in the Cuban Revolution*, Nueva York, 2002, p. 288.

A algunos jóvenes, educados en las privaciones de la década postsoviética, no les faltaba cierto cinismo posrevolucionario. Había quienes recordaban orgullosamente –con su entusiasmo por la música, el arte y la cultura estadounidense– la larga historia de las estrechas relaciones de Cuba con Estados Unidos. En Washington también eran muchos los que argumentaban que el embargo económico «impulsaría a Cuba hacia la democracia y la economía de mercado» y depositaban su fe en esas capas de la población, sin darse cuenta quizá de las implicaciones históricas de tal actitud, ya que una parte sustancial de la tradición nacionalista cubana, desarrollada durante más de un siglo y mantenida y amplificada por la Revolución castrista, ha sido el deseo de escapar a la tutela estadounidense impuesta por la Enmienda Platt de 1902[91].

Cuando en 1997 se le preguntó sobre la actitud general de la población hacia la Revolución, el general José Ramón Fernández, veterano de la batalla de bahía de Cochinos, se mostró realista y flemático:

> No quiero decir que no haya gente descontenta en Cuba, o en desacuerdo con el socialismo [...] Sufrimos escaseces, privaciones, dificultades. También corremos riesgos; hay peligros. Hay gente más orientada hacia el consumo, que desearía una vida más confortable, sin luchas. Hay gente que quizá, consciente o inconscientemente, ponen una camisa, un par de pantalones o un automóvil por encima de la soberanía del país o de la justicia social, y es evidente que esa gente no está muy entusiasmada con la Revolución[92].

La generación anterior, entretanto, se contentaba con sus recuerdos de los primeros años, escribiendo montones de historias que contaban los triunfos de la guerra revolucionaria. Los de mediana edad recordaban sus guerras en África (tan sólo en Angola habían servido 300.000 cubanos), o quizá en Granada y Nicaragua. Otros recordaban su larga asociación con la Unión Soviética y los países del antiguo mundo comunista. Más de 300.000 cubanos hablaban con facilidad en ruso y muchos cientos hablaban checo, búlgaro, polaco o alemán, herencia de las legiones de traductores que se necesitaron en otro tiempo para lubricar los engranajes comerciales del COMECON.

---

[91] S. K. Purcell y D. Rothkopf, *op. cit.*, p. 100.

[92] Entrevista en 1997, en *Making History*, cit., p. 103.

Cuba es uno de los pocos países del mundo que ha conocido tres potencias coloniales: España, Estados Unidos y la Unión Soviética. Las tres dejaron una impronta significativa sobre la isla y su gente, y un legado duradero de edificios, artilugios y niños. Los soviéticos fueron los últimos en llegar y los últimos en dejar la isla, y a principios del siglo XXI –aparte de un cúmulo de descoloridos edificios de hormigón mal adaptados a los trópicos– eran poco más que un recuerdo.

La Revolución de Castro convirtió a Cuba en un país importante durante un periodo de cuarenta años y la consagró como una presencia permanente en la escena mundial. Generó en el pueblo cubano una sensación intangible pero real de orgullo por su país. Los visitantes extranjeros podían mirar con abatimiento el aspecto abandonado y descuidado de grandes zonas de La Habana, pero pocos podían dejar de observar la amabilidad y optimismo de su población, sana y bien vestida. Aquella Revolución no acabó en una lucha fratricida, sino que ha producido incesantemente nuevas generaciones de ciudadanos instruidos, motivados por el afecto hacia sus gobernantes y su Revolución y poseídos por un patriotismo basado orgullosamente en la larga historia de su país y los logros de su pueblo.

Epílogo

En los últimos años he viajado a Cuba en varias ocasiones, encontrándome con viejos amigos, entrevistando a ministros, hablando con historiadores, reviviendo viejos recuerdos, absorbiendo nuevas impresiones y reuniendo material para este libro. Son muchas las cosas que han cambiado en cuarenta años, pero son más las que han permanecido idénticas, ya que uno de los encantos usualmente olvidados de los gobiernos comunistas es su capacidad para parar el reloj. Regímenes que en otro tiempo querían cambiar el mundo y promover la modernidad en todas sus formas, se han mostrado a menudo resueltamente conservadores en la práctica, posiblemente para satisfacción de su propio pueblo.

Cuba ha seguido siendo en gran medida la misma que era. El atractivo de la isla para los visitantes actuales, aparte del sol y las playas, no es únicamente la última mirada hacia la era comunista, sino la posibilidad de recuperar el mundo de hace más de medio siglo. Pasé un par de noches en el hotel Habana Libre, el antiguo Hilton construido justo antes de la Revolución en el distrito antes muy exclusivo del Vedado en la ciudad vieja. En mi juventud el hotel estaba lleno de revolucionarios de toda Latinoamérica, serios guerrilleros y comentaristas de salón. Ahora forma parte de una cadena española especializada en el turismo. Los guardias de seguridad negros, elegantes en sus trajes tropicales de aspecto italiano, forman parte del sofisticado ambiente de una forma tan relajada que se les podría tomar por huéspedes. No se ve ningún arma. Las reservas se comprueban en un ordenador; las habitaciones se

abren con tarjetas de plástico. Todo lo que queda de los viejos días es la Sala Solidaridad del primer piso, en la que en otro tiempo se celebraban incesantes reuniones revolucionarias.

Pero el panorama del Caribe y el Malecón –la espléndida costanera curva de La Habana–, no ha cambiado en cuarenta años. El gigantesco edificio Focsa, construido con los beneficios de una compañía de ferrocarriles y donde en su época se reunían innumerables economistas latinoamericanos; la gran mole del hotel Nacional, tesoro gris de la época de Batista antiguamente lleno de asesores soviéticos y sus familias; los innumerables palacios de estilo colonial del Vedado necesitados de una capa de pintura; todos esos edificios siguen exactamente como eran en otro tiempo, aunque si se tienen dólares ahora se pueden pedir langostas asadas a la parrilla en el restaurante del último piso del Focsa y beber mojitos en la incomparable terraza del Nacional. No hay nuevos edificios en la línea del horizonte, no se ha gastado ni un peso en renovar esta parte de la ciudad, y los minúsculos aparcamientos, el pequeño taller de ingeniería y el ocasional café al aire libre siguen donde estaban.

Pero bajo la impresión superficial de que nada ha cambiado, un factor constante en la vida cubana durante más de dos siglos ha desaparecido por fin. El pilar principal de la economía y la sociedad cubana se ha desvanecido. El gobierno hizo pública a mediados de 2002 su decisión de abandonar la cosecha y producción de azúcar como principal actividad económica del país. Cerca de la mitad de los ingenios azucareros del país, 71 de 156, desaparecerían; la mitad de la extensión antiguamente dedicada a la caña de azúcar se dedicaría ahora a otros cultivos; y al menos una cuarta parte de la fuerza de trabajo empleada en el azúcar, de unas 400.000 personas, se dedicaría a otros trabajos.

Esta decisión se había venido retrasando durante años. La desaparición del mercado soviético y el colapso de la producción durante el «periodo especial» provocaron una dramática caída en los ingresos procedentes del azúcar. En 1990, el último año en el que el azúcar se vendió a la Unión Soviética según los viejos acuerdos, Cuba recibió a cambio 4.800 millones de dólares. En 2002, con el azúcar vendido en el mercado mundial, se obtuvieron menos de 500 millones. La producción disminuyó de 8 millones de toneladas en 1989 a 3,6 millones en 2001.

El sector turístico, que es ahora el principal proveedor de divisas extranjeras para la isla, sobrepasó al azúcar ya en 1995. El azúcar se mantuvo en segundo lugar durante varios años, pero el gobierno concluyó finalmente que el azúcar cubano nunca volvería a representar la ventaja especial que había constituido en el pasado. El mercado mundial había cambiado hasta hacerse irreconocible. Se han desarrollado otras fuentes alternativas de azúcar, promovidas en la industria alimentaria de Occidente. Cuba se vio particularmente afectada por el aumento de la producción en Brasil, ampliamente incrementada en los años ochenta para producir alcohol a partir del azúcar como combustible para vehículos de motor durante la crisis energética mundial. Cuando esto dejó de ser económico el azúcar brasileño se volcó en el mercado mundial, haciendo bajar el precio hasta un nivel que la mayoría de los expertos suponían que se mantendría en el futuro. Los días dorados de la escasez de azúcar habían terminado.

Cuba había contado durante mucho tiempo con una protección especial, primero en la época de la cuota estadounidense para el azúcar y, más recientemente, mediante sus acuerdos con la Unión Soviética. Durante la década de los noventa se vio obligada a tomar algunas decisiones difíciles. Fui a ver al general Ulises Rosales del Toro, el ministro del Azúcar, para preguntarle qué había sucedido. Rosales del Toro no es una figura corriente, es uno de los hombres más influyentes del gobierno de Castro, sólo por debajo de Raúl Castro en el escalafón del ejército. Veterano de Sierra Maestra y de las guerras en Angola, así como participante en la guerra de guerrillas venezolana durante la década de 1960, presidió también el consejo de guerra al general Ochoa en 1989. Sólo alguien de su rango e importancia habría sido capaz de llevar adelante aquel dramático giro histórico y de convencer a los trabajadores del azúcar para que aceptaran los cambios. Ahora en la sesentena, informalmente vestido con una guayabera y con grandes gafas, hace gala de una considerable presencia física. Le hablé de mi primer viaje a Cuba hace cuarenta años, cuando Che Guevara defendía el desarrollo industrial para escapar de la tiranía del monocultivo agrícola. ¿Cree que se está llevando ahora a la práctica la ambición de Guevara?

Bueno –respondió el general Rosales con un centelleo en los ojos–, usted estuvo aquí en el momento exacto del último viraje, cuando recibimos aquella fabulosa oferta de la Unión Soviética de comprar nuestro azúcar a un precio sin precedentes, mucho más generosa que la

cuota de azúcar que habíamos tenido con Estados Unidos». Prosiguió exponiendo cuidadosamente las cifras, explicando el maravilloso trato que los soviéticos habían dado a Cuba, pudiendo producir más azúcar y venderlo a un precio más alto. Luego, durante la década de 1990, las cifras se vinieron abajo. La producción disminuyó y el precio mundial cayó. La aritmética trabajaba contra la industria azucarera. La tarea de Rosales del Toro consistió en conversar con los trabajadores, explicándoles a ellos y a sus familias lo que había sucedido y lo que sucedería en el futuro. Viajó por todo el país, manteniendo miles de encuentros. A todo el mundo se le garantizaría un empleo y allí donde fuera posible cada uno permanecería en la misma unidad. Algunos trabajarían en nuevas tareas en la agricultura y otros se reconvertirían.

Al día siguiente fui a un ingenio azucarero fuera de servicio en Artemisa, al oeste de La Habana, uno de los trece ingenios propiedad en otro tiempo de Julio Lobo, un magnate millonario del azúcar que abandonó la isla en 1960 pese a las peticiones de Guevara de que se quedara. Ninguna de las personas con las que me encontré podía recordar lo que había sucedido en aquel momento. Todos eran demasiado jóvenes. El ingenio es ahora como una gran catedral en ruinas, una gigantesca construcción envuelta en planchas onduladas de hierro, que alberga una infinidad de artilugios para triturar y machacar la caña, ahora apilados y desconectados. Todavía flota en el aire una ligera fragancia de melaza. Unos 850 obreros trabajaban en esta planta y en el complejo agrícola anejo, de un pueblo con 3.000 habitantes. Ahora se espera que la fuerza de trabajo se reduzca a 350 obreros y los restantes serán reconvertidos.

La vieja mansión colonial de Julio Lobo se utiliza como centro de educación de adultos para los trabajadores. Hablé con algunos de los profesores; aparte de los cursos de agricultura, incluidos los de producción de hortalizas y frutas, se dan cursos de contabilidad, informática, veterinaria y lenguas. Le pregunté a un profesor negro, que antes trabajaba como ingeniero en la planta, si no le entristecía un poco contemplar la desaparición de una parte tan significativa de la historia de Cuba. «Sí –dijo–, lo llevamos en la sangre y nuestras familias crecieron aquí; pero hemos entendido que era necesario». Mirando el lado bueno, señaló que se les había garantizado trabajo de algún tipo en el futuro, y sus familias seguirán viviendo allí y tendrán algunas oportunidades de mejora.

Un libro de historia no es una bola de cristal, pero aun así, en las particulares circunstancias de Cuba, el lector que dé un repaso a cinco siglos de historia podría legítimamente esperar una posdata referida a ciertos temas de larga duración y cómo se podrían prolongar en el futuro. La gente pregunta siempre qué cambios tendrán lugar cuando muera Castro, un acontecimiento que podría suceder mañana o dentro de veinte años y espera habitualmente una respuesta apocalíptica. ¿Caos en las calles o una revolución de terciopelo? ¿Migraciones en masa o una invasión desde Miami? ¿Prolongación del desafío y una nueva ocupación estadounidense?

Un desenlace violento sería ciertamente acorde con gran parte de la historia de Cuba, dominada tan a menudo por las rebeliones internas y las intervenciones externas. Frente a esa posibilidad está el legado de Castro de medio siglo de paz social, así como la larga tradición del pueblo cubano de buscar sus propias soluciones para sus problemas. Pero el prolongado interés de Estados Unidos por los asuntos de la isla, muy anterior a la Revolución y que se remonta a los primeros años del siglo XIX, no desaparecerá por las buenas con Castro. Tampoco lo hará el deseo de los cubanos de ser libres e independientes.

Cuba ha sido víctima de tres imperios y los ha rechazado a los tres. «Tuvimos la ocupación española, la ocupación estadounidense y la ocupación soviética –me dijo un leal revolucionario–; ahora funcionamos por nuestra cuenta». El gobierno cubano ya no justifica su existencia como en otro tiempo por la pretensión de construir el socialismo. Insiste en cambio en su heroica y larga lucha nacionalista contra Estados Unidos, una campaña que todavía despierta ecos sentimentales en gran parte de Latinoamérica.

Para llevar a cabo esa batalla se han empleado muchas armas sorprendentes. Los museos de las zonas renovadas de la vieja Habana ignoran los logros del socialismo en la isla y cantan alabanzas al colonialismo español. La cultura de las plantaciones y la esclavitud, que no concluyó formalmente hasta 1886, es presentada románticamente en lugar de denunciarla. Los antiguos hoteles de los gángsteres reciben a los turistas extranjeros con fotografías de los viejos días del capitalismo rampante, cuando las estrellas argentinas del tango, las bailarinas mexicanas y las cantantes brasileñas coqueteaban con los mafiosos estadounidenses. Cuba ha abrazado la «cultura de la herencia» con el mismo entusiasmo que los posmodernistas en Occidente. Tras un flirteo que

ha durado diez años con el turismo de masas y el creciente uso del dólar estadounidense por gran parte de la población, esa cultura de una nostalgia nacionalista selectiva seguramente ayuda a lubricar el notable deslizamiento del país hacia un futuro capitalista.

Castro es un observador astuto y sofisticado de la escena internacional y un hombre familiarizado con la historia de su continente, y conoce mejor que nadie lo que vendrá a continuación. El principal resultado de la gran revolución mexicana, después de que décadas de agitación revolucionaria arrastraran a gran parte de la población a la economía moderna, fue predisponer al país para la explotación capitalista. Cuba parece dispuesta a seguir el mismo camino.

Comparada con el sombrío promedio latinoamericano, la población de la isla está sana e instruida, pero muchos cubanos están hartos de arrastrarse con sus propias fuerzas. Como los pintorescos peces de *papier maché* que se venden en los puestos artesanales que deslucen las zonas nobles de la vieja Habana, anhelan sedientos con la boca abierta los grandes tragos de capital que seguramente inundarán el país en cuanto muera el anciano Castro. Ése no es seguramente el resultado que esperaban los entusiastas revolucionarios del pasado, pero el resistente y alegre pueblo cubano, aislado durante décadas, es todavía capaz de proporcionar algunas sorpresas. La experiencia de la independencia obtenida durante el largo «periodo especial» de la última década puede salvarlos de los peores excesos del poscomunismo en la antigua Unión Soviética y Europa oriental. Paradójicamente, al rendirse a lo inevitable y reintroducir a los cubanos muy gradualmente en las tentaciones del capitalismo, Castro puede haber rendido su último gran servicio revolucionario a su país.

Personalmente espero pocos cambios en los próximos años, ni siquiera cuando muera Castro. Cuba lleva ya varios años con un gobierno poscastrista. Raúl Castro sigue dirigiendo las fuerzas armadas, como ha hecho desde 1959. Ricardo Alarcón, presidente de la Asamblea Nacional y experto negociador con Estados Unidos, es el gurú político del país, consciente de los cambios en la opinión pública. Carlos Lage es el primer ministro y supervisor de la economía del país. Felipe Pérez Roque es una mano segura en Asuntos Exteriores, que mantiene el extraordinario apoyo a Cuba a escala mundial. Es un equipo más que competente que podría dirigir los asuntos de cualquier país en cualquier época, como me explicó un admirado embajador occidental.

El propio Castro está ahora en gran medida ausente de la escena. Hace cuarenta años estaba en todas partes: en la televisión cada noche, en los periódicos cada día, y con un poco de suerte te lo podías encontrar en tu propio hotel. Cuba nunca ha caído en el culto a la personalidad de estilo soviético, pero casi nada sucedía sin que él interviniera, y sus entusiasmos se convertían en los del país. Ahora se ha convertido en un presidente emérito, un hombre de Estado veterano, y la maquinaria del gobierno funciona sin su mano al timón. Sigue siendo una figura de todos nuestros ayeres, con la barba gris pero eternamente joven como una antigua estrella del rock. No dirige el país, pero preside un gobierno que es creación suya. Ha cambiado su eslogan de «socialismo o muerte», adecuado para el violento siglo XX, por el de «otro mundo es posible», apropiado para los revolucionarios más pacifistas de una nueva era. Cuando muera habrá pocos cambios en Cuba. Aunque poca gente lo haya notado, el cambio ya se ha producido.

Apéndice A

Carta de John Quincy Adams, Secretario de Estado norteamericano, a Hugh Nelson, embajador estadounidense en Madrid, 23 de abril de 1823

Esas islas son apéndices naturales del continente norteamericano, y una de ellas –casi a la vista desde nuestras costas– se ha convertido por una multitud de consideraciones en un objeto de importancia trascendental para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión. Su posición determinante con respecto al golfo de México y el mar de las Antillas, su situación a medio camino entre nuestra costa meridional y la isla de Santo Domingo, su amplio y seguro puerto de La Habana, frente a una larga porción de nuestras costas desprovista de las mismas ventajas, la naturaleza de sus productos y de sus necesidades, produciendo los bienes y precisando los beneficios de un comercio inmensamente de rentable mutuamente beneficioso, le confieren una importancia en la suma de nuestros intereses nacionales con la que no se puede comparar ningún otro territorio extranjero, apenas por debajo de la que vincula mutuamente a los diferentes miembros de nuestra Unión.

Tales son de hecho las relaciones geográficas, comerciales, morales y políticas entre los intereses de esa isla y los de este país, formadas por la naturaleza, acumuladas en el proceso del tiempo, y ahora a punto de madurar, que atendiendo al curso probable de los acontecimientos en el corto periodo de medio siglo, resulta difícil resistirse a la convicción

de que la anexión de Cuba a nuestra República Federal será indispensable para la continuidad e integridad de la propia Unión [...]

Hay leyes de la política como las hay de la gravitación física; y si una manzana, arrancada por la tormenta de su árbol originario, no puede hacer otra cosa que caer al suelo, Cuba, separada por la fuerza de su conexión antinatural con España e incapaz de sobrevivir por sí misma, sólo puede gravitar hacia la Unión norteamericana, que por la misma ley de la naturaleza, no puede arrojarla de su seno.

Citado en W. F. Johnson, *The History of Cuba,* Nueva York, 1920, vol. II, pp. 261-262.

Apéndice B

Texto Completo de la Enmienda Platt, 1902

Que en cumplimiento de la declaración contenida en la resolución conjunta aprobada en 20 de abril de mil ochocientos noventa y ocho, intitulada «Para el reconocimiento de la independencia del pueblo cubano», exigiendo que el gobierno de España renuncie a su autoridad y gobierno en la isla de Cuba, y retire sus fuerzas terrestres y marítimas de Cuba y de las aguas de Cuba y ordenando al presidente de los Estados Unidos que haga uso de las fuerzas de tierra y mar de los EEUU para llevar a efecto estas resoluciones, el presidente por la presente, queda autorizado para dejar el gobierno y control de dicha isla a su pueblo, tan pronto como se haya establecido en esa isla un gobierno bajo una constitución, en la cual, como parte de la misma, o en una ordenanza agregada a ella se definan las futuras relaciones entre Cuba y los EEUU sustancialmente, como sigue:

I. Que el gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún poder o poderes extranjeros ningún tratado u otro convenio que pueda menoscabar o tienda a menoscabar la independencia de Cuba ni en manera alguna autorice o permite a ningún poder o poderes extranjeros, obtener por colonización o para propósitos militares o navales, o de otra manera, asiento en o control sobre ninguna porción de dicha isla.

II. Que dicho gobierno no asumirá o contraerá ninguna deuda pública para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva después de cubiertos los gastos corrientes del gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios.

III. Que el gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos pueden ejercitar el derecho de intervenir para la conservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual y para cumplir las obligaciones que, con respecto a Cuba, han sido impuestas a los EEUU por el Tratado de París y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el gobierno de Cuba.

IV. Que todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba durante su ocupación militar, sean tenidos por válidos, ratificados y que todos los derechos legalmente adquiridos a virtud de ellos, sean mantenidos y protegidos.

V. Que el gobierno de Cuba ejecutará y en cuanto fuese necesario cumplirá los planes ya hechos y otros que mutuamente se convengan para el saneamiento de las poblaciones de la isla, con el fin de evitar el desarrollo de enfermedades epidémicas e infecciosas, protegiendo así al pueblo y al comercio de Cuba, lo mismo que al comercio y al pueblo de los puertos del Sur de los EEUU.

VI. Que la isla de Pinos será omitida de los límites de Cuba propuestos por la constitución, dejándose para un futuro arreglo por Tratado la propiedad de la misma.

VII. Que para poner en condiciones a los EEUU de mantener la independencia de Cuba y proteger al pueblo de la misma, así como para su propia defensa, el gobierno de Cuba venderá o arrendará a los EEUU las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales en ciertos puntos determinados que se convendrán con el presidente de los EEUU.

VIII. Que para mayor seguridad en lo futuro, el gobierno de Cuba insertará las anteriores disposiciones en un tratado permanente con los Estados Unidos.

Apéndice C

Extractos de la Ley Helms-Burton, 1996
(Ley para la libertad y la solidaridad democrática cubanas [Ley libertad] de 1996, PL 104-114)

[...] habida cuenta de los votos en contra registrados en las dos cámaras respecto de la enmienda presentada por el Senado al proyecto de ley (H.R. 927) encaminado a procurar sanciones internacionales contra el gobierno de Castro en Cuba, planificar el apoyo a un gobierno de transición que conduzca a un gobierno electo democráticamente en la isla y otros fines, tras haberse reunido y conferenciado plena y libremente, acuerda recomendar, y recomienda a sus respectivas cámaras, lo siguiente:

Título I – Fortalecimiento de las sanciones internacionales contra el gobierno de Castro.

Título II – Ayuda a una Cuba libre e independiente.

Sec. 205. Requisitos y factores para determinar la existencia de un gobierno de transición.

A) Requisitos. A los fines de esta ley, un gobierno de transición en Cuba es un gobierno que
   1) haya legalizado todas las actividades políticas;
   2) haya puesto en libertad a todos los presos políticos y permitido la investigación de las cárceles cubanas por organizaciones internacionales de derechos humanos competentes;

3) haya disuelto el actual Departamento de Seguridad del Estado del Ministerio del Interior de Cuba, incluidos los Comités de Defensa de la Revolución y las Brigadas de Respuesta Rápida; y
4) haya expresado públicamente su compromiso de organizar elecciones libres y justas para un nuevo gobierno
   (a) que se celebren en una fecha oportuna y a más tardar dentro de los 18 meses siguientes al acceso al poder por el gobierno de transición;
   (b) con la participación de múltiples partidos políticos independientes que tengan un acceso pleno y equitativo a los medios de difusión, incluso (en el caso de la radio, la televisión u otros medios de telecomunicaciones) respecto de las cuotas de tiempo de transmisión para ese acceso y los horarios en que se asignen dichas cuotas; y
   (c) que se celebren bajo la supervisión de observadores internacionalmente reconocidos como la Organización de Estados Americanos, las Naciones Unidas y otros inspectores de elecciones;
5) haya puesto fin a toda interferencia de las trasmisiones de Radio Martí y Televisión Martí;
6) exprese públicamente y demuestren en la práctica su decisión de avanzar en
   (a) el establecimiento de un poder judicial independiente;
   (b) el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales internacionalmente reconocidos que se enuncian en la Declaración Universal de Derechos Humanos, de la cual Cuba es país signatario;
   (c) la creación de condiciones para el establecimiento de sindicatos independientes según se definen en los convenios 87 y 98 de la Organización Internacional del Trabajo, y de asociaciones sociales, económicas y políticas independientes;
7) no incluya a Fidel Castro ni a Raúl Castro; y
8) haya dado garantías adecuadas de que permitirá la distribución expedita y eficiente de la asistencia al pueblo cubano.

B) Otros factores. Además de los requisitos expresados en el inciso a), a la hora de determinar si un gobierno de transición está en el poder en Cuba, el presidente tendrá en cuenta la medida en que ese gobierno

1) demuestra fehacientemente que está en marcha el tránsito de una dictadura comunista totalitaria a la democracia representativa.
2) haya hecho compromisos públicos, y esté registrando progresos palpables respecto de
   (a) la garantía eficaz de los derechos de libertad de expresión y libertad de prensa, incluida la concesión de permisos a los medios de comunicación y las compañías de telecomunicaciones de propiedad privada para operar en Cuba;
   (b) la posibilidad de restitutir la ciudadanía a las personas nacidas en Cuba que regresan a Cuba;
   (c) la garantía del derecho a la propiedad privada; y
   (d) la adopción de medidas apropiadas para la devolución a los ciudadanos de los Estados Unidos (y a las entidades cuyo 50 por 100 o más sea propiedad en usufructo de ciudadanos de los Estados Unidos) las propiedades confiscadas por el gobierno cubano a tales ciudadanos y entidades el 1 de enero de 1959 o después, o para la indemnización de esos ciudadanos y entidades por dichas propiedades;
3) haya extraditado o puesto de otro modo a disposición de los Estados Unidos a todas las personas requeridas por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos por delitos cometidos en los Estados Unidos; y
4) haya permitido el establecimiento en toda Cuba de observadores internacionales de los derechos humanos que actúen con independencia y sin trabas.

Sec. 206. Requisitos para determinar la existencia de un gobierno elegido democráticamente.

A los efectos de la presente ley, un gobierno elegido democráticamente en Cuba, además de cumplir los requisitos contenidos en el inciso a) de la sección 205, es aquel que:

1) dimana de unas elecciones libres e imparciales
   (a) celebradas bajo la supervisión de observadores internacionalmente reconocidos; y
   (b) en las que
      (i) los partidos de oposición hayan dispuesto de suficiente tiempo para organizarse y realizar sus campañas electorales; y

(ii) todos los candidatos hayan tenido pleno acceso a los medios de comunicación;

2) muestra respeto por las libertades civiles y los derechos humanos fundamentales de los ciudadanos de Cuba;
3) avanza significativamente hacia un sistema económico orientado al mercado sobre la base del derecho a poseer y disfrutar propiedades;
4) se consagra a introducir cambios constitucionales que garanticen la celebración regular de elecciones libres y justas y el disfrute pleno de sus libertades civiles y derechos humanos fundamentales por los ciudadanos de Cuba;
5) ha registrado progresos palpables en el establecimiento de un poder judicial independiente; y
6) ha registrado progresos palpables en la devolución a los ciudadanos de los Estados Unidos (y a las entidades cuyo 50 por 100 o más sea propiedad en usufructo de ciudadanos de los Estados Unidos) de las propiedades confiscadas por el Gobierno cubano a tales ciudadanos y entidades el 1.° de enero de 1959 o después, o en la indemnización plena por dichas propiedades con arreglo a las normas y la práctica del derecho internacional.

Título III. Protección de los derechos de propiedad de nacionales de los Estados Unidos.

Sec. 301. Conclusiones.

El Congreso llega a las siguientes conclusiones:

1) Los individuos gozan del derecho fundamental de poseer y disfrutar propiedades consagrado en la Constitución de los Estados Unidos.
2) La confiscación o apropiación indebidas de propiedades pertenecientes a nacionales de los Estados Unidos por el gobierno cubano, y la subsiguiente explotación de esas propiedades a expensas de sus propietarios legítimos, socava la cortesía internacional, el libre intercambio comercial y el desarrollo económico.
3) Desde que Fidel Castro tomó el poder en Cuba en 1959:
   (a) ha pisoteado los derechos fundamentales del pueblo cubano; y
   (b) mediante su despotismo personal, ha confiscado las propiedades de:
      (i) millones de sus conciudadanos;

(ii) miles de nacionales de los Estados Unidos; y
(iii) otros miles de cubanos que solicitaron asilo en los Estados Unidos como refugiados para escapar de la persecución y que posteriormente se convirtieron en ciudadanos naturalizados de los Estados Unidos.

4) Redunda en interés del pueblo cubano que el gobierno de Cuba respete por igual los derechos de propiedad de los nacionales cubanos y de los nacionales de otros países.
5) El gobierno cubano está ofreciendo a inversionistas extranjeros la oportunidad de adquirir una participación de capital en empresas conjuntas, administrar o constituir dichas empresas haciendo uso de propiedades y valores que en parte fueron confiscados a nacionales de los Estados Unidos.
6) Este «tráfico» con propiedades confiscadas proporciona al actual Gobierno cubano beneficios financieros que mucho necesita, incluidos divisas, petróleo e inversiones y conocimientos especializados productivos, por lo cual atenta contra la política exterior que aplican los Estados Unidos:
   (a) para restablecer las instituciones democráticas en Cuba por medio de la presión de un embargo económico general en momentos en que el régimen de Castro ha demostrado ser vulnerable a la presión económica internacional; y
   (b) para proteger las reclamaciones de nacionales de los Estados Unidos que tenían propiedades confiscadas indebidamente por el gobierno cubano.
7) El Departamento de Estado de los Estados Unidos ha notificado a otros gobiernos que la transferencia a terceras partes de propiedades confiscadas por el Gobierno cubano «complicaría todo intento de devolverlas a sus propietarios originales».
8) El sistema judicial internacional, en su presente estructura, carece de soluciones totalmente eficaces contra la confiscación ilegítima de propiedades y el enriquecimiento inicuo a partir del uso de propiedades confiscadas indebidamente por gobiernos y entidades privadas a expensas de sus propietarios legítimos.
9) El derecho internacional reconoce que una nación puede establecer normas de derecho respecto de toda conducta ocurrida fuera de su territorio que surta o esté destinada a surtir un efecto sustancial dentro de su territorio.

10) El Gobierno de los Estados Unidos tiene la obligación de proteger a sus ciudadanos contra las confiscaciones contrarias a la ley perpetradas por naciones extranjeras y sus ciudadanos, incluida la aplicación del recurso judicial privado.
11) Para impedir el tráfico con propiedades confiscadas indebidamente, se debería proporcionar a los nacionales de los Estados Unidos que fueron víctimas de tales confiscaciones la posibilidad de un recurso judicial ante los tribunales de los Estados Unidos que niegue a los traficantes todo beneficio procedente de la explotación económica de las confiscaciones ilícitas de Castro.

Guía de lecturas adicionales

El mundo exterior despertó al interés intrínseco de la historia y la sociedad cubanas a principios del siglo XIX gracias al *Politischer Essay über die Insel Kuba* de Alexander von Humboldt, viajero, científico y escritor alemán. La edición más reciente en inglés es *The Island of Cuba: A Political Essay,* publicada por Markus Wiener, Princeton, 2001 [hay también una edición reciente en castellano, *Ensayo político sobre la isla de Cuba (1826),* Alicante, Universidad de Alicante, 2003].

Los historiadores estadounidenses comenzaron a interesarse seriamente por la isla tras la invasión de 1898 y algunos de aquellas primeras obras son todavía valiosas; casi todo lo escrito o editado por Irene Wright es particularmente útil: *Cuba,* Nueva York, 1910; *The Early History of Cuba, 1492-1586,* Nueva York, 1916; «Rescates with special reference to Cuba, 1599-1610», *Hispanic American Historical Review,* vol. III, núm. 3, agosto de 1920; «The Dutch and Cuba, 1609-1643», *Hispanic American Historical Review,* vol. IV, núm. 4, noviembre de 1921; *Spanish Documents concerning English Voyages to the Caribbean, 1527-1568,* Londres, 1929.

Aparte de ésos, también cabe mencionar Willis Fletcher Johnson, *The History of Cuba,* Nueva York, 1920; Charles Chapman, *A History of the Cuban Republic,* Nueva York, 1927; y la traducción al inglés de R. Guerra y Sánchez (ed.), *A History of the Cuban Nation,* La Habana, 1958 [edición original: *Historia de la nación cubana,* La Habana, Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952].

Una historia general brillante e irremplazable, que cubre desde 1722 hasta 1970, es la de Hugh Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom* [1971], Londres, [2]2001 [ed. cast.: *Cuba: la lucha por la libertad*, Barcelona, 2004].

Hay que hacer mención especial de las innumerables obras de Louis Pérez, infatigable investigador de prácticamente todos los aspectos de la sociedad cubana: *Intervention, Revolution, and Politics in Cuba, 1913-1921*, Pittsburgh, 1978; *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918*, Pittsburgh, 1989; *Cuba and the US: Ties of Singular Intimacy*, Atlanta, 1990; *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, Chapel Hill, N. C., 1998; *Cuba: Between Reform and Revolution*, Oxford, 1995; *Cuba and the United States*, Athens (GA), 1997; *Winds of Change: Hurricanes and the Transformation of Nineteenth-century Cuba*, Gainesville, University Press of Florida, 2000; *On Becoming Cuban, Identity, Nationality, and Culture*, Nueva York, 1999.

Indispensable para los lectores en castellano es Levi Marrero, *Cuba: Economía y Sociedad*, 15 vols, Madrid, 1978. También es útil, yendo más allá de la fachada marxista-leninista, la *Historia de Cuba*, una obra colectiva del Instituto de Historia de Cuba de La Habana: vol. I, *La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*, La Habana, 1994; vol. II, *Las Luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, 1996; y vol. III, *La Neocolonia, organización y crisis, desde 1899 hasta 1940*, La Habana, 1998.

Castro y su revolución han proporcionado material para bibliotecas enteras. Las biografías más útiles de Castro son: Tad Szulc, *Fidel: A Critical Portrait*, Londres, 1987; Sebastian Balfour, *Castro*, Londres, 1995; Robert Quirk, *Fidel Castro*, Nueva York, 1993; Peter Bourne, *Castro: A Biography of Fidel Castro*, Londres, 1986; Volker Skierka, *Fidel Castro: A Biography*, Oxford, 2004; Leycester Coltman, *The Real Fidel Castro*, New Haven y Londres, 2003.

También se han publicado innumerables biografías de Che Guevara, de las que la mejor es la de Jon Lee Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Londres, 1997; la más voluminosa es la de Paco Ignacio Taibo, *Guevara, Also Known As Che*, Nueva York, 1997 [ed. cast.: *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Barcelona, 1997]; la más cáustica es la de Jorge Castañeda, *Companero, The Life and Death of Che Guevara*, Nueva York, 1998 [ed. cast.: *Compañero: Vida y Muerte del Che Guevara*,

Londres, 1997]; también es útil la de Henry Ryan, *The Fall of Che Guevara: A Story of Soldiers, Spies, and Diplomats*, Oxford, 1998.

En las notas se pueden consultar las referencias completas de los libros utilizados para escribir éste, pero los siguientes –publicados en los últimos veinte años– son excepcionalmente ilustrativos:

AZICRI, M., *Cuba Today and Tomorrow: Reinventing Socialism,* Gainsville, Fla, 2000.

CASANOVAS, J., *Bread, or Bullets: Urban Labour and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898,* Pittsburgh, 1998.

CHAFFIN, T., *Fatal Glory: Narciso López and the First Clandestine US War against Cuba,* Charlottesville (VA), 1996.

FERRER, A., *Insurgent Cuba, Race, Nation, and Revolution, 1868-1898,* Chapel Hill, N. C., 1999.

GLEIJESES, P., *Conflicting Missions: La Habana, Washington, and Africa, 1959-1976,* Chapel Hill, N. C., 2002.

HELG, A., *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912,* Chapel Hill, N. C., 2002.

HOWARD, P., *Changing History, Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century,* Baton Rouge (LA), 1998.

IBARRA, J., *Prologue to Revolution: Cuba, 1898-1958,* Londres, 1998.

JATAR-HAUSMAN, A. J., *The Cuban Way: Capitalism, Communism and Confrontation,* West Hartford, Conn., 1999.

KAPCIA, A., *Cuba: Island of Dreams,* Oxford, 2000.

KUTZINSKI, V., *Sugar's Secrets: Race and the Erotics of Cuban Nationalism,* Virginia, 1993.

MOORE, R. D., *Nationalising Blackness, Afrocubanismo and Artistic Revolution in La Habana, 1920-1940,* Pittsburgh, 1997.

MORLEY, M. y McGillion, C., *Unfinished Business: America and Cuba after the Cold War, 1989-2001,* Cambridge, 2002.

PÉREZ-STABLE, M., *The Cuban Revolution: Origins, Course and Legacy,* Oxford, 1993.

SCHWARZ, R., *Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence,* Durham, 1989.

SCOTT, R. J., *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labour, 1860-1899,* Princeton, 1985.

SWEIG, J. E., *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground,* Cambridge, Mass., 2002.

Acreditación de las ilustraciones

1. Museo Nacional de la Música.

2. Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba: La Colonia*, 1994 y 3, 4, 5, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16 Cortesía de la Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

6. Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba: Las Luchas*, 1996.

7 y 8. Henry Houghton Beck, *Cuba's Fight for Freedom and the War with Spain,* 1898.

13. Boletín del Free Museum of Science and Art de la Universidad de Pensilvania, mayo de 1902.

17. Agencia Getty Images.

18. Agencia fotográfica de la Press Association.

Índice onomástico

Abakuá 466
ABC 201-202, 204, 206, 210-211, 217, 238, 445-446
Abrantes, general José 321, 391, 425, 428-430, 432
Adams, John Quincy 91-92, 491
Adenauer, Konrad 270
Afrique-Asie 391, 393
Agencia Central de Inteligencia *véase* CIA
Agramonte, Ignacio 112
Agramonte, Roberto 240
Ajuste Cubano, Ley 327-328, 454
Ala Izquierda Estudiantil 201
Alarcón, Ricardo 243, 446-447, 455, 460, 469, 474, 481, 489
Albemarle, George Keppel, tercer conde de 66-67, 91
Alcancía, ingenio 101-102
Aldama, Miguel 116-117
Alejos, Roberto 294
Aleksandrovsk 311
Alekseiev, Aleksandr 279-280, 305
Alfonso XII 125-126
al-Gaddafi, coronel Muammar 391, 480
Alianza para el Progreso 276, 345
Allende, Salvador 203, 339, 378-380, 400, 426
Alma en el hielo (Eldridge Cleaver) 351
Almacenes Universales 449
Almeida, Juan 241, 266
Álvarez, Santiago 375
American Israel Public Affairs Comité (AIPAC) 457
Amistad, goleta 95
Anderson, Jon Lee 12, 228, 279, 305, 308-309, 312, 333-334, 354
Andropov, Yuri 415-416, 480
Angiolillo, Michele 147-148
Anti-Slavery Reporter, The 98
Antonelli, Gianbattista 55
Aponte, José Antonio 79-81, 84, 101, 187
Aragonés, Emilio 240, 306, 311-312, 321
Arango y Parreño, Francisco de 69, 85
Arbenz, Jacobo 229, 274, 293
Aristide, Jean-Bertrand 453
Artemisa 487

Asamblea Nacional 283-284, 373, 378, 444-446, 478, 489
Asociación de Política Exterior 205, 208, 214
Asociación Nacional de Pequeños Agricultores (ANAP) 252
Asociación Nacional por el Progreso de la Gente de Color (NAACP) 348
Atkins, John Black 143, 153, 158
Auténticos 217-218, 235, 238
Autonomista, partido 129, 140, 166
Azevedo, Luis de 341

Bachiller y Morales, Antonio 41
Bacon, Robert 176
bahía de Cochinos 291-294, 296-297, 299-302, 316-317, 319, 328, 330, 338, 351, 387, 433, 457, 482
bahía de Guantánamo 21, 63-65, 136, 140, 157, 170, 186, 203, 213, 274
bahía de Matanzas 57
Bahía Honda 310
Balogh, Thomas 10
Banco Metropolitano 449
Banco Mundial 399, 450
Banco Nacional 190, 194, 240, 285, 287, 442
Baracoa 23-24, 26-28, 30-31, 35-36, 40, 47, 136-137
Baragua 125
Barquín, coronel Ramón 230
Barraclough, Solon 447-448
Barrios, Justo Rufino 132, 353, 379, 444
Barroso, Enrique 240
Basulto, José 462, 474
Batallón de Pardos y Morenos 77
Batista Zaldívar, Fulgencio 10, 21-23, 178, 188, 204, 206-207, 209-221, 223-224, 227-229, 231, 233, 235-245, 247-248, 250-251, 253, 255, 266, 274-275, 278-279, 298, 324-325, 330, 332-333, 403, 461, 485
Bayamo 29-30, 43, 45, 59, 77-78, 111-112, 115-116, 120, 122-124, 138, 158, 182, 220, 231
Bayo, general Alberto 230, 238, 265, 332
Beals, Carleton 273
Beauvoir, Simone de 222, 270, 377
Bécquer, Conrado 230
Béjar, Héctor 354
Bejucal 311
Belafonte, Harry 352
Belgrado, conferencia 307
Ben Bella, Ahmed 222, 339-341, 344, 480
Benes, Bernardo 328, 402-403, 407
Betances, Ramón Emeterio 148
Betancourt Bencomo, Juan René 268
Betancourt Cisneros, Gaspar 87, 112, 124, 142
Bettelheim, Charles 287
Betto, Frei 212, 465, 469
Biriusov, mariscal Serguèi 305-307
Bishop, Maurice 339, 353, 412-413
Bissell, Richard 294-295, 299
Black Power 351
Blanco, Ramón 149, 154
Blanqui, Auguste 210
Blas de Villate, general 116
Bliss, Tasker 163
Boff, Leonardo 469
Bohemia 338
Bolívar, Simón 81-83, 91, 108, 132, 155, 283, 357, 468
Bonne, Félix 476
Bonsal, Philip 250, 275, 325

Boorstein, Edward 280, 282, 288
Borge, Tomás 333, 339, 409
Borrego, Oswaldo 368
Bosch, Orlando 396
Boti, Regino 287
Brevísima relación de la destrucción de las Indias (Las Casas) 28-29, 38
Brezhnev, Leonid 321, 370-371, 374, 384-385, 393, 400, 415, 480
Brooke, John 159, 162-164
Bryan, William Jennings 154
Brzezinski, Zbigniew 398, 402
Buena Vista Social Club 247
Bumedian, Huari 391, 400, 480
Burton, Dan 461
Bush, George W. 463, 474-475, 478, 480
Bustos, Ciro 333

Caballero de Rodas, general 120
Cabaña, La 178, 211, 248, 251, 303
Cabañas 310
Cabral, Amílcar 336-337, 339, 341, 350, 382, 401, 480
Cabrera Infante, Guillermo 375
Caetano, Marcelo 382
Caguax 29, 37, 81
Camagüey 30, 60, 80, 86, 112, 120-122, 126-127, 141-142, 192, 205-206, 295, 419-420, 467
Camarioca, éxodo 323, 327
Campo Columbia 174, 206-207, 218, 220, 230, 245, 248-249, 289, 297
Campomanes, Pedro Rodríguez de 68
Canal de Panamá 170, 177, 274, 283, 294, 314, 453, 455
Caney, San Luis del 59
Cánovas del Castillo, Antonio 126, 140
Caonao 29
Carbó, Sergio 198, 207-208
Cárdenas 78, 101, 103, 106-108, 230, 255, 470
Cárdenas, Lázaro 230, 255
Cardona, José Miró 250, 275
Carlos III 68
Carlos V 47, 49, 61
Carlota 102, 385-386
Carmichael, Stokely 347, 349-351
Carreras, general Enrique 433
Cartagena, Colombia 50
Carter, Jimmy 395-398, 402, 406-407, 410, 454, 471, 478, 480
Casa de las Américas 376
Casablanca 178, 338
Casas y Aragorri, Luis de las 69
Casilda 310
Cason, James 478
Castillo de la Real Fuerza, La Habana 46, 50, 54
Castro, Ángel 17, 180, 221
Castro, Fidel 9, 15, 17, 76, 128, 171, 180, 184, 209, 212, 217-218, 220-222, 227-228, 231, 233, 244, 252, 279, 297, 328, 349, 351, 388, 422, 429, 431, 464, 480, 496, 498
Castro, Raúl 23, 228, 240-241, 251, 255, 307-309, 338, 372, 376, 402, 415-416, 425, 441, 448-449, 467, 486, 489, 496
Casuso, Teresa 190, 267-268
Catengue 385
Ceausescu, Nicolae 361, 364, 434
CEPAL 286-287
Cervera, almirante Pascual 157
Céspedes, Carlos Manuel de 111, 204, 220
Céspedes, Carlos Manuel de (nieto) 204

Chambelona, La 192, 196, 198
Changó 184
Chaparra 189, 191, 211
Chávez, Hugo 339, 481
Chernienko, Konstantin 415, 480
Chibás, Eduardo 208-209, 217, 227
Chibás, Raúl 227, 234, 240
Chile 114, 203, 281, 286, 302, 339, 357, 378-380, 389, 400, 408, 426
China 87, 109-110, 180, 191, 213, 222, 241, 268, 270-271, 282, 303-304, 321-322, 348, 353, 360, 382, 397, 437, 450
Chomón Mediavilla, Fauré 239-240
Christophe, Henri 79
Churchill, Winston 137-138, 141, 274
CIA 10, 13, 229, 239, 244, 250, 274, 277, 281, 292-299, 316, 319-320, 333, 347, 383, 396, 401, 403, 411, 423
Cienfuegos 63, 86, 100, 197, 240, 244, 248, 256, 349, 391
Cienfuegos, Camilo 244
Cienfuegos, José 86, 391
Cienfuegos, Osmany 349, 391
Cimarrones 30, 38
CIMEX 427
Cintra Frías, general Leopoldo «Polo» 422
Cisneros Betancourt, Salvador, Marqués de Santa Lucía 87, 112, 124, 142
Ciutat, general Francisco 333
Clarendon, Convención 96
Cleaver, Eldridge 347, 351
Cleveland, Grover 154, 197
Clinton, Bill 328, 454-455, 459, 462-464, 475, 480
Clouet, coronel Louis de 86
CNOC 198-199
Coard, Bernard 413
Cocking, Francis Ross 98-101
Colomé Ibarra, Abelardo 333
Colón, Cristóbal 18, 24, 26-27, 29, 37, 63, 70, 392
COMECON 370-371, 416, 419, 435-436, 482
Comintern 278
Comisión Militar Ejecutiva 88, 117
Comité Revolucionario Cubano 132-133
Compañía Cubana de Electricidad 196
Concheso, Aurelio 278
Confederación de Trabajadores de Cuba 215, 237
Confederación Nacional Obrera Cubana 198
Congreso Cultural, 1968 273, 377
Congreso Nacional de Educación y Cultura 377
Consejo de Ayuda Económica Mutua (COMECON) 370
Consejo de Seguridad Nacional 275, 277, 316, 322, 431
Conservador, Partido 129, 166, 177
Construcciones Antex 449
Consulado Real de Agricultura, Industria y Comercio 69
Coolidge, presidente 197
Coordinador de Asuntos Cubanos 320
Cortázar, Julio 377
Cortés, Hernán 27, 36
Costa de Oro 76
Costenla, Julia 11
Coubre, La 281
Coutinho, almirante Rosa 382-384
Crawford, Joseph 99-100
Crocker, Chester 423-424
Crombet, Flor 136

Cromwell, Oliver 58
Crowder, coronel Enoch (Bert) 177, 184-185, 189, 192-197, 203
CTC 215, 217, 237
Cuba Primitiva (Bachiller y Morales) 41
Cuban American Sugar Corporation 189, 211
Cuito Cuanavale 420-423
Culin, Stewart 40
Cumberland Bay 63; *véase también* Guantánamo, bahía de

Daiquirí 156, 158
Daniel, Jean 322
Davey, Richard 106
Davis, Angela 352
Davis, Richard Harding 157
De Gaulle, general 269, 337
DEA 429, 431
Debray, Régis 335
Declaración de La Habana, Primera 281, 283
Declaración de La Habana, Segunda 302, 331-332, 345
Delicias 211, 321, 472
Democracia Cubana, Ley de 1992 (Torricelli) 459
Departamento de Comercio 255
Departamento de Estado (Estados Unidos) 197, 499
Departamento de Industrialización 255
Derechos Civiles, Ley de 346
Deschamps Chapeaux, Pedro 104
Destino Manifiesto 105-106
Dewey, George 157
Diario de la Marina 181, 184
Díaz, Porfirio 132
Díaz-Balart, Lincoln 221, 457
Díaz Balart, Mirta 221, 457
Díaz Lanz, Pedro 256
Diez Acosta, Tomás 305-308, 310, 314, 316, 318-319
Directorio Estudiantil 200-202, 204, 206-209, 238, 240
Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE) 206, 238
Dong, Pham Van 400
Dorticós, Osvaldo 256, 306, 372
Dos Ríos 139
Drake, Francis 46, 53-57, 64-65, 91, 315, 320
Dubček, Alexander 13, 360-362, 365
Dulce, general Domingo 55, 108, 118-120, 453
Dulles, Allen 250, 274, 281, 293
Dumont, René 255

Echeverría, José Antonio 229, 238
Edificio Focsa 485
Egipto 168, 279, 337-338, 352, 364
Eisenhower, Dwight 244, 269, 273-276, 281-282, 293-294, 480
Ejercicio de Defensa Económica 439
El Caballo 37, 184, 254, 268
El Cobre 57, 76, 281
El Día 188
El Salvador 55, 202, 378, 408-409, 471
El Uvero 239
Enmienda Platt 155, 168-170, 172-174, 183-185, 203, 213, 216, 256, 460, 482, 493
Eritrea 390, 395
Escalante, Aníbal 215, 237, 304, 306, 321
Escambray 241, 244, 295-296, 302, 411
Escobar, Pablo 428, 430, 432
Espín, Vilma 239, 252-253

Estados Unidos 9-10, 16-17, 20-23, 43, 63-64, 66, 68, 73, 82, 88-96, 100, 104-109, 112, 121, 123-124, 126, 130, 133, 135, 137, 142, 145-148, 150-160, 162-165, 167-180, 184-185, 189-190, 192-193, 195, 197, 203, 210, 212-213, 217, 219, 221-222, 229-230, 235, 239-240, 242, 244-247, 255-256, 268-269, 271-283, 285-286, 288, 291-302, 304-309, 311-315, 317-319, 322-324, 326-328, 341, 345-351, 356, 359-360, 364-366, 369, 375, 377, 384, 387, 390, 394-398, 400-402, 404, 406-410, 413, 420, 422, 424, 427, 429, 434-435, 446, 450-458, 460-461, 463-464, 471-474, 479, 481-483, 487-489, 493-494, 497-500
Estenoz, Evaristo 181, 183-188, 191, 268
Estrada Palma, Tomás 124, 142, 146, 154, 171, 174-175, 183
Estudiantes No Violentos, Comité de Coordinación 349
Estudiantes por una Sociedad Democrática 351
Europa oriental 287, 289, 363, 371-372, 374, 378, 418, 439, 441, 444, 446, 451, 457, 489
Ezpeleta, Joaquín de 96-97

Fangio, Juan Manuel 243
Federación de Mujeres Cubanas 253
Federación Estudiantil Universitaria (FEU) 229, 238
Felipe II 46, 48-50, 53, 55, 66
Feltrinelli, Giangiacomo 249
Ferlinghetti, Lawrence 273
Fernández, John 431
Fernández, José Ramón 298, 433, 482
Fernando de Aragón 31, 37
Fernando Poo 119, 128, 324
Figueredo, Pedro 115
Filipinas 109, 126, 137, 139, 148-150, 152, 157, 164-165, 174, 177, 299
Flint, Grover 39, 141-142, 145-146
FLN (*Front de Libération National,* Argelia) 338
Florida 19, 22-23, 26, 29, 36, 38, 44, 47-49, 51, 54, 58, 67, 91-92, 106, 136, 160, 226, 294, 324-326, 328-329, 401, 403-404, 406-407, 427-429, 452-453, 456-457, 462, 464, 470-475, 479
FNCA 457, 459, 461, 463-464, 472
FNLA 382, 385-386
Fondo Monetario Internacional 399, 441, 450
Fonseca, Carlos 333
Fort Gulick 294
Francia 17, 22, 47-48, 53, 60, 66, 71-72, 247, 269-270, 337, 341, 352, 359-360, 440
Frank, Waldo 273
Franqui, Carlos 252, 266, 268, 375
Freetown, Sierra Leona 94
FRELIMO (Frente de Libertação de Moçambique) 341-342
Frías, Francisco de, conde de Pozos Dulces 108, 422
Fröbel, Friedrich 131
Fuentes, Carlos 18, 41, 69, 109, 225, 377, 412, 439, 450, 486
Fuera del juego (Padilla) 376

Gadea, Ricardo 333
Gagarin, Yuri 297, 321
Gairy, Eric 411-412

Galicia 180-181, 221
Gallenga, Antonio 116-119, 123-124
Gálvez, José María 149
Gangás 76
García, Calixto 128, 132-133, 145, 147, 151, 156, 158, 160, 189, 197
García Bárcena, Rafael 237
García Márquez, Gabriel 270, 377, 386
García Vélez, general Carlos 197
Garibaldi 138, 222
Gaviota 449
Ghana 76, 337-338, 364
Giap, general 480
Gibara 99, 128, 198, 207
Ginsberg, Allen 273
Giraldino, Felipe 58
Gleijeses, Piero 277, 281, 336, 338, 340, 342, 347, 350, 358, 382-383, 387-388
Gómez, Francisco 146
Gómez, José Miguel 166, 175, 183, 185, 187, 192, 196, 198
Gómez, Juan Gualberto 132, 170, 182
Gómez, Máximo 114, 121, 132, 135, 149, 166, 171, 175
Gómez, Miguel Mariano 198, 215
Gómez Manzano, Rene 476
Gonçalves, general Vasco 384
González, Elián 464, 470, 472
González, Elisa 472
González, Juan Miguel 472-473
González, Lázaro 472
Gorbachov, Mijail 371, 415-421, 425, 431, 433-436, 480
Gordon, Nathaniel 95
Gore, Al 473
Granados, Alberto 333
Granma (barco) 228, 230-235, 238, 242, 295, 355, 387, 397
Granma (periódico) 397, 405, 413, 439, 462
Grant, Ulysses 123, 205
Grau San Martín, Dr. Ramón 209, 215, 217-218, 227, 279
Grechko, mariscal Andrei 370
Gregorio XVI 97
Gribkov, general Anatoli 310
Grito de Yara 110-111, 115, 135
Grobart, Fabio 199
Gromyko, Andrei 278, 305, 393
Grove, Marmaduque 203
Guáimaro 120-121, 123
Guam 152
Guama 30
Guanabacoa 47, 67
Guanahacabibes 25
Guanahatabeyes 25
Guantánamo 21, 63-65, 72, 86, 136, 140, 157, 170, 186, 203, 213, 274, 303, 307, 313, 318-319, 397, 453-456
Guardia, Patricio de la 425-426, 430-432
Guardia, Tony de la 402, 425-426, 428-432
Guatemala 131-132, 228-229, 274, 281, 293-295, 315, 333, 335, 357, 364, 408, 426, 469
Guerra Chiquita 128-129, 132
Guerra de Independencia 21, 39, 92, 101, 111, 113, 127, 129, 131, 137-139, 142, 153, 156, 170, 173, 176, 182-184, 189, 192, 195, 198, 221, 267, 383, 436
Guerra de los Diez Años 39, 59, 67, 111-112, 117, 125, 132-133, 135-136, 140, 145, 297
Guerra de Vietnam 270, 350-351, 360, 396
Guerrita de Agosto 175

Guerra de los Siete Años 66-67
Guevara, Alfredo 375
Guevara, Ernesto «Che» 13, 23, 138, 228, 231, 234, 241, 251, 255-256, 265, 270, 279, 281, 285, 288, 294, 305-306, 322, 330, 333, 336, 340-345, 348-349, 351, 353, 354, 355-360, 381, 388-389, 417, 486
Guillén, Nicolas 11, 266
Guinea-Bissau 336-337, 341, 350, 382, 401
Guiteras Holmes, Antonio 198, 201-202, 204, 209-214, 223, 225, 236
Gutiérrez Alea, Tomás 247
Guyana 400-401
Guzmán Blanco, Antonio 133

Habana, La 9-14, 26, 30-31, 35-36, 38, 40, 42, 44-51, 53-58, 61-62, 64-69, 72, 75, 77-82, 84-86, 88-91, 94-100, 103, 106-108, 110, 114-115, 117-120, 126, 129, 131-132, 137, 140, 143-144, 146-147, 149, 151-152, 159, 161, 166, 171, 174-176, 178, 181-185, 189-194, 196-198, 200-201, 203-206, 208-212, 214, 218, 220-221, 223-224, 227, 229, 234-235, 237-238, 240-245, 247-252, 254-256, 270, 273, 275, 277-283, 286-287, 289, 294-295, 297-298, 300, 302-303, 305-306, 310-312, 316, 318-322, 327, 329-333, 335, 338-339, 341, 343, 345, 347-349, 351, 353-357, 361, 370, 375, 377-380, 382-384, 387, 389, 393-396, 398-405, 407-409, 419-426, 428, 430-431, 435-438, 441, 443-444, 447, 451-454, 458, 460-461, 464-468, 471, 473-474, 477-479, 483-484, 487-489, 491
Habana Libre 131, 319, 484
Haile Selassie 390
Halley, cometa 185
Harding, Warren 157, 193
Hart Dávalos, Armando 238
Hatuey 23, 27-29, 37, 78, 81
Haymarket, disturbios *134-135*
Hearst, William Randolph 145, 151, 156
Helg, Aline 128, 147, 164, 176, 182-188, 269
Helms, Richard 299, 316
Helms-Burton, Ley 169, 456, 459-463, 479, 495
Hemingway, Ernest 22, 67
Hermanos al Rescate 462, 474
Hernández de Córdoba, Francisco 35
Herrera, Hilario 80-81
Heyn, Piet 57
Holguín 120, 128, 198, 409-410
Honecker, Erich 400
Hong Kong 110, 149
hotel Nacional 210, 485
Huberman, Leo 271
Huddleston, Vicki 478
Humboldt, Alexander von 70
Huracán Flora 9

ICAIC 375
INAV (Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda) 288
India 18, 30, 32, 34, 37, 39-40, 45, 59, 61, 66, 78, 153, 213, 279
Indias Occidentales (Antillas) 19, 22-23, 25, 31, 52-54, 56-57, 59, 66, 72, 80, 88, 96, 165, 352-353, 412, 491
Indigirka 310-311

Indochina 110
Indonesia 279
INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) 255
International Affairs 10-11
ITT (International Telephone & Telegraph Company) 254, 275
Irán 251, 481
Irlanda 210
Isabel II 105, 112-113, 116, 125
isla de Pinos 131, 169, 226, 494

J. Walter Thompson 9
Jamenei, ayatollah 481
Jaurès, Jean-Jacques 210
Jefferson, Thomas 92
Jenkins, Robert 64
Jiménez Castellanos, Adolfo 159
Jobabó 45
Johnson, Lyndon 26-27, 58, 61, 77, 92, 268, 323, 327-328, 346, 356, 359, 480, 492
Jol, Cornelis («Pata de Palo») 57
Joven Cuba 69, 125, 210, 213, 448
Jruschev, Nikita 12, 222, 270, 279-280, 282, 284-285, 298, 301, 304-307, 309-312, 317-318, 320-323, 361, 480
Juan Pablo II 464, 469
JUCEPLAN 287, 371, 417
Julien, Claude 272
Junta Central de Planificación *véase* JUCEPLAN
Junta de Fomento 69, 105
Junta de Población Blanca 86-87

Kabila, Laurent 342-343
Kalecki, Michad 287
Kennedy, John 281, 295
Kennedy, Robert 299-300, 316-317, 359
Keppel, George 66; *véase* Albemarle
Kimball, Richard Burleigh 103
King, Martin Luther, Jr. 346, 348, 359
Kissinger, Henry 384-385, 397
Korda, Alexander 282, 360
Kosiguin, Aleksei 355-357, 370-371, 393, 418, 480
Krause, Karl 131

la Escalera, Conspiración de 101, 103-104, 187
Lage, Carlos 441, 447, 489
Laguna del Tesoro 296
Lansdale, general Edward 299-300
Lara, Lucio 334
Las Casas, Bartolomé 24, 28, 34, 43
Las Casas, Luis de 69, 85
Las Tunas 120, 147
Las Villas 186, 244
Latinoamérica 20, 24-25, 27, 69, 80, 87-89, 91, 111, 130-132, 162, 167, 179-180, 196, 198, 202, 222, 228, 231, 246-247, 252, 255, 269-270, 272-274, 276, 278, 286-287, 290, 293, 302, 307, 323, 329-332, 334-336, 340, 347, 350, 354-356, 372, 378, 389, 393, 408, 426, 444-445, 456, 459, 464-466, 469-470, 484, 488
Laurent, Emilio 198
Le Monde 272, 376-377
Lemus, José Francisco 81-82
Leonov, Nikolai 252
Lersundi, Francisco 115-118, 188
Ley de Expansión Comercial de 1962 400
Libertad y solidaridad democrática cubanas, Ley (Helms-Burton) 459, 461, 495
Liga de Instrucción 135

Lincoln, Abraham 221, 245, 315, 457
Listen Yankee (Wright Milis) 271
Litvinov, Maxim 278
Llovio-Menéndez, José Luis 277, 325, 360-361, 368, 376, 380, 405
Lobo, Julio 487
Lodge, Henry Cabot 153, 174
Loma de San Juan 150-151, 158
Long, John D. 95, 170
López, Narciso 83, 101, 105, 107
López Cuba, general Néstor 83, 107-108, 411, 448-449
Lorenzo, Manuel 81, 89
Los Ángeles 346, 359, 471
Los cubanos primero 169, 201, 319
L'Ouverture, Toussaint 79
Luisiana 44, 72-73, 86, 106
Lugareño, El 87
Lumumba, Patrice 315, 340-341

Maceo, Antonio 121
Maceo, José 136
Machado y Morales, Gerardo 195
McKinley, William 150, 154, 162-163, 165
Macmillan, Harold 269
McNamara, Roben 312-313, 318
Madán, Cristóbal 105-107
Madden, Richard 96-97, 106
Magoon, Charles 171, 176-177, 183-186, 192
Mailer, Norman 273
Maine 150, 152-154, 281, 301
Makeba, Miriam 350
Malcolm X 345, 388
Malinovski, mariscal Rodion 305, 309, 313
Manchester Guardian 153
Mandela, Nelson 423, 480
Manley, Michael 401, 412
Mañach, Jorge 201
Mao Tse-Tung 146, 222, 270, 303, 349, 360, 388
March, Aleida 253
María Cristina, reina regente 126-127, 149
Mariel 86, 144, 147, 311, 404, 406, 454
Marinello, Juan 215, 236-237, 256
Marruecos 49, 324, 337-338, 424
Martí, José 129-140, 142, 148, 155, 170, 172, 209, 215, 219, 222-224, 226-227, 231, 233-234, 283, 295, 408-409, 455, 478, 496
Martínez Campos, Arsenio 125-128, 140-141, 143-145
Martínez Sáenz, Joaquín 201
Martínez Tamayo, José 333, 354
Marx, Karl 134, 222
Mas Canosa, Jorge 457, 464
Mas Canosa, Jorge, Jr. 464
Masetti, Jorge 270, 333-334, 338, 354, 432
Masferrer, Rolando 233
Masó, Bartolomé 137-138, 142, 155-156, 172, 183
Massamba-Débat, Alphonse 340-341
Matanzas 23, 25, 27, 29-31, 33, 35, 37-39, 41, 43, 45, 47, 49, 51, 53, 55, 57, 59, 61, 67, 71, 102-104, 106, 108, 116, 121, 124, 137, 141-142, 144, 146, 162, 214-215, 297, 386, 423
Matthews, Herbert 233-234, 240, 387
Maura y Montaner, Antonio 139-140
Maximiliano I 113
MC (Moneda Convertible) 427-428, 430, 435
Mella, Julio Antonio 195, 199

Memorias del Subdesarrollo 247
Mendieta, coronel Carlos 192, 198, 210, 212-215, 237
Menéndez, Roberto 457
Menéndez de Avilés, Pedro 48
Mengistu Haile Mariam 390, 480
Menocal y Deop, Mario 189
Miami Herald 428, 450, 474
Miguelín, comandante 39
Mikoyan, Anastas 222, 280
Mikoyan, Sergo 304
Miró Cardona, José 250, 275
Mirta Díaz 221, 457
Mobutu, presidente 382, 386-387
Modotti, Tina 199
Modyford, sir Thomas 59
Moncada, Guillermón 137
Moncada, cuartel 198, 220, 223-224, 227, 231, 480
Mondlane, Eduardo 342
Monje, Mario 354-355
Monroe, James 92
Monroe, Doctrina 22, 92, 154, 282, 284, 295
Monthly Review 271, 280
Moore, Carlos 40-41, 266, 338, 349-352
Morales, Nicolás 77
Morales, Pedro de 59
Moré, Beny 9, 268
Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín 75
Moreno, Gustavo 209
Moret, Segismundo 121, 148
Morgan, Henry 59, 315
Morilla, Pedro María 98
Morúa Delgado, Martín 182
Morúa, ley 185
Movimiento 26 de Julio 221, 230-231, 233-243, 247, 250-252, 266, 304, 306, 364, 466
Movimiento Cristiano de Liberación 477
Movimiento de Acción Revolucionaria 348
Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) 237-238
Mozambique 16, 179, 336-337, 343, 382, 392, 395, 426
MPLA (Movimento Popular de Libertaçao de Angola) 337, 341-342, 381-386, 420-421
Mújal, Eusebio 237
Myngs, Chrisropher 59

Nación, La 15, 110, 129, 134, 137, 171, 173, 177, 221, 242, 254, 346, 363, 366, 467
Naciones Unidas, Organización de 284, 286, 289, 314, 401, 446-447, 478, 496
Namibia 421, 423-424
Napoleón 72, 113, 227, 374
Napoleón III 113
Narváez, Pánfilo de 29, 33, 35-37, 112, 115
Nasser, presidente 338-339, 364, 480
Nelson, Hugh 91, 491
Neruda, Pablo 10
Neto, Agostinho 222, 337, 339, 381, 389, 401, 420, 480
New York Journal 145
New York Times 160, 166, 206, 208, 233, 244, 388, 474
Newton, Huey 351, 353
Nipe Bay Company 191
Nixon, Richard 274, 276, 281, 295, 327, 396-397, 426, 480
Nkrumah, Kwame 222, 338, 364, 480
No Alineados, Movimiento de (Países) 307, 388-389, 401, 405, 412, 421

Nombre de Dios, Panamá 50, 54, 56
Noriega, general Manuel 427, 429, 434
Noticias de Hoy 215, 237
Noticias de Moscú 436
Novotny, Antonin 361
Nueva Jersey 328, 456-457, 460, 471
Nueva Joya, Movimiento 411-413
Nuevitas 86, 240, 310
Núñez Jiménez, Antonio 11, 40, 255, 279-280
Nyerere, Julius 340, 350, 400, 480

Ochoa, general Arnaldo 334, 393-394, 422-428, 430-433, 486
O'Donnell, Leopoldo 102, 104, 108, 113
Ogadén 390, 392, 394-395, 398, 426
Oltuski, Enrique 234, 238, 481
Operación Anadir 310, 312
Operación Carlota 102, 385-386
Operación Mangosta 10, 299-300, 302, 316-317, 319, 401
Operación Peter Pan 325
Oppenheimer, Andrés 428, 432, 451
Organización Auténtica (OA) 238
Organización de Estados Americanos (OEA) 302, 496
Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) 349, 355-356, 378
Organización Mundial del Comercio 463
Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) 306
Ortega, Jaime 468
Ortega, presidente 434
Ortiz, Fernando 37, 114, 162
O'Sullivan, John 105-106
Oswald, Lee Harvey 273
Ovando, Nicolás de 26-28, 61

Pacto de la Sierra 240
Pacto del Zanjón 125-127, 129, 132, 140, 149
Padilla, Heberto 374-377
Padrón, José Luis 402
PAIGC (Partido Africano da Independência da Guiné e Cabo Verde) 341, 350, 382
País, Frank 231-233, 235, 239-240, 466
Palacios, Héctor 477, 485
Palme, Olof 400
Palo Monte 466
Panamá 35, 50, 60, 65, 170, 174, 177, 274, 283, 294, 314, 319, 333, 400-402, 427-430, 434, 453, 455
Panteras Negras 351-352
Papel Periódico 69, 280
Paquette, Robert 75-76, 79, 89, 94, 97-100, 102-105
Partido Comunista de Bolivia 354
Partido Comunista de Chile 379
Partido Comunista de Cuba 215-217, 238, 269, 302, 306, 309, 354, 373, 383, 440, 467
Partido Constitucional Unido 129
Partido Independiente de Color 184-185
Partido Liberal y Autonomista 129, 140
Partido Liberal Nacional 175
Partido Revolucionario Cubano 136, 138, 142, 215-217, 321
Partido Revolucionario Cubano Auténtico 215-216; *véase* Organización Auténtica
Partido Revolucionario Cubano Ortodoxo 217

Partido Socialista Popular (PSP) 217, 236, 306, 355; *véase* Partido Comunista de Cuba
Partido Unión Revolucionaria 215, 217, 237
Pasajes de la guerra revolucionaria (Guevara) 331
Patria es de Todos, La 476
Patria Libre 131, 408
Patria o Muerte 22, 138, 284
Pavía y Rodríguez, Manuel 125
Pavlov, Yuri 415-416
Payá, Osvaldo 477-478
Paz, Octavio 377
Pazos, Felipe 240
Peña, Lázaro 215, 237, 266
Peredo, Roberto «Coco» 354
Pérez, Crescencio 232
Pérez, Faustino 234, 238, 241, 243, 253
Pérez, Humberto 371, 417
Pérez, Leonor 131
Pérez, Louis 19, 187, 214
Pérez Roque, Felipe 489
Pérez-Stable, Marifeli 246, 373, 405, 438
Phillips, Ruby Hart 191, 206-209, 294
Pierce, Franklin 107
Pinar del Río 11, 22, 62, 143-146, 161, 175, 198, 221, 244, 295, 297, 300
Pino, general Rafael del 431
Pinochet, general Augusto 379-380, 387, 400
Piñeiro, Manuel 348, 408
Platt, Orville 155, 168-170, 172-174, 183-185, 203, 213, 216, 256, 460, 482, 493
Playa El Morrillo 107
Playa Girón 292, 296-297, 315, 387, 417
Playa Larga 297-298
playa Las Coloradas 230, 232
Playitas 136, 138
Pocock, almirante sir George 66
Podgorni, Nikolai 393
Poitier, Sidney 352
Polavieja, Camilo 128-129, 148-149
Polk, James 107
Pombo 265, 267
Posada Carriles, Luis 396
Powell, Adam Clayton 275
Praga, Primavera de 13, 359-362, 365
Prebisch, Raúl 286
Prensa Latina 270, 340, 375
Previsión 184
Prim, general Juan 113, 125
Primera Guerra Mundial 66, 110, 189-190
Prío Socarrás, Carlos 208, 217-219, 230, 236, 238, 279
Proclamación contra la discriminación 267
Protesta de Baragua 125
Puerto Bello (más tarde Portobelo), Panamá 50, 54, 65
Puerto Príncipe *véase* Camagüey
Pulteney, sir William 64

Quesada, Manuel de 112, 120
Quifangondo 386
Quirk, Robert 227, 232, 239, 251, 253, 282, 316, 321, 327, 353, 368, 370-371, 377, 392-393, 397, 399, 406

Radio Martí 455, 478, 496
Ramírez, Alejandro 86
Ramón Fernández, general José 298, 433, 482
Rand Daily Mail 388

Reagan, Ronald 396, 406, 409-410, 412-413, 418, 480
Remedios 123
Reno, Janet 455, 462, 473-474
República del Congo 336, 381
República Democrática Alemana 280
República Democrática del Congo 336, 381
República Dominicana 24, 39, 122, 138, 174, 319, 328, 357-358, 469
Republicano, Partido 171, 175
Revista Bimestre 87
¿Revolución en la Revolución? (Debray) 335
Revuelta, Natalia 227
Riaño y Gamboa, Francisco de 57
Ribault, Jean 48
Rickover, Hyman 152
Rieff, David 474
Risquet, Jorge 342
Ritsos, Iannis 376
Rivalta, Pablo 241
Rivera, Diego 199
Roa Bastos, Augusto 270
Roa, Raúl 201, 270
Roberto, Holden 382-383, 385
Roca, Blas 236, 297, 306, 372, 476
Roca, Vladimiro 476
Rodney, Walter 353
Rodríguez, Carlos Rafael 10-11, 237, 241, 252, 372, 391, 419, 446
Rodríguez, José Luis 441
Rodríguez, Simón 132
Rodríguez, Thomé 58
Romney 96
Roosevelt, Eleanor 299
Roosevelt, Franklin 203, 245
Roosevelt, Theodore 21, 150, 174, 203
Root, Elihu 165-169
Roque, Marta Beatriz 476-477
Ros-Lehtinen, Ileana 457
Rosales del Toro, general Ulises 334, 430, 448, 486-487
Rubayi, Salim Ali 391-392
Rubottom, Roy 277
«Rudos Jinetes» 150-151, 157
Ruiz, Reinaldo 428-429
Ruiz Poo, Miguel 428, 431
Rulfo, Juan 377
Rural, Guardia 162, 176, 190, 220, 224
Rusk, Dean 301
rusa, Revolución 199-200, 271, 374
Ruz, Lina 221

Saco, José Antonio 90, 108
Sagasta y Escolar, Práxedes Mateo 139-140, 148-149
Sagua La Grande 123
Saladrigas, Carlos 201, 217
Sampson, William 157
San Cristóbal de La Habana *véase* La Habana
San Juan, Puerto Rico 48, 50, 55-56, 150-151, 158
San Lázaro 131
San Román, Dionisio 240
San Salvador de Bayamo *véase* Bayamo
Sánchez, Celia 31, 51, 73, 77, 87, 243, 405
Sancti Spíritus 30, 43, 141-142
Sandino, Augusto César 210, 284, 408
Santa Clara 86, 142, 145, 166, 175, 195-196, 206, 244, 248, 254, 467
Santa María del Puerto del Príncipe *véase* Camagüey

Santamaría, Haydée 234, 238-241
Santiago de Cuba 15, 28, 30, 35, 49, 55, 59, 63, 72, 100, 150, 158, 231, 245, 266, 286
Santísima Trinidad, La 30
Santos, José Eduardo dos 420
Santos, Marcelino dos 342
Sanz del Río, Julián 131
Saraiva de Carvalho, coronel Otelo 384
Sartre, Jean-Paul 222, 270-271, 377
Savimbi, Jonas 383-384, 420
Scheer, Robert 272
Schomburg, Arthur 182-183
SDPE 371
Segunda Guerra Mundial 216, 269, 274, 278, 294, 411
Seers, Dudley 287, 289, 329
Seguera, Jorge 340
Semiovich, Yunguer 199
Serra, Rafael 182, 184
Serrano y Domínguez, general Francisco 108, 113, 118
Shafter, general William Rufus 64, 157
Shell 282
Sherman, general 143
Shishenko, coronel Ivan 311
Siad Barre, coronel Mohammed 390-392, 394-395
Siboney 223
Sierra Cristal 241, 252
sierra de Cubitas 295
sierra de los Órganos 295
Sierra Leona 76, 94
Sierra Maestra 11, 29, 40, 72, 111, 222, 232-233, 241, 244-245, 250, 253-254, 271, 330, 340, 355, 386-387, 430, 447, 486
Sistema de Dirección y Planificación de la Economía 371
Smith, Wayne 25, 65, 113, 173, 223, 295, 310, 326, 361, 394, 397-398, 403-404, 410, 417
Soberón, Francisco 441
Sociedad Económica de Amigos del País 69
Soles y Rayos de Bolívar 81, 108, 468
Someruelos, Salvador José de Muro Salazar, Marqués de 78, 81, 453
Sontag, Susan 377
Soumaliot, Gaston 342-343
Sores, Jacques de 47-49, 320
Soto, Hernando de 38, 47, 253
Spanish-American Iron Company 158
Stalin, Iosif 216, 274, 278, 374
Standard Oil 282
Steinhart, Frank 164
Stimson, Henry 165
Stone, I. F. 272
SWAPO (South West African People's Organisation) 423
Sweezy, Paul 271
Szulc, Tad 221, 242-244, 275, 295, 297, 299, 305

Tacón Rosique, Miguel 89
Taft, William 176, 185
Tania 354
Tarará 256, 265, 267
Taylor, general Maxwell 313
Teller, Henry 156
Teller, Enmienda 156, 162
Texaco 282
Tigres, Los 233
Tillman, Jacqueline 431
Time 349, 431, 451, 469
Titán de Bronce, *véase* Maceo, Antonio
Tito, presidente 35, 361, 364, 480

Todos Unidos 121, 133, 160, 195, 295, 477, 494
Torralba, Diócles 425, 432
Torricelli, Robert 460
Torricelli, Ley 459-461
Torrijos, Omar 401, 427
Touré, Sékou 307, 338, 341, 480
Travels in the West (Turnbull) 97
Tratado de París 67, 150, 494
Trato Justo a Cuba, Comité 272-273, 347, 365
Tribune 9
Tricontinental 335, 353, 356, 378, 382
Triscornia 178, 181
Trollope, Anthony 106
Trudeau, Pierre 400
Trujillo, Leónidas 245, 332-333
Tshombé, Moïse 341
Tupolev-114 321
Turnbull, David 97, 99-101
Tuxpan 230-231

Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) 443
Unión Europea 446, 456, 461, 463, 479
Unión Nacionalista 198, 201, 210
Unión Revolucionaria 201-202, 209-210, 215, 217, 237
UNITA 383, 399, 420-421, 423
United Fruit Company 191, 229, 255
Universidad de La Habana 12, 200, 218, 221, 229, 402, 438, 468
Urrutia Lleó, Manuel 242
USS *Cleveland* 197
Usseppa 294

Valdés, Gerónimo 97, 108
Valle, Sergio del 253, 321
Vallejo, René 321
Van Buren, Martin 90
Vance, Cyrus 398-399, 402
Varela, padre Félix 468
Varela, Proyecto 477-478
Vargas Llosa, Mario 270, 377
Vasco, País 147
Vázquez, Francisco Miguel 58
Vedado 171, 194, 239, 484-485
Velasco, general Juan 339, 380
Velázquez, Diego de 15, 19, 23-25, 27-32, 34-37, 42
Véliz, Claudio 10-11
Verde Olivo 336, 376
Vergniand, Pierre 374
Vernon, almirante Edward 63-66, 91, 157
Vesco, Robert 426, 429
Veteranos y Patriotas, Asociación 197
Vientres Libres, Ley de 121
Villate, Blas de (conde de Balmaseda) 116, 120
Villegas, Harty 265
Vives, Francisco Dionisio 88-89, 104
Voz de América, La 326

Walesa, Lech 404
Walker, Alice 353
Wall Street Journal 474
Wallich, Henry 442
Washington, George 79
Watson, Grant 205
Welles, Sumner 203-204, 209-210
Wentworth, general Thomas 65
Weyler, Valeriano, Marqués de Tenerife 143-149, 154, 188, 233
Wilhelm, general Charles 449-450
Wilson, James 162
Wilson, Woodrow 189, 192
Wood, general Leonard 110, 150-151, 157, 159, 163, 165-167, 169-172, 176, 178, 180, 186, 203

Wright, Irene 38, 55, 152, 173
Wurdemann, John 103-104

Xaraguá, Hispaniola 28

Yucatán 27, 35, 78, 109

Zanjón 125-127, 129, 132, 140, 149
Zayas, Alfredo 175, 177, 192-194
Zeitlin, Maurice 272
Zulueta, Julián 116

Índice

Agradecimientos 4
Prólogo 9
Introducción: El pueblo cubano 15

1. La colonia insegura: matanzas, esclavitud y piratería, 1511-1740 23

Hatuey y Diego Velázquez: El cacique indio frente al conquistador español, 1511, 23 – ¿Qué les sucedió a los indios de Cuba?, 37 – La importación de una población esclava negra, 41 – El redoble de tambor de Drake, 1586, 46 – Azúcar y tabaco: el desarrollo de la riqueza de la isla durante el siglo XVII, 60

2. Desafíos al Imperio español, 1741-1868 63

Guantánamo cae en manos del almirante Vernon, 1741, 63 – La Habana cae en manos del conde de Albemarle, 1762, 66 – Los nuevos intereses españoles en Cuba, 1763-1791, 68 – La rebelión de los esclavos en Saint-Domingue, 1791, 70 – El brusco incremento de la población esclava, 1763-1841, 74 – Los primeros vientos de independencia, 1795-1824, 77 – Voces influyentes propugnan la inmigración blanca, 83 – Las semillas de la intervención estadounidense, 1823-1851, 90 – La esclavitud en Cuba bajo acoso británico, 1817-1842, 93 – Rebelión negra: la Conspiración de la Escalera, 1843-1844, 101 – Narciso López y la amenaza de la anexión estadounidense, 1850-1851, 105

3. GUERRAS DE INDEPENDENCIA Y OCUPACIÓN, 1868-1902 111

El Grito de Yara y el estallido de la Guerra de los Diez Años, 1868, 111 – El general Lersundi y los voluntarios se apoderan de La Habana, 1868-1869, 115 – Argumentos rebeldes sobre el esclavismo y la anexión, 120 – El Pacto del Zanjón y la protesta de Baragua, 1878, 125 – José Martí y los nuevos sueños de independencia, 129 – La muerte del apóstol, mayo de 1895, 136 – España y Cuba de nuevo en guerra, 1895-1896, 139 – El establecimiento de campos de concentración por el general Weyler, 1896-1897, 143 – «¡Recordad el *Maine*!»: la intervención estadounidense en Cuba, 1898, 150 – El general Wood y la ocupación estadounidense de Cuba, 1898-1902, 159 – La independencia hipotecada: la Enmienda Platt, 1902, 168

4. LA REPÚBLICA CUBANA, 1902-1952 171

Una república para estadounidenses: Estrada Palma y Charles Magoon, 1902-1909, 171 – Una república para colonos blancos procedentes de España, 178 – Una república negada a los negros: Evaristo Estenoz y la masacre de 1912, 181 – Una república para jugadores: Mario Menocal y Bert Crowder, 189 – Una república bajo la dictadura: Gerardo Machado, el Mussolini tropical, 1925-1933, 195 – Una república para revolucionarios: Antonio Guiteras y la revolución de 1933, 204 – Una república diseñada para Fulgencio Batista, 1934-1952, 213

5. LA REVOLUCIÓN DE CASTRO TOMA FORMA, 1953-1961 220

El ataque de Castro al Moncada, 26 de julio de 1953, 220 – El desembarco del *Granma* y la guerra revolucionaria, 1956-1958, 230 – El amanecer de la Revolución: enero de 1959, 245 – Negros en la Revolución, 1959, 256 – El impacto de la Revolución en el exterior, 1959-1960, 269 – La reacción de Estados Unidos frente a la Revolución, 1959-1960, 273 – La reacción de la Unión Soviética frente a la Revolución, 1959-1960, 278 – «La Primera Declaración de La Habana»: la Revolución se acelera, 1960, 281 – La economía de la Revolución, 1959-1961, 285 – La campaña para erradicar el analfabetismo, 1961, 289

6. LOS REVOLUCIONARIOS EN EL PODER, 1961-1968 292

La invasión de los exiliados en bahía de Cochinos, abril de 1961, 292 – La crisis de los misiles de octubre de 1962, 300 – La luna de miel de Castro con la Unión Soviética, mayo de 1963, 320 – El primer éxodo: Camarioca, 1965, 323 – La exportación de la Revolución: Latinoamérica, 1962-1967, 329 – La exportación de la Revolución: el regreso de los negros de Cuba a África, 1960-1966, 336 – La exportación de la Revolución: la movilización de los negros estadounidenses, 345 – La exportación de la Revolución: La expedición de Che Guevara a Bolivia, 1966-1967, 353

7. CUBA EN EL BLOQUE SOVIÉTICO, 1968-1985 359

La Primavera de Praga y el giro decisivo hacia la Unión Soviética, 1968, 359 – «Diez millones de toneladas»: el fracaso de la pretendida cosecha récord de azúcar en 1970, 366 – «Los años de Brezhnev»: reestructuración del país a imagen y semejanza de la Unión Soviética, 1972-1982, 370 – Oposición a la línea soviética en Cuba y en el extranjero, 1968-1972, 374 – Una apertura hacia el continente: la visita de Castro al Chile de Allende en 1971, 378 – Castro se lanza a la defensa de Angola, 1975, 380 – La vía nómada al socialismo: Castro y la revolución en Etiopía, 1977, 389 – La Habana, Washington y Miami durante los años de Carter, 1976-1979, 395 – El segundo éxodo: los «marielitos», 1980, 404 – Revoluciones en Nicaragua y Granada, 1979, 407

8. CUBA RESISTE SOLA, 1985-2003 415

Mijail Gorbachov: nuevos aires en Moscú, 1985, 415 – La victoria cubana en Cuito Cuanavale, 1988, 420 – La ejecución de Arnaldo Ochoa, 1989, 424 – El «periodo especial en tiempo de paz», 1990, 433 – El tercer éxodo: disturbios en el Malecón, agosto de 1994, 452 – Las leyes Torricelli y Helms-Burton, 1992 y 1996, 456 – La visita del papa Juan Pablo II a La Habana, 1998, 464 – El caso de Elián González, 1999, 470 – Disidentes y oposición, 1991-2003, 475 – Cuba en el siglo XXI, 479

Epílogo 484
Apéndice A. Carta de John Quincy Adams, 23 de abril de 1823 491
Apéndice B. La Enmienda Platt, 1902 493
Apéndice C. Extractos de la Ley Helms-Burton, 1996 495
Guía de lecturas adicionales 501
Acreditación de las ilustraciones 504
Índice onomástico 505